E.H. VANE

IMMORTALIS

Índice

Portada
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30

CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
EPÍLOGO
Créditos

Para Marina,
la única persona a la que le gustan
los vampiros más que a mí
(a lo mejor porque es una de ellos.
¡Quién sabe!)

Tell me every terrible thing you ever did, and let me love you anyway.

Edgar Allan Poe

CAPÍTULO 1

El número 4 de Great Ormond Street estaba sumido en un silencio ensordecedor, preámbulo de la tragedia que dos semanas llevaba gestándose. Mientras la servidumbre y la primogénita del agónico señor de la casa contenían el aliento a sendos lados de su lecho, la benjamina Lenore Nightingale trabajaba desesperadamente por ganarle el pulso a la Parca. Defendía con obcecación que hallar la causa de la misteriosa enfermedad de su padre bastaría para postergar o incluso quizá suspender su final. Era él, de hecho, quien le había inculcado la importancia de reconocer un cuadro sintomatológico con miras a un tratamiento exitoso.

—Noor —le pareció que la llamaban desde la puerta—. Noor, querida. Ha llegado el momento.

Lenore fingió no oír la advertencia lapidaria de su hermana mayor. Permaneció encorvada como un garfio sobre el escritorio de madera de palisandro del despacho e ignoró el paralizante dolor de cuello para acercar la llama de la vela cimbreante a sus anotaciones, unos garabatos emborronados por la urgencia y la falta de visibilidad.

Llevaba cuarenta y ocho horas buscando infructuosamente el secreto de la salvación entre los renglones de *The Dictionary of Medicine* de sir Thomas Clifford Allbutt. Las largas noches de insomnio hacían arder sus ojos igual que si los hubieran atravesado dos hierros candentes. Unos minutos antes había tenido que deshacerse de las lentes bufando por el hartazgo, pero todavía indiferente al cansancio físico, un poder sobrehumano cortesía de la enajenación.

—No logro establecer la relación entre los síntomas de padre y los diagnósticos de los últimos galenos, Bells. El doctor Martin habló de fiebre amarilla, pero este no es un virus popular en Inglaterra, sino

en las Américas, y él no presenta ictericia, sino una palidez extrema. El doctor Winthrop proclamó que se trataba de tuberculosis por la tos sanguinolenta y, aun así, he visto a tantos enfermos de tisis que he podido detectar una variación significativa entre la densidad y la tonalidad de la sangre de unos y otros... además de que la tuberculosis no provoca una muerte fulminante, sino eternos estertores. El doctor Ratcliffe, por otro lado, habló de cólera debido a los vómitos y la deshidratación, pero no presenta diarrea... Situaría el rango porcentual de acierto de sus diagnósticos, pues, en el ochenta por ciento, y como comprenderás no puedo ceder a tamaña falta de precisión...

—No importa lo que sea; tuberculosis, cólera o una gripe —interrumpió Isobel en tono perentorio—. Lo que importa es que se lo está llevando y que su único deseo es que estés a su lado cuando eso suceda.

Lenore se quedó helada, no tanto por el rapapolvo como por la certeza de que se le agotaba el tiempo. Mantuvo la vista clavada en las letras impresas, que habían empezado a bailar una polca ante sus ojos inyectados en sangre. Muy despacio, depositó el portavelas de cobre junto a las páginas abiertas y se enderezó vértebra por vértebra.

Le sobrevino de repente la infame cantidad de horas que había dedicado en vano al estudio. Se pasó las manos por el escote cerrado del camisón, una prenda algodonosa y desgastada, y luego se peinó las guedejas de cabello ni rubio ni castaño, ni lacio ni ondulado. Era una costumbre que había adquirido cuando debía esforzarse por pensar de forma innovadora. Creía que tirándose del pelo atraería antes las conclusiones.

No podía ser la primera persona en el mundo que defendía que nada era tan inspirador como el dolor.

—Soy consciente de que en gran medida te has recluido en el despacho para no verlo vulnerable —continuó Isobel en un tono más comprensivo, que no menos apremiante—, pero así te suponga la desolación, has de ser fuerte y venir a despedirlo como es de Dios.

Lenore empujó la pesada silla de madera con la pelvis y por fin encaró a su hermana. No la miró en su precipitado y tambaleante

paseo en diagonal hasta la salida, que hizo murmurando por lo bajo imprecisas reflexiones médicas.

Le pareció que dejaba a Isobel con un suspiro resignado en la punta de la lengua. La mayor nunca se había reservado lo que le sugería que una jovencita de diecinueve años con el grandioso porvenir social de la nieta de un barón se enclaustrara en lo denominado «un espacio masculino», así pretendiera dar caza al milagro de la cura de la mortalidad.

Porque, al final, eso era lo que Lenore deseaba. No salvarle la vida a su padre, sino evitarles la muerte a todos sus seres amados.

Los pocos que aún caminaban entre los vivos.

Comprendió que el objetivo quedaba muy lejos de su consecución nada más frenar a la entrada del dormitorio principal, donde cuatro años atrás, también en los albores de un fatídico invierno, vio a su madre espirar el último aliento en idéntica postura, la de embalsamado prematuro: manos entrelazadas sobre el vientre, barbilla erguida.

Como si ansiara fundirse con la huella invisible del cuerpo de la difunta, el doctor Gulliver Nightingale había estado durmiendo —ahora muriendo— en el lado izquierdo de la cama, ese que antaño ocupó su querida esposa.

Lenore intercambió una mirada con la doncella. La suya era de pánico e impresión, mientras que la criada, cómoda en la tranquilidad de no estar perdiendo a su mayor inspiración, trataba de inspirar entereza al lance.

A lo largo del padecimiento de Gulliver, Thea había seguido a rajatabla las indicaciones médicas de Lenore. No había detenido su encomiable dedicación ni siquiera ahora que de poco serviría aminorar las fiebres del enfermo: acababa de escurrir un paño en el balde de agua fresca para depositarlo con dulzura en la frente de su patrón.

Tan solo hacía unas semanas el doctor Nightingale había sido un hombre de gallardía, un genio médico con opiniones progresistas más allá del ámbito de la salud que se entregaba en cuerpo y alma a su vocación de ayudar al prójimo, a menudo a costa de su propio bienestar. Negarse a acudir religiosamente a las misas de domingo

no había impedido que las feligresas del barrio le profesaran el más sincero afecto. Su dedicada labor en el hospital de Great Ormond Street con independencia del poder adquisitivo de sus pacientes y el amor incondicional con el que abrigaba a sus hijas le convertían en un buen cristiano a ojos de cualquiera.

Pero él siempre se había bastado con describirse como un mero ciudadano de a pie.

Por desgracia, el doctor no era ya más que el antecedente de un despojado. La brusca pérdida de peso le había ahuecado las mejillas y hundido la mirada, por lo general rebosante de vitalidad y, ahora, antes de que la cerrara por el peso del cansancio, vidriada por efectos de la alucinación.

Los delirios de los últimos días habían sido la razón de que Lenore hubiese huido en desbandada para refugiarse en los libros. Gulliver no habría soportado saberse víctima del deterioro cognitivo, y ella, que ante todo lo admiraba por su agudeza, menos aún.

Los médicos habían prevenido a la familia del desenlace. Más pronto que tarde, el doliente perdería el habla y se debatiría entre la pesadilla y los espejismos de la duermevela. Deberían haber imaginado, no obstante, que el doctor Gulliver Nightingale no sucumbiría jamás a la pérdida de facultades sin oponer cierta resistencia: Lenore observó con el alma pendiendo de un hilo que su padre separaba los labios cuarteados por la deshidratación. No debía temer tanto como ella que el último hálito de vida se le escapara a través de la palabra, porque la llamó con una voz que no era suya.

—Noor... ¿Noor? ¿Eres tú?

La insinuación de mejora instó a Lenore a precipitarse de rodillas a un extremo del lecho y buscar su mano. Contempló una vez más los dedos huesudos y las manchas cerúleas que habían aflorado en los dorsos, en los brazos, en el pecho.

«Este síntoma no aparece en ningún tratado. Ni en el de Allbutt, ni en el del señor Willan —pensó—. No tendría que haberse considerado siquiera la fiebre amarilla.»

—Soy yo, padre. Estoy aquí.

—Lenore, esto no... No es tuberculosis.

El rostro de la joven se iluminó y le apretó la mano en señal de

connivencia.

—¡Pienso lo mismo! Ha de tratarse de otra dolencia aún desconocida. Averiguaré qué la ha ocasionado y descubriré la cura, padre, se lo prometo. Usted solo tiene que aguantar unos días más. Siento que me acerco a la respuesta...

—Es obra del diablo —decretó él sin apenas despegar los labios. La sonrisa de Lenore se resquebrajó. Aunque no miró a la doncella, supo que Thea había agachado la mirada, apenada porque el instante de lucidez hubiera sido una falsa impresión—. De los no-muertos, ¿entiendes, Noor, hija? Solo tú puedes comprenderlo. Solo tú puedes comprender que este es el precio que he de pagar por haber descubierto la verdad del universo; por haber desentrañado los misterios de la muerte... El Juicio Final no es idéntico para todos, hay quienes nunca llegan a rendir cuentas ante los dioses porque incluso los dioses les temen...

—No se fuerce a hablar, doctor —le rogó Thea, esperando que se apiadara del espanto de Lenore como lo hacía ella misma. Desplazó el paño húmedo al cuello, también salpicado de manchas. El vehemente soliloquio le había tensado la garganta—. Su estado empeorará...

—¡No! —gritó, y abrió los ojos por primera vez en días. Buscó el rostro de su hija para clavar en ella una mirada demente. Gulliver le apretó tanto la mano que creyó que se la dislocaría—. ¡Los no-muertos, Lenore! ¡Existen! ¡Esa es la única certeza que me llevaré a los infiernos! Los he conocido... He hablado con ellos... Poseen la belleza lánguida de la luna y a la vez son afilados como el pedernal; permanecen ocultos en las horas de visibilidad y a ojos humanos, igual que se oculta una mala intención tras la palabra. Son una suerte de divinidad y, a la vez, prueba fehaciente de los cursos de la brujería... Son humanos e inmortales... Yo lo he descubierto... solo yo... El *homo immortalis*, Lenore, el escalón final de la cadena evolutiva; el perfeccionamiento del hombre y a la vez su depredador... *Non mori. ¡Non mori*!

—Pobre padre —murmuró Isobel a espaldas de la hermana pequeña. Debía de haber regresado a la habitación en algún momento del excitado monólogo; Lenore estaba tan abrumada que

no la había oído—. Ya no es capaz de distinguir entre los cuentos de terror que nos relataba antes de dormir y la realidad misma. Hasta el temor a Dios le tiene alucinando.

—¿Temor a Dios? Padre jamás ha sido un hombre devoto —replicó Lenore sin apartar la vista de Gulliver. Tenía la mirada desenfocada y, aun así, reconoció en esa expresión de alivio fascinado la misma cara que se le ponía cuando acertaba un tratamiento—. Ni siquiera en este estado hablaría del diablo si no pretendiera decirnos algo.

—Noor, está delirando. Lo sabrías si hubieras estado aquí con él en algún momento de los últimos días. No ha dicho nada con el más remoto sentido desde el jueves. Entonces balbuceaba términos en latín y juraba ver a madre en mí.

—No me parece descabellado —lo defendió Lenore—. Eres su vivo retrato.

Gulliver volvió a apretarle la mano a su hija pequeña y la encaró con los ojos fuera de las órbitas. Había empezado a sudar con profusión.

—El secreto de la vida eterna —le dijo entre dientes— es habitar las sombras.

Lenore se inclinó hacia él con el aliento contenido.

—¿Qué quiere decir con eso, padre? ¿Ha encontrado el elixir de la inmortalidad?

A su espalda, Isobel emitió un bufido que acabó transformándose en un sollozo quebrado. Lenore ni se planteó reprocharle su falta de sensibilidad: Gulliver había sacudido la cabeza en sentido afirmativo con una efusividad que no era del todo impropia en él. No cuando se le había revelado una verdad que cambiaría el curso de la humanidad.

Isobel no podía entender lo que esto significaba. No había estado presente en los instantes de complicidad en los que padre e hija atinaban en sus juicios tras una larga deliberación.

—Si existe una persona en el mundo dispuesta a apoyar la locura de un hombre en su lecho de muerte, era evidente que esa serías tú —murmuró la hermana mayor.

Y se arrepentiría para siempre de haber pronunciado aquellas

palabras, porque con toda probabilidad fueron las últimas que escuchó el doctor antes de entregarse a la Parca.

Como si hubiera cumplido por fin el cometido por el que había sido puesto en la Tierra, apoyó muy despacio la cabeza en el almohadón. Se abandonó al descanso con una laxitud tal que Lenore no habría podido cuestionar la veracidad de su confesión ni aunque hubiese querido: la sonrisa serena con la que Gulliver se despidió de su familia no fue la de alguien satisfecho por haber llevado una vida plena. Era la del genio que había encontrado solución al problema que tanto le había atormentado y cuyo secreto tenía la tranquilidad de haber dejado en buenas manos.

En las increíblemente capaces —aunque por desgracia femeninas — de Lenore Nightingale.

La joven se aferró a la sensación de que su padre le había encomendado una misión para no derrumbarse sobre su cuerpo aún caliente. Mantuvo las rodillas clavadas en la moqueta, aunque habían empezado a dolerle, los dedos entrelazados con los de Gulliver y la vista prendida de sus pupilas por siempre dilatadas. Se quedó allí, convenciéndose de que la enormidad de su descubrimiento debía pesar más que la tragedia de su pérdida, y lo consiguió: lo consiguió gracias a la obstinación que, paradójico o no, había sacado de quicio al doctor Nightingale, a su hermana y a su madre desde que apenas levantaba unos palmos del suelo.

—¡No lo mire a los ojos, señorita, o le llevará con él! —se horrorizó la doncella al ver que Lenore le devolvía la mirada al cuerpo exánime con turbadora fijación.

«Ojalá», pensó, pero se cuidó de verbalizarlo o darlo a entender con su expresión para no alarmar a Isobel, a quien le sobraban razones para temer cómo sobrellevaría la pequeña el segundo luto.

Thea tuvo que intervenir cerrándole los párpados al finado.

El finado. Que tan solo unos segundos antes era un hombre. Su padre.

Lenore se quedó prendada de la suavidad de aquellos párpados pintados de finas pinceladas azules, venas por las que había dejado de circular la sangre. Se le asimilaron a las alas translúcidas de una mariposa. La palidez cenicienta que había presentado el enfermo en

sus horas límites se iba atenuando hacia la tonalidad propia del lirio, un blanco tan puro que si acaso lo sombreaba el color violáceo de las arterias. Trajo a su mente lo que Gulliver había dicho antes de morir, cuando habló del encanto lánguido de la luna, y contrapuso el último recuerdo de su madre moribunda para aseverar, convencida, que la verdadera belleza no se sublimaba hasta la muerte; era entonces cuando adquiría la sobrecogedora categoría de lo inescrutable.

Cuando Isobel había empezado a desesperarse en sus ruegos para hacerla reaccionar, Lenore se levantó como un autómata y se dirigió a la única ventana de la estancia.

Según aprendió a los catorce años, era menester abrirlas para que el alma del fallecido no permaneciera atrapada entre las cuatro paredes a las que se habían adherido los hedores de su muerte. Tiró hacia sí de las contraventanas de madera, que habían sellado para que no entrara el frío, y empujó los cristales hacia delante con una energía insólita, movimiento que podría haberse entendido como la desesperación de una hija condenada al luto... o como el brío esperanzado de quien ansiaba ver de nuevo amanecer.

La brisa de la noche cerrada corrió a refugiarse en la habitación, pero antes le agitó la melena con una caricia traviesa. Apoyó las manos sobre la repisa y se inclinó para comprobar que la calle y la ciudad seguían siendo las mismas aun después de un hecho profundamente devastador. Pero algo llamó su atención cuando ya iba a unirse a las mujeres para rezar por el alma del doctor: una figura tan oscura como las mismas sombras del Londres que a tan altas horas de la madrugada dormía o bien perpetraba felonías. Aquella silueta se las ingeniaba para distinguirse del marco nocturno sin halo de luz angelical que valiera. Era difícil percibirlo, pero ella supo de su presencia, de su paciente y respetuosa compañía en la distancia, y hasta atinó a describir la forma de un elegante sombrero de copa y un largo gabán de piel.

Aunque resultaba extraño e incluso inquietante que un desconocido hubiese detenido su paseo de madrugada para orientar el rostro hacia la última fechoría de la Guadaña, lo que atrajo a

Lenore en su dirección fue lo que la movía en todos los casos: la curiosidad.

Para desdicha de su hermana mayor, abandonó la habitación sin mediar palabra para investigar la misteriosa sombra. Primero cruzó el pasillo, presa de una suerte de sonambulismo, tan aterida estaba; pero al mismo tiempo sensibilizada a la caricia de la alfombra bajo los pies descalzos, al roce de la madera de la baranda que bajaba las escaleras; a los enigmáticos crujidos de la casa, esos que de niña se deleitaba escuchando con el aliento contenido cuando se quedaba a solas en el dormitorio.

A pocos pasos del vestíbulo, la invadió una impaciencia inexplicable, alentada por la idea de que el misterio se desvanecería ante sus ojos si no se apresuraba. Salvó la distancia corriendo y se abalanzó sobre la puerta. Abrió de golpe con una fuerza sacada de solo Dios sabía dónde para confirmar la sospecha que la había embargado como un presentimiento; no uno malo, sino acompañado de ilusión.

Pero ya no había nadie allí.

Si es que lo había habido en algún momento.

CAPÍTULO 2

—Lo razonable sería que te mudaras a Hampstead conmigo y con Theresa. La condición de recién casada de tu hermana exige una mínima intimidad, al menos los primeros meses de matrimonio; tu presencia supondría un obstáculo para el, digamos, desempeño de las actividades maritales... Y supongo que no habrás pretendido pasar los próximos seis meses de duelo a solas en Great Ormond Street. Sería un escándalo que se supiera que una jovencita vive por su cuenta, por más honrada que sea la práctica de su luto...

—Humbert, querido —intervino su esposa, poniéndole una mano conciliadora en el hombro—, ¿no te parece que este no es el momento oportuno para debatir según qué cuestiones?

En otro momento, Lenore se habría sonreído con la sabia precaución con la que la reciente señora Loxley manipulaba a su marido. Cuando quería imponer su criterio al cascarrabias del abuelo, le bastaba con arrojar una pregunta retórica al aire y acompañarla de una persuasiva caricia: entonces el barón Fellowes callaba obstinadamente y se fingía ofendido por la interrupción para al final terminar conviniendo con ella.

Justo lo que sucedió entonces.

Era una suerte que Theresa Loxley empleara sus excepcionales habilidades para la maquinación en el nombre del bien. Un mal uso les habría valido a todos el mismísimo Apocalipsis.

—Es un hecho que la situación de Lenore ha cambiado —repuso el barón, ceñudo—. Por su bien, cabe establecer cuanto antes cómo serán las cosas a partir de ahora.

—¿Y «a partir de ahora» significa «a partir de este preciso instante»? —replicó Teresa con suavidad. Abarcó con un elocuente ademán la posición que ocupaban en la comitiva tras el carruaje

fúnebre. Cuatro hermosos corceles negros, emplumados para la ocasión, tiraban del landó que contenía el féretro del doctor Gulliver Nightingale—. Seguro que has querido decir «a partir de hoy», pero no necesariamente de este momento tan delicado.

Humbert Loxley pareció reparar entonces en dónde se hallaban: camino del cementerio Kensal Green vestidos de riguroso negro.

Deberían haber emprendido el éxodo funerario a media mañana, tal y como estaba previsto, para evitar la elevada probabilidad de lluvia y congregar al mayor número de invitados. Por desgracia, una inconveniencia relacionada con una de las ruedas derechas del carruaje los había retrasado.

En el rol de organizador como suegro del difunto que era, sir Humbert se había negado en redondo a posponer el funeral —y, por extensión, el comienzo del duelo— un solo día más. Todo imprevisto que supusiera un trastorno para el desarrollo de sus planes, en este caso la proyección del brillante futuro matrimonial de Lenore, habría de ser atajado de inmediato; incluso si ese retraso se debía al entierro de un buen hombre. Así pues, había enviado un lacayo al camposanto para advertir al hombre de Dios contratado para la misa que no osara moverse del sitio: se oficiaría la ceremonia aquel 22 de febrero así lloviera o tronara.

Al día siguiente, Lenore se iría a vivir con él y con Theresa a las afueras de la ciudad, donde se erigía la mansión anexionada a la baronía. No residiría allí por mucho tiempo. Solo lo que demorara en encontrar al candidato adecuado para desprenderse por fin del apellido paterno que tanta cefalea y exasperación había traído a la privilegiada vida de Humbert.

—Supongo que sí, querida —acabó cediendo el noble—. Podemos posponer por unas horas la concreción de la mudanza.

Theresa le celebró la decisión que en realidad ella había tomado con una sonrisa orgullosa.

A pesar de que la nieve se había amontonado en las calles, razón sobrada para eximir a las mujeres de formar parte del cortejo fúnebre, Lenore había insistido en caminar en procesión tras el coche. No había soportado pensar que, a falta de familiares masculinos que cargaran el féretro hasta el carruaje y realizaran con

seguridad el solemne trayecto, su padre se quedara sin un séquito plañidero que le hiciese compañía al otro mundo.

Claro que ella no lloraba. Ni en voz alta, ni para sus adentros. En su lugar, tramaba con la obsesiva desesperación de quienes necesitan distracciones para ahuyentar pensamientos tenebrosos. Se había aferrado a las últimas palabras de Gulliver con una obcecación tal que resultaba comprensible que su hermana, pese a ser muy aprensiva en cuestiones relativas a la muerte, se hubiese decidido a seguirla en la ruta.

O, mejor dicho, a vigilarla. Caminaba a su lado lanzándole miradas de preocupación.

Por severa que Isobel fuese, en parte debido a su compromiso con evocar la figura materna que a Lenore le había faltado, no se había atrevido a cuestionar su manera de sobrellevar la pérdida. No le había reprochado —ni lo haría— que aún no hubiera llorado; en todo caso temía cómo acabara manifestándose su dolor, que sabía de buena tinta no sería bajo ningún concepto subestimado.

—Sabes que puedes hablar conmigo, ¿verdad, Noor? —le preguntó en voz baja. Buscó su mano enguantada en piel de cabritilla y la apretó con cariño—. No has pronunciado palabra desde hace cinco días.

—No tengo nada que decir.

—Dudo que eso sea cierto, pero incluso si tú no tienes nada que aportar, yo sí. No le prestes atención a lo que dice el abuelo, ¿de acuerdo? Percy y yo nos alegraríamos enormemente si prefirieras mudarte con nosotros a Bloomsbury. Hay habitaciones de sobra, así que estarías cómoda, y a mí me encantaría que me hicieses compañía. No se me ocurre nadie mejor con quien convivir y compartir los albures del embarazo, que no dudo que llegará más pronto que tarde.

Lenore despertó de la semiinconsciencia en la que llevaba casi una semana sumida. Había tenido que ser la referencia a la concepción la que le recordara que aún restaba mundo por descubrir. Miró a su hermana con los labios entreabiertos por el asombro de que no toda criatura, nacida o por nacer, se hubiera marchitado o hubiera iniciado su tránsito a la otra vida tras la pérdida de su padre.

Esbozó una pequeña sonrisa que fungía de disculpa y de enhorabuena a partes iguales.

—No he estado a la altura de las circunstancias, ¿verdad? —le preguntó en voz baja, y le devolvió el apretón de mano—. Tú también has perdido a tu padre; para colmo de males, a las pocas semanas de desposarte. Y, por si fuera poco, he estado paseándome por la casa como un alma en pena sin hacerme cargo de nada salvo de mi propio dolor.

—No es así en absoluto, Noor —se apresuró a aplacarla—. Es cierto que me duelo por él, pero no es tu obligación como hermana menor ofrecerme consuelo alguno.

—¡Por supuesto que es mi obligación! No estuve para ti cuando murió madre y no lo he estado tampoco ahora que padre ya no está. Mi egoísmo ha de resultarte sonrojante, y eso en el mejor de los casos.

—No me he sentido sola. Tengo a Percy —resolvió con sencillez. «Como si eso significara algo», pensó Lenore, distraída—, y recuerda que yo ya vivía en otra casa. Es un duelo distinto, Noor.

—Aun así, el hecho de que esto haya sucedido cuando por fin empezabas a ser feliz... Debes de haber sentido que no se te concedía tregua —se lamentó, rabiosa porque su hermana, la más generosa de entre todas las mujeres, hubiese tenido que afrontar con entereza toda suerte de tragedias.

Isobel apartó la vista con una sombra de antigua amargura en el rostro. Alzó la mirada hacia el cielo nuboso. Fue como si los primeros destellos de la noche estrellada la purificasen: cerró los ojos un instante y respiró hondo antes de volver a dirigirse a Lenore con una modesta sonrisa.

—Una carta a los corintios reza que Dios no nos dejará padecer pruebas más duras de las que podamos soportar —recitó, confianzuda. Agachó la cabeza para que el velo que le cubría la cabeza la cubriera por ambos lados y así solo su hermana viera su expresión socarrona—, pero confieso que a veces me pregunto por qué diantres no se busca otro conejillo de Indias; si es que acaso no hay más mujeres en Londres a las que torturar.

Lenore le devolvió el gesto divertido, trastocado por la nostalgia.

—¿Mujeres como tú, quieres decir? ¿Con tus arrestos? —Arqueó una ceja—. Eso lo dudo.

Aunque Isobel era reacia a los cumplidos, humildemente cristiana como era, esta vez no se defendió de sus palabras cariñosas como si la hubiera acusado de cometer un crimen. Dejó estar el afectuoso comentario y devolvió la vista al frente con la solemnidad que exigía la ocasión, permitiendo a la benjamina fijarse en su bonito perfil.

Por más que Isobel hubiera sido dura con ella en determinadas circunstancias, a menudo espoleada por su propio e insondable dolor, mantenían una relación tan cercana como lo admitían sus distintos caracteres. Cierto es que cuando la señora Nightingale aún vivía, tratar de convencerlas de dormir cada una en su habitación y de salir a interactuar con el medio y no solo entre ellas desencadenaba una acalorada discusión que terminaba en un mar de lágrimas. Todo para nada, porque de igual modo las jovencitas se escondían juntas bajo las sábanas y se encerraban en un silencio del todo grosero si un agente externo, niño o adulto, intentaba penetrar sin previo permiso en el maravilloso mundo de su fantasía fraternal.

Luego las sorprendió la muerte de la madre con lo que eso conllevó: la locura que postró a Lenore y la tuvo debatiéndose entre la vida y la muerte hasta que encontró en la medicina y no en el afecto familiar su razón de ser. La presentación de la mayor en sociedad tan solo un año después de la pérdida materna terminó de quebrar el vínculo entre ambas, pues Lenore jamás pudo perdonarle que aceptara sin oponer resistencia el sino de la mujer objeto. Se burló a cada ocasión que se le presentó de que las crueles banalidades del mundo sensible, preñado de odas al despilfarro encarnadas en fiestas y escapadas a la modista, le hubiesen podrido el cerebro. Siendo este el panorama, no fue de extrañar que a la menor oportunidad que tuvo, Isobel se arrojara a los brazos de Percival Bainbridge, su ahora esposo. Aceptó sin vacilación su propuesta matrimonial; cualquier cosa mejor que continuar recibiendo los sibilinos desprecios basados en la superioridad intelectual del doctor Nightingale y de su hija y aprendiz.

Naturalmente, la vida se encargó de poner a Lenore en su lugar poco tiempo después, cuando fue ella quien debió renovar su

guardarropa añadiendo un par de centímetros de bajo a los vestidos de muselina y robarles horas a las lecciones de aritmética y literatura para añadirlas al perfeccionamiento de la etiqueta y los modales, así como exigía el protocolo para entrar por la puerta grande en el *beau monde*. El pasado año le había brindado perspectiva en lo que a las obligaciones sociales de las señoritas respectaba, y si bien sus sentimientos hacia la institución de la debutante y la buena esposa no habían cambiado, sí se había resignado. Al menos, lo suficiente para ver con otros ojos la búsqueda infernal de marido que su hermana tuvo que emprender a costa de sacrificar horas de juego con ella.

Por desgracia, aun después de la bofetada de realidad, Lenore no había sabido cómo acercarse a ella. Tampoco Isobel se había esforzado por resignificar el vínculo tras su boda, que, dicho sea de paso, había tenido regusto de funeral para la benjamina. El patriarca había tenido que enfermar para que volvieran a coincidir bajo el mismo techo; para que se prendieran de la boca algo más que las cortesías obligadas en una breve visita de domingo, cuando la recién casada estipuló que iría a ver a su padre durante una hora exacta.

Ni más, ni menos.

Isobel podría desplegar sin la menor dificultad una cortesía y encanto deliciosos durante las mil y una noches que Sherezade dedicó a relatar sus cuentos. Así lo testimoniaban las invitaciones a variados eventos que se le amontonaban en la mesilla del salón: sin lugar a dudas, sus pares la estimaban una criatura de incalculable valor social. Si había reducido de manera dramática la duración de su estadía en Great Ormond Street era por razones distintas al tedio de la impostura. Se debía a que, basándose en nada más que la experiencia, Isobel había terminado midiendo con precisión que sesenta minutos era lo que la familia Nightingale demoraba en abandonar el terreno neutro de las condiciones climáticas o el contenido de los últimos diarios londinenses y zambullirse en el debate sesudo... o, dicho de otro modo, en el señalamiento burlón de su imperdonable falta de curiosidad científica. Levantándose a la primera vuelta de reloj evitaba que la conversación tomara determinados derroteros, lo que, en opinión de Lenore, desmentía

por completo las burdas acusaciones que su padre y ella habían vertido sobre su presunta simpleza: Isobel bien podía no tener idea alguna de medicina, pero seguía siendo más lista que el hambre.

Lenore sacudió la cabeza con resignación. De poco servía rememorar el previsible devenir de las tardes de domingo o lamentarse porque el señor Nightingale hubiese fallecido sin reconocer el agudo pragmatismo de la primogénita. Debía deshacerse de recuerdos que tiraran de ella hacia el pasado, incluso si le constaba que se vivía de maravilla anestesiada por la negación y la nostalgia. Tenía que avanzar hacia el futuro, solo que anteponiendo la promesa que se había hecho a sí misma: continuar las investigaciones que su padre había puesto en su conocimiento en la medida en que los médicos de la clínica y sus propios saberes lo consintieran.

Dos empleados del cementerio habían aguardado la llegada del difunto sosteniendo las puertas de la cancela principal. El carruaje se detuvo ante el modesto pero hermoso panteón que Gulliver mandó construir para su esposa. Al haberle alcanzado la enfermedad en un imprevisto, ni se le había ocurrido encomendar un trabajo similar al maestro escultor que había replicado el rostro de la señora Nightingale con estremecedora precisión. Su padre sería enterrado, pues, en un foso temporal junto a la figura de mármol de su mujer en tanto que se picaba su retrato funerario en mármol de Carrara.

Sumida en un estado de desconexión mental, Lenore vio cómo su abuelo, su cuñado y dos sirvientes de la casa cargaban el féretro. Lo depositaron ante el joven sacerdote, que se había dignado a esperar su llegada para extender las manos y recitar una introducción generalista en tono lapidario. A diferencia del hombre de Dios, al que lógicamente le habría motivado el deseo de cobrar sus honorarios, la mayoría de los conocidos del doctor se habían cansado de esperar el cortejo y se habían marchado.

Había que ser comprensivos. Ya se había cumplido por mucho la hora de cenar.

Lenore no había visitado jamás un cementerio a tan altas horas de la noche. Saltaba a la vista que Isobel no opinaba lo mismo que ella respecto a la belleza del camposanto cubierto por un cielo

estrellado: no dejó de retorcer las manos en el regazo hasta que Percy acudió a su lado. Entonces respiró aliviada y se agarró a su brazo con miedo a que los espíritus se lo arrebatasen... o se la llevaran a ella, quién sabía.

Inspiró hondo para empaparse los pulmones del aire húmedo, que a tan baja temperatura ardía en el pecho como el corazón de san Agustín. Una nube de vaho salió de sus labios al exhalar. De niña era capaz de divertirse con aquella simpleza. Fingía fumar en pipa, como su padre, y se esforzaba por trazar aros con el humo, siempre en vano. Él se reía a carcajadas con la torpe chiquillada y la condenaba a admirarlo de nuevo, esta vez por razones alejadas de su inteligencia, dibujando anillos perfectos con la vaharada de tabaco. «¡Déjame probar!», le rogaba ella. «De ningún modo. Las señoritas no pueden ir por ahí apestando», replicaba el doctor. «Pero ¡yo no soy una señorita!» Y él, magnánimo como era, le daba el gusto de negarle la condición que tanto la angustiaba asegurando: «Cierto es. ¡Eres un peligro!».

«Basta —se ordenó, rígida por la agonía de la remembranza—. No más recuerdos.»

En reconocimiento de la virtud de su paciencia, Lenore se fijó en los rostros de los valientes que habían permanecido a la espera, firmes y leales a la despedida como torres vigías: los doctores Ulster, Torrington y Winthrop, compañeros de oficio de su padre y grandes nombres en el hospital de Great Ormond Street; una tía lejana que solía quejarse de un dolor constante y sordo en las articulaciones y que por este motivo había exigido tratamientos semanales de manos de su padre, ¡su padre y nadie más!

Destacaba, también, el brillante inspector adjunto de Scotland Yard Edward Whishaw, quien había sido su vecino en el barrio y lo más parecido a un hijo varón que Gulliver había tenido.

Lenore sintió la mirada del policía. Siempre cálida, casi ardiendo, como el reflejo de las llamas de una fogata en el rostro. Se la habría devuelto acompañada de una sonrisa de agradecimiento si otro tipo de presencia, esta irreconocible, no la hubiese distraído hacia el misterio.

Alejado por unos pasos de la congregación, un extraño hacía

bailar entre los dedos forrados de cuero una única flor. Lenore tuvo que entrecerrar los ojos para diferenciar su silueta de las sombras, que se adherían a sus contornos como las manos de un amante fervoroso. El desconocido se refugiaba del frío y de la ligera llovizna que los sorprendió gracias a un pesado gabán de piel hasta los tobillos y un sombrero de ala ancha pasado de moda, pero de una elegancia innegable.

Lo que captó su atención no fue tanto la ostentación de riqueza añeja como la ausencia de vaho bajo el sombrero. Ceñuda, se fijó en la que podría ser la punta de su nariz a la espera de que tomara aire. Hacía tanto frío que el solo acto de exhalar sumía en la niebla las caras de los congregados, mas no la suya.

Porque no estaba respirando.

El corazón le transmitió con su lenguaje único de pálpitos premonitorios que podría tratarse del sujeto que intuyó a pie de calle cinco noches atrás.

Por más que Lenore trató de pintarle unos rasgos y una intención clara, la noche se negó a revelarle uno solo de sus detalles. Ni siquiera logró echar un vistazo a su identidad una vez concluida la misa, cuando el caballero salvó la distancia autoimpuesta para depositar sobre la tumba del fallecido la flor conocida como capucha de monje; un brote de estética sobria que no era raro de ver en ceremonias solemnes como aquella, pero que a Lenore se le antojó una elección cuanto menos curiosa.

La floriografía era una de las pocas ciencias inexactas que entusiasmaban tanto al pueblo llano como a la excéntrica Lenore. A falta de algo mejor con lo que entretenerse en su primera temporada social, en la que no habían faltado ramos de pretendientes prendados de su grosera indiferencia, había estudiado con sumo gusto y gran detalle el lenguaje de sus flores, y esto es el significado detrás de cada una de las especies. En los cementerios nunca faltaban las rosas y los lirios blancos, que referenciaban el profundo pesar de la pérdida y la pureza respectivamente, las siemprevivas por razones obvias, y las violetas; el acónito o capucha de monje era mucho menos popular, y no era de extrañar al tratarse

de una planta venenosa que podía llegar a entenderse como la insignia del antagonismo.

Lenore se fijó en la delicada languidez de la inclinación del desconocido al arrojar la flor sobre el féretro. Al incorporarse, obtuvo por fin un destello del que era su rostro, y no porque las lamparillas de gas llegaran a iluminarlo; fue por obra de un favor de la luna llena, que parecía haberse aliado con él. El caballero solo tuvo que alzar la barbilla para que la luz plateada le recortara la línea de la mandíbula igual que el filo de un cuchillo. Al amparo del astro, sus labios parecieron más azules que rosados, pero no fue eso lo que terminó de sobrecoger a Lenore, sino atisbar el indicio de una mueca displicente.

Tal y como seguramente habría llegado, sellado en lo enigmático de su identidad, el desconocido se marchó.

En un primer momento, Lenore no supo cómo reaccionar. Su gesto de levantar la cabeza, que la luz de la luna hubiera cobrado fuerza e incluso significado en el reflejo de su rostro, se le habían grabado para siempre en la memoria. La descripción de su padre relampagueó en su mente con la contundencia de un latigazo: «Poseen la belleza lánguida de la luna y a la vez son afilados como el pedernal [...], permanecen ocultos en las horas de visibilidad y a ojos humanos, igual que se oculta una mala intención tras la palabra».

Lenore lanzó un vistazo con tintes de desesperación al ataúd. Por primera vez se dignaba a mirarlo directamente, como había evitado hacer durante el velatorio y la misa, y solo para disculparse con su falta de educación antes de agarrar las pesadas faldas y salir tras el gabán que ondeaba a la espalda del caballero.

—¡Espere!

Nada le decía que él fuera el ser que no podía morir, *non mori*, *homo immortalis*. Bien podía tratarse de uno de tantos pacientes a los que su padre salvó la vida, un familiar lejano, un articulista del periódico que hubiese oído hablar de las grandes gestas del doctor y hubiera querido acudir a la ceremonia para escribir el memorándum que le hiciese justicia. Los acertijos de su padre moribundo no

disculparían su comportamiento errático a ojos de Humbert e Isobel, pero Lenore sentía que debía honrar su instinto.

Y su instinto no podía equivocarse si el caballero en cuestión huía haciendo oídos sordos a sus ruegos.

Lo que él no sabía era que, por pesado que fuera un vestido de terciopelo negro húmedo por la lluvia y por las capas de enaguas que bloqueaban el frío, Lenore corría como alma que llevaba el diablo. Y lo que era más, no le importaba si unos pares de ojos juiciosos prestaban atención a sus tobillos expuestos durante la carrera.

Logró reducir la distancia que los separaba cuando ya habían salido del cementerio. Las calles de los barrios residenciales estaban desiertas a esas horas. En el fúnebre silencio de la ciudad, el eco de sus botas con tacón resonaba como una advertencia hacia el extraño, pero también como el soplo de su posición.

Estuvo a punto de resbalarse en la acera, empapada por la nieve que se derretía con el impulso de la lluvia; lluvia que, como si pretendiera convencerla de no dar un paso más, incluso castigarla por su inexorable persecución, no hacía sino arreciar.

—¡Deténgase, por favor!

Lenore tuvo que celebrar que el desconocido se hubiera internado en un callejón sin salida. Así pudo posicionarse con los brazos extendidos en la boca de la calle, jadeando por el esfuerzo.

Le habló a las sombras que todo lo devoraban con la absurda seguridad de que él seguía allí.

—Usted es el que no puede morir —atinó a decir, hiperventilando. La paz que envolvía las certezas la inundó como una bocanada de aire limpio: ella misma había reconocido una verdad incuestionable en su inicialmente arriesgada acusación—. Lo es, ¿me equivoco? No, sé que no me equivoco. La criatura no-muerta, humana e inmortal, que hasta los dioses temen...

Por un momento pensó que se había quedado a solas en el callejón. Solo se oía su propia respiración intervenida, el arrítmico goteo del agua acumulada en un toldo tratando de imitar la caída serena de la lluvia; el aullido de las ratas que habitaban las alcantarillas... y el silencio. El silencio que atraía el miedo.

Pero no se le escuchaba a él.

La idea de haberse puesto en una situación peligrosa surcó su pensamiento de manera fugaz. No le prestó la debida atención, entusiasmada como estaba con la revelación.

Una brisa gélida le agitó los cabellos y a punto estuvo de aflojar el broche que mantenía la capa en su sitio. Lenore trastabilló hacia atrás por la potencia de una defensa que solo podía haber venido de él; el viento soplaba del este y aquel había venido del norte, de la posición que la figura había estado ocupando hasta que reveló su desproporcionada estatura dando un paso al frente.

No pudo ver su rostro, pero no necesitó ese golpe de efecto para que su voz la estremeciera de pies a cabeza. Pareció brotar de la tierra, igual que la garra firme como la rama de un árbol que le rodeó el cuello.

—Y si hasta los dioses me temen, ¿por qué no me temes tú también?

—Yo no soy una divinidad —se oyó contestar.

Notaba la sangre agolpada en los oídos, como si su cuerpo quisiera protegerla de escuchar y sentir lo que no debía escuchar o sentir; lo que no pertenecía al mundo de los vivos.

—¿Quién eres, entonces?

—No soy nadie.

Lenore cerró los ojos. Se entregó a la sensación de ser tocada por una mano en la que confluían la vida y la muerte. Tuvo la certeza de que la mataría para proteger su secreto, y entonces comprendió que esa era la razón por la que había corrido hacia él sin pensarlo; había querido confirmar que su padre no murió enfermo de locura para a continuación acompañarlo en la eterna sombra.

La respuesta sincera habría sido, pues, que no le temía porque no le daba miedo morir.

Pero él sí debía reservar un mínimo respeto al latido vital de los mortales, porque retiró su garra helada como si le hubiera quemado. Lenore abrió los ojos, extrañada y hasta cierto punto decepcionada. La noche no le tenía reservada ninguna otra revelación, como la visión de su rostro. Lo comprendió por las malas siendo

repentinamente impulsada por un viento huracanado fuera del callejón; viento que él había vuelto a ocasionar para desvanecerse.

Lenore se llevó la mano al punto que había tocado con sus dedos. Ahí donde había presionado las yemas había depositado un recuerdo de frialdad inhumana, la temperatura de la piedra y de los cuerpos en descomposición.

Inhaló con fuerza esperando averiguar a qué olía un nomuerto.

A nada, descubrió con asombro.

No olía a nada.

—¡Lenore! —oyó que la llamaban a gritos.

Se giró en dirección a la voz de su hermana y de Edward, que habían salido en su busca. Corrían calle abajo con el Jesús en la boca.

El alivio de Isobel fue palpable nada más detenerse ante ella y ponerle las manos en los hombros.

—¡Noor, Dios mío! ¿Qué ha ocurrido? ¿Por qué te has ido así? ¿Te encuentras bien...?

—¿Quién era ese hombre? —fue lo que preguntó Edward, resguardado por unos pasos del helor que la criatura había dejado a las puertas del callejón.

Lenore notó bajo sus dedos el esfuerzo que hacían los músculos de la garganta al tragar saliva. Se acarició distraídamente el cuello, donde supo que no tardarían en florecer los cardenales.

Sonrió para sus adentros de una manera y a la preocupada primogénita de otra distinta. Por una vez no le dolió no poder compartir con ella un secreto, incluso si poseía un carácter sobrenatural. Se regocijó en que la verdad fuera solo suya.

—No lo sé —respondió al cabo de unos segundos—, pero eso es lo que quiero averiguar.

CAPÍTULO 3

Pensándolo largo y tendido en los días posteriores, Lenore concluyó que, al no haber recibido una confesión explícita de parte del misterioso sujeto, sus deberes para con el estudio de los no-muertos no podían tocar a su fin. Por desgracia, le fue imposible avanzar en la cuestión mientras se materializaban las órdenes de su abuelo.

Órdenes que, por supuesto, no había consultado con la principal involucrada. Se había determinado que arrastraría sus pertenencias al número 14 de Hampstead Heath, un barrio residencial conocido por sus mansiones campestres a las afueras de Londres.

Lenore no se había opuesto con la esperanza de que, a modo de agradecimiento o solo concesión, Humbert no se entrometiera en sus objetivos, que distaban mucho de guardar relación con las obligaciones de una señorita.

La primera noche que pasó bajo el techo de los Loxley, su abuelo no desaprovechó la ocasión de listar sus responsabilidades con el rigor por el que era conocido. Había seguido las recomendaciones de su esposa de no atosigarla a lo largo de la cena para terminar sacándolo a colación durante la ociosa hora posterior, cuando los tres disfrutaban de una copa de brandy junto al fuego del hogar.

—Imagino que eres consciente de que estás en edad casadera —señaló Humbert. Lenore había previsto la emboscada nada más oírle aclararse la garganta, el preámbulo habitual de una de sus sentencias—. Cierto es que sería un escándalo que te pasearas por los salones en la inminente temporada con un vestido amarillo. No queremos que se cuestione el saber estar de esta honorable familia..., pero si cumpliéramos las imposiciones del luto a rajatabla, volverías al mercado con veintiún años, y eso sería inadmisible. Además —añadió sin ocultar su desdén—, creo que estuvimos

servidos de excentricidades más que suficientes emparejando a tu hermana con un simple abogado y esperando a que el tipejo se graduara para celebrar el casorio. Sería una vergüenza que la segunda Nightingale también se conformara con un pretendiente muy por debajo de su nivel social y esperase a los veintitrés para alumbrar a su primer hijo.

—En mi humilde opinión —repuso Lenore, que había aprendido muy pronto cuándo se esperaba que aportase un comentario y en qué tono debía hacerlo—, el señor Bainbridge es un hombre muy educado y trabajador que hace feliz a mi hermana.

—Ese es exactamente el problema, Eleonora. Que es trabajador. Las nietas de un barón nacieron para disfrutar de los privilegios de la más alta alcurnia, no para depender de que se solicite un número específico de divorcios para traer pan a la mesa. ¡Divorcios, para colmo! ¡Solíamos ser un país con principios antes de la Ley de Causas Matrimoniales! —había añadido Humbert, escandalizado—. Quiero que tú apuntes más alto, ¿me has entendido?

—¿Tiene a alguien en especial en mente? —había inquirido ella, cubriéndose la boca con el vaso de brandy para que solo su mirada inocente quedara a la vista.

Theresa, no obstante, se percató del ligero rastro de sarcasmo y ahogó una risa agachando la cabeza.

Huelga decir que Lenore prefería ver morir las horas encorvada sobre un caso de contagio vírico que alternando con caballeretes de sangre azul. No obstante, no podía negar que fuese diabólicamente divertido sortear las turbias aguas de una interacción social, en especial cuando ocurría en ambientes clasistas. Estaría mintiendo si dijera que el carácter complejo de la vida pública no había llegado a picar su curiosidad. Isobel solía reprocharle que se burlara de forma velada de todos cuantos se le acercaban con buenas intenciones, pero Lenore se justificaba con que, mientras que nadie se percatara de su profundo desdén o su aburrimiento, no la retarían a duelo por insolente.

Sin ir muy lejos, ni su mismo abuelo se daba cuenta, porque respondió desde la solemnidad.

—El legado Loxley ha de volver a significar algo, y solo será

posible que alcance su antigua relevancia vinculándose de nuevo con la aristocracia.

—Pero si en el futuro Lenore desarrollara afectos por un hombre con un noble empleo y que se comprometiera con su felicidad, no dudo que darías tu bendición —intervino Theresa con naturalidad. Se inclinó con elegancia hacia la mesilla y depositó su copa vacía—. A fin de cuentas, la aristocracia ya no es lo que solía ser. Prueba de ello es que tú mismo me eligieras a mí antes que a una marquesa viuda para acompañarte en tu decrepitud.

Las dos mujeres intercambiaron una sonrisa cómplice al ver al barón Fellowes torcer el gesto con la última palabra.

No se identificaba con la edad que tenía.

—Pero celebré mi primer matrimonio con la hija de un duque, como era mi obligación. Un hombre puede permitirse concesiones únicamente cuando alcanza cierta edad y su vida sentimental ya no suscita el menor interés en el escenario público.

—Bueno —suspiró Theresa mientras se arreglaba los volantes del vestido. Le lanzó una mirada risueña a su marido—. A mí me gusta pensar que también me habrías elegido para esas primeras nupcias si me hubieras conocido antes.

La señora Loxley desarmó al cascarrabias con tan simple coquetería, otro de los múltiples dones femeninos que Lenore le había admirado desde que la conoció precisamente porque los empleaba contra su abuelo. Hasta que empezó a tratarla, no tenía en alta estima los talentos atribuidos a la mujer: las pulidas habilidades sociales y la sugestión se le antojaban recursos de segunda comparados con la dádiva y el carisma masculinos, incluso artificiosos y hasta hipócritas. Lenore prefería ir de frente en todos los casos. Pero Theresa la había condenado a reconocer en las damas a los verdaderos genios detrás de un éxito.

Había llegado a su vida hacía tan solo dos años. Nunca olvidaría los momentos clave que la ayudaron a formarse una opinión de ella antes de que apareciese, entre ellos la tarde que su abuelo se presentó agitado como nunca en el vestíbulo de su antigua casa. Dicho nerviosismo levantó sospechas ya en el recibidor. Que tardara en ceder a la invitación de Gulliver a pasar a la salita para conversar

con un té delante, como el mismo Humbert insistía en que debía hacer la gente civilizada, puso la guinda al pastel.

A Lenore le había llamado la atención que no se desprendiera del sombrero, que dedicó a girar entre los dedos a lo largo de la entrevista con una impaciencia impropia de él. Al cabo de media hora de charla informal, en la que el abuelo no se había involucrado ni siquiera por piedad hacia la exasperación que Nightingale padre y Nightingale hija sentían por el paradigmático debate atmosférico, Humbert se secó el sudor de la frente con un pañuelo bordado y se puso en pie con precipitación. Con una proclama pronunciada a trompicones interrumpió el desternillante relato que Gulliver había comenzado sobre una mañana cualquiera en el hospital:

—He conocido a una mujer y pretendo casarme con ella.

Su padre no solo no se ofendió, sino que actuó desde la naturalidad felicitándole de palabra y luego con unas palmadas en el hombro:

—Me alegro de que la haya conocido antes de la boda, Humbert. Me consta que entre los de su especie se estila hacerlo al revés.

El abuelo jamás lo reconoció mientras Gulliver vivió, y todo apuntaba a que tampoco lo haría ahora. Pero si bien se había opuesto con rotundidad a que su única hija, Mary Elizabeth, lo más parecido a una princesa que Londres había visto nacer desde la prematuramente fallecida Carlota Augusta de Gales, se enamorase de un humilde estudiante de medicina, había terminado profesándole un curioso afecto paterno-fraternal. Lo demostró que el doctor Nightingale hubiese sido la primera persona a la que informó de su compromiso.

—No ha recitado con pelos y señales su exuberante árbol genealógico —había comentado Gulliver nada más despedir al suegro, sonriéndole a Lenore con diversión—, así que asumo que al no tratarse de una dama de postín el motivo del casamiento no es otro que el amor.

Lenore se había reído, encantada, como sonrió maravillada dos años después en el salón de la casa de los Loxley.

—Le agradezco a Theresa su inclinación por defender mis sentimientos —retomó con brío—, pero no estoy interesada en

celebrar una boda de cuento y sí en dejar de ser una carga familiar. Le complacerá saber, abuelo, que me preocuparé de traerle un pretendiente que se ajuste a sus querencias.

—Estupendo —le celebró Humbert, erguido en su sillón con vanidad—. Me enorgullece el profundo conocimiento que tienes de ti misma, Eleonora. Es insólito que una mujer acepte que ha de compensar sus entrañables excentricidades con aptitudes de valor social. Estaba seguro de que podría confiar en tu sesera y tu disposición.

Lenore no solo no se ofendió con la mención de lo que Humbert entendía como defectos, sino que leyó entre líneas que la bautizaba una vez más su Nightingale preferida. El título, claro estaba, le había sido entregado a costa de arrebatárselo a su hermana. La predilecta había sido Isobel hasta que su matrimonio con «la infame rata de Percival Bainbridge» la había hecho caer en desgracia.

—Sobre todo me gustaría casarme lo antes posible por la cláusula que padre escribió en su testamento —mencionó con la misma naturalidad, esperando que el ánimo no decayera antes de plantear sus prioridades—. Si no recuerdo mal ni él me engañó al informarme, la casa de Great Ormond Street sería mía por ley en cuanto encontrara marido.

—Así es —le concedió con gravedad— pero, aunque la propiedad figurase como tuya, tu esposo habría de gestionarla para evitar tensiones maritales innecesarias.

—No me importa. No pretendo desairar a mi futuro marido bajo su techo o poner en entredicho su potestad sobre mí —recitó como el padrenuestro, sin interiorizar una sola de las palabras—. Sepa que le agradezco que me haya invitado a pasar una temporada con usted y con Theresa, pero desearía regresar cuanto antes a la que es mi casa.

—Comprensible, querida —la apaciguó ella.

—Si desposaras a un marqués, tomaría la lógica decisión de vender la propiedad y mudaros a un barrio aún más respetable. A Mayfair, con toda seguridad.

Lenore le sostuvo la mirada con una sonrisa distante, sujetando aún la copa por el fino cuello con los dedos índice y pulgar.

—Evitaría casarme con un hombre a quien poco o nada le importaran mis deseos, abuelo. Espero no pecar de exigente al añadirle esta pequeña característica al aristócrata con el que sueña usted.

El sarcasmo fue bastante menos sutil en esta segunda ocasión, pero Humbert no se percató o prefirió no acusarlo para tener la fiesta en paz.

Si bien la caza del esposo ideal no era asunto menor, Lenore se fue a la cama esa noche con las mismas preocupaciones en mente que un par de días atrás; preocupaciones que no acostumbraban a ocupar un gran espacio en la vida de una honorable señorita. El diligente servicio de la casa había habilitado para su uso y disfrute una amplísima habitación con vistas a la vivienda vecina, una majestuosa mansión con rasgos góticos que presuponía deshabitada.

Fue en la soledad de su nuevo dormitorio donde recuperó el debate interno donde lo había dejado.

Las poéticas descripciones de su padre no serían suficientes para encontrar a la criatura de su estudio. Cierto era que la había reconocido no ya a primera vista, sino gracias a una poderosa corazonada, pero dudaba que tras su encontronazo fuera a dejarse ver de nuevo... o que ella volviera a amanecer tan avispada como entonces. Tendría que localizarlo, y para esto necesitaba acceder al despacho de su padre en el hospital de Great Ormond Street. Estaba convencida de que era allí y no en casa donde habría puesto a resguardo sus anotaciones al respecto. Era conocedora de los métodos del doctor cuando se traía entre manos una investigación, y dichos métodos no podían ser más rigurosos. Ni por asomo habría abandonado información de calibre sensible en una estantería al azar de su estudio doméstico, donde una incauta criada —o su aún más incauta hija menor— pudiera haber husmeado.

El saber que le había sido revelado era de los que uno debía mantener en secreto. No solo porque pudiese cundir el pánico entre el vulgo, siempre susceptible a interpretar a las criaturas de las fábulas como una amenaza mortal y no como un regalo divino, sino

porque sin pruebas que lo respaldaran sería rechazado por la mayoría de los estudiosos.

Si algo soportaba menos aún que la ignorancia, era que se burlaran de su intelecto.

Así pues, a la mañana siguiente le pidió a la doncella más discreta de la casa que la acompañara al hospital. Con la excusa de recuperar un par de enseres personales del estudio del doctor, Lenore logró acceder más allá de las cámaras reservadas a los enfermos. Tuvo que apiadarse de la criada invitándola a esperar en el vestíbulo; la había visto cubrirse la boca y la nariz con un pañuelo y mirar a un lado y al otro con gesto aprensivo.

No era para menos. Gulliver había ido a parar a aquella clínica en concreto porque trataba mayoritariamente las enfermedades bacterianas que llevaban asolando Inglaterra desde comienzos de siglo. Sospechaba, aun así, que lo único de lo que la doncella se había contagiado era del extremo clasismo de su patrón, porque lo que en realidad la angustiaba era hallarse rodeada de críos harapientos.

Los pacientes superaban los doce años en muy raras ocasiones y pertenecían a estratos sociales ignorados por las clases altas, los especialistas de la medicina y a menudo también por sus propios parientes. Eso había sido lo que había atraído al joven doctor Nightingale a las puertas de aquella clínica y no de otra de mayor enjundia cuando esta aún recibía el nombre de Hospital para Niños Enfermos, institución que se inauguró con tan solo diez camas en una casita adosada.

Los avances médicos, impulsados sobre todo por estudiosos europeos, habían supuesto la salvación de cientos de pacientes que se presuponían desahuciados desde su apertura en la década de los cincuenta. No obstante, no había sido hasta la llegada de los Nightingale que se había convertido en una referencia nacional: Florence Nightingale, prima lejana de Gulliver, había redefinido el concepto de enfermería tras profesionalizarse en el hospital Saint Thomas promoviendo la limpieza rigurosa de los útiles, espacios y pacientes.

Su padre, por otro lado, se especializó en pediatría después de

conmoverse con la situación de los huérfanos. En sus palabras, «no era de extrañar que cayeran como chinches siendo esclavizados por la industria y condenados a la muerte prematura con el pasivo beneplácito de la Cámara de los Lores». Con su título de especialista bajo el brazo, no admitió la réplica de sus compañeros una vez impuso estrictas reglas de higiene y asepsia. Esto casi le costó el respeto de viejos amigos, adeptos de los procedimientos arcaicos, y también lo reflejaba en sus palabras, no creía que a un médico le conviniese «codearse con un presunto profesional que negaba la importancia de la desinfección. ¡Ni siquiera para tomar un brandy en su casa!».

Fue uno de estos últimos presuntos profesionales el que tropezó con Lenore en el cruce de un pabellón con otro. A fin de evitar contagios, el hospital estaba segmentado en varias alas aisladas entre sí, cada una centrada en una enfermedad distinta.

—¡Señorita Nightingale! —exclamó con la voz entrecortada. El doctor Barnes siempre iba resollando, consecuencia de arrastrar más de ciento cincuenta kilos de un lado para otro. Se secó rápido la frente con un pañuelo empapado de tanto servir a su propósito—. ¿A qué debemos su agradable visita? Vigile por qué pabellones se mueve; está usted a punto de acceder a la nave donde tratamos a los...

—... enfermos de sarampión, lo sé. No pretendía acercarme.

—¡Ah! ¡Eso es una novedad! —exclamó con buen humor. Se enderezó con las manos en la perfecta circunferencia de las caderas. La cinturilla del traje con el que los médicos se uniformaban se vio en un severo aprieto cuando tomó aire—. ¿Hoy no se ha levantado con ánimos de curiosear por la zona y juzgar con crudeza nuestros modestos tratamientos?

Lenore esbozó una sonrisa convenientemente culpable.

—No le perdona usted la impertinencia a una jovencita de dieciséis años, doctor.

Barnes soltó una carcajada sana.

—Oh, por supuesto que se la perdono. ¡Y hasta se la agradezco! Pagaría por que volviera usted a dejarle la cara de pasmo que le pintó al arrogante de Winthrop aquel día con su sagacidad. ¡Su

padre y yo pasamos semanas mondándonos de la risa a su costa...! —La amplia sonrisa se fue reduciendo en una expresión mortificada. Escrutó a Lenore con su rasgo más llamativo, dos grandes ojos azules que, junto con el resto de sus rasgos comunes, le habían valido el apodo de Cuervo Gris; el mismo que recibió Oscar Wilde, su doble físico, en el colegio—. No he tenido la oportunidad de darle mis condolencias. Siento en el corazón la pérdida de su padre.

—Sé que le estimaba. Por eso me alegro de haberle encontrado —añadió enseguida, deseosa de ahuyentar un episodio lacrimógeno—. ¿No le parece que la mayoría de los diagnósticos que le achacaron eran erróneos? ¿Y que fue sospechoso que hubiese contraído de pronto una enfermedad a la que de todos modos llevaba veinte años exponiéndose en su lugar de trabajo?

Barnes sacudió la cabeza.

—Como todas las dolencias, la tuberculosis es caprichosa y traicionera. Uno nunca puede proclamarse enteramente a salvo de estas amenazas.

—Aun así, ¿no cree que los síntomas no encajaban con lo que entendemos por tuberculosis?

Barnes hizo una pausa para volver a secarse el sudor de las sienes.

Su padre, que manifestaba una curiosidad férrea por todo fenómeno insólito, se había interesado en las glándulas de su compañero hasta el punto de realizar un estudio de veinte páginas al respecto: estaba convencido de que sufría algún tipo de trastorno que le hacía sudar de manera copiosa.

Lenore apoyaba la moción. Su obesidad era un factor que considerar, sí, pero en invierno no hacía la clase de calor que justificaba tamaño sofoco. A fin de cuentas, el hospital carecía de calefacción central. Para preservar la temperatura de los pacientes se distribuían estufas a los pies o a los lados de las camas.

Los gastos eran sufragados por los donantes de la institución.

—Como usted sabrá, señorita —empezó con el merecido respeto hacia sus conocimientos—, no todos los síntomas listados en las descripciones de una dolencia tienen por qué cumplirse. Hay casos

«de manual», como reza la expresión, pero, por ejemplo, no todos los convalecientes de escarlatina sufren cefaleas.

Siempre le había gustado Barnes. Ya cuando era niña, el doctor destacaba entre la plantilla de especialistas porque no se mofaba de sus deseos de convertirse en un gran médico algún día. «¿Y por qué no sucedería, señores? —solía canturrear alegremente—. Tampoco había piratas femeninas hasta que las hubo, ¡y no sé ustedes, pero a mí no me habría gustado cruzarme con Anne Bonny!»

—No puede negarme, aun así, que haya rasgos comunes en todo cuadro sintomatológico y que por eso mismo se agrupen en un diagnóstico firme. Dudo que exista un enfermo de tos ferina que no presente episodios de tos violenta, así como es raro toparse con un tuberculoso sin fiebres.

—¿Su padre no tuvo fiebre?

—Sí, la tuvo. Pero también le salieron manchas cerúleas en el cuerpo. Eso no corresponde y ni siquiera se acerca a la tuberculosis «de manual».

Barnes se la quedó mirando, al principio con una ligera irritación —ni el más humilde de los médicos era inmune a que se cuestionara su autoridad— y, al final, con simple y llana compasión.

Emitió un suspiro resignado y le puso una mano en el hombro, un gesto paternal que podía permitirse después de haberla visto crecer.

—Me tendrá que perdonar la grosería de hablarle en plata, Lenore, pero ¿de qué sirve ya responder a esa pregunta, querida?

Recordó lo que Isobel le había dicho una semana atrás.

«No importa lo que sea. Lo que importa es que se lo está llevando.»

—Me sirve, doctor Barnes —replicó con rigidez—, porque, a diferencia de ustedes, para mí la respuesta a la pregunta de qué padecía mi padre no era la muerte. La respuesta era el nombre de una enfermedad desconocida de la que podré salvar a la próxima persona que la contraiga si primero consigo detectarla y luego logro curarla.

Barnes no se dio por escarmentado con el rapapolvo y sonrió con ternura.

—Había olvidado por un momento que era hija de su padre; que

no ama el pragmatismo, sino el saber. ¿Qué puedo hacer por usted, Lenore? ¿Qué viene buscando?

—Seguro que nada bueno —completó Winthrop a espaldas de la joven.

Antes de girarse, Lenore se fijó en la expresión de puro cansancio de Barnes, que si no se batió en retirada para evitar el encontronazo con su odioso compañero fue por respeto al difunto Nightingale y cariño a su hija pequeña.

Hasta la primera ausencia laboral justificada de Gulliver, ocurrida cuando contrajo la enfermedad, Winthrop y su padre habían estado disputándose el control del hospital; uno por vocación y otro por razones egoístas. El doctor Winthrop se había atribuido con sospechoso regocijo la responsabilidad de tratar con la red de donantes, en su mayoría caballeros de clase alta con los que le convenía estrechar lazos si quería recibir botellas de whisky de Glen Avon e invitaciones a prestigiosos clubes de ocio.

Y por supuesto que quería. «Pertenece a la clase social aspiracional, al fin y al cabo», acostumbraba a apostillar su padre, no sin malicia.

—Debería estar usted encargándose del ala de tuberculosos, Barnes —le recordó Winthrop con su flamante displicencia—. No sé si se ha percatado de que hoy el hospital está particularmente saturado. —Desvió la mirada a Lenore, a la que debía atender con los párpados entornados, tal era su estatura y su afán por menospreciar a los insolentes. Erguido como la autoridad que era entre aquellas cuatro paredes, abrazaba el cuaderno de turnos con un solo brazo. El otro le caía junto a la estrecha cadera con la misma intención intimidatoria que una pistola en su funda—. No se preocupe por su encantadora visita. Yo mismo la escoltaré a la salida.

Lenore forzó una sonrisa amable.

—Venía a recoger las pertenencias de mi padre, doctor. Tengo entendido que su despacho no ha sido vaciado y que a la institución le urge cubrir cuanto antes su vacante. Antes de que el sustituto arroje al fuego sus anotaciones y batines para cirugía, me gustaría

quedármelos. Valor sentimental, lo llaman. No sé si habrá oído hablar de ello.

Winthrop curvó las comisuras de los labios hacia arriba, una curiosa mueca que no le había visto a nadie más que a él. No era una sonrisa falsa porque ni siquiera pretendía fingir cordialidad; tenía toda la intención de humillar al prójimo.

—He oído hablar de ello, sí. Una enfermedad de la que adolecen sobre todo las mujeres, razón por la que se las considera inadecuadas para ostentar nobles empleos como el mío. Por desgracia, señorita, me temo que no tratamos las histerias y las nostalgias en este hospital. De los enseres del doctor Nightingale se encargará su prima Florence —sentenció antes de que pudiese defenderse. Si Lenore hubiese abierto la boca para quejarse, antes le habría reprochado que se refiriese a la digna enfermera por su nombre de pila, como si se tratase de una mera criada, que por denostarla a ella—. Es a quien le corresponde por proximidad familiar, además de que, a diferencia de usted, tiene garantizado el acceso a todas las salas del edificio.

—No sabía que la correspondencia personal de mi padre y un par de instrumentos quirúrgicos merecieran ser protegidos de caer en malas manos, doctor Winthrop.

—No creo que las suyas sean malas manos, señorita; tan solo manos incapaces.

El doctor nunca desaprovechaba la oportunidad de recordarle su inferioridad.

—Trate a la señorita con el merecido respeto, Winthrop —intervino Barnes.

—Excelente elección de palabras, Barnes, porque eso es lo que hago. Referirme a ella con el respeto que se merece. Claro que usted y yo podríamos diferir en cuánto respeto es ese. No crea usted, señorita —continuó el administrador con la barbilla alzada. Una incipiente barba castaña, del mismo tono de sus cejas enarcadas, la sombreaba. Tenía un talento encomiable para lograr que las cortesías clásicas, como el simple «señorita», sonaran blasfemas de tan peyorativas—, que no se me ha ocurrido pensar que pretende meter sus narices en los expedientes médicos que

Nightingale pueda haber dejado atrás. Las investigaciones y descubrimientos de su padre, en especial si fueron documentados en un despacho del edificio, son jurisdicción del hospital, no de su familia y ciertamente menos aún de su hija de diecinueve años. Buen intento —se abrió para dejar de bloquearle el paso y le indicó la salida con un ademán—, pero voy a tener que invitarla a marcharse. Este no es lugar para una joven dama.

«Sí es lugar para impertinencias, sin embargo», se cuidó de espetarle.

Con mucho gusto se habría enzarzado en una discusión con Winthrop, pero su prioridad era sustraer los textos que su padre hubiese abandonado allí y sabía que sin su beneplácito no iría a ninguna parte.

Además de haberse labrado un gran nombre como profesional por haber introducido en el hospital los estudios sobre microbiología de Pasteur y Lister, Reuben Winthrop era quien recibía a la mayoría de los enfermos y les asignaba un médico, además de quien estructuraba los turnos de los especialistas. Regentaba la clínica igual que una gobernanta su edificio de apartamentos. Lo que tanto Gulliver como ella habían llevado peor del sujeto en cuestión no era su arrogancia, sino que tuviera razones de peso para fardar de brillantez. No se le podía reprochar su afán de notoriedad cuando sus logros no estaban exentos de gloria, sino que para colmo constituían milagros en toda regla y brindaban tanto nuevos inversores como mejoras significativas en las instalaciones.

Y todo esto lo había conseguido con tan solo treinta y seis años.

A Lenore no le quedó otra que obedecer y dirigirse a su doncella con resignación. Se planteó pedirle a Barnes que robara el cuaderno de turnos en una distracción de Winthrop o le escribiera una nota a Hampstead para informarla de cuándo disfrutarían de la ausencia del perro guardián. Pero sabía que era improbable que el doctor se tomara unas vacaciones. Había abortado toda fantasía de familia o vida propia en pro de la grandeza profesional.

Su padre había bromeado en alguna que otra ocasión con que Winthrop dormía entre los enfermos de raquitismo con tal de estar

allí el primero cuando se personaran nuevos pacientes, siempre antes que el amanecer y, por supuesto, antes que su rival inmediato.

—¡Lenore! —oyó que la llamaba Barnes. La alcanzó después de recorrer la distancia con un esforzado trote. Ella ya le había hecho un gesto a su doncella para que se levantara de la banqueta—. Me disculpo en nombre de Winthrop por su vergonzosa descortesía, y...

—Yo diría que para pedir perdón en nombre de alguien, Barnes, ese alguien debería mandarle primero a transmitir dicha disculpa —se rio Lenore— y los dos sabemos que Winthrop es incapaz de arrepentirse.

—Eso es cierto —se lamentó con un suspiro. Luego miró a la derecha y a la izquierda para cerciorarse de que nadie pegaba la oreja. Con discreción, se inclinó sobre ella y le dijo—: Venga esta noche, bien entrada la madrugada, y no encontrará vigías ni resistencia alguna en el camino al despacho de su padre. Winthrop se marcha a casa a las once; como mucho se deja retener hasta medianoche. Seguro que no necesita las llaves de la habitación.

—No. Mi padre guardó una copia... —Miró de hito en hito a Barnes, aunque sin recelo—. ¿Me ayuda solo para llevarle la contraria a Winthrop... o porque soy la pequeña Noor?

—No le llevo la contraria a Winthrop. Él mismo ha dicho que solo los familiares directos pueden acceder a los documentos privados de Gulliver, y ¿qué es usted? Además... Su padre admiraba a su prima Florence en el plano profesional, pero dudo que le hiciera ilusión enterarse de que ha metido las zarpas en sus cajones privados.

Lenore le dio la razón con un cabeceo distraído. Ella misma era de la escuela del doctor Nightingale: le profesaba un profundo respeto a la enfermera, que no en vano había recibido de mano de la reina la Real Cruz Roja. Sin embargo, como miembro activo de la familia siempre había dejado bastante que desear.

Florence era el ejemplo de que había que escoger entre la carrera y la prole mientras que su padre había demostrado que podía tenerlo todo.

Aunque ya no tuviera absolutamente nada.

Lenore se enderezó con una profunda inspiración y le dio las gracias a Barnes con un guiño.

Esa noche tenía una misión.

CAPÍTULO 4

Lenore esperó con la ropa puesta bajo las sábanas a que Theresa pasara a desearle las buenas noches. Puntual como un reloj —se acostaba a medianoche, así su marido intentase engatusarla con una última partida a la brisca—, llamó a la puerta de su habitación y se asomó con una sonrisa maternal. Ella le devolvió el gesto desde la cama, tumbada en una posición incómoda y con las sábanas a la altura de la barbilla.

Nada más percatarse Theresa de que las luces de Lenore permanecían encendidas hasta tarde, habían establecido esa bonita costumbre.

Más adelante, la joven se lamentaría de que su único pensamiento durante la brevísima conversación con ella hubiera sido «márchate, márchate, márchate ya». No era justo tratar a la baronesa como una molestia cuando se había erigido su firme defensora desde su llegada a la familia.

Dispuso una serie de almohadones bajo la colcha para abultar, se calzó las botas con tacón y se acodó en la repisa del ventanal para estudiar el modo de escabullirse.

Naturalmente, nadie iba a acompañarla en la aventura. Si se lo hubiera pedido a la doncella que la había escoltado esa mañana al hospital, la habrían encerrado en Bedlam antes de que hubiese salido el sol.

Mientras se ayudaba de las repisas de las ventanas inferiores y de la misma suerte para bajar sin ser descubierta, se preguntó cómo reaccionaría Theresa en el caso de descubrir sus objetivos. Era consciente de que en la familia se la consideraba una jovencita peculiar, pero no se señalaban sus excentricidades como un rasgo que pudiera poner en peligro la reputación de los Loxley. Eso se

debía, lamentablemente, a que percibían su interés en la medicina como una afición pasajera; incluso la ruta a través de la que procurarse la validación paterna.

Antaño se había esforzado por demostrarle a todo el mundo con su dedicación ciega que sus ambiciones académicas no caducarían pronto. Ahora entendía que le convenía más beneficiarse de la ignorancia popular para llevar a término planes como aquel. Si la creyeran de veras una amenaza para la reputación, habrían colocado a un criado a montar guardia en la puerta o visitarían su dormitorio a lo largo de la noche para cerciorarse de que no se movía.

Ahora iba a traicionar la confianza que su abuelo y Theresa habían depositado en ella.

«Se lo han buscado —se dijo mientras trotaba sobre los metatarsos para que los tacones no tocaran la grava del patio—. La condescendencia debería pagarse cara.»

Lenore tomó prestado el caballo más obediente y lo condujo agarrado por las riendas calle abajo. Una vez que había perdido de vista la mansión de los Loxley, lo montó con arrojo y se alejó al trote. Cada tanto comprobaba que el vaivén del animal no le había vaciado los bolsillos de la falda. Había pensado que más le valdría no llevar un morral colgado del hombro por si la cazaban en plena sustracción. Ya pensaría dónde guardar los documentos, si es que la intuición no le había fallado y de verdad encontraba anotaciones reveladoras en el despacho.

Había estimado conveniente llevar consigo una caja de cerillas, pero no velas que pudieran gotear sobre la alfombra. Apostaba a que Winthrop, en su enfermizo afán de respetar la rigurosidad, obligaba a los criados del hospital a relatar con pelos y señales qué anormalidades habían encontrado en sus sesiones de limpieza.

Tal y como Barnes le había advertido, el hospital estaba prácticamente vacío a altas horas de la madrugada. No se cerraban las puertas por si acaso ocurría una emergencia, como ya se había dado el caso: nunca olvidaría la truculenta historia del bebé abandonado junto a la escalinata de acceso. La criatura podría haber muerto de frío si por casualidad una enfermera no hubiese elegido ese momento y esa noche para citarse con su amante al amanecer.

Lenore sonrió en su camino de puntillas hacia la planta superior, recordando la grandilocuencia con la que Gulliver había contado una y otra vez aquel acontecimiento. Tenía sus relatos preferidos, como todo hombre que llevaba una fascinante vida de aventuras de piratería, pero solía decir que la supervivencia del recién nacido había sido el único hecho en sus cuarenta y cinco años que le había inspirado creer en Dios.

O, como mínimo, en que de veras había unos bienaventurados sobre la Tierra.

Insistía en que la criatura debería haber perecido. Ya presentaba signos de hipotermia avanzada y había perdido la conciencia, razón de que nadie se hubiese percatado de su agonía en la escalera.

La enfermera, sin ir muy lejos, podría haberlo pisoteado en su precipitada salida a la calle..., pero sobrevivió.

—Me gustaría saber dónde está ahora —decía a menudo. La última vez que confesó seguir pensando en ello fue un par de meses antes de su muerte. Estaban cenando a solas en el comedor, cómodos en un apacible silencio, cuando depositó los cubiertos contra el plato y se recostó en el sillón sin enfocar la vista. Lenore había estado a punto de burlarse de su imperdonable descortesía hacia la etiqueta («¡Dejar así el cuchillo y el tenedor, apoyados contra el faisán! ¡Habrase visto, doctor!»), pero él la había desarmado con su vehemencia—. Me gustaría saber si sirvió para algo que nos esforzáramos tanto para que prosperase; si dio buenos frutos y se ha convertido en un hombre de provecho.

Lenore se lo había quedado mirando con una sonrisa maternal.

—¿No cree que estar vivo ya es suficiente para valer algo? —le había replicado en uno de sus «alardes de sabiduría misteriosa», como los describía su padre, pues de él no podría haber adquirido ese punto de vista—. ¿De veras necesita demostrar mediante grandes heroicidades que merecía esa segunda oportunidad?

Aunque Gulliver alegaba justo lo contrario —que a la existencia propia debía sacársele partido—, Lenore sostenía que todo cuanto ella abanderaba era de alguna manera consecuencia de que su referente hubiese sido el doctor Nightingale.

Volvió al presente meneando la cabeza, como las últimas veces

que se había acordado de su padre. Ignoró la presión que estaba soportando su corazón y se detuvo ante la puerta del que solía ser su despacho.

Era poco habitual que un médico dispusiera de un espacio propio. En un hospital público donde la demanda de camas era inabarcable, cada rincón despejado era susceptible de convertirse en el cuartillo de una víctima de malnutrición. Pero Winthrop y los administradores que lo precedieron se las habían arreglado para gestionar estudios asépticos pero suficientes a las figuras más prestigiosas, a saber, aquellas que gozaran de títulos académicos.

Allí su padre había revisado historiales, completado informes, atendido las pocas consultas privadas que pasaba el hospital... y, por qué no decirlo: seguro que también se habría encerrado a llorar con impotencia la pérdida de un paciente en cuya recuperación hubiera creído con fervor. Se había llevado consigo a la tumba los nombres y apellidos de los enfermos, en su mayoría niños, a los que les había deseado de pleno corazón —pero en vano— una vida sana y próspera.

Lenore era su legado. Se había quedado en el mundo para recordarlos en su nombre, porque por supuesto que sabía qué fallecimientos habían alterado el ánimo optimista de su padre. No había relato de muerte que no le hubiera referido.

Solo se había reservado el de la no-muerte: el del ser *non mori*.

«Hay que ver —se lamentó con inevitable afecto—. Qué celoso eras de tus investigaciones.»

Empujó la puerta con cuidado y sacó las llaves de la cerradura para bloquear la entrada desde el interior. Levantaría sospechas si alguien trataba de pasar y descubría que había alguien dentro, pero mejor eso que ser cazada en flagrante delito.

Encendió la primera cerilla.

Aunque ardía en deseos de conocer los secretos del escritorio, contuvo su entusiasmo para examinar en primer lugar los títulos de los manuales de su vasta colección. Sabía que algunos los tenía repetidos, o no con exactitud, porque el *Gray's Anatomy* original del año 1858 no era la edición revisada de finales de siglo que su padre custodiaba en el despacho de casa. La inmensa mayoría de los

tomos que guardaba en el hospital era a los que más recurría para la elaboración de los diagnósticos: reconoció el revolucionario ensayo sobre cirugía antiséptica de Joseph Lister, las últimas ediciones de *A System of Surgery* de Timothy Holmes, el clásico manual clínico de A. W. Barclay, la enciclopedia médica alemana de Ziemssen que doctores a lo largo y ancho de Europa consultaban para la excelencia de la práctica...

Frenó en seco al llegar al final de la estantería.

Colgados en un perchero con inevitable aire de abandono, reconoció la bata blanca con la que se vestía para los ansiados procedimientos quirúrgicos y el delantal de lino encerado que le había estado protegiendo los trajes de fluidos indeseados. Lenore alargó una mano hacia la bata, pero la dejó caer antes de rozarla con los dedos. La sensación de pérdida la asoló de forma repentina y con una virulencia inesperada.

No supo cómo hacerle frente.

Exhaló con brusquedad y se inclinó para hundir la cara en la bata. El olor corporal de Gulliver había impregnado la tela. ¿Cómo no iban a quedar vestigios de él, allí, de entre todos los lugares? Le constaba que había operado a un niño de urgencia la última vez que había pisado el hospital, y desde entonces apenas había transcurrido un mes. Con toda probabilidad fue lo último que tocó antes de marcharse a incubar la enfermedad.

Fue como si lo estuviera viendo colgándola de cualquier modo en el perchero y a continuación calándose el sombrero de fieltro con gesto pensativo.

Como si quisiera recordarle lo que había ido a hacer allí, la cerilla se consumió.

Los ojos le ardían en las cuencas cuando se alejó de la bata y prendió otra con las manos temblorosas. Se dirigió físicamente al escritorio, pero todo lo demás, todo lo que no era carne y huesos, permaneció orientado hacia la prenda, como los espíritus que no cruzaban al otro lado y se dedicaban a atormentar a sus seres amados. Tuvo que parpadear deprisa detrás del cristal de los anteojos para leer el título de los papeles amontonados junto a su cuaderno.

Sir William Osler le había hecho llegar al doctor una copia del manuscrito que publicaría al año siguiente, *The Principles and Practice of Medicine*. Comprometido con la labor de editor, que de seguro el soberbio Osler no le habría pedido que desempeñara, su padre había realizado anotaciones en los márgenes: había palabras tachadas, otras rodeadas y, sobre todo, numerosos signos de interrogación.

Lenore se sorprendió riendo pese a las lágrimas. Al menos alguien celebraría el fallecimiento de Nightingale: Osler, que había tenido la inmensa suerte de no recibir jamás el manuscrito de vuelta. No habría soportado el énfasis con el que su padre subrayaba su rotundo desacuerdo y hasta sentenciaba: «¿De qué demonios estás hablando, Will? Las sangrías son remedios de carnicero, ¡una práctica tan en declive como evitar el aseo! ¿O es que no has leído a Pierre Charles Alexandre Louis?».

Pretendía dejar a un lado sus divertidos reproches y seguir investigando, pero al pasar una página se topó con una hoja escrita a mano. El corazón suspendió toda actividad al reconocer un término en latín: *Homo immortalis*. Luego retomó su pulso natural con la agitación que merecía un descubrimiento de tamaña genialidad. Gulliver había protegido su investigación de ojos curiosos empleando el manuscrito de Osler como soporte, un pesado tratado médico que los eruditos como él, surtidos de la pertinente copia, no estarían interesados en releer. Por si acaso, había tornado el texto ininteligible para el pueblo llano redactándolo en una lengua que ignoraban las personas de a pie.

Suerte que Lenore había prestado relativa atención a las lecciones de latín. Aunque habría de rescatar las empolvadas declinaciones de la memoria, daba por hecho que lo descifraría con tiempo y dedicación.

Dobló el manuscrito como lo permitió su grosor y se decantó por esconderlo bajo la falda. Aprovecharía la maleabilidad del papel para envolverse el muslo y lo mantendría sujeto con la media. Ya a lomos del caballo, pensaría...

La segunda cerilla se apagó de repente. El sobresalto la hizo soltarla y arrodillarse a renglón seguido para encontrarla antes de

que lo hiciese un esbirro de Winthrop. Palpaba la alfombra en busca de la anatomía familiar del fósforo cuando se topó con la superficie lisa de cuero de una bota Wellington. La reconocería en cualquier parte de tantas veces que había aprovechado la ausencia de su padre para fantasear con que era el gran doctor Nightingale montándose en su magnífico calzado.

No le dio tiempo a asimilar que ya no estaba sola; que quizá no lo había estado en ningún momento. Una corriente fría como el aliento de la muerte pareció levantarla del suelo, pero no fue obra de un conjuro, sino de la fuerza de una mano implacable. Lenore sintió en sus carnes, en los vellos como escarpias y en el ardor de la sangre que aquella mano pretendía matarla. Podría haberlo conseguido si, al estamparla contra la pared, la joven no se hubiese protegido la nuca, el punto más sensible, pegando la barbilla al pecho.

O más bien al dorso de la garra que la alzaba en vilo por la garganta.

—Veo que ha encontrado lo que estaba buscando —dijo él en tono lánguido, acentuado por el deje de un idioma extranjero. La reacción de Lenore fue estremecerse. Un eco leve pero siniestro unía unas palabras con otras como en una sinalefa—. Seguro que tendrá la gentileza de devolvérselo a su legítimo dueño.

—¿Su dueño? ¿Se refiere a mi padre? —logró articular.

Se había aferrado con la mano libre a la pequeña caja de cerillas. Aun luchando por su vida y por llevar aire a los pulmones, se concentró en deslizar la tapa, y cuando estuvo segura de que lograría su propósito, soltó la muñeca del agresor para rescatar un fósforo.

Lo prendió tan cerca de su rostro como lo pudo facultar el temblor de los dedos. Tal y como había sido su propósito, la llama centelleó por un instante entre los dos, tiñendo de dorado los rasgos hasta el momento secretos de la criatura.

Lenore contempló, sobrecogida, la cara de ángel caído que le fue revelada: la mandíbula alargada pero firme otorgaba un aire fiero al conjunto de su fisonomía, tallada en una piel de alabastro sin imperfecciones visibles, ni insinuación de barba, ni cicatrices, ni

protuberancias o curvaturas en la nariz, que seguía su curso recta y orgullosa para apuntarla como una flecha.

Era puro como un niño recién llegado al mundo. Pero si bien poseía la clase de belleza que hería o al menos resultaba amenazante, fue el rastro de abatimiento existencial que lo envolvía lo que le robó a Lenore la respiración.

El examen estético tuvo lugar en apenas un segundo, lo que la luz demoró en extinguirse, pero fue suficiente para que jadeara por la impresión de haber mirado a los ojos al centinela del inframundo. Él no reaccionó a su escrutinio o a su curiosidad como a la proximidad del fuego: arrugó la nariz en señal de contrariedad y la soltó para alejarse unos pasos.

Aunque la cerilla se apagó con la furia de su aliento y el despacho volvió a sumirse en la oscuridad, en la mente de Lenore permaneció el reciente recuerdo de la chispa reflejada en sus pupilas, dilatadas por la sorpresa.

—¿Teme usted el fuego, señor? —preguntó ella en voz baja.

Ardía en deseos de entablar una conversación con él. Tanto era así que había optado por olvidar enseguida las circunstancias de su encuentro y su misión. Una interacción cara a cara con el sujeto de estudio valía mucho más que ninguna teoría en firme.

—Qué interesante que ahora le parezca merecedor de un trato cortés —replicó con un rastro de ironía. Lenore volvió a estremecerse al oírlo. Tenía la impresión de que nunca se acostumbraría—. El otro día no creyó que mereciera un nombre; le bastó con la descripción genérica del no-muerto para dirigirse a mí.

Ella se sorprendió.

—¿Lo ofendí la pasada noche? ¿Por eso se marchó sin despedirse?

—Me marché sin despedirme y usted apareció sin presentarse. Demos por disculpadas las mutuas groserías.

Hablaba con el aplomo altivo de quien no toleraba el desaire, así como se expresaba el barón Fellowes. Si no la estuviera distrayendo el dolor de garganta, Lenore se habría reído con el ingenioso contraataque.

—Le apelaría con la justa cortesía si no me hubiera tuteado usted durante nuestro primer encuentro...

—Me parece que ya he corregido mi maleducado traspié del comienzo respetando ahora el obligado protocolo. Tendrá que entender que olvidara por un momento la educación recibida: no acostumbro a respetar como iguales a las mujeres que me persiguen.

—... y si tuviera la gentileza de darme ese nombre suyo —añadió, obviando de manera deliberada el reproche—, señor.

—Seguro que lo haría, señorita. Ya la he visto mostrarse de lo más civilizada en casos de extremo peligro, como en este preciso instante —pretendió subrayarlo con una suerte de burla. No lo consiguió, aun así. Lenore percibió una nota de recelo y, sobre todas las cosas, su soberana perplejidad—. Pero no pretendo quedarme a alternar. Tiene en su haber las anotaciones del doctor.

—¿Eso es lo que ha venido a buscar a su despacho? ¿Cómo sabía que mi padre había escrito sobre su condición? —Esperó una respuesta que no llegó. Lenore tragó saliva y, envalentonada, caminó hacia donde sospechaba que aguardaba erguido. Su presencia era como una repentina corriente de agua fría en las profundidades del mar. Solo tenía que perseguir el origen del escalofrío—. ¿Trató con mi padre, señor? Tuvo que hacerlo si asistió a su funeral. Y con una flor de acónito, si no recuerdo mal... ¿Era usted el sujeto inmortal de su estudio, o hablaba de...?

—Créame, señorita Nightingale —la cortó sin necesidad de alzar el tono. Sonaba amenazante de por sí—. No quiere que responda a esas preguntas del mismo modo que no quiere salir de aquí con el ensayo de Osler encima.

Lenore se enderezó con una mueca cargada de decepción. La invadió el presentimiento de que, aunque ella no pudiera verle, él sí podía percibirla con toda claridad, y casi mejor de lo que podría reconocerla a plena luz del día.

—Veo que las características de mangoneador y autoritario no son exclusivas de la raza humana; también los machos de su especie tienden a subestimar a las mujeres.

—La diferencia, señorita, es que desobedecer a los machos de mi especie conlleva una sanción peor que una bofetada.

—Le agradezco la advertencia —replicó, ajustándose los anteojos

sobre el puente de la nariz—, pero si el ser humano no ha conseguido persuadirme de los que son mis objetivos, dudo bastante que vaya a lograrlo otra casta.

—No juegue conmigo, señorita Nightingale. —Pronunciaba su apellido con el rastro de un acento eslavo que, además de aportar una intención amenazante, sonaba misteriosamente cautivador—. Ahora que nada en el desconocimiento, no me opondré a que conserve su vida, pero si siguiera indagando, tendría que matarla. Hágase valer entregándome el manuscrito por propia voluntad.

—Si sabe que mi padre escribió acerca de su especie en el borrador de sir William Osler, debe de ser porque trabajaron de manera conjunta en la investigación, y esto es, con su pleno consentimiento —declaró, en sus trece—. ¿Por qué se niega a que yo la continúe donde la ha dejado?

—¿No puede responderse a eso usted misma? Me negaba y me sigo negando de entrada a dicha investigación con independencia de si la emprende un médico renombrado o su hija.

Lenore se percató de que había estado apretando los antebrazos contra el pecho en una postura defensiva que no se correspondía con la inexorable atracción que la acercaba a él. No estaba asustada por más que el instinto la instara a resguardarse, por lo que le pareció pertinente relajar los hombros y tratar de mirar a través de las sombras para atisbar su rostro, aunque fuese una sola vez más.

Trató de sonar razonable e incluso ganarse su confianza volviendo a la carga.

—Puedo comprender por qué no desearía que el mundo supiera de su existencia, señor. El pueblo perdería la cabeza y habría quienes promoverían una injusta caza de brujas por el simple hecho de no entenderle. Pero yo no pretendo herirle en modo alguno. Lo único que persigo es la sabiduría.

—Los eruditos de las ciencias como usted nunca se conforman con saber. Tarde o temprano ansían dar a conocer las conclusiones de su estudio, si no para recibir una medalla en la Royal Society, al menos para prevenir o solo informar a la sociedad. Y no de su descubrimiento, sino de su grandiosa inteligencia.

Aquella fue la primera vez que alguien se refirió a Lenore como un

científico y no como una mera mujer, y si bien ser una mujer habría sido suficiente para ella, cansada como estaba después de haber renegado y luchado contra su género por odios heredados de sus pares masculinos, él, con una simple palabra, había elevado su condición en teoría infrahumana a la categoría de admirable. Le había otorgado una vocación más allá de aceptar su inferioridad.

Lenore tragó saliva.

—En vista de las molestias que se está tomando para proteger su secreto, asumo que nadie sabe de su existencia, y menos aún de sus padecimientos..., porque no me cabe duda de que tener un pie en la vida y otro en la muerte conlleva, a la par que ventajas, alguna aflicción.

Hubo un breve silencio.

—¿A dónde quiere llegar ahora?

—¿No desearía algo de compañía en su padecer? —preguntó sin rodeos—. ¿No significaría nada para usted compartir con alguien su experiencia, disfrutar, a cambio, del calor humano, la comprensión y el respeto de un... —vaciló— infraser?

—Dudo bastante que su insolencia le permita considerarse un infraser, señorita.

—Según la cadena evolutiva, no soy más que eso. El *homo sapiens sapiens* se encuentra un escalón por debajo del *homo immortalis*.

Él tardó otro tanto en contestar.

—No sabe de lo que soy capaz, ¿y me concede regalada su aprobación?

—Sé de lo que es capaz, señor —contravino con una sonrisa en la voz—. Es capaz de estrangular a una dama no en una, sino en dos primeras citas, ambas cruciales para que la susodicha se forme una opinión en firme sobre sus modales. Pero estaría dispuesta a pasarlo por alto si como contraprestación me explicara qué atrae a los seres del mundo intermedio hacia los cuellos de las mortales... ¡y con semejante vehemencia! —apostilló con un intento de humor.

El corazón le dio un brinco motivado por la intuición de que le había robado una sonrisa. Fue una sensación única e insólita a la que no podría haberle puesto palabras, pero decidió perderse en ella

con furor. Era casi como si la criatura se comunicara a través de reacciones corporales; de las suyas propias y no de las de él, que por lo poco que sabía parecía mantener bajo llave.

Lenore se puso rígida al sentirlo avanzar. Aunque llevaba unas pesadas botas de montar, no se oían sus pasos del mismo modo que no se oía su respiración.

Se tuvo que recordar que estaba muerto.

Por eso había podido sorprenderla en el despacho.

Y, sin embargo, también estaba vivo, porque le respondió con una amenaza socarrona y Lenore tenía entendido que el sentido del humor era un rasgo único de los humanos.

—Existe un interés personal, e incluso biológico, diría yo, de «los seres del mundo intermedio» hacia los cuellos, sí —le confirmó. Se había detenido a un palmo de su rostro—. No necesariamente de las mujeres... Aunque esa es, sin duda, mi preferencia.

A Lenore le pasó desapercibido el flirteo, entusiasmada como estaba por haberle sonsacado un dato científico.

—¿Cuál es la preferencia de los demás? Porque hay más aparte de usted, ¿no es así?

—Qué preguntas tan decepcionantes propone, señorita Nightingale. Todo lo que desea conocer se lo podría haber soplado un *penny dreadful* del año cuarenta y siete; no me habría necesitado a mí para nada.

Lenore trató de mantener la compostura y al mismo tiempo no espantarlo de nuevo permaneciendo inmóvil ante él. Hasta respiraba con discreción por miedo a ofenderle.

—No le estaría haciendo perder el tiempo con dudas generales si me hubiera permitido echar una ojeada a las anotaciones de mi padre antes de... acudir a mi encuentro..., señor.

—Ah, cierto es —murmuró como si acabara de recordarlo—. El manuscrito.

Lenore se vio siendo nuevamente agredida con la misma facilidad que si fuera su pequeño juguete. No le costó empujarla contra la pared y remangarle las pesadas faldas con la mano con la que no la mantuvo inmovilizada por la cintura. Los nervios le treparon desde el bajo vientre hasta la garganta, pero no la dominó la angustia, sino el

asombro por la atractiva gentileza con la que él escarbó entre su ropa interior.

Abría la boca para gimotear una débil defensa, consciente de que no debería permitir un atropello de esa índole, cuando notó entre los muslos expuestos el frío que emanaba la criatura. Su mano, que parecía aumentar de tamaño por momentos, aterrizó en el dobladillo de la gruesa media, ahí donde minutos antes le había parecido ideal esconder los textos de Gulliver.

En lugar de arrebatárselo sin delicadeza alguna, demostró que podía ser todo un caballero bajándole la prenda con la precaución de no tocar su carne de gallina.

Lenore jadeó en voz alta. Como verle la cara no era posible, cerró los ojos para evocar el rostro que se le había aparecido durante un delirante segundo.

Cuando ya había recuperado los papeles, le prodigó una caricia lánguida pero estremecedora al borde de su ingle. Pese a haberla tocado por encima de las prendas, Lenore se sintió desfallecer: fue su calmada premeditación, el deseo que había manifestado de jugar con sus sensibilidades y no tanto el roce en sí mismo, lo que coloreó de rojo sus mejillas.

Su primer instinto no fue otro que separar las rodillas para invitarlo a quedarse, una reacción en la que no se reconoció pero que a la vez debía haber nacido de sus instintos más bajos, porque se sintió extrañamente liberada.

El pulso se le disparó al notar que se sumergía en ese nimbo helado que lo rodeaba. Aquello solo podía significar que se había inclinado sobre ella, y lo confirmó cuando la punta de su nariz le acarició un mechón de pelo.

—Esto es solo para que quede constancia de que puedo y sé tratar a las damas como es debido; no todo se reduce a estrangularlas —le susurró—, pero tenga presente que eso será lo que sucederá si traiciona mi confianza.

Le habría gustado defender que el manuscrito de su padre le pertenecía por derechos de sangre y herencia intelectual, pero se le había atorado la garganta y solo atinó a balbucear:

—Su secreto está a salvo conmigo.

El espíritu le volvió al cuerpo en cuanto él se separó, como también le subió la temperatura corporal varios grados. Confirmaba de este modo que la proximidad de la criatura era letal.

Y, sin embargo, una parte de sí se resistió a aceptarlo y rogó para sus adentros que no se marchara tan rápido.

Por desgracia, lo hizo después de torturarla con un silencio plagado de misterios; silencio durante el que Lenore tuvo la plena certeza de que a pesar de la oscuridad y el prejuicio de su sexo él la había visto tal cual era.

CAPÍTULO 5

Lenore llevaba media hora cepillándose la melena en el tocador. Tenía la mente segmentada en tantos compartimentos como hipótesis barajaba sobre los orígenes de la criatura.

Ahora lo llamaba así. *Criatura*. El concepto que le había atribuido al principio y con el que había pretendido englobarlo, *no-muerto*, se le antojaba ahora impersonal y en extremo desconsiderado. No solo porque él le hubiese advertido de que hería su vanidad y dejaba en evidencia su propia grosería la noche que se lo reprochó con altivez, sino porque sentía que aquel hombre —¿hombre?—, capaz de blandir el humor con inteligencia, flirtear con descaro y hacer malabares con las palabras igual que el literato más culto, no estaba muerto en absoluto.

Lo que, por otra parte, no significaba que no fuese letal. Si una certeza abanderaba era que la mataría si insistía en adentrarse en las misteriosas aguas de su existencia. Se aseguró de materializar su amenaza en el despacho del hospital y, solo para que no se le olvidara, le había dejado una colección de cardenales de recuerdo: uno por cada dedo que había intentado interrumpir su respiración.

Pero Lenore no le temía a esa muerte que él le prometía con un inquietante a la par que curioso fervor. Le temía aún más al desconocimiento y a dar por perdidas las últimas voluntades de su padre, el que era su verdadero testamento: el estudio del *homo immortalis*.

Distraída, Lenore ladeó la cabeza hacia la ventana para contemplar la casa vecina. Los ventanales, encajados en arcos de medio punto, seguían cerrados a cal y canto como el día en que llegó. No solo se había construido replicando el estilo gótico de una catedral francesa, sino que la piedra del edificio había adquirido esa

tintura oscura que, incluso si era suciedad, no parecía tal, sino un elemento decorativo más que ensalzaba su atractiva decadencia.

No era la única vivienda de estas características del barrio, pero sí resultaba llamativa precisamente por el abandono tan cruel como incomprensible al que la habían sometido. ¿Acaso no había aristócrata en todo Londres que no ansiara ocupar una mansión de tamaña grandeza? Ni su lamentable estado actual lograba desmerecer su potencial.

Al no gozar de los pertinentes cuidados, que a menudo consistían en coartar su libertad a golpe de podadera, las zarzas y trepadoras habían crecido sin orden ni concierto y se filtraban entre la piedra caliza. Si hubiera visto la casa siendo aún niña, Lenore habría pensado que era como si el edificio vistiera una falda de ramas. Habría procurado colarse con la secreta esperanza de cazar a las hadas durante sus abluciones. Estas le habrían parecido la única clase de criaturas que podían habitar un lugar así, que no estaba ni limpio ni deteriorado. Simplemente estaba vivo.

Dejó de peinarse con la impaciencia contra la que llevaba un par de días luchando. Al final, sabía que un descubrimiento de proporciones homéricas exigía tiempo. Pero Lenore había visto morir a demasiada gente en el apogeo de su vida, dejando asuntos pendientes, para pensar que ser aún joven la eximía de apresurarse.

Necesitaba ver a la criatura de nuevo, y necesitaba verla *ya*.

Descansó el cepillo sobre el tocador y se asomó a la ventana sin miedo a que la vieran desde la calle con nada más que el holgado camisón y el batín ondeando a la espalda.

No, no era solo que la casa estuviese abandonada, comprendió. Había captado su atención porque estaba maldita. No se atisbaban los cristales de las ventanas porque las habían tapado clavando tablones de madera. Aun carcomidos por la humedad, eran efectivos en su propósito de bloquear la luz.

Las ventanas tapiadas le daban escalofríos. Era como caminar con los ojos vendados.

—Lenore, querida.

Estaba tan sumida en la contemplación de la casa que ni siquiera

se sobresaltó: la voz de Theresa se filtró en su sueño consciente como una melodía lejana.

Lenore se dio la vuelta y le devolvió la sonrisa amablemente.

—¿Aún no estás vestida? El inspector Whishaw acaba de pasar a la salita, y tu hermana y su marido han de estar a punto de llegar. ¿Necesitas que te ayude o te apañas con Ellie?

—Estaré lista en unos minutos.

Theresa no insistió, aunque se la veía nerviosa por el desarrollo de la primera visita formal de familiares y amigos desde el entierro. La esposa de su abuelo no solo había sido la humilde y solterona hija de un contable antes de contraer nupcias, sino una pobre huérfana: si alguien podía entender o anticipar la reacción de una joven doliente al reencontrarse con su parentela, evento que siempre acentuaba la ausencia de quien ya no estaba, esa era ella.

Pero no le era posible saber o siquiera sospechar que otra clase de preocupaciones tenían a Lenore pensativa a la par que aislada del mundanal ruido.

Cumplió su palabra acudiendo al encuentro de los invitados al cabo de diez minutos. Lucía un vestido negro cuyo cuello alto tapaba de manera conveniente las huellas de violencia, así como los ribetes de encaje de los puños sombreaban los dorsos de sus manos pálidas. No se había molestado en recogerse la melena, que bailó en suaves ondas a su espalda cuando bajó las escaleras al trote, pero sin prisa.

El señor Loxley, Theresa y Edward Whishaw habían abandonado el salón principal para recibir a los Bainbridge en el vestíbulo, una cortesía inusual. Ninguno se perdió la incorporación de Lenore al grupo.

Isobel aún no se había quitado las pieles de armiño de los hombros y ya la estaba recorriendo con una mirada inquieta, como si la benjamina hubiese regresado de una cruenta batalla con lesiones irreparables. Su marido Percy fue algo más educado sonriéndole sin exhibir la dentadura, pero denotó haber venido consolando a su mujer en lo que a Lenore respectaba imitando su vistazo aprensivo.

Aunque Edward estaba retirado hacia el pasillo y más o menos recostado contra la pared, gallardo con su chaqué de domingo, fue a

su expresión de alivio a lo que ella se aferró para convencerse de que sobrellevaría la visita. Su amigo de la infancia rompió la tensión que le había paralizado al verla aparecer para acudir con calculada prudencia al pie de la escalera. Le ofreció una mano con la elegancia que le había sido inculcada —en vano, en opinión del déspota de su progenitor— y esbozó una sonrisa ligeramente alterada por el desasosiego.

De un tiempo a esa parte, era difícil saber de qué ánimo estaría Lenore cuando se reencontraran. Ella le hizo saber, al menos por el día presente, que no había nada que temer devolviéndole el gesto con seguridad. Aceptó también su mano, un detalle inesperado que lo descolocó un instante antes de llenar de calidez su expresión.

—Lenore —murmuró, y en su nombre cupieron miles de palabras que no diría jamás.

—Inspector Whishaw —lo saludó exagerando una reverencia.

—Por Dios, no —se rio él con un brillo especial en los ojos castaños—. Para ti sigo siendo Edward.

—Entonces yo para ti sigo siendo Noor.

Había sido la única persona externa a la familia Nightingale que se había concedido el atrevimiento de llamarla por su apodo. Era una confianza que nadie le había reprochado que se tomara y que incluso había sido incentivada por el doctor.

Aunque Edward era dos años mayor que Isobel, siempre había sido un niño travieso. Ni la mano dura de su padre ni la desesperación de su madre le habían arrebatado nunca el espíritu soñador. De no haber decidido crecer y madurar a su ritmo y a su manera, no habría encajado en el esquema mental de juegos y confesiones de una niña cinco años menor incluso después de haberse adentrado en la adolescencia.

Consciente ya en aquel entonces de que era inusitado cuando menos que un joven de dieciséis se dejara someter por las preferencias ociosas de una cría, Lenore albergaba la sospecha de que Edward había evitado mostrarse tal cual era en su presencia hasta una avanzada edad. Apostaba por que para el momento de su decimosexto aniversario habría cosechado aficiones bastante alejadas del escondite, pero las disimulaba y se esforzaba por

satisfacerla en el buen nombre del afecto..., o a lo mejor esperando escapar por un rato de sus apremiantes obligaciones de adulto.

A pesar de que Lenore odiaba que fueran condescendientes con ella, que no la incluyesen en el rico y misterioso mundo de la adultez, dejaba correr la vida secreta de su muy pronto universitario camarada y disfrutaba de su atención con el orgullo jactancioso propio de las niñas amadas.

Y es que Edward había sido su confidente y único amigo hasta que su padre, el erudito señor Whishaw, ganó la discusión de si acudiría o no a la universidad. A los trece años, Lenore tuvo que verlo marchar a Oxford con todo el dolor de su corazón.

Durante una temporada se conformó con visitas ocasionales ocurridas durante las festividades o gracias a los permisos especiales que le concedieron a propósito de situaciones extraordinarias, como la gripe que contrajo su madre o el fallecimiento de su abuela paterna. Crecer en ambientes distintos y alejados el uno del otro había cambiado inevitable e irreversiblemente la dinámica de su amistad, pero aun corrompida por las vicisitudes de la vida y el cruel abismo de las diferencias de género, el cariño entre los dos había permanecido intacto.

O de eso estaba ella convencida.

Sin embargo, recordaba con explícito detalle cuánto la había impresionado volver a verlo cuando, recién graduado, se mudó de regreso a Londres. Se presentó por sorpresa en la residencia de los Nightingale sin haber pasado antes por su propia casa, cargado con el baúl de sus pertenencias acumuladas durante cuatro años de estudios y con unos nervios comprensibles por reencontrarse con su amiga de la infancia.

Thea había interrumpido el apacible rato de lectura de Lenore para darle la noticia de su sorpresiva visita: de la precipitación con la que se levantó, la joven se pisó el ruedo de la falda y a punto estuvo de caer de bruces. Bajó las escaleras gritando su nombre con fervoroso entusiasmo, y todo para no reconocer a Edward en el rostro maduro del hombre que aguardaba sin aliento en el vestíbulo.

Porque aquello era un hombre, no un muchacho.

Aunque Lenore no era tímida, frenó en seco y a lo largo de la

reunión adoptó una conducta recelosa, cuando no directamente huraña. Comprender el origen de su molestia le exigiría pasar toda una tarde escuchándolo hablar con su recién estrenada voz de caballero y recibir el merecido rapapolvo de su padre, que encontró inadmisible su comportamiento y así se lo hizo saber en cuanto Edward se marchó desolado.

Lenore nunca se había disculpado por haberlo castigado con su cruel indiferencia aquella tarde, en gran medida porque la avergonzaba reconocer que se debía a que hubiese crecido tanto sin su supervisión; a que, además, se hubiera convertido en la clase de hombre ante el que no sabía cómo actuar.

Desde aquello había transcurrido un año, pero Lenore seguía sorprendiéndose mirándolo de reojo con una mezcla de resentimiento y fascinación. Resentimiento y fascinación que no habían hecho sino dilatarse a lo largo del tiempo, pues Edward cumplió su promesa de acceder al cuerpo de policía con lo que eso conllevó: más cambios significativos en su presencia física.

El entrenamiento al que sometían a los agentes rasos no era moco de pavo, y él se lo había tomado tan en serio que las opiniones sobre su atractivo abarcaban un amplio rango: había mujeres que lo encontraban intimidatorio y deploraban que las camisas nunca le quedaran holgadas del todo en los brazos y el pecho, mientras que otras suspiraban atraídas por su semejanza con los semidioses de mitología.

Lenore nunca se había posicionado en el debate porque, para empezar, no era partidaria de entretener superficialidades. No negaba la importancia de la banalidad en según qué casos; a veces hasta se divertía comentando con Isobel este o aquel diseño de la modista, criticando un peinado arriesgado o halagando la gallardía de un caballero. Pero en lo que a Edward respectaba, y mientras de su fuerza de voluntad dependiese, era completamente ciega.

Él debía de haber tomado una decisión similar, porque retiró su mano a la vez que ella y con la misma combinación de nerviosa impaciencia y temor a ser descubierto. Lenore enseguida buscó con la mirada a cualquier otro invitado e intercambió las pertinentes cortesías con todos procurando parecer el colmo de buen humor. En

especial con su hermana, que sería la primera en poner el grito en el cielo si la creía sufriendo.

Theresa los invitó a pasar al salón de visitas.

—Cuánto me alegro de que haya podido escabullirse de sus obligaciones laborales para venir a vernos, inspector Whishaw —comentó la anfitriona. Mientras, le hacía gestos de apresuramiento a la criada para que trajera cuanto antes el servicio de té.

Como comandaba la etiqueta, Edward esperó con las manos entrelazadas a la espalda a que las damas tomaran asiento. Aun abstraída en sus pensamientos, Lenore sintió que la mirada de su amigo la seguía, no quiso saber con qué objetivo.

—Lo primero es lo primero, señora Loxley —oyó que decía Edward, y entonces se acomodó en el sillón más alejado de Lenore. Ella dio por hecho que había sido una decisión premeditada y se sintió aliviada a la par que extrañamente ofendida—. Mi familia y mis queridas amistades, y luego lo demás.

La criada entró en el salón empujando el carrito. Las tazas de porcelana fina estaban distribuidas en la bandeja de plata componiendo un dibujo agradable a la vista. Isobel le dirigió un amable aspaviento para invitarla a retirarse, prometiendo encargarse ella de servir los tentempiés como era debido.

Theresa fue quien más agradeció su disposición. Al no haber recibido la educación de las grandes señoras, solía temblarle el pulso cuando le tocaba surtir a sus invitados, y aun siendo una mujer orgullosa de su sencillez y muy natural para los ambientes en los que se movía, prefería no poner sus carencias en evidencia.

—¿Ha habido avances en el caso de Jack el Destripador? —inquirió Isobel con el ceño arrugado por la inquietud.

Para tratarse de una recién casada muy devota de su marido y que ante cualquier duda o eventualidad se encomendaba a Dios, su hermana mayor sentía una curiosidad morbosa por todo lo relacionado con el mundo policial. Isobel se avergonzaba de este rasgo suyo, pero a Lenore le parecía adorable y no cesaba de insistirle en que airease y hasta potenciara sus rarezas: así le costaría menos sentirse en sintonía con ella y ambas podrían

encontrarse a medio camino en su eterna e intrincada ruta hacia los brazos de la otra.

La mayor se entretuvo preparándole el té a Lenore como le gustaba, con un terrón y medio de azúcar: vertía uno en la taza y el segundo lo sumergía hasta la mitad. Una vez se deshacía la parte inferior del cubito, depositaba el resto sobre el platillo, que luego podía pasar el resto de la tarde deshaciendo con los dedos o chupando bajo la mirada reprensiva de su abuelo.

Su padre solía describir el ritual como «una auténtica guarrería», pero Lenore no había renunciado a su gusto culpable. En las últimas lo reproducía con premeditada lentitud y mirando a su progenitor con deje retador.

Él solo se reía sacudiendo la cabeza.

«Basta —se obligó a callar la mente—. Ni un recuerdo más.»

—Me temo que no, Bells —contestó Edward.

—¿Ha renunciado el cuerpo a encontrar al responsable, acaso?

El gesto jovial del inspector mudó enseguida a la mueca severa que merecía abordar un asunto tan tremendista.

Los asesinatos en serie del antes apodado «Delantal de Cuero» habían conmocionado a la sociedad londinense y, claro está, maravillado a Isobel, que de todos modos tenía la prudencia de camuflarlo bajo el espanto que también sentía.

—Oficialmente la investigación permanece abierta, pero los ánimos están frustrados en la comisaría. Me consta que al menos el inspector jefe y el jefe de policía aún se llevan los informes a casa para estudiarlos en su tiempo libre, por si acaso algún detalle se nos hubiera escapado. Sospecho, también, que Macnaghten anda escribiendo al respecto en sus memorias privadas, proyecto personal del que ha informado al cuartel... o, mejor dicho, amenazado —apostilló con sentido del humor. Le costaba mantenerse serio hablara de lo que hablase—. Por desgracia, Bells, no hay avances desde hace ya tiempo, y sin las presiones externas del periodismo y el gobierno, los agentes se sienten más inclinados a dejarlo correr.

—Habla de los agentes sin incluirse, inspector Whishaw —señaló Theresa con su plácida expresión de siempre—. ¿Usted aún sueña con cazar al asesino?

Edward desvió la mirada al té que sostenía con las dos manos y le sonrió con aire enigmático a su reflejo borroso.

—Creo que la esperanza es lo último que se pierde —alzó la vista hacia la distraída Lenore, que aceptaba con un modesto agradecimiento la taza de la mano de su hermana—, y yo no soy un hombre que se dé por vencido fácilmente —enderezó la espalda con orgullo y se reclinó hacia atrás, recuperando su optimismo natural—, pero cierto es que Jack no es el único felón que mantiene ocupadas a las fuerzas de seguridad. Se han reportado otra clase de crímenes de no menor calibre. Conversé al respecto con el doctor Nightingale la última vez que nos vimos. Visité el hospital para interrogar a unos sospechosos de infanticidios y él me certificó que había habido un incremento significativo de ingresos de niños apaleados hasta la muerte. También confesó haber oído historias truculentas sobre tráfico ilegal de menores de doce años para trabajo doméstico.

—No creo que este sea un tema de conversación apropiado para las damas presentes —refunfuñó el barón Fellowes en voz baja.

Todo el mundo convino en ignorar su comentario.

—¡Qué horror! —musitó Isobel, afectada. No tanto como para desaprovechar la ocasión de arrojar a su hermana a los brazos del inspector adjunto, sin embargo—: A lo mejor Noor puede ayudarte en esa investigación. Conoce el hospital como la palma de su mano y trata a menudo con muchos de sus especialistas. El doctor Barnes, por ejemplo.

El intento por incluir a la joven en la charla no surtió el efecto esperado. El único entretenimiento que Lenore había hallado en la reunión había sido remover pacientemente el té con la cucharilla, no tanto con desgana como para invocar la concentración.

Revivía una y otra vez el breve intercambio con la criatura.

—Podría contribuir a la causa de forma no oficial, por supuesto que sí —confirmó Edward en tono aterciopelado—. No sería la primera vez que aceptamos colaboraciones externas.

—Sería mejor que Eleonora limitara el ocio los próximos meses —intervino Humbert nada más expulsar el humo del puro. La aludida se pudo figurar por qué Edward ocultó una sonrisa detrás de la mano al oír la palabra «ocio»: porque hasta el barón sabía que

participar en redadas policiales era un divertimento para ella y lo nombraba como tal—. Si se hablara de ella en período de luto, preferiría que fuese por razones sumamente respetables, y no porque anda implicándose en trabajos masculinos. Y considerando que la curiosidad acostumbra a guiarla por derroteros inadecuados, quizá sería mejor no revelar según qué detalles sensibles de sus casos delante de ella, inspector Whishaw.

Lejos de ofenderse, Edward exhibió una sonrisa con hoyuelos.

—Considerando que la curiosidad acostumbra a guiarla por derroteros inadecuados, milord, quizá sería mejor no sacarla de casa directamente... —le lanzó una mirada pilla a la aludida—, aunque, conociéndola, se arrojaría de igual modo a la aventura incluso si solo contara con su imaginación como acicate.

Lenore intuyó que se estaba hablando de ella y alzó la vista a tiempo para captar la expresión jocosa de Edward. Se involucró en la charla limitándose a sacarle la lengua, lo que le valió un guiño del inspector adjunto.

Con toda seguridad no volverían a dirigirse la palabra o el saludo en lo que restara de reunión para compensar su infame complicidad.

—¿No podría meterse usted en un problema con sus superiores si descubrieran que anda divulgando información confidencial? —inquirió Theresa sin la menor acritud.

—No les he contado nada que los medios de comunicación no hayan compartido ya con y sin el consentimiento de Scotland Yard. Y mientras mi padre no esté presente para pegar la oreja y usar mi testimonio de inspiración para sus relatos cortos, mi empleo no peligrará —añadió con una sonrisa socarrona que sin embargo ocultaba un viejo rencor.

Desvió la vista a su té y bebió en silencio.

—¿Ha aprendido usted esa lección por las malas? —preguntó Percy, divertido—. ¿El gran escritor Whishaw le ha puesto en un brete escribiendo sobre parecidos con la realidad que no eran ni por asomo mera coincidencia?

—No, por fortuna. Si bien le intriga lo ficticio de la literatura, jamás lo reconocería en voz alta y ni mucho menos se dignaría a redactar historietas de héroes y villanos para los ociosos. Su deseo

de aleccionar es más propio de un obispo que de un autor —cabeceó con relajada resignación—, pero parece que triunfa entre los lectores, porque la fama le ha permitido abandonar su columna de la ya en decadencia *Cornhill Magazine* y mudarse a la revista que publica a sir Arthur Conan Doyle...

Lenore dejó de remover el té al oír la mención de los folletines.

Había tratado con Archibald H. Whishaw en un sinnúmero de ocasiones y, sin embargo, hasta entonces no se le había ocurrido que podía recurrir a él en busca de sus ansiadas respuestas.

—Edward —lo interrumpió. Ignoró la mirada de advertencia de su abuelo, que la instó a vigilar sus modales—. ¿Sabes si tu padre conserva en su colección de lecturas los *penny dreadfuls* de los años cuarenta? ¿Del cuarenta y siete, para ser exactos?

—Apostaría el alma a que los guarda todos como oro en paño en un relicario, junto con los dientes de leche de mis hermanas y su único juguete de la infancia —bromeó—. No porque respete su calidad literaria, ya que se le antoja un aberrante producto para las grandes masas, sino porque a su difunto padre le fascinaban e incluso él tiene sus fibras sensibles.

El corazón se le aceleró tanto al oírlo que se tuvo que inclinar hacia delante.

—¿Todos?

—Absolutamente todos. —Luego se dirigió a los demás, como si no pudiera seguir sosteniéndole la mirada por mucho más tiempo, y se valió del tono de trovador con el que amenizaba las veladas—: A pesar de que fueron la causa de que un humilde servidor deseara unirse al cuerpo de policía en lugar de perseguir una carrera cultural, mi padre les tiene especial cariño a los folletines de George W. M. Reynolds, quien escribió una de las series más exitosas sobre crímenes con críticas a las élites. ¿Quién se lo iba a decir?

—¡No me diga que soñaba con perseguir a los villanos por culpa de un cuento! —se maravilló Theresa.

—Entonces no aparecerá ningún personaje con rasgos sobrenaturales —meditó Lenore por lo bajo.

—En *Mysteries of London* no —fue Percy quien le contestó—, pero en *The String of Pearls* aparece el magnífico barbero asesino de

Fleet Street, el señor Sweeney Todd. Ha debido oír hablar de él. —Apoyó sobre el regazo de Isobel la mano que no sostenía la pipa—. Mi esposa al menos lo conoce.

—Padre nos leyó los relatos más famosos de Sweeney Todd algunas noches de tormenta a petición de Bells —confirmó Lenore. No se percató de que Edward e Isobel se tensaban, alertados por la mención del difunto y lo que pudiese desencadenar—, pero desconocía que pertenecieran a los *penny dreadfuls*. De todos modos, el barbero asesino era humano.

—Creo que estás preguntando por *Wagner the Wehr-Wolf*, o por *Varney the Vampire* —sugirió su abuelo—. Causaron sensación en aquel entonces; en mí el primero. Solo tenía once años y era bastante impresionable...

—Me habría encantado verte devorando folletines —confesó Theresa con aire soñador.

Lenore se enderezó con el presentimiento de que había dado con lo que buscaba.

—*Varney the Vampire*. Me suena familiar.

—Claro que te suena. Ha sentado el precedente de una de las leyendas sobrenaturales más populares. Eran mis cuentos preferidos —le contó Edward al resto de los invitados, cómodo en su papel de animador. Había nacido para destacar en reuniones grupales, algo que siempre había fascinado a Lenore, quien carecía de esa facilidad para entretener o siquiera caerles simpática a sus allegados—. Los devoraba de niño a escondidas de mi padre porque, en su opinión, las fábulas mitológicas no fomentan la intelectualidad de los niños, sino que expanden su imaginación hacia el delirio. Antes estaba indefenso frente a sus teorías, pero ahora puedo replicarle: una historieta que toma inspiración en una obra del gran Polidori nunca podría ser de bajo nivel cultural.

—Obra de Polidori —repitió Lenore en voz baja.

—*The Vampyre* —citó Percy—, un relato que sigue de cerca las aventuras del seductor lord Ruthven, una criatura inmortal y perturbadora que se alimenta de las mujeres jóvenes. —Curvó los labios en una pequeña sonrisa abochornada—. A mí también me fascinaban de joven las leyendas del folclore.

—¿De veras? —se sorprendió Isobel, recelosa—. ¿Y de qué leyendas estamos hablando?

—Alimentarse de mujeres jóvenes —masculló Humbert—. ¡Qué tema de conversación tan escandaloso!

—Bueno... —empezó Percy con obvia resistencia, ajeno a las palabras que mascullaba el abuelo. Seguramente prefería que no se comentara en sus círculos cercanos que el brillante abogado Bainbridge se pirraba por los cuentos infantiles—, a lo largo de la historia se ha mencionado la existencia de los seres inmortales, empezando por los dioses y acabando por los monstruos de nuestras pesadillas. Ya sabes que perdí a mi madre siendo niño. Me obsesionaba la idea de que hubiera podido escapar de la muerte, aunque fuera transformándose en otra criatura.

Lenore se reprochó a sí misma no haber ponderado las leyendas populares como fuente de sabiduría, especialmente de cara a una investigación cuya base era lo irreal.

Incluso lo imposible.

Pero ¿cómo tomar en serio el folclore?

Si bien había aceptado la existencia de los no-muertos antes de acceder a uno de ellos, esto por el simple hecho de que su padre lo hubiera mencionado, siempre había sido una niña escéptica. Gulliver habría podido dar fe de ello, que era quien se desesperaba intentando ayudarla a conciliar el sueño con cuentos de hadas a cual más extraordinario.

Ahí donde Isobel cerraba los ojos con fuerza, escarmentada por la moraleja de lo que podría sucederle si no era obediente o mentía a los adultos, la ceñuda Lenore enterraba en preguntas impertinentes al pobre doctor:

—Hace una semana planté una de las habichuelas que pelé con la señora York y no ha crecido ninguna planta de grandes proporciones habitada por un gigante caníbal. Me has engañado.

»No es posible que Old Bloody Bones viva escondido en los armarios de todos los niños del mundo. Tampoco de todos los niños de Londres, pues esos son muchos, demasiados niños. Además, ¿cómo es que puede sangrar una criatura descrita como un

esqueleto? ¿No es eso imposible? ¡Tú mismo me dijiste que, si se rompe un hueso, sale líquido sinovial o seroso, no sangre!

»¿Para qué querría el Hombre del Saco secuestrar a un niño malvado? ¿Acaso le gusta sufrir?

Aquella última pregunta había hecho estallar en carcajadas al doctor, con la mala suerte de que despertó a la pequeña Isobel de su sueño intermitente. Lenore nunca olvidaría cómo se inclinó para besarla amorosamente en la frente, agradecido por su innata habilidad para hacerle sonreír. Con cuidado de no importunar a la hermana mayor, le había susurrado:

—Así que sostienes que los seres mitológicos no existen, ¿verdad? Entonces ¿cómo explicas, si no es remitiéndote a los *changelings*, que mi hija pequeña tenga una inteligencia insolente más propia de un hada traviesa que de una niña?

Ella le había echado los brazos al cuello y le había replicado que ese era un acertijo de fácil solución.

—Soy muy lista porque tú eres el más listo del mundo, y según me has contado, algunas de nuestras cualidades son herencia de nuestros padres.

—¡Conque recurriendo a Gregor Mendel para aceptar un cumplido! ¡Eso es nuevo!

«Basta», se exigió nuevamente la Lenore adulta, apretando con tanta fuerza la taza de té que podría haberla roto.

Se obligó a anclarse al momento y el espacio presentes alzando la voz.

—Percy, ¿podrías prestarme dicho relato, si es que aún lo conservas? —No se dio cuenta de que el entusiasmo por la nueva pista y el recuerdo la habían arrastrado al borde del sillón. Luego se dirigió a Edward, que la había estado mirando con una mezcla de ternura y cautela—. ¿Tu padre me permitiría leer los *penny dreadfuls*? No osaría pedirle que me dejara llevármelos lejos de su relicario, si es que no confía en mi custodia, pero quizá, si lo visito un día... No contradeciría las normas del luto, ¿verdad?

Esta vez buscó la aprobación de su abuelo, que estableció un instante de reflexión.

—No lo haría, no —determinó Humbert—. El señor Whishaw es un

hombre respetable.

—Y si te sigue infundiendo el mismo respeto que cuando eras niña, yo podría estar presente durante la entrevista para evitarte un desmayo —sugirió Edward con humor.

Lenore lo miró a los ojos por primera vez desde que había llegado.

Por primera vez desde hacía un año, mejor dicho.

Los ojos del Eddie niño habían brillado como luceros en la noche, por siempre maravillados con la promesa de una diversión futura; los del Edward adulto no habían perdido ese fulgor ambarino que endulzaba el severo tono castaño, pero la edad lo había matizado hacia otra clase de ambiciones no tan inofensivas como una travesura.

Ambiciones que Lenore no se atrevía a mirar de frente.

—¿Sería precipitado visitar al señor Whishaw hoy mismo? Aún no es la una —confirmó tras consultar el reloj de pared—, y hasta las cinco sigue siendo razonable presentarse en casa de un querido vecino. Si aparezco con su hijo...

—¿Qué estás diciendo, Eleonora? —rezongó su abuelo—. ¿Cómo vas a personarte sin previo aviso en la residencia de un honrado caballero?

—En ese caso no apareceré: puedo esperar a que Edward lo salude como es debido, le pida los *penny dreadfuls*, y...

—¡De ninguna manera!

—Está bien, milord —medió Edward con su clásica sonrisa conciliadora—. Mi padre se alegrará de verla y, sobre todo, de disculparse en persona por no haber acudido al entierro del doctor. Es algo que le pesa y creo que no dormirá a pierna suelta hasta que se libere de la carga.

La persuasión de Edward y las habilidades manipuladoras de Theresa lograron que Humbert diera su brazo a torcer, aunque con sus condiciones: habría de estar de vuelta a las cinco en punto.

Una vez que Lenore se aseguró de haber cumplido su voluntad, se dio el gusto de participar lo menos posible en la conversación posterior, que tocó todos los palos, desde la política contemporánea hasta los cotilleos de la alta sociedad.

No tuvo la poca vergüenza de sumirse en el silencio después de la

venia concedida, y agradeció sin palabras que le permitieran salir de casa en pleno duelo siendo particularmente encantadora cuando le dirigieron una pregunta.

CAPÍTULO 6

No solo celebró la visita al escritor Whishaw porque fuera a acercarla a la respuesta a sus preguntas, sino porque la eximió de entrevistarse a solas con su hermana después de la reunión familiar. De seguro Isobel habría intentado someterla a un interrogatorio exhaustivo y por completo improcedente.

No había dejado de percibir las miradas a cual más angustiada de la recién casada. Al menos podría decir en su defensa que se había cuidado de que nadie a excepción de la implicada se percatase. A ojos de los demás había sido un colmo de buena educación, lo que apostaba que se convertiría en la comidilla de la cena de los Loxley: «¡Tan bella, tan instruida, tan fina... y tan casada con un pordiosero!», exclamaría su abuelo.

En cuanto se inauguró la ronda de despedidas, Isobel tomó del brazo delicadamente a Lenore y la llevó a un rinconcito aparte con la excusa de departir sobre «cosas de hermanas».

—¿Qué te propones, Noor? —le preguntó sin rodeos.

Lenore evitó mirarla de forma directa mientras se echaba por los hombros el abrigo de paño grueso. Practicó su mejor tono inocente, motivada por el deseo de que la dejara en paz cuanto antes.

—¿A qué te refieres?

—Llevas toda la vida defendiendo que las fábulas de lo sobrenatural no tienen ni pies ni cabeza por no partir de una base realista. Y alegas que el género del cuento es aquel que escribe la gente incapaz de soñar a lo grande proponiéndose la composición de una novela; o sea, «una obra completa».

Lenore procuró ocultar tras una sonrisa cuánto la irritaba que Isobel insistiera en conocerla mejor de lo que se conocía ella misma.

—Y lo seguiré repitiendo hasta el fin de mis días, pero es la

segunda vez que se me mencionan los *penny dreadfuls* en la última semana y me ha picado la curiosidad. Además, no es cierto que no me interesen las fábulas. Padre tenía por costumbre leerlas cuando éramos niñas, ¿recuerdas?

—Sí, esa era su costumbre. La tuya era replicarle hasta la demente exasperación. Te empecinaste en recorrer Londres entero en busca de esas calles pavimentadas con oro que se mencionaban en la historieta de Dick Whittington.

El recuerdo le suavizó la expresión a Lenore, que esta vez se dirigió a su hermana con aire risueño.

—No irás a negarme que eso no había quien se lo creyera. De niña sentía que padre insultaba mi inteligencia, lo reconozco, pero con la edad he aprendido a valorar los cuentos infantiles.

—No la insultaba ni la mitad de lo que tú estás insultando ahora la mía —la cortó Isobel en tono severo. Tenía la paciencia de una santa hasta que de pronto ya no la tenía en absoluto—. No he olvidado lo que dijo en su lecho de muerte, Noor. Eso que repitió sobre los no-muertos. Estás investigando al respecto, ¿verdad? Te niegas a aceptar que aquello no fue más que el delirio de un pobre moribundo.

Lenore se tensó al oír en qué términos se refería al doctor. Le lanzó una mirada gélida mientras terminaba de abrocharse los botones de hueso del abrigo.

—Quizá esto te extrañe, Bells, pero no toda afición que emprendo forma parte de un retorcido plan. Tampoco suele moverme el turbio deseo de angustiarte, como insinúas al atribuirte el mérito de atormentarte con mis decisiones. Tan solo quiero sentirme más cerca de mi padre ahora que me es físicamente imposible, honrando nuestras antiguas costumbres.

Cuando aún eran niñas e Isobel rehusaba aceptar que la benjamina podía ser maquiavélica, a lo mejor habría comprado su argumento. Pero Lenore no solo no consiguió ablandarla, sino que transformó su inquietud inicial en impotente decepción. Así lo advirtió el chisporroteo de sus ojos azules, uno de los rasgos heredados de su madre.

—Ojalá no tuvieras la absurda necesidad de esconder tus

sentimientos de mí, Noor. No te he demostrado más que paciencia y lealtad desde la infancia y, aun así, sigues sin dignarte ser sincera conmigo.

Lenore chasqueó la lengua.

—Pensaba que te pondrías a batir las palmas de saberme a solas con Edward Whishaw durante una prometedora tarde, pero ya veo que no existe modo alguno de hacerte feliz.

—¡Esto no tiene nada que ver con Eddie!

—Esto tiene que ver con que siempre encontrarás la vía para acusarme de desconsiderada, incluso si todo cuanto pretendo es leer un condenado relato popular.

Lenore le dio la espalda y se dirigió a la salida con la barbilla erguida. Notó en todo momento la mirada rabiosa de su hermana sobre ella. Aunque no se avergonzó de la burda táctica de manipulación con la que había intentado sustraerse de sus legítimas acusaciones, sí que lamentó internamente que todas sus interacciones con Isobel confluyeran en una inmensa decepción.

Edward la había estado esperando a los pies de la escalera poniéndose los guantes de cuero. Para combatir el frío se había cerrado el gabán hasta el cuello. La prenda le hacía parecer aún más grande si cabía, una suerte de gladiador disfrazado de caballero.

La brisa de la tarde agonizante le agitó los rubios cabellos despeinados. Lenore no tenía que esforzarse para evocar los gimoteos desesperados de la niñera a la que se le encomendaba la difícil tarea de tornar presentables sus ondas naturales.

Se convenció de que el viaje en carruaje con Edward era un medio necesario para un fin y no una situación hostil. Esto le permitiría actuar con normalidad a su alrededor en lo que duraría el trayecto. De Hampstead a Kensington High Street, el barrio residencial de figuras eminentes al que los Whishaw se habían mudado alrededor de un lustro atrás, había una ruta de nada menos que cuarenta y cinco minutos.

Lenore no se negó a que él le prestara su mano de apoyo para subir al landó. Se arrepintió en cuanto lo tocó y maldijo los guantes de piel por no bloquear el calor que emanaban sus palmas; todo su

cuerpo, en realidad, que podría haber caldeado el interior del carruaje sin la colaboración de la estufilla.

—No me digas que has vuelto a discutir con Bells —comentó distendidamente en cuanto emprendieron la marcha. Lenore despegó la mirada a regañadientes de la ventanilla para centrarla en el hombre que tenía delante.

Se encogió de hombros con aire huraño.

—Es nuestro sino.

—Como hombre con hermanas pequeñas que soy, te puedo asegurar que el único sino de un primogénito es cuidar de su joven parentela aun a riesgo de que le saquen las canas verdes. Por otro lado, no negaré que la inclinación natural de los benjamines sea traer de cabeza a sus mayores —apostilló con un gracioso cabeceo.

Había entrelazado las manos sobre el regazo, ampliado por la proyección de las rodillas hacia ambas esquinas.

Edward siempre ocupaba todo el espacio disponible con una naturalidad refrescante. Este era un detalle que a la Lenore niña le había fascinado, pues existía en contraposición a la obligación femenina de permanecer en el margen.

Ahora que sentía que él la ahogaba con su presencia monopolizadora no lo encontraba tan magnífico.

—El problema de los hermanos mayores es que crecen convencidos de que sus hermanos menores existen a costa de arrebatarles sus privilegios, así como el favoritismo de sus padres —repuso con indiferencia. Se entretenía alisando con brío (¿o nerviosismo?) las arrugas de la falda oscura, una distracción bienvenida si le permitía librarse de mirar a Edward a los ojos—. De este modo se llega a la situación actual entre Bells y yo. Da por hecho que me traigo entre manos un plan para derrocar el gobierno actual solo porque me he aficionado a los *penny dreadfuls*.

—No negarás que llame la atención que a una joven con aspiraciones científicas le pierdan de pronto los cuentos para adultos.

Lenore alzó la vista para volcar en él toda su seriedad.

—Estoy habituada a que el hombre padezca un desasosiego pasajero tratando de aceptar que las mujeres, por lo general

criaturas de entendimiento limitado, sean capaces de concentrar sus pocas luces en no una, sino en varias materias de interés intelectual. Pero que mi propia hermana insinúe que tendría que sacrificar mi curiosidad por un tema para sumergirme de lleno en otro, no se me vaya a derretir el cerebro, es indignante.

Edward dejó correr un breve silencio, en lo absoluto escarmentado por la acusación. Mantuvo la mirada en el rostro de Lenore en tanto que el eco de su rabieta seguía resonando, a la espera de que ella misma fuera consciente de lo injustificadamente agresiva que había sido.

Y lo consiguió.

Lenore tuvo que controlar al principio una mueca avergonzada y, después, cuando Edward retomó la conversación, una de alarma:

—¿He hecho algo para ofenderte en estos últimos tiempos, Noor?

Le odió por obligarla a dirigirle una mirada directa para que no cupiese la menor duda de que era sincera.

—No. —Fue a agarrarse las faldas para desahogar un grito, pero desistió antes de que él, con sus ojos de policía, captara el gesto—. Claro que no. Si lo dices por la impertinencia con la que acabo de defenderme, yo también desconozco a qué se ha debido. Supongo que el dolor del luto tiende a manifestarse de las formas más insólitas.

Edward esbozó una sonrisa entre incrédula y sabedora.

—Estoy convencido de que no pretendes utilizar el fallecimiento de tu padre para justificar tu errática actitud conmigo —dijo sin ambages.

Lenore respingó con el atrevimiento y no vaciló en castigarlo con una mirada resentida.

—¿Cómo te atreves?

Edward suspiró y cruzó las piernas nada más se reclinó hacia atrás.

—El doctor Nightingale, que Dios lo tenga en su gloria, estaba vivito y coleando cuando tú empezabas a comportarte como una neurasténica a mi alrededor; o, peor —mantuvo una nota dramática en el aire antes de inclinarse hacia ella con los ojos abiertos de par en par—, como una auténtica maleducada.

Lenore entrecerró los párpados. Notaba el corazón latiéndole en los oídos.

—Hay que ser audaz para acusar de grosera a una recién proclamada huérfana cuando no existe mayor descortesía que un pésimo sentido de la oportunidad.

—Digamos que no suelo pensar tanto en ese sentido de la oportunidad que dices como en la oportunidad en sí misma que se presenta. —Abarcó el carruaje con un aspaviento—. Ya que estamos aquí tú y yo, me ha parecido procedente sacar a colación una actitud desatinada que clama al cielo.

—No hay nada más desatinado que exigirle coherencia a una joven doliente.

—¿Y exigirle coherencia a mi amiga Lenore? ¿Eso tampoco puedo hacerlo? —Enarcó una ceja. Viendo que ella no daba su brazo a torcer y permanecía rígida en el sitio, Edward arrastró las caderas al borde del mullido asiento y entrelazó los dedos sobre los muslos—. Repasemos los hechos, ¿quieres? La víctima llega a las once cuarenta y cinco a la vivienda del barón Fellowes, que cohabita con su deliciosa esposa Theresa desde hace ya dos inviernos.

—¿Deliciosa?

—Allí, la ofensora le recibe con palabras amables. ¡Incluso acepta el ofrecimiento de su mano para ser guiada hacia el salón! Ah, pero procura mantener una distancia abismal, rayana en lo absurdo, con la víctima, y evita establecer contacto visual con él a lo largo de la afable reunión. Entonces, durante un debate literario no particularmente elevado, se aviva en ella un destello de interés, ¡oh! —exclamó con los ojos muy abiertos. Lenore tuvo que esforzarse por mantenerse impertérrita, aun cuando había estado a punto de hacerla reír ya dos veces—. En ese momento, la ofensora pone toda su atención en la víctima, con el único objeto de cumplir su voluntad: ojear unos antiguos relatos de corte fantasioso. La víctima cede a los deseos de su verdugo porque, al final, solo es un hombre de naturaleza sensible, incapaz de negarse a las peticiones de una bella joven —se puso la mano en el pecho con aire trágico, a lo que Lenore puso los ojos en blanco y le rehuyó la vista para ocultar un rubor bochornoso—, y todo ¿para qué? Para a continuación

torturarlo verbalmente y con su infame indiferencia en la soledad del carruaje compartido, que, por cierto, se ha tomado por estricto deseo de la pérfida acusada. Esta ha sido la dinámica habitual de los perturbadores crímenes contra el pobre inspector adjunto Edward Whishaw —concluyó en tono informativo—, perpetrados con sonrojante frecuencia a lo largo del último año por la terrible Lenore Nightingale, que muy pronto será juzgada en los tribunales de Old Bailey.

Ella sacudió la cabeza, debatiéndose entre la inquietud porque se hubiera atrevido a nombrar lo que no debía ser nombrado y la inevitable carcajada. Se le terminó escapando una estúpida risita infantil, que él, que había estado esperando una reacción apoyado en su propio regazo, celebró con una amplia sonrisa satisfecha.

Lenore lo miró controlando a duras penas la mueca de tierna exasperación.

—Inspector Whishaw, es usted de otro mundo.

—No me digas que esa es la raíz del problema; que sientes que he emigrado lejos del mapa de tu maravillosa imaginación —se lamentó chasqueando la lengua—. Te equivocas, Lenore. Aunque haya visto mundo en mi periplo universitario y continúe viéndolo como inspector adjunto que soy, sigo ahí donde tú me pusiste un buen día.

Lenore lo escuchó con el corazón encogido.

No podía evitar despreciarlo por aludir a una realidad tan evidente como brutalmente silenciada por la paz mental de ambos... o por la paz mental exclusiva de Lenore, a quien no se le había querido ocurrir que quizá él sufriera con su distanciamiento. Pero, a la vez, Edward estaba en lo cierto: seguía donde ella lo puso un buen día, en su corazón y como su mejor amigo, y eso le concedía privilegios tan peligrosos como solo podía serlo que jamás, bajo ningún concepto, podría serle indiferente.

—Los dos sabemos que nunca he sido la mujer más estable —se defendió en voz baja.

Él lo desestimó con un ademán enfático.

—Forma parte de tus numerosos encantos.

Esta vez Lenore sí soltó una carcajada.

—De los cuales alguno que otro remitirá a la brujería, supongo;

tengo encantos que son virtudes, y luego, aparte, conjuro encantamientos.

Una sonrisa se abrió paso lentamente en los labios de Edward.

—Un poco hechicera sí que eres —le concedió en tono comedido. Viendo que la atmósfera iba camino de viciarse por contagio de la coquetería, Edward se reacomodó en el sitio y añadió con el propósito de distender—: Supongo que por eso ahora te interesan las criaturas sobrenaturales. ¿Pretendes hallar en el vampiro Varney algún tipo de consuelo espiritual, pequeña bruja?

Lenore vio la oportunidad perfecta para cambiar de tema definitivamente y ahondar en la cuestión que le interesaba. En una conversación sin trasfondo que pudiera incomodarla, se sintió lo bastante serena para mirar a Edward a los ojos y hasta aceptar su invitación a bajar del carruaje cuando llegaron al número 37 de Kensington High Street.

La zona apuntaba a convertirse en un barrio residencial para familias acomodadas. Al estar todavía en proceso de urbanización, muchas de las fachadas de ladrillo modernas ocultaban detrás amplias extensiones de campo que funcionaban como jardín; un pedazo de la campiña inglesa había sido inyectado en el corazón de la capital. Lenore estaba segura de que el escritor había elegido la casa como hogar por la calma que se respiraba en los espacios semirrurales y no tanto para ventilar que su nuevo contrato en la revista le estaba reportando jugosos beneficios.

Lenore no había puesto aún un pie en la nueva casa de los Whishaw, pero sabía con qué podría toparse nada más cruzar el umbral. El flamante autor de moral victoriana la recibiría con su clásico asentimiento y, exhibiendo sus modales parsimoniosos, la convidaría a entretenerle con sus últimos descubrimientos intelectuales. Su tolerante esposa Francine procuraría desaparecer del cuadro una vez cumplidas las pertinentes cortesías.

Enfrentar la fauna juvenil, por otro lado, exigía otra clase de preparación mental: estaba compuesta por un par de hijas solteras, ambas caras opuestas de una misma moneda.

Ahí donde Ophelia Whishaw dependía del fulgor del sol para imitar

su ánimo resplandeciente, era imposible seguir el ritmo entusiasta de Seraphina, la pequeña polvorilla.

—¡Eddie! —aulló una voz femenina. El eco se propagó desde el pasillo.

Lenore se giró hacia el aludido a tiempo para captar la mirada de pavor que exageró en dirección de la hermana menor. Lo vio santiguarse y murmurar «Dios me guarde».

Entonces sí se rio con gusto.

La benjamina se le arrojó a los brazos con la energía de un torbellino de agua. Bajo el dintel de la que debía ser la salita de uso personal de las jóvenes Whishaw, una muchacha de dieciocho años recién cumplidos observaba la escena con gesto prudente y un bordado a medio hacer en la mano.

La sonrisa bobalicona en los labios de Ophelia no dejaba lugar a dudas: contenía su alegría, pero celebraba con la misma ilusión la insólita visita del hermano.

—¡Has venido con Lenore! —gritaba Seraphina, que no discriminaba a la hora de expresar su afecto. Se lanzó a estrechar a la joven entre sus brazos, y no fue hasta después de halagarla desde todos los ángulos posibles que recordó la reciente tragedia—. Dios mío, Noor, ¡no sabes cuánto lo siento! ¡Cuando supe que el doctor había fallecido estuve dos semanas llorando! ¡Le adoraba! ¡Es más: de niña estaba enamorada de él hasta el tuétano!

Era temporalmente imposible que hubiera llorado quince días una muerte que databa del sábado anterior, pero Lenore no habría podido ofenderse con la tendencia a la teatralidad de una criatura tan brillante. Todo en ella destellaba como el oro viejo: la melena dorada, los ojos como topacios relucientes, la piel bruñida de una sirena mediterránea.

—Me alegro de verte —le decía Ophelia a Edward en voz baja. El mayor se había desplazado para abrazar en condiciones a la muchacha, quien acto seguido cabeceó en deferencia a Lenore y le transmitió sus condolencias sin necesidad de palabras; así de expresivos eran sus ojos grises—. Padre no ha amanecido en su mejor forma y ha optado por retirarse a sus aposentos después del

almuerzo. Madre ha aprovechado su descanso para prestarle una visita formal a la vecina y llevarle una compota de frutas con natillas.

—La señora Tompson perdió a su marido la semana pasada y se la oye llorar día y noche desde entonces —le explicó Seraphina a la invitada. Se cubrió los oídos con las manos—. ¡Es insufrible!

Si con alguien podía simpatizar Lenore en sus actuales circunstancias, era en todo caso con la desconocida señora Thompson. Pero resultaba tan sencillo posicionarse del lado de las banales preocupaciones de la jovencita de dieciséis años que, si bien en el momento Lenore disfrutaba de su chispeante personalidad, volviendo a casa se sentía injusta: Seraphina era tan absorbente y firme en sus convicciones que uno le daría la razón incluso si se proclamara en contra de una vida inocente.

—En ese caso evitaré perturbar su descanso. Espero que me disculpe que eche un vistazo al baúl de sus recuerdos —comentó Edward— o, si no, que nunca llegue a enterarse de mi sigilosa incursión. Seguro que estas dos bellas señoritas me guardarán el secreto.

—Por un módico precio —apostilló Seraphina, balanceándose sobre los metatarsos con las manos cruzadas a la espalda.

—¿Un módico precio? ¿Pretendes sangrar a tu propio hermano?

—Dices «mi propio hermano» como si se tratara de una crueldad insólita; más bien se diría que pretendo sangrar *precisamente* a mi hermano.

—¡Cuán minucioso es su manejo de la lengua, señorita Whishaw! ¿No será usted por casualidad la hija menor de un formidable escritor? —comentó Edward con afectación.

Seraphina le dirigió una flamante sonrisa con hoyuelos, idéntica a la de su hermano mayor; tanto así que Lenore notó una punzada en el estómago al verla.

La joven aceptó el cumplido con una graciosa reverencia con la que no le importó mostrar los tobillos.

Lenore asistió al intercambio a caballo entre la tierna diversión y la nostalgia.

La relación con su propia hermana estaba y siempre estaría marcada por los trágicos acontecimientos que habían trastornado su

crecimiento. Jamás podrían regresar a la dulce inocencia y la naturalidad con la que Edward se relacionaba con su parentela.

—¿Debería acompañaros? —inquirió Ophelia, vacilante—. Ejercer de carabina en el despacho, quiero decir.

Lenore abrió la boca para exhalar una afirmativa aliviada, pero Seraphina fue más rápida —siempre era más rápida— y se arrojó sobre su hermana dos años mayor con la intención de sacudirla.

—¡No digas tonterías, Cillia! ¡Es nuestra querida Noor! ¿Crees que sería elegante tratarla como a una de las estúpidas conquistas de Eddie, o siquiera justo con el lugar que ocupa en esta familia?

—Es lo apropiado; lo que se acoge al decoro, y...

—¡El decoro arruina la naturalidad de los intercambios! ¡En el decoro no puede existir la amistad! —Sin aceptar una negativa como respuesta, Seraphina empezó a empujar a Ophelia al interior de la salita, no fuera a oponerse físicamente a la infamia que estaba proponiendo—. ¡Disfrutad!

No solo consiguió imponer su voluntad, sino que selló sus palabras con un portazo tan indecoroso como los principios que defendía.

Lenore se quedó rígida hasta que fue consciente de su ridícula aprensión y se la reprochó enderezándose. Una aprendiz de doctora, quizá hasta futura doctora, no podía concederse mojigaterías absurdas, y menos en presencia de un amigo.

Un muy buen amigo.

Así pues, se tragó la perturbadora pregunta que se había quedado flotando en su cabeza —¿de qué estúpidas conquistas estaba hablando Seraphina?— y siguió el fluido paseo de Edward pasillo arriba.

CAPÍTULO 7

Aceptó la invitación de Edward procurando no mirarle a la cara, sospechando que vería florecer en su semblante una emoción que prefería refugiar en el desconocimiento. Él le sostuvo la pesada puerta de madera maciza para que pasara antes; ella se adentró, no sin la pertinente impresión, en la acogedora guarida del animal intelectual que era Archibald B. Whishaw.

Aunque no era el mismo despacho en el que el niño Eddie y la niña Noor se habían infiltrado mil veces, escurridizos y traviesos como eran, los recuerdos de la antigua casa y su viejo escritorio la embargaron. ¡Cuántas veces no se habrían escondido bajo la techumbre de la mesa, a los pies del crujiente sillón de cuero, para narrarse por turnos historietas solo interrumpidas por las ansias de deslumbrar al otro!

Aunque Lenore era despierta y soñadora, Edward siempre había sido más creativo que ella. Poco importaba que sus relatos no tuvieran ni pies ni cabeza y Lenore se lo señalara desde el más estricto sentido común; él desmontaba sus contraargumentos dotando a los personajes y la trama de particularidades que su padre, en el fondo carente de esa chispa de lucidez que tenían los verdaderos genios, habría deseado concebir en su mente infértil.

Les gustaba, también, introducir en los cajones secretos las manitas manchadas del azúcar y la mantequilla de los *toffees* caseros. No les interesaba el contenido del papeleo, los borradores insulsos y páginas descartadas del autor, sino fingirse detectives en busca de la verdad sobre el asesinato que se habían inventado en uno de sus juegos.

Si cerraba los ojos, Lenore todavía podía sentir bajo los dedos las fibras suaves de la majestuosa alfombra que ocupaba todo el estudio

del escritor, sobre la que Edward y ella se revolcaban a matarse de cosquillas, a leer sus respectivos libros infantiles, a dotar de vida a las figuritas de plomo y caballos de madera tejiéndoles una trama propia de libreto teatral.

Lenore no se dio cuenta de que había cerrado los ojos, invadida por los recuerdos. Cuando los abrió, descubrió que Edward la había estado mirando desde el rincón de lectura con el hombro apoyado en la pared.

Se había deshecho de la chaqueta. En mangas de camisa y manipulando la pipa de su padre con aire distraído, parecía tan cómodo en su piel que sintió que estaba viendo algo que no había sido creado para su deleite.

—Aunque sea otro despacho, huele igual, ¿verdad? —comentó Edward. Incluso si seguía proyectándola con su frescura natural, en el silencio de la sala su voz sonó diferente; más íntima—. Yo le echo la culpa a esta basura. —Sacudió la pipa en sus narices antes de arrojarla sobre la mesilla donde descansaban las últimas lecturas: un poemario de Tennyson y la filosofía de Thomas Henry Huxley, por lo que Lenore alcanzó a ver.

Edward se frotó las manos para deshacerse del olor a tabaco que pudiera haberlas impregnado y se dirigió con denuedo a la caja lacada que dominaba una de las estanterías surtidas de libros encuadernados.

No tuvo que rebuscar por mucho tiempo. Extrajo al azar un puñado de folletines ilustrados y los examinó por encima a la caza y captura del título de su interés.

A Lenore le habría gustado decir que se acercó para acelerar la búsqueda, pero permaneció quieta como un animal asustado en el corazón del despacho, contemplando con una mezcla de recelo y distante anhelo cómo el chaleco de paño de lana se adhería a su estrecha cintura; el triángulo de cabello que penetraba en la gruesa nuca como un cabo de tierra en el mar.

Edward cantó victoria agitando los folletos con una sonrisa de alivio. Ella reaccionó a su mirada enderezándose en el acto, escarmentada por unos pensamientos que esperaba no haber dejado traslucir.

—¿Crees que lograré leer todo lo que se ha escrito jamás sobre el vampiro Varney en tanto que tu padre duerme la siesta? —preguntó para posponer el momento de acercarse.

Fue Edward quien redujo la distancia para tenderle uno de los relatos, que ella aceptó con vacilación.

—No subestimes las siestas de mi padre. Napoleón fue nombrado emperador de Francia y exiliado a Santa Elena durante una de esas.

Lenore encontró divertido el comentario, pero apenas curvó los labios en una sonrisa distante. Desvió la mirada hacia los folletos y deslizó los dedos por las páginas con aparente indiferencia, distraída de pronto de lo que había ido a hacer allí.

La presencia de Edward era algo incontestable. Constituía un firme toque de atención.

—El protagonista se conoce como sir Francis Varney —le contó él con su garbo natural, indiferente a la violencia con la que Lenore vivía su cercanía—. Su principal objetivo a lo largo de las entregas consiste en atacar a una familia inglesa, en concreto a la joven Flora, una bella señorita sobre la que proyecta toda suerte de fantasías perversas. Como podrás observar si vas hojeando las cuartillas —prosiguió, y alargó la mano para invitarla a acelerar la primera toma de contacto con la historia—, los relatos alternan turbias agresiones a la humilde parentela de Flora con los misterios que giran en torno a dicha familia, persecuciones y huidas... Todo esto sin perder de vista que el objeto de interés es Varney en sí mismo, sobre cuyo pasado se van desvelando tenebrosos recuerdos que aportan mayor complejidad al personaje.

—¿Mayor complejidad respecto a quién? —preguntó sin apartar la vista de los folletos.

—A diferencia de uno de sus predecesores inmediatos, el vampiro de Polidori, Varney no es un cruel depredador disfrazado de dandi, sino una criatura que para desgracia de su espíritu melancólico es a menudo consumida por la sed de violencia. Ahí donde lord Ruthven es enemigo de la moralidad, Varney se presupone capaz de arrepentimiento; en tal grado que aplica contra sí mismo el último castigo...

Edward se interrumpió cuando sus dedos tocaron los de Lenore en

su propósito de desviarla a la última página. Ella retiró las manos del panfleto, sobresaltada con un roce que entendió como traicionero. Retrocedió un paso, incluso, y sentenció que no volvería a coger los papeles manteniendo los brazos junto a la cintura, controlando así un temblor confuso.

Se pasó la lengua por los labios.

Era muy consciente de que Edward la estaba mirando en silencio, y no con juicio hacia su reacción, algo que ella podría haber aceptado con alivio, sino con esa compasión cómplice que le hacía no ya partícipe de su secreto, sino su principal sufridor.

«Simplemente no quiero que me toque. Eso es todo.»

—Los *penny dreadfuls* solían ir acompañados de imágenes —retomó Edward al cabo de unos tensos segundos. Lenore le estuvo agradecida porque supiera reconducir las situaciones incómodas, pero una recóndita parte de sí se quedó fantaseando con que la echaba de allí para siempre, por fin harto de sus excentricidades, y la liberaba de sí misma y de sus expectativas—. Échales un vistazo, si te apetece... o si te atreves a adentrarte en el oscuro mundo de los vampiros.

Sin avanzar un paso ni moverse más allá de estirar el brazo, le ofreció los relatos con la promesa de retirarse acto seguido. La cumplió en cuanto los dedos de Lenore tocaron el borde de la historia que eligió al azar.

Aguantó el aliento al toparse con una ilustración del vampiro Varney. Aunque estaba deslavada por el tiempo y la imposibilidad de conservar la impresión en perfecto estado, la imagen no admitía espacio para las dudas. Mostraba a una bella joven con el rostro demudado de terror y los brazos arrojados en la única salida visible, la puerta que le permitiría huir de la criatura de aspecto humano que se abalanzaba sobre ella.

En esa ilustración concreta no habían pretendido retratar al vampiro como un monstruo a pesar de la pose sugerente. Lucía las vestiduras que cabría imaginar en un caballero a la moda de la época, con su pañuelo al cuello y el elegante gabán desplegado en su esplendor por exigencia de la postura de ataque.

—Si crees que es un dibujo aterrador, echa un vistazo a los

grabados de esta entrega. —La voz de Edward le llegó como un eco lejano, así como la mano que le tendió la cuartilla—. Recuerdo que siendo niño me dejó una fuerte impresión.

Lenore intercambió una mirada extrañada con él antes de pasar las páginas del relato. No tuvo que preguntarle si se refería a la ilustración de la cama: el corazón le brincó en el pecho nada más posar la vista sobre ella.

La explicitud de la imagen le impactó tanto que pudo imaginarse cómo habría reaccionado el pequeño Edward. Al menos ella nunca había visto antes ilustraciones con poso erótico, y aquel sin duda lo tenía... o Lenore pensaba que lo tenía porque apenas unos días antes había experimentado en sus carnes lo sensible que era el cuello a la proximidad de un monstruo cautivador.

La cuartilla representaba la arremetida de Varney contra otra joven, esta tendida boca arriba en el lecho. Lenore pestañeó varias veces, impactada, para cerciorarse de que no se trataba de una ilusión óptica y en efecto la mano del vampiro agarraba uno de los pechos de la muchacha.

Ella también tenía el rostro contraído en una mueca, pero Lenore no estuvo segura de que fuera correcto catalogarla de terror. Le parecía que el arco de sus cejas matizaba sus sentimientos hacia una suerte de agonía placentera.

—No lo entiendo —musitó con la garganta seca—. ¿Hay escenas de amor en los relatos de Varney?

—No exactamente. —Le pareció que había una nota de risa en la voz de Edward. Decidida a ahuyentar la extraña inquietud que se había apoderado de su ser, se giró hacia él y buscó la explicación en sus ojos. No solo no se disipó, sino que algo se retorció en su interior al verle humedecerse el labio antes de contestar—. Digamos que la principal motivación de Varney es beber sangre del cuello de sus víctimas..., pero supongo que, al estar escrito como un ser digno de redención, a la vez entran en juego sus... debilidades y aspiraciones humanas, por expresarlo de algún modo decente.

Lenore dejó caer el brazo que sujetaba la ilustración.

—¿Qué quieres decir? ¿Que hay un ápice de humanidad en él?

Él la miró largamente con una ligera tensión en los hombros.

Creyó poder disolverla guardándose las manos en los bolsillos del chaleco.

—Ha de haberla —acabó diciendo después de tragar saliva—, porque percibir a las mujeres como fuente de alimentación no le exime de anhelarlas como cualquier otro hombre.

—¿Las corteja antes de asesinarlas?

Las comisuras de sus labios temblaron para no ceder a una sonrisa divertida con su inocencia.

—En los relatos se trasluce una cierta ambigüedad erótica. Sus víctimas son objeto de seducción —corrigió con suavidad—, no de cortejo. Si prestas atención al grabado de esa entrega concreta, un retrato de Varney cuelga de la pared del dormitorio y ella estaba durmiendo allí en el momento del ataque. Parece que consintió una cita clandestina, y dudo que lo hiciera a sabiendas de que la esperaba la muerte.

Lenore desvió la mirada al texto que no recordaba haber seguido sosteniendo. Había perdido toda sensibilidad en las yemas de los dedos; no sentía que sus brazos estuviesen activos, tan solo que le colgaban de los hombros.

Echó una ojeada al contenido para huir de la mirada ávida de Edward.

—«Su cuello y su pecho son tan hermosos que parecen hechos por algún genio de la escultura. En su adormecimiento, mueve los labios ligeramente como si estuviera recitando una plegaria a Aquel que vino al mundo a sufrir por todos nosotros» —leyó en voz alta, y acto seguido pagó con Edward su agitación—. No percibo ambigüedad erótica alguna en este fragmento. Hay una mención al busto de una dama, pero nada más.

—¿Me estás pidiendo que te explique por qué le resultaría sugerente a un caballero concebir en su imaginación a una hermosa joven tendida sobre el lecho?

—No puede ser tan sencillo despertar los instintos de un hombre —repuso ella, contrariada—. Y menos aún los instintos de una criatura sobrenatural con los mismos años que el mundo, que se habrá hartado de asistir a espectáculos similares a lo largo de su existencia.

—La novedad no es lo único capaz de atraer y postrar al género masculino, conocido por sus inexplicables pulsiones... y a la verdadera belleza uno nunca se acostumbra, Noor. Pero atendiendo a la descripción que se brinda del protagonista, dudo que a esa criatura sobrenatural con los mismos años que el mundo se le ofreciera a menudo una bella muchacha. Más razón tendría Varney para perder el juicio ante la visión en teoría inocente de una joven que un simple mortal.

Lenore buscó precipitadamente entre las líneas los adjetivos que abarcarían al vampiro, pero terminó prestando atención a otro fragmento.

—«Las ropas de la cama cayeron y ella fue arrastrada mientras en sus bellos labios aparecía el rictus de la agonía. Los metálicos y terroríficos ojos de la figura miraban aquel angélico cuerpo con demoníaca satisfacción. Arrastró su cabeza hasta el borde de la cama, la dobló hacia atrás y, hundiendo sus afilados dientes en su blanco cuello, chupó su sangre...» —Su voz se extinguió tras concluir el relato. Habría arrugado el *penny dreadful* si no hubiese recordado a tiempo que no era de su propiedad. En su lugar atacó a Edward con la respiración entrecortada—. ¿Esto es lo que encontraban erótico los lectores de la década de los cuarenta? ¿La muerte sangrienta de una pobre muchacha? No veo sensualidad o seducción aquí, sino simple y llana violencia. Ni una conversación inteligente, ni una advertencia, ni un intento por mostrarse caballeroso... Esto no es lo que yo estaba buscando —acabó mascullando, frustrada.

El vampiro Varney no guardaba similitud alguna con el vampiro con el que ella había tratado, si es que la criatura podía denominarse vampiro y no pertenecía a otra especie sobrenatural.

Al principio Edward la había mirado con una ligera confusión. Lenore deseó que por nada del mundo le preguntara qué había esperado encontrar, pero cuando él volvió a hablar descubrió que habría preferido que indagara en sus propósitos ocultos.

—Existe un subtexto erótico en los ataques que Varney comete contra Flora —le explicó con tiento. Se acercó a ella despacio y sin apartar la mirada del rostro femenino, sofocado por la vehemencia con la que había defendido su argumento—. Tal vez yo puedo verlo

porque por mis venas corre la sangre de un escritor, que siempre es más sensible a lo implícito que el lector promedio.

Lenore se irguió.

—O a lo mejor puedes verlo porque eres un hombre y, a diferencia de mí, te mueven las bajas pasiones y no las virtudes del amor o la intelectualidad.

Edward le dio la razón con un cabeceo, aguantando en los labios una levísima sonrisa resignada. No estaba fingiendo la ternura que le despertaba su inocencia, pero tampoco era del todo honesto con los instintos que trataba de reprimir, esos a los que ella había aludido en un arrebato de temeridad.

—Sin duda algo tendrá que ver la experiencia masculina en la captación de los detalles y la interpretación de un texto, pero nunca he querido achacar los vacíos del saber a una condición de nacimiento. Ni mucho menos los tuyos. Si algo te impide apreciar el encanto de lo subjetivo no es tanto porque vistas faldas como por el razonamiento científico al que sometes todo aquello que ves, procurando reducir incluso el arte a su más mínima y simple expresión: la que puede explicarlo desde la obviedad material.

Lenore arrugó el ceño, no porque se hubiera sentido atacada, sino porque él se detuvo a un solo paso de distancia.

Hacía años que no estaban tan cerca. En los salones de baile habían tomado la costumbre de emprender una danza silenciosa que consistía en trazar círculos desplazándose horizontalmente y en la misma dirección, como si existiera un foso entre los dos y hubieran de rodearlo. Cuando los espacios en los que coincidían no eran tan amplios, procuraban ocupar un punto concreto nada más llegar y no osaban moverse hasta la despedida.

—No hay nada de simple en aplicar el método científico para solucionar un problema o, en este caso, medir la calidad e intención de un fragmento literario —replicó a la defensiva. Se negó a dar un paso atrás, convencida de que estaba ocupando un espacio al que tenía derecho.

De pronto se había convertido en una cuestión de vida o muerte demostrarle que no se sentía intimidada ni con su cercanía ni con el tema de conversación. Tampoco con el tono aterciopelado con el que

se dirigía a ella, como si encontrara entrañable su irritación o, peor, conociera su procedencia y se solidarizase con esta.

—El método científico excluye las variables emocionales como esas bajas pasiones a las que te has referido con desprecio. Es ajeno a su importancia igual que a todo aquello que escape a la comprensión racional —apostilló—. Y huelga decir que no todos los problemas son de tipo científico.

—Pero ¡todos se pueden solventar mediante un sistema de ecuaciones! ¡Solo despejando la incógnita! —contestó en voz alta. En el momento no sabría por qué alzó el tono; por qué deseó que alguna de sus hermanas irrumpiera en el despacho.

Él tuvo que comprender el porqué de su agitación —Dios santo, cuánto lo odió por ser tan perceptivo, por conocerla—, puesto que esbozó una sonrisa que solo habrían entendido ellos y le acarició la curva de la mejilla con los nudillos.

—Permíteme corregirme. No todos los problemas requieren solución... O, mejor dicho, no todo es un problema.

—¡Es un problema que consideres atractivo desangrar a una mujer!

—Desangrarla no es atractivo, pero una habitación oscura preñada de susurros y jadeos, el desmayo agónico de una joven después de que un hombre se haya saciado de ella; el roce no consensuado de palabra, pero rogado con una mirada ardiente... Todo eso es deseable. Es el erotismo en sí mismo. —Mantuvo el suspense durante un segundo en el que Lenore se sintió desfallecer y, para su espanto, añadió con la vista fija en ella—: Tú mejor que nadie deberías saber que lo que subyace a la superficie es lo que hace temblar la tierra. El deseo que no se expresa, que nunca se consuma es, lo queramos o no, el motor de nuestra vida.

—Será el tuyo, Edward. Yo no vivo por nada que no pueda ver o tocar.

—Eso ya es una simple y llana mentira —murmuró sin otro argumento. No lo necesitaba—. Nunca has vivido por nada distinto de aquello que habita tus sueños.

Aunque no decía más que la pura verdad, y lo demostraba que

estuviese persiguiendo el delirio de su padre, Lenore irguió la barbilla en un arrebato defensivo.

—Y los sueños, sueños son. ¿De qué sirve hablar de ellos, si nunca existirán fuera de los muros que contienen sabiamente mis ilusiones? Todo aquello que sienta y no desee materializar permanecerá condenado de por vida al terreno de la fantasía.

Edward le sostuvo la mirada con los ojos encendidos, no supo si porque el entendimiento iluminaba la razón y, por ende, los espejos que la transmitían, o porque se rebelaba con férrea decisión contra su testarudez.

Cerró las manos en dos puños. Era la forma en la que un hombre con sus pasiones rezaba para que el autocontrol no lo abandonara.

Y no lo abandonó, porque no dijo nada y Lenore pudo marcharse del despacho con el *penny dreadful* y la paz interior de haber condenado abiertamente los sentimientos de los dos.

CAPÍTULO 8

—Creo que debería mudarme con mi abuelo una temporada.

Percy soltó con estrépito el botín de cuero que acababa de desanudar. Sin llegar a incorporarse del todo, apoyó los codos sobre los muslos y desde la descalzadora miró a su esposa procurando que la incomprensión primara sobre el fastidio.

—¿Mudarte, dices?

Ella siguió lustrando la melena negra con el cepillo de cerdas de jabalí, fingiéndose ignorante de su más que obvia contrariedad. No apartó la vista de sus ojos reflejados en el espejo. La falta de descanso y la preocupación constante en la que vivía atrapada desde el entierro se los había inyectado en sangre.

—Solo hasta asegurarme de que mi hermana sobrelleva el luto con relativa bonanza. Calculo que no estaría ni un mes fuera; a lo mejor quince días...

—¡Quince días! ¿Para eso no sería mejor que la visitaras en las tardes? Si es que tu pretensión es cuidar de sus erráticas sensibilidades y no deshacerte de mí, claro —ironizó con humor.

Pero Isobel conocía a su marido y sabía de sobra cuándo hacía un mal uso del sarcasmo cómico para enmascarar su irritación.

Sacudió la cabeza y volvió la vista al otro lado de la ventana de su dormitorio. Una luna creciente brillaba en el cielo como un reflejo de plata en aguas negras. Depositó el cepillo sobre el tocador y se abrazó los hombros, estremecida de nuevo por el mal augurio de siempre.

Uno que no cesaba de perseguirla.

—Lenore ha recibido la misma educación que yo, Percy. Aunque a veces no le apetezca exhibir su talante encantador, es innegable que lo posee y sabe cuándo le conviene emplearlo. En una visita semanal

o incluso diaria de dos, tres horas a lo sumo, podría convencer hasta a un espiritista de que es la jovencita más feliz del reino.

—Y si es su deseo fingirlo hasta creerlo, ¿por qué no concederle el gusto? A mi modo de ver es una táctica para asimilar la pérdida tan legítima como otra cualquiera.

—Es una forma de ocultarla —corrigió con tristeza—, y la negación implícita en el enmascaramiento cronifica la pena. Imposibilita su sanación.

—¿Quién no se enmascara en este mundo en el que vivimos? Es lo que nos enseñan nada más nacer, Bells: cómo disfrazar nuestro verdadero sentir en beneficio del saber estar. Insistiendo en que se abriera contigo la estarías forzando a remar a contracorriente. La estarías consintiendo. Como siempre.

—Conozco a mi hermana, Percy. Que se refugie en su soledad, en sus retorcidos pensamientos e ideas descabelladas es peligroso.

—Peligroso ¿para quién? —exclamó al fin, harto de la misma conversación. Arrojó el segundo botín de cualquier manera al otro extremo de la habitación y se levantó para acudir a su encuentro. Isobel notó la suave caricia de sus manos sobre los hombros, donde la empezó a masajear persuasivamente. Moderó el tono para continuar—. Yo también tengo una hermana pequeña, así que créeme cuando te digo que este comportamiento que despliega no es más que un intento de llamar tu atención. Los jóvenes viven por y para exasperar a sus mayores.

—Te equivocas —replicó sin apenas voz, sin verse o reconocerse en el espejo. Tampoco veía o reconocía a su marido—. Yo no existo para Lenore.

—¡Con más razón te insisto en que te desprendas de todo recelo u obligación! Es más: esta última percepción tuya casa mejor con la idea que tengo de ella que con la que vendes de presunta alma frágil. Desde que la conocí, se me ha antojado una jovencita insensible, obsesiva y profundamente egoísta. Conmigo ha sido un colmo de cortesía y la encuentro también muy divertida, en sus raros días de extroversión, pero eso no compensa y ni mucho menos repara el mal que siembran sus defectos. Bien sabes que he intentado quererla —terminó suspirando—, pero me es imposible

cuando no hace otra cosa que causarnos sufrimiento... a ti primero y a mí por extensión.

—No la ataques de ese modo, te lo ruego.

—¿Cómo no la voy a atacar? —se ofendió, y le soltó los hombros para instarla a girarse en el taburete y encararlo de frente. Isobel no quiso hacerse responsable de su indignación—. Tú también has perdido un padre, Bells, y no la veo desvivirse por proporcionarte el consuelo que necesitas. No es justo que pases noches enteras sin dormir, que te descuides a ti misma de tanto pensar en ella, y sea la señorita Yo, Mí, Me, Conmigo quien reciba los aplausos. El afecto y la compasión que tu parentela vuelca en tu hermana es afecto y compasión que se te escamotea a ti. No puedo soportar tan injusta desproporción.

—Sabes que odio que arremetas contra ella a la menor oportunidad, Percy.

—Esta no es la menor oportunidad, sino el momento oportuno. ¿No ves cómo acapara la conversación a su conveniencia? ¿No ves cómo da por hecho que estás ahí para servirla, y se atreve a desmerecer tus cálidos acercamientos poniendo los ojos en blanco?

Isobel se llevó las manos a las sienes y sacudió la cabeza, donde empezaba a instalarse la cefalea de todas las noches.

—Todo esto es culpa mía —murmuró—. Siento que no la despreciarías de esa manera si yo nunca te hubiera hablado de nuestras discusiones; si hubiese sido más benévola...

La mirada enfebrecida de Percy se suavizó hacia la compasión.

—Ojalá fueran solo las discusiones, querida. Ojalá fueran solo tus relatos familiares de discriminación y menosprecio. Pero resulta que también tengo ojos en la cara y veo a diario la confirmación de que no exagerabas al describirte como un miembro al margen.

Isobel fue a replicarle con frialdad que se callara de una vez por todas, pero no encontró el valor al hacer contacto visual con él. La ira había agitado la respiración de su marido, quien para colmo la miraba como si ya no fuera ella, sino Lenore: a sus ojos había regresado ese odio atravesado que por fortuna sabía disimular en las visitas de domingo, pero del que Isobel estaba al tanto y que para su inmensa tristeza había visto crecer con el paso del tiempo.

Durante el breve cortejo de Percy, dudó si aceptar o no su mano por aquella exacta razón. No le convencía la idea de introducir en la familia a un hombre que no adoraba a su hermana pequeña, si no con la misma devoción que ella, al menos gracias a la apreciación racional de sus numerosas virtudes. Pero, para asombro de todos —el suyo el primero—, acabó dándole el sí repentinamente por ese mismo motivo; en concreto, justo después de una desagradable a la par que reveladora interacción con la propia Lenore.

Había llegado a la conclusión de que le sería propicio compartir su vida con una persona que por disposición natural la alejara de los Nightingale, quienes a fin de cuentas habían sido los antagonistas de su historia. No había contado, sin embargo, con que el amor incondicional y desmedido que le profesaba a su sangre le impediría desentenderse del todo y que esto abriría una brecha dolorosa entre Percy y ella.

Relajó los hombros y le dirigió una sonrisa quebradiza a su marido, sonrisa que valía por una disculpa: le pedía perdón por haberlo hecho partícipe día tras día de las mismas y miserables diatribas... y porque seguiría haciéndolo en el futuro.

«Hasta que la muerte nos separe», recordó.

—Lenore es malinterpretada muy a menudo —le explicó con paciencia—. No es tan egoísta ni tan excéntrica como quienes no son próximos a ella insisten en describirla. Es una joven especial.

—Pues quizá debería empezar a preocuparse de la imagen que proyecta ante los demás.

—Oh, no —se rio Isobel con ternura, agitando la mano—. Lenore está muy por encima de las preocupaciones superficiales que aquejan a la mayoría de los mortales, entre ellas la reputación.

Percy no contestó enseguida. Se quedó mirando a su esposa con una concentración sospechosa, entre dolido y desesperado, como si no pudiera seguir soportando no adentrarse en las profundidades de su psiquis, que a menudo intuía tan compleja e inaccesible como la de Lenore.

—El rango especial se lo has otorgado tú, Isobel —dijo al cabo de un rato. Empleó un tono de voz más serio, el que usaba con sus clientes, y se alejó de vuelta a la cama para empezar a desnudarse

—. Al final, sigue teniendo que responder a las mismas obligaciones sociales que el resto del mundo. Porque, por si acaso se le ha olvidado, vive en el mismo mundo.

«Por desgracia para ella.»

Notando un nudo de culpabilidad en la garganta, Isobel siguió al elegante abogado con la mirada.

A fin de persuadirlo de amar a Lenore, habría destapado por fin la caja de Pandora, ahí donde llevaba toda la vida guardando con la requerida delicadeza las historias de terror que había presenciado en primera persona en su entorno familiar. Pero hizo una promesa no mucho tiempo atrás, y si Isobel no juraba por su propia vida a la ligera, por la de su hermana menos aún.

Se acordaba con doloroso detalle de la noche que el doctor Nightingale la visitó en su dormitorio, se arrodilló ante su cama y la tomó de la mano para rogarle con una serenidad nunca vista en él que no hablara con nadie de lo que estaba sucediendo. «La vida de Lenore quedaría arruinada para siempre, ¿comprendes?», le había explicado.

Aunque era un hombre de ciencias, su padre acostumbraba a hablarles a las niñas con metáforas coloridas y eufemismos, haciendo toda una fiesta del lenguaje que otros utilizaban únicamente para trasladar un mensaje. Ese día se dirigió a ella por primera vez tal y como se habría referido a alguno de sus compañeros del hospital, e Isobel habría mentido si hubiera dicho que esto no la llenó de orgullo; la clase de orgullo que incentivaba a obedecer.

Había hecho con su padre un pacto de caballeros.

Por supuesto, Gulliver no se anduvo con paños calientes porque Isobel había cumplido diecisiete años unos días antes, lo que significaba que sabía diferenciar entre el bien y el mal. No habría sido necesario que le explicara lo que estaba ocurriendo para que asimilara su gravedad y se lanzara a proteger a Lenore. Ya empezaba a moverse por los salones, cosa que siempre ampliaba las miras, y estaba intimando con sus primeras amistades fuera del ambiente familiar. Además, aunque no hubiera manifestado por la medicina el mismo interés que la menor, conocía las peculiaridades

de según qué cuadros clínicos. Estos contactos primitivos con el mundo real le habían bastado para reconocer en Lenore la otredad. La otredad respecto de sus jóvenes amigas, respecto de sí misma, respecto de la normalidad. La otredad de padecer la histeria y la melancolía de las que se hablaba en voz baja en espacios públicos; una histeria y una melancolía elevadas a la enésima potencia y capaces de hacer de la vida de quien la sufría, así como de la de sus allegados, un auténtico infierno.

Isobel estaba convencida de que su padre jamás había pretendido que mantuviera a su marido en la inopia y que no se revolvería en su tumba si descubriera que con él había roto su promesa. Percy no era una vieja amiga circunstancial de su debut, sino la persona más importante de su vida. Y, aun así, no se atrevía a decirle, ni siquiera para limpiar el nombre de Lenore, que el dolor de la pequeña sí era más importante que el suyo porque podía llevarla a los lugares más oscuros.

«Lugares que ni tú ni yo podemos imaginarnos, Bells», le había dicho su padre.

Desde luego que no podía. Isobel jamás había sufrido hasta el punto de arrancarse el cabello, arañarse hasta que brotara la sangre e incluso tratar de adelantar su muerte. Al igual que Lenore, ella tampoco había sido capaz de pegar ojo las semanas posteriores al fallecimiento de la señora Nightingale, pero porque oía a su hermana llorar y aullar hasta desgañitarse, deambular por la casa en busca de un objeto con el que infligirse heridas que le recordaran que, para su inmensa desgracia, ella seguía viva. Había visto cómo le temblaban las manos durante las lecciones de costura y bordado que el doctor tuvo que suspender después de descubrir que Lenore se introducía las agujas bajo las uñas.

Isobel no sabía quién había investigado más a propósito del comportamiento de su hermana, quien de la noche a la mañana se convirtió en una persona irreconocible. Su padre se había volcado en los textos publicados sobre la neurastenia, sí, pero ella había aprovechado que una de sus conocidas se había casado con un francés para rogarle mediante carta que le hiciese llegar todas las

publicaciones de Jean-Martin Charcot, un médico especialista del hospital de la Salpêtrière de París.

Para el momento en que Lenore se transformó en una víctima casi mortal de sus impulsos suicidas, el trabajo del galeno acerca de la histeria femenina se había convertido en la prioridad de Isobel. Todas las observaciones que el médico documentó sobre la sintomatología física y sus causas llegaron a manos de Isobel en su idioma original; suerte que había mostrado un gran interés por las lenguas romances, incluida su raíz, el latín, y no le supuso esfuerzo alguno contarle a su padre que el tratamiento mediante hipnosis funcionaba con un elevado porcentaje de éxito.

Para cuando llegaron a Inglaterra algunas traducciones de los estudios de Freud, Lenore ya había superado los peores estadios de la enfermedad gracias a las técnicas de Charcot. Gulliver no llegó a implementarlas en el hospital pese a tratar con numerosas enfermas de esta dolencia, en su mayoría prostitutas. Bajo ningún concepto habría compartido con sus allegados que sabía del hipnotismo porque su hija adolecía de la misma afección que las marginadas de Whitechapel. No obstante, defendió el psicoanálisis freudiano de sus detractores, en su mayoría médicos conservadores que antes atribuían la histeria a un problema o falta de moralidad femenina que a un defecto del sistema nervioso.

Si Isobel estaba convencida de que Lenore había superado la muerte de su madre gracias a la medicina, no creía que fuese tanto por las largas sesiones de hipnosis como por el hecho de haber encontrado en ella su vocación. Entre los libros del doctor Nightingale y los relatos nocturnos de los pacientes que este había recibido en consulta a lo largo del día, Lenore había hallado después de un período muy oscuro una poderosa razón para seguir viviendo: la de librar a los seres humanos de padecimientos como el suyo.

Huelga decir que Isobel no apoyaba que las mujeres desempeñaran funciones o labores reservadas para el género masculino. Opinaba que el mundo debía obedecer a un orden para no sucumbir al caos, y si dicho orden exigía respetar las distinciones establecidas por el género binario, que así fuera; ¡menudo desastre supondría lo contrario! Ahora bien, nunca había encontrado el valor

para oponerse abiertamente a las actividades médicas de su hermana por miedo a desencadenar un segundo brote... o solo por mera humanidad. Y es que si existía una persona en el mundo con la habilidad de expandir sus miras a costa de salir una y otra vez de su zona de confort, algo que, en lo personal, la mayor encontraba aterrador, esa era la perspicaz Lenore.

Le costaba perdonarse que su hermana pequeña fuera quien la inspiraba a ella y no al revés. Lo interpretaba, aparte de como una suerte inconmensurable, como uno de sus tantos fracasos.

Isobel se levantó del tocador y prestó la debida atención a su marido, que lógicamente seguía irritado. Aquella era la discusión de nunca acabar. Percy intentaba mostrarse comprensivo, pero no siempre conseguía reunir el coraje necesario para aceptar que su esposa tenía una prioridad que no era él.

No era justo que un hombre casado debiese reivindicar su lugar en la vida de su mujer: mendigarlo, incluso. No se lo había trasladado aún con todas las letras, pero Isobel podía sentir su decepción al igual que por desgracia lo sentía absolutamente todo.

Se acercó a él por la espalda y le abrazó la cintura. Acababa de quitarse la camisa. La calidez de su piel le resultó tan agradable que apoyó la mejilla en su hombro y cerró los ojos para absorberla.

Quizá en ese calor familiar lograra encontrar algún día la paz que se le escurría entre los dedos.

—Recuerda que no la conoces como yo. Es una joven en extremo sensible. Aunque ella no lo crea, me necesita. Necesita que la protejan.

—Estoy de acuerdo —respondió en voz alta, en lo absoluto dispuesto a dejarse conmover. Percy era un hombre tajante en sus determinaciones. Si decidía tomarle ojeriza a un individuo, no había marcha atrás—, pero no es tu obligación, sino la de quien se convierta en su marido. Lo que necesita, pues, es encontrar un pretendiente honrado, como toda mujer de bien. Debería dejar de tratar al inspector Whishaw como un desconocido y aceptar su cortejo.

Aunque era anatómicamente imposible que Percy lo notase, se

apartó de él para que no descubriera que se le había acelerado el corazón.

—En eso convengo contigo. Creo que Lenore se beneficiaría de la compañía de un hombre recto y afectuoso como él.

Su marido giró sobre los talones para mirarla a los ojos.

—Tú te has beneficiado de la compañía de un hombre recto y afectuoso, ¿no?

Ella sonrió con cariño.

—Por supuesto. He salido ganando en este pequeño acuerdo llamado matrimonio, porque no creo que tú puedas decir lo mismo. Seguro que cuando pediste mi mano no esperabas toparte con una mujer tan obstinada —comentó con sentido del humor. No era una disculpa, pero sí algo muy parecido y con lo que Isobel no contradiría ni sus sentimientos ni mentiría burlando el mandamiento divino: lamentaba herirle y, aun así, seguiría haciéndolo—. Si no, apuesto a que habrías corrido tras las faldas de Mary Fennell.

Percy depositó sobre la colcha la prenda que acababa de quitarse. La apenó enfrentarse a su mirada de resignación, incluso si a su vez estaba empañada por el amor sincero. Ni siquiera habían cumplido su primer aniversario —ni tan solo un mes de matrimonio— y los problemas ya empezaban a pesarles.

No tanto como el deseo aguijoneaba al marido, por suerte. Percy le colocó un mechón de pelo tras la oreja y le sonrió de lado, como cada vez que ella hacía un comentario ingenuo.

—Subestimas mi eminente tolerancia al dolor, querida. Quizá me inclinara más por ti que por la señorita Fennell precisamente porque intuía una vida ajetreada. Ya sabes que desprecio el aburrimiento.

—Ajá. Es el caramelo de los vagos y los amargados —lo citó con una leve sonrisa.

Percy asintió con conformidad, aplaudiéndole la memoria. Sus dedos seguían acariciándola detrás de la oreja, casi como si no quisiera que fuese consciente. Todavía demoró unos segundos en inclinarse a besarla en los labios, beso que ella aceptó con el urgente deseo de conciliar, siempre con el sentido del deber por delante.

Le echó los brazos a los hombros y le recorrió la espalda pulsando

ahí donde sabía que le gustaba. Porque si algo había aprendido Isobel en sus primeros días de casada, era cómo complacer a su marido. O, mejor dicho, si algo sabía Isobel después de veintidós años en el mundo, era que le convenía descubrir el modo de hacer felices a quienes la rodeaban, ya fuese fingiéndose invisible, riéndoles las gracias o prestando su cuerpo. Le apeteciese o no.

Fue cuestión de un intercambio de besos que Percy la despojara del batín y el camisón y la tendiese desnuda sobre la cama. Isobel se dejó hacer con la esperada laxitud, alternando sonrisas de complicidad con expresiones de placer que a menudo la sorprendían brotando sin tener que falsearlas.

Nadie le había explicado cómo se hacía el amor. Su madre falleció antes de que fuera presentada en sociedad y su padre le había hablado de las implicaciones del coito de cara a la reproducción, evitando en todo momento incurrir en los aspectos prácticos —no se diga emocionales— del acto. No lo culpaba porque informar de estas indicaciones no era ni por asomo la responsabilidad de un padre.

A un lado la torpeza de la noche de bodas, que en cualquier caso quedó eclipsada por las risas cómplices y la dulzura de sus caricias, Percy se empleaba a fondo para demostrarle que podía ser una placentera expresión de amor. No era una gesta que tener en baja estima. Isobel se describía como una mujer ajena a las pasiones, curada de las obsesiones que venían con el enamoramiento febril, por lo que convencerla de que hacer el amor no era una pérdida de tiempo requería de talento y obcecación.

Y también, suponía, de la chispa de la atracción física.

Sus conocidas la habían mirado con una mezcla de orgullo y envidia nada más conocer la noticia de su compromiso. En un Londres donde el linaje aristócrata importaba cada vez menos y se deseaba, ya no tan en secreto, el dinero burgués, los hombres como Percival Bainbridge eran la fantasía de las madres. Percy era hijo de uno de los abogados de mayor prestigio de la capital, quien a su vez había sido primogénito de un rico banquero; esto quedaba reflejado en sus educadas maneras y en las pinceladas de cultura universitaria con las que embellecía su conversación. Además, había heredado del

abuelo la planta orgullosa, y de la madre, el cabello oscuro y los ojos vivos.

Isobel no había pensado tanto en lo bien que la chaqueta cruzada se le ajustaba a la cintura como en los rasgos físicos que heredarían sus hijos. Su único deseo desde la tierna infancia había sido formar una familia radicalmente diferente a aquella en la que había crecido. Quería tener un niño que jugara con soldaditos de plomo, que soñara con destacar en Oxford, y una hermosa niña que la acompañara a Bond Street a elegir cintas para el pelo y vestidos apropiados para el próximo evento social. Quería que su marido supiera comportarse en la mesa y no les hablara a los hijos de sus cirugías a pecho abierto mientras acariciaba el muslo de su esposa bajo la mesa; que no le robara besos en pleno pasillo, a la vista de su impresionable descendencia. Quería que sus pequeños se quisieran entre ellos, pero sin rayar en la adoración, y que comprendieran desde niños que sus caminos estaban destinados a separarse. Que no sufrieran por el inevitable distanciamiento fraterno, y que esto no interfiriese en su felicidad conyugal.

Percy ansiaba un futuro similar, de ahí que se decidiera por él en lugar de decantarse por otro pretendiente. Y como si hubiera sabido que necesitaba oírlo para recordar dónde estaba y a lo que aspiraba, se lo dijo nada más alcanzó el clímax y se derrumbó a su lado en la cama:

—Es cuestión de tiempo que te quedes embarazada, Bells, y cuando eso suceda habrás de volcar en tus hijos la preocupación maternal que ahora acapara Lenore.

Isobel asintió, de acuerdo con su firme advertencia. Mantuvo la vista clavada en el techo de tela de la cama de cuatro postes mientras Percy encontraba la postura cómoda para dormir.

Era impropio que marido y mujer compartiesen el dormitorio; cada uno disponía del suyo y lo ocupaba con la honrada excepción del rato que les tomara engendrar. Pero Percy estaba enamorado de ella, como bien sabía Isobel, y no había habido noche que no descansara aferrado íntimamente a su cintura.

No se opuso a que le apoyara la barbilla rasposa en el hombro desnudo. En completo silencio, se limitó a cubrirse el pecho con

pudor. Orientó el rostro hacia la ventana con la cortina corrida, desde donde la luna llena le devolvía la mirada.

¿A quién quería engañar? Ella también deseaba gozar de una vida propia. Dirigir todo su interés y, por ende, sus cuidados y energía a la casa en la que vivía ahora, al marido que la apreciaba, a las obligaciones de la esposa en la que se había convertido.

Pero sabía que hasta que Lenore no encontrara su camino no conseguiría estar en paz.

Dejó que la belleza de la luna la meciera como en una fantasía. Siempre había hallado un misterioso consuelo en la contemplación de la noche, en su silencio sepulcral. Cerró los ojos, sintiéndose amparada por su luz de plata, y, como venía siendo costumbre, se sumió en un sueño plagado de figuras enigmáticas.

CAPÍTULO 9

—¿Eleonora! —tronó su abuelo nada más oírla llegar.

No debía de haberla descubierto por el sonido de sus pasos. Había tomado la precaución de deshacerse de los zapatos ante el atónito mayordomo y deslizarse con sigilo vestíbulo a través. Habría sido el susurro del abrigo empapado al deslizarse por sus hombros, ateridos por el chaparrón que la había obligado a regresar antes de lo que le habría gustado.

Lenore se enderezó con un gesto premeditadamente culpable.

Él no le dio pie a justificarse. Avanzó hacia ella sin usar el bastón como apoyo. Su indignación era tal que apenas se balanceó en su carrera.

Tales milagros podía obrar la rabia en un hombre que había visto peligrar su reputación.

—¿Dónde demonios te habías metido? ¡Por la cuenta que te trae, ya puedes ofrecer una excusa verosímil, o de lo contrario...!

—Vengo del cementerio, abuelo —se justificó en voz baja, la cabeza gacha como exigía la etiqueta de un rapapolvo—. Necesitaba ver a mi padre y la visita se ha alargado más de lo previsto.

—¡Tonterías! ¿Desde la una de la tarde hasta las nueve de la noche en el cementerio? ¿Sabes a quién intentas tomar por necio, joven?

Lenore se mordió el labio inferior, fingiéndose escarmentada. Suerte que había pasado todo el camino de vuelta estudiando un pretexto tras otro para ofrecerle al aventajado Humbert una coartada creíble, porque por supuesto que sabía a quién pretendía engañar para mantener a salvo sus aventuras: a un hombre que, antes de convertirse en un reputado barón, había sido el más travieso de los canallas de la universidad de Oxford.

—Kensal Green ha sido mi última parada —admitió a regañadientes—, pero reconozco que no ha sido mi único destino. Antes he pasado por casa de la ahora señora Featherington, una compañera de debut que contrajo nupcias hace un par de meses y me insistía con ahínco en que conociera a su esposo. Más tarde he cumplido una promesa que le hice a la parroquia del barrio: las benefactoras de Spitalfields...

Humbert reaccionó como había cabido esperar, poniendo los ojos como platos y ciñéndola del brazo con un tirón que pretendía espabilarla.

—¡En Spitalfields! ¡En el East End! ¡Por el amor de Dios!

—Me comprometí a colaborar en la elaboración de unos canastos para los desfavorecidos de Tower Hamlets, abuelo. Tanto mi padre como usted me enseñaron la importancia de ser una persona de palabra, y no quería embarrar el buen nombre de mi familia desentendiéndome de una obligación para colmo hermanada con los designios de Dios...

—¡Saca el nombre de Dios de esta conversación!

«Es usted quien lo ha nombrado primero, y con intención blasfema», se cuidó de replicar.

—Discúlpeme, abuelo. No se volverá a repetir.

—¡Desde luego que no se volverá a repetir! ¡A partir de hoy no pondrás un pie fuera de esta casa si no es acompañada de Theresa o de mí mismo, y nunca en un espacio público donde se te pueda reprochar tu escaso compromiso con el período de duelo!

—Pensaba que quería encontrarme un marido antes de mi vigésimo cumpleaños, abuelo.

—¿Y se supone que vas a hallarlo en Christ Church, en el condenado corazón de un barrio más pobre que las ratas?

—Mi buena amiga, la señora Featherington, ha adquirido contactos de prestigio a raíz de su matrimonio. Pensé que si coincidiera con alguno de los visitantes de su marido durante una tarde de té podría ahorrarle trabajo.

Humbert selló los labios en un rictus severo y cuadró los hombros.

—Creí que estaría metiéndote en cintura adoptando el rol del referente estricto y distante, un rol diametralmente opuesto al que

ejerció tu padre para fracasar con estrépito, pero ya veo que solo ha servido para que te hagas a la idea equívoca de que podrías mentirme con descaro. Por intransigente que me muestre contigo y enfocado que esté en tus responsabilidades como mujer, Eleonora, sigo siendo muy consciente de quién eres. No has pisado jamás una iglesia por voluntad propia y es poco, por no decir nada, lo que una recién casada de diecinueve años puede ofrecerte a nivel conversacional para retar o solo satisfacer las exigencias de tu intelecto. Dime dónde has estado y seré clemente al escoger tu castigo...

Como caída del cielo, Theresa se asomó bajo el umbral del salón de visitas y alternó una cálida sonrisa y una expresión apremiante entre Lenore y su marido respectivamente.

—Humbert, querido. Te recuerdo que tenemos visita.

Esta vez fue la joven quien frunció el ceño con prejuicio.

—¿Una visita? —Echó una ojeada al reloj de pared del vestíbulo—. ¿A las nueve y cuarto de la noche?

Theresa solo levantó las cejas —«¡Quién lo diría!», parecía transmitir— y regresó al saloncito para atender al invitado.

Lenore podía apostar su alma a que se había presentado por sorpresa. Lo confirmó al buscar la mirada de Humbert y toparse con una mueca contrariada.

En lugar de aportar explicaciones, la advirtió con su ceño ominoso de no repetir la escapada de la tarde y regresó junto a su esposa.

Lenore todavía permaneció unos segundos en la entrada. Aceptó el paño que una criada le ofreció para secarse el pelo y la poca piel del cuello que el escote cerrado dejaba a la vista.

Vaciló antes de reunirse con su familia en el salón. Y es que, por más extravagancias que se le achacaran a su carácter, seguía siendo consciente de que tratar a un desconocido mojada de la cabeza a los pies no era lo más respetable. Pero la curiosidad la vencía en estos casos, y conforme se fue acercando por el pasillo comprendió que había hecho lo correcto al priorizarla: en lugar de ir entrando en calor cuanto más se aproximaba a la salita, más eco se hacían los escalofríos que le sacudían el cuerpo.

Para cuando se detuvo bajo el umbral con el alma en vilo, tenía

los vellos como escarpias y una extraña sensación de familiaridad oprimiéndole el pecho.

Sentada tan alejada del fuego del hogar como le habría sido posible sin levantar la sospecha de la anfitriona, se hallaba una figura tan monumental como sorprendentemente frágil; una suerte de estatua sedente grecorromana que refulgía, dorada, a la luz de la chimenea.

Su postura encajaba en lo entendido por los modales canónicos, ni muy repantigado ni erguido en exceso. La riqueza de su atuendo formal y la belleza de la que él mismo había decidido abstraerse mostrándose ajeno a ella hacían parecer que posaba para un retrato.

Esa debía ser la razón por la que su abuelo luchaba por moderar su incomodidad, como incómodo había de estar un hombre en presencia de otro con madera para seducir a su esposa con su sola proximidad, y extasiada se mostraba Theresa, que antes que mujer devota o titánica anfitriona era una humana vulnerable a los encantos del otro género.

Lenore se puso rígida y a punto estuvo de retroceder un paso al verle incorporarse con una tediosa lentitud que, aun sin estar exenta de gracia, una joven más orgullosa habría encontrado grosera. Luego comprendió que no pretendía ir a saludarla, sino solo mostrar sus respetos a la muchacha que acababa de entrar al salón, y pudo volver a respirar.

Unos ojos como piedras calientes la contemplaron desde la distancia.

—Señorita.

La voz se le metió bajo la piel a través del consabido escalofrío que no habría podido olvidar ni aunque hubiese querido.

—¡Lenore! ¡No te había visto bien! —exclamó Theresa—. ¡Estás empapada! Dios mío, tienes que subir a bañarte antes de que el frío te cale los huesos.

El invitado no cambió de expresión con el comentario de la anfitriona, pero Lenore encontró su mirada en la búsqueda de una broma cómplice y percibió que sus ojos emitían un destello de diversión oscura: él sabía tan bien como ella que el frío ya le había calado los huesos en dos ocasiones previas.

Estaba ante la tercera, y decían que era la vencida.

—Antes debería presentarme al amable desconocido, ¿no? —preguntó con la voz de otra.

—Nuestro estimado vecino —anunció Humbert—, Dariy Vranitsky, marqués de Volteran.

—Volteran —repitió Lenore. Le sostenía la mirada sin pestañear, temiendo que un simple descuido desdibujara lo que estaba convencida de que era una visión—. No conozco sus tierras, milord.

—Pertenecen a una región muy lejana, señorita Nightingale. Quizá haya oído hablar de Transilvania. Se halla en...

—El centro de Rumanía, en la Europa oriental —completó ella, y aunque su perspicacia le valió un asentimiento aprobador, se reprochó haberle interrumpido. Lo que Lenore quería era oírle hablar; entenderle—. Sí que se encuentra en extremo alejado de nuestra Inglaterra, pero si es usted nuestro vecino deduzco que no ha venido para disfrutar de unas vacaciones.

—Llevo un tiempo viviendo en la capital —confirmó. Aún seguía de pie, y aunque sus ojeras purpúreas denotaban un cansancio proverbial, nada en su postura indicaba que estuviera ansioso por volver a sentarse—. En la casa de aquí al lado, para más señas.

—¿La mansión gótica? ¿La que tiene las ventanas tapiadas?

—Cuando cerré la venta del edificio ya estaban las ventanas en ese estado, y por pereza y resquemor hacia los amaneceres soleados decidí no invertir en lo que costaba reabrirlas —se justificó con sencillez. La forma en la que hablaba en público no se acercaba a la manera en que se había dirigido a ella: ante sus parientes se adhería a la urbanidad, pero un fondo de autoridad incuestionable evitaba que sonara del todo amable. Todo en él advertía de eludir cuestionamientos y, por supuesto, de ahorrarse la tentación de ofenderle—. No se me había presentado la oportunidad de prestar una visita en condiciones hasta ahora..., por desgracia, pues ahora veo que me estaba privando de una excelente compañía —apostilló con un cabeceo deferente hacia la anfitriona.

Theresa no dudó en sonreírle.

A Lenore le pasó por la cabeza el pensamiento fugaz de que se

hubiese personado allí durante su ausencia para represaliar a los Loxley por su fisgoneo.

No permitió que esa posibilidad flirteara por mucho tiempo con su razón y preguntó:

—¿Y qué es lo que le ha persuadido de presentar sus respetos por fin?

—Mi animal de compañía no entiende los horarios de visita respetables y ha decidido colarse en la propiedad del barón bien entrada la noche. No les habría importunado por una causa tan peregrina si la criatura no tuviese un carácter complicado; temía que se cansara de husmear por el jardín y sorprendiera a la señora en su propio salón con las garras fuera.

—Por eso no debería haberse preocupado, milord —desestimó Theresa, por completo ajena a la tensión instalada entre la nieta y el marqués—. Me jacto de conocer la naturaleza de las bestias y entenderme a las mil maravillas con ellas.

—Esta bestia mía es algo diferente de las otras, créame.

Lenore no se resistió a meter baza.

—¿Y por qué querría cuidar de una criatura así descrita?

—Esa es una excelente pregunta, señorita Nightingale. —Pausa deliberada—. Supongo que hay quien disfruta metiéndose en camisa de once varas. ¿No conoce a nadie así?

«Ha venido por mí», comprendió. Y aunque sabía que eso no conllevaba nada bueno, no pudo evitar que una parte de sí misma ardiera de excitación.

—Lenore, cielo, creo de verdad que deberías deshacerte de las prendas mojadas. Le diré a tu doncella que prepare el baño. Entonces podrás unirte cómodamente a la reunión.

—No será necesario que la señorita se dé prisa —intervino Dariy —. Bastante he abusado ya de su hospitalidad aceptando un café a horas intempestivas. Si me disculpan, les dejaré descansar.

Una ráfaga de decepción atenazó a Lenore. Tal fue su contrariedad que no pudo manifestarla antes de que su abuelo agradeciera la consideración y se levantase para despedirlo con un impaciente apretón de manos.

El marqués no se había deshecho de los guantes, como tampoco

de la chaqueta o la larga capa negra hasta los tobillos. Estos detalles serían acusados de mala educación por el riguroso Humbert tan pronto como el invitado desapareciera, pero ella estuvo segura de que había una razón de peso detrás de cada excentricidad.

—¿Dónde se encuentra el mencionado animal, milord? —quiso saber ella antes de que se marchara—. Pensaba que había venido a por él.

Dariy solo levantó las cejas, denunciando con la mayor de las sutilezas su insolencia. Como atraído por la mención directa, un gato de pelaje negro como las plumas del cuervo emergió de las sombras para acariciarse con los tobillos del marqués; contra sus botas Wellington, mejor dicho, esas que Lenore había advertido en el despacho de su padre.

—¿Cómo se llama?

Se agachó para tomarlo en brazos, cariño al que el animal no se negó, y amagó una sonrisa.

—Varney.

Dariy se despidió de sus anfitriones con un sencillo cabeceo, dejando a Lenore sobrecogida por el guiño.

No se apartó de la puerta con la esperanza de que su hombro, su brazo, su capa, algo en contacto con su extraordinaria existencia la rozase y así pudiera cerciorarse de que era real. Pero él se las arregló para no tocarla a pesar de que sus hombros eran anchos como el mismo quicio y las capas y capas de ropa le hacían aún más monumental, no en un sentido tosco o intimidatorio, sino como la efigie de un dios egipcio.

Supo aun así que no lo había soñado. La ropa empapada le quemó en la piel como la presión del hielo cuando cruzó por su lado, envuelto, como siempre, en ese nimbo escarchado que lo distanciaba del resto del mundo.

—Qué sujeto tan desconcertante —fue lo primero que comentó Humbert, ceñudo.

—Yo no lo tildaría de desconcertante —replicó Teresa.

—¿Y de qué lo tildarías? ¿De extravagante? ¿Maleducado, tal vez? ¡Aceptar a las nueve de la noche una invitación a pasar que se

extiende por mera cortesía! ¡Habrase visto! ¿Y por qué no se ha deshecho de los guantes o las prendas de abrigo?

—Está siendo un febrero frío, querido, y uno no puede aceptar una invitación sin que antes le haya sido ofrecida. En todo caso, deberías reprocharme a mí que haya sacado los pies del tiesto con mi generosidad; una con la que pretendía encapsular las bondades del apellido Loxley —agregó con intenciones evidentes.

Aturdida, Lenore lanzó una mirada a la puerta principal, como si esto fuera a ayudarla a imaginárselo golpeando la aldaba, sonriéndole con mortificación a Theresa por la travesura del gato y rechazando con un elegante ademán la petición del mayordomo.

Haberse perdido la escena casi hizo que se arrepintiera de haberse escapado toda la tarde.

Casi, porque en su aventura no había llegado a conclusiones que cupiera desmerecer.

Humbert empezó a recriminarle que hubiera insistido en alternar con el marqués en lugar de esconder sus prendas mojadas de donde pudiese verlas. Ella aceptó cabizbaja la amonestación y se retiró a su dormitorio con el beneplácito de Theresa.

Por suerte, la visita había descolocado al abuelo de tal manera que había olvidado seguir interrogándola acerca de la escapada.

Lenore empezó a desnudarse ya en el ascenso al segundo piso. Se quitó las abotonaduras del cuello trasero y aflojó la falda tirando del cordón con cierta renuencia, como si de alguna manera estuviese diciéndole adiós a ese roce tan peculiar del vampiro, al frío del que había impregnado las prendas.

Para cuando llegó al dormitorio, ya se había deshecho del vestido en sí mismo y lucía apenas el corsé y las filas de enaguas.

Descubrió que había dejado la ventana abierta. Fue yendo a cerrarla, sumida en un ánimo entre huraño y aturdido, cuando cayó en la cuenta de que alguien la había abierto. Frenó en seco y se giró hacia la presencia oculta en el preciso momento en que él había pretendido sorprenderla por la espalda.

Exhaló un aliento entrecortado. Esa fue su única reacción a la cercanía del marqués, si es que era marqués; del vampiro, si es que era vampiro. Al menos no era humano. Esta certeza la reafirmó al

alzar la barbilla despacio y toparse con unas pupilas que centelleaban como rubíes en la oscuridad.

—No he revelado su secreto —se justificó en voz baja, inmóvil frente al mármol de su pecho.

Él meneó la cabeza muy despacio.

—Es cuestión de tiempo.

—Le juro que yo no...

—Sabe por qué me ha picado la curiosidad conocer a mis vecinos, ¿verdad, señorita Nightingale? No es ninguna necia por más que intente presentarse como tal con sus esfuerzos por provocarme.

Lenore tragó saliva.

Por supuesto que sabía por qué había escogido esa noche y no otra para arrojar su advertencia: porque había descubierto que persistía en su búsqueda de información.

—¿Provocarle? —repitió con debilidad, y se arriesgó a dirigirle una mirada inocente.

Él reaccionó a su segunda bravata inclinándose hasta quedar a un palmo de su rostro. La luz de la luna dejó de ser un misterio del universo para convertirse en una esclava servil de su belleza: llenó de plata unos pómulos afilados como una navaja, los labios finos e inmóviles en un rictus despótico. Tenía como ojos dos pozos de negrura abisal que escondían el fuego de todos los ancestros.

Parecía que se hubiera asomado a las fauces de un dragón.

Lenore sintió pavor por vez primera, pero no la clase de miedo que quebraba la voz e invocaba las lágrimas. Temió estar enfrentándose a algo con lo que no podría luchar; algo que nunca conseguiría entender.

Dariy debió de presentir su fragilidad, porque la comisura del labio se torció hacia la arrogancia sabedora cuando se inclinó sobre su cuello.

Lenore recordó el grabado del *penny dreadful* y se aferró a los párpados apretados y a los puños cerrados para resistir al mordisco. Pasaron dos, tres, cuatro y hasta diez delirantes segundos, y todo cuanto sucedió fue que le oyó inhalar conscientemente el lateral de su garganta.

—Huele a biblioteca, Lenore.

Aun en una situación de máxima tensión, demoró en abrir los ojos, como si resucitara de un amable sueño. Él seguía inclinado sobre ella, muy cerca de su rostro, o más justo habría sido decir que ella estaba muy cerca del rostro de él. Su mirada directa resultaba aterradora y, de alguna manera, también la cautivó.

Era como balancearse en el borde de un precipicio.

—¿Qué? —musitó, confusa.

—Huele a biblioteca —repitió, más despacio, y ladeó la cabeza para escudriñarla. Parecía en busca de un error de cálculo y no de un defecto estético—, lo que delata dónde ha estado y lo que andaba haciendo.

—¿A qué huele una biblioteca? ¿Cómo puede olerlo, si no respira usted? ¿Cómo habría descubierto mi paradero estando en casa de mis familiares mientras yo...? —Se interrumpió para tragar saliva y se apresuró a cruzar las manos a la espalda, como si la hubiera cazado robando—. Mientras yo realizaba los pertinentes recados —completó en tono inocente—, que en ningún caso serían de la incumbencia de su señoría el marqués de Volteran.

Dariy se enderezó con una oscura ceja arqueada, probablemente preguntándose qué clase de mocosa osaba desafiarle. Lenore había perdido la esperanza de volver a oír —o presentir, o incluso sufrir— su voz cuando él se encaminó al tocador, relajado, y comentó:

—A ver si adivino. Después de aferrarse con desesperación a mi comentario sobre los *penny dreadfuls* para tener hilo del que tirar, llegando a importunar a su parentela con delirios infantiles, se le ocurrió investigar cuántos precedentes de Varney existen para tratar de encajarme en el modelo de un personaje sobrenatural... —Se detuvo ante el espejo, como si de pronto hubiese olvidado algo. Levantó una mano forrada de cuero y se retiró despacio el puño de la camisa, igual que se remangaba una escrupulosa mojigata, e hizo bailar los dedos al son de una indecisión fingida en tanto que escogía qué cajón abrir. Eligió aquel en el que Lenore había escondido el *penny dreadful* sustraído del despacho de Whishaw. Lo sostuvo en alto con la misma ceja enarcada—. Apuesto a que ha estado leyendo a Polidori, el famoso poema de Lord Byron, el

Thalaba the Destroyer de Robert Southey y, quizá... ¿*The Book of Were-Wolves*, de Baring-Gould?

Había pocas instancias en la vida que Lenore odiara más que ser predecible. En efecto, había pasado una infame cantidad de horas, algunas tardías, enclaustrada en la biblioteca municipal de St. Pancras, que estaba lo suficientemente bien conectada gracias a la línea de metropolitano como para haberse planteado viajar al corazón de Londres.

También en efecto había consultado en su mayoría los tomos de Sabine Baring-Gould y Polidori.

—Que yo sepa, no es un delito ni un pecado mortal disfrutar de la literatura popular.

—Pocos coincidirían con usted en que un burdo *penny dreadful* merezca tan elevada categoría; las mujeres menos que nadie, pues se procuraba alejar estas lecturas de la sensibilidad femenina... por una razón muy simple —prosiguió—, que es que son ustedes el género impresionable.

—Supongo que eso lo sabe porque estaba muy vivo y lúcido en la década de los cuarenta a pesar de no aparentar ni treinta años —contraatacó, envalentonada.

Dariy bajó el brazo que sostenía el relato y la atravesó con una mirada insondable.

En el fondo de sus pupilas seguía centelleando una chispa escarlata, como un fuego de artificio en la inmensidad del firmamento.

—Veo que persiste en su empeño.

—¿En el de culturizarme? No le quepa duda, milord. Ahora que sé que viene usted de los Cárpatos, estrecharé mi búsqueda dirigiéndome a los títulos versados en la Europa septentrional. Apuesto a que algún viajero habrá plasmado en mi lengua los mitos y leyendas del folclore rumano. Ahora, si no le importa devolverme el *penny dreadful*... —añadió. Avanzó hacia él y extendió la mano en un gesto exigente—. Es una cuestión de vida o muerte. Su propietario me estrangularía con sus propias manos si sufriera el menor percance... Claro que no le imagino doliéndose por la

violencia ejercida contra mí, sobre todo sabiendo cómo acostumbra usted a saludarme.

Si le había parecido percibir en algún momento el menor atisbo de simpatía en su expresión, esta se disolvió bajo el peso de su insolencia.

El marqués depositó sobre el tocador el panfleto antes de que causara una disputa y acto seguido redujo el espacio que los separaba.

Por algún motivo, Lenore había estado convencida desde la noche en que lo presintió por vez primera de que no la tocaría. Esto sin duda explicó su sobresalto cuando la criatura la tomó de la mandíbula con tal gentileza que se sintió una copa de vino entre sus dedos.

Fue ahí cuando se percató de que le habían estado castañeteando los dientes desde el reencuentro.

—Mírate —le dijo en voz baja, como cuando se le ocurría tutearla —, temblando como un recién nacido, y aun así te atreves a desafiarme. ¿No eres consciente del peligro que corres o es que acaso te es indiferente?

Lenore lo miró a la cara sin ambages.

—No tiemblo porque le tema, sino porque le admiro.

Dariy abrió los ojos un momento y la soltó como si el contacto lo hubiera quemado. Retrocedió un paso, incrédulo, y luego otro motivado por un rencor antiguo.

Volvió a parapetarse en su gélida cortesía.

—Veo que no ha leído suficiente, entonces.

—¿Por qué? ¿Cree que le odiaría si conociera todos sus secretos? De ser así, cuéntemelos —le rogó con vehemencia—. Hágame deplorar su existencia.

Un grave silencio corrió entre los dos. Dariy permanecía donde la bofetada de asombro le había obligado a detener sus pasos, más o menos inclinado hacia atrás, como los fuertes vientos del este torcían los árboles.

Su atuendo no difería del que vestiría un aristócrata: pañuelo anudado al cuello, rica camisa de seda, chaqueta cruzada y el pesado gabán coronando el conjunto, casi todo él de riguroso negro.

Pero Dariy parecía haber nacido con la ropa ya puesta; parecía haber estado allí de pie, plantado en la tierra, antes de que el mundo fuera mundo. Habría aterrizado en Londres como una flecha perdida.

—Si no me engañan los relatos del folclore, que según descubro hoy se han dedicado a establecer certezas para las que el mundo no está preparado, es usted inmortal —insistió Lenore, temblando todavía de excitación—. La garantía de su supervivencia no es otra que el consumo de sangre, aunque desconozco en qué medida y con qué frecuencia; si beben hasta matar al donante; si las tomas son diarias. Sí sospecho que la preferencia por las jóvenes bellas es un mito urbano y que la sangre es la sangre. Alimento, al fin. Algunas historias dicen que los vampiros son súcubos, muertos que regresan a la vida o simples y llanas criaturas demoníacas...

—Monstruos —la interrumpió él con voz queda—. Los vampiros pueden recibir múltiples nombres, pero en todos los mitos quedan recogidos en el bestiario como lo que son. Monstruos.

Algo se elevó en su estómago a modo de protesta.

—¿Desdeña la que es su condición?

—Como el vampiro Varney sobre el que ha estado informándose —confirmó con sorna—, ¿o acaso solo interpreta como válidas las características de la raza que encuentra adorables?

—¡Valido solo aquellas que entiendo! ¿Cómo puede usted despreciar la virtud más anhelada por los hombres, nada menos que una vida infinita en un cuerpo deseable?

Dariy entrecerró los ojos, dos carbones ardientes.

—¿Eso es lo que anhela?

—¿No es lo que anhela todo el mundo? ¿No enfrentarse al horror de la muerte?

—Qué respuesta tan decepcionante —murmuró con languidez—. Pensaba que no se dejaría seducir por la preservación de las virtudes estéticas.

Lenore apretó los labios en una fina línea.

—Y no lo hago, pero mi padre murió hace diez días. No puedo más que proclamarme en desacuerdo con el desdén con el que da por sentada la vida eterna. Encuentro su victimismo francamente atroz.

Dariy lanzó al aire su pregunta con la naturalidad de la costumbre,

como si estuviese habituado a echar por tierra los argumentos de los ambiciosos mortales:

—¿Amaría al doctor si hubiera sobrevivido a costa de quitarle la vida a otras personas? ¿Personas inocentes? ¿Personas como su abuelo o la baronesa? —Le concedió quince segundos de reflexión a Lenore antes de asentir, zanjando así un debate que ya de entrada no había creído necesario—. Meditará esta cuestión que le he planteado durante días. Semanas, a lo mejor. A ratos creerá que la respuesta es afirmativa, pero al final se rendirá a la única verdad posible en este mundo infectado de moralidad cristiana. Lo que hace digno de afecto al hombre son las cualidades que le convierten en humano. La transformación de su padre en una bestia como yo habría sido la tumba de su amor. Y de su respeto, si me apura.

Esta vez Lenore percibió lo que al principio había pasado por alto: la resignación. No había impotencia o victimismo alguno en su argumento defensivo, tan solo el conocimiento que solo podía consolidarse después de haber vivido las mismas y trágicas experiencias una y otra vez. Una y otra vez.

Dariy conocía todas las puestas de sol. Había descifrado ya la complejidad de la mente humana y los misterios del universo.

No supo qué encontró más fascinante, si su dolor o su infinita sabiduría.

—¿Puede una bestia tener un nombre, Dariy Vranitsky? —paladeó las palabras, su sabor eslavo. Su tono se volvió aterciopelado—. Así es como le llamó una madre una vez, ¿me equivoco? Una madre mortal que tuvo un hijo. No es, entonces, una bestia. Fue un niño amado y el sino de un niño amado es convertirse en un hombre querido.

Aquella fue la segunda vez que lo sorprendió.

Dariy volvió a abrir los ojos. Quiso aferrarse al escepticismo con el que asombrosamente se conducía por una tierra que conocía como a la palma de su mano, pero ella estaba ahí, frente a él, las palabras estaban saliendo de su corazón a través de los labios, y cómo desconfiar de una presencia tan viva.

—¿Quién demonios eres tú? —le oyó murmurar con un ligero agotamiento.

—Se lo dije la primera noche, milord. No soy nadie.

—Señor Vranitsky, en todo caso. No pertenezco a la aristocracia inglesa y, por ende, no merezco la consideración de lord —la corrigió con la voz hueca, como si le hablara desde un punto lejano a su cuerpo.

—Esa es la cualidad final y definitoria que nos convierte en humanos, ¿no le parece, señor Vranitsky? —insistió ella, envalentonada—. Que incluso si ahora somos algo, algún día no seremos nada. Es más: algunos, como yo, nacemos con la plena y dolorosa conciencia de que la mayoría no llegaremos a ser nada jamás. Usted no puede entenderlo porque ya es un milagro de la naturaleza. No tiene que acometer ninguna heroicidad para destacar.

—Eso es lo que usted teme —dedujo él— y de ahí su admiración por lo eterno: una existencia sin sentido.

Frenética, Lenore asintió con la cabeza.

La había embargado el presentimiento de que estaba logrando dar su brazo a torcer; de que si no lo había impresionado con su determinación o irritado más allá de la razón con su absurda temeridad, por lo menos había despertado su interés, y eso bien le valdría un pedazo de información invaluable.

Dariy se encaminó hacia el ventanal abierto de par en par y apoyó la mano enguantada en el marco. Lenore miró en la misma dirección que él, hacia una luna que había empezado a menguar la noche anterior. Se preguntó cuál sería la conexión de la criatura con ella, su acuerdo secreto.

Esperó con valentía y demasiadas esperanzas a que le prometiera una cita a solas para revelarse a sí mismo tal cual era. Aunque esto no sucedió, Dariy alineó el mentón con su hombro, hombro que trazaba una línea horizontal tan infinita como él mismo.

Como siempre que decidía hablarle en plata, prescindió de toda cortesía.

—Estás muy equivocada en tus aspiraciones y temores, Lenore. La trascendencia es una cualidad reservada a lo mortal. No hay nada más insignificante ni nada que se dé tan por sentado como lo que siempre estará entre nosotros. —Y aludió a la luna con una caricia imprecisa al aire.

—No estoy de acuerdo —insistió en voz alta, y fue hacia él con decisión—. Usted es único en su especie, y solo por eso ha merecido que generaciones de curiosos escribieran historia tras historia tratando de descifrarle. Nunca será polvo y ceniza. Ni siquiera si al final muriese.

Dariy la miró de soslayo sin cambiar la postura.

—En ese caso, tú tampoco —le dijo en un tono de voz tan cálido que la baja temperatura de la habitación pareció suavizarse—. Si tu afán investigador nace del deseo de que tu nombre no sea olvidado, deja de temer, Lenore. Todo lo que permanezca atrapado en mi memoria será tan inmortal como yo mismo.

CAPÍTULO 10

Durante la cena, Theresa había dejado los rodeos a los que tenía acostumbrada a la familia depositando el vaso de vino —así como cada una de sus cartas— sobre la mesa.

—He pensado que podríamos invitar formalmente a nuestro misterioso vecino. No sé tú, querida —apeló a Lenore ignorando de forma deliberada el ceño arrugado de su marido—, pero su breve aparición apenas colmó mis expectativas, y...

—De ningún modo —había atajado Humbert sin aportar mayores especificaciones.

Theresa y Lenore intercambiaron enseguida una mirada de cómplice curiosidad. Fue la actual baronesa la que colocó sus cubiertos con cuidado a ambos lados del plato, brindándose las fuerzas para insistir en su empeño.

—Lástima que me adelantara a tu consentimiento y le hiciese llegar ayer por la mañana mi deseo de recibirlo en la tarde de hoy. Por suerte para ti, el marqués respondió en torno a las siete y media de la noche que su estricto horario de trabajo diplomático le impide socializar mientras el sol brilla en lo alto.

—¿Te has comunicado con él sin consultarme? —bramó Humbert.

—No sabía que mi mano estuviese atada a la tuya por un hilo invisible. ¿Se puede conocer el porqué de tu repentino recelo hacia el marqués, o está condenado a permanecer en el terreno del misterio?

A sabiendas de que contaba con la disputada atención de las señoritas, el barón Fellowes prolongó el momento de la respuesta con pueril regocijo. Dio un sorbo al whisky de Glen Avon y esperó a haberse secado las comisuras de los labios.

—A raíz de aquella intempestiva visita que nos prestó, me tomé la

libertad de preguntar en mis círculos fiables acerca de sus credenciales. Por lo visto, la existencia del señor Vranitsky no había llegado a mis oídos antes porque ni mis cronogramas sociales ni los espacios que frecuento coinciden con los suyos. En otras palabras, es una criatura de la noche.

Lenore había tenido que procurar no atragantarse con el venado.

La descripción se acercaba demasiado a la verdad.

—¿Quieres decir que es un distinguido felón? —bromeó Theresa, indulgente como siempre.

—Quiero decir que es un vividor —repuso Humbert con el rostro sombrío.

—Y sin duda demostrar una desaforada pasión por la vida nocturna es considerablemente peor que cometer delitos a sangre fría —completó Lenore con la condescendencia que la baronesa le estaba no ya inculcando, pues la traía ella de nacimiento, sino sacando a relucir.

Humbert castigó a su nieta con una mirada reprobadora.

—Asimilar la vida como un patio de recreo al que exprimir los placeres inmediatos es propio de bribones con una visión reduccionista en el mejor de los casos, y un signo de irresponsabilidad en el peor. ¡Incluso una prueba de que podría dedicarse a actividades delictivas! Ignoraré vuestras sensibilidades femeninas para ser franco: su nombre resuena en las casas de citas de Covent Garden, se repite en las comunas de actores de Drury Lane y es conocido en Whitechapel —continuó en tono informativo y con malicioso regocijo. Theresa y Lenore seguían mirándose la mar de divertidas. ¡Nada como un hombre atractivo para poner a toda la especie en guardia!—. El hecho de que prefiera moverse por los cafés nocturnos del Soho a luchar por la honorable membresía de White's habla por sí mismo. Mis camaradas lo han descrito como un hombre solitario y circunspecto.

—Mejor que ser descrito como un cascarrabias que para colmo solo tiene malas palabras para sus vecinos —lo atacó Theresa con fingida ofensa. Se retiró airadamente la servilleta del regazo y la depositó sobre la mesa antes de dictar su sentencia—. Es mi intención hacer buenas migas con el marqués, Humbert. Nos

conviene por su proximidad y abolengo, sus modales son irreprochables y, además, no me ha parecido oír que estuviera casado —apostilló, y lanzó un vistazo elocuente a Lenore.

—¡Válgame Dios! ¿Sopesas como candidato a ese escalofriante extranjero?

—Los ingleses también éramos extranjeros cuando llegamos a las tierras del Nuevo Mundo, las cuales además son lo bastante cálidas para que los indígenas nos tildaran de escalofriantes. ¡O fríos cuanto menos! —repuso, no sin razón—. Y ¿cómo no sopesarlo? Si nos atenemos a las campañas de desprestigio sobre el carácter femenino, no hay banalidad que pierda más a las mujeres que la belleza masculina, y es innegable que de esto nuestro marqués rumano goza en abundancia.

Theresa le dirigió un guiño cómplice a Lenore, que se rio sin otro remedio, si acaso con preocupación. La belleza solía parecerle, en efecto, una banalidad, pero el atractivo de Dariy era sobrehumano, y por un momento temió que la baronesa se sintiera tan inclinada por perseguirlo y descifrarlo como ella misma.

Suerte que Humbert estaba inevitablemente involucrado en las admiraciones de su esposa y la ató en corto advirtiéndola con la mirada.

—Sé lo que te propones, mujer. No pienso invitarlo a la pequeña *soirée* del sábado.

—¿*Soirée* del sábado? —repitió Lenore.

—No podemos permitir que nuestros honrados conocidos olviden que sigues soltera, Eleonora. Sería imprudente volver a introducirte en la alta sociedad vistiendo el luto, pero una pequeña reunión entre amigos para allanarte el camino al altar no te perjudicará.

—Tampoco lo haría incluir al marqués en la lista de invitados —insinuó Teresa.

Le acabó saliendo al alto precio de una discusión.

Lenore esperó con paciencia el momento de su intervención con la esperanza de equilibrar la balanza en su favor alegando que le encantaría recibir a Dariy en la velada. Por desgracia, su opinión no llegó a plantearse como un aspecto relevante en la cuestión y terminó marchándose a sus aposentos.

Había sido en la soledad de los mismos donde había comenzado a tramar la escapada nocturna.

Aunque su abuelo se había creído el motivo de su desaparición la semana anterior —a nadie le extrañaría que a Lenore se le fuera el santo al cielo en una bien surtida biblioteca—, había sido riguroso al aplicar su castigo. Era vigilada día y noche por una doncella y un joven lacayo, de los cuales, por fortuna, al menos el segundo era sobornable. Suerte que el corrupto criado era objeto de la devoción de la criada y hubiera podido convencerla de quitarle la vista de encima para poder escabullirse brevemente a la mansión vecina.

Ahora que había confirmado la sospecha de que solo vivía de noche —y no para su coleto, sino bajo las vibrantes luces de la ciudad—, no podía perder más tiempo. Se valdría de su llave maestra para forzar la cerradura y averiguar si, como se decía en la novela de Sheridan Le Fanu, el *homo immortalis* dormía en un ataúd.

¿Escondería sus reservas de sangre en botellas de vino tinto para disimular? ¿Encontraría un sótano atestado de cadáveres sin identificar? ¿Podría recuperar las anotaciones de su padre, o Dariy habría sido precavido arrojándolas al fuego? Rezaba para que, en un alarde de humor privado, las hubiese conservado de recuerdo.

Lenore no podía negar que las preguntas que ardía en deseos de hacerle no eran tanto los orígenes de su especie o las peculiaridades de su dieta, si bien obtener estos saberes no le pesaría; ante todo ansiaba que le contara cómo había coincidido con el doctor Nightingale, si había tenido la oportunidad de charlar con él sobre las que eran sus inquietudes intelectuales; en última instancia, quería confirmar que incluso una criatura milenaria como el marqués opinó que el difunto había sido un genio único.

Pero sabía que tenía que resignarse a esperar para interrogarlo al respecto.

Por el momento estudiaría la complejidad de su morfología.

Esto requirió que cerrase con llave la puerta de su dormitorio y volviese a escabullirse por la ventana. Aterrizó gentilmente sobre los setos perfilados del jardín y se preocupó de arreglar las ramas afectadas antes de cruzar de puntillas el límite entre una vivienda y la siguiente.

Consultó su reloj de bolsillo: quedaban cinco minutos para medianoche.

Se había asegurado de que Dariy no emprendía su viaje nocturno en cuanto el sol se ponía ocupando igual que un vigía el sillón de la salita que se orientaba hacia su casa. Sin saberlo, había confirmado el papel de granuja que le achacaba la maledicencia popular, pues por lo visto no salía hasta el nuevo día.

Lenore obtuvo su confirmación momentos más tarde, cuando el crujido de la pesada puerta principal le erizó el vello.

Las doce en punto.

Pegó la espalda al muro lateral y giró la cabeza con la aspiración de verlo cruzar la calle. Aunque iba abrigada, la humedad del musgo y las trepadoras de la pared mohosa le calaron el redingote. Se tuvo que morder el labio inferior para que no la delatase el inoportuno castañeteo de dientes.

¿Cuándo pensaba acabarse el invierno?

Dariy pasó de largo en dirección a las caballerizas, ajeno a su impertinente observación. Lenore solo atinó a apreciar el satinado ondear de la capa, de un negro que destacaba sobre las sombras como el cielo azul sobre el mar, y el cabello azabache replicando las suaves ondas de la brisa. Un hermoso destello de palidez fue lo único que captó de su expresión, que asumió reflexiva a la par que tristemente resignada.

Lenore tenía la tranquilidad de ser demasiado mediocre, demasiado mortal para que la oscuridad no la ocultara de su mirada rapaz.

Desde el rincón vio que un caballo único en su especie se dejaba guiar y luego ensillar por su amo. Se perdió contemplando la caricia del guante de cuero a la crin, de un resplandeciente blanco plateado. Lenore no había visto una bestia de esas proporciones o belleza en toda su vida, y podía jactarse de haber disfrutado de las carreras de Ascot, Epsom Derby y St. Leger Stakes. Había visto un Thoroughbred, un Darley Arabian y un Lipizzaner de los Habsburgo, y todos ellos parecían pertenecer a una raza distinta del animal al que Dariy domó con un susurro persuasivo.

Su voz tuvo en Lenore el mismo efecto que en el caballo: le

serenó el espíritu y la dispuso a aceptar cualquier proposición. Tanto fue así que, en lugar de aprovechar su distracción para buscar el modo de acceder a la casa, se dejó seducir por el misterio de su ruta.

¿A dónde podría ir un hombre así vestido, así de magnífico, y para colmo a lomos de un equino de leyenda mitológica?

Nada más montar con un salto poco esforzado, Lenore salió de su escondrijo en dirección a la parada de coches de punto más próxima, que para su fortuna quedaba a menos de dos minutos a pie. Los salvó en tiempo récord corriendo sobre las puntas de los pies para que el tacón de las botas no levantara ecos indeseables. Supo que la suerte estaba de su lado al reconocer un *hansom cab* detenido en la acera: su conductor estaba reprochándole a un cliente potencial que acusara de caros sus servicios.

Estaba tan alterado por la discusión que no se cuestionó que una mujer joven se subiera sin permiso o carabina en el asiento acolchado y señalase la estela del caballo blanco.

—Por favor, siga discretamente al señor. —E hizo sonar el valioso contenido de su bolsa agitando la cuerda dorada de la que pendía.

Cuánto se alegraba de haber obedecido los consejos de su padre llevando siempre consigo una suma que le permitiera desplazarse sin pedir favores, sin dar explicaciones.

Ni corto ni perezoso, el chófer, un hombre con ojos árabes y cabello ralo ocupó su lugar.

—Asumo que desea que lo haga a cierta distancia para preservar el anonimato... —Él mismo se interrumpió para lanzar una exclamación ahogada en el que sería su idioma materno—. Dios me guarde. Si no me engañan los ojos, eso es un Akhal-Teke.

Lenore se inclinó hacia delante.

—¿Disculpe?

—Un Akhal-Teke. Un caballo turcomano de linaje puro. Solo los había visto antes en Moscú, y en aquel entonces los zares apenas empezaban a interesarse en estas bestias incomparables. La conquista de Turkmenistán tuvo algo que ver, claro... Santo Dios, un Akhal-Teke puede costar más que un purasangre de carreras. ¡Hablamos de una rareza de más de quinientas libras, y eso si

alguien lograra convencer a los celosos criadores que perpetúan la raza! —La miró por encima del hombro con recelo—. No me habrá mandado usted seguir a un hombre importante o peligroso, ¿verdad?

«El grado de peligrosidad está aún por verse.»

Aprovechando que aún no la conocían en el barrio por su reciente traslado y las limitaciones sociales del luto, mintió con descaro.

—Solo es mi marido, señor. Sospecho que tiene una aventura.

—Y muy pocas luces —añadió el chófer con la boca pequeña—. Mire que, si pretende ser discreto, montando un Akhal-Teke plateado hasta los doseles de su amante solo conseguirá cosechar suficientes testigos para que el tribunal civil le conceda a usted el divorcio.

Lenore aguantó una risita impaciente.

Si los informantes de su abuelo no se habían equivocado, Dariy se dirigiría exactamente a los doseles de una amante. O, en otras palabras, a los barrios donde abundaba la oferta carnal. Estaba segura de que el cochero conduciría hasta los mencionados Soho y Covent Garden, pero la estela lunar del turcomano bordeó Oxford Street y Shaftesbury Avenue para adentrarse en el jolgorio vulgar de Whitechapel.

—¿Está usted segura de que quiere seguir avanzando? —vaciló el cochero—. Este no es lugar para una dama, señorita. Me quedaría intranquilo dejándola aquí, y todo apunta a que es donde el caballero pretende apearse...

—Descuide. —Lenore se preocupó de paliar su culpa añadiendo un par de monedas al monto del viaje y saltó fuera del vehículo. Desde ahí le lanzó una sonrisa pícara—. No es la primera vez que visito territorios salvajes, señor. Le deseo unas buenas noches. —Se tocó el ala del sombrero, que en este caso no era invisible, sino una precaución para no ser reconocible, y echó a andar hacia el callejón donde había visto internarse a Dariy.

No lo había engañado. No era la primera vez que la curiosidad la llevaba a lugares donde a uno le convenía esconder un revólver en el cinto, pero sí inauguraba —y no sin entusiasmo— la experiencia de Whitechapel.

A raíz de los asesinatos en serie del aún cómodo y feliz en el

anonimato Destripador, la reputación del barrio clave del East End había empeorado de manera exponencial. Lejos de asustar a Lenore, esto la llenaba de una ilusión febril. Para ella era como visitar Regent Street después de haber leído la transformación parcial de Dr. Jekyll y Mr. Hyde, los jardines de Vauxhall tras sumergirse en la tumultuosa vida de la protagonista de *Vanity Fair* o pasear por Culloden Moor, donde tuvo lugar la batalla que concedió la victoria a la Casa de Hannover en detrimento de la liberación jacobita.

Tuvo que internarse en la nube de esmog del cruce entre Whitechapel Road y Commercial Street para seguir la estela de Dariy. La tenue luz de las farolas de gas se colaba a través de la bruma y la suciedad, creando un filtro amarillento que solo empeoraba el aspecto de los edificios de ladrillo ennegrecido. Por las pocas ventanas que no estaban tapiadas se apreciaban retazos de vidas truncadas: borrachos apostados en las mesas carcomidas de un bar regentado por un hombre que no esperaba que le pagaran las cuentas pendientes, y sí una paliza si insistía en cobrarlas; mujeres de vida alegre con faldas mil veces remendadas y aspecto enfermizo. Las carcajadas y aspavientos de las que aún hacían las esquinas con la esperanza de engatusar al cliente que les costearía la cena espantaban a las ratas. Los roedores habían convertido los charcos de orín y brea que se formaban bajo los contenedores en su recreativo.

Lenore tenía la suerte de haber entrenado el olfato tras horas estudiando cuerpos en descomposición con su padre y, aun así, el olor le resultó insoportable: orina, restos de carne enmohecida y amontonada a las puertas de la carnicería cerrada, perfume barato, simple y llana suciedad. Llegado cierto punto, no pudo tolerarlo y sacó un pañuelo bordado para cubrirse las fosas nasales y una sonrisa que no habría sabido explicarle a nadie, pero que se le ensanchó al oír la única campanada de Christ Church.

Dios anunciaba la hora mientras los demonios pastaban en campo abierto. Los locos del acordeón y la flauta bailaban en aquel infierno particular, y las prostitutas bebidas se defendían sin demasiado ahínco del abuso de clientes sin un penique en el bolsillo.

Tuvo la audacia de sorprenderse al confirmar que Dariy se

internaba en un burdel. Pensaba que un caballero de su categoría buscaría compañías algo más estimulantes que una pobre desdentada con aliento de anís. A lo mejor se diferenciaba del resto de los caballeros de su entorno diplomático en que no creía que hubiese ni fulanas con clase ni clases de fulanas, sino fulanas sin más...

O a lo mejor había ido allí en busca de algo distinto de un rato agradable.

Costaba imaginar a una criatura inmortal dejándose tentar por los placeres efímeros.

Claro que no había otro tipo de placeres.

Lenore pretendía cruzar el umbral cuando se le desvió la mirada a las puntas de sus botas, un calzado reluciente y por eso mismo impropio de un establecimiento de esas características. El sombrero satinado y el pañuelo de seda no la ayudarían a pasar desapercibida, de modo que rodeó el edificio destartalado y se refugió en un callejón abandonado para adaptar la vestimenta.

Arrojó el sombrero al otro lado de un vallado endeble que conducía a un descampado sembrado de cristales rotos. Se ensució las botas introduciendo los pies hasta los tobillos en un charco de barro hasta que quedaron irreconocibles. Escondió el abrigo en un agujero antinatural que solo Dios sabía cómo se habría abierto en el muro lateral.

Con la melena suelta cubriéndole las mejillas, agachó la cabeza y confirmó que nadie la miraba para colarse en el local por la que solo podía ser la puerta trasera.

Aunque negro y modesto, el vestido seguía siendo obra de una modista. Estaba segura de que alguna de las trabajadoras se percataría de que era una intrusa si no lo hacía antes por el simple hecho de no conocerla del barrio.

Comprendió que había subestimado la sobriedad de las prostitutas, así como su interés en los visitantes que no vistieran pantalones. La vaga iluminación ayudó a disimular la calidad de su atuendo: las lámparas de gas alumbraban menos que las estrellas titilando en el firmamento, y apostaba a que esto no era arbitrario. De alguna manera debían disimularse los desconchones del sofá, los

agujeros que las cenizas del tabaco habían abierto en las alfombras y la suciedad de las mesillas auxiliares, donde se acumulaban colecciones de botellas y vasos vacíos.

Lenore buscó con confianza a través del gentío.

Un hombre como Dariy Vranitsky no pasaría desapercibido en un ambiente semejante.

Asumió que el alboroto que se había formado entre varias de las jóvenes se debía a la visita del rumano. Cuchicheaban entre ellas con impaciencia y excitación por atender labores fijas y asignadas hacía ya tiempo para cuando se diera el milagro de su reaparición.

Lenore rescató de una de las mesillas una botella en la que aún quedaba whisky, una bandeja que habían olvidado apoyada contra el respaldo de una silla y dos copas más o menos limpias de la barra de madera.

Se acercó a ellas con seguridad.

Una pelirroja con el rostro picado de viruela la miró de arriba abajo.

—¿A ti quién *t'ha regalao* ese *vestío*? Además de dinero, *tié* buen gusto. Dicen que el negro *é* un color *mu* triste, pero cuando llevas quince años vistiendo colores llamativos, apreciarías un tono *apagao*. Además, la reina siempre viste de negro, y la reina *é* la *mujé* más elegante de *toa* Inglaterra... —añadió en tono pensativo.

—¿A quién buscas? —la interrumpió una joven esbelta.

Era la que había tenido que sellar los labios al verla llegar. Debía rondar los cuarenta años, y también debía haber sido inconmensurablemente bella en su juventud.

Lenore supuso que no le habían pedido que se presentara porque cada noche trabajaban allí distintas profesionales. A lo mejor la señora Gulp, a quien pertenecía el establecimiento según el letrero de la entrada, se limitaba a alquilar las habitaciones al mejor postor.

—El marqués me ha solicitado un refrigerio para él y para su compañera nada más entrar.

La tercera y última integrante del grupo torció el gesto.

—¡*Írala*, qué bien habla la *joía*! Milord nunca bebe *na*. Es bien *sabío* en el barrio.

—¿Estás segura? —La pelirroja arqueó una ceja—. Piensa *qu'hay*

que *sé* cuidadosa con la información que recibimos sobre el marqués. ¡A lo mejor Betty te mintió *pa* que no le sirviéramos en condiciones y así volviera a su lecho!

—Si los rumores no se equivocan, poco importa si se siente *agasajao* o se marcha poco satisfecho: milord no repite amante bajo ninguna circunstancia. Tampoco bebe bajo ninguna circunstancia —añadió la tercera. Acompañó el comentario de una mirada sabedora a Lenore.

—Yo entiendo que sus amantes no quieran adormecerse *pa* yacer con él; ¿quién querría olvidar una experiencia tan placentera? —suspiró la pelirroja con las manos sobre el pecho—. Pero ¿por qué *me se* niega el marqués a gozar de *tos* los servicios disponibles?

—Estamos hablando de un hombre con un paladar exquisito, Jane —escupió con desdén la prostituta esbelta—. ¿Por qué querría probar una sola gota del veneno que nos regalan los contrabandistas a cambio de favores sexuales?

—¿Por qué querría probar las carnes *fatigás* de Felicity? —contraatacó la espabilada muchacha. Era la única de las tres que aún conservaba el brillo de los ojos, si bien no se lo había brindado la esperanza; era más bien la insignia de su ferocidad—. Si quisiera exquisiteces, se iría a las casas de placer del West End, donde las putas te tocan el piano o los cojones dependiendo de lo que les hayas *pedío*.

La rubia soltó una carcajada burlona.

—Debe de ser un hombre avaro —opinó Lenore en tono inocente —. Quiero decir que, si su fortuna es tan sustancial como parece serlo su título nobiliario, pero recorta gastos en sus aficiones...

—Yo creo que simplemente no es un tipo de morro fino. —Jane se encogió de hombros—. Porque te *pueo* asegurar que no escatima en propinas. Paga tan bien a sus mujeres que pueden permitirse vacaciones de seis meses; ¡incluso de un año! Es más, a Rachel no la volvimos a ver, ¿*sus acordáis*? ¡Se fue a las Américas con el dinero que le pagó! ¿A que sí?

Le soltó un codazo impertinente a la esbelta, que se había quedado mirando a Lenore.

Estuvo segura de que la abordaría sin miramientos acerca de su

atrevimiento, su identidad o su solo interés en Dariy, pero quiso la fortuna que en ese momento la interpelara a voz en grito un nuevo cliente y no le quedara otro remedio que abandonar la cuadrilla.

La pelirroja se enzarzó en un entusiasta intercambio de ideas con Jane que impacientó a Lenore.

Necesitaba entrar en aquella habitación cuanto antes, o que al menos se apartaran del agujero de la cerradura para echar un vistazo al interior. Esto no sucedería. No dudaba que, si no alguna de aquellas dos, otra prostituta conocedora del valor de la visita de Dariy se interpondría en su objetivo.

Lenore depositó la bandeja en la mesilla más cercana y echó un vistazo al cuarto inmediatamente paralelo. Dejó a las mujeres charlando entre cínicas risotadas y se dirigió a aquella segunda habitación con la esperanza de que conectara con la otra.

No era imposible. Era, de hecho, más que probable: las jóvenes intentaban asearse dentro de lo que lo consentían sus recursos entre cliente y cliente, por lo que la puerta vecina debía conducir a la sala reservada para las abluciones y estar a su vez vinculada al dormitorio principal.

Lenore se adentró en el cuarto procurando no llamar la atención. El corazón le dio un vuelco de alegría. En efecto, aquel rincón infecto y apenas provisto de una serie de jofainas con agua turbia pretendía servir de baño. No la turbó ningún escrúpulo en su búsqueda de la puerta que colindaba con el dormitorio, porque por supuesto había una y contaba con una cerradura.

La llave oxidada colgaba del agujero que alguien había forzado hasta dejarlo inservible.

Arrodillada ante la puerta, agarró una de las pocas lámparas de gas que alumbraban el triste cuartucho y se la acercó al rostro.

—¿Por qué me ha elegido a mí, señor Vranitsky? —musitaba la muchacha con voz débil. Lenore tuvo que entrecerrar los ojos para localizarla sentada en el borde de la cama. Tenía un aspecto desvalido con la cabeza gacha y las manos inmóviles en el regazo—. ¿Es porque ningún hombre me ha tocado en las últimas semanas? Sé que hay clientes que se pirran por la mujer que en teoría es

inalcanzable, incluso pura dentro de lo que cabe, pero mi falta de disponibilidad no se ha debido a nada distinto de mi situación.

—¿Y cuál es tu situación, Felicity? —inquirió amablemente.

Quizá para no asustarla, Dariy había abierto una distancia de varios metros respecto del pútrido colchón. Las sábanas revueltas y salpicadas de manchas amarillentas indicaban su uso reciente. Lenore creyó estar superponiendo una realidad de ensueño a una pesadilla al verlo quitarse los guantes de cuero con precisa lentitud: su mente racional no lograba congeniar la presencia de un príncipe en un escenario digno de Dickens.

—Sufro pérdidas de memoria; a veces incluso del propio juicio, y... —Se agarró a las enaguas, lo único que la cubría—. La última vez que yací con un cliente, me oriné encima. Lógicamente se enfureció y me propinó una paliza tal que... —Apartó la vista hacia un lado: el lado desde el que Lenore la contemplaba con una mezcla de oscura fascinación y compasión—. Aún me duele el cuerpo, señor. No le serviré. Por favor, no lo interprete como un desprecio; solo pretendo ser sincera.

—Eres una muchacha muy dulce, Felicity.

Lenore aguantó la respiración, como si le hubiese dirigido el halago a ella. No dejaba de sonar condescendiente y distante de un modo doloroso solo porque le estuviera regalando los oídos. Sabía que era sincero como también sabía que la dulzura no era una indulgencia, sino un soborno.

—¿Dulce? Dicen que estoy loca —confesó la prostituta.

—Siempre he pensado que la locura es el último estado de lucidez; revela aquello que se esconde tras los límites de la conciencia —repuso con aire distraído. Felicity alzó la barbilla para mirarlo con la admiración que merecía que cada palabra suya pareciese el verso de un poema. Lenore debía estar contemplándolo con la misma expresión—. No pretendo acostarme contigo, Felicity. Lo que deseo de ti está muy alejado de tus habilidades. No tendrás que hacer nada.

Como conectadas por un alma gemela, Lenore y la prostituta se enderezaron cuando Dariy depositó los guantes en la mesilla y se acercó a ella con la paciencia de tener la eternidad a su disposición.

Se arrodilló ante la muchacha, un gesto de humildad con el que nadie la habría honrado antes. La tomó de la barbilla por gusto, solo para abandonar allí una caricia sencilla. Felicity ya le estaba poniendo toda su atención.

—¿De qué se trata?

Dariy se inclinó para hablarle al oído. Lenore obtuvo una vista reducida de la línea precisa de su mandíbula. El rostro de Felicity, en cambio, quedó girado en su dirección.

Nunca sabría cómo interpretar el cambio de registro: pasó de la expectación al asombro, del asombro al temor, y del temor a un sentimiento que Lenore no recordaba haber experimentado nunca en sus carnes. Conjugaba la resignación con la morbosa curiosidad.

—¿Veinte libras te parecen un precio justo? —le preguntó Dariy al cabo de un momento.

Felicity solo asintió con la cabeza. Había enmudecido.

A Lenore le costó tragar saliva. El susurro de la criatura había tejido un hechizo y ahora la habitación estaba preñada de misterios incomprensibles. Al menos ella no entendió por qué se le encogió el estómago, por qué contuvo la respiración: su cuerpo supo antes que la razón que lo que allí acontecería no podría explicarse a través de la ciencia.

No lo vio a la distancia y con la minuciosidad que le habría permitido describirlo a posteriori en un cuaderno, pero averiguó la mecánica y los detalles gracias a la imaginación; imaginación inspirada por el modo en que Dariy halló un cómodo hueco en la curvatura del cuello de la joven. Lenore supo que había separado los labios y supo que había hundido los dientes en la piel por el horror inicial que descompuso la expresión de Felicity. Ese horror que había visto en el grabado del *penny dreadful* fue transformándose de manera gradual en puro éxtasis, tanto así que con la mano temblorosa le cubrió la nuca, invitándolo a continuar.

Lenore reajustó su postura con la incomodidad de estar presenciando un momento inexplicablemente íntimo. Estaba formando parte de él de manera indirecta al contagiársele el cosquilleo que la prostituta debía de estar sintiendo en el cuello. Se llevó la mano al lateral de la garganta, donde notaba una turbadora

a la par que deliciosa presión, y acarició con los dedos la zona sospechando que la lengua de Dariy mimaba la piel de Felicity.

Ese placer entusiasta que había instado a la muchacha a participar en la alimentación del vampiro se fragmentó en sensaciones más profundas, más específicas, a las que Lenore lamentó no tener acceso. La vio cerrar los ojos con los labios entreabiertos, como si la estuvieran meciendo para que se durmiera, y creyó percibir en esa entrega voluntaria el mismo abandono que había visto en sus padres momentos antes de que murieran.

Estuvo convencida de que la mataría. Y en lugar de horrorizarse o sentir un interés médico por cómo se vería la muerte a manos del *homo immortalis*, Lenore experimentó un ramalazo de envidia tan poderoso que creyó que la derribaría; que la convencería de delatar su posición gritando que por favor Felicity se cambiara por ella. Quería vivir en sus propias carnes el funambulismo sobre el hilo de las nornas, el paseo triunfal hacia las puertas del cielo. Con suerte podría ponerse una última vez en los zapatos de su padre y comprender por qué se había arrojado a la otra vida sin oponer resistencia.

No la mató, sin embargo. Ni siquiera la había dejado inconsciente cuando se separó y, con el pulgar, le secó una gota de sangre que había brotado de la herida.

Felicity tardó en enfocar la vista, pero, cuando lo hizo, le regaló una sonrisa temblorosa que solo podía leerse como un agradecimiento.

—Ha sido un placer, señor Vranitsky.

Él solo asintió antes de incorporarse y volver sobre sus pasos para recuperar los guantes. Se los puso con la ceremoniosidad con la que lo hacía todo, más a su pesar que porque pretendiera refocilarse en su importancia. Luego sacó del bolsillo del gabán una pequeña bolsa que tintineó al aterrizar sobre el cuenco de las manos de Felicity.

La joven miró su recompensa con cierta tristeza.

—¿Qué hago ahora con esto? —murmuró.

—Sé generosa con tus allegados... o cómprate un ajuar que sea la envidia de los ángeles.

Felicity lo despidió con una carcajada amarga y, junto con Lenore,

lo vio partir hacia la salida equivocada: una por la que seguramente no habría entrado.

Para la prostituta esto fue indiferente. No así para ella, que apenas tuvo tiempo de arrastrarse de rodillas hacia atrás para que la inmensidad de su sombra no la aplastara al abrir la puerta del aseo.

CAPÍTULO 11

No puede decirse que Lenore tuviera miedo, pero sí muy bien aprendido en qué situaciones convenía actuar, de modo que su cuerpo reaccionó en consecuencia. Se levantó a una velocidad que nunca habría creído posible y huyó hacia la puerta del fondo del cuarto, que con un poco de suerte conduciría al callejón donde había abandonado su sombrero.

Desgraciadamente estaba tapiada, así como la única ventana de la habitación.

Lenore se giró hacia Dariy como Edward le había enseñado años antes de comenzar su formación policial: no convenía darle la espalda a un enemigo peligroso... si bien no había contado con sentir una absurda fascinación por dicho enemigo peligroso. Sujetaba en la mano la lámpara de gas, lo que le permitió apreciar una vez más los rubíes ocultos en sus ojos de rey moro. Quiso entender por qué centelleaban como el fuego de una estrella fugaz y quiso entender por qué había fantaseado muy en el fondo con que la descubriera espiando, pero no encontró la voz ni la insolencia para romper el silencio con preguntas.

—Lo he visto —le dijo con la barbilla alta.

Notó cierto engreimiento en su manera de advertirlo, como si de verdad tuviese el poder de amenazarlo. Comprensiblemente, su ingenuidad divirtió a Dariy. Gracias al fulgor dorado de la lamparilla, pudo apreciar su sonrisa socarrona.

—Sé que lo ha visto del mismo modo que sé que me ha seguido y sé que, antes de eso, me ha espiado desde el patio de su casa. Me sorprende que no haya llegado a la conclusión de que, igual que soy capaz de sobrevivir al tiempo, podría ser capaz de apreciar según qué alteraciones en el ambiente. La cuestión es —prosiguió tras

tomar una profunda inspiración, de seguro innecesaria; aquello no fue más que un efecto visual para su retorcido teatro— que quería que lo viera.

Lenore pestañeó acuciada por la curiosidad.

—¿Por qué? ¿Ha decidido colaborar en mi investigación permitiéndome averiguar cómo se alimenta?

Dariy ladeó la cabeza como si hubiera dicho algo tan adorable como ridículo. El movimiento no alteró ni un solo mechón de pelo negro, que le cubría los pómulos perfilados y los hombros como el pañuelo de seda de un caminante del desierto.

—He decidido concederme un motivo sólido para matarla —la corrigió cortésmente.

—¿Y este es el motivo que se le ha ocurrido? —replicó sin aliento —. ¡Nadie me creería si contara lo que he presenciado!

—¿Nadie creería a la inteligente hija de un médico renombrado, a la nieta de un barón?

—¿Frente a la defensa de un marqués y diplomático? Desde luego que no.

—Coincido con usted en que la palabra de una mujer conjura más suspiros exasperados que hechizos de hipnosis, pero de entre todas las damas, usted, por no ser extranjera, es la que más credibilidad tiene.

—Se equivoca —se defendió ella con rapidez—, sobre todo si piensa que he incentivado esa credibilidad entre los miembros de mi familia. Esto siempre será un secreto entre usted y yo, señor Vranitsky, y será un secreto porque contarlo supondría no solo su final, sino también el mío.

Saber que había captado la atención del marqués por segunda vez en la historia le produjo un orgullo indescriptible. Era una sensación similar a la de sorprender a su padre con un diagnóstico que, sí, a él se le había ocurrido antes, pero solo tras una larga reflexión, mientras que a ella apenas le había tomado un instante de inspiración.

—¿Por qué?

Lenore cogió aire y se amenazó con un terrible castigo si le temblaba la voz al responder. Consiguió mandar el mensaje alto y

claro, pero perdió el control de la barbilla y su corazón brincó en desacuerdo con el diagnóstico que nunca había querido aceptar.

—Porque nadie cree a una enferma mental.

Sostenerle la mirada le exigió una dosis de autodominio que no recordaba haber cultivado. No sabía qué esperaba que le respondiera él. No ahondaría en el asunto, pues era prudente, y, cuando no, una criatura desentendida del mundanal ruido. Pero tampoco insistiría en acabar con ella, porque él mismo había sentenciado que los locos poseían una lucidez sobrenatural.

Dariy se inclinó sobre su rostro como si lo necesitara para encontrar esa presunta locura. Lenore entreabrió los labios, asombrada por la calidez que irradiaba su piel. Había esperado el consabido escalofrío, el vértigo, y aunque fue víctima de este segundo, estuvo más relacionado con los nervios de una virgen que con el instinto de supervivencia.

—Ese ha sido históricamente el mayor defecto de la humanidad. —Su aliento ya no era una brisa gélida, el ritmo de una canción que tuviese que forzarse a seguir para no despertar suspicacias entre el público. Ahora respiraba de verdad—. Negarse a hablar con los únicos seres que ofrecen una conversación interesante. Encerrarlos para que se pudran, incluso.

—¿Y esos seres que tanto admira serían los locos?

—Ajá. ¿Por qué cree que pierdo el tiempo charlando con usted, si no?

Lenore exageró una mueca.

—No sé si pretende halagarme, consolarme o despreciarme al aceptar mi condición sin miramientos.

—La acepté en el preciso momento en que la conocí, señorita Nightingale. Vengo sabiendo desde hace tiempo que no suele permitir que el buen juicio, o el juicio a secas, obstaculice sus dudosos propósitos.

—Creo que esa es la definición del estúpido, no del loco.

—Estoy convencido de que también la he llamado estúpida en alguna ocasión.

—Le veo de un humor excelente esta noche, señor Vranitsky.

En la media sonrisa que debió de inspirarle la ironía, Lenore no vio

a la criatura aplastada bajo la apatía de la repetición; no vio esos siglos y siglos faltos de esperanza, sino un reflejo de su propia locura.

De pronto estaba despierto.

Vivo.

—Vengo de cenar —se limitó a contestar con un encogimiento de hombros—, y da la casualidad de que me han servido mi comida preferida. ¿Cuál es la suya?

—Los bollitos de Sally Lunn —respondió sin pensar—. Los que tienen azúcar perlado, no frutas.

Él abrió los ojos.

—Una opción dulce —meditó, pensativo—. No deja de sorprenderme, Lenore.

—¿Qué esperaba?

—Algo venenoso.

Dicho aquello, y muy consciente de la agitación que causaba en ella, dio media vuelta y abandonó el aseo por la puerta principal. Él no le había dirigido ninguna orden, pero no tardó en seguirlo como si estuviera hipnotizada.

Y quién decía que no lo estuviera. Si podía presentir «alteraciones en el ambiente», como que alguien lo mirara de lejos, ¿no podría también conjurar hechizos? De entre toda la literatura asimilada, solo se explicitaba a través del vampiro Varney que su especie podía establecer control mental, paralizar con la mirada e inducir trances. ¿Hasta qué punto formaba parte la magia de la idiosincrasia del *homo immortalis*?

Pensaba en ello cuando chocó contra la espalda del propio Dariy a las puertas del burdel.

Él la miró por encima del hombro.

—Supongo que no ha tenido la imprudencia de tomar prestado el carruaje del barón y ha optado por un coche de punto.

—¿Lo supone o lo sabe?

Dariy sonrió para su coleto y retomó la marcha, bien agarrado a su bastón.

—Venga conmigo. Todos estos siglos me han enseñado que es

peligroso que una joven pulule por estos barrios a altas horas de la madrugada.

Ella no se lo pensó dos veces y salió con el pecho henchido de emoción.

La criatura había dejado su precioso corcel en manos del propietario de una empresa de coches de alquiler. Estaba segura de que le recomendaría que pidiera uno prestado para volver por donde había venido, pero, para su sorpresa, Dariy tomó las riendas después de arrojar un par de monedas doradas al aire y la instó a montar con una ceja enarcada.

—¿Su caballo también está muerto? —soltó sin pensar.

Dariy equilibró la expresión levantando la otra ceja.

—¿Eso es lo que quiere preguntar? —Acarició el lomo plateado de la bestia un instante. Luego acercó la mano al morro y, a fin de matarla de expectación, tardó en decir—: A mí me parece que respira.

—Usted también respira a veces.

—Será para olerla mejor —la provocó con sorna. No estaba habituada a ese ánimo suyo, pero debía reconocer que le fascinaba —. El cuento de *Caperucita Roja* lo habrá leído, ¿no? ¿O solo le interesan los que protagoniza un monstruo sin corazón?

Le tendió la mano enguantada para ayudarla a subir. Lenore se percató de que su equilibrio se había vuelto precario nada más colocar un pie en el estribo. Agradeció el apoyo de Dariy con las mejillas sonrojadas. Sus dedos eran largos y finos como los de un pianista con recorrido.

Parecía que no era ajena a la caballerosidad, después de todo, o no a aquella tan siniestra y por eso perturbadoramente atractiva.

En cuanto estuvo montada a lomos del caballo, lo miró a los ojos.

—También quería preguntarle si sus manos siempre están frías —reconoció en voz baja.

Él le sostuvo la mirada con un brillo especial.

—Depende de dónde las ponga.

Lenore tragó saliva.

—Sé que mencionar partes del cuerpo en presencia de un hombre es una picardía indecorosa, pero... las manos son mi parte favorita.

Amaba las de mi padre. Por su paciencia y su destreza. Antes de pasar las páginas de un libro, prodigaba una caricia vertical de una esquina a otra con la yema del dedo corazón. Sabía que era él quien estaba leyendo por cómo sonaba.

»También podía dedicar horas a limpiar el instrumental quirúrgico. Nunca llegué a verle practicando más de una incisión; las mujeres estamos prohibidas en espacios médicos en general, pero sobre todo durante operaciones de gran complejidad y riesgo, y... —El corazón se le agitó al comprender que había arrancado a hablar porque estaba nerviosa. El asombro fue tal que se le pasó el ataque verborrágico y pudo mirarlo con los ojos muy abiertos—. Oh. Parece que puedo desenvolverme naturalmente con una criatura nostálgica y herida, pero no con un galán vitalista... o lo que quiera que sea esto en lo que se convierte tras sus banquetes.

—Me estaba interesando su disertación sobre las manos. Imagino que llegaría a alguna parte —la apremió con suavidad.

—Supongo que solo quería manifestar mi admiración —reconoció con humildad, sosteniendo aún los dedos de Dariy entre los suyos—. Sus manos han debido de tocar tesoros y mujeres que ahora serán polvo. Son divinas en algún sentido.

—O una condena de muerte —sugirió—. Todo lo que tocan morirá.

—Pero eso no es culpa suya —murmuró ella—. En cualquier caso, sería su tragedia.

La expresión socarrona de Dariy se tornó casi solemne. Para mirar largamente a Lenore tuvo que echar la cabeza hacia atrás, una postura que le despejaba el cabello del rostro y por eso mismo le favorecía.

Siendo blanco de su interés sintió que el pecho le apretaba, se encogía y después se expandía, como si su corazón diera a luz. ¿El qué? No lo sabía.

Dariy rompió el momento de complicidad montándose en el caballo de un salto. Al cabo de un rato, el animal había emprendido la marcha guiado por nada más que su instinto: el marqués no daba órdenes ni utilizaba las riendas para encaminar el sentido. Solo se erguía, Lenore apostaba a que flamante y orgulloso, a espaldas de

ella. Eso bastaba para que los animales y la naturaleza se doblaran ante su voluntad.

—El chófer de esta noche me mencionó que los Akhal-Teke son caballos difíciles de adquirir —dijo Lenore con la vista clavada al frente.

No necesitaba mirar por encima del hombro para sentir a Dariy, que esa noche fría era un foco de calor.

—Es cierto. Se lo compré al jefe de la tribu Tekke.

—¿La tribu Tekke?

—Natural de Turkmenistán. Disculpe —se corrigió con brío—, creo que me he equivocado. Me parece que hoy día la región no se llama así y se define como «un pueblo turcomano» a secas. Si no recuerdo mal, se adhirieron al Imperio ruso hace unos años.

—¿Si no recuerda mal? ¿No está al tanto de todas las guerras y estrategias políticas ocurridas?

—Hay otras parcelas del saber que me interesan más, la mayoría optimistas.

—No le consideraría un hombre optimista.

—No debería considerarme un hombre, empezando por ahí. Pero sí, puede que tildarme de optimista no sea del todo preciso. La cuestión es que, si tengo que elegir una materia para empaparme de conocimiento, esa no sería el constante, repetitivo y por eso mismo tedioso conflicto geopolítico.

—¿Por qué elegir una materia cuando se tiene todo el tiempo del mundo?

—Precisamente porque se tiene todo el tiempo del mundo. Los mortales manifiestan una urgencia desesperada por conocer y experimentar solo porque se les acaba el tiempo; cuando no existe esa prisa, puedes volverte quisquilloso. Ya lo hablamos una vez, señorita Nightingale... —Lenore entreabrió los labios al notar el roce de la boca de Dariy en el lóbulo de la oreja—. Lo que da valor a la vida y todo lo que hay en ella es la muerte respirándote en la nuca.

Le habría gustado contradecirle, pero él interrumpió cualquier intento por naturalizar la situación colocándole un mechón detrás de la oreja. El viento había estado azotándole la melena con suavidad y la había despeinado.

¿Qué pensaría de ellos quien los viera? A esas horas de la noche, su público impresionable estaría compuesto de maleantes, vagabundos y mujeres de vida alegre, grupos sociales de cuya opinión no merecería la pena preocuparse de cara a la conservación de su buena imagen. Pero Lenore se imaginaba la escena de una joven con el cabello suelto montada a lomos de un Pegaso sin alas y escoltada por un príncipe tenebroso y se estremecía de placer.

Incluso Isobel se estremecería de placer, pensó con regocijo.

—He podido observar que su temperatura corporal y su ánimo han mejorado significativamente —retomó Lenore. Era muy consciente de su nerviosismo, y aunque no sentía que tuviera que fingir ante él, deseaba ponerle remedio—. Usted mismo ha señalado que se debe a su cita con Felicity. ¿Es ese el efecto que la sangre humana tiene en el *homo immortalis*? ¿Diría que es similar al del opio en un hombre de carne y hueso?

—No —contestó tras un instante de meditación—. En todo caso se parecería más al efecto de un beso de amor verdadero.

Lenore tardó en sobreponerse al giro de guion.

—¿Se está burlando de mí?

—No osaría atacar su susceptibilidad a sabiendas de que estaría arriesgando mi seguridad. Dicen que el carácter impredecible de los locos los torna peligrosos.

Para su sorpresa, Lenore soltó una carcajada.

—Nunca he sido una loca peligrosa.

Presintió un guiño jovial en su réplica:

—Permítame ponerlo en duda.

—Convengamos, entonces, en que solo soy peligrosa para mí.

—Permítame seguir poniéndolo en duda —insistió más despacio.

Ella se repuso del flirteo carraspeando.

—Me temo, señor Vranitsky, que no he recibido un beso de amor verdadero para entender su comparativa. ¿Cómo lo describiría?

—¿Un beso? Como una razón para vivir.

Lenore agachó la vista con un rastro de sonrisa todavía acariciándole los labios.

Cabalgaron en silencio mientras ella asimilaba lo que acababa de decir.

Si un beso de amor verdadero era una razón para vivir, entonces podía explicarse fácilmente, y sin recurrir a experimentos científicos o diagnósticos, por qué le había costado un infierno reponerse de su diagnóstico de melancolía: nunca había recibido la caricia de un hombre que la amara, y ni mucho menos de uno al que ella amase.

Siempre había sabido que el origen de su desdicha existencial provenía de una carencia, pero había dado por hecho que esa carencia era del tipo intelectual y que provenía de la impotencia de no poder solucionarla.

Tal vez hubiera estado equivocada. Lo curioso era que no habría aceptado que nadie a excepción de la vivísima encarnación de la eternidad le hubiera señalado su error.

Descubrió entonces que solo adoptaría como ciertos y propios los dogmas de fe de Dariy Vranitsky. Le creía porque era una fuente de sabiduría inagotable, pero también porque era una criatura solitaria e incomprendida como solitaria e incomprendida era ella. Apostaba por que Dariy había sido amado antes por mujeres impresionables, por mujeres cultas, por mujeres intelectuales, por mujeres sencillas, y, sin embargo, los sentimientos de sus pretendientas habrían nacido de la compasión distante que se sentía hacia aquello que en el fondo se admiraba demasiado para otorgarle una dimensión realista. Lenore sabía lo que era ser apreciada por el concepto que encarnaba —una hermana, una hija, una amiga; hermana, hija y amiga que había sufrido más allá de lo humanamente soportable—, pero no vista y respetada por lo ajeno al parentesco.

Nadie la quería por ser curiosa, impertinente y soñadora. La querían a pesar de ello.

Y ella debía mostrarse agradecida.

Habría jurado que tampoco nadie había querido a Dariy por su sabiduría antediluviana, su bella nostalgia y su letalidad, rasgos inherentes a su condición. Lo habrían querido a pesar de beber sangre, a pesar de habitar las sombras, incluso si esta era su primera naturaleza, lo que debería haberse contemplado antes de atreverse a perturbar su descanso. Podía ver esto en el modo en que hablaba, en su renuncia total a la compañía: no quería que lo siguieran acostumbrando a un amor construido en las nubes de la

fantasía que en realidad condenaba todo lo que era y que sobrevivía solo gracias a la romantización de su unicidad.

Dariy rompió el silencio cuando ya estaban a punto de llegar a Hampstead Heath.

—Me demuestra que no me equivoco al decir que los lunáticos poseen el don de la clarividencia. Su mente no funciona en un sentido único y eso le permite reflexionar en profundidad.

—¿Ha leído mis pensamientos? —se asombró ella, aunque no tanto como debería haberlo hecho—. ¿Posee ese don?

—No puedo leerlos como quien disfruta de una novela. Las palabras que conjuga para sus adentros no bailan ante mis ojos. Pero digamos que mi intuición es muy fina, y tiene un corazón que grita.

—Espero que no le haya dejado sordo. ¿Tiene algún otro talento oculto que deba conocer?

Dariy aguardó a haber desmontado del caballo y a haberle tendido la mano para contestar.

A Lenore le dolió poner los pies sobre la tierra. Era el primer signo de la inminencia de su despedida.

—Tanto como deber, no debe conocer nada.

—Pero ha decidido volver a perdonarme la vida, ¿me equivoco? Eso significa que va a prestarse a satisfacer mi curiosidad.

—Podría decirse.

—¿Podría decirse?

Dariy inspiró hondo con teatralidad.

—Le sorprenderá saber que la única responsabilidad con la que los humanos llegan a este mundo es la misma que tiene el... *homo immortalis*, o eso he podido concluir después de todos estos años.

—¿Y cuál sería?

—Conocerse a uno mismo con la mayor profundidad posible. Yo todavía ando en el proceso de desentrañarme, pero en su día averigüé que mi existencia fue concebida para permanecer a resguardo del conocimiento popular; de ahí que se me concedieran los dones necesarios para garantizar mi seguridad.

Lenore puso los brazos en jarras.

—¿Se refiere al don de la estrangulación? Ese también podría

tenerlo yo si Dios me hubiera dado unas manos más grandes.

Él le reconoció la cómica salida tirando de la comisura del labio hacia arriba.

—El don de la hipnosis, si es que quiere llamarlo de algún modo. —A Dariy no le pasó desapercibido que Lenore tragaba saliva y se la quedó mirando con los párpados entornados—. Veo que sabe de qué hablo. Es infrecuente que una jovencita haya oído hablar de estas... avanzadas técnicas, pero no sé de qué me sorprendo a estas alturas —agregó con oscuro sentido del humor.

—Fui sometida a un experimento de esa índole. Permítame ahorrarle el tiempo y la decepción adelantándole que no funcionó.

—Y a Dios damos gracias por ello, ¿no es eso lo que dicen los cristianos? —replicó con pasión y los ojos encendidos—. Mi don de hipnosis poco se parece a lo que quiera que recurrieran para tratar de curarla —continuó sin un ápice de escrúpulo. Lenore no podía dejar de fascinarse con el hecho de que su cruda confesión le hubiera sido indiferente, de que no prestara más atención a su pasado clínico de lo que valoraba su sagacidad—. Es más bien una forma poética de llamar al ritual de compromiso.

—Ritual de compromiso. Ni siquiera me ha sacado a bailar ¿y ya me exige lealtad eterna, señor Vranitsky?

Las líneas duras de Dariy se suavizaron por efecto de un ramalazo de ternura, una emoción —¿o sentimiento?— que parecía pintada o superpuesta en un ser en teoría incapaz de sentirla.

Por desgracia, fue enseguida corrompida por la solemnidad que requería su explicación.

—Se habrá percatado de que mi sola naturaleza ejerce una poderosa fuerza de atracción sobre los mortales. No se debe a que posea un aura mágica o se me puedan atribuir los encantos de las sirenas. La clave de mi poder reside en una cuestión más sencilla: la muerte es el único misterio indescifrable al que todos los individuos sin excepción han de enfrentarse, y es la corazonada de que a través de mí podrán descubrirla lo que les persuade de acercarse.

—Imagino que entenderá este otro privilegio como una condena. Siendo una criatura solitaria y que prefiere no entretenerse con

banalidades, le resultará irritante tener que ahuyentar a sus perseguidores.

—Es inusual que un humano me persiga, señorita Nightingale. Por la muerte se siente una curiosidad temerosa, no la fascinación que usted airea, y todos los que muerden el anzuelo terminan huyendo acuciados por el instinto de supervivencia. No me he topado con demasiadas mujeres ansiosas por mi atención. —Hizo una pausa para estirar el cuello y mirarla de hito en hito—. Solo en una ocasión, si le soy franco. Pero basta con que se me hayan acercado para comprometer su voluntad de manera que nunca jamás hagan nada en contra de mis deseos.

—¿Quiere decir que existe un rito que le permite convencer a los demás de obedecerle?

—Así es. La voluntad del sujeto queda subordinada a la mía de por vida. No significa que no pueda pensar con claridad o abandone sus propósitos personales. Mi existencia no interfiere en la suya a no ser que pretenda perjudicarme. En resumen, digamos que herirme le será física, mental y emocionalmente imposible.

Lenore se humedeció el labio superior con la punta de la lengua. En lo que tardó en resumir las insinuaciones de Dariy, solo se oyó el rumor de la brisa, el ajado crujir de los árboles que los resguardaban proyectando una sombra sobre la sombra de la noche.

—Va a imponerme que me someta al ritual, ¿verdad? Es la alternativa a morir —susurró quedamente. Él solo la miró en silencio —. ¿Me dolerá?

—Hoy no. Pero algún día.

Lenore no fingió que había entendido el acertijo, pero tampoco indagó.

No era eso lo que quería saber.

—Una vez mi voluntad quede sujeta a la suya, podrá hablarme sin tapujos sobre todos sus secretos. No habrá ninguno que escape al... hechizo, ¿verdad? —Esperó a que asintiera—. En ese caso, prométame que lo hará. Que me dirá quién es.

—Podría prometérselo, pero no tiene ninguna garantía de que vaya a cumplirlo.

—Tampoco tengo ninguna garantía de que no vaya a matarme

ahora mismo.

—¿Prefiere la muerte a la dulce ignorancia?

—La muerte es una certeza, y son certezas lo que busco.

Se reservó, no obstante, que perecer a manos de un ser único se le antojaba una forma bella y especial de abandonar el mundo; una de la que su padre estaría orgulloso. No solo porque estaría siguiendo sus pasos, sino porque habría vivido hasta el último segundo con los pies bien plantados en sus determinaciones.

Lenore no tuvo que preguntarle si pensaba llevar a cabo el rito allí y entonces. Esa supuesta corazonada que atraía a los mortales al precipicio, o solo a ella en concreto, ardió en su pecho advirtiéndola de que se acercaba un momento crucial: fue el mismo presentimiento que la avisó de la presencia del *non mori* en el cementerio e incluso antes, la noche que Gulliver cerró los ojos para siempre.

Lenore se agarró con fuerza al escote del vestido y cerró los suyos. No sintió miedo, sino un agradable aturdimiento, como cuando se quedaba dormida en el jardín los raros días que el sol se asomaba por Londres. Sus sentidos se afinaron con la ingenua pretensión de apreciarlo todo, si bien ya sabía que los pasos de Dariy no hacían ruido y tenía domadas las energías para que no interfirieran en su misterio.

Aun así, Lenore estuvo segura de que él se había acercado e inclinado sobre ella porque esa insólita calidez invernal que ahora lo envolvía le acarició la piel. Sin abrir los ojos, se desabrochó los botones que cerraban el vestido a la altura del cuello y alzó la cabeza para facilitarle el acceso a la vena.

Porque tenía que haber probado la vena de Felicity, la vena más vital y también erótica.

Sabía cómo dolían los mordiscos porque el viejo perro de su padre, Tales, le clavó los caninos en el brazo antes de morir: un carruaje tirado por cuatro corceles lo había atropellado y a ella no se le ocurrió que el animal preferiría una muerte solitaria a que lo vieran vulnerable. La niña Noor fue a socorrerlo y recibió como agradecimiento una llamativa cicatriz. Todavía recordaba el asombro inicial al no poder comparar la presión de las fauces con un dolor

previamente experimentado, y cómo este se ramificó en un escalofrío generalizado que la dejó tiritando.

Pero no hubo mordisco esta vez. No hubo presión a manos de Dariy. No hubo escalofrío.

Lenore sintió en su lugar el empuje de una fuerza que, de no haber estado prudentemente contenida, podría haberla matado: la de los labios de Dariy abatiéndose sobre los suyos como si quisiera asustarla o castigarla por haberle ofrecido la parte del cuerpo equivocada. Esa agresividad resultó ser solo una voluntariosa iniciativa, porque en cuanto Lenore juntó los labios para devolverle el beso, su boca se tornó suave y delicada.

No estaba escarchada como se le había ocurrido pensar cuando, aburrida por las tardes, se le iba el santo al cielo y se concedía el placer de una fantasía. Pero, aunque no supo qué hacer con ese arrebato inesperado —inesperado era también su calor; que quemase, incluso—, se arrojó a su fuego sin miramientos.

Quiso abrir los ojos para ver qué aspecto tenía el *homo immortalis* cuando cedía a un instinto tan humano, si es que era un instinto y no un juego calculado, pero no pudo. La enfureció ser, al final, tan mundana como cualquier otra, porque cualquier otra habría temblado de esa manera, cualquier otra se habría plegado a su voluntad y a su pecho aprovechando la oportunidad, cualquier otra habría suspirado, entrecortada, y se habría entregado al deseo antes que a la investigación.

Ni siquiera pudo preguntarse si una criatura con milenios de antigüedad percibiría en ella la falta de experiencia. En ese momento solo obtuvo respuestas.

Aun sospechando que podría estar excediéndose, Lenore llevó las manos a sus hombros y luego a su cabello. Enredó los dedos en las hebras de seda y le retiró los mechones que siempre proyectaban sombras en sus pómulos para seguir besándolo sin interrupciones. Él no solo no se opuso, sino que descansó la palma abierta sobre las clavículas femeninas, apoyando deliberadamente la yema del pulgar en el punto de la garganta donde latía su pulso. Con la otra mano recorrió la longitud de su melena suelta, que muy convenientemente terminaba sobre el coxis; ahí donde asimismo terminó la caricia de

sus dedos, que le rozaron la espalda como las aletas de un pez bajo el agua.

Aquel contacto, aun ínfimo, produjo un estallido en sus adentros que la despojó del poco autocontrol que le quedaba. Se aferró a él con tal fervor que solo se le ocurrió perdonarse la indecorosa osadía aludiendo al rito: desde luego que había tenido que hechizarla para que se comportara así.

Dariy debió percibir en su agarre el indicio de posesividad, pero no se apartó ni se espantó. En su lugar se centró en domesticar sus ansias conduciendo el violento devenir del beso, que al principio parecía inevitable, por rutas más seguras. La convenció de ralentizar el ritmo con persuasivas caricias, y ella misma se fue poco a poco apaciguando, mecida por su pericia, hasta que él se retiró con gentileza.

La oscuridad le impidió ver algo distinto de sus ojos. Ese destello rojizo, intensificado quizá por la pasión, la hizo pensar en una noche gobernada por licántropos.

—Entiendo por qué este sería el rito. Es imposible que una mujer lo bese y, por cínica o incrédula que sea, no regrese tras la experiencia creyendo hasta en los cuentos de hadas —murmuró ella de forma atropellada. No había querido apartar la mano de su pelo; tampoco de su rostro de luz de luna—. Sus ojos no se parecen a nada que exista, y eso solo puede significar que es porque no existe usted del todo.

Tuvo la sospecha de una sonrisa y obtuvo su confirmación cuando el brillo de sus dientes emergió de las sombras. No era una sonrisa dulce, por desgracia, pero era algo mejor: era una sonrisa suya.

—Conque una romántica. Me he equivocado contigo, ¿verdad, Lenore? —preguntó con voz queda. El corazón le dio un brinco al volver a oír su nombre. No sabía cuánto echaba de menos su trato directo hasta que volvía a oírlo—. No es el interés hacia la muerte lo que te trajo a mí, sino un presentimiento sobre el otro gran misterio humano. Uno no menos peligroso.

—¿Qué misterio sería ese? ¿Se puede amenazar a alguien con algo peor que la muerte?

Sintió que él se alejaba hacia el caballo. No oyó sus pasos ni el

ondear de la capa, pero sí el tintineo de las riendas, los cascos del animal pisoteando la grava.

Aún estaba recuperándose cuando él le regaló el cumplido más excéntrico que oiría jamás.

—A alguien no lo sé —le pareció que le susurraba el viento, de tan lejos que estaba—. A ti empiezo a pensar que sí.

CAPÍTULO 12

—¿De nuevo revisando el caso de los asesinatos de Whitechapel?

Edward levantó la vista hacia su superior inmediato. Tuvo que parpadear detrás de las gafas para aclarar la mirada, perjudicada a pesar de que el reloj no había dado aún las once de la mañana.

Cualquier otro miembro de la comisaría se habría sonrojado con el razonable toque de atención. No era responsabilidad del inspector adjunto mantener viva la preocupación por el temible asesino, ni siquiera en la división H., donde se recogían algunos de los informes más sensibles de la tragedia.

Pero Edward se había tomado tantas y tan variadas libertades en los pocos años que llevaba sirviendo con fidelidad a Scotland Yard que el tono del inspector jefe había sonado invariablemente jocoso.

Incluso le había parecido oír una nota de ternura.

—La poca información que aún no se ha filtrado en la prensa —confirmó Edward con desahogo. Levantó el taco de papeles que había estado revisando con ojo analítico y lo sacudió de manera informal—. Macnaghten baraja la posibilidad de que el asesino fuera Montague John Druitt. Si le soy sincero, es una sospecha que podría cobrar fuerza entre el vulgo si se diesen a conocer sus argumentos. El tipo no tiene un pelo de tonto.

El inspector jefe, de nombre Donovan Mandeville, arqueó las pobladas cejas con una mezcla de curiosidad y dulce condescendencia. Apoyó la mano sobre el escritorio de Edward y se inclinó para ojear el material que él mismo debía de haber repasado unos días antes.

Melville Macnaghten era, además de uno de los pocos altos cargos del CID que aún no asumían la humillante derrota en lo que al

Destripador respectaba, un amigo cercano del alto mando de la comisaría.

—¿Pero?

Edward se reclinó en el asiento para estirar las piernas y suspiró.

—No creo que el asesino fuera un hombre mentalmente inestable, señor.

Mandeville no tardó en denotar su escepticismo con la teatralidad que le era propia.

—¿No cree que haya que estar loco o enfermo para mutilar a mujeres inocentes?

—Creo que hay que ser vil —corrigió—, y la vileza no tiene por qué ser el síntoma o la causa de un desequilibrio mental.

—¿Y de qué podría ser síntoma o causa?

—Por lo que vengo observando desde que trabajo aquí... De la necesidad, la venganza o incluso de algo tan inocente como el aburrimiento. Nunca de la locura.

Mandeville se lo quedó mirando. Hacía aún equilibrismos entre el afecto hacia su subordinado, con el que se había corrido juergas impropias de un hombre —no se sabía si felizmente— casado, y la comprensible suspicacia. A fin de cuentas, las opiniones de Edward no acostumbraban a converger con las de sus compañeros o superiores. Esto le había valido un ascenso meteórico en el cuerpo de la policía metropolitana, pero también le había costado acaloradas discusiones y el recelo del resto del cuerpo.

—Usted y su fibra sensible, Whishaw —comentó de buen humor—. Algún día tendrá que contarme de dónde le viene esa curiosa inclinación por entender y respetar a los tarados.

Sintió el deseo de contradecirle en defensa de los que acusaba de infraseres, pero acabó por restarle hierro al asunto.

—Será que soy un muy buen cristiano.

El inspector jefe soltó una carcajada e instintivamente se llevó la mano a la curvatura del estómago, indicio de la vejez a la que se encaminaba. Veinte años en Scotland Yard le habían servido para lucir a los cuarenta y cinco un físico imponente que iba a juego con el ánimo juvenil. Más pronto que tarde, no obstante, la edad le alcanzaría y caería sobre él con todo su peso.

Para entonces, Edward estaría encantado de ocupar su puesto. Y era ocupar y no usurpar solo porque el fulano le había invitado a más brandis de los que nunca podría pagar.

—O que no ha tratado con tantos tarados como yo —replicó, y le quitó el folio que había estado revisando para echarle un vistazo de cerca—. Le complacerá saber que hoy no pienso llevarle la contraria, Whishaw. Coincido en que la acusación de Druitt no se sostiene. No se le ha podido vincular a la última víctima y tampoco atribuirle una motivación. Sin móvil y sin relación con la joven, aunque sea indirecta, solo damos palos de ciego.

—Y yo, en lo personal, preferiría culpar a uno que siga vivo —admitió Edward con el labio superior arrugado—. Lo interesante de la justicia es que es práctica; si no podemos ejercerla, ¿de qué nos sirve encontrar al responsable?

—Y más cuando hablamos de este responsable —coincidió—. Medio Whitechapel desearía ver su cabeza en una estaca; la otra mitad preferiría presenciar su ahorcamiento en la plaza principal.

Edward cabeceó con aire distraído.

—Él se lo ha buscado.

Como venía siendo costumbre desde hacía casi diez años, y como cada vez que decía algo que sabía que no le gustaría un pelo, el gracioso ceño fruncido de Lenore acudió a su pensamiento.

Ya que a la joven no le interesaban tanto los finados como los que aún podían ser salvados, solo había debatido con ella el caso de Jack el Destripador en una ocasión. Esta polémica había bastado para que se reafirmara en que no existía ni existiría otra mujer sobre la Tierra capaz de retar su intelecto, así como Lenore había redescubierto una vez más que eran completamente incompatibles.

—¿Cómo puedes estar a favor de la pena de muerte? —le había terminado rugiendo ella en el punto más acalorado de la discusión.

Lo recordaba como si hubiera sucedido el día anterior, y eso que por entonces el doctor Nightingale aún vivía.

Edward les había hecho una visita aprovechando el pronóstico de tarde mediterránea, que por causas que se suponían de azar, pero él asociaba a un guiño divino, se había terminado cumpliendo.

Y es que ¿cómo no iba a hacer un calor veraniego? ¿Cómo no se

iban a alinear las fuerzas del universo? Iba a ver a Lenore.

Y Lenore llevaba —no osaría olvidarlo— un bonito vestido de algodón azul que le cubría los brazos hasta las muñecas. Todas las prendas que había mandado confeccionar a partir de los dieciséis años cubrían prudentemente las secuelas de la enfermedad.

—¿Cómo puedes estar tú a favor de que perversos engendros pululen por la ciudad que amas, a riesgo de que se lleven por delante a más de un inocente?

—¿Perversos engendros? ¡Es de seres humanos de lo que estás hablando! ¡Siguen siendo hombres y mujeres!

—En apariencia —había puntualizado él con desdén—. Si se miraran al espejo que Dorian Gray esconde en su ático, su reflejo les devolvería la misma imagen: la de un monstruo aterrador.

—¿Y qué imagen nos devolvería de nosotros si les pagáramos con la misma moneda? La ley del Talión se quedó en la era mesopotámica por un motivo.

—Sí, porque por desgracia los liberales llegaron al Parlamento —se había mofado.

Lenore entrecerró los ojos.

Adoraba sacarla de quicio.

—Ya he podido intuir que estás en contra de los derechos civiles que promueven. Es redundante que lo digas con todas sus letras.

—Estoy en contra de que los derechos civiles se interpongan en el camino de la justicia —la corrigió con exagerada insolencia.

Como resultado, lo esperable: Lenore se tensó y pronunció una de sus lapidarias sentencias con la barbilla erguida y su tonito de sabidilla.

—Como su propio nombre indica, la justicia tiene que ser justa, no punitiva. Si no, se llamaría «castigo».

—La justicia tiene que erradicar los problemas sociales. Jack el Destripador es un problema social. Imagina que escapara de la cárcel de Newgate, como lo consiguieron incluso algunos pícaros de intelecto considerablemente inferior; ¿resultado? Otra prostituta asesinada.

Lenore bufó y desvió la mirada como si ya no soportara ni verlo.

—No finjas que te preocupan las prostitutas.

—De acuerdo, no las he llorado, pero el sujeto ha demostrado una fijación malsana por las muchachas bonitas. ¿Y si saliera de prisión con un gusto más refinado y prefiriese practicar sus aficiones con las bellezas de muselina que habitan el West End? Podría herirte a ti —sugirió, y el solo planteamiento le crispó los nudillos—. Te aseguro que eso me importaría.

Lenore mantuvo la vista aparte para no responsabilizarse del furor con el que juró venganza.

—Ateniéndonos a su historial delictivo, nada apunta a que fuera a desarrollar un paladar exquisito. En cualquier caso, ni siquiera lo habéis encontrado, ¿y ya vas predispuesto a matarlo? ¿Y si te equivocaras y mandaras a la horca al hombre equivocado?

—Sería mala suerte —desdeñó él mirándose el borde de los dedos.

No le había pasado desapercibida la astucia de Lenore: había cambiado de tema para ahorrarse otra posible declaración de afecto. Que esta hubiera sido su reacción incluso habiendo sido él lo más prudente posible al halagar su atractivo le minó la moral, y estaba más que dispuesto a airear su indignación el resto de la tarde para hacérselo pagar.

—Mala suerte —repitió ella. Con el acicate de la rabia, se levantó del asiento y lo acusó—. ¡Tú no sueñas con hallar al responsable para hacer honor a la justicia! ¡Lo único que quieres es que se te atribuya el descubrimiento y ser debidamente laureado por tus superiores! ¡Ya te veo fantaseando en comisaría con que te transfieren a la Scotland Yard de Victoria Embankment montado en una carroza monumental mientras todo Londres te aplaude!

—Y acompañado de dos esclavos que me abaniquen con hojas de palmera, si no es mucho pedir.

Lenore le había fulminado con la mirada.

Sabía tan bien como él que bromeaba, pero, en el fondo, le gustaba tanto adoptar el papel de mojigata ofendida como a él sacarle el mal genio.

Por desgracia, no se equivocó. Nunca se equivocaba. Edward tenía una sed de reconocimiento público que sonrojaba. Si podía perdonárselo era porque la finalidad de acaparar todas las glorias del mundo no era otra que impresionar a sus seres queridos.

A Lenore sobre todo.

Lenore *sobre todos*.

Lamentablemente, al tiempo que se perdonaba la ambición desmedida, era incapaz de disculparse el defecto de iluso. Si la hazaña de impresionar a Lenore fuera plausible, ya tendría que haberlo conseguido años atrás: si no cuando se graduó *cum laude* en Oxford después de tres hacendosos años estudiando Derecho y consagrándose como el mejor deportista de los clubes de rugby, remo y boxeo, al menos después de que Mandeville, impresionado con sus credenciales universitarias y su sagacidad, lo ascendiera de constable a inspector adjunto tras diez meses de servicio.

Un halago de parte de Lenore después de oír esta lista de proezas había quedado descartado de entrada. Por supuesto, había recibido sus palabras de aliento durante períodos de exámenes en cartas que guardaba como oro en paño y le había aplaudido los sobresalientes, pero muy lejos de doblarse de admiración, se había dirigido a él como si conquistar el mundo y brillar por encima del resto no hubiera sido nada distinto de su única responsabilidad.

Y, sin embargo, así como Lenore era compleja —que no complicada—, complejos —pero sí complicados— eran sus sentimientos por ella.

Diciendo que solo se había sentido rechazado o decepcionado por la falta de entusiasmo de la muchacha estaría mintiendo. Debía reconocer que en el moderado orgullo que le había trasladado veía la advertencia de no caer en el conformismo, de no vanagloriarse en exceso, de seguir conquistando saberes y victorias, algo que le alentaba a seguir adelante.

Además de que, claro estaba, su actitud se sustentaba en la lógica irrefutable de su personalidad: si Lenore se hubiera confesado muerta de fascinación por él en algún sentido, habría dejado de ser Lenore. Porque ¿cómo iba a maravillarse con nada ni nadie la hija de uno de los mejores médicos de Londres? ¿Cómo iba a aplaudirle una mujer que había descendido a los infiernos y regresado con unos conocimientos arcanos que él, por débil y mundano, no podía ni concebir?

Por último, Lenore sabía que Edward no quería que lo adularan, y

fuera la joven consciente o no, le daba constantemente todo lo que él necesitaba.

Excepto a sí misma.

El rechazo o, mejor dicho, la resistencia de Lenore a entregarse le afectaba a un nivel especialmente profundo porque solo ella veía a través de él. No se limitaba a reconocer en exclusiva sus virtudes, error en el que caía su madre, ni, como era la costumbre de su padre, minimizaba sus victorias en aras de seguir alimentando la narrativa familiar de que era un completo inútil.

Lenore lo conocía en su imperfecto conjunto. Estaba al tanto de sus miedos y aspiraciones, así como de sus ardientes sentimientos y, aunque saltaba a la vista que lo apreciaba y lo aceptaba como nadie más, se negaba a elegirlo. Esta negación resultaba el doble de dolorosa que ninguna otra. Lo traía por la calle de la amargura.

El inspector jefe lo salvó de la autocompasión justo a tiempo.

—Entiendo que prefiera usted abstraerse con el caso Jack el Destripador, Whishaw, pero le recuerdo que el pueblo inglés le requiere despierto y comprometido con las labores más acuciantes. —Le señaló un archivo abierto, pero con un triste aire de abandono —. Podría empezar por destruir los informes que ya solo sirven para ocupar espacio.

Edward se rio de buena gana y asintió. Al inspector adjunto no le correspondían tareas de tan bajo calibre, pero siempre agradecía una pulla entre Mandeville y él. Era menester mantener relaciones sanas con sus superiores. No perdía de vista que el carisma había jugado a su favor en el debate interno sobre su ascenso.

Mandeville dio unos toquecitos de ánimo a la mesa y se retiró, siempre sonriente. Edward esperó a que se hubiera refugiado en su despacho para cambiar la expresión jovial por una sostenible a lo largo de la jornada y se encorvó sobre el escritorio para revisar los últimos informes de sus agentes.

No le había costado luchar para quedarse en la división H., a la que casualmente lo destinaron en el auge del caso del Destripador. En cuanto recibían un ascenso o se les brindaba la opción de trasladarse, la mayoría de los agentes escogían comisarías de barrios residenciales, como Marylebone o Wandsworth. No podía culparlos si

no soñaban con colgarse medallas al honor y lo único a lo que aspiraban era a una tranquila y longeva vida. En Whitechapel el índice de criminalidad había alcanzado cotas preocupantes mucho antes de la llegada del asesino en serie.

Aunque el revés de no encontrarlo había afectado a la reputación de Scotland Yard en general, eran los policías del East End en particular quienes se enfrentaban a las consecuencias durante sus patrullas. No obstante, la hostilidad hacia los agentes no era una novedad asociada con el Destripador. En el barrio de Spitalfields en concreto, los vecinos, que no necesariamente entraban en el rango de malandros según el canon estricto, percibían a los uniformados como sus enemigos ancestrales.

Y era una visión legítima. Edward tampoco sentía el menor aprecio por los violentos pandilleros y aficionados al delito fácil que se hacinaban en los rincones de Whitechapel y hacían un infierno de la vida de las familias humildes.

—Señor.

Edward no levantó la cabeza.

—¿Sí?

—Tiene una visita.

—Tómele declaración usted, Turner.

—Diría que la visita es personal.

Acuciado por un cosquilleo ilusionado, se giró a mirar al agente. No quiso preguntar de quién se trataba por si su expresión lo delataba al oír el nombre de Lenore.

Jamás había cometido la imprudencia de personarse en su casa, no tanto por los rumores que correrían por la ciudad —que le importarían entre cero y nada— como por la interpretación que él pudiera darle a su muestra de interés. Tampoco le había ido a ver a la mansión de la familia Whishaw, visita que sí habría estado justificada y no habría dado pie a habladurías. Pero no habría sido ni la primera ni la segunda vez que se presentaba en comisaría. Lenore sentía una pasión cuestionable por acudir sin invitación a todos los lugares en los que no solo no se la esperaba, sino de los que llegado el momento podrían largarla a patadas.

—En cuanto termine, Turner. Dígale que espere —le dijo en un

arrebato de orgullo.

Incluso si no le estuviera doliendo aún la huida de la semana anterior, no podía negar que le satisficiese hacerse de rogar ante Lenore. Era lo único que la había salvado —y la seguía salvando— de que Edward se declarase sin tapujos.

Observó que Turner no parecía impaciente por marcharse y enarcó una ceja.

—¿Ocurre algo?

El joven apretó los labios en un rictus contrariado. Apenas llevaba un par de meses trabajando en Whitechapel y se veía a leguas que era de la escuela de la vida tranquila y longeva: a fin de evitar las patrullas nocturnas, se entregaba en cuerpo y alma a escribir los informes más detallados de la historia de la comisaría. Estos méritos narrativos le habían valido la burla de sus compañeros, que en referencia a sus aspiraciones literarias y a su fama entre las prostitutas del barrio —no por cliente frecuente, sino por su atractivo — lo habían apodado lord Byron.

—No quiero que me acuse de meterme donde no me llaman, señor...

Edward dudaba, no obstante, que el verdadero lord Byron hubiera sufrido de tan acusada falta de elocuencia.

—Vaya al grano, Turner —le apremió con un aspaviento.

—Hace un par de noches, mientras cumplía la ronda de rigor por Whitechapel, me pareció ver a la señorita Nightingale.

Edward había estado dando toquecitos impacientes a la mesa con la base de la estilográfica. El comentario detuvo abruptamente el movimiento.

—¿Tiene idea de la gravedad de su acusación? —articuló al cabo de unos tensos segundos.

—Si me permite opinar, señor, no me resulta tan grave como el peligro que corrió y que podría seguir corriendo si sus paseos fueran frecuentes.

—La señorita Nightingale, dice. En Whitechapel. ¿De qué conoce usted a la susodicha, si puedo preguntar?

—Coincidí con ella durante una de sus visitas a comisaría, señor.

—¿Está seguro de que no la confunde con otra? ¿De que no la

confundió esa noche?

—No, señor. Es una mujer inolvidable.

Edward gruñó con resignada avenencia, si bien no parecía haberlo comentado en reconocimiento de su atractivo.

Guardó silencio unos segundos que agravaron la tensión. Turner podía tener aspiraciones literarias y denuncias de haraganería sobre el escritorio, pero era un hombre fiable. Y por encima de esto estaba la lógica aplastante: Lenore era perfectamente capaz de pasearse por Whitechapel bien entrada la noche.

Lenore era capaz de todo lo que arriesgara su integridad física.

No así su salud emocional, por otra parte.

—¿De qué hora estamos hablando?

—En torno a la una de la madrugada, señor.

Edward volvió a gruñir.

Por alguna razón, le vino a la cabeza su reciente interés por los *penny dreadfuls*. Conociéndola como la conocía, no le extrañaría que, a fin de hacerse una imagen completa del contexto, hubiese decidido hacer una excursión a los escenarios de los relatos.

Pero las historias sobre el vampiro Varney no se ambientaban en Whitechapel. Prácticamente ningún *penny dreadful* anterior a los asesinatos de Jack el Destripador, de hecho.

—¿Dónde?

—La vi pasar por la intersección entre Whitechapel Road y Commercial Street. Me pareció... —vaciló—. Me pareció que entraba en un burdel. Gulp's.

Edward se mordió la lengua para no gruñir en una tercera ocasión.

Tenía la mala fortuna de conocer tanto el burdel como a la señora Gulp. Muchas de las denuncias por agresión que había recogido en el archivo estaban ambientadas en aquel antro de perversiones.

—¿Por qué ha venido a informarme a mí?

—Es su prometida, ¿no? —El corazón le dio un vuelco al oírlo—. Al menos, tengo entendido que la pretende. He pensado que le preocuparían sus actividades nocturnas. En el caso de que no estuviese informado ya, claro está —añadió con prudencia—. Siento si le he importunado innecesariamente, señor.

Edward apoyó las manos en las rodillas, como si de pronto le

pesaran los hombros, y se levantó despacio. Procuró componer una expresión amable o al menos irreprochable al dirigirse a Turner.

—Ha hecho lo correcto. Si le puedo pedir un favor, no comparta esto con nadie, ¿de acuerdo? Incluso si está convencido de que fue a la señorita Nightingale a quien vio esa madrugada, el cansancio y la falta de visibilidad podrían haberle confundido, y esta información no es moco de pavo. Podría comprometer a la señorita si llegara a los oídos equivocados. Lo entiende, ¿verdad?

—Lo entiendo.

Edward esbozó una sonrisa encantadora.

—Muy bien, Turner. Vayamos ahora a recibir esa visita.

CAPÍTULO 13

Para Isobel, la belleza era el único consuelo que ofrecía la vida. Por eso no podía perdonarle su sobria funcionalidad al edificio que constituía la comisaría de Whitechapel. Le había decepcionado detenerse ante tres plantas de ladrillo rojo con la pintura desconchada y apenas dos ventanas embarrotadas. No se habían tomado siquiera la molestia de ornamentar la fachada salvo por el adorno del cartel de la comisaría, que pendía sobre la puerta junto al paradigmático farol azul.

«Así debe ser», supuso. Si el centro de denuncias y detenciones del barrio se erigiera como una obra culmen de la arquitectura en un barrio abandonado por Dios, podía figurarse de qué manera acabaría amaneciendo por cortesía de los gamberros del distrito.

Pese a la decepción inicial, la experiencia de prestar una visita a Edward seguía teniendo un valor morboso. Aquel no dejaba de ser el espacio privado donde se habían arrojado teorías y barajado sospechosos, con vistas no ya a localizar a Jack el Destripador, sino a resolver los casos más truculentos de la actualidad que poco o nada tenían que envidiarle al asesino preferido de la prensa.

A través de los ventanales percibió el movimiento de las oficinas y el tintineo de los grilletes. Sintió la tentación de asomarse y adivinar sin revelar su cuestionable interés el aspecto y los modales de un delincuente real. Gracias a las crónicas criminales y la novela de misterio, sus géneros literarios predilectos, podía imaginar que el perfil de felón variaba entre el de borracho empedernido y el de traficante de sexo, pero no lo confirmaría hasta que no tratara con alguno de manera superficial.

Muy lejos de intimidarla, la idea de alternar con un bandido la colmaba de curiosidad, como toda aquella forma de vida antagónica

a la suya. Pero si bien el mundo que evolucionaba al margen del West End se le antojaba un misterio irresistible, Isobel había tomado aprensivas precauciones de cara a su visita extraoficial: calzarse unas botas viejas, cubrirse el rostro con un velo negro y acudir en un carruaje custodiado por un fornido y armado lacayo además del cochero, una necesaria medida preventiva para remediar un posible atraco.

Las calles del East End no contaban ni con el magnífico sistema de alcantarillado del centro neurálgico de la capital ni mucho menos con sus empedrados. El olor era tan insoportable incluso a plena luz del día —a causa de los despojos de carne rancia y el orín acumulado durante la noche; del vertedero que era todo aquello, en definitiva— que tuvo que presionar el pañuelo de tela contra la nariz aun debajo de la mantilla de encaje.

Se cuidaría de mencionar los aspectos negativos de la ruta de patrullas una vez en el interior. Al final, y en palabras de su abuelo, «su buena suma le había costado inculcarle una educación como para que se la guardara para sí». Pero no entendía ni entendería nunca que Edward pudiera sentirse cómodo con la decadencia del ambiente. Le constaba que no había solicitado un cambio de adscripción porque en el distrito H. «se sentía como en casa».

«¿Como en casa, dices? —le daban ganas de replicar—. ¿Viviendo entre Lauriston Road y Victoria Park, uno de los barrios modernos más apreciados del este de Londres? ¿Cómo se supone que funciona eso?»

Reafirmó sus pensamientos, como también su mojigata indignación, al verlo emerger tan magnífico como siempre del edificio indigno de él. Insertado en semejante escenario de violencia y perversión, el inspector adjunto Edward Whishaw parecía un ángel extraviado en un pasaje apocalíptico.

Aunque el día se había levantado con malas pulgas, no existía lecho de nubes grises capaz de apagar o solo mermar el lustre del cabello ondulado que caía sobre su frente, prominente como la del altorrelieve de un soldado romano. Lo vio mirar a un lado y al otro en busca de la mujer que había tenido el coraje de visitarlo y de repente la invadieron unos nervios infantiles.

Acostumbrada a sofocar cualquier indicio de pasión, Isobel fabricó una sonrisa diplomática y alzó la mano amigablemente para atraer su atención.

El ceño preocupado de Edward se suavizó nada más verla.

Aunque en otros tiempos —aquellos en los que seguía jugando a escondidas con muñecas— esta dulzura suya habría bastado para alimentar la absurda fantasía de que la amaba en secreto y no encontraba el valor de declararse, ya no caía en la vieja trampa de la ensoñación. Con todo, la alegría de su amigo de la infancia al coincidir con ella era tan sincera que a menudo el rechazo asumido de Isobel se agrietaba.

—¡La adorable señora Bainbridge! —Los dos hoyuelos subrayaron una sonrisa luminosa. No consiguió, sin embargo, distraer con su encanto a Isobel, que tan bien le conocía. Había una inquietud reciente enturbiando su mirada—. ¿A qué se debe esta magnífica sorpresa? No se le habrá ocurrido venir sola por estos lares...

—He dejado a mi doncella en el carruaje. Es un tanto aprensiva, y confío en que no correré ningún peligro rodeada de agentes de la ley.

Edward la instó a adentrarse en la comisaría insinuando una caricia a la baja espalda.

Por supuesto, sus dedos no la rozaron en ningún momento.

—Me tendrás que disculpar el tratamiento formal en público —le dijo en voz baja—. Mis compañeros han adoptado la infame costumbre de bromear sobre mis presuntos *affaires* con toda mujer bella que entre por esta puerta, sea una denunciante o sea mi querida amiga Bells. Por la cuenta que nos trae a ambos, deberíamos ahorrarnos la asociación romántica, ¿no crees?

La sonrisa de Isobel no se tambaleó a pesar del habitual —y por eso desesperante— juego de darle una de cal y otra de arena, pero la punzada de decepción que acertaba de lleno en su orgullo femenino llegó con la acostumbrada puntualidad.

Edward no era consciente de que practicaba dicho juego, claro estaba. No sabía que catapultaba a Isobel al séptimo cielo cuando mencionaba su belleza, incluso si en el halago primaba el afecto fraterno sobre la reverencia de un fervoroso pretendiente, y que tras

recalcar su relación cuasifamiliar la mandaba a lamerse las heridas al hoyo de la compasión.

Ni lo sabría jamás mientras de ella dependiera.

—Me maravillan los mecanismos de tu intuición, Eddie. Venía a hablarte precisamente de unos «presuntos *affaires*».

La palabra tenía una sonoridad distinta cuando brotaba de labios femeninos. Edward se detuvo un segundo antes de entrar en su despacho y la miró entre expectante y confuso mientras le señalaba un asiento para ponerse cómoda.

Isobel procuró que no saltara a la vista su mórbido interés por absorber los detalles del interior de las oficinas, tan vivas y ajetreadas como había supuesto. Ni el mobiliario de madera oscura ni el embaldosado eran un colmo de elegancia decorativa, pero el aspecto rudimentario de los espacios masculinos, su iluminación amarillenta, le parecía del todo acogedor.

O quizá su sensación de arropamiento fuera obra indirecta de Edward.

Apostaba más bien por lo segundo.

En tanto que se empapaba de las particularidades del rincón donde él pasaba la mayor parte de su tiempo, la imaginación la traicionó pintándola en una realidad alternativa en la que fungía de esposa dedicada; llevándole unos dulces de elaboración propia o solo pasándose a saludar para desearle una feliz jornada. Tal vez hasta le robaría un beso que los mantendría a ambos a flote el resto de la mañana.

«Qué estupidez.»

A la espera de su testimonio, Edward permaneció de pie frente a ella con los brazos en jarras. Debía de haberlo importunado en el estudio de un caso, porque estaba en mangas de camisa y tenía el pelo revuelto, como siempre que se le resistía la solución de un problema.

Sus rizos presentaban ese aspecto cada una de las veces que se marchaba de casa tras ver a Lenore, y no podía decirse que la frustración del desamor lo desfavoreciera. Si acaso lo volvía aún más bello de un modo animal.

—¿*Affaires*? —repitió en voz baja, vacilante—. ¿Crees que tu

marido puede estar teniendo una aventura?

Isobel admiraba la capacidad de Edward para regular su temperamento según lo requiriese la coyuntura. La miraba ahora con la franqueza por delante, pero la hostilidad de un impulso justiciero luchaba por adueñarse de él; impulso que se sublimaría en una paliza si descubría que Percy la estaba humillando.

Ella esbozó una sonrisa que solo una joven esposa podría haber entendido y desvió la vista hacia su regazo, donde había descansado el ridículo y las dos manos.

«Si tiene una amante, déjame decirte que no cumple sus únicas obligaciones para con él, o de lo contrario mi marido no se pasaría el día persiguiendo la cola de mi falda.»

—Háblame con total sinceridad. —Moduló aún más la voz para evocar un ambiente que fomentara la confianza. Apoyó los nudillos sobre el escritorio repleto de papeles y se inclinó sobre su visita. No tanto como para justificar que a ella se le entrecortara el aliento, pero así fue—. No temas que vaya a matarlo con mis propias manos. Al fin y al cabo, todos morimos alguna vez. ¿Qué importa si es antes o después? —apostilló entre pizpireto y amenazador, como era su sello personal.

Isobel tragó saliva con la incomodidad de saberse en peligro, como cada rara ocasión en la que se quedaba a solas con él, y giró la cara para huir de su mirada directa.

No terminaba de decidir si le costaba más acercarse a Edward o resistir el deseo de hacerlo. Esta era una disyuntiva infernal que creyó que lograría arrancar de raíz desposando a Percival Bainbridge. Para su espanto, la atracción que la arrastraba hacia él no había hecho sino empeorar. Al final, ahora sabía lo que era un beso, una caricia; el cuerpo de un hombre grande y apasionado abatiéndose sobre ella, y este era un saber que pesaba en especial cuando se aliaba con el enamoramiento juvenil. Por más que intentaba mantener a raya sus pensamientos, con firmeza convencida de que la suya era una mente estrecha y carente de creatividad, la suma de las fantasías y la experiencia personal le sugería de manera constante escenarios eróticos con un hombre prohibido.

Prohibido desde todos los ángulos, se mirara por donde se mirase.

—¿Te encuentras bien, Bells? —le preguntó Edward en un tono ahora casi inaudible. La tomó de la barbilla para estudiar su visaje—. No duermes, ¿verdad? Dios me libre de acusar la única imperfección de una mujer bella, pero vuelves a estar pálida y ojerosa. ¿Han regresado las pesadillas?

Isobel lo miró a los ojos con la patética esperanza de atisbar, aunque fuese por obra de una ilusión óptica, el más levísimo indicio de deseo. Para su gran desgracia, los de Edward seguían estando libres de la tortura de la pasión y también seguían siendo increíblemente verdes; verdes como las salvajes vastedades de Hampstead Heath que Isobel había pasado toda la infancia contemplando desde la mansión de la baronía. Solía fantasear con que un hombre bueno aparecía montado a caballo por aquellas llanuras y se la llevaba muy lejos a empezar una nueva vida con sentido.

Más allá de los anhelos infantiles que Edward le desenterraba con su sola presencia, sintió la necesidad humana de compartir con quien también era su amigo un tormento personal.

Era cierto. Las pesadillas habían vuelto tras el fallecimiento de su padre, o más justo habría sido decir que solo le habían concedido una pequeña tregua después de la luna de miel para que se hiciera a la rutina de mujer casada.

—Ese no es el motivo que me trae hasta aquí...

—¿Muestran las imágenes de siempre?

Su genuina preocupación la hizo sentir halagada.

Nunca había tratado de compartir el contenido de sus sueños con Percy. Su marido le había restado importancia desde el primer día bajo la excusa de que él también las sufría de niño y era cuestión de tiempo que terminaran disipándose. «Y de mantenerse demasiado ocupado como para soñar. Solo sueña quien no está muerto de cansancio», solía añadir.

Este desinterés suyo no la frustraba. Le funcionaba. Isobel no quería convertir sus terrores nocturnos en un tema de conversación recurrente, en gran medida porque sabía que todo el mundo pondría el grito en el cielo de llegar a conocerse su contenido y su complejidad. Edward y Lenore eran los únicos a los que les había

confesado siendo aún niña que la perseguía una sombra difusa. Esa sombra difusa se había definido como la silueta de un hombre con el paso de los años: al tiempo que ella había ido creciendo, él se había ido haciendo más sólido. Más real. Más peligroso, a juzgar por el estado en el que amanecía.

Despertaba envuelta en sudores ardientes, con el corazón roto y tan excitada que debía aliviarse con urgencia.

—Sí —se limitó a contestar con las mejillas sonrojadas.

—¿Quieres hablarme de lo que sucede en tus sueños?

—¿Quieres tú que te hable de mis sueños? —contraatacó, desesperada por cambiar de tema—. Estamos en comisaría, Eddie. No me parece que sea el lugar adecuado para tratar las histerias de una mujer.

La expresión del inspector se endureció y se ablandó de nuevo con una diferencia de segundos, pero Isobel lo notó porque ella misma se tensó al diagnosticarse con desdén.

Las jóvenes más desahogadas de su entorno eran propensas a referirse de manera despectiva a temas tabú como aquel para hacer humor. Habían terminado por contagiarle la costumbre. O, más bien, Isobel se había adaptado a estas bromas habituales, llegando a traicionar su propia opinión y sensibilidad, para sentirse parte del grupo. Necesitaba esta sensación de normalidad por todo lo que su excéntrica familia y sus pesadillas la apartaban del mundo.

—Estoy preocupada por mi hermana y pensé que solo tú podrías entenderlo.

Edward se enderezó enseguida, llevándose consigo la mano que la había acariciado.

—¿Qué ocurre con Lenore?

Isobel ocultó una sonrisa contrita.

El truco había surtido efecto.

Se preguntó, no sin esa rabia que sentía injusta, si su hermana y Edward serían conscientes de sus rasgos comunes: bastaba mencionar los asuntos que eran de su respectivo interés para que todo lo demás se desvaneciera a su alrededor en una nube de polvo. Ambos eran obsesivos, solo que les perdían materias distintas. Ella vivía por la ciencia y él vivía por ella. Desde que lo conocía, solo le

había oído esa urgencia devota en la voz cuando la pequeña Nightingale entraba en la conversación.

—La noto distraída. Más de lo habitual, quiero decir. Tú la conoces. Sabes cómo es. Camina por el mundo sin que sus pies toquen el suelo y solo la curiosidad la arraiga. Albergo la sospecha de que es la curiosidad por algo misterioso y no necesariamente benigno para ella lo que ahora la abstrae. Mi abuelo me contó el otro día que se escapó sin advertir a nadie y regresó a altas horas de la noche. Theresa está preocupada porque la luz de su dormitorio permanece prendida a lo largo de la madrugada, y su doncella personal me ha dicho que volvió a desaparecer la otra noche.

—¿Estás en contacto con su doncella personal?

Se mordió el labio y agachó la mirada.

—Le pago unos honorarios aparte para que me informe del estado de Lenore en tanto que convenzo a Percy para mudarme un tiempo con los Loxley.

Aunque todavía le afectaba ver hasta qué punto Lenore le cambiaba el ánimo, Isobel buscó la mirada de Edward, ansiosa por la comprensión incondicional que solo obtenía de él. Ante todo necesitaba que alguien compartiera su inquietud. Su padre ya no estaba allí para hacerlo.

Como era de esperar, Edward se había aislado en una reflexión.

—¿Tienes alguna teoría en firme sobre ese algo misterioso?

—Al principio pensé que estaría relacionado con los *penny dreadfuls* y todas esas criaturas del folclore que protagonizan los cuentos, por las que ya sabes que ha desarrollado un interés sospechoso. Se ha empeñado en coleccionar los textos a costa de vaciar las arcas de mi abuelo y la doncella me ha anotado los títulos de algunas de sus últimas lecturas, la mayoría préstamos de la biblioteca municipal.

—Entonces ha encontrado una nueva obsesión. Considerando su historial, lo interpretaría más como una buena señal que como un signo de... recaída.

Le costaba tanto pronunciarlo como a ella pensarlo.

—Señor —interrumpió un joven agente. Isobel sí le prestó atención, pero Edward se quedó mirando a la joven casada como si

así pudiera descifrar la mente de la benjamina. No era la primera vez que la examinaba de hito en hito esperando así entender a Lenore —. Han encontrado un cuerpo en el norte del Támesis. En Tower Bridge.

—¿Ha avisado a Mandeville, Turner? —preguntó sin girarse.

—Sí, señor, pero me ha pedido que vaya usted en persona a pesar de la peculiaridad del caso. Ha mencionado algo sobre que tiene demasiado tiempo libre y le resultará ventajoso tomar el aire.

—Me sorprende que un hombre acostumbrado a levantar los cadáveres del Támesis opine que el aire de allí es ventajoso en lo más remoto. ¿Por qué se considera un caso peculiar que haya un muerto en el río, si se puede saber?

—La víctima es otra joven prostituta, señor.

Isobel y Edward se enderezaron a la vez, ambos por el mismo motivo.

Había tenido la suerte de seguir el caso de cerca gracias a la inmersión del inspector adjunto en los crímenes de Jack el Destripador. Por eso sabía que, aunque la prensa no había dado a conocer víctimas posteriores a los asesinatos ahora entendidos como canónicos —las cinco mujeres fallecidas a lo largo de 1888—, se habían tratado de atribuir crímenes de características similares al famoso felón.

Isobel se avergonzó de sentir un cosquilleo entusiasta con la noticia. Edward no ayudó a sofocarlo agarrando su abrigo y haciéndole un gesto con la cabeza para que lo acompañara.

—Venga conmigo, señora Bainbridge. Seguiré atendiendo sus hipótesis en el trayecto.

Aun pasmada por el indecente ofrecimiento, reaccionó tan rápido como se lo permitió la agilidad y salió en pos de él con el rostro cubierto. Ni el velo ni la postura abnegada de barbilla gacha impidieron que se percatara del modo en que la mayoría de los agentes la miraban, algunos con el disimulo que exigía el respeto hacia las dolientes y otros sin ápice de vergüenza, casi se diría que comprometidos con la dudosa justicia de hacerle saber su fascinación.

La ruta desde Leman Street hasta la zona en construcción de

Tower Bridge no cubría ni un kilómetro en línea recta. Al paso acelerado de un Edward espoleado por la morbosidad no demorarían ni quince minutos en arribar al escenario del crimen.

—Acostumbrada como está a malinterpretar mis motivaciones profesionales, Lenore me reprocharía mi espíritu competitivo y acusaría mi falta de sensibilidad si me oyera decir esto —comentó Edward mientras se abrochaba el abrigo con movimientos firmes—, pero celebro que este tipo de avisos le lleguen a Mandeville o a mí en última instancia y no se corra la voz en la comisaría.

—¿Porque suele cundir el pánico? —dedujo Isobel.

—Al revés —se lamentó con amargura—. La figura del asesino me suscita tanta curiosidad como a cualquiera, pero me temo que la razón que lo convierte en una celebridad no es su saña o su enigmática identidad, sino que su blanco son las mujeres vulnerables y bonitas. A lo largo de estos últimos tiempos he podido observar algunas reacciones y oír algunos comentarios perturbadores al respecto entre mis compañeros... —Calló de repente y la advirtió con una mirada de soslayo—. Confío en que esta información quedará entre los dos.

—Por supuesto.

Edward la sorprendió dirigiéndole una sonrisa divertida.

—Tú misma, sin ir muy lejos, estarás encantada de hacerme de escolta en el levantamiento del cadáver. No se me escapa que tienes un interés impropio de una dama en las tramas policíacas.

—Eso no es... —Le costó expresarse con la mirada cálida de Edward sobre ella—. Quiero decir...

—Al final va a resultar que hay algo de Lenore en ti: la debilidad por las incógnitas y el deseo de encontrarles respuesta —señaló él con orgullo. Isobel se infló y desinfló con el halago envenenado. Por supuesto que su único rasgo personal digno de admiración sería uno compartido, heredado o copiado de su hermana pequeña—. De ella estábamos hablando —retomó sin molestarse en disimular su prioridad—. Me decías que tu sospecha era la aparición de una nueva y quizá perniciosa afición.

—Sí. Y aunque temo que su repentino interés por lo sobrenatural o, al menos, lo ficticio se relacione de alguna manera con la muerte

de mi padre —se enorgulleció de mencionarlo sin que le temblara la voz—, intuyo que detrás hay una razón más humana..., que no menos preocupante.

—¿De qué se trata?

—La cabeza en las nubes, escapadas secretas, un humor exultante que la mantiene activa y curiosa... Creo que Lenore podría haberse enamorado.

Edward frenó en seco al final de Royal Mint Street. Isobel nunca olvidaría el modo en que la miró: como si la hubiera traicionado.

—Eso es imposible —atajó en tono perentorio.

«Ni te atrevas a insinuarlo», había dicho en realidad.

Ella exhaló una risa cansada.

—Puede que las mujeres no tengamos al alcance de la mano los grandes conocimientos filosóficos o científicos de los señores —empezó con humildad, pero con la cabeza alta—, pero es precisamente porque los asuntos del corazón se reservan a nuestra parcela que puedo hablar con plena potestad. Sé qué síntomas conlleva el enamoramiento porque yo misma los he experimentado. Lenore no está centrada en un misterioso empeño. Está soñando despierta y buscando desesperada una excusa para estar en determinados lugares a determinadas horas.

Edward no había dejado de sacudir la cabeza en negación.

—¿Y desde cuándo eso es insólito viniendo de ella? También se abstraía reflexionando sobre el diagnóstico del doctor Nightingale y se escabullía al hospital de Great Ormond Street con o sin permiso...

—Esto la apasiona de un modo distinto de la ciencia. De un modo muy parecido al que se apasionó con la muerte —puntualizó con el vello erizado—, con la diferencia de que potencia su pulsión de vida en lugar de truncarla.

—Tonterías. Lenore no es una mujer corriente —masculló entre dientes.

—Las reinas, las brujas y las diosas también se enamoran, Eddie.

—¡Al diablo con las reinas, las brujas y las diosas! ¡Una sensiblería femenina no postraría de rodillas a Lenore, Lenore entre todas las personas, así como así!

Parpadeó, perpleja.

—¿Una sensiblería femenina? Yerras al describir el amor como algo distinto de una iluminación sagrada.

Edward desestimó su argumento con un aspaviento impaciente.

—Lenore está por encima de eso. La obsesión con el primer amor es lo más mundano que Dios ha creado.

—¿Y por qué, si así es, atesoras tus afectos hacia ella como si fuera lo más precioso que posees? —contraatacó con virulencia. La lámina transparente que parecía separar a Edward del mundo y de sus interlocutores cuando pensaba en Lenore se disolvió; así de intenso fue su pasmo al verse confrontado, que le ancló de nuevo los pies a la tierra—. Entiendo tu mortificación, Eddie, no creas que no. Rehúsas aceptar que dentro de las capacidades de Lenore pueda estar la de amar del modo en que amamos el resto de los mortales, pues sabes que esto no la haría más accesible, sino que aumentaría el riesgo de que te arrebatasen tu oportunidad con ella... y lo que es peor: implicaría sacrificar el consuelo que hasta hoy te ha estado reconfortando, ese que reza que si no te ama es porque carece de la fibra de sensibilidad obligatoria para concebir el enamoramiento y no porque simplemente no eres el elegido.

Petrificado, Edward inspiró con brusquedad.

—Eso...

—La amas desde el preciso día en que la conociste, y lo sé porque yo estaba allí. Porque lo vi. Si de verdad te importa Lenore, si de verdad quieres cuidar de ella...

—Por supuesto que quiero —bramó, indignado.

—... es el momento de actuar. El barón Fellowes respetará el luto en la medida en que no afecte a sus intereses personales. Pretende casarla esta temporada y para ello organizará una reunión íntima, pero con un objetivo concreto la noche del sábado. Recibirás una invitación. Es preciso que la aproveches y expongas tus intenciones a la mayor brevedad.

Edward no reaccionó enseguida.

—¿Qué interés podrías tener en que me casara con Lenore? Quiero decir más allá de que entrara a formar parte de la familia, lo que supongo que te haría feliz.

Isobel reprimió una sonrisa resentida con su ingenuidad.

—Que la conoces —respondió con llaneza, y, por desgracia, no mentía. Todavía la asombraban las multitudes que podía contener una sola persona, en este caso ella: unos celos enfermizos a la par que una ilusión lo contrario a egoísta por salvar a su hermana a través de Edward—. Sabes que ha estado enferma. Sabes que podría volver a estarlo. Sabes que es frágil, una soñadora rebelde y que sus ambiciones y deseos más íntimos suponen un peligro para sí misma. Sabes, también, que nada de eso te impide amarla. ¿Te imaginas lo que podría ser de ella si acabara desposando a un hombre carente de sensibilidad, intransigente... o increíblemente bueno —se concedió con un asentimiento resignado—, pero sin la voluntad y la paciencia que exige lidiar con un carácter así? Como yo no quiero siquiera concebirlo, tomo cartas en el asunto.

Edward abrió la boca motivado por un impulso apasionado, pero se desinfló.

—Si es cierto que está enamorada de alguien, Bells, ¿qué podría hacer yo? Lo amaría del mismo modo en que se apasiona por su vocación, con una entrega y obstinación ciegas.

—Podrías convencerla de que la conveniencia y la amistad están por encima del afecto.

—Pero eso no es verdad, y a Lenore no se la puede persuadir mediante engaño. Además, es incorregible, y todas sus convicciones lo son por extensión.

—No sabía que eras un aficionado a las excusas, Eddie. Tal vez haya estado equivocada todo este tiempo —lo pinchó, rígida como una estaca—. Por lo que sé, es frecuente que un hombre tenga corazón para amar a una mujer y sin embargo le falte el coraje para hacerse responsable.

Edward castigó su acusación con una mirada que quemaba.

—En ese aspecto me sobra tanto coraje que a veces pienso que será el exceso lo que me mate. El problema es que por más que intento contagiarle mi valor y mi disposición, sea haciendo manifiestas mis inclinaciones o recurriendo a insinuaciones que puedan agrietar su firme resistencia, se finge ajena. Sé que me quiere o, al menos, me desea —confesó en voz baja, así como se decía un secreto. Lo que era, en realidad. La pequeña Nightingale

trataba sus sentimientos como una debilidad vergonzosa—, y que lo hace a su manera. Lo sé tan bien como que ni en mil vidas me aceptará.

—Tendrás que conseguir que dé su brazo a torcer. Nadie dijo que la empresa fuera fácil.

—¿Qué pretendes? ¿Que me declare sin más? La asustaré. La ahuyentaré. Y si es cierto que hay otro hombre rondándola...

—¿Qué? —lo instó a continuar dando un paso al frente—. ¿Te rendirás?

Edward apretó la mandíbula. La sola posibilidad lo enfermaba de ira.

—Lenore es mía. No concibo tener que luchar contra nadie para reivindicar que me pertenece. Pero si me viera en la tesitura, vencería. Aunque exigiera un duelo a sangre.

Su vehemencia conmovió a Isobel. Solo había experimentado la virulencia de un deseo parecido en sus sueños, de los que había despertado con la sensación de que la ahogaba un anhelo profundo e insoportablemente agudo por la imposibilidad de su consumación.

Odió al destino y maldijo también a Dios porque a ella no la hubiera bendecido con un amor de inspiración divina. Veía en los ojos de Edward que para él querer a Lenore había sido —seguía siendo— un impulso tan fuerte como la vida misma.

Tuvo que luchar contra las lágrimas de envidia y dolor que le ardieron en los ojos, en la garganta.

¿Y qué si lo admitía ahora para sí?

No mucho tiempo atrás habría matado por oír a Edward hablando de ella en esos términos.

Agradeció que él retomara la marcha después de pasarse la mano por la cara sudorosa. Cuando los sentimientos afloraban a la superficie, el rostro de un hombre se convertía en un terreno asolado por la guerra. Incluso los caracteres apacibles se volvían huracanados.

Y el suyo no era un carácter apacible en absoluto. Solo lo fingía.

Como ella.

Isobel siguió a Edward a una distancia prudencial, no tan

temerosa de que pagara con ella su frustración como de encontrarla atractiva.

Era de su hermana de quien estaban hablando, por Cristo. No podía envidiarla.

Sin miedo a que la acusaran de mentirosa, Isobel juraría ante un panteón de deidades que no albergaba otra esperanza que ver a Lenore unida en santo matrimonio a un hombre que la valoraba en su conjunto. Hacía siglos desde que había renunciado a sus deseos románticos, que brotaron más o menos a la par que los de Edward por su hermana y se desarrollaron al margen de la bella estampa de los dos enamorados igual que una corriente de agua subterránea. Siempre se había sentido sucia por aspirar a lo que no era suyo, lo que además se había proclamado de otra. Incluso si su hermana no lo amaba como amaban los mortales, confesando a viva voz las inclinaciones de su alma, habría estado desafiando su autoridad; habría pretendido robarle su legítima propiedad.

Como tenía por costumbre, Isobel se habló con ferocidad para poner sus emociones en regla. Tan fuerte apretó los puños que se abrió heridas con forma de medialuna en las palmas, y ni ese dolor agudo resultó tan desagradable como saber que había perdido el control. Desde la tierna infancia, su única obsesión había sido procurar que esas fugas por las que se le escapaba la humanidad, tan grotesca y mediocre, permanecieran selladas a cal y canto.

Según parecía, tenía, al igual que Lenore, una de esas: una obsesión.

Otro rasgo copiado que jugaba en su favor.

Para cuando llegó a la agrupación policial que se estaba encargando de examinar el cadáver, Isobel había vuelto a ser Isobel, una majestuosa aspirante a dama, una esposa honrada e irreprochable cristiana. Los médicos forenses ya se habían personado en la escena del crimen. Los reconoció por el uniforme, parecido al que el doctor Nightingale vistió en vida en ocasiones similares.

No pudo descender a la orilla donde habían tendido el cadáver por indicación expresa del cuerpo: los asesinatos de Jack el Destripador

habían inspirado una serie de reformas de cara al procedimiento policial y se tenía cuidado de mantener alejados a los curiosos.

Isobel era una mera curiosa en toda la historia, y, como tal, se tuvo que resignar a observar de lejos que Edward se unía a uno de sus compañeros y evaluaba la situación.

Le llegaron ecos de la conversación.

—La han reconocido como Jane Mansfield... en el burdel de la señora Gulp... unos veinticinco años... sin señales de forcejeo...

—¿... Jack el Destripador?

Isobel no pudo seguir escuchando cuando desde su posición obtuvo una vista del cuerpo. El simple hecho de que fuera pelirroja podía explicar la lividez, pero su piel presentaba un subtono azulado sobrenatural que solo había advertido en el velatorio de su padre: su madre, en cambio, no había perdido el color hasta la translucidez. Incluso a tan larga distancia, apreció el trazo irregular de las venas y un sombreado celeste en zonas de mayor vascularización: párpados, labios...

Labios.

La muchacha había muerto con una expresión que solo podía describirse como un éxtasis enajenado. Cualquiera se habría estremecido de angustia ante la visión, pero ella se sintió extrañamente atraída hacia el curioso milagro de morir de placer.

«¿Milagro? —se repitió, horrorizada—. ¡En todo caso, fechoría!»

—... falta de livideces normales...

—... si no ha habido desmembramientos, descartaría que lo hubiera perpetrado...

—... se conserva intacta. Es un misterio...

—¿... muerte violenta? No lo creo...

—... asfixia, tal vez, y un posterior drenaje de sangre. Está seca.

—¿Asfixia? —repitió Edward.

—... perversiones eróticas propias de estos lugares inmundos. No sería la primera vez.

Isobel había empezado a captar frases con mayor significado cuando una figura uniformada se interpuso en su campo de visión.

—Señora, no puede usted estar aquí. Y ni mucho menos sola.

¿Dónde está su carabina? ¿Y su carruaje? Puedo encargarme de que la traslade un coche de punto, si lo desea.

Isobel no consiguió enfocar la vista en la boca que le hablaba. Aunque el agente era una mole de carne gruesa, sus ojos seguían viendo la piel de luz de luna de la muchacha, la insólita belleza de su rostro desfigurado por una agonía sexual inalcanzable para los mortales.

Se preguntó en un arrebato si se podía morir de gusto. Se reprochó enseguida su atrevimiento, abochornada. Pero ni hablándose con exigencia consiguió que sus pies se movieran del sitio. Había algo allí que la atraía, una luz, una energía; la clase de ente superior en el que una sólida anglicana como ella no debería creer.

—Señora —insistió el agente.

No le quedó otro remedio que dejarse escoltar hacia la parada más cercana de carruajes de alquiler, que en el barrio de Whitechapel eran escasas —y ni hablar de la fiabilidad de sus cocheros, que brillaba por su ausencia.

Había olvidado por completo que su propio coche y su doncella la esperaban en comisaría.

Durante el camino, Isobel tuvo que resistir la insistente corazonada que la instaba a girar la cabeza hacia el río, que ni oliendo a un género de putridez hasta el momento desconocido para sus susceptibilidades, ni reproduciendo una escena perturbadora, dejaba de antojársele algo deseable.

Pero ¿qué deseaba con exactitud?

Se fue de allí sin llegar a averiguarlo.

CAPÍTULO 14

Lenore se secó el sudor de las manos en la falda de crespón de seda. Tomó una profunda inspiración y fue a cruzar las puertas del salón principal, pero en el último momento se detuvo. Retrocedió uno, dos y hasta tres pasos y se desplomó sobre el diván que halló a medio camino de su cobarde retirada.

La velada en honor a su soltería —que con un poco de suerte tendría muy pronto los días contados— sería su primera aparición pública desde la pasada temporada.

Desde su debut, dos años atrás, había estado cumpliendo a rajatabla las estrictas imposiciones de la vida social. Lenore se divertía viviendo sus responsabilidades sociales como un teatrillo la mar de entretenido y nada más. El problema residía en que la muerte de su padre y lo que había venido después le habían agotado la paciencia de cara a las banalidades del mundo sensible. No se le ocurría nada más indeseable y fuera de sus competencias actuales que amenizar una conversación sobre el mercado matrimonial con las garras de la Parca colgando de los hombros y sintiendo todavía en los labios la huella del beso de su único enemigo proverbial. Porque ¿qué era el *homo immortalis* sino la raza que burlaba a la muerte?

Lo único que la salvaba de escabullirse de su propia fiesta era la esperanza de encontrarse con Dariy. Se había asegurado de que recibía una invitación y de que la *soirée* tenía lugar a una hora aceptable, esto es, cuando la noche se hubiera cernido sobre los tejados londinenses.

Él no se lo había dicho textualmente, pero sospechaba que no se exponía a la luz diurna por razones relativas a su condición. Las

últimas palabras del doctor Nightingale reforzaban su teoría: había hablado de los *non mori* como aliados de la luna.

Lenore se tiró de las puntas de los guantes negros, a juego con el resto del atuendo.

Que aparentara una cierta ajenidad respecto a los convencionalismos no quería decir que no los tuviera muy presentes y a menudo los reprodujera de manera inconsciente. A fin de cuentas, había crecido sometida a un régimen de normas que priorizaban el decoro sobre la naturalidad. Una de ellas, pensaba con ironía y resentimiento, era respetar los tiempos del luto. Era impensable para Lenore, pues, que la forzaran a protagonizar un desfile propio del viejo Almack's cuando ni se había cumplido un mes desde el fallecimiento de su padre.

Se acarició el pecho en busca de apoyo silencioso. Sobre el escote cerrado colgaba un guardapelo con una miniatura de un jovencísimo Gulliver. Un pariente lejano lo había pintado a instancias de su abuelo paterno, un médico de provincias sin consulta fija que viajaba cual feriante por los pueblos según requerimiento de los pacientes. Su honrada labor le obligaba a pasar tanto tiempo alejado de su familia que solo se le había ocurrido ponerle remedio a su añoranza encargando dos relicarios, uno para recordar a su esposa, otro para recordar a su hijo.

Gulliver había sido enterrado con el primero, que heredó en cuanto unas fiebres contagiosas se llevaron a su padre; ella se había apropiado del segundo.

A Lenore no le extrañaba que el retrato se conservara en perfecto estado. Por lo que le habían contado, su abuelo había sido, además de familiar, un hombre meticuloso con las escasas pertenencias que de veras tenían valor para él. Llevar un recordatorio de su primogénito colgado del cuello con la condición de preservarlo no solo habría sido un honor o una caprichosa sensiblería para él, sino una responsabilidad.

Lenore contempló el brillo travieso de los ojos del Gulliver niño, plasmado para siempre por obra y gracia del pincel más afortunado del mundo.

Cuando era niña odiaba que le repitieran que era idéntica al

doctor. En aquel entonces su madre aún caminaba entre los vivos y ella sentía tal devoción por su elegancia y belleza que rabiaba de pensar que Dios la hubiera privado de la herencia de su constitución, virtud que sin duda la habría favorecido para que hicieran la vista gorda a sus andanzas: al final, no había nada como el atractivo físico para desviar la atención de lo verdaderamente importante.

Ahora comprendía que había sido una estúpida. Le complacía que quedara algo de su padre en la Tierra, aunque fueran rasgos tan mundanos como la forma ovalada del rostro, los ojos rebosantes de vitalidad y la sonrisa febril que la difunta señora Nightingale bautizó como «la cara de los descubrimientos», pues parecía aullar «¡Eureka!».

Siempre que encontraba el valor para ojear el contenido del guardapelo, Lenore experimentaba un arrebato de amor tan violento que se quedaba sin respiración.

Qué no habría dado por conocer a ese niño con orejas de soplillo, las mismas que las suyas; por haber jugado con él al aro o las charadas y unido fuerzas para convencer a los titiriteros de repetir su puesta en escena. Habría descubierto en el Gulliver que aún no había sido corrompido por las rigideces de la edad adulta una sagacidad distinta de la que manifestaría más tarde, más culta y serena: ese ingenio lúcido, libre de encorsetamientos, que se iba diluyendo conforme la mentalidad racional de la madurez se imponía.

¿No era eso el amor?, pensaba Lenore. ¿Sentir nostalgia por la infancia del otro? ¿Querer viajar en el tiempo para mecer entre sus brazos al padre que aún no era padre y conocerlo antes del cambio irreversible?

Se preguntó si Dariy habría sido niño alguna vez. Daba por hecho que sí.

Esta revelación la sacudió por dentro. Intentando imaginarlo con pantalón corto y rasgos tiernos se topó con el muro inexpugnable del desconocimiento, ese muro que odiaba y que no siempre tenía manera de derribar.

¿En qué siglo nació? ¿Cómo llegó a convertirse en lo que era

ahora? Le resultaba inconcebible pensar que Dariy hubiera sido ingenuamente dichoso en algún tiempo.

Fue el deseo de encontrarlo e indagar en su pasado lo que la instó a dirigirse por fin al salón.

Por lo que Theresa le había contado —no sin mortificación—, no todos los invitados habían confirmado su asistencia. Algunos opinaban que era de una falta de consideración indignante organizar una reunión en tan temprana etapa del luto, incluso si se reservaba a parientes y amigos cercanos. La inmensa mayoría, no obstante, había llegado hacía rato y alternaba con una copa de brandy en la mano. Las piezas clásicas de la orquesta contratada para la ocasión aquietaban el rumor de las conversaciones.

Lenore contó veinticuatro personas en total, entre las cuales figuraban su abuelo, Theresa, Isobel, Percy...

Y Edward.

A fin de guardar las apariencias, el barón Fellowes había procurado equilibrar el número de caballeros elegibles invitando a su vez a un número apropiado de conocidas. Lenore debía aplaudir el esfuerzo de Theresa por informarse sobre las que habían sido sus amistades: no había allí ninguna antigua compañera de debut que no le cayera en gracia. Todas tenían más o menos su edad y estaban convenientemente prometidas o casadas, todas vestían los colores del medio luto en deferencia al doctor —malva, gris perla, azul noche— y todas parecían haberse puesto de acuerdo para abordar al mismo tiempo a Edward.

Cómodo con su popularidad, en ese momento contaba con grandes aspavientos una anécdota a la que se le auguraba un final desternillante. Lenore intentó sonreírle con desdén a su afán protagonista, pero un nudo en el estómago le impidió tomarse con humor que regalara su carisma a todas las mujeres por igual.

Ser consciente de sus propias contradicciones, de lo que había perdido por culpa de las mismas, solo le empeoró el humor; y es que antes solía agradecer al cielo que Edward pululase a su alrededor durante los acontecimientos de calibre social. Se sentía arropada sabiendo que intercambiarían una mirada cómplice cada vez que

algún invitado cometiera un error de protocolo y que la salvaría de una situación incómoda sin que tuviera que pedirlo.

Ahora no podía sino interpretar su proximidad como una amenaza para su paz mental.

Por desgracia, lo inmediatamente contrario, su distancia e indiferencia, no la hacía sentir mejor.

La señorita Ashkettle, soltera por tiempo limitado, coronó la historieta de Edward con una ostentosa carcajada y una caricia en el brazo. Lenore notó que los vellos de la nuca se le erizaban y sus ojos caían indefectiblemente, como una flecha en el blanco de la diana, en ese punto que los mantenía en contacto.

Él no se opuso al gesto y le dirigió una de sus arrebatadoras sonrisas.

Lenore escondió las manos enguantadas entre los pliegues de la falda para ocultar su crispación.

No era la primera vez —ni sería la última— que Edward se adueñaba del papel principal en una fiesta gracias al furor femenino, del que solo él era responsable con independencia de si había duques o marqueses en la lista de invitados. El inspector adjunto Whishaw podía ser un simple funcionario, pero la inteligencia heredada de una familia burguesa e implícita en su propuesta de conversación intelectual, su insólito a la par que imponente aspecto físico y, sobre todo, cuán accesible se mostraba le hacían irresistible.

Como si hubiera leído sus pensamientos aun desde el otro extremo de la sala, Edward alzó la cabeza en su dirección. Lenore se activó al intuir un fulgor interesado en sus ojos verdes, incluso cierto regocijo sabedor, y apartó la vista para dirigirse con prisas y los hombros rígidos hacia su hermana.

Por el camino la torturaron pensamientos de todo género.

«Eres una estúpida.»

«¿Qué es lo que te pasa? ¿Por qué no puedes actuar con normalidad?»

«Es tu amigo, por el amor de Dios.»

«Estás buscando a Dariy, recuérdalo.»

La sencilla sonrisa de su hermana mayor la hizo sentir acogida. A menudo olvidaba el valor que tenía para ella que Isobel fuera

comedida en sus afectos. El único tipo de amor que no la presionaba o desbordaba era el que se le expresaba con moderación.

—¡Ah, Noor! Nos estábamos preguntando por qué te demorabas tanto. Estás preciosa.

—Gracias —murmuró. Fue a rascarse la sombra del lóbulo de la oreja, pero lo evitó a sabiendas de que Isobel lo interpretaría como un gesto de nerviosismo.

—Señor Paulson —Isobel señaló al caballero con el que había estado conversando—, creo que ya tuvo usted el honor de conocer a mi hermana...

Samuel Paulson se enderezó para recibir a Lenore con un asentimiento cortés.

—Por supuesto, cómo olvidarla. Déjeme decirle primero que siento muchísimo su pérdida. Traté con su padre en un par de veladas y ambas ocasiones fueron una delicia para los sentidos. Permítame añadir que se le ve el parecido con él ya a simple vista.

Lenore cuadró los hombros y fabricó una sonrisa realista. Al final, no podía pasar por alto cuál era el motivo de la fiesta y los que eran sus deberes de casadera. Además, sentía la mirada de Edward sobre ella, y esto, por falto de madurez que fuera, la instaba a actuar intencionadamente.

—Le agradezco la consideración, señor, pero por esta noche intentemos celebrar la vida. Mi padre nunca dejó de ser un acérrimo defensor de la misma, por su vocación médica y por su optimismo natural. La mejor manera de honrarlo es entregándonos sin medida a la danza.

Paulson sonrió con una mezcla de extrañeza y diversión.

—¿Me está sacando usted a bailar, señorita Nightingale? Porque tengo entendido que dar el primer paso es labor del *partenaire* masculino. No me diga que pretende hacerse cargo de mi única obligación de la noche.

—Solo me hacía responsable de la mía, que no es otra que recalcar mi disponibilidad.

El joven se rio, mortificado por su descaro, pero le tendió la mano para dirigirla al corazón de la sala, lo bastante amplia para dar cabida a otras cuatro parejas. Debido a la naturaleza discreta de la

velada, no se tocarían cuadrillas ni polcas; Theresa había dado indicaciones a la orquesta para que se centraran en piezas de mayor solemnidad, como la mazurca, la polonesa y el vals.

Lenore se colocó en posición y le dirigió la reglamentaria reverencia a Samuel. La mirada se le desvió, sin embargo, al punto que había estado ocupando Edward.

Haciendo honor a su naturaleza inquieta y siempre dispuesto a aprovecharse del silencio cargado de significados entre los dos para sacarla de quicio, había convertido a la señorita Ashkettle en su compañera de baile. Los ojos del inspector se cruzaron con los de ella breve y velozmente, pero aquella declaración de intenciones fue suficiente para alterarla e instarla a bailar lo mejor posible.

Alzó la mano como indicaban los pasos de la coreografía e insinuó rozar la de Paulson, más o menos del mismo tamaño que la suya, así como ambos eran de estatura similar. Víctima de un impulso inexplicable, Lenore buscó la pareja de Edward y su compañera y descubrió que componían un dúo formidable: él era al menos quince centímetros más alto y su mano podría haber engullido no ya la más delicada de la señorita Ashkettle, sino la del mismo Goliat.

Sus dimensiones eran algo que la asustaba y maravillaba a partes iguales, pero se convencía de que se debía a su pasión por los milagros anatómicos. Los hombres altos y de aspecto atlético no abundaban en Londres, y ni mucho menos en salones de baile como aquel, pero de algún modo no parecía fuera de lugar. Eran los demás los que se antojaban inadecuados, sobrantes incluso en los contextos que él acaparaba con su presencia.

—¿Se encuentra bien, señorita Nightingale? —le preguntó Samuel.

—Sí, sí —se apresuró a justificarse durante un giro—. Es solo que hace tiempo que no bailo.

El señor Paulson le ofreció una sonrisa compasiva que poco o nada tuvo en común con la que Edward le dirigía a su *partenaire*, que bien le habría valido la acusación de escándalo público. Sorprendentemente, no sufrió ese arrebato de furia viva que la prendía como un fuego cada vez que testimoniaba el lado coqueto de su amigo. No habría sabido explicar por qué, pero estaba convencida de que esa sonrisa era para ella y no para la señorita

Ashkettle. La mirase o no —y durante la mazurca sintió que lo hacía a ráfagas, más por desestabilizarla que porque quisiera disimular ante el resto—, sentía que los atrevidos roces con los que ruborizó a su compañera, los guiños y las expresiones socarronas eran una provocación con un objetivo muy concreto: dar el brazo de Lenore a torcer.

O a lo mejor estaba perdiendo el juicio.

Eso era lo que temía, volver a extraviarse en los confusos caminos de la intuición y los anhelos inconfesables, que eran de por sí inescrutables y no mucho tiempo atrás habían convergido en un estado de enajenación tal que terminó convencida de que la única solución era acabar con su vida. Sentir debilidad por algo que la muerte podía reclamar, dejarse arrastrar por las pasiones humanas y el insoportable dolor que traían había estado cerca de cavar su tumba.

El descontrol que Edward causaba con su sola cercanía era un peligro con el que por suerte Lenore estaba familiarizada. Nunca sucumbiría a él cuando el precio que pagar podría ser no dejar de soñarlo, buscarlo en fantasías; fundirse con todo lo que era él y no poder encontrarse a sí misma más tarde.

Pero Edward, pese a ser lo bastante inteligente para interpretar sus recelos de la forma correcta, no estaba dispuesto a respetarlos. Tan pronto como terminó la pieza, abandonó a su suerte a la señorita Ashkettle. Vulneró los deseos implícitos de Lenore, así como su distancia impuesta, para abordarla pegando los labios muy cerca de su oído.

—Con qué destreza baila usted la mazurca, señorita Nightingale —oyó en tono jocoso. Lenore se puso rígida cuando su suave aliento le rozó la nuca—. Veamos si con el vals demuestra el mismo control corporal.

Ella se giró con brusquedad para oponerse con una excusa razonable, para reprenderlo por referirse al cuerpo femenino con semejante descaro, pero él se adelantó rodeándole la cintura con un brazo firme y atrayéndola hacia sí en la medida en que era respetable.

Al menos a ojos del público, que no para Lenore.

La presión sostenida de sus dedos en la baja espalda envió un escalofrío de advertencia por toda su columna. No apreciaba grandes diferencias entre su mirada fija sobre ella y que la apuntaran con el cañón de una pistola.

Con tal de no delatar su alteración retirándose enmudecida, aceptó tomar la mano libre de Edward y dejarse conducir a la posición original.

En un primer momento no se atrevió a alzar la vista, no solo por obstinación, sino por miedo a desbordarse. No sirvió de nada. El olor tostado del tabaco de pipa que fumaba únicamente si se lo ofrecían se había adherido al frac, impregnándolo de un rastro de ciruela seca, cuero y madera que le produjo un mareo agradable.

No era menos cautivadora la visión de la nuez de Adán sobresaliendo en un cuello grueso y tan firme como el hombro de acero en el que se apoyó para no perder el equilibrio.

Comprendió que no podía huir de él por más que le negara la mirada y levantó la barbilla con una preocupación que resultó legítima: Edward seguía teniendo la vista prendida en su rostro. Había esperado a hacer contacto visual para pasarse la punta de la lengua por el labio inferior.

Sin ser practicante o tan solo espiritual, le rezó a Dios para que su turbación no fuera visible. Estaba devanándose los sesos por encontrar un tema de conversación que rompiera el hechizo de complicidad cuando Edward se le adelantó.

—Isobel está preocupada por ti.

Suspiró, aliviada, para sus adentros.

De cara a la galería mostró fastidio.

—¿De nuevo con la misma perorata, Whishaw?

—Está bien, está bien —cedió con humor—. Cambiaré el tema de conversación. A fin de cuentas, es una fiesta en tu honor. Tú decides de qué quieres hablar —hizo una pequeña pausa— y con quién quieres bailar.

—Si, como argumentas, el protagonismo de la velada recae sobre quienes hacen lo que les viene en gana, entonces la *soirée* se estaría celebrando también en tu nombre, señor Libre-Como-El-Viento —

comentó con falsa indiferencia—. A todos nos ha saltado a la vista tu disfrute en brazos de la señorita Ashkettle.

—No soy inmune a los encantos de la danza. Ni a la belleza femenina —apostilló con un guiño socarrón.

—Quizá a sus encantos no, pero sí a sus exigencias, o de lo contrario sabrías acoplarte al ritmo. —Lenore agachó la cabeza hacia el ruedo de la falda—. He estado a punto de pisarte en dos ocasiones, y mi culpa no ha sido.

Edward arqueó las cejas, provocador.

—¿Y por qué no lo has hecho? Cualquiera diría que lo estás deseando.

—Mi humor ha visto días mejores, eso no te lo voy a negar.

Él lanzó al aire un suspiro teatral.

—Yo tampoco me sentiría dichoso de llegar a verme en tus zapatos —exageró con la graciosa afectación que solía hacerla reír. Lenore le prestó atención enseguida, como una niña miraba los fuegos de artificio—. No solo se organiza una fiesta con el único fin de exhibirte frente a un puñado de insípidos palominos, sino que para colmo de males se pretende que elijas a uno antes de que termine la noche. —Sonrió de repente y se inclinó sobre ella apretándole la mano a la vez. En voz baja dijo—: Mi pobre Noor... Sometida a los crueles designios de la institución matrimonial.

Ella se rio en contra de su propósito, que no era otro que evitar la camaradería entre los dos por aquello en lo que pudiera derivar.

—No soy la única que padece dichos designios —resolvió con naturalidad—. Sin ir muy lejos, Bells los sufrió antes que yo... y parece que sigue sufriéndolos —añadió, lanzando una mirada furtiva a la reciente pareja.

Aunque Isobel le sonreía a su marido, enfrascado en un acalorado monólogo sobre asuntos que podían deducirse irrelevantes, Lenore la conocía lo suficiente para saber que su mente se hallaba muy lejos de allí.

—Y los sufrirá hasta que la muerte los separe, ¿no es eso lo que dicen? Espero que tú denotes un criterio algo más exigente a la hora de escoger marido. No queremos que acabes desposando a un

hombre menos inteligente que tú, ¿verdad? El fulano sufriría como un endemoniado porque no te quedaría otro remedio que torturarlo.

Acompañó el comentario de una mirada cargada de calidez a la que Lenore no fue inmune. Sin darse cuenta, se relajó entre sus brazos —nunca del todo, pues no dejaba de ser susceptible a su contacto— y se encogió de hombros.

—Ese es el único pecado que ha cometido Percy —convino ella—: no ser un tipo brillante. Pero se supone que uno llega al hogar a relajarse, a desprenderse de máscaras y pretensiones. A relajar el ceño fruncido. ¿No es mejor, entonces, que nos espere alguien que no plantee acertijos?

Edward sonrió con indulgencia, sonrisa que revelaba cuánto la conocía.

—Tú lo que quieres es alguien que no te pida explicaciones sobre las horas a las que entras o sales, lo que haces o dejas de hacer y con quién decidas pasar el tiempo —señaló, y ni se equivocaba ni tampoco lamentaba estar en lo cierto. De hecho, la placidez de su expresión subrayaba lo orgulloso que estaba de que Lenore fuera libre—. ¿Crees que alguno de los invitados podría responder a esa descripción? El señor Paulson parece de temperamento sosegado, pero he oído que, cuando le da a la botella, enferma de osadía. Apuesto a que no te gustaría que te abordaran en el recibidor con preguntas indiscretas.

—¿No crees que las sortearía con éxito?

Edward la miró como si le hubiera preguntado algo muy distinto.

—No lo creo; lo sé. Una de tus grandes virtudes es esquivar realidades incómodas.

—Si has oído hablar de las andanzas del señor Paulson —retomó Lenore, demostrando inconscientemente que a Edward no le faltaba razón—, seguro que puedes informarme sobre los vicios y aficiones que corrompen el espíritu del resto. ¿Qué hay del conde de Garland? ¿El señor Fielding? ¿Y William Saxton?

—Por lo que he oído en los clubes de caballeros, el conde de Garland es un gran amante de las mujeres. Mucho me temo que ni siquiera una boda le curaría el ojo alegre.

—No se me ocurriría exigirle fidelidad a un hombre. A fin de

cuentas, mi corazón ya pertenece a la ciencia —se justificó con una sonrisa coqueta.

Edward se la devolvió enseguida.

—En ese caso quizá te interesaría algo más el señor Fielding, conocido en algunos círculos por su pasión por la arqueología. Posee una colección de fósiles nada desdeñable..., pero no sé qué sería más frustrante para una novia, si tener que disputarse la atención del marido con media población femenina o tener que competir con un hatajo de huesos polvorientos.

Lenore se echó a reír.

—Al menos cultiva aficiones al margen del consumo fácil y los pecados capitales.

—Sobre eso del capital, he oído que William Saxton acumula una fortuna de no escasa enjundia. Es este afán de riqueza lo que suelen reprocharle en los grupos socialistas en los que se mueve. Me consta que la comisaría del distrito residencial lo investigó a propósito de su participación en huelgas de ideología marxista.

—¡Un inconformista! —se maravilló Lenore—. Me podría identificar con la causa de un caballero que desafía el orden preestablecido.

No era de extrañar que de pronto se sintiera cómoda bailando con Edward. Que el tema de conversación versara sobre sus pretendientes —y que él no se hubiera incluido en la selección— había despejado la preocupación de que la charla tomara derroteros personales. Creía que dirigir la atención a otros hombres era la solución perfecta para disolver la tensión entre los dos.

—Estos señores sobre los que me has interrogado ¿eran todos tus preferidos?

—No necesariamente —desestimó con indiferencia—. Si te soy franca, Edward, me podría valer cualquier señorito siempre y cuando cumpliera un requerimiento.

—A ver si adivino... —Exageró una mueca cerrando un ojo y mirándola a través del otro—. Debe haberse leído *Quain's Elements of Anatomy* o el que quiera que sea el tratado de medicina de uso más extendido en la actualidad.

Lenore cabeceó con conformidad.

—No desentonaría con miras a una elevada conversación durante

el postre, pero no. Lo único que le impondría es que yo le fuera totalmente indiferente.

El asombro hizo trastabillar a Edward. Se recuperó tan rápido que nadie se percató de nada que no fuera su sonrisa incrédula.

—Bromeas, ¿verdad?

Lenore lo miraba con llaneza. Nunca vacilaba cuando podía aferrarse a su firme voluntad para dictar sentencia.

—En absoluto. Para garantizar la libertad plena de una mujer es menester que la susodicha no le mueva el ánimo a su marido en lo más remoto. De lo contrario, se estaría enfrentando de continuo a reproches, escenas de celos y, en última instancia, a prohibiciones. Prohibiciones de las peores, por cierto, pues se acogería al amor como eximente moral: «Hago esto porque te quiero».

—Estoy en rotundo desacuerdo —replicó tan rápido que sus palabras pisaron las de Lenore. Reafirmó su postura afincando la mano sobre su cintura con afán posesivo—. Si esperas que un hombre no solo pase por alto las rarezas que te hacen única, sino que las admire con fervor, habrás de desposar a uno que haya aprendido a amarte tal y como eres antes incluso de tenerte.

—En ese caso, el presunto marido no haría de mi vida un infierno —le concedió con paciencia—, pero yo me convertiría en su peor pesadilla al no corresponder sus sentimientos.

—¿Cómo puedes estar segura de eso? Sabes amar —declaró con vehemencia. Más que como un hecho fehaciente, sonó como un convencimiento personal—. Amaste a tus padres, amas a tu hermana —hizo una brevísima pausa— y me gusta pensar que también aprecias a tus amigos. Podrías desarrollar los pertinentes afectos por el futuro padre de tus hijos.

—Ah, ya que lo mencionas, el inevitable resultado de la procreación es el último de mis intereses. El embarazo solo me suscita curiosidad desde una perspectiva médica. Y, si te soy sincera, el aspecto clínico relacionado con el milagro de la vida que más me llama la atención es el hasta ahora públicamente inexplorado aborto.

Esta vez Edward sí frenó en seco. Aunque procuró contener sus sentimientos al respecto, que variaron entre el horror y el espanto, su expresividad natural impidió que le pasaran desapercibidos.

Lenore solía pensar que podría retirarle su cariño a cualquiera que osara mirarla como si hubiera perdido el juicio, sensible como era a que la tacharan de chiflada. En ese momento descubrió que se había equivocado. Su inclinación natural hacia los que para ella eran seres queridos era ponerse en su lugar y perdonarles la debilidad humana de interpretar sus opiniones radicales como un síntoma de locura.

A fin de cuentas, nadie tenía por qué conocer las particularidades de su cuadro clínico para echarse las manos a la cabeza con sus planteamientos.

—Ahora sí bromeas —murmuró él.

Lenore se irguió con la determinación de defender sus ideas.

—Puede que sea una jovencita casadera, Edward, pero también soy doctora; ahora solo por vocación, sí, pero pronto lo seré por decreto real. Aun convertida en la esposa de alguien, las responsabilidades médicas seguirán siendo mi prioridad. Mi futuro marido o bien lo entenderá o bien le dejará impasible, pero no podrá oponerse a mi desempeño.

Edward tomó aire para poner en orden sus pensamientos.

—El tuyo me parece un deseo legítimo, y te honra tu honestidad al exponerlo. La pregunta es —prosiguió, no sin dificultad. Sabía que caminaba sobre arenas movedizas cuando las aspiraciones de Lenore entraban en la conversación— si tus pretendientes están al corriente de las que son tus exigencias. Pocos señores he tratado yo que no tengan una opinión exaltada sobre las mujeres que emprenden labores masculinas. No creo que un conde entre todos los hombres sea la excepción.

Lenore esbozó una sonrisa burlona.

—Pero quizá lo sea un marxista.

El vals tocó a su fin y, con él, la obligación de permanecer entre sus brazos. Lenore se apartó con una rapidez que habría llamado la atención de quien la hubiera estado vigilando.

Edward dejó caer las manos que la habían tocado muy despacio, como si tenerlas le sirviera ya de poco.

Antes de que separara los labios, Lenore supo que iba a decir algo que la pondría en guardia.

—El respeto no garantiza el afecto, Noor. La tolerancia de un

marido no bastaría para hacer de tu vida conyugal una experiencia agradable.

—Te equivocas al asumir que buscaría mi felicidad en el ámbito doméstico. Ya encontraría placeres y alegrías en el ejercicio de mi vocación.

—¿No te considerabas una mujer ambiciosa? —la retó con una ceja enarcada—. ¿Por qué no quererlo todo?

—Creo que ya tenso la cuerda suficiente soñando con ejercer la medicina, ¿no te parece, Edward? Y dicen que quien mucho abarca poco aprieta. No seré yo la que acabe con las manos vacías por andar llenándoselas de codicia o de algo peor: el agua o la arena que son los sueños que nos vienen muy grandes.

Lenore aprovechó los primeros acordes de una polca para girar en redondo y alejarse de él antes de empezar a discutir.

O de dejarse convencer.

CAPÍTULO 15

—¿Por qué no puede resistir la tentación de hablarme en clave, como una señorita con un abanico y una muñeca muy suelta? ¿Por qué no respeta lo que quiera que quede de nuestra amistad?», se preguntaba Lenore, frustrada, en su discreta estampida hacia la salida.

La impotencia le había torcido la expresión. Un vals había bastado para tajar su espíritu reconciliador.

Desde la reaparición de Edward en Londres su relación no había hecho sino degenerar hasta perder el componente de inocencia que la hacía extraordinaria. Ahora estaba alcanzando un punto insostenible: su nuevo vínculo, si así podía llamarse, dependía de la extrema adhesión a la cordialidad para no desbordarse, y estaba empañado de un visible halo de nostalgia hacia lo que nunca volvería a ser. Sus conversaciones se habían convertido en un tortuoso intercambio de banalidades con subtextos inasumibles para ella y desesperantes para él, y lo peor era que su táctica de fingirse ajena a esta insoportable realidad no surtía ni surtiría efecto jamás.

Edward la había visto crecer y le constaba que no tenía un pelo de tonta.

Exasperada, se internó en la salita de aseo que Theresa había habilitado como tocador mientras se prolongara la fiesta. Los criados habían dispuesto una serie de espejos además de proveer las consolas de cepillos y peines. Para salvar desmayos, corregir el maquillaje y arreglar un descosido puntual, el rincón gozaba de frascos con sales aromáticas, polvos de arroz y aguja e hilo respectivamente.

Lenore iba a tomar prestado un pañuelo de lino para secarse el sudor de la frente cuando Edward apareció reflejado en el espejo. En

lugar de respingar, cerró los ojos, como si así pudiera huir de lo que se avecinaba, y aferró con fuerza la tela.

—¿Sabes? Yo lo que creo es que tienes miedo —le dijo él con voz queda.

Lenore se obligó a esbozar una sonrisa distante. Si Edward no iba a restarle hierro al asunto, con gusto se atribuiría ella la responsabilidad. Por desgracia, su falso desdén se tambaleó: la carrera tras su obstinada amiga le había despeinado los rizos y ahora uno le caía entre los ojos, tornando su mirada más penetrante si cabía.

—¿Miedo, dices?

—Sí —respondió con seguridad. Caminó hacia ella sin apartar la vista de su rostro en el espejo. Parecía que le hubieran advertido de que algo tan sencillo como un parpadeo le haría perder su oportunidad—. Te aterra que te pueda llegar a resultar remotamente atractivo algo que cualquier mujer podría obtener tras un golpe de suerte, como solo puede serlo encontrar a un hombre que la ame. Al final, tú eres de la escuela de lo racional, de la lucha contracorriente, y no ves ninguna oportunidad de sentirte orgullosa por nada que no hayas conseguido sin esfuerzo... por no mencionar que no perdonas la mediocridad de lo mundano, y no hay nada más humano que buscar la comunidad.

»También te aterra la idea de dedicar tus esfuerzos a algo tan trivial como la construcción de un hogar, que pocos frutos te dará de cara a la eternidad, para colmo a costa de sacrificar tus ambiciones. Persigues la trascendencia. No soportarías que ninguno de los hijos del futuro se acordara de ti, como tampoco no haber acometido obras sustanciales en el curso de tus mejores años, y todo porque preferiste volcarte en una empresa tan volátil y a menudo desagradecida como el matrimonio.

La amenaza de su cercanía le impidió defenderse de sus acusaciones, porque eso eran por su elevado porcentaje de acierto: acusaciones.

Lenore se quedó tiritando con la mirada clavada en el espejo, procurando hacerse invisible con su silencio e inmovilidad. Esto solo

le otorgó ventaja a Edward, que no detuvo su avance hasta que con las rodillas rozó la caída de su falda.

Bendita fuera la moda del polisón, pensó ella en su delirio. Mantenía a los hombres atrevidos como él a cierta distancia.

—No sé por qué mis razones para contraer matrimonio o, en su defecto, mi falta de ellas serían de tu maldita incumbencia —masculló entre dientes, perdido ya todo autocontrol.

—Lo sabes de sobra. Igual que sabías a la perfección lo que estabas haciendo al subrayar que jamás te casarías con un hombre que te quiere. Mejor dicho, sabías cómo lo interpretaría yo, el único receptor de tus advertencias. ¿O acaso habrías sentenciado de un modo tan categórico delante de Samuel Paulson? No pretendes más que disuadirme a mí y solo a mí porque yo y solo yo soy un riesgo de muerte.

Lenore soltó una carcajada amarga y arrojó el pañuelo sobre el tocador.

—Clásico comportamiento burgués: pensar que el mundo entero gira en torno a ti...

Edward la calló con el gesto elocuente de apoyar las manos sobre el borde del mueble, una a cada lado de su cintura. Con ningún otro permiso que el que se concedía él mismo, se inclinó para besarle el lóbulo de la oreja.

Lenore sintió que el suelo se abría bajo sus pies y su cuerpo entero entraba en combustión.

—Burguesa es la moda de mantener conversaciones infectadas de alusiones y eufemismos; una moda a la que desde hace tiempo te entregas con desesperación, solo Dios y yo sabemos por qué —susurró, y apartó una mano del mueble para rodear la cintura femenina—. Creo que ya va siendo hora de que abandones este remilgo impropio de ti y seas fiel al carácter transgresor del que tanto te enorgulleces hablándome con toda franqueza.

Con la garganta seca, Lenore desvió la vista al punto en el que la estaba tocando.

—No sé a qué te refieres.

—¿Ah, no?

Los dedos de Edward treparon costillas arriba para posarse gentil

pero provocativamente en el borde del escote. En honor a la ocasión, Lenore había sustituido sus habituales cuellos vueltos por un atuendo más festivo, esto es, más revelador. Maldita la hora que pensó que exhibir el cuello y las clavículas no tendría consecuencias, y maldito Edward por acariciarle los pechos de forma superficial pero con absoluta reverencia.

Un beso robado al lateral de la garganta le supuso la pérdida de control definitiva.

Lenore se mordió el labio para no jadear.

—Si es cierto que no te conmueven los hombres que te aman —le dijo él con la voz enronquecida. Sonó también sofocado al hablar contra su piel erizada—, dime que me retire.

—¿Para qué molestarme? —balbuceó ella—. No obedecerías.

—Por supuesto que obedecería. ¿No ves que soy esclavo de tus caprichos? Incluso si no estoy satisfecho o solo vagamente conforme con la manera en que te comportas a mi alrededor, callo con tal de conservarte un poco más.

Lenore cerró los ojos, abochornada por su falta de voluntad.

¿Qué le costaba exigirle que se apartara? Por lo visto, una fuerza y una seguridad que no sentía.

—Un poco más —repitió—. Tú mismo sabes que esto terminará más pronto que tarde.

—Por el bien de mi cordura, espero. O gano yo o ganas tú, pero habrá que salir de este infierno.

Lenore seguía agarrada al borde del tocador para mantener a raya el violento impulso de golpear algo, de romper a llorar o de hacer algo aún más vergonzoso, como girarse y abrazarse a él con desesperación. Había deseado hacerlo los días posteriores a la muerte de su padre: buscar en Edward el consuelo de un amigo. Se había reprimido porque sabía que ese amigo ya no existía y en su lugar la habría recibido un atractivo desconocido.

Le partía el corazón que su buen amigo Eddie, aquel muchacho al que tanto amó, hubiera desaparecido para siempre. Rehusaba aceptar a ese nuevo inspector Whishaw como digno sustituto, pues no era más que un farsante que había estudiado de principio a fin su personaje.

Su rechazo era tal que a veces sentía que lo odiaba por usurpador.

Pero también lo deseaba. Por Dios que lo hacía. El roce de sus labios en una zona que no había creído tan sensible la disuadió de seguir luchando contra sí misma y se rindió a todo lo que venía con la deliciosa experiencia: las cosquillas de sus rizos rubios en la porción de hombro que el vestido revelaba, sus manos, endurecidas por razones inexplicables, colándose bajo el escote para propiciar el contacto directo con el pezón.

Ella emitió un sonido vulnerable cuando utilizó la mano libre para tirar de los metros y metros de tela y enaguas que la cubrían decorosamente. La urgencia con la que intentó llegar a los pololos la hizo fracasar en el primer abordaje; al segundo intento, Lenore sintió entre los muslos la caricia de unos dedos que no conocían ni la contención ni el honor, y eso hacía de su destreza algo irresistible.

Se agarró con más ímpetu a la mesa del tocador, pero el sudor de las palmas la hizo resbalar y su mano terminó buscando la recia nuca de Edward como apoyo.

Él también sudaba. Por alguna razón eso la excitó, y fue la excitación lo que le nubló el juicio. Lo único que atinó a conjurar, y en contra de su voluntad, fueron todos esos encuentros con Edward en el pasado reciente que habían prendido la chispa para encender lo que ahora ardía. Esa chispa que, avergonzada y asustada, había procurado sofocar... en vano, claro estaba. Ahora los recuerdos emergían a borbotones para unirse contra ella en una ofensiva de la que no saldría ilesa.

Rememoró el día que bajó las escaleras ilusionada, creyendo que daría la bienvenida a su mejor amigo, y por primera vez en su vida experimentó el más humano —y por eso mismo miserable— arrebato de pasión. Rememoró la tarde en que Edward, valiéndose de sus recién adquiridos conocimientos en las pruebas policiales, le enseñó cómo defenderse si un maleante se cruzaba en su camino: la cogió de las muñecas simulando ser su atacante y ella percibió, no sin espanto, que su cuerpo y su voluntad se doblaban ante él. Rememoró la noche que el no siempre correcto inspector Whishaw se excedió bebiendo con su padre y su abuelo y más adelante fue a buscarla, tambaleante, sonrojado y con los ojos relucientes como

esmeraldas para besarla en la mejilla, peligrosamente cerca de los labios, y desearle en tono sugerente los más dulces sueños.

Era Edward quien estaba avasallando su intimidad, de eso no le cabía la menor duda. No podría confundirlo ni aunque hubiera querido. Conocía su aliento, conocía sus manos, conocía su boca, pero las conocía como quien renacía en un cuerpo diferente manteniendo los recuerdos de su vida anterior. Las conocía porque había tenido su aliento, sus manos y su boca muy cerca durante la infancia, si bien no con fines voluptuosos. Las conocía porque las había tocado en su estado primigenio, antes de que terminaran de crecer, antes de aprender a disparar... y al mismo tiempo le eran extranjeras de otra tierra.

Edward soltó su seno para tomarla de la mandíbula y ladearle la cabeza. Presionó los labios, que ardían como brisa del desierto, contra su barbilla y la comisura de su boca, y ella, sin saber nada salvo lo que el instinto le susurraba —*déjate llevar, Lenore*—, entreabrió la boca para que él pudiera acariciársela con la punta de la lengua.

El sensual contacto la estremeció y le hizo gemir en voz alta su nombre, como una plegaria o como una advertencia. Pero su nombre, al fin: Edward.

Edward Whishaw, su amigo de la infancia.

La asociación del hombre y el niño mediante el nombre disipó la neblina del deseo como una flecha atravesaba el agua. Lenore se tensó, por fin dueña de sí misma, y abrió los ojos para verse en el espejo envuelta en el abrazo posesivo de un hombre que parecía Dios o algo aún más peligroso: parecía su dueño por el modo en que cercaba su torso con la barrera de sus brazos.

Sonrojada y con la garganta atorada, se zafó de su agarre y huyó lateralmente con torpeza. Tenía el escote desplazado, el moño suelto y las faldas arrugadas. Él no estaba menos afectado ni lo había dejado en un estado más presentable: frac torcido, cabello revuelto y una mirada de depredador que le causó una profunda impresión a la par que el efecto de las sirenas sobre los marineros.

«Acércate de nuevo», parecía retarla.

«Jamás.»

Edward hizo un quiebro con la cabeza que podía significar su decepción o la amenaza de que no se libraría de él con facilidad.

—Lenore...

—No digas mi nombre. No me llames —tartamudeó. Se pasó las manos por el recogido revuelto. Exasperada, acabó dejándose llevar por la emoción—. ¡No me mires así!

Edward la desobedeció intensificando la mirada sobre ella y arrojándose en su dirección sin más preámbulos. Lenore dejó escapar una débil protesta y se protegió con las manos de su abrazo. Él la tomó de las muñecas para apartarlas del obstinado corazón que era su objetivo. No lo consiguió pese a que su forcejeo no fue más que una puesta en escena.

—¡Basta! —Intentó sonar exigente, pero se le escapó una nota de indefensión. El músculo de la contrariedad había aflorado en su mandíbula, dándole un aspecto fiero—. Te juro que comprendo tus reticencias por todo lo que he mencionado antes y por todos esos enigmáticos razonamientos tuyos que de seguro se me escapan; quién sabe si también te niegas al sentimiento porque sabes cuánto duele perder a un ser amado...

Sobrecogida, Lenore lo encaró con la barbilla alta.

—¿Y qué, si así fuera? ¿Podrías culparme?

—¡Podría ayudarte!

—¿Ayudarme? —alzó el tono—. ¿A qué? ¿A superar mis miedos? ¡Están ahí para advertirme del peligro!, ¡para garantizar mi supervivencia!

—Están ahí por cobardía.

—¡Sea cual sea el motivo de su origen, no importa cuántos esfuerzos dediques! ¡No puedes meterte en mi corazón y hacer que cambie de parecer!

Edward la soltó, harto, y esperó a haber recuperado el aliento para soltar con insolencia:

—No tengo que meterme. Sé que ya estoy ahí.

Lenore inspiró hondo y contuvo el aire en los pulmones, prolongando el desafío.

—Sí, ocupabas un lugar de honor cuando aún éramos buenos amigos, pero los dos sabemos que estos últimos tiempos apenas

mantenemos un precario equilibrio en la cuerda floja... y esa cuerda está a punto de romperse.

—Y tanto que está a punto de romperse —le ladró él con los puños crispados—. Seré yo mismo quien la rompa cuando te bese.

Lenore reaccionó físicamente a la promesa echando todo el cuerpo hacia atrás. Ahí donde antes había esquivado su mirada, ahora lo enfrentaba con los ojos como platos, rogándole, sin ser consciente, que no se atreviera porque arrojaría toda su vida por la borda.

Pero había en él una tórrida determinación a convencerla, y si eso requería que la deshiciera primero con caricias osadas, lo haría. Edward la tomó de la barbilla con suavidad y se inclinó despacio. Ese fue su error: concederle el tiempo y el espacio para debatirse.

Lenore giró la cara.

—No —jadeó sin voz.

—¿No?

—No...

Sacudió la cabeza, al principio despacio. Un ramo de preguntas a cuál más indignante brotó en medio de su confusión. ¿Por qué tenía que enfrentarse a una situación así? ¿Por qué era acorralada por unos y otros, por unas causas y otras?

Al límite de su capacidad, gritó:

—¡No! ¡Aléjate de mí! ¡Todos creéis saber mejor que yo lo que me conviene y lo que necesito! ¡Os equivocáis!

Edward se quedó anonadado.

—¿Con qué otros me estás equiparando? Hasta donde sé, y sé bastante porque he crecido contigo, soy el único que te conoce en profundidad, que está al tanto de las dificultades que has sufrido y que se maravilla, sin prejuicio alguno, con cada paso que das, incluso si es para cometer un error.

—¿Y eso te convierte en el acto en la persona indicada para mí? ¡No me gusta cómo me siento cuando estoy contigo! —confesó con un bramido—. ¡Y no entiendo cómo puede gustarte a ti verme de esta manera, tal cual estoy ahora!

—¿Cómo se supone que...?

Lenore lo miró con los ojos llenos de lágrimas de horror.

—¡Como si estuviera loca!

La palabra resonó entre los dos como el eco de una sentencia divina.

Lenore enfocó la vista por primera vez desde que había empezado a descontrolarse. Edward la estaba mirando inmóvil en una pose defensiva y a la vez rendida, debatiéndose entre la perplejidad y la rabia.

No fue en lo único en lo que se fijó. Reparó en que ante sí tenía a un hombre hermoso, responsable y apasionado, y que solo daba la terrible casualidad de que ese hombre había sido antes un niño raquítico con el humor de un bufón y aspiraciones de piratería al que había querido como un hermano. Sobre el Edward menor que protagonizaba sus recuerdos de la infancia y al que siempre había sabido atar en corto se superponía la imagen de un Edward adulto cuyo comportamiento escapaba a su manipulación y que por este preciso motivo se negaba a acoger en su corazón.

Pero sus ojos eran de un verde tan vivaz que era imposible imaginar que no fuera a vivir para siempre; era imposible creer que alguna vez todo aquel fuego pudiera apagarse. Le había crecido una barba corta y no muy tupida de un rubio oscuro que se asemejaba al bronce de las primeras estatuas, las que instauraron el canon e inventaron la belleza, y entre aquella mata de pelo facial se perfilaban los labios de los que brotaban las palabras más desconcertantes.

El día que pronunciaran una declaración de afecto sería su final.

Lenore se cubrió la cara húmeda con las manos, sollozando.

—Nada de esto tiene sentido para mí. Nada.

Tan sumida estaba en su propio delirio que no oyó la voz de su hermana llamándola desde la entrada al tocador, en la que se había personado. Le pareció, no obstante, que alguien con su tono agitado le explicaba que la había estado buscando; que debía volver al salón o su ausencia levantaría suspicacias.

Solo reaccionó cuando intuyó una nota de preocupación en su cadencia familiar. Para entonces, Isobel ya había reparado en Edward, en el penoso estado de ambos, y actuado sobre su deducción: demostró ser una mujer curtida en saberes que a Lenore se le escapaban —y así quería que siguiera siendo— dirigiendo al

inspector su reproche, dándole a ella la oportunidad perfecta de huir de la escena sin decir media palabra.

CAPÍTULO 16

—¿Escabullirte de tu propia fiesta! ¿Qué será lo siguiente, Eleonora?

La reprendida tuvo que asumir con la cabeza gacha cuantas recriminaciones le dirigió el barón. Esto aconteció durante la cena de la noche siguiente, cuando por fin se dignó a abandonar el refugio de sus aposentos: el resto de la jornada la había pasado ahuyentando a los criados y a la solícita Theresa con el pretexto de hallarse indispuesta.

Y no había mentido. Desde que podía recordar, su punto débil habían sido las emociones. Un exceso de pasión, si no la postraba en cama, al menos la dejaba de un ánimo huraño difícilmente soportable para quien estuviera a su alrededor... empezando por ella misma, que al sentirse fuera de control creía estar lidiando con una desconocida en su propia piel.

—Estoy esperando una respuesta —insistió su abuelo. La miraba desde la otra punta de la mesa con un cubierto en cada mano, los cantos apoyados a sendos lados del plato—. ¿A qué se debió tu estampida, Eleonora? A estas alturas deberías tener una excusa lista. ¡O una disculpa!

—Humbert...

—Ahora no, Theresa.

El tajante desdén del barón activó una fibra dormida en la mujer, que se envaró visiblemente y castigó a su marido con una mirada ofendida.

—Ahora sí, Humbert. Ahora más que nunca. ¿He de recordarte que Lenore perdió a su padre hace menos de un mes? ¡Disculpas deberíamos pedirle nosotros por exponerla tan pronto a las presiones de una velada social! Dimos por hecho que estaba

conforme con la idea de la velada sin haberla escuchado antes, y eso es de una falta de tacto imperdonable.

—Digo yo que si la señorita tiene fuerzas para tomar el metropolitano para visitar la casa de su amiga recién casada, la biblioteca municipal y una iglesia de Spitalfields, las tiene asimismo para profundizar en las relaciones con sus pretendientes... Claro que entendería que se le hubieran agotado las energías con el trajín de tanto desplazamiento —apostilló Humbert con dureza.

—A veces eres un insensible —le reprochó Theresa.

Y procedió a seccionar la ternera del plato como si quisiera abrir un tajo en la porcelana.

No era la clase de mujer que exageraba su indignación con un portazo teatral. Se bastaba con la palabra para dar a conocer su disgusto, y eso era algo que Lenore admiraba, si bien la fuente de su poder no residía tanto en su carácter como en la debilidad que Humbert sentía por ella.

—Te equivocas —contraatacó su abuelo. Estaba tan ofendido que hasta los reproches de Theresa le entraron por un oído y le salieron por el otro—. Tengo bastante manga ancha, o de lo contrario Eleonora no se habría sentido en la libertad de retirarse a su alcoba mientras la velada transcurría en el salón. Me has avergonzado, niña.

Le pareció que Theresa negaba con la cabeza en silencio. No lo supo con certeza porque no la miró directamente: mantuvo la vista clavada en el plato —que no había tocado— hasta que Humbert dejó de proferir acusaciones muy válidas.

Obtuvo permiso para levantarse cuando los criados sirvieron el digestivo y el barón Fellowes ya se había dado por satisfecho con su reprimenda.

Regresó a su dormitorio con la misma turbación que la había enviado allí la noche anterior. En lugar de esconderse bajo las sábanas, lugar en el que ya había quedado demostrado que no estaba a salvo de sus tórridos recuerdos, se acodó en la repisa del ventanal y lanzó una mirada entre anhelante y resentida a la mansión gótica.

Le habría gustado decirle a su abuelo que él no había sido el único

decepcionado con el desenlace de la velada. Alternar con Dariy en terreno neutral había sido cuanto Lenore había pretendido al aprobar la celebración de la fiesta. Esta ingenua expectativa no solo no se había cumplido, sino que la había colocado en una situación con Edward de la que no sabía cómo sobreponerse.

Aprovechando que seguía vestida y que las voces de sus parientes se habían perdido ya en el dormitorio principal, aún entrecortadas por la tensión, salió del dormitorio en busca de estímulos. Se convenció de que lo ocurrido en la fiesta había sido una mera distracción, un traspié que la había alejado de la que era su prioridad.

Ahora que había tomado distancia con Edward podía volver a pensar con claridad.

El reloj marcaba las once menos cuarto de la noche cuando se plantó ante el portón vecino. Las puertas de doble hoja eran de una majestuosidad innegable; una obra de hierro forjado con filigranas enmarcada en un arco ojival desgastado por el tiempo. Las encuadraba una pareja de columnas de piedra tallada sin otro detalle sorprendente más allá de los casi dos siglos que llevarían en pie.

Después de llamar con los nudillos, Lenore siguió con el dedo el trazo de las hermosas florituras.

No había esperado que fuera Dariy en persona quien se encargara de recibir a las visitas, claro que habría compadecido a la totalidad del servicio por convivir con el depredador de la raza: la pilló con la guardia baja toparse de frente con sus ojos, reflejo inhumano de las sombras que había traído de escolta, y con la porción triangular de piel de alabastro que el batín de fumar rojo escarlata dejaba a la vista. Llevaba el pelo recogido en una coleta sujeta por un lazo. Dos afortunados mechones le acariciaban los pómulos, que la luz plateada de la luna afilaba como los colmillos de un lobo.

Comprendió que debería haberse preparado para el reencuentro después de compartir con él su primer beso. Había enmudecido y le ardían las mejillas. Suerte que Dariy se entendía con ella sin necesidad de palabras y se apartó de la puerta para adentrarse en la oscura noche de su casa, una invitación no verbal a seguirlo.

Gracias al instinto y no a unas indicaciones explícitas, Lenore llegó a donde el marqués había decidido ponerse cómodo para recibir la madrugada. Había ignorado los sillones y canapés de moda para tomar asiento en una alfombra con motivos tribales. Una colección de almohadones forrados de satén brillante le rodeaba como un coro de niños curiosos.

Sobre la mesita baja que le cubría las piernas descansaba una pipa narguile. Lenore la reconoció gracias a una visita médica que realizó con su padre a un fumadero de opio de Limehouse. El doctor Nightingale se había inclinado sobre ella para explicarle que un aparato exótico de semejante lujo era impropio de antros para opiómanos, y luego pidió permiso al persa que fumaba en reposo para estudiarlo de cerca. El propietario estuvo encantado de contarle cómo y dónde lo había conseguido para luego proferir toda suerte de quejas relativas a los mediocres gustos de la clientela, que «a juzgar por sus preferencias, dirigidas al opio, al tabaco de pipa y otras baratijas en comparación, no eran ni serían nunca fumadores de verdad».

Dariy la había estado observando en sumo silencio mientras contemplaba el entorno.

—¿De dónde ha sacado la pipa?

—La adquirí en un bazar de la frontera de Pakistán con la India. Espere; creo que esa indicación geográfica no es aún correcta. Todavía nos queda muy lejos el Acta de Independencia de la India... —Hizo una brevísima pausa, por si acaso ella pretendiera meter baza, pero Lenore ni siquiera había caído en la cuenta de su error—. No es propio de señoritas visitar a un hombre soltero a altas horas de la noche.

—Creía que no era usted un hombre. Pero, en cualquier caso, tampoco es propio de caballeros abrirles la puerta a sus visitantes después de las cinco.

—En eso le doy la razón. Lo que soy menos que ninguna otra cosa es un caballero.

—No hace falta que lo jure. No acudió usted a la fiesta a la que se le había convidado y tampoco se molestó en advertir de su ausencia.

Pensó que tendría que hacer un esfuerzo por no desviar la mirada

a la colección de maravillas que ofrecía el museo de su salón, pero la imagen que Dariy presentaba tendido entre cojines de seda, como un maharajá, era tentadora como para obviar lo demás.

Él desestimó el reproche que entendía como ilegítimo entornando los ojos y dando una lenta calada a la pipa. Del curioso invento pendían dos boquillas como trompas de elefante. Cada vez que exhalaba, el olor a tabaco aromatizado caldeaba la habitación. Era muy distinto del que impregnaba la ropa de su padre cuando fumaba en pipa.

—¿Para qué advertir de algo tan obvio como una ausencia? ¿No es acaso una de esas cosas que hablan a gritos y de las que uno se percata en el acto?

—¿Y qué hay de una justificación, señor Vranitsky? ¿Tampoco me dará ese gusto?

—Tenía entendido que se pretendía encontrar marido a la homenajeada —contestó como si le estuviera haciendo un inmenso favor—, y no es por desmerecer mis inmarcesibles encantos, pero no me siento el joven indicado para aspirar a semejante honor.

—Le estuve esperando.

La réplica de Dariy pisó su segunda recriminación.

—Mentira. —Sus ojos despidieron un brillo acerado, señal de su irritación. Luego ladeó la cabeza para estudiarla con curiosidad y reconsiderar su opinión—. Aunque sí me creo que la velada se torciera y terminara retirándose antes de tiempo. ¿No se divirtió?

Lenore se acogió a su derecho a no responder y se adentró con paso prudente en el salón.

Aunque había supuesto que el corazón de la casa sería majestuoso, todo lo que giraba en torno a Dariy se las apañaba para asombrarla cada una de las veces: por fuera era un ejemplo canónico de arquitectura gótica, pero el interior albergaba un sincretismo de culturas. Los cortinajes de terciopelo púrpura, divanes de damasco con patas curvas al estilo Versalles y lámparas de araña exudaban el lujo europeo del que habría gozado durante sus viajes a través de todas las épocas, mientras que el arte decorativo otomano honraba los orígenes del propietario: tapicería de Oltenia y Maramures forraba suelos y sillas de comedor, y la decoración

consistía, sobre todo, en iconos ortodoxos y antiguos talismanes envueltos en un halo de misticismo. El olor fue lo que la trasladó a una región que nunca había pisado: una densa y mareante combinación de cera caliente e incienso solo atenuada por la miel y la melaza que aromatizaban el tabaco.

Lenore se detuvo frente a una de las vastas estanterías para admirar la imagen de una Virgen con el Niño.

—Jamás le he tenido por un hombre devoto, señor Vranitsky.

—El cristianismo ortodoxo es un símbolo de la cultura del Este, y me gusta homenajear el folclore patrio.

Lenore sonrió sin mirarlo y alargó la mano hacia el siguiente objeto que captó su atención, una daga boyarda con la empuñadura de hueso.

—Espero que en público no se refiera a la profesión de fe como «folclore», o se granjearía más de un enemigo con las gracias del Señor de su parte. —A continuación señaló la pieza con el dedo—. ¿La ha usado alguna vez?

—La blandió un viejo amigo mío en un duelo por honor. Acabaron matándolo con ella.

Lenore dejó caer el brazo disimulando que la había impactado.

—Se pronuncia usted con tanta distancia sobre la tragedia que no me inclina a entretenerme con pésames.

—El tiempo también transcurre para quien parece inmune a sus efectos, Lenore. Tiene las mismas propiedades curativas que para la humanidad. Si alguna vez sufrí por mi buen amigo, ya lo he olvidado.

—No sé si acusar la falta de lealtad de no llevar por bandera la memoria de quienes amó o sentirme aliviada al saber que al menos tuvo un amigo mortal antes que yo. —Dariy reaccionó levantando las cejas en un gesto que vino a significar que su relación de amistad aún estaba por verse—. Sé que en un Londres no muy lejano los duelos de honor se celebraban por las razones más peregrinas, pero ¿qué causas incitaban a un noble rumano a arriesgar su vida?

—Las mismas que aquí; las mismas que en todas partes. Viejas rencillas familiares, deudas económicas pendientes de saldo..., una traición amorosa.

—¿Cuál fue la gota que colmó el vaso para su amigo?

—Él fue un caso único. Lo mató la estupidez —resolvió con desdén. Se acercó la boquilla de la pipa a los labios y dio una larga calada. Esperó a haber expulsado el humo y a haber picado la curiosidad de Lenore para profundizar—. Coincidirá conmigo en que batirse en duelo por una mujer que no le ama a uno es una manera absurda de morir. Si el propósito es defender el honor de la dama y esta ya ha elegido la deshonra metiéndose voluntariamente en el lecho de otro, al final lo único que consigue quien arroja el guante es importunar a una pareja enamorada... de modo que el tiro o la puñalada, en rigor, se los tendría merecidos por entrometido.

Lenore se humedeció los labios.

Era imposible que Dariy estuviera acusándola entre líneas del delito. No tenía modo de saber que él no había sido el único que la había besado.

¿O sí?

Le había jurado que no leía el pensamiento, pero cuando se encontró con su mirada le dio la impresión de que se estaba comunicando con ella a través de la mente. Y no para juzgarla, como dedujo de su expresión neutra.

Como siempre, priorizando la respuesta a sus preguntas sobre el peligro o la duda, siguió paseándose entre las estanterías. Además de volúmenes de incalculable valor de algunas de las grandes obras de la literatura, todos ellos escritos en cuantos idiomas pudiera pensarse —no solo lenguas romances; también orientales y muertas —, había una colección de objetos traídos de diversas culturas sobre los que no pudo resistirse a indagar. Creyó estar soñando mientras revoloteaba por los estantes cogiendo lo que se le antojaba, igual que un niño en una tienda de dulces, y preguntaba, sin avergonzarse de su ignorancia, qué era esto o aquello. Y esto y aquello era un grimorio manuscrito por un alquimista renacentista, una máscara de madera rumana, un cinturón bereber cosido con pelo y cuentas, un mapa otomano del Danubio que se remontaba a tres siglos vista, el catalejo de un pirata capturado en las costas de Cuba...

Le llamó la atención una piedra aplanada e iridiscente del tamaño

de una ciruela.

—Una piedra lunar de Myanmar —resolvió él—. Aquí conocéis la zona como Birmania, si no me equivoco.

Lenore la tomó entre las manos como agua que no quisiera derramar y admiró su misterioso reflejo. Reflejaba una luz azul hipnotizadora.

—Parece un amuleto robado de un cuento de hadas.

—Ha sido mencionada en algunas leyendas del folclore. Se tiene la creencia de que cambia de color dependiendo del estado emocional de quien la sujeta. También se dice que, si se sostiene con intención pura, puede revelar verdades ocultas. Pero eso solo es literatura —concluyó apaciblemente.

Lenore se giró hacia él con los ojos muy abiertos.

—¿Y fuera de la literatura? ¿Qué cuentan sobre ella?

Dariy abandonó por fin su trono de maharajá incorporándose con la lentitud con la que lo hacía todo. Lenore se perdió en la caída natural del batín, de una seda fina que solo podía importarse de rincones remotos de la Tierra. El brillo escarlata de la prenda en contraste con su piel color champiñón le recordó a una gota de sangre sobre la nieve. La exuberancia de su belleza callada la sobrecogió más y más conforme se acercó, descalzo y con el cabello y la bata ondeando a su espalda.

—Es una piedra de luna —respondió cuando ya había llegado a su altura. Posó la yema del índice en el mineral, con cuidado de no rozar la piel de Lenore ni por casualidad. Su prudencia la descolocó —, y, como la luna en sí misma, alude a conceptos sacados del ocultismo, como la intuición y los sueños. Se dice que protege a los viajeros nocturnos en sus travesías marítimas. —Hizo una pausa antes de añadir en otro tono—: También es un símbolo del amor no expresado.

Lenore alzó la vista hacia él, que ya la estaba observando con expresión solemne.

—Usted es un viajero nocturno, ¿no?

—Es uno de mis tantos nombres, sí. Un condenado al eterno nomadismo.

—Pues para ser nómada, señor Vranitsky —abarcó el salón con un

aspaviento, sonriéndole con simpatía—, se ha cobijado usted en una cueva de lo más acogedora.

—No dormiré bajo estos cielos por mucho tiempo. Por razones que podrá imaginarse, no puedo pernoctar en la misma ciudad más de cinco o seis años; no si vivo en comunidad, al menos.

—¿Y cuántos lleva aquí viviendo?

—Apenas llegué hace unos meses.

La noticia la estremeció de ilusión. Se sintió una niña la noche de Navidad.

—Eso significa que este solo es el principio de una bonita amistad.

Él le devolvió la sonrisa a medias, como si únicamente a medias estuviera presente, como si exclusivamente a medias existiera. Pero Lenore sentía que Dariy era lo único real que había en todo el mundo, y se reafirmó cuando se inclinó sobre ella para medirla como una digna rival.

Agradeció al cielo que por una vez la hiciera partícipe de sus conclusiones.

—Desde luego, Lenore —suspiró—, si alguien puede ser amigo de los lobos, esa es usted.

—¿No celebra tener con quien compartir todas estas maravillas? A veces pienso que de poco o nada sirve acumular belleza si no hay nadie ahí para apreciarla. —Paseó una mirada reflexiva por el museo de sus estanterías y murmuró—: Si no nos miran, ¿existimos?

Dariy la contempló en un silencio respetuoso durante largo rato. Ella no se atrevió a apartarse o rehuir la vista. Tampoco a respirar.

No le había interrogado acerca de los aspectos anatómicos, dones y habilidades que le hacían único, pero porque estaba segura de que un cuestionario, por exhaustivo que fuera, no la ayudaría a sacar conclusiones ni la mitad de lo que podría inspirarse mediante la observación.

Había aprendido lo indecible solo atendiendo al poder que ejercía sobre sus emociones.

Cada vez que se encontraban, se sorprendía de la incapacidad de su mente mortal para albergar en su totalidad los detalles y la grandeza de la criatura. Se le olvidaba lo alto que era, como un rayo del sol apuntando a la tierra; la extensión de los hombros que

parecían un buque de guerra, la piel tan delicada como las flores de invernadero.

Verlo cada vez era un maravilloso descubrimiento. Y ella debía significar algo similar para él, porque vigilarla entre suspicaz y ahogado de curiosidad se había convertido en su obsesión.

Dariy alargó la mano hacia su sien y le rozó con los dedos un mechón de pelo. Establecida ya la proximidad, no tuvo ningún sentido que entretuviera cortesías.

—Espero que seas consciente de que tu sensibilidad es la fuente de tu dolor y de tu supuesta locura, *urechiușă*.

—¿Cómo me ha llamado? —Dariy insinuó una caricia al borde del cartílago y ella entendió que era un apodo relacionado con sus orejas. Suspiró, divertida, y se cubrió la que él no estaba mimando —. Mi madre me decía que Dios me castigó separándomelas de la cabeza por ser demasiado entrometida.

—Yo no diría tanto por castigo, pero podría concederte que hubo una intención divina detrás de este capricho anatómico —meditó en voz baja, abstraído—. En los cuentos de mi tierra, los personajes poseen rasgos peculiares en referencia a su linaje especial. Y en las leyendas sintoístas del Japón, se dice que los animales con orejas grandes oyen las palabras de los dioses del viento.

—Siguen siendo espantosas —se rio, cómoda con su imperfección.

—Son osadas y traviesas —corrigió con las cejas enarcadas—; una advertencia de lo que se encuentra debajo.

—Parece que se haya propuesto consolar mis defectos, señor Vranitsky.

—Tú no haces menos por mí. —Le dio el perfil con la intención de guiarla al salón anexo. Se recuperó del momento de complicidad con una larga inspiración—. Venga conmigo. Mis colecciones no acaban aquí, y sospecho que podrá encontrar esta otra mucho más interesante.

Lenore lo siguió pasillo a través. La conversación le había dejado una agradable sensación de calidez. Se sentía envuelta por un halo protector.

La iluminación era tenue en toda la casa, o al menos en la planta baja. Dariy debía de estar tan acostumbrado a habitar las sombras

que le molestaban las luces vibrantes de las lamparillas de gas, o quizá se decantara por pesados candelabros por nostalgia hacia los viejos tiempos.

Conforme se iban adentrando en las entrañas de la mansión, Lenore se fue haciendo un esquema mental de cómo habría sido en sus orígenes; nada de parqués recubiertos de tapicería oriental, sino paredes y suelos de piedra maciza con tendencia a acumular humedad. Aunque descendieron por unas escaleras sospechosas que apestaban a moho, Lenore no temió la presunta naturaleza traicionera del *homo immortalis* y obedeció sus indicaciones con plena confianza. Así llegaron ante una pesada puerta de madera que emitió un gritito virginal.

Lenore jadeó de asombro en cuanto obtuvo una vista panorámica del paraíso que la esperaba al otro lado.

Un laboratorio.

—Dios santo.

Ahí donde los corredores hasta el sótano habían presentado un aspecto dudoso por la pésima conservación, el sótano estaba aislado de humedades y provisto del instrumental necesario para profundizar en la investigación. La que fuera. Cruzó el umbral sin esperar la invitación de Dariy, lo que le valió una sonrisa socarrona de su parte, y confirmó que aquello no era una excentricidad propia de ricos aburridos; pasando la mano por el borde de las mesas de trabajo de madera maciza, descubrió quemaduras y astillas levantadas, señal inequívoca de que se le daba un uso frecuente.

Al igual que las estanterías del salón, las baldas rebosaban interés por el conocimiento, solo que de tipo científico: a través de los gabinetes de cristal se apreciaban los frascos con muestras en formol de pequeños roedores y órganos cuyo origen se cuidó de preguntar, productos químicos, colecciones de minerales, hierbas secas y resinas.

Los materiales técnicos se hallaban dispuestos como un ejército en fila india.

Lenore se abalanzó sobre los tubos de ensayo, embudos y alambiques de vidrio soplado.

—¡Placas de Petri! —exclamó, y, entusiasmada, miró a Dariy

sosteniendo el recipiente redondo con una sonrisa—. No hace ni cinco años desde que salieron al mercado y usted no trabaja en un ámbito científico. Debe de estar muy bien informado o ser verdaderamente rico para permitirse un laboratorio tan bien equipado.

—La edad me ha permitido ir ahorrando cada año una modesta suma.

Lenore soltó una carcajada emocionada.

—A raíz de su afición conoció a mi padre, ¿me equivoco? —Levantó la placa y lo miró a través de su superficie transparente—. Compartían ustedes el interés por la ciencia.

—Así es. —Dariy abandonó el refugio del umbral y entornó la puerta para acercarse a ella con prudencia, como si anticipara una reacción desmedida—. Trató de ayudarme a encontrar la cura de la enfermedad que me está volviendo loco.

La sonrisa de la joven se disolvió.

—¿Está usted enfermo?

—Así es, Lenore. Sufro de inmortalidad y ansío ponerle remedio.

CAPÍTULO 17

Lenore aguantó la respiración un segundo.

—¿Qué quiere decir?

—Lo que su extraordinaria inteligencia le ha permitido entender —respondió con intransigencia, como si de pronto no le perdonara una sola ingenuidad—. Deseo morir y aún no he descubierto la manera. Su padre tampoco la averiguó.

Paralizada por el espanto, solo pudo reírse entrecortadamente.

—¿Morir? —Por más que buscó las palabras adecuadas para disuadirlo, lo único que atinó a expresar fue una rotunda negativa—. No.

—¿No?

—No —insistió, y depositó con firmeza la placa de Petri sobre la mesa.

La necesidad de huir fue superior a su aspiración de investigar el laboratorio; incluso a su sentido común, a sus fuerzas y a los modales aprendidos, que prohibían de forma terminante zanjar una conversación con brusquedad.

Nada en el mundo podría haberla descolocado más que una declaración de esas características.

Apenas había alargado la mano hacia el pomo, no obstante, cuando Dariy se interpuso entre la salida y ella.

—¿La he ofendido? —preguntó con fingida confusión.

Lenore se aferró a sus puños crispados para contener un acceso de emoción.

—Sí, me ha ofendido.

—¿Por qué motivo? —Ladeó la cabeza—. Cualquiera diría que la he conducido engañada a mi sótano con el objeto de devorarla.

—Tal cosa me habría resultado perdonable y hasta comprensible,

pues a fin de cuentas la depredación es requisito de su condición.

—Sostiene entonces que matar es honesto, pero querer morir es antinatural.

—¡Lo es porque va contra su primera naturaleza, que es la eterna supervivencia!

—Pensaba que deseaba conocerme en profundidad.

Lenore apretó los labios.

—Ese deseo suyo de acabar con su vida me es familiar de sobra, señor Vranitsky. Seguro que no le sorprende que le diga que no es infrecuente entre los mortales, sobre todo entre aquellos a los que se les prohibió descansar en camposanto por llevar a término su deseo.

—¿Qué es lo que me reprocha? ¿La ha decepcionado que su adorada criatura mágica no esté por encima de algunas debilidades humanas?

—¡Sí! —le gritó—. ¡Sí, me ha decepcionado!

Dariy la sobresaltó agarrándola de la muñeca para retirarle de un tirón la manga del vestido. Así reveló una serie de cicatrices pretendidamente horizontales pero irregulares por el estado enajenado en el que se trazaron, ahora blanquecinas por la curación del tiempo.

Lenore perdió la respiración y denunció su osadía con una mirada inyectada en sangre.

Él la observó sin ningún tipo de emotividad.

—Respondiendo a su pregunta, no, no me sorprende que la ideación suicida gobierne y a menudo pudra algunos corazones latientes —se limitó a decir. Lenore se cubrió tan rápido como recuperó la autonomía de su brazo y trató de apartar a Dariy de la única salida, pero era inmenso y envolvente como una catástrofe natural—. He debido equivocarme con usted, señorita Nightingale. Pensaba que, además de las peculiaridades de mi composición sanguínea, quería estudiar mis orígenes históricos y mi moralidad. Veo que no, y que para usted no soy nada distinto de un animal extraño que no tiene derecho a un criterio propio.

La indignación la impulsó a empujarlo por el pecho.

—¿Y qué soy yo para usted sino el verdugo que pretende que le

ayude a morir? ¡Si hubiera sabido que la condición de estudiarlo sería colaborar en su extinción, le habría dejado en paz mucho antes!

Dariy la miró desde su estatura fastidiado por su mediocridad. Con voz neutra y ningún otro propósito que enfurecerla, señaló con languidez:

—¿Sabe? Ahora mismo está exhibiendo síntomas de locura, señorita Nightingale.

Lenore lo enfrentó con una mirada fúnebre.

—Y, sin embargo, no estoy ni la mitad de enferma que cuando intentaba acabar con mi vida —rebatió sin amilanarse—. Me resisto a creer que mi padre se prestara a ayudarle en tan trágica causa. Era médico, no ejecutor, y si ya regresaba a casa destrozado de pensar que no había podido salvar a un niño de la escarlatina o a una prostituta de la sífilis, ¿cuánto no se habría opuesto a ser causante directo de la agonía de una raza única?

—Pensaba que la labor del médico era respetar los deseos de su paciente.

—¡No si sus deseos no son respetables! —rugió, fuera de sí.

—Ni siquiera ha oído mis motivos aún.

Lenore soltó una carcajada carente de humor. Se pellizcó el puente de la nariz, uno de sus rituales para invocar la paz mental.

—¿Qué motivos podría tener, señor Vranitsky? ¿Que ya ha vivido suficiente, quizá? ¿Y qué espera encontrar en la muerte que sea más interesante y ofrezca más oportunidades que la promesa de un nuevo día? ¿Que acumula el sufrimiento de cientos de miles de experiencias trágicas, tal vez? ¿Y se supone que morir pondrá fin al círculo perpetuo del dolor?, ¿que no lo heredarán los seres amados que abandone en esta Tierra, dejando sus corazones ardiendo...?

Dariy esbozó una sonrisa burlona.

—¿De qué seres amados estaríamos hablando? Soy una suerte de holandés errante que...

—Yo notaría su ausencia —le interrumpió atropelladamente—. Yo pensaría en usted.

Dio por sentado que Dariy se mofaría de su vehemencia incluso si no era un hombre dado a la socarronería, y es que a cualquiera se le

habría antojado inconcebible que una muchacha le hubiese tomado cariño a una bestia en el transcurso de varios encuentros. Pero ni él ni ella sintieron que hubiera engaño en su declaración. Lenore en concreto descubrió que, en contra de todas sus creencias sobre sí misma, no le era imposible desenmarañar la complejidad de sus sentimientos y expresarlos en voz alta.

—Estoy cansado, Lenore —resumió él con voz queda—. Eso es todo.

Ella apretó los labios para reprimir un puchero.

—En ese caso, búsquese otro cabeza de turco que le ponga a dormir. No seré yo la que le cante una nana y le sostenga la mano mientras se despide de lo conocido.

Debió sonar terminante, porque Dariy le concedió su deseo apartándose de la puerta.

Lenore salió de allí como alma que lleva el diablo. Se remangó las faldas para subir las escaleras impulsada por la energía de la rabia, que podría haber movido montañas, pero no llegó a poner un pie en el segundo peldaño porque él la condenó con una advertencia.

—Si se marcha ahora, no volverá a verme.

Lenore agarró con más fuerza la tela del vestido, muerta de impotencia. Centró la vista en un punto perdido de la escalinata y trató de convencerse de que lo odiaba por ponerla en tan difícil posición. Pero no podía odiar a una criatura que sufría los mismos impulsos destructivos que ella misma había padecido en el pasado, y que con más recurrencia de la que nunca admitiría seguían torturándola.

La idea de no volver a verlo no solo le resultaba insoportable, sino que se le presentaba como un disparate; algo que no se le había ocurrido plantearse en ningún momento. Había sabido que era eterno antes incluso de distinguirlo por nombre y rostro, y esto le había producido un alivio desmesurado.

Por fin había alguien en el mundo que nunca la abandonaría, no porque no quisiera, sino porque no podría. Pero más allá de que perderlo le fuera antinatural por la que era su primerísima condición, Lenore no podía ni quería contemplarlo porque no solo era el único ser inmortal sobre la Tierra, sino el único que no creía que debiera

perdonarle sus rarezas y que, para colmo, tenía el descaro de celebrárselas. La histeria diagnosticada, la insolente insistencia, el deseo de dedicarse a la medicina y hasta las orejas de soplillo. Solo él la veía en su conjunto y lo aprobaba sin objeciones de tipo ético o social.

Para Dariy, la existencia de Lenore no era ni un error ni un abuso de licencias.

Se humedeció los labios y cuadró los hombros antes de girarse a mirarlo con indefensión. Abrió la boca para reiterar que no pensaba colaborar en su destrucción. Antes matarse ella que ayudarlo a morir. Pero ponerse en sus zapatos le era tan fácil como respirar, y se podía figurar con qué contraargumento la atacaría si se pronunciaba de nuevo.

Se podía figurar, también, la clase de locuras que cometería si ella lo abandonaba a la suerte de sus ideas suicidas.

No. Debía convertirse en un caballo de Troya: hacerle el regalo de su comprensión mientras por dentro urdía el modo de disuadirlo.

Lenore rehízo sus pasos y se plantó ante él con la barbilla erguida.

—¿Conserva las anotaciones que hiciera mi padre sobre el estudio de su inmortalidad?

—Tomé la precaución de quemarlas.

—Entonces pretende que empiece de nuevo —se rio sin energía—. La única razón por la que me ha permitido asomarme a esta milagrosa vida que es la suya era la esperanza de que retomara la investigación o le diera un giro creativo, ¿me equivoco?

—No se equivoca, no.

—¿Y era necesario que me besara para inducirme a aceptar? —le soltó cargada de rencor.

La sonrisa que el marqués esbozó tuvo el rastro de una picardía extinta. Apostaba por que se la había robado al Dariy niño que todavía se acostaba planeando las travesuras del día siguiente.

Reservándose una respuesta misteriosa, se apartó de la puerta y la invitó a pasar con un aspaviento tan galante como burlón. Esperó a que ella cruzara airada el umbral para enseguida descolocarla con una coquetería inesperada:

—«No es la necesidad la que engendra el deseo, sino el deseo el

que finge la necesidad». —Viendo que Lenore frenaba en seco con las mejillas ruborizadas, Dariy se enderezó, orgulloso, y añadió con aire desenfadado—: Una cita de Voltaire.

—Que de seguro fue íntimo amigo suyo, como los faraones egipcios y Robespierre..., viejo fanfarrón —refunfuñó ella por lo bajo.

—Difícilmente habríamos coincidido el pensador y yo —replicó, brioso—. Los franceses nunca han sido santos de mi devoción, y el siglo pasado estuve viajando por las Américas. Me interesaba observar de cerca la evolución de un país que pronto se convertirá en el centro del mundo.

«Por lo visto, le pone de un excelente humor la idea de acercarse a la extinción», pensó con un nudo en la garganta.

—Por desgracia para usted, su teoría se cumplirá o fracasará cuando ya no esté aquí para verlo. —Revuelta aún por la confesión de Dariy y escarmentada por haber sacado a colación el beso que no debía mencionarse, se dirigió con seguridad al equipo de instrumentos. Como ya no tenía caso ocultar las cicatrices de los brazos, se remangó con diligencia e inspiró hondo—. Señor Vranitsky —lo llamó con renovada energía—, en primer lugar voy a necesitar estudiar quién es usted.

Dariy levantó las cejas.

—Un interesante enfoque.

Lenore arrugó el ceño, extrañada.

¿Qué enfoque le habría dado su padre, si no? No dejaba de ser el referente del que había aprendido cuanto sabía: él, la inmensa mayoría de libros de medicina publicados en inglés hasta la fecha y alguna que otra conversación con el solícito doctor Barnes. Incluso había prestado atención a los diagnósticos del desabrido Winthrop cuando él no era consciente de que ella, vulnerando sus preciadas normas, andaba pegando la oreja.

—Un enfoque básico —corrigió mientras husmeaba entre los cajones para recolectar los materiales que iba depositando a un margen de la placa de Petri—. Uno de los principios más célebres de *El arte de la guerra* reza que, para derrotar a un enemigo, hay que conocerlo. Su sangre me revelará los que son sus puntos débiles. De este modo sabré cómo atacarle —determinó, y levantó la aguja que

acababa de encontrar—. ¿Está conforme con que analice sus fluidos? Mi padre disponía en casa de un microscopio óptico que puedo emplear para el estudio.

Como toda respuesta, Dariy se encaminó a una de las mesas vacías. Se encaramó de un salto que, con su parsimonia, pareció más bien un pasito, y a continuación se deshizo del batín.

El primer impulso de Lenore fue apartar la vista, ruborizada, pero la visión de su pecho aun de soslayo la impresionó y no osó mover una pestaña.

Nunca admitiría que llevaba semanas imaginando la desnudez de Dariy. Cabía esperar que, tratándose de una criatura de su belleza y magnificencia, su piel presentara la misma tersura de alabastro que su hermoso rostro.

No era así.

Solo su torso estaba rayado de cicatrices incluso más pálidas que él, cicatrices que no seguían ningún patrón más allá de generar desconcierto por su desorden: más cortas, más largas. Algunas de ellas parecían obra de un accidente doméstico sin importancia, pero otras, gruesas e irregulares, contaban historias de violencia.

Las que llamaron su atención, sin embargo, fueron las incisiones quirúrgicas ya sanadas, reconocibles por la precisión de sus líneas y por el espacio geográfico que ocupaban.

La cicatriz más llamativa le surcaba el torso desde el esternón hasta el ombligo.

—Veo que ya ha intentado salirse con la suya en previas ocasiones —fue lo que se le ocurrió decir. No reconoció su propia voz. La mano le tembló al acercarla a una cicatriz espantosa sobre el pezón izquierdo—. Déjeme decirle que, si esta puñalada en el corazón no le mató, no puedo prometerle que mi investigación prospere.

—El corazón no es lo más importante que tiene un hombre.

—Pensaba que usted era un monstruo irredimible —ironizó—, no un hombre.

—Puedo convertirme en uno brevemente. Solo mientras hablo con una mujer.

Lenore se esforzó por tragar saliva. Si no hubiera sido inteligente y no hubiese aprendido enseguida que Dariy hablaba desde la

melancolía y no la seducción, habría pensado que pretendía conquistar sus sensibilidades. Y no. En su comentario había agradecimiento e incluso ternura, no tanto la pasión que a ella la arrastraba hacia él.

—¿Y cuál es, en su opinión —retomó—, la parte anatómica por antonomasia?

—¿Del humano? La sangre. En la sangre está contenida el alma de cada uno, doctora. Si se refiere a la del *homo immortalis*... —fingió pensarlo—. ¿Los colmillos?

Su respuesta la divirtió, pero evitó dejarlo traslucir, todavía afectada por la situación. Debilitada también por la intimidad de sus inesperadas declaraciones, por el ardor de su mirada viva —lo único latiente en él—, Lenore se forzó a apartar la vista. No podía olvidar que la criatura había emprendido el camino hacia su desaparición y, por injusta que se le antojase y dispuesta que estuviera a luchar contra su impulso destructivo, ella no era nadie para impedirlo.

Solo era alguien a quien Dariy podría arrastrar consigo si no se andaba con cuidado.

Procedió a realizar la venopunción de rigor para el estudio de la sangre. Antes esterilizó la aguja calentándola sobre la llama del mechero Bunsen, que oportunamente localizó en un estante.

Le pidió a Dariy que le mostrara la palma de la mano y pinchó el antebrazo. No se dio cuenta de que había estado conteniendo la respiración hasta que vio brotar el líquido.

Era rojo escarlata, como el de cualquier otro ser vivo.

—Necesito más de una gota —se disculpó con una mirada tímida —, o de lo contrario se habrá secado para cuando pueda escaparme a mi laboratorio.

Él no se opuso. Observó la labor de Lenore con una mezcla de recelo y curiosidad, sumido en la clase de silencio obstinado que podía entenderse como la represión de un sentimiento peligroso.

Ella hizo oídos sordos a su instinto y depositó la sangre en un pequeño frasco que Dariy juró desinfectado.

—Aunque muy *grosso modo*, he medido en previas ocasiones su temperatura corporal —meditó en voz alta—. Apuesto a que está usted en torno a los veinte grados en una habitación caldeada; a

cinco si se encuentra a pie de calle, pero que asciende de manera milagrosa cuando acaba de alimentarse. Lo mismo diría que sucede con sus reflejos: no respira, su corazón no late y no he observado reacciones pupilares a ningún estímulo. Salvo...

Lenore apoyó las manos a cada lado de sus caderas y se puso de puntillas para ofrecerle el lateral de la garganta. Con el rabillo del ojo vigiló la reacción de Dariy, que para su desgracia fue ejemplar.

—Llevo siglos controlando el hambre, doctora —comentó al borde de la risa—. Necesito algo más que la visión de un bonito cuello para perder el control. Al menos si el hambre es de sangre y no de carne, claro.

Lenore disimuló una sonrisa afectada por su flirteo.

—Necesita algo más, dice. ¿Como, por ejemplo...?

Dariy alargó la mano hacia la aguja, que había vuelto a ser esterilizada tras su uso, y la pinchó con suavidad a la altura de la vena yugular. Entonces pudo ver lo que se le había escapado durante la cita con Felicity: el hambre en su estado más primitivo. Las pupilas se le dilataron, así como las fosas nasales, y por el modo en que tragó, dedujo que la salivación era excesiva.

Lo que más le llamó la atención fue la aparición de dos protuberancias bajo su labio inferior.

Ni corta ni perezosa, le tiró con suavidad de la barbilla para que abriese la boca. Como si hubiera retirado las cortinas de un telón, ante sí aparecieron dos colmillos desarrollados.

—Coincido en que la dentadura podría ser el rasgo anatómico por antonomasia del *homo immortalis*. Es lo que le permite alimentarse, al fin y al cabo. Curioso... Ya tenía usted unos incisivos considerables, señor Vranitsky. ¿Siempre duplican su tamaño?

—Sí.

Lenore no fue inmune al sonido de su voz enronquecida. Trató de ignorar los efectos que tuvo en su cuerpo centrándose en los cambios en su aspecto físico, pero de todas las variables posibles, no era el rostro arrasado por el deseo de devorarla lo que invocaría su concentración. Echó el peso en la pierna contraria, luchando contra la incomodidad, y palpó la mesa en busca de la libreta donde había estado realizando las últimas anotaciones.

—Es increíble cómo funciona la naturaleza —señaló con cuidado de no balbucear. Su voz emergió débil, aun así, e indefensa, como debía de sentirse siendo el blanco de la bestia a la que había provocado—. A fin de facilitarle la caza, el depredador se torna más atractivo para la víctima cuando está a punto de ser devorada.

Dariy le quitó el cuaderno cuando iba a escribir su reflexión y lo arrojó a un lado.

—Tendrá que conformarse con almacenarlo todo en su memoria, doctora. No voy a permitir que vuelva a haber en circulación un detallado estudio de mi anatomía.

Lenore se quedó muy quieta después del exabrupto, reacción comprensible considerando que ella seguía sangrando por la herida. Apenas un hilillo de sangre, fino como una hebra de cabello, corría cuello abajo, pero era el foco de la atención del hombre que ya no era hombre, que por fin se revelaba como lo que era.

La cabeza de Dariy encontró la posición perfecta en el hueco de su garganta para lamerla de abajo arriba. Lenore se estremeció al contacto con la lengua, húmeda y áspera e incomprensiblemente erótica.

Había olvidado incluir en su estudio mental cómo olía y, sin embargo, ¿de qué manera describirlo? Olía a algo misterioso y apetecible, al fresco de la noche cerrada, a todo y a nada a la vez.

Lenore fue a cubrirle la nuca para transmitirle que no le importaba su osadía, que hasta la encontraba halagadora. Él, sin embargo, era caballeroso incluso acorralado por sus bajas pasiones y sabía cuándo convenía detenerse: justo después de cerrarle la pequeña herida con una última y calculada lamida.

—¿No piensa abrirme en canal?

—¿Qué? —se oyó responder con los oídos taponados.

—Practicarme una autopsia, en otras palabras. Es la medida forense para adivinar la causa de la muerte y el estado del cadáver. Le recuerdo que estoy muerto, señorita Nightingale —dijo, no exento de sentido del humor.

—Eso no significa que no pueda sentir dolor.

—No puedo —le confirmó.

—¿No puede?

—No.

—¿Y eso es para usted un alivio o una condena?

Dariy no contestó. No era necesario.

Para él todo era una condena.

Se fue tendiendo muy despacio sobre la mesa de latón. Debía de estar fría como un témpano, pero ¿qué importancia tenía eso para él? Que Lenore supiera, era indiferente a la temperatura, a la sed de agua, a la necesidad de sueño..., pero no al miedo a la soledad, no al deseo de ser amado, y por eso era más humano que muchos hombres con los que había tratado.

A través del gesto de entregarse a ella sin reservas, presentarse como un sujeto de estudio obediente y vulnerable, Lenore entendió que confiaba en su buen hacer, y una vez más se enorgulleció de sí misma a través de él.

—No necesito abrirle en canal, como usted dice, para saber que su corazón no late. Tomaré por cierto cualquier detalle anatómico que desee proporcionarme de palabra —añadió con un nudo de ansiedad en la garganta.

Sabía que estaba muerto. Era lo primero que había sabido sobre él además de su milagrosa existencia. Pero las manos habían empezado a temblarle de pensar en tratarlo como tal.

Era porque hablaba, se dijo, y la palabra era lo que separaba a los hombres de las bestias; a lo muerto de lo vivo.

—¿Ya no quiere experimentar? —siguió pinchándola. Alargó la mano hacia donde Lenore había depositado el bisturí para tomar una pequeña muestra de piel y se lo colocó en la palma—. Haga las cosas bien, doctora. Si le he confiado la tarea de encontrar mi cura, es porque espero que se emplee a fondo.

La aprensión le descontroló la barbilla.

Lenore había acompañado al depósito de cadáveres a su padre en una única ocasión, cuando fue requerido por la Policía Metropolitana para realizar un examen forense. Por supuesto, su presencia allí fue duramente criticada y no fue ella la única a la que se le prohibió regresar: también el doctor Nightingale pagó los platos rotos por haber tenido el atrevimiento de invitarla. Nunca podría, pues, practicar una autopsia con el permiso de las autoridades, y ni mucho

menos se le concedería el privilegio de practicarle una al *homo immortalis*.

Era una oportunidad única.

Estaba segura de que encontraría un cuadro anatómico devastador. Si llevaba siglos muerto, solo Dios sabía en qué estado tendría el corazón. Bien podía estar enfermo de endocarditis. Apostaba, también, por un diagnóstico de congestión hepática, cavidades purulentas y putrefacción, y era un diagnóstico que le habría encantado comprobar con sus propios ojos si para ello no hubiera tenido que realizar a su vez el simulacro de un asesinato.

Aun así, lo intentó. Intentó sobreponerse a sus estúpidos escrúpulos, únicos responsables de que numerosos estudiantes de medicina se quedaran para siempre estancados en la aspiración. Pero al acercar el bisturí a la fina cicatriz que le dividía el torso por la mitad, señal de que no era la primera vez que lo cercenaban, la mano le tembló tanto que tuvo que agarrarse la muñeca con la contraria.

Cerró los ojos y trató de encontrar una explicación racional a sus sentimientos para así persuadirlos de dejarla en paz. La triste verdad era que tener un bisturí en la mano, o solo un objeto punzante, le traía recuerdos dolorosos acentuados por la conversación mantenida con Dariy. Como si mente y cuerpo estuvieran conectados por un hilo invisible, le pareció que le palpitaban las cicatrices de los antebrazos.

«No le hagas lo que tú te hiciste —podían estar diciendo—. Tampoco hieras a nadie en el nombre de la ciencia.»

Tragó saliva y se forzó a posar la punta afilada sobre el esternón. Su piel no era suave ni áspera; tenía un tacto similar al mármol italiano, frío y resbaladizo.

Pensó de nuevo en su declaración de intenciones. Quería morir. Ella entendía ese deseo, y por eso mismo se dolía. Si en algo se parecía Dariy a la Lenore del pasado, disfrutaría en secreto y con morbosidad del sufrimiento que pudiera proporcionarle. Tal vez no le afectara como podría padecer ella misma las consecuencias de una herida, pero la sensación de estar siendo agredido, de que violara su

cuerpo tratándolo como a un mero sujeto de estudio, tenía que resultarle grotesca.

A Lenore se lo resultaba. Y, además, lo había visto: había visto que Dariy era una criatura orgullosa y muy capaz de sentir humillación.

Arrebatada por el sentimiento, soltó el bisturí y se abrazó a él con torpeza apoyando la cabeza en su pecho. No ardía como en su último encuentro. Tampoco helaba al contacto.

Sobre todo, nada había latiendo en la cavidad visceral.

—Si para usted el alma está contenida en la sangre —murmuró Lenore—, derramando la suya estoy violando lo más sagrado.

Sintió el agradable peso de una mano sobre la sien, una caricia distante pero protectora.

—¿Lloras?

—Todavía no estás muerto, Dariy, así que no voy a practicarte ninguna autopsia.

Como ofrenda de paz, él dejó correr el silencio.

—¿Por qué te apiadas de mí, Lenore?

—Tú sabes por qué —siguió hablando en voz baja. Tragó saliva—. El amor es compasión.

Se incorporó lo suficiente para mirarlo a través del velo de las lágrimas.

Cualquiera habría dicho que, tendido en la mesa con el cabello negro desparramado y observándola a su vez con los párpados entornados, semidesnudo y cubierto de cicatrices, ofrecería un aspecto vulnerable, pero Dariy seguía resultando amenazante; también la mano que había enredado en los mechones de Lenore era muy capaz de defenderse.

Ella tragó saliva —le supo salada por el llanto— y se inclinó para buscar sus labios. Él los entreabrió para aceptar un beso dulce y blando, como blanda se había quedado Lenore después de la tiritona del ataque. Para su inmensa desgracia, Dariy no profundizó en el beso y solo cerró los ojos para disfrutar del contacto, de las dos bocas que habían encontrado el perfecto encaje de dos piezas de puzle y respiraban ahora la una a través de la otra.

Allí, enroscada a una criatura que era en realidad un arma de

destrucción, Lenore se creyó a salvo. Sintió algo que era aún más importante para ella: se sintió comprendida.

Entonces tomó la firme determinación de no permitir que aquella maravillosa existencia se perdiera, ni a manos suyas ni a manos de nadie.

CAPÍTULO 18

Era una suerte tener a Theresa de su parte. No había necesitado suplicar para que se ofreciera a cubrirla mientras visitaba la ahora vieja casa de los Nightingale, donde nadie a excepción de una rigurosa camarilla de sirvientes había puesto un pie en el último mes.

Humbert había sido informado de que esposa y nieta habían salido aquella tarde para aprovechar los primeros rayos de sol primaverales, realizar algunas compras en Bond Street y tomar un refrigerio en Gunter's Tea Shop: en definitiva, la respetabilísima rutina de toda burguesa con mayor o menor holgura de bolsillo.

Al principio, Lenore había pensado que Theresa había aportado demasiadas explicaciones —y lo que era peor, indicaciones geográficas que podrían inspirar al barón a presentarse allí por sorpresa—; luego había descubierto, no sin asombro, que más allá de que su abuelo opusiera resistencia a toda aventura que le excluyera de manera deliberada, para él nunca había excusas suficientes que justificaran el abandono temporal de su esposa, de la que a ratos parecía dependiente y, si no, fiel esclavo.

Por suerte, había terminado concediendo su magnánimo permiso.

Adhiriéndose al plan inicial, Theresa y Lenore habían separado sus caminos a la altura de Great Ormond Street. Ella se había apeado con una sonrisa de agradecimiento y las muestras de Dariy en los bolsillos interiores de la falda. Por su parte, la baronesa había continuado el recorrido hacia Marylebone para citarse con una vieja amiga.

Todo el mundo estaba satisfecho, pues.

Sobre todo lord Humbert Loxley en su bendita ignorancia.

Lenore no entró enseguida en la casa. Su objetivo no era pasearse

entre los testimonios materiales de un padre fallecido antes de tiempo, sino hacer uso de su laboratorio, pero era imposible alcanzar el inframundo sin cruzar primero la laguna Estigia: sabía que habría de enfrentarse a olores familiares de los que muy convenientemente Humbert la había protegido al mudarla a Hampstead de inmediato.

Esto le producía sentimientos encontrados que todavía tardó unos minutos en gestionar.

Usó su propio manojo de llaves y accedió al recibidor como los ladrones, con prisa a la par que sigilo. Una vez dentro, tomó la precaución de mantener la vista gacha y avanzar a tientas por el pasillo iluminado solo por la luz que filtraban las cortinas diáfanas. Descorrió algunas para no tropezar y cruzó de puntillas el corredor hacia la escalinata principal, por la que no hacía mucho tiempo había bajado corriendo ante el presentimiento de que alguien externo a la familia había acompañado la despedida de su padre.

No le había preguntado aún a Dariy si estuvo allí en la fatídica noche. En gran medida no necesitaba conocer la respuesta. Sabía que, incluso si no había estado de cuerpo presente, ese día sus caminos habían quedado unidos para siempre a través del instinto.

Pretendía seguir su recorrido sin dejarse distraer por las tangibles menudencias que empeorarían su nostalgia —un libro sin terminar olvidado en una repisa, unos elegantes zapatos masculinos—, pero el azar tenía otros planes para ella.

Una ráfaga de aire se coló por la ventana que había abierto para ventilar y produjo el crujido de la puerta de la sala de uso personal de su padre. Esto la frenó a media ruta y la llevó a lanzar una mirada suspicaz al resquicio de salón que insinuaba la franja de apertura.

Defensor de que esta era la clave de una vida rica y saludable, Gulliver había diferenciado los espacios de ocio de los espacios de trabajo. Ahí donde el laboratorio y su caótico despacho se ubicaban en el piso superior, la habitación en la que se sentaba a revolcarse de la risa con sus hijas, leer y escuchar música se hallaba por conveniencia junto a la que su madre ocupaba para tejer, dormir la siesta y tocar el piano, en la planta baja.

Reticente por cómo pudiera reaccionar al reencuentro, Lenore

empujó la puerta. Se asomó a una salita aún acogedora pese al abandono que la acechaba.

Las limpiezas exhaustivas a las que la habían sometido habían ido borrando la huella de su antiguo dueño. Solo el lomo desgastado de los libros de ficción que ocupaban los estantes y el carácter único de la colección de suvenires de sus breves pero prolíficos viajes recordaban que alguien, una vez, había mimado y protegido sus preciadas posesiones. Entre ellas reconoció uno de sus juguetes de la infancia, una muñeca de trapo estropeada por las prácticas barbáricas a las que la expuso y que había sobrevivido solo gracias a la buena mano de su padre.

Nunca olvidaría cuando entró como una tromba, interrumpiendo sus quehaceres, para llorarle con amargura: Polly Dolly «se había accidentado» durante uno de sus extremos jueguecitos y ahora la cabeza se le descolgaba a medio decapitar sobre el hombro.

Su padre había interrumpido de inmediato su lectura y la había mirado con solemnidad.

—Necesita puntos de sutura con urgencia.

La Lenore niña dejó de llorar en el acto, admirada con su determinación. Sorbiéndose la nariz, lo siguió al piso superior. También lo habría seguido si hubiese salido a la calle; si hubiera tomado un barco a los infiernos. Pero, por suerte, para solucionar el despropósito solo necesitaba echar mano de su preciado botiquín, del que sacó aguja e hilo.

Maravillada, la pequeña Lenore observó que Gulliver colocaba a Polly Dolly sobre la mesa del escritorio, igual que habría hecho con un paciente, vertía una gota de láudano en su sonrisa de algodón «para adormecerla y que así no sufriera durante la operación» y procedía a coserle la cabeza al torso, pues cuello no tenía.

Su padre lucía una expresión de seriedad en el rostro a la que no la tenía acostumbrada, dicharachero como solía ser en casa. Esto la impresionó y conmovió a partes iguales, porque significaba que le preocupaban las mismas naderías que a ella.

Lenore colaboró en la operación, por supuesto. Obedientemente, fue en busca de las tijeras cuando él se las pidió extendiendo la mano, y tuvo la iniciativa de cortar un pedazo de la venda de gasa

para cubrir la lesión de la doliente en tanto que se recuperaba de la invasiva intervención.

—¡Qué paciente tan estupenda es la señorita Polly Dolly! —había exclamado su padre al concluir—. No se ha quejado en ningún momento.

La Lenore adulta sonrió con el recuerdo. Eso era lo único que le quedaba: sonreír ante los recuerdos y evitar torturarse con la inevitabilidad de la muerte. Pero es que, aun limpiado a conciencia, el saloncito seguía conservando como en un museo fúnebre los accesorios del idiosincrático atuendo de Gulliver Nightingale: su pipa descansaba aún en el alféizar de la ventana despidiendo un rastro de tabaco maloliente, como pudo comprobar al acercársela a la nariz. Su madre se pasó la vida entera protestando por el aroma rancio del que impregnaba la casa, se impregnaba la ropa y también los labios, labios traviesos que desdeñaban los reproches y acudían a infectar la hermosa piel de su señora con besos que, en contra de sus principios y actitud inicialmente reacia, terminaban amansándola.

Lenore puso la pipa a resguardo en uno de los cajones. Allí dentro encontró uno de tantos cuadernos de anotaciones que dejaba desperdigados por toda la casa, nunca por despiste, sino como una forma de comunicarse. A sabiendas de que la pequeña Nightingale se asomaba a leer sus escritos incluso sin haber cumplido la edad para entenderlos, Gulliver dejaba entre párrafos justas advertencias —«Noor, deja de leer. Los informes médicos de los pacientes son privados; hay que respetar su intimidad»—, acertijos con el consiguiente espacio para que ella anotara la respuesta —«¿Qué tiene cabeza, cola, es marrón y le faltan piernas?»— y graciosos garabatos que pretendían representarla a ella, con sus orejas de soplillo, su pelo electrizado y los brazos extendidos, siempre pidiendo un abrazo, y a él —mismas orejas, por supuesto— erguido a su lado con la fidelidad de un soldado real.

Si le pidieran que imaginara una escena entre su padre y ella, eso sería lo que describiría: un abrazo.

Le parecía que habían pasado más tiempo queriéndose que hablando, y eso ya era decir.

Lenore sintió tentaciones de leer el cuaderno, pero lo dejó donde

estaba y cerró el cajón.

No mucho tiempo atrás aprendió por las malas por qué uno no debía husmear entre pertenencias ajenas. Lo que sobre todo le interesaba de las divagaciones de su padre era la información sobre enfermedades y su tratamiento; no fue de extrañar que terminara topándose, pues, con la detallada descripción de su propio cuadro clínico.

Todavía recordaba que los brazos se le pusieron rígidos y dejó de sentirse la cara al leer los síntomas que había experimentado en sus carnes, así como todas las locuras en las que había incurrido para no sobrevivirlos. Su padre fue minucioso plasmando los intentos de suicidio, el aspecto de sus cicatrices y qué balbuceaba en sueños.

Inspiró hondo y se convenció de salir de la habitación.

El dolor del luto la había conectado con el padecimiento de Dariy. No podía olvidar lo que la había traído allí: descubrir su punto débil para nunca, jamás, utilizarlo en su contra.

Tuvo que emplear otra de las llaves del manojo para acceder al laboratorio, que por razones de seguridad su padre mantenía cerrado a cal y canto. No habría permitido que sus hijas, en un alarde de curiosidad, acercaran la nariz o metieran los deditos en las mezclas químicas. Gulliver aprendió la lección por las malas cuando Isobel empezó a tener pesadillas después de toparse con los cadáveres de insectos y pequeños mamíferos sumergidos en formol.

Embotada por el silencio fúnebre que reinaba en la casa, Lenore fue preparando el laboratorio para su uso. Prendió las luces de las lamparillas, graduó el microscopio óptico hasta que la lente estuvo enfocada y sacó de los cajones las placas. Por último, rescató del bolsillo el pequeño frasco con la muestra de sangre.

Lo colocó ante la luz de la lamparilla para observar el color.

A primera vista pudo comprobar que el líquido se había separado en capas diferenciadas como agua y aceite —plasma arriba, coágulo debajo— y que al haber perdido oxígeno presentaba una tonalidad más purpúrea que amarronada. Durante la extracción ocurrida un par de días atrás, no le había parecido tan oscura. De hecho, le había llamado la atención que no desentonara respecto de la suya o la de cualquier otra criatura mortal.

Ansiosa por descubrir si el líquido había mutado, destapó el frasco y se lo acercó a las narinas. Un fuerte olor a putrefacción le torció el gesto.

No le dio importancia. La autólisis era una mutación esperable considerando que la sangre no era fresca y que, además, había sido extraída de un presunto cadáver.

La invadió un escalofrío placentero. Aquel extracto le diría toda la verdad sobre el milagro anatómico que era el ejemplar de *homo immortalis*. Y es que era demasiado fácil despojar de su individualidad al sujeto del estudio cuando se hallaba rodeada de la última tecnología: estaban solos ella, su microscopio óptico y su determinación a llegar al fondo del asunto.

Le costó volcar un par de gotas de sangre en la placa. El líquido era más denso y había perdido temperatura. Siguiendo las indicaciones que un buen día su padre le enseñó, dispuso el muestrario de cristal bajo la lente del instrumento. Iba a asomarse, muerta de expectación, cuando un crujido proveniente de las profundidades de la casa la distrajo.

Lenore se giró hacia la puerta con el cuello en tensión. Aguzar el oído no la decepcionó: la ayudó a captar ruidos más sutiles, pero invariablemente sospechosos, como el entrechocar de unos cristales, el derramamiento de un líquido fluido y los pasos amortiguados de un intruso desplazándose sobre la moqueta.

Sabía de dónde venía el ruido, don que había podido cultivar en la infancia gracias a los juegos de escondite. Localizar sonidos inusuales en puntos concretos del hogar no era lo único que había aprendido; también había tenido que estudiarse los distintos ritmos del caminar de cada uno de sus convivientes para discernir cuándo le convendría esconder su travesura de los pasos que se aproximaban por las escaleras y cuándo podría respirar tranquila, pues se saldría con la suya.

Por eso pudo decir con conocimiento de causa que el sujeto que se paseaba por el estudio de su padre no era ni el doctor, ni su esposa, ni Isobel, ni ninguna de las criadas.

Echó una ojeada rápida a su alrededor, de pronto nerviosa. Extraer el soporte metálico del microscopio sería una imprudencia

pese a ser ideal en forma y dureza; no podría costearse el destrozo de la joya de la corona del laboratorio para defenderse de un malandrín. Pero estaba convencida de que alguien había aprovechado que la casa —*su casa*— estaba abandonada para ponerse cómodo entre las reliquias de su padre y eso bien merecía un escarmiento.

Agarró el tubo metálico que ejercía de soporte de la bureta, utensilio perfecto para fungir de garrote, y se agarró las faldas con la mano libre para que no la importunaran en su sigiloso descenso.

Conforme más se acercaba, mejor oía el trajín del intruso. El tintineo de cristales tenía que deberse a una afición por el brandy.

«¡El brandy ajeno!», puntualizó para sí.

Ardió de indignación al pensar que estuviera dándose un festín con los licores de su padre.

Se deslizó discretamente por el pasillo hasta el despacho y pegó la espalda a la pared. Creía haberlo visto todo cuando un estallido de música coronó su indignación. El gramófono. El miserable se había tomado la libertad de reproducir el disco de *La Traviata* que su padre, vanguardista en círculos científicos y excéntrico en opinión de sus pares burgueses, se había esforzado por adquirir de la mano del mismísimo Emile Berliner antes de que comercializara el producto en Europa.

No le había dado tiempo a disfrutar del hallazgo. Cayó enfermo el mismo día que los hombres de Berliner le entregaron el gramófono en la puerta de casa.

Al oír que el intruso se aproximaba a la puerta tarareando la melodía de *Sempre libera*, Lenore asió con fuerza el tubo. Contó hasta tres para sus adentros y, sin pensarlo mucho más, se abalanzó sobre la única figura vestida que encontró. El ladrón tuvo suerte de hallarse de espaldas a ella o de lo contrario le habría golpeado la cara en lugar del omóplato.

Lenore retrocedió, asustada por el impacto y por la familiaridad del aullido. Con el susto, el sujeto había dejado caer la copa de la que había estado bebiendo, que por suerte no se rompió.

Se llevó la mano contraria al hombro herido y se giró con los ojos grises inyectados en sangre.

—¿Qué diablos cree que hace? —le rugió el doctor Winthrop.

Por un momento tardó en reaccionar. Se le había escapado un curioso acento *cockney* que a Lenore no le constaba que tuviese, regio y petulante como era. Al menos, esa imagen transmitía mientras se paseaba por el hospital como un monarca por su reino, regocijándose en su intocabilidad.

—¿Qué diablos cree que hace usted? —se defendió enseguida sin perder el temple—. ¿Quién le ha dado permiso para allanar mi casa?

Winthrop la miraba como si hubiera perdido el juicio, todavía sujetándose el hombro.

—¿Quién cree usted? ¡Su padre!

—¡Mi padre! —jadeó, perpleja—. ¡Me va usted a decir ahora que tiene conexión directa con el reino de los cielos! Dígame, ¿se han carteado o es mentalmente como se comunican?

—¡Ni una cosa ni la otra, estúpida! ¡Trabajábamos codo con codo en una investigación antes de su fallecimiento y, tal y como era su deseo, he continuado sin él! —Centró la vista en el tubo que Lenore seguía sujetando con afán amenazador—. ¡Haga el favor de soltar eso!

—¡Ni lo sueñe! ¿Qué garantía tengo yo de que no miente?

—¿De veras piensa que entraría en vivienda ajena sin el permiso del dueño?

—Yo lo único que pienso es que está escuchando *La Traviata* a costa de mi padre.

—¿*A costa* de su padre? ¿No le parece que habría forzado la puerta si hubiera tenido interés en vulnerar la propiedad de los Nightingale? —Sin soltar el omóplato afectado, sacó del bolsillo un manojo de llaves y las sacudió ante el rostro desencajado de Lenore —. ¡Él mismo me entregó una copia para que entrara y saliera a conveniencia sin molestar a los criados!

Comprendió que no podía seguir ignorando su error. Abochornada, soltó el improvisado garrote y dio un paso atrás. Con tal de huir del reproche de Winthrop, que considerando su pasión por humillar a los atrevidos no tardaría en llegar, se centró en el sonido que salía de la abertura dorada del gramófono. Reconoció la voz de Adelina Patti, la única estrella de la ópera italiana que había superado sus recelos

hacia la máquina y se había prestado a grabar discos experimentales.

Al cabo de un rato en el que la tensión podría haberse cortado con un cuchillo, en gran medida empeorada por la mirada furibunda que él le dirigía, Lenore murmuró:

—Si lo desea, puedo echarle un vistazo al golpe...

El ofrecimiento solo empeoró su crispación.

—¿Ahora quiere realizarme un examen médico? ¡Qué casualidad! Conociéndola como la conozco, de seguro me ha reconocido usted ya de espaldas y no ha podido resistirse a partirme la crisma para a renglón seguido alardear de sus facultades sanitarias.

Lenore jadeó, indignada.

—¿Y qué si así fuera? ¡Usted se lo habría buscado por vetarme el acceso al hospital, impidiéndome ejercer la práctica en las condiciones óptimas y con fines altruistas! Y antes de que la falta de imaginación le inste a reiterar que el hospital no es lugar para mujeres —se apresuró a añadir. Lo descolocó aún más si cabía acercándose a él y poniendo una mano sobre la zona afectada. Winthrop siseó una maldición entre dientes—, déjeme decirle que estoy de acuerdo... a no ser, claro, que dichas mujeres sepan dictaminar una fisura de la escápula con un sencillo reconocimiento físico.

Él esbozó una sonrisa cargada de sarcasmo.

—¿Y no será que lo ha dictaminado porque otra conclusión no cabe después de haberme atizado con una barra de metal? No me iba usted a endosar un diagnóstico de varicela.

Lenore se encogió de hombros con naturalidad, restándole hierro al asunto.

—Podría haber sido responsable de una simple contusión muscular o de un hematoma leve, pero supongo que empleé una fuerza excesiva contra usted. Dicen que no hay nada peor que una mujer despechada, pero es porque no han visto de qué es capaz una joven que arde de indignación.

Winthrop se quedó sin palabras. No habría dicho que esto fuera positivo, sin embargo. A juzgar por la sacudida de cabeza y la

imprecación que masculló, asumió que la pésima opinión que tenía de ella no hacía sino agravarse por momentos.

—Déjeme inmovilizarle el brazo con un cabestrillo —se ofreció ella en tono benigno—. Mi padre dispone de un botiquín que...

Winthrop bufó sonoramente.

—Su descaro no tiene precio, pero ¿qué esperar del bello sexo? Las mujeres adoran crear un problema para besarse ambas mejillas después de resolverlo.

—No iba a besar las mejillas del energúmeno incapaz de encontrar el perdón en su corazón —ironizó.

—¿Para que uno acepte unas disculpas no es menester que primero se le ofrezcan? —retrucó con la ceja enarcada—. Perdóneme el desconocimiento; no estoy habituado a situaciones en las que me zurran por la espalda.

Lenore lanzó una exclamación exasperada y se encaminó hacia las escaleras.

—Lo quiera o no, o, mejor dicho, lo merezca o no —se corrigió con malicia—, voy a hacer uso de ese botiquín, doctor Winthrop. Solo para que vea que soy tan fiel al juramento hipocrático que no se me caen los anillos por atender a un paciente infame.

Su carcajada envenenada le llegó desde el pasillo.

Había salido a regañadientes tras ella.

Ambos sabían que el orgullo no podía interponerse en el tratamiento inmediato de una fisura: corrían el riesgo de que en el futuro desarrollara dificultades funcionales, como una deformidad ósea manifiesta en una protuberancia, pérdida de movilidad articular y el dolor crónico que venía con ambos diagnósticos.

Aunque, la verdad fuera dicha, Lenore no se oponía a que esto último lo sufriera de por vida.

No se consideraba creyente, pero por Dios que eso sería justicia divina.

CAPÍTULO 19

Para cuando Winthrop volvió a maldecirla con su presencia, ella ya había dispuesto sobre la mesa el pañuelo triangular de gasa y los vendajes largos tipo cravat para proceder a la inmovilización.

—Siéntese —le ordenó, y señaló con un gesto militar la silla junto al microscopio.

El doctor puso los ojos en blanco.

A pesar de la niñería impropia de su regia majestad, obedeció y procedió a desabrocharse el chaleco de tweed. Lenore descubrió que con empeño podían lograrse auténticas hazañas físicas, pues casi lo logró sin su ayuda, pero había límites que la obstinación era incapaz de salvar: para deshacerse de la camisa precisó asistencia.

En un primer momento desempeñó su labor de enfermera con la mente en blanco, si acaso secretamente entusiasmada por poder tratar a un paciente sin la supervisión de su padre. No esperaba, sin embargo, toparse con la clase de torso esculpido de un estibador, y ni mucho menos advertir un dibujo grabado con tinta azul a la altura del corazón.

Si bien un tatuaje era una excentricidad viniendo de un hombre comprometido con la salud —que al menos ella sospechaba que se tenía que ver afectada de algún modo con alteraciones corporales—, no debía escandalizar cuando lo lucía la clase de zafio con orígenes humildes que Winthrop estaba dándole a conocer. A Lenore le constaba que los marineros, soldados, feriantes y hasta algunos aristócratas habían ido sucumbiendo a la moda del *tatau* de origen tahitiano conforme se había ido asentando en la sociedad moderna. Corría el rumor de que hasta Edward, uno de los hijos de la reina Victoria y futuro heredero de la corona, se había tatuado en un viaje a Jerusalén.

Más allá de la sorpresa inicial, lo que la hizo frenar de golpe y estudiarlo con suspicacia no fue el grabado en sí mismo, sino la sensibilidad que revelaba el diseño. Lenore había visto suficientes corazones marineros en estampas y en sus paseos por los Docklands para deducir lo que el símbolo conceptualizaba, pero por si acaso le hubieran cabido dudas acerca del significado, el nombre femenino encerrado en el grueso contorno las despejó todas.

Winthrop se puso a resguardo de la pregunta indiscreta que estuvo a punto de barbotar —«¿Quién es Cecily?»— comentando con una sorna desdeñosa:

—Para dárselas usted de médico, parece que la desnudez masculina la impresiona. —Chasqueó la lengua—. No le auguro un gran futuro profesional, señorita.

Lenore decidió obviar la provocación.

—¿Puede levantar el brazo? —Winthrop compuso una mueca de dolor intentándolo, pero consiguió incorporarlo a la altura del pecho, no más allá—. De acuerdo. Voy a palpar los bordes de la escápula, la clavícula y el hombro. Dígame dónde le duele y con qué intensidad eligiendo un número del uno al diez.

—En la escápula un nueve, en la clavícula un dos y en el hombro un siete.

—¿Le importaría apretar la mano izquierda para que descarte daños neurológicos?

La irritación de Winthrop abrió paso a una curiosidad mal disimulada. Alzó la vista hacia ella, rostro que hasta el momento había estado evitando. La pregunta relampagueó en su mirada, por lo general cargada de prejuicios, pero no la pronunció: «¿Qué sabe usted sobre neurología?». Lenore celebró la pequeña victoria de haberlo descolocado sin desconcentrarse de su labor. No sin antes vacilar, en el fondo inquieta por la proximidad con un hombre semidesnudo, colocó las manos en sus costillas. Aunque la sorprendió que Winthrop respingara y la piel se le pusiera de gallina con el contacto, no hizo comentarios al respecto:

—¿Puede respirar con normalidad?

Él le devolvió la mirada con fastidio impostado. La competencia que Lenore estaba demostrando lo había ido amansando.

No recordaba haber estado tan cerca del doctor Winthrop. De lo contrario, ya sabría que bajo el flequillo rubio oscuro ocultaba una ceja partida y que, además de una pequeña cicatriz vertical sobre el borde del labio superior, tenía un pasado mediterráneo: solo la continua exposición al sol podría haberle espolvoreado pecas y lunares por el rostro.

¿Cómo era posible que no hubiera estudiado hasta entonces la cara de un enemigo? Cierto era que ella procuraba no coincidir con él cuando acudía al hospital, y que él respetaba la distancia física y emocional a la hora de echarla con cajas destempladas para hacer valer su rango. En opinión del experto, Lenore no merecía ni que la confrontara en condiciones. La largaba en voz alta y delante de todos desde la otra punta de la sala.

A Lenore no le costaba, pues, asociar semejante deseo de humillar a un rostro borroso, a un cuerpo acusado de rigidez, a una mole de carne y huesos sin sangre en las venas ni corazón sensible. Pero ahora que lo tenía de frente y observaba las imperfecciones que hacían mundanales e incluso adorables a la más cruel expresión de humanidad, no podía entender su villanía. Menos aún después de que su atenta observación lograra que Winthrop abandonara los recelos para mirarla con simple y llana curiosidad, casi como un niño inocente.

—Sí. Puedo.

Lenore pestañeó rápido. Tardó en recordar a qué pregunta respondía; no así en enderezarse, incómoda, y limpiarse la humedad de las palmas en la falda.

—No hay compromiso muscular o costal, entonces —murmuró para sí. A un nivel inconsciente, la indagación manual le había servido para reconocer unos hombros anchos y torneados, unos costados firmes. La dureza del trabajo físico se le había agarrado a la musculatura de la espalda y el pectoral como las rémoras a los tiburones—. Tampoco le he causado una asimetría, al menos no de inmediato. Habría que ver cómo progresa en los próximos días. Tendrá que guardar reposo.

—Ambos hemos sido afortunados de que no me golpeara el hombro izquierdo, señorita —respondió él, de vuelta a su infame

tono desdeñoso—, o me habría incapacitado para operar y yo, en respuesta, habría tenido que estrangularla con la mano sana.

—Siempre se agradece la sinceridad del paciente —comentó, distraída, y se dispuso a vendarlo con diligencia.

Tenía tanta experiencia salvando percances semejantes que Winthrop no pudo quejarse de su buen hacer.

No le pasó por alto, aun así, que él vigilaba sus movimientos con recelo.

Podría haberle reprochado su desconfianza, con lo que habrían prolongado la discusión hasta el infinito, pero recordó el gesto bondadoso de su padre al ofrecerle su propia casa para que siguiera estudiando y no encontró el valor para tratarlo sin tacto.

Lenore debía ser una prolongación de la generosidad de Gulliver Nightingale, el recuerdo vivo de su paso por el mundo. Ese era su único compromiso.

—No ha sido más que un desafortunado incidente ocasionado por un malentendido, doctor —suspiró con intención conciliadora—. ¿Cómo iba a saber que se trataba de usted, si mi padre nunca me informó de su mutuo acuerdo? Tampoco podría haberlo deducido por mí misma. Creía que usted y él eran...

—¿El perro y el gato, enemigos naturales? —completó con hastío —. No se estaría equivocando, pero en aras de la ciencia nos convenía poner de lado nuestras diferencias.

Lenore hizo un nudo firme al pañuelo y se retiró para contemplar su obra con orgullo.

Puso los brazos en jarras, satisfecha, y compuso una expresión amable.

—¿Qué andaban investigando? —inquirió de buen humor.

—Eso, señorita, no es de su incumbencia.

«Por Dios santo —pensó con exasperación—. Este tipo es imposible.»

—Le recuerdo que está usted en mi casa, doctor Winthrop —dijo con insolencia—. Si no me complacen sus explicaciones, puedo revocarle el acceso y el uso del laboratorio.

—Dudo bastante que haya heredado directamente la casa, señorita —repuso con seguridad. Mientras, se aseguraba con la

mano sana de que el nudo no se movía y el vendaje había sido dispuesto en condiciones—. Apuesto a que la propiedad de la vivienda flota en el aire en tanto que encuentra un marido que le gestione las finanzas. Por ende —culminó en tono sabidillo. Lenore se fijó en que forzaba la manera de hablar, pero no para darse ínfulas, sino por entretenimiento; riéndose en privado de la afectación de sus interlocutores—, no tiene el poder de expulsarme.

Lenore le dedicó una sonrisa.

—Tengo el poder de fisurarle la otra escápula, doctor. No lo olvide.

Él no se escandalizó con la amenaza. Ella se preguntó qué le habría acostumbrado a la grosería de las mujeres, si el constante trato con pacientes de clases bajas o su misteriosa vida anterior en las profundidades del East End, de donde solo podría haber adquirido el acento *cockney*.

—Nunca pensé que oiría palabras tan bellas de la boca de una dama. Estoy seguro de que encontrará un pretendiente fabuloso si continúa profiriendo tan hermosas promesas de amor. ¡Es más! No consigo entender cómo es que todavía no se ha casado.

—Voy a tener que señalar su falta de originalidad, doctor. No hay nada menos creativo que tratar de ofender a una mujer aludiendo a su soltería. ¿No le da vergüenza mostrarse irónico e irrespetuoso con la hija del hombre que le concedió acceso ilimitado a su laboratorio?

—No —resolvió con desahogo. Con la mano que colgaba del cabestrillo pero aún tenía operativa, más por obra de la obstinación que por un milagro anatómico, se ajustó la manga del brazo opuesto. La miró de soslayo con aquella bravuconería severa que descolocaba a sus interlocutores—. ¿Tiene alguna otra pregunta, señorita *Traviata*?

—¿Y ahora por qué me llama así?

—Porque ha querido la casualidad que *Sempre libera* siga sonando mientras alterno en contra de mi voluntad con una chiquilla que no conoce su lugar.

—¿Qué lugar sería ese, doctor Winthrop? Seguro que uno muy superior al que le correspondería a usted y a su acento *cockney*.

Winthrop dejó de subirse la manga una vez llegó a la altura del codo y volvió a mirar a Lenore, ya sin ese aire abiertamente belicoso

del que sí se veía capaz de defenderse. Una nueva emoción, mucho más compleja e intimidatoria, había conquistado su semblante. Con su comentario había prendido la chispa que podía quemar un bosque entero.

Winthrop se levantó para enfrentarla con una sonrisa ladina que auguraba terribles presagios. En el rato que había estado sentado, Lenore había olvidado que la superaba en estatura por una cabeza entera.

—Le corresponde un lugar muy superior al mío, así es..., pero también alejado del hospital de Great Ormond Street, el paraíso de enfermos que sueña con habitar en su empeño por encarnar el más repugnante de los arquetipos: el de burguesita en busca del sentido último, desesperada por las emociones fuertes que no podría brindarle una vida en los salones. Por si no lo sabía —continuó en tono informativo—, en la clínica tratamos a sucios *cockney* como yo a diario. Un humilde servidor, pues, está en su salsa, y la celebra por barata y falta de refinamiento que sea. Usted quizá debería permanecer en la suya, en su deliciosa *béchamel* francesa, y no mezclarse con el vulgo, o acabará causándole una indigestión a la persona equivocada... con las consecuencias que eso le podría acarrear.

Lenore abrió la boca para defenderse con furor, pero no cabía contraataque posible después de una merecida reprimenda. Ella misma se había arrepentido de subrayar sus recién descubiertos orígenes con remilgo.

No agachó la cabeza, sin embargo.

—Tengo tanto que aportar al mundo de la ciencia como mi padre.

—Estoy de acuerdo. —Pausa—. Tiene que aportar el toque picante de clasismo.

—¡Clasismo! ¡Está usted haciendo uso de un microscopio óptico precisamente porque mi padre no entendía de diferencias sociales!

—A su padre, señorita Traviata —replicó con desprecio—, le fascinaba tener el control de las narrativas, de las que por cierto era siempre héroe indiscutible. Si de veras hubiera tenido la intención de poner instrumental médico evolucionado al servicio de la comunidad,

habría donado su microscopio óptico al hospital, no lo habría tenido cautivo en su mansión.

Lenore se puso rígida.

—Hay que tener valor para denostar a quienes ya no están para defenderse, y más todavía mientras hace uso de estas instalaciones gracias a su generosidad.

—Eso es lo que pretendía decirle, señorita; que su padre y, por lo que veo, también usted, confundían generosidad con limosna. Hay un abismo de condescendencia entre una cosa y la otra.

Lenore se cruzó de brazos.

—Si tanto le ofende que mi padre no le regalara un microscopio por su cumpleaños, doctor, ¿por qué no rechaza lo que se le ofrece y vuelve por donde ha venido?

—Porque los enfermos cuyas bacterias investigo no tienen por qué sufrir, además de sus dolencias, las consecuencias de mi orgullo.

—Un orgullo que no cabe por esa puerta —subrayó con malicia—. Pero por eso que dice tal pareciera que le reservase usted más amor a la ciencia que a sí mismo. De ser así, de ahora en adelante sería un excelente momento para demostrarlo.

—Deje entonces de importunarme con su cháchara y podré regresar a mis quehaceres.

Por lo que Lenore había observado durante sus encuentros, la mayoría de ellos casuales y con un desenlace brutal, Winthrop llevaba la mala educación por bandera. Inicialmente lo había asociado a una ojeriza dirigida a ella en particular, en todo caso heredada del recelo que demostraba hacia su padre, pero empezaba a preguntarse si no era su modo de relacionarse en general.

Tenía una facilidad cuando menos alarmante para sacar de sus casillas a los demás, casi como si se entrenara.

Se abstrajo tanto tratando de descifrarlo que pasó por alto que Winthrop se asomaba con aire casual a la lente del microscopio. Para cuando quiso darse cuenta de lo que podría suponer que descubriera lo que se traía entre manos, era tarde: Lenore se abalanzó sobre él al mismo tiempo que el doctor se enderezaba para mirarla, suspicaz.

—¿Estaba usted observando la sangre de un cadáver? ¿Con qué objetivo?

—Parafraseando a un sabio, eso no es de su incumbencia.

Pero Winthrop volvió a echar un vistazo, y aunque Lenore alargó el brazo para apartarlo, pensó que un empujón violento resultaría mucho más sospechoso. A fin de cuentas, el doctor pensaba que su afición por la medicina era tan inofensiva como una niña que aún jugaba con muñecas.

—Supongo que sabe que el objeto de su estudio murió de una enfermedad infecciosa.

El desinterés en su tono la hizo respirar aliviada e incluso animarse a indagar.

—¿Reconoce la bacteria presente en la sangre?

—¿Bacteria? ¿En singular? —La perplejidad le había pintado una sonrisa en la cara—. El sujeto coleccionaba bacilos de todos los colores y formas; es el Mardi Gras de Nueva Orleans, pero en una placa de Petri.

—Y le parecerá a usted tan gracioso —masculló por lo bajini.

Por supuesto, jamás reconocería que no había comprendido la referencia.

Quién le habría dicho que un *cockney* sería un hombre de mundo.

—Es un milagro que viviera lo suficiente para contraer medio tratado médico de sir Thomas Clifford Allbutt; claro que estos bichos podrían haber proliferado *post mortem*. A no ser... —La miró de soslayo—. No habrá cometido la insensatez de mezclar muestras distintas, ¿verdad?

—No, la sangre pertenece a un único sujeto. Y por si acaso le quedara ánimo de preguntarlo después de haberlo insinuado, no, doctor, tampoco nací ayer ni me caí de una higuera.

Winthrop reprimió una sonrisa que de seguro habría entendido como una traición a sí mismo. Lenore la intuyó, aun así, familiarizada como estaba con los hombres que sofocaban sus emociones. Ella misma era, esto en opinión de Edward Whishaw, un hombre que sofocaba sus emociones.

—Así, a simple vista, me da la impresión de que se contagió de una variante de *Staphylococcus, Koch's bacillus* y *Salmonella typhi*, bacterias que he estudiado en otras ocasiones. ¿Cuál fue la causa de

la muerte, pues? —la interpeló sin rodeos—. ¿La tuberculosis, la fiebre tifoidea o la septicemia?

—¿Todo eso ha reconocido de un simple vistazo? —murmuró, incapaz de disimular su fascinación.

Lenore estaba orgullosa de sus avances en materia anatómica, pero en lo relativo al laboratorio no había podido progresar todo cuanto le habría gustado.

—Eso y que la sangre presenta algunas peculiaridades. Los eritrocitos han perdido forma y algunos de ellos se han destruido hemólisis mediante. Además, las células blancas están deterioradas. Pero eso puede deberse a una mala conservación de la muestra... Lo cual no me extrañaría un ápice —añadió sin mirarla. Entendió con la sacudida de su cabeza que era otra puntadita dirigida a su incompetencia—. ¿Cuándo murió la víctima?

Lenore se abrazó los hombros para ahuyentar un escalofrío.

No le gustaba pensar en Dariy como algo muerto.

—No lo sé.

Winthrop arqueó una ceja sin apartar la vista de la muestra, pero no dijo nada.

—Curioso.

—¿El qué es curioso?

—La sangre está completamente coagulada, como cabe esperar si el sujeto falleció hace más de doce horas..., pero las bacterias continúan moviéndose. Ninguno de los bacilos mencionados sobreviviría fuera del cuerpo transcurrido cierto tiempo. Interesante actividad parasitaria —agregó en voz muy baja. Lenore sintió un arrebato de alegría porque alguien compartiese con ella la curiosidad científica hacia el milagro. Se desinfló en cuanto Winthrop se irguió y empezó a cuestionarla—. ¿De dónde demonios ha sacado la muestra?

—De un cuerpo de la morgue —improvisó—. Mi amigo Edward, el inspector adjunto Whishaw, me dio acceso al sótano forense a fin de colaborar en mi educación.

El doctor puso los ojos en blanco.

—No sé de qué me extraño. Tiene usted un don innato para doblegar la voluntad de los hombres. Eso sí que debería estudiarse

en un laboratorio... —Si Lenore había dudado en algún momento de la coartada de Winthrop, se aclaró en cuanto lo vio moverse con la naturalidad de la costumbre a lo ancho del laboratorio. Tomó en su poder el mechero Bunsen y la placa con la muestra—. Con su permiso, voy a hacer un experimento.

—¿Con mi...? ¡No le he dado ningún permiso!

Fue tarde. Winthrop calentó la muestra líquida colocando la llama bajo el cristal y esperó con paciencia y expectación un resultado que ninguno de los dos podría haber previsto.

Lenore sabía que los científicos probaban a hervir la sangre para poner a prueba la resistencia de los organismos vivos, y en todos los casos comunes se veía que el líquido volvía a coagularse.

No sucedió así en este caso, y no lo supo porque Winthrop le dejara asomarse a la lente del microscopio, sino por el pasmo que le descompuso el semblante.

—Increíble —murmuró.

Lenore no tuvo que pedirle —o, en su defecto, exigirle— que se apartara. Winthrop posó una mano inesperadamente amable en su hombro para invitarla a maravillarse con él.

—No coagula —confirmó ella.

—Y, lo que es más, los bacilos ni se inmutan. Fíjese también en el color. Nunca había visto una sangre tan oscura. Es verdad que la fiebre tifoidea y la septicemia oscurecen el tono y también la espesan, pero no es negra, es...

—Púrpura.

—No lo entiendo. —Lenore buscó su mirada y se encontró con la expresión pensativa de un investigador serio. No había ni rastro del desdén inicial. Tal era su asombro que necesitaba compartirlo con ella, ella entre toda la gente—. He observado estas bacterias mil veces antes y le puedo asegurar que no sobreviven a altas temperaturas. Pareciera que ahora se muevan más; que los intentos por erradicarlas solo aumentan su resistencia. ¿El cadáver del que extrajo la muestra sigue en el depósito?

—No lo creo, doctor.

—¿Tiene más extractos? De tejido muscular o epitelial, por ejemplo.

Lenore se cuidó de responder de inmediato. Antes le sostuvo la mirada al médico por segunda vez desde que había llegado. Él la miraba a su vez con el brillo ambicioso de un gran descubrimiento en los ojos, de normal apáticos por la inmersión total en una rutina que debía considerar tediosa.

Podía apiadarse del afán investigador de un doctor. Ella era víctima de la misma inquietud. Pero ni la mayor de las ilusiones por un proyecto común podría convencerla de poner en peligro a Dariy.

No sabía si a este respecto le jugaba en contra el ritual de lealtad al que se había sometido por voluntad o si había un deseo íntimo y personal, ajeno a su magia ancestral, inclinándola a protegerlo. En cualquier caso, Lenore quería descubrir quién era el marqués de Volteran a un nivel profundo y visceral, y el doctor Winthrop tenía una experiencia y un acceso a saberes específicos que ella no podría cultivar ni siquiera leyendo de nuevo la biblioteca de su padre.

Además, nunca sabría a quién pertenecía la muestra. Solo sabría que una vez hubo caminando por el mundo un individuo que no era humano.

—Sí, lo tengo. Pero si es su deseo profundizar en su estudio, habrá de hacerlo conmigo, pues soy la propietaria de la muestra. También tendrá que prometerme que no le hablará de los que sean nuestros descubrimientos a nadie; ni siquiera a su sombra. Esas son mis condiciones, doctor Winthrop. Ninguna de ellas es negociable.

Sin saberlo, estaba poniéndolo a prueba. En función de lo que contestara, le sería concedido el regalo de su respeto y admiración o por el contrario condenaría de manera definitiva su desmesurado ego.

No hacía falta ser un genio de la adivinación para saber que odiaba la idea de trabajar con una mujer. Una que, para colmo de males, era de familia burguesa y una prolongación de la némesis de la que creía haberse librado ya. Pero si la corazonada no le mentía —y es que su instinto nunca la había defraudado—, Winthrop pondría a un lado sus reticencias con tal de saber. A fin de cuentas, si había sido compañero de laboratorio del doctor Gulliver Nightingale, debía ser porque les movían las mismas aspiraciones, y esas aspiraciones no diferían de las de Lenore.

—Supongo que no sería sabio negarme a la proposición de una mujer que sabe usar una barra de metal.

—No, no lo sería.

Winthrop alargó el brazo sano hacia ella con una expresión no del todo solemne. Tampoco del todo burlona. En vez de reprocharle el desencanto de su mirada, Lenore decidió apiadarse de él y le estrechó la mano.

No tenía el mejor de los aspectos con el pecho medio descubierto, el cabestrillo inmovilizándole un brazo y la palidez de estar sufriendo el dolor de una fisura. El hecho de que pudiera soportarlo sin emitir queja solo confirmó que antes de ejercer la medicina había vivido inmerso en aguas peligrosas.

Pero ella también, aunque sus corrientes hubieran sido distintas.

Por eso selló el acuerdo con la tranquilidad de hallarse por fin ante un igual.

CAPÍTULO 20

Donovan Mandeville inspeccionaba, aprensivo, el cadáver aún caliente del segundo mártir del mes de marzo.

—Entonces descartamos a Jack el Destripador. —Pensaba que eso estuvo descartado desde que no observamos alevosía, inspector.

—Bueno, doctor Winthrop. Con la popularidad que han adquirido sus técnicas después de cinco asesinatos canónicos, no me habría extrañado que hubiera sustituido los ya predecibles desmembramientos por un método novedoso. Más por sorprender a su público que por despistar.

—Los asesinos en serie sufren del mal del ego desproporcionado —repuso el médico—. El Destripador persigue el reconocimiento de su firma igual que siempre ha perseguido el mismo perfil de víctima.

—Es eso último lo que me ha convencido de que no se trata del viejo Jack —admitió Mandeville—: que la víctima sea, por vez primera, de género masculino.

Los tres caballeros presentes dirigieron sus miradas reflexivas al finado.

Mandeville lamentaba el destino del «pobre fulano» por mera educación en tanto que se secaba el sudor de la frente con un pañuelo de lino; pañuelo de lino que en un principio había sacado del bolsillo para sofocar el mal olor concentrado en el depósito.

Winthrop, requerido para aportar una segunda opinión que complementara la del experto forense, prestaba atención a sus anotaciones. Apoyado en la misma mesa de latón donde languidecía lo que quedaba de Samuel Paulson, garabateaba con la torpeza de tener un brazo en cabestrillo.

Edward era el único que le había conferido al muerto una dimensión humana. A fin de cuentas, había coincidido con él un par

de noches atrás. Para mayor precisión, lo había visto danzando en el salón del barón Fellowes con nada menos que la sonriente Lenore Nightingale entre sus brazos.

El movimiento espasmódico de la pierna derecha delataba su nerviosismo, así como el ceño fruncido que había arrastrado de la comisaría al sótano del hospital de Londres. Era allí y no al desangelado depósito de Whitechapel a donde trasladaban los cadáveres sospechosos de un crimen encarnizado. En los bajos de la clínica habían podido contar con el experto consejo de un médico forense, un químico y, ahora, un cirujano.

Winthrop había determinado que lo habían envenenado antes de practicarle la desecación. Para el diagnóstico se había basado en gran medida en el testimonio de la hermana de la víctima, que había encontrado el cuerpo entumecido y tendido en una cama de su propio vómito.

—Yo también me inclino por descartar a Jack —murmuró Edward. Se levantó del asiento, una destartalada sillita de latón, y apoyó las manos en el borde de la mesa para asomarse a las tripas expuestas de Samuel Paulson—. A nuestro nuevo amigo criminal se le pueden achacar los agravantes de nocturnidad y premeditación que conocimos con el Destripador, no así su popular ensañamiento.

—Con Mansfield no se ensañó, no, pero ¿no aprecia usted un ánimo de mortificación en el acto de intoxicar a un hombre? —repuso Winthrop—. Si esta segunda víctima llegó a vomitar y terminó asfixiada, es obvio que padeció una larga agonía. Al menos a mí no se me ocurre destino peor que pasar entre quince minutos y media hora retorciéndome entre estertores.

—Pretendía llegar hasta ahí, doctor. Si el asesino envenenó al señor Paulson, habremos de considerar un importante cambio de voluntad en sus métodos respecto de la primera muerte.

—O una cierta caballerosidad. Es bien sabido que con las damas uno ha de ser más gentil —meditó Mandeville, no sin el humor que tanto necesitaba para sobrellevar la tragedia.

—Conocía a ambas víctimas —prosiguió Edward—. No se detectaron señales de forcejeo en ninguno de los casos.

—Y en vista de que Jane lo recibió en su dormitorio de la pensión

y luego la hallamos... —Mandeville paladeó todas las palabras posibles antes de hablar, comprometido como siempre con hacerle justicia al lenguaje— *satisfecha* en el Támesis, podríamos estar tratando con un hombre bien parecido. Un seductor.

—O solo con suficiente dinero en el bolsillo para alegrarle el día a una pobre miserable —puntualizó Winthrop, de carácter más práctico que romántico—. Yo buscaría al responsable en la lista de invitados de la velada social que inaugurará la temporada, inspector.

—Apoyo la moción. La hermana de Paulson encontró por la mañana dos vasos de vino, uno sin probar y otro infectado de la sustancia que ahora mismo está estudiando el señor Blythe...

—... y nuestro finado era la clase de burgués que solo desplegaba su generosidad con los de su misma raza —completó Mandeville, mirando a Edward.

—Misma raza o una mucho más elevada —especificó Winthrop—. Si Paulson le abrió la puerta al asesino, lo sentó en su salón y descorchó en su honor un Château Margaux, dudo que fuera tanto porque le impresionara su atractivo físico como por la obligada ostentación que inspira un caballero de posición muy superior.

—Además, ¿a quién se le podría disculpar una visita a horas intempestivas? —agregó Edward—. A un gran amigo...

—... o a un noble al que no se le puede decir que no —concluyó Winthrop.

—Pero ¿por qué un hombre bien conectado con el *beau monde*, como se le presupone al asesino de Paulson, solicitaría los servicios de una fulana de baja estofa como Mansfield? ¿No es lo habitual que los señores con título o renombre busquen desahogo entre las bellezas del teatro o la ópera? —reflexionó el ceñudo Mandeville—. Ahí veo una clara discrepancia.

—A lo mejor asesinó a Jane para despistar, para que lo asociáramos con el Destripador, y su blanco original era Paulson —sugirió Edward.

—No dejen que las pequeñas contradicciones les distraigan. Es el mismo criminal —atajó Winthrop. Alzó la vista por fin de sus anotaciones y cerró el cuaderno—. No quedaba una sola gota de sangre en ninguno de los dos cuerpos, a los que se les practicó en

vida un minucioso drenaje. Y, lo que es más o al menos a mí se me antoja doblemente revelador, en ambos casos las incisiones son casi inapreciables, obra de un sujeto con conocimientos médicos avanzados. No puede haber en Londres, no de manera simultánea, dos homicidas con este extraordinario talento.

Mandeville se desplomó en la silla con un suspiro hastiado.

—¡Miren a dónde me lleva el deseo de descifrar las mentes perversas! Puedo comprender que un asesino encuentre placer descuartizando un cuerpo. Exige habilidad, y los caminos del morbo son, además de perturbadores, inescrutables. Pero ¿drenar la sangre? ¿Por qué demonios querría nadie vaciar los fluidos de un ser humano?

—Como médico, solo se me ocurre que la finalidad sea practicar transfusiones —sugirió Winthrop—. Es infrecuente porque a veces sucede que el receptor las rechaza y pierde la vida, pero también se han dado buenos resultados, sobre todo para contrarrestar las hemorragias posparto. Yo mismo he realizado esta práctica en algunas cirugías, muchas de ellas con éxito. La única fisura que le veo a esta teoría es la conservación de la sangre. Perdónenme la insensible elección de palabras, pero no es tan simple llenar una garrafa con siete litros y venderla a quienquiera que realice transfusiones al margen de la práctica profesional sin que el líquido coagule y se eche a perder.

Mandeville enarcó las cejas.

—¿Por qué supone usted que el asesino mata con una finalidad económica?

—Mata porque es capaz y no le supone ningún engorro, eso salta a la vista. Pero no observo regodeo en su actuación. Una vez tiene la sangre, desaparece.

—Olvida usted el estudio de un detalle crucial —intervino Edward —, que es la relación entre las dos víctimas. Ambas eran lo bastante distantes en clase, sexo y modo de vida para deducir que el asesino elige a sus futuros damnificados con la meticulosidad de un propósito muy personal. Si solo quisiera hacer negocio con fluidos, buscaría víctimas mucho menos populares que una prostituta y un burgués y procuraría borrar sus huellas.

—¿Una puta es una víctima popular? —Winthrop enarcó una ceja burlona—. ¿Desde cuándo?

—Desde que son el perfil predilecto del Destripador.

—Hace tres años que no sabemos nada de Jack el Destripador, Whishaw.

—Pero la sociedad aún no ha sanado la herida de sus crímenes. Hasta que no se resuelva su caso, el homicidio de una mujer de vida alegre será más conocido en el mundo policial que el asesinato de un miembro de la casa real.

—Permítame dudarlo —se mofó Winthrop.

—Hemos descartado profundizar en la conexión entre la prostituta de Whitechapel y el nuevo rico de Bloomsbury porque no es obvia y seguro que tampoco pertinente —retomó Mandeville en referencia a la réplica de Edward—. Jane no estaba casada y no conocía ni íntima ni parcialmente a Samuel, de manera que los asesinatos no han podido ser obra de un marido celoso, si es lo que insinuabas. Sabemos por cortesía de la señorita Paulson que su hermano frecuentaba burdeles, sí, pero no en el distrito H. Prefería las casas de citas y, por lo visto, estaba enamorado de una cortesana en concreto, una tal Rosalind Leighton que le amenizaba las noches tocando el piano.

—Sí, sí, y la pobre criatura se echó a llorar al conocer el destino de su adorado —resumió Edward con impaciencia—. Me creo que se amaran y Samuel le fuese fiel evitando acudir a la pensión de Mansfield. Lo que no me creo, Mandeville, es que las víctimas fueran seleccionadas al azar, como sugiere Winthrop. El asesino no se propone ni limpiar el East End de lenocinio y perversión, como parecía ser el sueño del Destripador, ni convertirse en el conde de Montecristo llevando a cabo una venganza bíblica contra la clase alta.

—Y ¿qué propone, entonces? ¿Cuál puede ser el nexo?

—Eso pretendo averiguar interrogando a mi testigo común.

En el caso de que lo fuera, cosa de la que aún no estaba seguro.

Edward había citado a Lenore en el hospital de Londres a las cuatro en punto para ir deshaciendo la maraña de enigmas.

De cara al inspector jefe y al resto del equipo forense, su

motivación había sido estratégica: sabía que Lenore había estado merodeando por el burdel de la señora Gulp, donde casualmente se promocionaba Jane Mansfield, y sabía que conocía al señor Paulson porque Fellowes lo había invitado a la velada en calidad de pretendiente potencial. Y era verdad que tenía un interés más humano que personal en llegar al fondo de la cuestión, pues su sentido de la justicia seguía siendo la brújula de su destino; más incluso que la consecución de una medalla al honor. No obstante, también la había citado con aquella excusa porque sospechaba que después de lo acontecido en su casa no conseguiría fomentar un reencuentro de ninguna otra manera.

Si Lenore no recibía una citación formal firmada por Scotland Yard, lo condenaría a padecer su ausencia de por vida, y todo por haber cometido la insensatez de tocarla.

Consultó su reloj de bolsillo. Las cuatro menos cinco minutos. Alguien debía de estar escoltando a la señorita Nightingale al depósito.

De seguro no la habría impresionado saberse requerida por la Policía Metropolitana, pero ni en mil vidas habría rechazado la oportunidad de pasearse por el hospital de Londres.

Por un hospital a secas, fuera cual fuera ese.

Edward siempre tendría a su favor que la conocía como la palma de su mano.

Si jugaba bien sus cartas, Lenore no se le escaparía jamás.

Como había estipulado en su esquema mental, las puertas se abrieron a las cuatro y dos minutos. El escolta tuvo que forcejear con el pomo y casi desencajar el quicio para que la entrada cediese: las humedades habían podrido la madera. Entre las goteras mal tratadas y la putrefacción de los cadáveres, en el aire flotaba un intolerable olor a perro mojado.

A esto hizo mención Mandeville al reconocer la figura femenina.

—¿Su testigo es una mujer, Whishaw? ¿Trae a una jovencita a esta pocilga? Ya me extraña menos que no haya encontrado esposa aún, si así es como se las gasta.

Pero Mandeville no podía entender que estaba más cerca de conquistarla recurriendo a ese tipo de artimañas que enviándole

ramos de flores. A decir verdad, tampoco Edward lo comprendía, pero había aprendido a respetar y tratar de hacerse responsable de la luz que asomaba a los ojos de Lenore cuando se paseaba por esa clase de tugurios. Encontraba fascinantes los lugares lúgubres, las heridas infectadas, los hombros dislocados.

La muerte, incluso.

Esa vez no fue diferente. No había cambiado en los días que habían transcurrido desde que Edward pusiera el mundo al revés cubriéndola con sus manos.

Fue un alivio. Había albergado el temor de que Lenore se hubiese transformado en algo distinto; de que él hubiera corrompido con su pasión un espíritu sensible que había nacido para permanecer fuera de su alcance.

«Al diablo con eso», pensó mientras la veía acercarse con los ojos puestos en todas partes menos en él.

Con el tiempo había aprendido a no tomar su actitud distraída como un ataque personal. No es que Edward fuera demasiado insípido para los temerarios gustos de la señorita, sino que todo lo demás, todo lo que no era su querido amigo de la infancia, le era desconocido y, por ende, más interesante.

Él había sido asquerosamente predecible hasta la noche de la fiesta, cuando se propasó.

«¡Al diablo con eso!», se insistió.

Lenore no era inalcanzable ni inconmovible, y se lo había demostrado. No iba a flagelarse por haber reventado el cristal que, como a una pieza de museo, la preservaba de la avaricia y la gula ajenas. Todo pecado capital era perdonable si se cometía para desvirtuar la pureza del amor, proceso obligado cuando se lo pretendía rescatar de las nubes de lo platónico para volverlo mundano. ¿Cómo se haría posible su materialización, si no?

Lenore le dirigió a Mandeville un educado cabeceo. Tenía las manos enguantadas en el regazo, el cabello recogido en un moño del que pendían dos bucles ni rubios ni castaños. Los mechones pretendían disimular la separación de las orejitas, rasgo que delataba su verdadero origen: el mundo de las hadas. No era

exactamente bonita, pero la belleza prefería dejársela a los hombres sin imaginación.

El foco de sus ojos almendrados pasó del inspector jefe a él, y de él a Winthrop.

Edward se habría prendado del intercambio de miradas entre ambos si no hubiera percibido un cierto secretismo entre el médico y ella, que se contemplaron unos segundos de más con complicidad antes de cortar el contacto.

El estómago le dio un vuelco. ¿Qué había sido eso?

—Tengo entendido que desean interrogarme acerca del señor Paulson.

—Whishaw nos informó de que la víctima había estado la noche anterior bailando en su fiesta privada, señorita Nightingale —dijo Mandeville—. A lo mejor usted podía darnos alguna pista sobre su comportamiento entonces, los invitados con los que alternó, si observó algo extraño..., pero sería mejor que antes el inspector adjunto se la llevara a un lugar más apacible.

—No me molestan ni el olor ni la iluminación, señor. No es la primera vez que visito un depósito. Tampoco la primera que veo a un hombre abierto en canal —agregó con una sorna que nadie, salvo aquel que conociera su humor oscuro, podría haber apreciado.

Edward creía ser el único hasta que vio una sonrisa sarcástica en los labios de Winthrop.

Mandeville se quedó de una pieza. Más por no afearle el comentario que porque lo encontrara disculpable, procuró mostrarse indulgente.

—He de decir que, pese a mi profesión, a mí no me entusiasman los cadáveres. Con el permiso de mi subordinado, me retiraré con el doctor a seguir la ronda de interrogatorios.

Se dio un golpecito en el ala del sombrero invisible y salió a paso ligero. Edward admiró su honestidad y su arrojo para actuar conforme a sus deseos: y es que Mandeville llevaba deseando marcharse desde que había entrado.

Winthrop despidió a Edward con un escueto cabeceo y a Lenore con una expresión difícil de interpretar. Ahora que había sido testigo

del misterioso entendimiento entre ambos, el inspector había afinado los sentidos para captar hasta el más nimio gesto.

Y maldita la hora.

—Se llevó usted un buen mamporro, doctor Winthrop —alcanzó a decir Lenore antes de que se retirase.

El doctor alzó la vista a la vez que las cejas. Evitó a tiempo que una sonrisa sabedora confirmara el carácter privado de la broma, pero Edward la descifró. Lenore había sido responsable directa o indirecta de su estado, como confirmó el propio médico al decir, burlón:

—El precio que pagar por frecuentar malas compañías, señorita.

Edward no se perdió que Lenore ponía los ojos en blanco, exasperada, y Winthrop se marchaba de allí con su característica expresión sardónica. El mal presentimiento inicial se fue agrandando hasta dominarlo por completo. Lo único que fue capaz de articular en cuanto se quedaron a solas —y sin disimular su contrariedad— fue:

—¿De qué conoces al doctor?

Lenore pestañeó como si no lo entendiera.

—Trabaja en el hospital de Great Ormond Street desde hace años. Era amigo de mi padre.

—No sabía que también fuera amigo tuyo.

—Y no lo es. El doctor Winthrop es un hombre altivo e insolente, defectos del carácter que encuentro aborrecibles. —No le dio pie a seguir cuestionándola, al menos a ese respecto. Tampoco Edward sintió la necesidad. Sabía que era sincera—. Pensaba que tenías preguntas que hacerme relativas al asesinato. Creo que no voy a serte de gran ayuda. Apenas traté al señor Paulson en tres ocasiones, y contando también la última, dudo que en ninguna de ellas corriera peligro de muerte.

—Desde luego, no suena como si lamentaras su pérdida.

Lenore lo miró de reojo.

—Tengo muy recientes otros lutos, inspector Whishaw. Lutos a los que daría prioridad si me apeteciera sumirme en la desolación... Claro que no es el caso.

Lanzado ya el primer dardo, se acercó al cuerpo exánime y

observó con intención analítica la disposición de los órganos expuestos.

—Según Winthrop —procedió a explicar Edward después de carraspear. Vigiló su reacción a la mención del nombre. No pareció deshacerse en amores—, la causa de la muerte no tiene nada de extraordinaria. Sufrió un colapso nervioso inducido por el envenenamiento y ahí terminó todo. —Suspiró en voz alta—. Lamento no tener mejor carnaza que ofrecer a ese perro de la curiosidad que mimas con tanta dedicación: no hay inflamaciones, heridas aparatosas o bacterias involucradas.

La vio sonreír a regañadientes antes de mirarlo de soslayo con legítimo recelo, pues al final solo Dios sabía en qué punto estaba su relación.

Haciendo equilibrismos en un desfiladero, tal vez.

Por lo menos se había dignado acudir a su encuentro. Era un avance.

Edward estaba acostumbrado a que Lenore lo mirara sin verlo. Así había sido durante los años que pasó enferma de melancolía y en las jornadas que gustaba de llamar «días de niebla», cuando le prestaba una visita y la encontraba encogida bajo la ventana con algún recuerdo de su madre en la mano y la mente cifrada.

Había esperado que se refugiara en un silencio similar para alejarlo de sus pensamientos, pero no. Lenore lo estaba mirando de verdad. Con esa timidez que no afloraba con casi nadie —ante pocos más se mostraba vulnerable— y con el miedo de no saber por dónde la atacaría esta vez, sí, de acuerdo, pero lo miraba.

—Bastante tenemos con que yo no me comporte de acuerdo a mi posición para que tú tampoco seas un caballero. Alguien debe preocuparse de hablar del señor Paulson con cariño, ¿no te parece?

Edward relajó los hombros y le devolvió la sonrisa.

—Tienes razón. —Con cautela, se acercó a ella rodeando la camilla de manera que cada uno estuviera en un extremo. Hizo un esfuerzo por ignorar el hormigueo en los dedos, dolorosamente conscientes de su cercanía, de la suavidad de su piel, y la invitó a explayarse sobre su pasión—: ¿Ves algo que se le haya podido escapar a Winthrop?

—¿Hay algún químico forense analizando el presunto veneno?

—Sí, Blythe.

—Blythe, bien. —Asintió, conforme. Edward sonrió entre exasperado y divertido. ¿Por qué le sorprendía que conociera a todas las eminencias del mundo científico?—. Lo bueno (y malo) de la mayoría de los venenos es que son muy asequibles: en herbolarios y boticas pueden encontrarse arsénico y sales de mercurio, y no es raro ver un jardín privado con digitalina, por poner un ejemplo. Dependiendo de los resultados del examen químico, podrías darte un paseo por las farmacias de Bloomsbury y preguntar por los clientes que recientemente hayan adquirido los mencionados productos.

—Antes que al señor Paulson, el asesino mató a una prostituta de Gulp's. Considerando que su rango de acción criminal comprende desde el distrito H. hasta los barrios residenciales del West End, tendría que preguntar en todas las boticas de la capital... y a todos los jardineros particulares, también. Esperaba que me ayudaras a afinar la búsqueda —concluyó, planteado ya el contexto—. ¿Jane Mansfield te suena familiar?

Esperó a ver su reacción antes de proseguir, sintiéndose miserable por tratarla como a una sospechosa en vez de una testigo. Pero debía admitir que todo en Lenore era sospechoso, empezando por sus escapadas nocturnas y terminando por su incapacidad para aceptar lo que sentía.

Por no mencionar el asunto de Winthrop, que se había prometido seguir investigando. Conocía a Lenore desde la tierna infancia. Sabía de sobra cuándo un tipo era «un viejo allegado de su padre» y cuándo flotaba un secreto entre los dos.

—Jane —repitió. Aunque procuró sonar despreocupada, había palidecido—. ¿Así se llamaba la joven?

—Ajá. Pelirroja, entre veinte y veinticinco años. Sus compañeras de oficio la describían como una muchacha vitalista y soñadora. Por lo visto era muy querida en el barrio.

—Siendo sincera, Edward —suspiró, tirándose de uno de los bucles—, no sé por qué crees que yo conocería a una cortesana de Whitechapel. Tienes suerte de que no me indigne con naderías,

porque si le hicieras esta insinuación a otra señorita, te habrías ganado una bofetada.

Él disimuló la tensión corporal como pudo.

Aquella era la segunda mentira que decía. Descarada, además. Y no tenía esta certeza porque creyera a pies juntillas las declaraciones del agente Turner sobre sus excursiones nocturnas: estaba seguro de que jugaba con él porque Lenore era la persona menos fiable con la que se había topado nunca.

Se le escapó una risita fría.

—Y yo no sé por qué creí que me dirías la verdad cuando no has sido franca conmigo ni un solo día de tu vida —le soltó. Se arrepintió en el acto. A fin de cuentas, la había mandado llamar con el propósito de disculparse por tratarla como a una vulgar ramera en su propia casa. Pero viendo la rigidez de su cuello, el ceño fruncido con el que lo miraba, aceptó que era tarde para desdecirse—. Me consta que hace unas cuantas noches estuviste merodeando por Gulp's en torno a la una de la madrugada. Un testigo de mi confianza así me lo transmitió. Eres la única persona que he encontrado que podría haber tratado con ambas víctimas en los momentos previos a sus muertes.

De no haber sido por las circunstancias, se habría regocijado en el milagro de haberla sorprendido.

—¿Me estás acusando de asesinato?

—De mentirle a un agente de la ley, en todo caso.

Lenore sacudió la cabeza sin dar crédito.

—Tú mejor que nadie sabes dónde estaba y con quién mientras se celebraba la fiesta —le recordó con rencor.

—El señor Paulson fue asesinado la noche siguiente. ¿También tienes coartada para entonces? —Lenore giró la cara para ocultar la verdad vergonzosa que encerraba el rubor de sus mejillas. Averiguar cuál era se convirtió en la misión de la vida de Edward, que rodeó a toda prisa la mesa para buscar su mirada—. ¿Dónde estabas, Lenore? ¿Con tu abuelo?

—Yo no... —Se pasó la lengua por el borde de los labios. El gesto alteró a Edward, que por un segundo se olvidó de dónde estaba. La tenía demasiado cerca, y los recuerdos de la fiesta no habían dejado

de perseguirlo desde entonces: flotaban a su alrededor como una bandada de pájaros de mal agüero, impidiéndole concentrarse—. No me puedo creer que pienses que soy sospechosa.

—No pienso que seas sospechosa del crimen, Lenore, pero sí tienes un comportamiento sospechoso. Dime, al menos, qué hacías en el East End después de medianoche. Dime, aunque sea, cómo demonios se te ocurrió una locura semejante. Fuiste sin carabina, ¿verdad? Por Dios —se exasperó—, si quieres pasearte por zonas de alto riesgo, ten la decencia de ponerme sobre aviso para que al menos intente estar patrullando por allí.

Lenore alzó la barbilla, no tan sorprendida por su humilde petición —al final, era habitual que Edward cediera a sus deseos y empecinamientos aun estando en rotundo desacuerdo— como por su tono angustiado.

Tampoco esto segundo debería haberla cazado con la guardia baja. Edward llevaba toda la vida sin dormir, preocupado por la sola idea de que estuviera sufriendo muy lejos de su consuelo.

Le aguantó la mirada con un nudo en la garganta.

Era un misterio cómo una mujer que no creía en Dios y huía de toda emoción podía tener unos ojos tan dulces. Siendo niño le dijo una vez que eran del color de los caramelos de azúcar de cebada que su madre compraba en la botica junto con los remedios de sus neuralgias; de un tono ámbar oscuro que bajo el sol se derretía hacia el dorado de la miel.

—No puedo decírtelo —se disculpó, y agachó la vista.

El corazón le ardió en el pecho. Arrebatado, la tomó de las mejillas para obligarla a enfrentarlo.

—Lenore, ¿estás metida en un problema? —Ella seguía esquivándole la mirada, y por más que él la sacudía con suavidad, no respondía—. Háblame, por Dios te lo pido, o me imaginaré los escenarios más tremebundos. ¿Hay alguien extorsionándote?, ¿un usurero del East End? ¿Tiene que ver con los *penny dreadfuls*?

—No.

—¿Entonces? Si no me lo dices, no puedo protegerte.

—No tienes que protegerme, Edward.

—¿Ya no confías en mí? —Tragó saliva—. ¿Es por lo que ocurrió la

otra noche?

Lenore volvió a ruborizarse, pero él estaba tan absorto en los temores que no pudo atribuirse la victoria. Cuando ella entraba en escena, lo peor que podía imaginarse siempre era lo peor que podía sucederle a un ser humano.

—No quiero hablar de eso.

Sus constantes negativas terminaron por desesperarle.

—Pues de algo tendremos que hablar. Estás aquí para ser interrogada. Si te niegas, estás yendo en contra de la ley, y Scotland Yard podría aplicar un castigo a la altura.

Lenore frunció el ceño, contrariada. Con el pequeño rostro enmarcado entre sus manos, le pareció más joven; esa niña rebelde que en el fondo nunca dejaría de ser. Edward le perdonaba las actitudes a menudo infantiles porque la melancolía había irrumpido abruptamente en su vida, truncándole la infancia, agotándole la esperanza, quebrándole el alma. En su opinión, estaba en su legítimo derecho de recuperarla o desquitarse como más le placiera, incluso si elegía valerse del mismo para hacerle daño a él.

—No me da miedo la policía.

—¿Y qué te da miedo? —Avanzó un paso más, temblando de anticipación. En algún momento, la proximidad con ella se había vuelto intolerable—. ¿Con qué puedo amenazarte para que seas sincera conmigo?

Lenore se plantó con la barbilla alzada.

—¿Y respetar mi silencio no es una opción? Una mujer tiene derecho a guardar secretos, Edward, y esos secretos no son necesariamente de interés policial.

—Si no son de interés policial y no son de interés médico, o de lo contrario me los habrías revelado sin tapujos, ¿de qué índole son? ¿Amorosa, quizá? —soltó al fin. Aquello había estado torturándolo desde que su hermana lo mencionara la mañana que levantó el cadáver de Jane—. Bells sospecha que tus escapadas pueden estar relacionadas con un hombre. Sin duda explicaría que hubieras estado muerta de aburrimiento en tu propia fiesta, y también que rehúses darme una explicación coherente cuando te pregunto por qué no aceptas mis sentimientos.

Lenore le agarró las muñecas para sacarse sus manos de encima. Puso distancia entre los dos con torpeza. Una emoción salvaje había prendido sus ojos, que ahora eran oro líquido en un rostro por lo demás indiferente.

—No los acepto porque eres mi amigo —siseó entre dientes—, no mi amante.

Edward meneó la cabeza con una sonrisa anonadada.

—Así fue durante muchos años, Lenore, y no los cambiaría por nada..., pero la gente crece, los objetivos vitales cambian, las relaciones evolucionan. Ya no somos los niños que jugaban a los médicos con los gatos callejeros.

Ella reaccionó como si la hubiera insultado.

Aunque no había dicho nada más que una verdad universal, se arrepintió. Sabía que lo que Lenore no podía soportar era la fugacidad de la vida y, por extensión, de todo aquello que estaba en ella. La razón de su honda tristeza había sido la incapacidad de comprender por qué un día su madre había dejado de tejer en la mecedora. Ese fue el golpe de gracia, pero el punto del que partía debido a su fragilidad de espíritu ya era peliagudo. Por paradójico que fuera, su extrema sensibilidad le impedía comprender conflictos emocionales cotidianos. Y es que tampoco había podido asimilar nunca que un día su hermana decidiera que ya no jugaría nunca más con ella; que abandonaría la familiaridad de la casa para exponerse al prejuicio social en los salones y que su mejor amigo ya no la miraba como una aliada de la infancia, sino como a la piedra fundacional de una vida conyugal común.

El problema de base era que muy en el fondo, tan al fondo como se condenaba lo indecible y lo vergonzoso, Lenore odiaba haberse convertido en una mujer. Lo entendía como un estigma limitante y peligroso para sus ansias de libertad y como la razón de todos sus problemas actuales, desde la emocionalidad que la desbordaba hasta el hecho de que Edward se hubiera enamorado de ella.

—Vi a Jane en mi paseo por Whitechapel —soltó de carrerilla con tal de esquivar la conversación seria, y se preparó para marcharse—. Estaba charlando en clave amistosa con un par de compañeras sobre algunos de los clientes más generosos. Hasta ahí puedo contarle,

inspector Whishaw. No me entretuve con ella. Solo puedo constatar que sí, parecía vitalista y soñadora.

Edward avanzó un paso hacia ella con la intención de dar otro, y otro, y uno más, pero el orgullo le retuvo en el sitio.

En su lugar se hizo oír en tono firme.

—No vas a poder huir de mí toda la vida, Lenore. Tarde o temprano tendrás que sentarte a hablar conmigo.

—¿Acaso no hablamos suficiente la noche de la fiesta? —masculló con la vista clavada en el suelo.

—Tú no mediaste palabra.

—¡Porque no hay palabra que pueda disuadirte!

—Ahí te equivocas —resolvió con llaneza—. Dime que no me quieres y cesaré en mi empeño.

Ella fue a mirarlo por encima del hombro. Se quedó en la intención, con el mentón alineado con el hombro.

Por un instante, la vida de Edward quedó suspendida en el aire, en esa pequeña baldosa del mundo que ocupaba Lenore Nightingale con sus vestidos de manga larga, su pelo electrizado en la coronilla y ondulado en las puntas y sus ojos alucinados que exclamaban «¡Eureka!».

Le había tendido una trampa, porque no la creería si le decía que no lo amaba. Y no sabía si rehusaría aceptarlo por la obstinación de los enamorados, que pensaban que era imposible que tanto amor desesperado no fuera correspondido, o porque su soberbia no conocía límites.

En cualquier caso, Lenore no dijo nada, proclamando una vez más y de forma indirecta los sentimientos que era incapaz de negarse.

Edward lamentó entonces haber hecho la pregunta equivocada. Deseó viajar al pasado y corregirse: «Dime que te repugna la idea de ser mi esposa, y cesaré en mi empeño».

Ah..., pero es que si Lenore hubiera respondido que no a ese planteamiento, Edward sí la habría creído. Veía a través de ella. Simplemente a veces elegía darle la espalda a lo que no le gustaba. Y ¿quién podría culparlo? ¿Quién no se hacía el ciego o el sordo por conveniencia? Era de la supervivencia de su fe y de su corazón de lo que estaban hablando.

Lenore dejó la conversación en el aire rehaciendo sus pasos hacia el piso superior, donde la recibiría el ajetreo del hospital de Londres. Con ningún otro propósito que proteger su reputación —incluso si ella ya había demostrado que le era indiferente—, Edward la alcanzó y la tomó del brazo para guiarla a través del zafarrancho. La concentración de batas blancas, enfermos conscientes acompañados de familiares que exigían tratamiento inmediato y camillas que cruzaban volando los pasillos presentaba una amenaza para todo aquel distraído que no tuviera la costumbre de sortear peligros cotidianos.

Lenore, además, estaba aturdida y sonrojada por la discusión, como confirmó al echarle un vistazo rápido.

—¿El carruaje te espera fuera? —preguntó Edward en voz baja.

Contagiada de su repentina timidez, ella contestó sin apartar la vista del suelo.

—Sí, pero me gustaría encontrarme con el doctor Winthrop antes de... —Alguien conocido la distrajo; podría decirse también que la salvó de Edward. Una sonrisa le iluminó la expresión—. ¡Doctor Barnes!

El inspector adjunto miró en la dirección a la que ella echó a andar con brío y reconoció a uno de los médicos de Great Ormond Street.

Había coincidido con el bonachón de Barnes en casa de los Nightingale en más de una ocasión. Era uno de esos compañeros de profesión del difunto Gulliver que en su tiempo libre se deshacía de la bata clínica para vestirse de confidente. Barnes le había contado durante una de las reuniones cargadas de brandy y anécdotas desternillantes que, aunque trabajaba como experto pediatra en la clínica de niños huérfanos, de vez en cuando ponía su pericia al servicio de los adultos del hospital de Londres.

No era el único que se dividía en beneficio de la comunidad. Winthrop colaboraba con el departamento forense de la Policía Metropolitana y Gulliver había realizado algunas cirugías de gran complejidad en aquellas mismas instalaciones. Sospechaba, no obstante, que las motivaciones de cada uno de los mencionados distaban de parecerse. De todos los profesionales con los que Edward había tratado, podía decir con pleno convencimiento que

Barnes era el único que había elegido carrera por amor a la vida, no a la ciencia.

Barnes celebró el cruce con Lenore con una sonrisa de circunstancias y enseguida se llevó el antebrazo a la frente, por donde sudaba con profusión.

No era un buen momento para pararse a saludar. Le estaba costando empujar la camilla a pesar de que la doliente era una joven demacrada. Pesaría cuarenta y cinco kilos a lo sumo.

Solo mirarla le puso de un humor aprensivo. Tenía las cuencas de los ojos hundidas, los músculos del cuello rígidos y la piel surcada de manchas cerúleas.

Se le ocurrió evocar el aspecto cadavérico de Jane Mansfield, cómo se le transparentaban las venas de las sienes y la mandíbula. Lenore tuvo que fijarse en lo mismo, porque en lugar de dirigirse a Barnes apoyó una mano en el borde de la camilla con ruedas y echó un vistazo temeroso a la enferma.

—¿Qué le sucede?

Aun exasperado por la discusión, Edward no podía sino conmoverse porque la vocación la llamara incluso en situaciones de alta tensión. Acababa de ser interrogada, violentada incluso, y sin embargo toda su atención caía y siempre caería en la víctima de un destino cruel.

—Tuberculosis, diría yo. En su estadio final —añadió en voz baja. La muchacha no se habría enterado, de todos modos. Luchaba contra una duermevela febril meneando la cabeza de un lado a otro. Si Edward se hubiera inclinado, la habría oído balbucear incoherencias—. Debió contraerla hace días, porque ya llevábamos un par de semanas tratándola por sífilis terciaria. Creía que estaba progresando gracias a los compuestos de yodo cuando apareció con estas manchas y delirios paranoides. Ahora se le han juntado ambos males. Mi pobre Felicity... —apostilló, mirando con tristeza a la muchacha—. Cuando Dios se encapricha con uno de nosotros, ¿qué podemos hacer sino rendirnos a su plan?

—No sé si deberíamos involucrar a Dios en estos casos —musitó Edward.

—No osaría culpar a nadie, ni a las divinidades ni a los mortales...

a no ser que esos mortales sean causantes directos o indirectos de las condiciones infrahumanas en las que viven las personas de bajos recursos —añadió Barnes entre dientes. No era hombre de odios apasionados, pero el dolor le aguijoneaba donde más le dolía: en la injusticia—. Si recurro a Dios, ni siquiera es porque crea a ciegas en su gracia. Solo me aferro a la dulce esperanza de que se lleve a mis criaturas a un lugar mejor; lo que sea para sobrellevar esta sinrazón que es la muerte de una joven.

—¿A dónde la lleva ahora, Barnes?

—A descansar al pabellón. Ya no puedo hacer nada por ella.

Lenore sacudió la cabeza. Impidió que Barnes siguiera empujando la camilla interponiéndose en la ruta y colocando las manos sobre los tobillos cubiertos de Felicity.

—No es tuberculosis, doctor. Mire su piel. Fíjese en las manchas azuladas. Ninguna enfermedad descrita en los tratados médicos presenta esa anomalía. La única referencia que tenemos de ese síntoma es... —tragó saliva— era mi padre.

—¿Nightingale? Lenore... —empezó en tono cansino, el que se empleaba con los niños insistentes a los que no se les quería gritar —. En su día ya zanjamos que la enfermedad de su padre...

—No es tuberculosis, no —la apoyó un nuevo interventor. Winthrop había regresado de charlar con otro compañero de gremio y se había asomado sobre el hombro de Barnes para valorar el estado de la enferma—. Y tampoco son manchas de escorbuto o septicemia. He tratado a suficientes marineros y pacientes crónicos para distinguir el tono y la forma de las manchas, en el escorbuto más pequeñas y violáceas y en la septicemia más bien rojizas. Sea lo que sea de lo que se contagiara, no es una enfermedad conocida. Desde que detectó esta segunda bacteria —continuó, mirando a Barnes—, ¿cuánto ha tardado en infectarla?

—La última vez que vino por su dosis de mercurio para la sífilis ya advertí signos de demencia avanzada y un rastro leve de estas manchas. Le pedí que se quedara para observarla, pero ella me dijo que sabía que iba a morir y no tenía caso perder sus últimos días de libertad languideciendo en el hospital. A pesar de que nunca le cobré por mis servicios, insistió en darme tres libras por las molestias —

agregó con la voz entrecortada. Los ojos se le habían llenado de lágrimas—. Es una buena muchacha.

Como siempre ajeno a todo sentimentalismo, Winthrop preguntó sin rodeos:

—¿Le importaría que le tomara una muestra de sangre o esputo para estudiarla?

—¿Por qué? —Parpadeó deprisa para ahuyentar el llanto—. ¿Cree que podría encontrar una cura?

Aquella era una pregunta ingenua, en especial viniendo de un médico curtido, pero Edward no podía juzgarle por aspirar a un milagro. Volvía a aliviarle descubrir que en el gremio sanitario había especialistas que no habían renunciado a su humanidad.

—No, pero de cara al futuro nos convendría estar preparados. Dudo que la enfermedad sea altamente contagiosa si la joven se ha estado paseando por Whitechapel y el hospital sin llevarse al menos a un amante por el camino —meditó Winthrop—, pero si hay un brote de tuberculosis evolucionada en Londres, más nos vale saberlo. No podemos permitirnos una catástrofe parecida a la epidemia de cólera del sesenta y seis.

—No, claro que no.

—¿Podría usted ayudarme, señorita Nightingale?

Señaló con la barbilla el bolsillo de su chaleco, de donde Lenore tendría que sacar el material necesario para extraer la muestra.

Ella lo hizo sin vacilar.

La absoluta falta de mojigatería no era impropia de la joven, y menos aún en ámbitos científicos, pero Edward se tensó de igual modo y la corazonada de que había algo creciendo entre los dos regresó con más fuerza. Estuvo a punto de increparle: ¿por qué diablos no podía encargarse él de recoger la sangre o el esputo?

No lo hizo porque la respuesta estaba a la vista. Tenía un brazo en cabestrillo y se necesitaban dos manos.

A continuación, se enzarzaron en una lluvia de posibles diagnósticos.

Edward estaba acostumbrado a quedar en un segundo plano cuando la alternativa a charlar con él era conversar sobre el arte de la medicina, pero en aquella ocasión desapareció por completo del

plano visual y mental de Lenore. Le habría irritado de no haber sido por la palidez extrema que se había apoderado de ella, de la preocupación que de pronto manifestaban el movimiento frenético de manos, el hablar atropellado, la imposibilidad de enfocar la vista. Algo relativo a Felicity le había causado una fuerte impresión, y dudaba que fuera su misteriosa enfermedad: a Lenore le entusiasmaban las promesas de un estudio médico exhaustivo, y cuantos más enfermos estuvieran a disposición de sus investigaciones, mejor.

En eso se parecía a su padre.

No, aquello era distinto. Felicity la había descolocado. Había tocado una fibra sensible. Pero, como tantos otros, este enigma estaba destinado a permanecer muy lejos del conocimiento de Edward.

Y más le valía hacer las paces con ello, o de lo contrario se volvería loco.

CAPÍTULO 21

El doctor Reuben Winthrop solía detenerse a admirar la cuarta *townhouse* georgiana de Great Ormond Street antes de introducir la llave en la cerradura. A sabiendas de que fue esta la que ocupó Gulliver Nightingale sus últimos días de vida, alzaba la vista hacia los ventanales de la habitación principal. Entonces se quitaba el sombrero, una humilde prenda de fieltro con la que nunca terminaba de sentirse cómodo, tal era la falta de costumbre, y guardaba un minuto de silencio.

Había establecido esta especie de ritual en señal de respeto al difunto. Toda una excentricidad para quien lo conocía, porque Reuben no era de la escuela del agradecimiento o la mortificación y las tradiciones solemnes se la traían al pairo.

Creía que quienes predicaban la importancia del perdón nunca habían sido víctimas de un agravio imperdonable; que las costumbres sociales, incluso aquellas en apariencia inofensivas o beneficiosas para fomentar el espíritu comunitario, eran herramientas de manipulación para someter la voluntad y anular la personalidad del individuo y de este modo fundirlo con el resto de la masa homogénea que era el vulgo.

En cuanto al agradecimiento... Si alguien le había prestado un favor alguna vez, se seguía atribuyendo a sí mismo el orgullo y la astucia de haber salido ileso de una situación complicada. A fin de cuentas, había sido él quien había tenido el excelente criterio de buscar a la persona adecuada para solventarlo.

Por supuesto, tampoco creía en los halagos. Siempre se había cuidado de no reconocerle al doctor Nightingale en particular ni los logros ni la brillantez. Ceder a la adulación habría sido redundante

en el mejor de los casos, puesto que su extraordinario hacer saltaba ya a la vista, y de un servilismo sonrojante en el peor.

Sin embargo, si alguna vez Reuben se había sentido inclinado a ponerle una mano en el hombro a un tipo y estrechárselo en un gesto de hermandad, había sido inspirado por la compañía de Gulliver. Hasta la fecha podía tratarse de la única persona a la que le debía algo más que su gratitud.

Como, por ejemplo, la vida.

Había tenido la desfachatez de morir sin saberlo.

Algo que, igual que otras tantas cosas, Reuben jamás se perdonaría.

Establecido ya el riguroso saludo al fantasma de Nightingale, accedió al recibidor, no sin antes forcejear con la puerta. Las bisagras del acceso principal se habían desengrasado y había que emprenderla a empellones, como en una intervención policial.

Reuben todavía llevaba —y llevaría por un tiempo— el brazo en cabestrillo, lo que le dificultaba tareas cotidianas como cargar en brazos a un paciente demasiado débil. Para pelearse con la puerta no habría estado de más que alguien le echara una mano.

Maldijo a Lenore Nightingale una vez más en cuanto cruzó el umbral, sudando por el esfuerzo y con un dolor punzante en la escápula fastidiada. Prefería no recordar cómo se había accidentado. Si lo tenía demasiado presente, sucumbiría a terribles deseos de venganza devolviéndole el golpe triplicado.

Allí de donde Reuben venía, a las mujeres no se les prodigaba un trato preferente por el simple hecho de pertenecer al sexo débil. Con independencia de su género, quien la hacía la pagaba. Pero, como solía decirle Cecily, «tarde o temprano tendría que empezar a actuar como un caballero, aunque solo fuera para despistar a sus enemigos».

No le quedaría otro remedio que tomarle la palabra y comenzar a practicar sus modales con la señorita Nightingale, su nueva compañera de aventuras científicas. Al final, si no era por estricta conveniencia, Reuben no se molestaba ni se molestaría jamás en desplegar un buen comportamiento.

Nada más entrar, oyó el ajetreo de la primera planta. Lenore ya

estaba allí. Puso los ojos en blanco y suspiró para sus adentros, harto de sus extravagancias antes de empezar siquiera la segunda parte de sus investigaciones. Se quitó el abrigo, también con dificultad —*Dios santo, odiaba sentirse un reverendo inútil*—, y, en lugar de ir a su encuentro, se dejó distraer por la salita que cobijaba el precioso gramófono.

El aparato le maravillaba. Había estado a punto de robarlo en más de una ocasión. Por suerte, había mantenido a raya los impulsos viciados de su antigua vida y había priorizado respetar la memoria de su viejo compañero. Aun así, era muy consciente —hasta un punto insoportable— de que solo si lo sustraía a espaldas de su insolente heredera podría gozar de una pieza musical en su salón.

Ni viviendo mil vidas podría permitirse un lujo de tamaña categoría.

Nunca había tenido nada que envidiarle al sueldo del doctor Nightingale. Cierto era que el difunto realizaba consultas privadas en casas nobles, lo que suponía un monto extra, mientras que él se oponía a prestar un servicio individualizado a la fauna del West End por simples códigos de ladrón. Pero por más que hubiera atendido los caprichos de los condes y marqueses de Victoria —siempre con una pinza en la nariz—, jamás habría igualado la fortuna heredada de Gulliver.

Los Nightingale eran una familia de zorros astutos. Llevaban un par de generaciones aprovechándose de la decadencia aristocrática y la moda de vincularse con la burguesía para fomentar matrimonios entre trabajadores honrados —médicos, sobre todo— y mujercitas de sangre azul. Haciendo alarde de un talento sin parangón para gestionar las finanzas, los Nightingale habían protegido la dote de sus nobles esposas casi tanto como habían mimado su relación con los parientes de alto linaje, a saber: aquellos que en momentos de escasez nutrirían las arcas de la pareja con préstamos que no exigirían nunca de vuelta por razones de orgullo nobiliario.

Gulliver había amado a su esposa. De eso no cabía la menor duda. Pero Reuben, fuera por malpensado o porque le constaba que nada en el mundo era fruto del azar, sostenía que en un principio se había casado con ella por razones muy alejadas del afecto. Y bien podía

estar en boga el matrimonio de conveniencia entre las clases altas, pero para los pobres diablos como él era impensable desposar a una desconocida por algo tan sucio como el dinero.

En contraposición con esta crítica, se erigía otra defensa para equilibrar la balanza: que Gulliver hubiera tenido suficiente efectivo para abrazar el hedonismo de una vida contemplativa hizo de su labor médica algo tan vocacional como deshonroso para la familia de la novia. Sus pares nunca le habían perdonado la osadía de levantarse cada mañana para hacer algo de provecho, y al médico le había importado un rábano.

Bien por él.

La opinión de Reuben, pues, siempre había estado dividida. Admiró su dedicación, sí, pero, conceptualmente, que un rico persiguiera la carrera sanitaria se le antojaba síntoma de los lugares a los que el aburrimiento podía llevar a un hombre inquieto. Había elegido los puntos de sutura igual que podría haber escogido la política o bien una carrera deportiva; algo que le ayudaría a sobrellevar el tedio existencial de quien no debía esforzarse para traer pan a la mesa.

—Winthrop, por favor —se había defendido Gulliver con su característico humor una vez que, borrachos de whisky escocés, Reuben se atrevió a reprocharle las diferencias que los separaban—. No dejes que la comprensible ojeriza hacia mi clase te ciegue ante un hecho fehaciente como solo puede serlo que soy un médico brillante, y que eso está beneficiando a quien debe beneficiarse mucho más de lo que podría beneficiarme a mí. Fuera o no mi madre la hija de un conde, sea o no mi suegro un barón, mi labor sanitaria es tan poco aristocrática por su altruismo como las circunstancias de tu nacimiento, y ¿no nos hace eso hermanos?

«Ni por asomo», le respondía él para sus adentros unos meses después de aquello.

Reuben acarició los contornos lobulados del gramófono, lacados en un bonito tono dorado. Volvió a maravillarse con la belleza de los inventos humanos. Se planteó reproducir de nuevo el disco de *La Traviata*, pero le pareció absurdo arriesgar nuevamente su integridad

física por una pieza. De seguro Lenore reaparecería con un garrote y le equilibraría el hombro contrario con una de sus piadosas caricias.

Lanzó un vistazo aprensivo hacia el piso superior, allí donde ella llevaría rato esperándolo. Se encaminó al laboratorio con el ánimo derrotado de un condenado a muerte. No era más que una puesta en escena, claro estaba, porque Reuben soportaría a mil mujeres como Lenore Nightingale si a cambio podía echar un vistazo a sus misteriosas muestras.

Durante la primera sesión no solo habían observado un tipo de bacteria improbable —que no imposible; a los hechos podían remitirse— por su resistencia sobrenatural. También habían sometido la muestra de tejido epitelial a los pertinentes experimentos. Las conclusiones le habían fascinado y perturbado a partes iguales. Ya en un primer momento había advertido que el extracto de piel no se había empezado a descomponer tras la muerte, como habría sido esperable. Había seguido coleando después de someterlo a lluvias de ácido nítrico y formol concentrado.

Un auténtico milagro.

Lenore y él habían intercambiado un par de notas para citarse allí esa tarde. Habían acordado lo siguiente: ella seguiría centrándose en la investigación del sujeto A, mientras que Reuben empezaría a estudiar la misteriosa enfermedad que pronto se llevaría a Felicity. Intuía una relación directa entre los síntomas de la paciente, la muerte de Gulliver y la existencia de la bacteria sobrehumana.

Encontró a Lenore muy atareada. Las faldas de luto se zarandeaban con una agitación sospechosa a lo ancho del laboratorio. Todavía estaba recolectando como flores en el campo las herramientas necesarias para el estudio.

Él no anunció su presencia de inmediato. La miró de hito en hito desde el umbral con la cabeza ladeada y la ligera sensación de estar metiéndose en la boca del lobo.

No le extrañaba que la señorita Nightingale soñara con ser médico. Había crecido en un ambiente liberal. No le extrañaba que la señorita Nightingale tuviera madera de doctora. Había talentos hereditarios y, por lo visto, la mano para la medicina era uno de ellos. No le extrañaba que la señorita Nightingale supiera manejar

instrumental de laboratorio. Había disfrutado de la oportunidad de practicar en su propia vivienda. Lo que le extrañaba era que hubiese podido acceder a un depósito de cadáveres cercado por Scotland Yard y se le hubiera concedido, además, el permiso para extraer la sangre, piel y saliva de uno de los cuerpos.

Gulliver había tenido manga ancha con su hija menor, pero esa manga ancha no era —o no debía ser— trasladable a los médicos del hospital de Londres o del depósito de Whitechapel, y ni mucho menos a la comisaría del distrito H., a la que la Policía Metropolitana había metido en cintura tras el fracaso con el Destripador. Siendo muy optimista, Lenore podría haber empleado en beneficio propio la fascinación que el inspector adjunto sentía por ella, tan dolorosamente evidente que Reuben se había compadecido del pobre miserable en el curso de un intercambio verbal. Pero el verdadero mandamás a nivel operativo, quien tomaba las decisiones en el cuerpo, era Donovan Mandeville. Conociéndolo como lo conocía, a Winthrop le sorprendería que el inspector jefe se hubiera dejado subyugar por los atípicos encantos de la señorita Nightingale. El tipo era un apasionado de las mujeres bonitas, empezando por su esposa y terminando por su última amante ocasional, sin descontar ni desmerecer a la que fuera a suceder a la segunda... lo que no significaba que no le quedara espacio en el corazón de condominio para incluir a Lenore, sino que la muchacha habría sido descartada de entrada por no responder con exactitud al canon de belleza obvio.

La hija del médico no era lo que uno llamaría un colmo de hermosura, y los hombres como Mandeville, primarios y exasperantes por su grado de previsibilidad, carecían de la sensibilidad necesaria para apreciar un atractivo más sibilino.

El sujeto del estudio de Lenore, pues, podía estar o podía no estar muerto, pero donde desde luego no había estado era en la morgue.

Por supuesto, no pensaba verbalizar sus sospechas. Corría el riesgo de que la muchacha le cerrara las puertas de la casa y el laboratorio, y, además, a Reuben le gustaba hacer averiguaciones por su cuenta. El proceso era más divertido y obtener resultados era mucho más gratificante.

—Le propongo realizar la tinción de Gram con la muestra de saliva para primero clasificar las bacterias presentes en el extracto —sugirió para dar a conocer su llegada—, después observar su morfología individual y, más tarde, identificarlas para...

Ella ni siquiera se giró antes de interrumpirlo.

—Conozco la tinción de Gram y sé para qué se hace, doctor.

—¿De veras? —Reuben se frotó la barbilla—. ¿Para qué se hacía, señorita? Se me ha olvidado. Qué mala memoria la mía.

Lenore castigó su burla con una mirada cansina, pero aceptó caer en ella más por ordenar sus ideas recordando el procedimiento que para deslumbrarlo.

Gulliver había sido un excelente maestro. No solo le había enseñado las lecturas obligadas de un estudiante de medicina, sino que le había inculcado una delirante seguridad en sí misma y el ego desmesurado de los profesionales del gremio.

—Se practica para averiguar qué tipo de organismo causa una enfermedad infecciosa.

—¿Ha realizado este experimento alguna vez?

—Junto a mi padre.

—Ahora entiendo por qué el inspector adjunto la requirió en el depósito el otro día —indagó con aparente naturalidad. Se adelantó hacia el microscopio óptico—. Sabe que no es usted una jovencita impresionable y que podría colaborar en la autopsia sin desmayarse.

De no haber sido él un hombre acostumbrado a vigilar el movimiento corporal ajeno en busca de diagnósticos y ánimos beligerantes, no se habría percatado de que Lenore se tensaba con la mención de Edward: la muchacha demostró un control admirable sobre sus impulsos reponiéndose de inmediato.

—Si supiera de veras que no soy impresionable y que puedo colaborar en una autopsia, doctor, me habría requerido para practicarla, no para interrogarme acerca de la polca que bailé con el difunto.

—Tuvo que ser una polca francamente brutal si la cuestionó como principal sospechosa —comentó con sorna. Luego lanzó la vista al techo, buscando ahí una justificación verosímil—. Supongo que, igual que la policía no puede entender las particularidades de nuestro

oficio, pero aun así ha de respetarlas, nosotros tampoco debemos juzgar sus métodos. Yo también me he estado preguntando por qué se me interrogó a posteriori sobre mi presunta complicidad con usted. Por alguna razón, el inspector debió pensar que una asociación puntual entre un médico y una muchacha soltera —subrayó con intencionalidad— es tan susceptible de aportar pistas sobre el asesinato de Paulson como el arma homicida o la escena del crimen.

—O a lo mejor solo se acercó a interrogarle porque cree que estoy enamorada de usted.

Reuben levantó la mirada de la placa de Petri. Movió la cabeza lentamente hacia Lenore, a la que encontró justo como había imaginado: poniéndole a su tarea toda la solemnidad que le había restado al comentario pronunciándose con un desdén cuasiofensivo.

—Si lo está, señorita Traviata, voy a tener que desalentarla.

—Más que desaliento, doctor, su rechazo me proporcionaría un alivio inmenso.

Reuben se echó a reír, no sin perplejidad.

Por lo que había podido observar en su paso por el mundo, los enamoramientos eran la base sobre la que las mujeres burguesas construían su vida, el único valor que considerar a la hora de tomar una decisión. Por otra parte, se reservó la pregunta obvia: por qué los afectos de Lenore le supondrían una gran preocupación al inspector. Por años que hubieran pasado desde que lo sufrió en carne propia, Reuben nunca olvidaría la expresión de un hombre enamorado.

—Un alivio inmenso le proporcionaría usted al caballero si tuviera la bondad de desmentir sus sospechas.

—Si tuviera que pararme a desmentir todas las habladurías que se vierten sobre mí, doctor, nunca habría terminado de leerme un tratado médico.

—Y entonces todo el mundo habría sido significativamente más feliz.

—En especial el inspector, eso por descontado —masculló con los hombros rígidos por la indignación.

Reuben volvió a extrañarse, esta vez ante el descubrimiento de

que la señorita Nightingale podía experimentar emociones humanas.

Saliéndose de contextos académicos, por supuesto.

Ya venía sabiendo que la entusiasmaban los diagnósticos de cólera.

—No lo desmiente porque no le conviene, ¿me equivoco? —se sorprendió inquiriendo. ¿*Qué le importaba a él, por Dios*?—. Porque es usted incapaz de mentir, y si bien no soy yo el objeto de su deseo, alguien hay acaparando sus pensamientos.

Lenore seguía sin mirarlo. No era más que un desesperado intento por fingir indiferencia hacia un tema que, sin embargo, tenía el poder de erizarle el vello.

—Creía que nos reuníamos en el laboratorio para honrar la ciencia, doctor.

Reuben lanzó una exclamación teatral.

—Ah, pero el amor es una ciencia también. Inexacta y por eso poco fiable, sí, pero podría tratarse de una ciencia social. ¿Por qué tanto misterio, señorita? ¿Es que está enamorada del hombre inadecuado?

Lenore apretó los labios y hundió aún más la barbilla en el pecho, impaciente por volver a concentrarse en su tarea.

—No tengo tiempo para absurdos enamoramientos.

—¿Para qué tiene tiempo, entonces? ¿Qué busca sino un marido?

—La verdad sobre todas las cosas.

La curiosidad de Reuben sobrevivió a todos los obstáculos que tanto ella como él mismo habían puesto: el sarcasmo, la provocación, el desdén, la socarronería. Fue lo mismo que esquivó Lenore con éxito valiéndose de respuestas breves pero categóricas.

Aunque nunca había habido fingimientos por su parte durante los encontronazos con la señorita Nightingale, que de veras se le antojaba un estorbo y un colmo de insolencia, debía reconocer que nunca la había tomado ni por una simplona ni por una mera entrometida. Su pasión por la ciencia estaba implícita en los conocimientos que había fomentado desde muy temprana edad y manifiesta en las prácticas clínicas que realizaba a conciencia y que, visto lo visto, priorizaba sobre el cuidado del hogar o la búsqueda de esposo.

Reuben no dudaba que el barón Fellowes apreciaría que se tomara sus obligaciones de casadera algo más en serio.

No había contado, sin embargo, con que la criatura sería interesante más allá de su obcecación por conquistar los ámbitos masculinos. Reuben había conocido a mujeres deslenguadas y con ambiciones fuera de su alcance en innumerables ocasiones; casi cada vez que había puesto un pie en la calle. Mujeres cuya vida giraba en torno al descubrimiento, por amor al descubrimiento, no había visto tantas. Ni siquiera él podía afirmar que su dedicación en particular estuviera libre de motivaciones personales, la mayoría innobles, como ver algún día su nombre escrito junto al de Pasteur... o solo impreso en un periódico lo bastante leído para que sus enemigos montasen en cólera y Cecily Lovelace, desde dondequiera que estuviese, supiera que si alguien seguía los pasos del gran médico Reuben Winthrop llegaría indefectiblemente hasta ella.

Sacudió la cabeza y se adhirió a las prioridades de Lenore, que en el fondo eran idénticas a las suyas. Él tampoco tenía tiempo para absurdos enamoramientos, y si el amor era una ciencia, por descontado pertenecía a una rama que escapaba a su interés y comprensión. Mejor centrarse en las materias que prometían la rigurosidad de los valores numéricos y, sobre todo, una maldita solución.

—Por cierto —retomó en otro tono. Se llevó la mano sana al bolsillo y extrajo la nota que Blythe había firmado hacía unas horas —. Había olvidado informarla de que nuestro amigo químico ha destapado el pastel. El señor Paulson murió envenenado por aconitina, el compuesto letal de la raíz de la flor de monje. Un clásico en criminalística por ser un asesino silencioso y accesible por cortesía de los herbolarios —suspiró, aburrido, y se abanicó con el papel antes de tendérselo a la ceñuda Lenore—. No me extraña que Paulson no se percatara de la disolución en el whisky. Es inoloro, incoloro y no tiene un sabor característico.

Ella moderó una sonrisa del todo inapropiada considerando el tema de conversación.

—Suena como si lo consumiera a diario con el café, doctor.

—Lo he tomado en pequeñas dosis para inducir el sueño. Es un

excelente sedante. Sobre todo cuando a uno le mantiene despierto el inefable dolor de una fisura ósea —añadió con intención.

—Algunos hombres deberían estar obligados a alistarse en el ejército para poner en perspectiva sus padecimientos cotidianos —insinuó Lenore con gesto pensativo. Seguía con la mirada los renglones breves pero informativos del químico—. Pobre señor Paulson. Tuvo una muerte lenta y angustiosa. Debió sufrir muchísimo..., ¿me equivoco? Según sé, uno permanece consciente pero paralizado hasta que el ataque cardíaco le fulmina. ¿Es así como murió también Jane Mansfield, doctor?

—Jane Mansfield murió asfixiada, pero por la sonrisa pintada en su cara se sospecha que no fue un estrangulamiento violento, sino un juego erótico consensuado.

Lenore alzó la mirada hacia él, contrariada.

—¿Un juego erótico consensuado?

Reuben se encogió de hombros.

—Hay amantes que entienden el sexo como el límite en el que se encuentran el dolor y el placer —hizo una pausa—, pero seguro que no desea que continuemos la conversación por ahí.

—No, gracias —respondió, de pronto crispada.

Plantó la nota sobre la mesa con impaciencia y se giró para que no fuera visible su sonrojo.

Reuben se quedó mirando el atisbo de rubor con un ligero asombro. No había esperado que la señorita Nightingale, entre todas las mujeres, sufriera arranques de mojigatería.

Claro que, como tantas otras cosas relativas a ella, no era de su incumbencia.

Se desentendió del descubrimiento volviendo a su labor: el cultivo de la bacteria que había nadado en el esputo de Felicity. Mezcló la carne de res ya hervida y filtrada con la gelatina y suspiró porque tuviera que esperar a su solidificación. Si hubiera tenido a mano agar-agar, un extracto de algas marinas que los grandes científicos exportaban de Japón para sus estudios, el proceso habría sido algo más inmediato.

En tanto que ocurría el cambio de estado, se asomó sobre el hombro de Lenore para vigilar que realizaba la tinción de manera

competente. Exceptuando pacientes que, por razones obvias, debían renunciar a todo decoro, nunca había visto a una señorita sin guantes. Le resultó hipnotizador el temeroso cuidado con el que Lenore fue preparando el frotis, extendiendo una cantidad razonable de la muestra en el portaobjetos de vidrio, pasando la llama del mechero por debajo y, a continuación, cubriéndola con el cristal donde el colorante ya había adquirido una intensa tonalidad púrpura.

Aunque reproducía los pasos del experimento de Gram muy despacio, no por eso parecía insegura. No le temblaban las manos y ni necesitó preguntarle qué seguía a continuación ni mucho menos esperó su aprobación. No le habría pesado esto segundo. Habría sido de justicia poética que la hija de Gulliver Nightingale lo admirase y ansiara desesperadamente su reconocimiento.

—¿Podría no acercarse tanto? —le ladró ella entre dientes—. Le aseguro que no es mi intención prenderle fuego al laboratorio de mi padre.

—¿Ni siquiera estando yo dentro?

—Usted no vale ni la mitad que este microscopio óptico.

—En eso estamos los dos de acuerdo.

Reuben y el morboso placer de provocarla desaparecieron por completo de escena en cuanto transcurrió el minuto de rigor: entonces, Lenore enjuagó la placa con agua y confirmó que el experimento estaba siguiendo el curso estipulado. Añadió la solución de yodo que fijaría el colorante en la bacteria y esperó otros sesenta segundos en silencio.

Estaba buscando el alcohol etílico cuando Reuben se lo ofreció. Ella le dio las gracias con la misma frialdad que su padre, que solía entrar en un estado de concentración similar durante sus estudios, y aguardó a la separación con el aliento contenido.

La conclusión esperable del experimento era la siguiente: o bien la bacteria retenía el color violeta, lo que significaba que poseía una pared celular gruesa de peptidoglicano, o bien la bacteria se deshacía con el alcohol, lo que determinaría que tenía una membrana externa. En el primer caso estarían descartando la *Salmonella* y la *Escherichia coli*. En el segundo, podrían tachar de sus anotaciones el *Staphylococcus aureus* y el ántrax, entre otras.

El problema fue que el resultado de la tinción no fue concluyente en este aspecto.

Reuben tuvo que inclinarse más sobre el microscopio para asegurarse de que no estaba soñando. La estructura no había retenido el colorante ni antes ni después de su disolución en alcohol y habían aparecido formas filamentosas móviles, señal de que seguían vivas a pesar del tratamiento hostil que Lenore le había brindado.

—¿Qué diablos es esto? —farfulló Reuben.

Buscó en el perfil de la muchacha la conclusión a la que habría llegado él solo si ella no le hubiese iluminado con un adelanto:

—Esto es, doctor, el mismo tipo de bacilo resistente que observamos en la muestra de sangre del otro día. Cabe concluir, pues, que la víctima de la que extraje los fluidos falleció a causa de la misma y misteriosa enfermedad. Ninguna que se conozca aún.

—¿Podría haber sido el sujeto A el portador original de la bacteria? —Viendo que ella permanecía obstinadamente callada, Reuben trató, casi por primera vez en su vida, de ser conciliador—. Sé que quiere proteger la identidad de su víctima, señorita, pero le recuerdo que el fulano ya no está en este mundo. Ni se va a enterar de que andamos criticando su falta de higiene sanguínea, ni le va a importar que divulgue sus secretos. Con su silencio le está haciendo un flaco favor a nuestra investigación y pone en peligro la salud de los cinco millones de habitantes de la ciudad. Dígame, al menos, si era alguien que pudiera haber estado en contacto con los burdeles de Whitechapel para aislar del contagio a...

—Sí.

Reuben levantó las cejas, de nuevo atizado por la curiosidad.

¿Sería posible que Lenore Nightingale se hubiera movido por los barrios más peligrosos de Londres y de allí mismo, de un cadáver anónimo y olvidado sobre carne pasada y orín, hubiera extraído su muestra? ¿Era el fallecido ese hombre del que se había enamorado y que pese a su ausencia parecía a punto de causar en la Policía Metropolitana una segunda guerra troyana?

Reuben se rio con amargura para sus adentros, avergonzado de su propia ingenuidad. ¿Qué importaría que el amado de Lenore ya

no viviera? Eso no le impedía seguir siendo la competencia directa del inspector Whishaw. Es más: que el recuerdo del fallecido, así como su condición inalcanzable, pesaran más que el corazón aún latente del pretendiente vivo advertía de que el inspector adjunto no tenía una sola oportunidad. Eso bien lo sabía Reuben, al que ninguna mujer con un pálpito vital había conseguido inspirar ni la mitad que la que había perdido.

—¿Qué experimento ha realizado usted? —cambió ella de tema.

Sospechoso también, pero lo dejó estar en beneficio del estudio.

A fin de cuentas, Reuben Winthrop era médico, no inspector.

Con un ademán galante que en él parecía sarcástico, la invitó a desplazarse hacia su espacio de trabajo. Ambos comprobaron que la gelatina se había solidificado. No tuvo que explicarle a Lenore lo que esto significaba. Huelga decir que también había experimentado con caldo de res.

—Ha comenzado el cultivo de las bacterias —señaló ella con un murmullo pensativo—. Supongo que cuando hayan terminado de incubar en el horno empezará a experimentar con sustancias tóxicas para averiguar qué puede matarlas.

—Así es. Al final, estamos buscando una cura, ¿no?

Lenore asintió con aire abstraído. Unos instantes después, se estaba apartando para observar cómo Reuben inoculaba la gelatina solidificada con la muestra de esputo. Dejarían el cultivo en un lugar cálido entre uno y tres días, lo que habitualmente demoraba en proliferar una colonia bacteriana. Entonces daría comienzo la segunda parte del estudio.

—Reuben —lo llamó Lenore en voz baja.

Él levantó la cabeza. Procuró disimular su sorpresa ante el exceso de confianza y el acceso de emoción que hacía temblar sus manos.

—¿Sí?

Cayó en la cuenta de que la muchacha llevaba un buen rato sin mirarlo a los ojos.

Lenore se rascó el codo y un punto detrás del lóbulo de la oreja, no supo si solo reflexiva o vulnerable.

—Hemos observado que los bacilos del sujeto A son indestructibles y que, además de en su sangre, están presentes en

su piel y en su saliva, casi como si fueran las células que componen su sistema y no un agente externo que trunca su salud. En el remoto caso de que esas misteriosas bacterias fueran lo que le hacía seguir respirando, incluso si fuese en un estado que no es ni vivo ni muerto —prosiguió, vacilante—, ¿encontrar la manera de matarlas no supondría asimismo la defunción del sujeto? No la muerte de quienes porten el virus, como es el caso de Felicity, sino del sujeto que lo generó en un inicio de forma natural.

Reuben dejó correr un silencio incómodo.

—No entiendo lo que quiere decir, señorita. Si no me equivoco, al decir que «seguiría respirando en un estado que no es ni vivo ni muerto», está sugiriendo que el sujeto A no es humano, y esa no es una teoría que se sostenga sobre las bases de la anatomía tal y como la conocemos. Ni sobre las bases del sentido común, si a esas vamos.

—Tiene razón —se apresuró a decir, y enseguida esbozó una sonrisa temblorosa. Tenía los ojos vidriosos—. Supongo que he leído demasiados *penny dreadfuls* y me atrae la idea de combinar la ciencia exacta de la medicina con las infinitas posibilidades del folclore.

Reuben seguía mirándola de hito en hito. No pasaba por alto que Lenore había realizado su pregunta con el corazón en un puño, y eso, sumado al secretismo que giraba en torno a su investigación, confirmaba que el estudio era un asunto muy personal para ella. Intuía, no obstante, que por personal que fuese era un problema de gran magnitud e interés general.

—No diría que la medicina sea una ciencia exacta. He observado milagros inexplicables a lo largo de mi carrera profesional. Pero lo que todavía no he visto, señorita —añadió—, es un hombre inmortal.

—Yo tampoco lo he visto —reconoció. Le extrañó que sonara tan sincera y no incrédula o divertida, como si toparse o no con un hombre inmortal fuera una posibilidad perfectamente plausible.

Un rato más tarde, Lenore y Reuben descendían la escalera principal con destino a sus obligaciones. No les convenía atraer miradas indiscretas sobre su asociación, y cumplir con esta medida prudente exigía respetar el toque de queda de la señorita

Nightingale, que debía regresar a Hampstead Heath antes de la hora de cenar. Reuben, en cambio, no tenía que estar nunca en ninguna parte, pues no le esperaban ni familiares ni amigos, pero podía figurarse cómo reaccionaría la joven si insinuaba que se quedaría trabajando en la muestra un rato más.

No la imaginaba celando a un amante, pero sí a los avances que su compañero de laboratorio pudiera observar en su ausencia.

Reuben le ofreció la mano sana para ayudarla a subir al carruaje. Ella la aceptó a pesar de no llevar guantes y lo miró de soslayo, muy consciente del mutuo atrevimiento, pero distante a su significación.

Porque no la había. No había ningún propósito oculto detrás de su asociación.

Suponía un alivio para ambos.

—Nos veremos pronto, doctor. Intente no dormir apoyado en el lado izquierdo.

—Y usted procure hacerlo con un ojo abierto si pretende seguir con esa actitud insolente.

Le pareció apreciar su sonrisa a través de la ventanilla. No insistió en confirmarlo. Se apartó de la calzada y esperó a que el carruaje se pusiera en marcha para calarse el sombrero de fieltro con cansancio y emprender su camino.

Gulliver tomó una muy buena decisión mudándose a la misma calle del hospital. Claro que le sirvió de poco en su silenciosa competición contra Reuben, quien aun durmiendo en una modesta pensión de Covent Garden se las arreglaba para estar allí antes de que saliera el sol.

Se le escapó una sonrisa aquejada de cariño pensando en el difunto, sonrisa que convenientemente ocultaron las sombras de la noche y la que proyectó su sombrero cuando agachó la cabeza. Manteniendo aún la imagen risueña del doctor en el pensamiento, alzó la vista al cielo y contempló las estrellas.

«Fue divertido, compañero —pensó—. Ahora veo lo que pretendías al entregarme las llaves de tu laboratorio: legarme la sabiduría de tu hija, que no es sino una extensión de ti.»

Los regalos envenenados eran muy propios de Gulliver. Así, y con

todo, ambos se habían entendido a la perfección mientras duró su compleja relación amor-odio.

Llegó a las puertas de su reino minutos más tarde, con la luna vigilante sobre la cabeza y una extraña agitación en el cuerpo. Lo que había descubierto junto a Lenore no era asunto menor, y convenía que se sentara con sus notas en el regazo hasta llegar al fondo de la cuestión. La muchacha tenía suerte de que a Reuben no le tentara compartir sus teorías, así como el resultado de sus estudios menores, con los pseudointelectuales del círculo científico. De lo contrario, ni una promesa de sangre la habría salvado de su deslealtad. Reuben era un perro traicionero y estaba muy orgulloso de ello.

A esas horas de la madrugada solo estaban prendidas las lamparillas de gas justas para que los visitantes tardíos como él no sufrieran un percance orientándose entre pabellones. Reuben se conocía los pasillos del hospital de Great Ormond Street como las líneas de su mano, si no mejor, y pudo realizar el recorrido de cada noche al tiempo que se quitaba el abrigo y el sombrero. Los depositó donde le constaba que esperaba el perchero y se dirigió a su despacho, el único espacio privado reservado a un especialista del que disponía el edificio.

Junto con el que ocupó Gulliver, por supuesto. Él no podía ser menos.

La diferencia era que Reuben se había ganado el privilegio por méritos propios, mientras que el doctor Nightingale había podido colgar una placa con su nombre un par de años antes gracias a una generosa donación de su bolsillo.

Cuando Gulliver no podía alcanzar un logro por medio de su talento, no le importaba sacar el talonario. Lo importante era, más que nada, salirse con la suya.

En eso andaba pensando, corroído de celos, cuando alertado por una presencia tenebrosa frenó en seco bajo el umbral. Reuben había vivido el tiempo suficiente al amparo de la noche para descifrar ya en una primera instancia un desorden en el ambiente; la alteración de un elemento dispar.

Y no se equivocaba, pero tampoco tuvo tiempo para defenderse

de la figura que se abalanzó sobre él.

Con ayuda de la iluminación exterior, percibió que el atacante portaba en su mano derecha un brillo plateado. Lo asoció a una jeringuilla momentos más tarde, cuando notó que, en vano, intentaba penetrar su brazo herido. Gracias al cielo —o a Lenore Nightingale—, el cabestrillo se interpuso entre sus dudosos objetivos y la carne.

No pudo evitar, sin embargo, que el desconocido lo placara contra el suelo. Empleó una fuerza desmedida que, aun dentro de su aturdimiento, tachó de sobrehumana.

En casos en los que la vida de uno corría peligro, de poco servía pararse a negociar. Se palpó los bolsillos del chaleco con la mano libre mientras usaba la dureza del brazo enfermo como protección. Tuvo que controlar un aullido de dolor al forzar la articulación, pero más le habría dolido que el atacante encontrara la vena: estaba seguro de que la jeringuilla contenía, si no acónito, un veneno lo bastante potente para mandarlo al otro barrio.

Reuben encontró lo que buscaba, la larga y gruesa aguja de metal que cargaba consigo como un talismán. Se trataba de un accesorio femenino con filigranas plateadas que en otra vida había recogido el más hermoso cabello castaño. Además de bonito, era práctico: lo empuñó como un punzón e hizo un cálculo veloz de dónde se encontraría el cuello del atacante considerando hacia dónde respiraba, a qué altura zarandeaba la jeringa y por qué parte lo inmovilizaba con las rodillas.

Hundió el extremo punzante en carne blanda y presionó hasta la empuñadura. Habría jurado, por la sensibilidad de la zona y el gorjeo ahogado que emitió el atacante, que le había atravesado la garganta casi de un lateral a otro.

Menos mal que Cecily se pirraba por los adornos decorativos más aparatosos de Bond Street. Con una aguja normal, el contraataque no habría tenido éxito.

Oyó un sonido inhumano, una especie de gemido bestial, y momentos más tarde sintió elevarse el peso de su pecho. Reuben quiso incorporarse rápido para verle la cara al hombre —porque era

un hombre, teniendo en cuenta sus dimensiones—, pero ya estaba huyendo para cuando logró reponerse de la confusión.

Echó todo el peso en el costado sano e hizo acopio de sus fuerzas solo para sentarse en el suelo. Jadeaba con dificultad y sudaba a raudales. Estaba desentrenado, pensó. Hacía tantos años que no trataban de matarlo que ya ni siquiera tomaba precauciones.

—No llegarás muy lejos, bastardo —masculló.

Reparó en que había olvidado la jeringuilla. Alargó la mano y presionó el émbolo con la aguja apuntando hacia la palma. Reconocería el veneno con el olfato, y si no, llevándose la yema del meñique a la punta de la lengua.

Pero nada salió. La jeringuilla estaba vacía.

Reuben alzó la mirada hacia el quicio de la puerta, por donde el misterioso atacante había salido volando. Allí mantuvo la vista, como si así pudiera averiguar sus objetivos.

Lo único que sacó en claro fue que no era un malandrín al uso, como tantos otros con los que se había topado —y hasta entablado amistad— durante su juventud. Ningún ratero del East End sabía que inyectando aire en una vena se causaba la muerte súbita por paro cardíaco.

Inspiró hondo y asintió para sí mismo muy despacio. El movimiento le ayudaba a reflexionar.

Cuando estuvo en condiciones de moverse, se levantó y guardó la jeringuilla en el cajón de donde el atacante la habría tomado prestada. Sustituyó el arma por otra más contundente y que sabía usar mucho mejor: el garrote que utilizaba para ahuyentar a los ladrones y vagabundos que por las noches se asomaban al hospital en busca de alimento, objetos de valor o una aventurilla que los distrajera para olvidar el hambre. Se dirigió sin prisa hacia la salida, convencido de que encontraría un cadáver ahogado en sus propios fluidos o, en un caso aún mejor, a un hombre derrumbado y agarrándose el cuello entre toses sanguinolentas.

El único desenlace posible después de atravesar la carótida era la muerte por hemorragia masiva.

Y, sin embargo, no encontró a nadie en el rellano del hospital, a las puertas del mismo o en las proximidades de la calle.

No le quedó otro remedio que bajar el garrote y resignarse a no consumar su venganza. Luego regresó a su despacho y sacó su tabaco parisino del cajón, un lujo que se permitía de vez en cuando. Haber sobrevivido a un intento de asesinato bien valía un cigarrillo.

Lo prendió abstraído en sus pensamientos. El chasquido de la cerilla fue el único sonido que se oyó en toda la clínica, y su rostro sombrío todo cuanto iluminó la llama.

Estaba seguro de tres cosas. Lo primero era que alguien había premeditado su asesinato. Lo segundo, que lo único que merecería que lo asesinaran sería que salieran a la luz sus últimos descubrimientos.

Y, por último, que quienquiera que lo hubiese atacado no era mortal.

CAPÍTULO 22

Al amparo de la noche, una iglesia gótica parecía el castillo de un príncipe maldito. Eso fue lo primero que se le ocurrió a Lenore nada más cruzar la cancela de St. Stephen's, la casa de Dios a la que Theresa la arrastraba cada domingo sin falta para oír la misa.

Esta vez no había tenido que tomar un coche de punto o robar un caballo del establo. Rosslyn Hill se encontraba a diez minutos a pie del 27 de Hampstead Heath, a casi la misma distancia que la mansión de la que, con un poco de suerte, saldría su cita momentos más tarde.

El edificio debería haber estado cerrado al público a altas horas de la madrugada, pero para alivio de Lenore no hubo que emplear la fuerza o el ejercicio de la llave maestra. Las puertas de madera de roble cedieron al primer empujón ofreciendo apenas un quejido de resistencia. Su eco resonó en la inmensidad de la nave central como el gemido de una *banshee*.

Lenore se adentró en el crucero con cuidado de no hacer ruido, si bien se había informado durante el pasado servicio del paradero del clérigo para precisamente evitar encontronazos no deseados. Por lo que sabía, el padre Featherington dormía en una casita próxima a la iglesia y no en el edificio en sí mismo.

Descubrió enseguida por qué las puertas estaban abiertas. El sacristán había dejado a medias los preparativos del funeral que se celebraría a la mañana siguiente. La elección floral delataba la naturaleza de la ceremonia. Haber despedido a sus dos padres le había enseñado a descifrar el significado de los lirios y las rosas blancas. Entre los arreglos más comunes de nomeolvides y amarantos, descubrió un brote de acónito.

Recuerdos vívidos relacionados con la flor la hicieron temblar, pero

se forzó a recomponerse. La citación la requería lúcida y segura de sí misma.

Tomó asiento en la banqueta más próxima al altar y entrelazó los dedos para disimular el temblor del que se avergonzaba.

Le constaba que Dariy había recibido su nota porque así se lo había transmitido el mensajero: el señor Vranitsky la había leído delante del muchacho, por lo visto con expresión neutra, y a continuación le había cerrado la puerta en las narices.

Esto no confirmaba su asistencia, claro estaba. Solo le quedaba tener fe.

Lenore había procurado atraerlo con la promesa de un avance en el estudio de su inmortalidad, pero no olvidaba que estaba tratando con una criatura poseedora de un poder que excedía toda lógica. No le habría extrañado que observando los renglones torcidos de su carta hubiera intuido que algo no marchaba bien.

Ella era de la escuela ateísta, pero con matices de su padre. No creía en Dios a no ser que su mundo se estuviera derrumbando y tuviese que agotar todos los recursos disponibles para promover un milagro. O, en su defecto, para que la certeza de hallarse sola en el mundo no la hiciera sucumbir a la desesperación. Dios no existía a no ser que necesitara compañía.

Solo había visto al doctor Nightingale rezar en dos ocasiones. La primera fue mientras su madre languidecía en el lecho de muerte. La segunda tuvo lugar no mucho tiempo después: la noche que Lenore intentó quitarse la vida y a punto estuvo de conseguirlo. En ambos casos lo había cazado arrodillado con devoción a un lado de la cama, como si no hubiera altar más sagrado que la persona que se amaba. Con la frente tocaba los nudillos crispados por la tensión. Repetía incesantemente el padrenuestro, la única oración que conocía.

Viendo que al menos en un caso sus plegarias habían surtido efecto, Lenore había decidido adoptar su fe; una fe dependiente del Apocalipsis, pues la condición de que apareciese era la absoluta devastación. Esperaba que su propio recital del credo sirviera, si no para ayudarla a transitar una situación tan difícil, al menos para concentrarse en la conversación que estaba al caer. Le exigiría todas sus fuerzas y determinación.

Lenore se envaró al oír el crujido de la puerta. El eco de unos pasos ligeros como el viento retumbó entre las paredes, a las que imaginó rebelándose contra la intrusión cerrándose sobre ella. Ciertamente se sintió de pronto atrapada en una celda de su tamaño. Le costó llenar de aire los pulmones ahora que sabía que no estaba sola y que Dariy, oponiéndose a las leyendas, había podido entrar en el refugio de los cristianos sin ningún percance.

Resistió el deseo de girarse hacia él.

Por casualidad, su vestido coincidía con el que lució la noche que lo persiguió desde el cementerio hasta el callejón. Parecía que hubiera transcurrido un siglo de aquel momento, pues desde entonces Lenore se había convertido en la peor pesadilla de su abuelo, en la confidente de una criatura inmortal, en una investigadora médica de pleno derecho y en la sospechosa —o al menos cómplice— de un crimen múltiple.

También se había convertido en huérfana.

La gelidez que precedía al *homo immortalis* como una escolta de vanguardia la advirtió de su proximidad. Siguiendo una suerte de protocolo ceremonial, Lenore se levantó a toda prisa y se preparó para que su belleza inhumana le recordara que existían los milagros... y los castigos divinos. Fijar la mirada en su rostro camuflado entre las sombras le hizo recordar que toda belleza exigía un sacrificio y que a veces ella se sentía el cordero.

Dariy se erigía ante sí como la estatua de una cripta, más alto que un hombre promedio y tan inmóvil como solo podía estarlo una criatura congelada en el tiempo. Con la capa anudada al cuello, la impecable levita y el sombrero de copa aún calado en la cabeza, presentaba el mismo aspecto que un noble inglés.

Quizá eso la había distraído los últimos tiempos; que más allá de la conmoción que causaba tenía una apariencia humana.

En la mano llevaba una flor de acónito, detalle que no le pasó desapercibido y que comprendió que no era azaroso. Tenía que haberla arrancado de la colección de guirnaldas fúnebres que el sacristán había dispuesto en el altar.

—Llevo días tratando de concertar una cita con usted —fue lo primero que le dijo ella, demasiado inquieta para recuperar el grado

de complicidad que establecieron en su pasado encuentro—. Me presenté en su casa en dos ocasiones. No me abrió la puerta.

Dariy levantó la cabeza para que el ala del sombrero no le impidiera mirarla.

—No siempre estoy de humor para recibir visitas.

—¿Tampoco para responder un par de notas? Hasta la fecha le he mandado seis.

—Debería haberse resignado después de la primera. No hay nada que clame tanto al cielo como el silencio.

Lenore tragó saliva y se miró las manos, que permanecían convenientemente entrelazadas para disimular un temblor del que no deseaba hacerle testigo. Aunque no pretendía mantener una conversación cordial, se aclaró la garganta y siguió tanteando.

—¿He hecho algo que le haya disgustado? ¿Hay algún problema?

—Hay un problema, sí —la sorprendió diciendo con frialdad—. Un problema de más o menos mi estatura.

—¿Cómo?

—Ha invitado usted a un célebre cirujano a participar en sus investigaciones, Lenore.

Ella lo miró a la cara con los ojos muy abiertos.

No se le había ocurrido pensar que él lo descubriría. ¿Cómo hacerlo, si se reunían a plena luz del día, cuando él no podía abandonar el refugio del sol?

Y, al mismo tiempo, ¿cómo no lo iba a averiguar?

—El doctor Winthrop desconoce el origen de la muestra —le explicó con una paciencia artificial—, y no puede siquiera sospechar que se trata de usted puesto que nadie sabe que mantenemos un trato regular.

—Creía que se fiaba de su propio criterio; que era una doctora convencida. No habla muy bien de sus capacidades que requiera de una segunda opinión para sacar adelante una teoría.

Ella apretó los labios para reprimir un inoportuno puchero.

—No le necesito por una cuestión intelectual —murmuró débilmente—, sino para los momentos en que la razón me abandona y la claridad se desvanece. Estamos realizando un estudio simultáneo a la cura de la inmortalidad que guarda relación con la

bacteria que contrajo el doctor Nightingale. Hemos descubierto que una enfermedad infecciosa vaga por Londres y, hasta la fecha, ha matado a mi padre y ha intoxicado a una joven prostituta llamada Felicity. Resulta que esa bacteria —prosiguió con dificultad, y entonces decidió hablarle sin tapujos— también está presente en tu sangre, Dariy. Y si el doctor Winthrop no estuviera colaborando en mi empeño, jamás me habría atrevido a vincularte con las víctimas.

Dariy ladeó la cabeza. Con el gesto parecía que se inclinara a escuchar lo que le susurraba el diablo del hombro, pues era una misteriosa diablura lo que hacía brillar sus ojos en la oscuridad.

—¿Qué me quieres decir, Lenore? —inquirió con falsa indulgencia —. ¿Para qué me has traído aquí?

Lenore se tragó las lágrimas que le bloqueaban la garganta. No podía ni quería aceptar que días atrás hubiera compartido con él la intimidad de una pena existencial, de un pasado trágico, y ahora se trataran como a un par de sospechosos. Pero lo que la química del laboratorio había revelado no era un descubrimiento menor que se pudiera desoír sin que hubiese consecuencias y era preferible que Lenore sufriera esas consecuencias mucho antes que las futuras víctimas de Dariy.

—¿Eres tú quien contagió a Felicity? —le preguntó sin rodeos. Ya no le servía tener las manos entrelazadas, puesto que el cuerpo entero le temblaba. Las escondió entre los pliegues de la falda, a la que se agarró con fuerza—. ¿Eres tú quien ha cometido los asesinatos de Samuel Paulson y Jane Mansfield? Porque los informes médicos señalan que la sangre de sus cuerpos fue drenada hasta la última gota, y, según la policía, el sello de este nuevo asesino en serie es servirse de un conocimiento médico superior para camuflar sus incisiones...

»Te ruego que no lo interpretes como una acusación en firme —se apresuró a añadir. Dio un paso hacia delante para tratar de paliar el golpe confiándole su vulnerabilidad—. No se sostendría como tal, puesto que yo vi con mis propios ojos que te alimentas de mujeres conscientes con su beneplácito. No tienes ninguna necesidad de dejar un rastro de cadáveres a tu espalda. Pero si lo hubieras hecho —continuó después de tragar saliva. Lo miró a los ojos sin darse

cuenta de que estaba aterrorizada—, lo entendería. La depredación es requisito indispensable de tu condición, además del único garante de tu subsistencia, y...

—¿Me has citado aquí para justificar mi presunto delito? —la interrumpió sin necesidad de emplear la intimidación—. ¿O quieres advertirme de que pronto seré requerido en las oficinas de Scotland Yard como primer sospechoso?

—Solo quiero que me digas la verdad. —Se le quebró la voz—. Tu deseo de abandonar esta tierra nace de la insoportable certeza de que siempre estarás solo, de la condena de ser único en tu especie, por lo que es imposible que estos asesinatos los cometiera otra criatura como tú. Pero si los crímenes no son la conclusión inevitable de tu hambre, ayúdame a averiguar quién está detrás de la catástrofe poniendo tu mente omnisciente al servicio de la comunidad.

—A mí me es indiferente quién viva y quién muera.

Su frialdad la descolocó.

—He barajado que no los mataras tú, pero te alimentaras de sus cuerpos aún calientes. Lo comprendería, lo juro —insistió a la desesperada—. Sé quién eres, conozco las que son tus necesidades. No puedo juzgarlas del mismo modo que no me juzgo a mí misma por los abusos de poder que podría llegar a cometer en el nombre de mi supervivencia, o solo de mi bienestar; el egoísmo también es propio de mi condición natural...

Dariy la calló avanzando un solo paso. Arrojó al suelo la flor de acónito que había arrancado para girar entre los dedos y le levantó la barbilla con tanta suavidad que Lenore supo que rompería a llorar. Lágrimas de origen desconocido asomaron a sus ojos en cuanto se encontraron con los suyos, como si su alma por fin hubiera comprendido la verdad insoportable que su mente rehusaba aceptar.

—Me has sacado del ataúd para que te oiga expresar en voz alta tus pesquisas, por lo que ¿a qué se debe ese tono interrogativo? No tienes preguntas, Lenore, sino certezas.

—No, no las tengo. ¡No las tengo! —se repitió, pero mentía.

—En ese caso, permíteme ayudarte a resumir la información. Felicity sufre la misma enfermedad que mató a tu padre. Fuera o no

casualidad, yo traté con ambos días antes de que comenzara su degeneración —empezó a enumerar en el tono de las sentencias—. Has averiguado que mi sangre y la de la prostituta presentan los mismos componentes nocivos y, en última instancia, mortales. Si tengo que sintetizar tus descubrimientos, entonces es cierto que necesitabas un compañero de laboratorio que te ayudara en tus deducciones... O quizá no. Quizá sabes a la perfección qué significa todo esto, porque te has valido de la leyenda popular de que los lugares sagrados debilitan al monstruo para citarme en una iglesia... y porque no has dejado de llorar, horrorizada, desde que he aparecido.

Ella se llevó las manos a las mejillas. Confirmó que las tenía empapadas. Había notado los ojos irritados, el nudo en la garganta, pero el miedo a enfrentarse a una cruda certeza la había insensibilizado a la humedad del llanto.

—El cuerpo de mi padre no presentaba incisión de ningún tipo. No probaste su sangre, lo que significa que no lo contagiaste a propósito como sí pudiste anticipar el catastrófico desenlace de Felicity... —Recordó la íntima conversación entre los dos que presenció desde el aseo, la compasión con la que Dariy se dirigió a ella y, envalentonada, insistió—: La elegiste a ella para alimentarte y no a otra porque padecía neurosífilis, ¿verdad? Una enfermedad mortal que no afecta a la coloración, composición y sabor de la sangre, algo que le conviene tanto a tu sentido del honor como a tu hambre. Fue su diagnóstico lo que le susurraste al oído, ¿me equivoco? La advertiste de que lo que la esperaba mientras le administraban el placebo en el hospital era una locura vesánica; la demencia del estadio final. Ella te creyó y, por eso, cuando te preguntó qué hacer con su recompensa, tú le sugeriste que lo invirtiera en un ajuar...

—Así explicado, parece que estés hablando de un hombre con un corazón de oro —señaló con una sorna intolerable. Una sonrisa ladina se había dibujado en sus labios, de algún modo también torcidos en una mueca cruel—. Se me podría eximir del delito contra la fulana, pero ¿cómo justificarías que contagiara a tu padre?

Lenore dejó de sentir las piernas.

—No sabías hasta hoy que tus fluidos portaban una enfermedad mortal.

Dariy soltó una carcajada. En el eco de la iglesia sonó como el restallido de un látigo.

—Un tribunal desmontaría esa defensa en un periquete: «Señor Vranitsky, tiene usted más de trescientos años. No se sostiene que en todo ese tiempo no haya averiguado que está muerto, y que, como todos los fallecidos, acumula bacterias tóxicas».

Lenore no podía negarse que hubiera barajado aquella teoría desde el principio, pues ni siquiera la admiración y el amor podían desvincularla de su mente científica: por supuesto que había considerado que un ser que no estaba vivo pudiera, como tantos cadáveres en descomposición, contagiar enfermedades a quienes les pusieran las manos encima.

El doctor Nightingale había esperado a que cumpliera la mayoría de edad para contarle las anécdotas más truculentas de su profesión. La que más tiempo había permanecido torturando a Lenore había sido aquella protagonizada por una joven de clase alta que había perdido la vida tras una brevísima enfermedad. El embalsamador había abusado de su cuerpo *post mortem* sin saber que estaba enferma de tuberculosis y había terminado reuniéndose con ella en el otro mundo poco tiempo después.

Tocar a los muertos, amar a los muertos y jugar con los muertos era peligroso. E incluso si Dariy hablaba, reía y parecía albergar sentimientos tan humanos y conscientes como la melancolía, seguía estando muerto.

—Pero ¡tú nunca atacaste a mi padre! —exclamó en contra del argumento de Dariy; en contra de sus propios argumentos—. Yo lo habría notado durante los preparativos para el velatorio. Tuvo que ser la continua exposición a tu compañía lo que le hizo enfermar. Tuvo que ser un accidente.

Lamentó alzar la vista en cuanto se enfrentó a una sonrisa a caballo entre la condescendencia y la perplejidad. De seguro un ser centenario habría olvidado los vicios placenteros pero malsanos de la humanidad, como solo podía serlo engañarse a uno mismo, y no podría entender que ella luchara fervientemente contra los hechos.

—Tu padre, Lenore —le explicó en tono afectuoso. Cubrió su mejilla con la mano—, era el mayor hijo de puta que me he cruzado jamás. Si su contagio hubiera sido fruto de un accidente y no el peso de mi venganza cayendo sobre él, habría pasado el resto de la eternidad reprochándome mi compasión.

Lenore reaccionó como si la hubiera abofeteado. Aterida y sin sentir el suelo bajo los pies, no pudo ni retroceder un paso ni despreciar su caricia envenenada. El roce del cuero en la piel sensibilizada de la mejilla era desagradable, como asimismo lo estaba siendo sostener la mirada impía del monstruo que había usurpado el cuerpo de Dariy.

¿O se equivocaba, y lo que tenía ante sí era el único Dariy Vranitsky que había existido nunca?

Recordó su aparición en el cementerio de Kensal Green durante el entierro de su padre, el regalo envenenado de la flor de acónito. En el momento pensó, manipulada por la subjetividad del amor filial, que tenía prisa por estar en alguna otra parte, pero no arrojó el brote con impaciencia, sino rezumando desdén.

Otro recuerdo más reciente la asaltó, así como la revelación que había estado tratando de ignorar. Aunque le habría convenido huir antes de que la atacara en todo su monstruoso esplendor, no pudo. Winthrop le había preguntado qué esperaba y ella había sido sincera al decir que ansiaba la verdad sobre todas las cosas.

Alzó la vista hacia él con el corazón en un puño.

—Cuando me besaste, ¿esperabas que me contagiara y enfermase como lo hizo mi padre, como lo ha hecho Felicity? ¿Pretendías matarme?

Su pregunta la hizo comprender hasta qué punto lo admiraba; lo amaba, incluso. Y es que, aun después de sus terribles confesiones, albergaba la esperanza de que hubiera una humanidad que salvar, un modo de justificar la abominación.

Y le pareció verla, tal era su desesperación. Le pareció intuir en el fondo de sus ojos un destello de indignación, como si no pudiera perdonarle que tachara de perversión el único arrebato pasional que le había sobrepasado en la vida.

Entendió que se había estado engañando al oír su llana respuesta.

—Muerto el perro, no se acaba la rabia. Hay que sacrificar a los cachorros. Por desgracia, ya ves que no he tenido éxito.

Lenore sabía que no era anatómicamente posible, pero por Dios que sintió que el corazón se le necrosaba igual que se marchitaba una flor. Y, aun así, latió rogándole que se quedara en el sitio y, como una amante despechada, exigiera otro tipo de explicación. Quería que elaborase un mapa de los lugares en los que se habían encontrado, todo un recorrido por las palabras dichas, para ayudarla a distinguir la verdad de la mentira o, en su defecto, la forzara a las malas a aceptar que nada había sido real.

Por primera vez, el instinto de supervivencia se impuso a sus deseos. Fue como si el espectro de su padre le susurrara al oído que echara a correr y con su garra espectral la arrastrara fuera de la iglesia. ¿Cómo no obedecer? Le lanzó apenas una mirada ahogada en lágrimas, el cuerpo todavía entumecido por el espanto, y huyó como alma que llevaba el diablo a través de la nave principal.

Él la quería matar, ¿no era esa la conclusión?

«Entonces ¿por qué no me sigues? —pensó, rabiosa—. ¿Por qué no me matas?»

Se repitió la misma pregunta en todo el trayecto, que hizo sin ver por dónde pisaba o el lugar al que se dirigía. *¿Por qué no me sigues? ¿Por qué no me matas? Ahora es el momento. El beso no constituía ningún ritual, ahora lo veo claro. No servía para nada porque quiero destruirte. Voy a destruirte. Tu magia negra no va a detenerme. Nada podrá hacerlo*.

Pero no iba a destruirlo esa noche, porque las piernas a duras penas sostenían su peso, temblaba como un pajarillo con un disparo en un ala y las sombras se oponían a su propósito de encontrar refugio. Se abrazó los hombros, atrapada en la opresión del desamparo, y mirando a su alrededor se percató de que no había nada.

Su padre había abandonado este mundo, su madre lo hizo solo un poco antes, y la habían dejado a merced de las bestias al otro lado de un puente que no podía cruzar sola. No sin llevar a cabo un acto contranatural y radical que sus parientes directos rehusarían perdonarle desde dondequiera que estuviesen.

«¿Por qué no me matas tú? —se repitió cargada de rencor—. Ese es tu castigo, ¿verdad, Dariy? Dejarme vivir es tu venganza porque sabes que la muerte es lo que quiero.»

Solo quedaba una persona sobre la Tierra en cuyos brazos podía celebrar estar viva. Y si bien en otro momento se habría planteado seriamente las consecuencias de obedecer un impulso así, no las contempló esta vez; no contempló nada ni la mitad, ni un tercio de cuanto lo había estado contemplando los últimos años.

Se subió al único coche de punto disponible a esas horas de la noche y le rogó entre sollozos al chófer que pusiera rumbo al barrio elegante de Victoria Park Village, un lugar que nunca había pisado y que nunca pensó que la acogería de madrugada.

En la media hora que duró el trayecto no dejó de llorar.

«¿Por qué no me has matado? ¿Vas a venir a matarme después? ¿Me vas a atormentar a través de tu recuerdo? ¿A través de las preguntas que no has respondido? No hay peor castigo que la incertidumbre de una traición, y tú lo sabes como lo sabes todo; como siempre lo has sabido todo. Qué cómodo has estado en tu trono de certezas mientras yo me arrodillaba pidiéndote que le dieras un sentido a mi vida.»

Se apeó a las puertas de una casa adosada con jardín entre Lauriston Road y Victoria Park. Las calles estaban tan tranquilas como cabía esperar en una zona residencial.

La única vez que oyó hablar del barrio procuró mostrarse distante, pero en cuanto la visita volvió por donde había venido, se abalanzó sobre un mapa y recabó cuanta información había disponible sobre el censo de la población, los espacios naturales que lo bordeaban y sus comunicaciones vía ómnibus, desesperada por confirmar que era un lugar digno de su nuevo vecino.

Era tal y como lo había imaginado: *terraced houses* con fachadas de ladrillo visto, ventanas de guillotina, aldabas y buzones pintados a gusto del propietario.

Lenore aporreó la puerta de una de las pocas viviendas de la calle que gozaba de un pórtico columnado coloreado de azulejos. Había esperado que le abriera la puerta un criado con expresión somnolienta. Debería haber imaginado, no obstante, que el dueño

de la casa no sacaría de la cama al servicio para atender una visita intempestiva, como tampoco se asomaría a verle la cara al atrevido sin un arma en la mano.

Edward no blandió el garrote con actitud belicosa, pero lo primero que recibió de su parte fue una mirada recelosa. Luego su ceño se relajó y fue inmediatamente sustituido por la preocupación.

—¿Noor?

Lenore se arrojó a su cuello llorando con amargura.

—Perdóname, Edward —le rogó entre hipidos.

Él no tardó en soltar el arma y rodearla con los brazos. Hundió el rostro en la melena que la carrera le había soltado, electrizado y enredado, y le besó la sien.

Para Edward, ser afectuoso con ella era tan natural como respirar.

—¿Por qué?

—Por no saber lo que en realidad es bueno para mí.

Él se separó en contra de su voluntad para mirarla a los ojos, como hacía siempre que ella se ahogaba en sus emociones y, al ser incapaz de expresarse mediante la palabra, requería de un intérprete.

Edward estaba especializado en su lenguaje de miedos. En este caso le sería imposible averiguar lo que la había llevado hasta allí, pero al menos podría reconocer gracias al conocimiento de toda una vida que su dolor era insondable y tendría que resignarse a compartirlo con ella desde la ignorancia.

Le secó las lágrimas con los pulgares, las que ya corrían mejilla abajo y la segunda tanda, que habría hecho el mismo recorrido de no haber sido por sus cuidados. Le besó las comisuras de los ojos, los laterales de la nariz y el borde de la mandíbula con la paciencia de un santo, y santo era, eso por descontado, por no sucumbir a sus impulsos de inspector interrogándola sin clemencia.

Lenore le cubrió el rostro con las manos con una mezcla de perplejidad y amor contenido y procuró no respirar, no moverse, mientras le recorría las líneas de expresión con los dedos. Se le había pintado una especie de admiración recelosa en la cara, algo muy alejado de la paz mental, pero a Edward le valía por el momento. Respetaría cualquier emoción positiva que fuese barrera

entre el sufrimiento y la serenidad, lo que quiera que pusiese fin a su llanto.

Le pareció que lo estaba viendo por primera vez sin el dolor del luto reciente, el ardor de las obsesiones y los prejuicios hacia el hogar que representaba interponiéndose en su raciocinio. De pronto, la tranquilidad que le ofrecía se le antojó el mejor de los estados; el árbol donde un pájaro extraviado como ella debía poner el nido.

Edward dejó de acariciarla y exhaló un suspiro entrecortado. Sabía mejor que Lenore lo que seguía a continuación. Quizá en otras circunstancias se lo habría negado por orgullos absurdos, por demostrarse a sí misma que podía vencer burdos impulsos, por el gusto de alzarse victoriosa frente al mundano deseo.

Pero esta vez no.

Y, además, no había nada de mundano en el deseo.

Acarició la mejilla rasposa por la barba, acuciada por la tierna pasión que le despertaba aquella cara familiar y al mismo tiempo nueva, aquellos ojos de dulzura insoportable. Rabió al encontrar en el contacto de sus labios exactamente lo que había temido: una pasión que correspondía —si no superaba— la suya, capaz de despojarla de todas las inhibiciones reguladas por el rigor espartano del decoro.

Estaba prohibido encontrarse a solas con un hombre, y ahí estaba ella. Estaba prohibido tocar de manera indecente a un hombre, y ahí estaba ella. Estaba prohibido permitir que un hombre le quitara el guante, le agarrase los pechos, le subiera la falda, y ahí estaba ella, gozando de todas esas fatalidades que echaban a perder el honor femenino.

Sobre todo estaba prohibido confesarle sus sentimientos de forma directa, y ahí estaba ella, más elocuente que nunca. Lo besaba con el furor desmedido de quien trataba de ocultar algo más fuerte, más poderoso que sí misma, solo que lo que se esforzaba por tapar no era la decepción y el miedo al futuro cercano, sino los anhelos por largo tiempo contenidos.

Edward la tomó entre sus brazos y cerró la puerta con un puntapié. Lenore no fue consciente de adónde se dirigió ni cómo lo consiguió valiéndose de los sentidos, que de todos modos ella se

estaba encargando de anular cubriéndole de besos la cara, el cuello, y tirándole del escote de la camisa que usaba para dormir.

Por supuesto que un hombre tan masculino, abogado de la sencillez, desdeñaría los camisones de los grandes señores. Por supuesto que desdeñaría también todo miramiento para tender al origen de sus desvelos en una cama que olía a él para batallar con la botonadura de un vestido que esa noche lo había presenciado todo.

Lenore jadeaba sin control mientras Edward demostraba su destreza en asuntos del amor desnudándola a una velocidad hipnótica. Así como había sido incapaz de mirarlo a los ojos en el último año, ahora no podía apartar la vista de él, de los rizos rubios cayéndole sobre la mirada atravesada, convertida ahora en la de un toro furibundo; del pecho esculpido que la luz de las lamparillas coloreaba de sombras ámbar y el sudor hacía brillar.

Apoyó una mano temblorosa pero segura sobre su corazón. Y como si hubiera activado el mecanismo que detenía todo movimiento, Edward dejó de pelearse con sus pololos y se detuvo a contemplarla con la respiración agitada.

Lentamente, cubrió el dorso de Lenore con la palma. Abrazó su mano con ternura y la mantuvo en el sitio, gesto que unido a su mirada luminosa declaró más sentimientos que un manifiesto verbal.

—Mi Lenore —murmuró sin separar apenas los labios. Ella cerró los ojos un instante, sobrecogida por las noches en vela que encerraba su tono anhelante. Notó que se inclinaba despacio sobre ella y la besaba en la punta de la nariz, en la frente, luego con suavidad en los labios—. Mi Lenore...

Su corazón latía a un ritmo desaforado bajo el tacto de la joven. Habría querido darle una orden de sargento: continúa, no te detengas, esto es lo que quiero y esto es lo que harás. Pero el temor le había secado la garganta.

Siempre había sabido que sus sentimientos por él la aturdían y tenían el poder de enloquecerla, y, sin embargo, comprobarlo había supuesto la perdición definitiva. Había necesitado correr un peligro de muerte para atreverse a equilibrarlo con una amenaza no menor: asomarse al precipicio del amor incondicional.

Lenore le acarició la cara con la mano libre y pestañeó deprisa

para limpiar los ojos de lágrimas. Un profundo alivio suavizó la expresión de él. Tuvo que encontrar en su gesto una motivación más importante que la satisfacción de un deseo momentáneo, porque se apartó de ella para tenderse a su lado y le rodeó la cintura para atraerla hacia sí.

El abrazo se le antojó tan íntimo de esa manera, ambos semidesnudos en la tentación de un dormitorio vacío, que se ruborizó. Escondió el rostro en su hombro y presionó los labios contra su piel caliente.

Edward le cubrió la coronilla con una mano protectora.

—Duerme, mi amor —le susurró él—. Yo velaré tus sueños.

Lenore cerró los ojos y se entregó al hechizo de Morfeo. Pero aun exhausta y con un pie en el mundo de la fantasía, oyó el murmullo vehemente que Edward pronunció contra su pelo: «Solo espero que mañana me sigas queriendo».

CAPÍTULO 23

Lenore despertó con el convencimiento de que todo había sido un mal sueño. Pero no podía serlo, porque no reconocía las sábanas que había revuelto a lo largo de la noche tratando de zafarse de la pesadilla. Tampoco la lámpara del techo. Lo que sí le resultaba familiar era el olor masculino que flotaba en el aire y que se había adherido a la ropa de cama, a su propia piel.

Se incorporó con cuidado de no marearse. Tenía la cabeza embotada y sospechaba que cualquier movimiento brusco desencadenaría un vahído. Permaneció sentada con las rodillas ladeadas como la cola de una sirena y la cabeza muy lejos de allí. Concretamente, en las entrañas de la iglesia de St. Stephen's, donde estaba segura de haberse dejado, si no la mitad del corazón, al menos el motivo que lo había mantenido funcionando las últimas semanas.

En parte se sentía ligera, como si ya no tuviera de qué preocuparse. Pero esto le había salido al alto precio de su obsesión, la que había sido responsable de protegerla de verdades desagradables y, sobre todo, de la temible inmensidad del luto.

De pronto se hallaba perdida y sin objetivos vitales. Por supuesto, podía levantarse con buen ánimo y citar al doctor Winthrop en Great Ormond Street. Podía volver sobre sus pasos a la mansión gótica calibrando una venganza acorde al crimen contra su padre. Podía informar de lo ocurrido a Scotland Yard, aunque por el camino debiera explicar dónde y cómo había obtenido una confesión; aunque estuviera condenada a ser víctima de cuestionamientos y escrutinios e incluso se arriesgara a que la encerraran en un sanatorio mental. Pero ninguna de las opciones garantizaría su

seguridad y la de sus seres queridos. Y ni mucho menos haría justicia.

Dariy la buscaría para matarla. No para silenciarla, pues no la consideraba un peligro real, sino para erradicar la semilla de Gulliver Nightingale. Sí, iría a su encuentro para culminar su plan de exterminación y ella no se opondría a su destino.

Mientras descansaba plácidamente en el mundo de los sueños, Lenore había decidido a un nivel inconsciente, pero con la lucidez de los bendecidos, que la vida no le tenía reservada ninguna sorpresa que mereciera la pena quedarse a conocer.

Gracias a sus estudios había descubierto que existía un espécimen sobrehumano. Dicho espécimen era responsable de al menos tres asesinatos. Jane Mansfield, Samuel Paulson, Gulliver Nightingale. Una verdad se superponía a las demás: no se podía luchar contra él.

Así pues, a Lenore no le interesaba ir más allá, ni siquiera para «curar su inmortalidad», lo que dicho de otro modo sería el modo de destruirlo... en el remoto caso de que existiera veneno capaz de obrar el milagro.

Ahora que se había revelado que el *homo immortalis* poseía una naturaleza traicionera, era sabio dudar de todo lo que había salido de sus labios. Lenore apostaba por que nunca había querido morir y que en el caso de ansiarlo sabía cómo lograrlo.

Simple y llanamente, había estado jugando con ella.

¿Y qué importaba eso ya? ¿Qué importaba nada? Sus experimentos habrían sido interrumpidos en cuanto su abuelo hubiese formalizado un compromiso con un caballero de su gusto, compromiso que estaría al caer. Lenore calculaba que no le quedaban ni dos meses de feliz soltería. Sus días de libertad estaban contados. Era cuestión de tiempo que dejara de ser una joven con inquietudes intelectuales y un brillante futuro médico para convertirse en la esposa de un hombre que la recluiría en una mansión y se cercioraría de incapacitarla física y mentalmente encadenando un embarazo con el siguiente. Sobre todo si satisfacía las ilusiones del barón Fellowes desposando a un noble con la obligación de engendrar un heredero.

Lenore se levantó de la cama con dificultad. En lugar de vestirse,

tarea para la que habría necesitado la ayuda de una criada, tomó prestada la modesta bata que el dueño de la casa se ponía para leer junto a la chimenea después del aseo. Lo sabía porque había observado este comportamiento en el escritor Archibald B. Whishaw y, para el espanto de ambos, padre e hijo compartían rituales.

Ya acicalada, salió de la habitación frotándose los ojos con los nudillos. Le dolía todo el cuerpo, como si las palabras de Dariy se hubieran encarnado en puñales y hubieran sido su pecho, su espalda los que hubiesen recibido el impacto de la verdad.

Desde el pasillo oyó el tintineo de unas tazas de porcelana y hacia allí se dirigió no sin aprensión, temiendo que Edward le exigiera explicaciones acerca de la crisis nocturna.

Descubrió que era Isobel quien disfrutaba del té de la tarde. Las luces anaranjadas del ocaso se filtraban a través de las cortinas diáfanas, derramando una riada de luz que parecía miel líquida sobre su vestido de luto, su cabello no menos oscuro y su expresión nostálgica orientada hacia Victoria's Park, la extensión de verde por la que paseaban los aburguesados residentes del barrio.

Lenore se quedó un momento bajo el umbral contemplando la arrebatadora belleza de su hermana. Siempre había defendido, a lo mejor para consolar su vanidad, que todas las mujeres bellas se parecían y que no había peor pecado que la renuncia de la originalidad. Pero el encanto de Isobel tenía algo único de cuento o de leyenda que la diferenciaba no ya del resto de las mujeres, sino que la desvinculaba del mundo: una suerte de melancolía heredada de un linaje real condenado a la infelicidad y la extinción. A la vez que una criatura de la mitología, Bells parecía exactamente lo que era, una princesa huérfana que consentía entregarse a los perniciosos placeres de la remembranza cuando creía que nadie miraba.

Lenore solía envidiar a su hermana. No ya por las puertas que podría haberle abierto y los favores que le habría concedido gozar de una apariencia solo similar a la suya, sino por el concepto platónico que sostenía que la belleza equivalía a la Idea de Bien y por tanto concedía la felicidad última. La pequeña había lamentado que se le vetaran las bondades de la alegría por carecer de la moneda de

cambio que era el atractivo, pues sus facciones eran más bien mediocres, su cabello muy fino, su figura poco voluptuosa. A su lado, Isobel era la regia emperatriz Sissy y, a la vez, una mujer proscrita por su poderosa fuerza de atracción, como la Salomé de la danza de los siete velos.

Claro que en la época de sus celos inofensivos la Parca no le había enseñado aún que era inútil flagelarse por la falta de glorias efímeras. Había sido la conciencia de que todos serían algún día polvo y ceniza lo que había aliviado sus miedos e inseguridades superficiales.

La belleza también era algo que la muerte podía solucionar, como todo lo solucionaba la muerte. De ahí que fuera el único dios al que rezarle.

Sería Ella, si no el inexorable paso de los años, lo que marchitaría las virtudes estéticas de ambas Nightingale, y Lenore no esperaba con impaciencia esta inevitable decadencia por envidia, sino por el deseo de que hubiera una segunda oportunidad para las hermanas: al final, si envejecía junto a Isobel, llegaría el día en que ambas serían ancianas, y esto es, libres de los roles que les habían sido establecidos según su aspecto. Solo entonces podrían ser amigas de nuevo, pues a diferencia de lo que la mayor pensaba, no era su diferencia de caracteres lo que las había alejado, la verdadera razón detrás de su distanciamiento y también de la distinta construcción de sus personalidades no había sido otra que sus diametralmente opuestos grados de hermosura.

El encanto de una mujer determinaba su paso por el mundo para bien y para mal. Ser bella había condenado a la mayor a seguir casi de manera obligada la senda de la vida social y a atender el deseo de los hombres, ante el que habría de doblegarse con agradecimiento; incluso a comportarse de una determinada manera para no atraer demasiada atención sobre su persona, pues si además de bella fuera ruidosa, empezarían a tildarla de protagonista y la arrogancia excesiva cavaría su propia tumba.

Esta condena de hermosura había abierto desde el principio un abismo de separación respecto de Lenore, que había podido elegir

un camino distinto porque no se depositaban esas expectativas en ella.

Ser magníficamente ordinaria, al menos a primera vista, había tenido sus ventajas.

—Parece que estabas cansada —comentó Isobel con una escueta sonrisa. Depositó la taza en el platillo con la gentileza con la que lo hacía todo, como si lo inerte mereciera la misma consideración que lo inmaterial. Eso era ella. Considerada—. Has dormido casi un día entero.

—¿Dónde está Edward? —preguntó sin pensar.

—Atendiendo sus labores en comisaría. Intentó librarse del turno para velar tu sueño, pero un par de agentes se presentaron aquí hará unas horas. Lo requerían de urgencia en Whitechapel.

El pulso se le disparó y, por instinto, dio un tembloroso paso adelante.

—¿Ha ocurrido algo?

—Lo desconozco. A no ser que se le someta a un interrogatorio, Edward no suele soltar prenda... O a no ser que quien pregunte seas tú. El caso es que me pidió que viniera y una vez aquí se disculpó por no haberme contado en la nota urgente que estabas en su casa. No quería ponerte en un apuro. —Juntó los labios antes de decir algo inconveniente, pero su compromiso con el decoro no tardó en imponerse—. ¿Cómo se te ocurrió presentarte de madrugada en la vivienda de un hombre soltero? ¿Tienes idea de lo que podría haberte ocurrido solo durante el trayecto nocturno hasta el barrio? Puede que sobre el papel esta sea una zona segura, pero ningún lugar del mundo está exento de peligro para una mujer sin acompañante. Por no mencionar el problema en el que te habrías metido si los vecinos te hubieran visto, reconocido, y...

—¿Eso es lo que te preocupa? —la interrumpió, perpleja—. ¿Lo que pueda pensar de mí el honorable empresario que vive doblando la esquina de la calle?

Su hermana no podía saber que lo que de veras debería atormentarla era la existencia de un inmortal sediento de la sangre Nightingale, pero reprenderla por su banalidad siempre era superior

a sus fuerzas. Isobel se irguió, escarmentada con el reproche. Depositó las manos sobre el regazo y la miró largamente.

—*Eso* no es lo que me preocupa, Lenore —replicó con gravedad—. *Tú* eres lo que me preocupa.

La hermana pequeña se quedó de pie bajo el umbral un rato más. A un nivel profundo entendía y respetaba las prioridades de Isobel, pero tenía la mente intervenida por el miedo y no podía pensar con claridad. Solo era consciente de que en el momento en que diese un paso al frente y se viera a salvo bajo la obstinada protección de Isobel no podría seguir manteniendo la pose indiferente.

Estaba aterrada. Era un milagro que tanta confusión le hubiera permitido dormir.

—¿Quieres compartir conmigo lo que sucedió anoche? —inquirió después de unos minutos de gracia. Empleó el mismo tono conciliador con el que su madre abordaba las disputas entre hermanas.

Lenore sacudió la cabeza y la mayor no insistió. No porque se hubiera rendido con ella —nunca se rendía con ella, fuera Dios a saber por qué—, sino porque sabía cuándo podía presionar y cuándo se había topado con un muro infranqueable.

En silencio, tomó asiento junto a la mesa del comedor y posó las manos en la superficie, como si se estuviera preparando para pronunciar un discurso. Buscó las palabras adecuadas para consolar a su hermana, a la que sabía que tenía en un sinvivir desde hacía tiempo, pero su cabeza seguía plagada de imágenes de su entrevista con Dariy y ni una sola conclusión parecía capaz de apaciguarla.

—No le digas al abuelo que he pasado aquí la noche, te lo ruego. Primero me castigará sin ver la luz del sol por descocada, y a continuación publicará las amonestaciones de mi casamiento en la puerta de St. Stephen's.

Isobel no se había movido. Tenía el torso orientado hacia la puerta, donde segundos antes había estado Lenore, pero ahora miraba en su dirección con el cuello rígido.

—¿Tan malo sería? —preguntó sin rodeos. La pequeña agachó la barbilla para huir de su escrutinio, temiendo que descubriera lo que ella no quería admitir—. Noor... Anoche viniste hasta aquí en un

estado de conmoción tal que ni siquiera Edward, con toda su carismática elocuencia, ha sabido describirme. Viniste aquí, con él —recalcó. En su tono firme pero comprensivo se filtró inevitablemente una nota de celos—, en lugar de buscarme a mí o al abuelo, quienes somos tu familia de sangre.

»Reconozco que durante mucho tiempo he albergado mis dudas, pero ahora comprendo que erraba al intentar hallar la respuesta al misterio en una confesión verbal. Tus actos hablan y siempre han hablado más que mil palabras.

—¿Y qué se supone que dicen? —masculló a la defensiva—. Edward es y ha sido siempre mi único amigo.

Isobel la miraba con una mezcla de exasperación y ternura.

—Una no duerme abrazada a sus amigos, Noor —le explicó despacio.

Debía tomarla por una idiota que no sabía descifrar ni sus propios sentimientos. Lenore rabiaba porque no se equivocaba del todo: los descifraba, pero a continuación los negaba. Incluso cuando clamaban al cielo.

Las amistades inocentes no provocaban oleadas de pasión capaces de llevar a una mujer a las orillas del infierno, donde todo era confuso, desenfrenado y terriblemente agotador. Lenore era consciente de ello porque hubo un tiempo en el que Edward Whishaw fue el hogar donde su alma iba a descansar y ahora la ponía enferma de deseo.

Dejó correr un silencio necesario con la vista aún clavada en el suelo, temblando para sus adentros.

—¿Qué pensaría papá?

Isobel disimuló un suspiro de alivio, creyendo que por fin había entrado en razón.

—Pongo la mano en el fuego por que bendeciría vuestro matrimonio. Edward era como un hijo para él.

La voz de Dariy se filtró en la conversación.

«Tu padre, Lenore, era el mayor hijo de puta que me he cruzado jamás.»

Tuvo que abrazarse los hombros para controlar el eco de un escalofrío. Con los ojos llenos de lágrimas que no derramaría,

asustada y llena de impotencia por todos los hombres que había amenazando su vida, buscó consuelo en la madurez de Isobel.

—¿Crees que era un buen hombre, Bells?

—¿Quién? ¿Padre? —Lenore asintió angustiada. Verla vacilar y rascarse el cuello con incomodidad, respuesta nerviosa a la que ella misma recurría de manera inconsciente, le hizo temer lo peor—. ¿Por qué no lo sería? Su carrera profesional es la más elocuente manifestación de su consagración al bienestar general, y entiendo que la entrega y la generosidad hacia el prójimo son la última definición de las bondades cristianas. Los pacientes que gracias a él vivieron para ver un nuevo amanecer no podrían defender una opinión distinta.

Lenore se estremeció con su respuesta objetiva, carente de todo afecto.

—Pero ¿qué opinión tienes tú en concreto? Era bueno más allá de su desempeño médico, ¿verdad? —Sin saberlo, la estaba induciendo a asentir—. Fue un padre ejemplar.

Isobel cabeceó con prudencia.

—Nunca dejará de conmoverme cuánto y cómo se volcó en tu recuperación.

—No es eso a lo que me refiero. Mi enfermedad sigue siendo una cuestión relativa a su vocación —le replicó con el ánimo ensombrecido. Tenía un mal presentimiento, o quizá solo estaba a la defensiva—. Papá se preocupaba por nosotras. Ansiaba nuestra felicidad. Amó a su esposa y, aunque su muerte le partió el alma, no permitió que la desesperación y el luto se interpusieran en la crianza de sus vástagos... —Su voz se fue apagando poco a poco. La educada cautela de Isobel en un asunto de índole familiar la preocupaba—. ¿No estás de acuerdo con lo que digo?

Ella se disfrazó con la máscara de cordialidad que Lenore siempre había odiado.

—Por supuesto que sí.

—¡Dime la verdad! —exclamó, suplicante—. ¿No piensas que fuera un buen hombre?

Isobel dejó correr un silencio cargado de revelaciones. Terminó

desviando la vista al borde de su taza, huyendo de los ojos inyectados en sangre de Lenore.

—No creo que deba pronunciarse una mala palabra sobre quien no puede ya defenderse.

—Yo lo defenderé —le aseguró con vehemencia—. Háblame.

Isobel la miró sorprendida porque estuviera interesada en conocer su visión.

No era habitual que Lenore la escogiera de entre sus referentes intelectuales para intercambiar opiniones de ninguna clase. Los temas de conversación en los que la mayor podía intervenir con desenvoltura raras veces coincidían con la pasión de la benjamina por asuntos masculinos, y si algún defecto imperdonable a ojos de la buena educación debía achacarse a Lenore, este era su total incapacidad para fingirse cautivada por aquello que le era indiferente.

Isobel se inclinó para arreglar un volante de la falda negra.

—Un proverbio bíblico reza que, cuando viene la soberbia, viene también la deshonra, y san Juan censura a quienes aman más la gloria de los hombres que la gloria de Dios —empezó con tiento—. Padre no se preocupó tanto de cuidar del prójimo por amor al otro como por amor a sí mismo y a sus capacidades, que entendía ilimitadas y de categoría divina. Por otra parte, jamás me oirás decir que no te quisiera más que a su vida, pero te aseguro que no lo hizo porque apreciara el regalo de su esposa, o de lo contrario me habría querido a mí también. Te amaba porque eras su viva imagen y gracias a ti sobreviviría parte de su legado.

La indignación la levantó del asiento.

—¿Cómo puedes decir eso?

Isobel la miró con tristeza.

—Tú me lo has pedido, Lenore.

—Mientes. Me has mentido. Es imposible que creas que no te quería.

—No lo creo. Lo sé —respondió con una franqueza sobrecogedora. Lenore quiso contradecirla, pero no se podía convencer de nada a quien ya se había resignado ante el dolor—. En la vida del doctor Nightingale solo había lugar para la ciencia y para aquellos que la

practicaran por extensión. Mientras fuimos demasiado pequeñas para interesarnos por su vocación, le pasé desapercibida en el mejor de los sentidos. Hasta aceptó mi indiferencia por la ciencia como algo inevitable debido a mi condición femenina y recibí de él un trato condescendiente pero amable. Luego llegaste tú —continuó con una pequeña sonrisa— y pusiste de relieve mi mediocridad con tu insólitamente temprana fascinación por la medicina. Entonces padre revisó sus opiniones sobre mí y decidió que no me perdonaría nunca que hubiera abrazado mi feminidad en lugar de rebelarme contra ella.

Lenore sacudía la cabeza, en negación.

—Te atreves a cuestionar el fondo de sus acciones porque estabas tan ocupada atendiendo tus obligaciones como casadera que no lo veías llegar a casa destrozado por no haber podido salvar a un paciente.

—A causa de mi matrimonio, me perdí las anécdotas clínicas de sus últimos meses de vida, es cierto —aceptó sin dejarse amilanar—, pero estuve sentada a la mesa en la que compartía sus andanzas los veinte años previos. Ahí donde tú veías a un hombre compasivo y sentimental, yo veía a un médico que rabiaba de pensar que su diagnóstico pudiera haber sido erróneo y se preguntaba, una y otra vez, cómo es que la solución había escapado a su genialidad.

Lenore apretó los labios para reprimir un puchero.

—No sabía que lo odiaras tanto —le recriminó.

Pero la Isobel que le devolvía la mirada estaba hecha a prueba de balas.

—Nunca lo he odiado. Lo he compadecido. Nadie debería convertir nada en el centro de su mundo, ni una vocación ni a una criatura. Así solo te condenas a la locura una vez la pierdas y te ciegas a otras alegrías.

—¡Eso lo dices porque no has conocido la gloria de tener un motivo para levantarte!

—No lo tengo, eso te lo concedo —accedió Isobel, inmune al rencor de su hermana como a menudo parecía inmune a todo—, pero esta carencia no es algo de lo que me avergüence, sino de lo que me enorgullezco. El que convierte un sueño en el sol de sus días

no volverá a ver la luz cuando se le apague, porque créeme: los sueños también se desvanecen.

Lenore no pudo perdonarle que mencionara en voz alta, aun indirectamente, la causa primera de su melancolía: haber perdido al sol de sus días que fue su madre. Le sostuvo la mirada procurando hacérselo saber, castigándola por su atrevimiento, pero Isobel estaba muy lejos de allí.

Estaba muy por encima de ella, cómoda en su castillo de verdades.

Rehusaba permitir que su visión pesimista destruyera el mito de Gulliver Nightingale y, sin embargo, no era solo la voz de Dariy la que subrayaba cada sentencia de su hermana: «A su padre, señorita Traviata, le fascinaba tener el control de las narrativas, de las que, por cierto, era siempre héroe indiscutible».

Pero ¿cómo no iba a despreciarlo el doctor Winthrop, si había sido su competencia directa desde que coincidieron en el hospital? Era Reuben el verdadero soberbio, el que no podía aceptar la superioridad ética e intelectual de su padre.

Lenore lo pensaba de corazón y, aun así, se acordó de las carcajadas que Gulliver y el doctor Ratcliffe compartían a propósito de los pequeños errores de cálculo de Winthrop, incluso si habían desencadenado la muerte de un paciente. Se le ocurrió que el buen amigo de su padre solo lo había sido porque encontraba desternillante la maldad con la que hablaba de su némesis, con quien en realidad debería haber unido fuerzas para combatir la muerte.

«No —se dijo con miedo—. No caerás en esta burda propaganda contra él.»

Ansió defenderlo a través de alguna anécdota, pero todas las que le acudían al pensamiento solo confirmarían los argumentos de Isobel: podía imaginarla sonriendo con triste desdén al oír la historia de los puntos de sutura a la muñeca de trapo, con la que interpretaría que solo había pretendido lucir sus habilidades, o asintiendo con la cabeza, dándole la razón como a los locos, si le describía el amor con el que la había mirado de niña, cuando se

apoyó en conceptos de anatomía básica para desmentir la existencia del temible Old Bloody Bones.

—Lenore, siento que...

—Quiero estar sola —la interrumpió con un nudo en la garganta.

Aferrada a sus puños crispados, salió del salón tambaleándose y sin saber muy bien dónde refugiarse. Sus pasos la llevaron a la habitación más alejada de la salita principal, que dio la casualidad de ser el despacho y la biblioteca del propietario.

Lenore cerró la puerta velozmente, como si la estuvieran persiguiendo. Retrocedió sin mirar por dónde iba con la vista desenfocada. Momentos más tarde tomaba asiento en un sillón orejero por miedo a una brusca bajada de tensión.

No podía haber estado tan equivocada sobre la naturaleza de Gulliver, ¿verdad? Era su padre, por Dios santo. La había acompañado durante toda la vida, incluidos aquellos primeros años de los que no albergaba recuerdo alguno. Y así como él había sido su inseparable camarada, su mentor y referente moral, ella había sido también testigo de su carácter y sus vivencias.

Ni Isobel, ni el doctor Winthrop, ni mucho menos Dariy podían decir lo mismo.

Si debía aceptar una sola perspectiva del hombre que Nightingale había sido para construir una imagen completa y justa con la verdad, ¿lo sabio no sería descartar las visiones sesgadas de quienes no habían convivido con él?

«¿No dirías que Isobel y Winthrop convivieron con él? ¿Quién te dice que Dariy no lo conociera antes de ser padre? ¿Y no está sesgada también tu visión, solo que por el cariño y no por la falta de contacto continuado? —contraatacó la voz interior—. El afecto sincero ciega tanto como el odio irracional, si no más. Te convierte en un templario que todo crimen justifica por andar portando el sagrado estandarte del amor.»

Lenore sacudió la cabeza de nuevo.

No podía creerlo. Era imposible que su hermana hubiera vivido una experiencia tan radicalmente distinta de la suya teniendo el mismo parentesco, habiendo escuchado las mismas historias en la misma casa. Y, aun así, sabía que Isobel no mentía, y ni mucho

menos tenía el juicio nublado. La primogénita poseía una inteligencia natural que no dependía ni de lecturas avanzadas ni estaba sujeta a su nivel de cultura, de por sí elevado en materias alejadas de la ciencia; lo demostraba que la prudencia le hubiera permitido conducirse con éxito por los intrincados caminos de la vida adulta, esos que Lenore encontraba tortuosos. La lucidez de una mujer que habitaba el mundo de forma consciente, sin dejarse tentar en modo alguno por el refugio de la abstracción o el coqueteo con la muerte a los que ella sí sucumbía una y mil veces, era incontestable.

No supo cuánto rato dedicó a desmontar para sí los razonamientos de su hermana. Poco le importaba caer en la tiranía de desechar un argumento tan coherente como lo era la realidad de una persona sincera a la que amaba. Ante todo, debía cumplir su promesa de defender a quien ya no podría hacerlo por cuenta propia.

Pasaron las horas, o tal vez solo fueron minutos. Solo se levantó, exasperada, cuando pensó que podría perder la cabeza y se distrajo deambulando por la biblioteca del despacho.

Sacó una novela al azar y la hojeó rápido con la vista desenfocada.

Al final llegó a una conclusión muy simple. Isobel también creía conocerla mejor de lo que se conocía ella misma y se equivocaba miserablemente. Sucedía lo mismo con su padre. Celosos, soberbios y frustrados habían malinterpretado sus buenas intenciones para eximirse de toda culpa. Era más fácil para Isobel transformar a Gulliver en un padre frío e inconmovible que aceptar que no había sabido ganarse sus afectos, del mismo modo que Winthrop prefería achacarle un carácter altivo, burlón y clasista antes que asumir algo tan simple como que el doctor Nightingale no podía respetar al profesional sin talento que era su competidor.

La voz profunda de Dariy hizo que su consuelo se desplomara.

«Tu padre, Lenore, era el mayor hijo de puta que me he cruzado jamás.»

Le costó tragar saliva.

¿Qué habría motivado a Dariy Vranitsky, marqués de una región lejana, diplomático rumano en Londres y criatura no-muerta, a denostarlo con semejante vehemencia? Algo le decía a Lenore que

un ser que ya caminaba entre las sombras antes de que Dios creara la luz no acostumbraba a dictar sentencias sobre la naturaleza de nadie, ni mucho menos de un humilde mortal al que habría tratado con brevedad durante una de sus infinitas vidas.

—Gracias al cielo... Aquí estás.

CAPÍTULO 24

Aunque Edward se manifestó con cuidado de no sobresaltarla, el libro casi se le cayó de las manos. El corazón le apretó en el pecho. Su cuerpo era más consciente que su propio raciocinio de la intimidad compartida la noche anterior.

Se giró hacia él con un ardor solo sofocado por el miedo a una explicación. Nada más verlo, sin embargo, la invadió la serenidad. Esbozó una pequeña sonrisa que podía servir de agradecimiento tanto por haberla cuidado en plena enajenación como por haberla salvado de sus sórdidas reflexiones.

—Estaba averiguando si este es nuestro ejemplar compartido de *La isla del tesoro* —dijo ella con aplomo. Pasó las páginas hasta llegar al pasaje que buscaba, ahora con intención, anclada de nuevo al mundo y a la tierra gracias a él—. Lo he sospechado al ver el lomo desgastado, pero ha sido esta mancha de tinta lo que lo ha delatado.

Edward sonrió sin moverse del sitio. Ni siquiera se había quitado el sobretodo, y a juzgar por el estado del flequillo y el rubor de las mejillas, había entrado en casa con la urgencia de quien había recibido un aviso de hurto. Lenore intentó no pensar en las gotas de agua que se le derramaban mejilla abajo, remarcando las líneas masculinas del mentón y los pómulos. Fuera se desataba una tempestad de plaga bíblica que cualquier ciudadano prudente habría evitado permaneciendo a cubierto hasta que amainara.

—¿Cómo no iba a conservar semejante tesoro... nunca mejor dicho? Esa novela fue la causa de que me pasara dos años tratando de descubrir cómo formarme para ser pirata.

Lenore le lanzó una divertida mirada de arriba abajo. Ella misma

notaba, sin embargo, que debajo de su intención amistosa hervía un profundo anhelo.

—Recuerdo que te dije que primero tendrían que serrarte una pierna. No te habrían dejado subir con dos pies sanos a ninguna embarcación marcada por la bandera negra.

Edward se quitó el sobretodo con movimientos lentos, en calma ahora que tenía la seguridad de que Lenore no pretendía marcharse. Los extremos inferiores chorreaban. Las gotas de agua más perezosas habían desertado de la carrera para anidar en sus sienes y en el borde de la mandíbula.

—Siempre podría haber achacado mi excelente estado de salud a mi amistad con una joven doctora —resolvió con naturalidad. Depositó el abrigo en el respaldo del sillón y caminó hacia ella—. Además... Yo no habría querido ser un pirata cualquiera, sino el pirata que comanda la tripulación. Si ni siquiera el capitán hubiese tenido ambas piernas, habría sido como si un ciego liderara a los ciegos, y el dicho reza que al menos el rey debe ser tuerto, ¿no?

Con la garganta atorada por los nervios de virgen que tanto odiaba, Lenore solo se atrevió a asentir. Luego carraspeó.

—Lo teníamos todo organizado, ¿te acuerdas? —Posó la palma de la mano sobre el libro abierto y lo acarició distraída—. Tú querías ser Long John Silver y yo me convertiría en el doctor Livesey.

—Ese era el plan, sí, pero el doctor Livesey era un médico sensato y honorable, y creo que tú te habrías dejado regir por principios alejados del sentido común... —meditó con una sonrisa tierna—. Sobre todo en un barco perdido de la mano de Dios, donde no habrías tenido que responder a ninguna norma social.

—¡Tú tampoco encajabas como Long John Silver! —se rio ella—. Puede que seas un listillo con carisma, y eso solo cuando te conviene, pero nunca responderás al título de villano.

Él enarcó la ceja.

—Lo que precisamente caracteriza a Long John Silver es que tiene luces y sombras, como todos los seres humanos.

Una sonrisa entristecida apagaba la expresión de Lenore cuando apartó la vista de Edward.

Volvió a acariciar el libro, ahora sin energía.

—Tú no tienes sombras suficientes.

—¿Qué se supone que significa eso? ¿Que solo soy medio humano?

—Que eres medio perfecto —murmuró con un hilo de voz.

Se arrepintió de haberse sincerado en cuanto el aire entre los dos se tornó irrespirable.

—¿Por qué lo pronuncias como si fuera un problema?

Lenore no se atrevió a levantar la barbilla, de nuevo acorralada por la timidez.

Odiaba que con Edward no se pudiera avanzar. No importaba si la noche anterior había podido confesarle sus sentimientos con besos ardientes; al día siguiente tenía que volver a empezar. Era como empujar la piedra a la cima de la montaña sudando la gota gorda para que luego cayera rodando.

Para el inspector no debía ser mucho más sencillo. Edward debía poner una y mil veces la misma energía y empeño en ablandarla. Aunque perdía los nervios, siempre tenía éxito recordándole que como nunca correría peligro sería descubriéndose vulnerable ante él.

Por suerte y por desgracia para ella, a Edward no le importaba persistir en su empeño.

—No es un problema —reconoció Lenore después de tragar saliva —, y nunca permitas que te haga pensar lo contrario, te lo ruego. Tu integridad es admirable. Sigues las normas, pero entiendes que de vez en cuando conviene pasar por encima de ellas, por lo que no eres un alienado obsesivo, sino una persona con criterios flexibles. Proteges a tus seres queridos y a menudo parece que no le temas a nada, ni siquiera a tus deseos. Cualquier mujer se sentiría afortunada de tenerte.

Muy despacio, Edward le apartó la muñeca del libro y lo cerró para asegurarse de que le prestaba atención. Ya con las manos vacías, a Lenore no le quedó más remedio que mirarlo a los ojos, ojos en los que ardía la pasión de la noche anterior pero multiplicada por mil infiernos. Al menos, por el infierno de haber pasado el día entero alejado de ella.

Lo vio tragar saliva, intimidado por la sentencia que venía después. «¿Pero?», creyó que iba a responder. «Todo eso que he

descrito es el "pero" —le habría contestado ella—, porque yo no soy íntegra. No respeto otro criterio que el mío. Defiendo la justicia y la verdad por encima de ninguna otra cosa. Y desearte a ti, mi némesis, me resulta aterrador.»

Sin embargo, Edward la sorprendió cambiando de tema.

—Nada me complacería más que hablar contigo, si bien ahora mismo lo único que quiero es besarte —reconoció en voz baja, con cuidado de no romper el hechizo—, pero tanto tú como yo lo sentiríamos como una traición... o como una terrible omisión. No me perdonaría imponer mis deseos al motivo que me ha arrancado de tu lado esta mañana.

Su solemnidad la preocupó.

—¿Qué ha ocurrido?

—El asesino se ha cobrado una nueva víctima, esta vez en el hospital de Great Ormond Street —señaló con lentitud para darle tiempo a asimilarlo. Le acunó la mejilla con la mano y procuró sonar compasivo al decir—: Sé que el doctor Barnes y tú teníais una estrecha amistad. Lo siento, Noor.

«El doctor Barnes», repitió para sí.

Lenore dejó de sentir el suelo bajo sus pies.

—¿Cómo ha sido? —atinó a preguntar.

—Ha seguido el modus operandi habitual. Primero... —trató de encontrar un eufemismo para que la imagen mental le resultara menos desagradable, pero acabó rindiéndose— lo mata y luego drena su sangre. El doctor Winthrop se ha encargado de la autopsia y ha establecido que la causa de la muerte fue una «embolia aérea». Me ha mostrado el brazo de la víctima para sustentar su teoría. Lo tenía amoratado por la presión de la aguja. Le inyectó aire en la vena y le provocó una parada cardiorrespiratoria.

—Dios mío —balbuceó.

—Eso no es todo. El doctor Winthrop asegura que el blanco original era él.

—¿Cómo?

—Un desconocido armado con una jeringuilla lo atacó hace un par de madrugadas en su despacho del hospital. Afortunadamente pudo

defenderse, pero se ve que el hambre del asesino no acepta prórroga y no iba a quedarse sin la víctima de la semana.

La asociación entre la palabra víctima y el médico la estremeció.

Estaba muerto. Lo habían matado.

Y ella tenía una muy buena idea de quién había sido.

Se acordó de la amable sonrisa del doctor Barnes, el único profesional de toda la plantilla de la clínica que nunca la había mirado por encima del hombro. En un primer momento tuvo sus reticencias, por supuesto. Había sido, al fin y al cabo, un hombre criado en el seno de una familia con valores tradicionales. Pero una vez comprobó de primera mano que la hija del doctor tenía talento además de la disposición de aprender, la incentivó a perseguir su sueño. Nunca le impidió asomarse a su cuaderno de anotaciones ni examinar a los que eran sus pacientes —siempre con el permiso de los mismos, que no siempre cedían—, y en una ocasión hasta le pidió opinión para revisar un diagnóstico.

Fue recordando su optimismo y la dulzura con la que trató a los pacientes cuando cayó en la cuenta de que su padre había carecido de miramientos similares.

Cuántas veces no habría tocado con los nudillos a la puerta de la sala de cirugía, abochornada por interrumpir la alegre conversación entre el doctor Barnes y el recién operado: cuántas veces no habría confundido a uno de sus pacientes con un viejo amigo o incluso un familiar, tal era la complicidad que forjaba con ellos con independencia de su edad, género y clase social. Solo él se había dignado atender los ardores estomacales de un jovencito que ejercía la prostitución disfrazado de mujer, así como la cojera del criminal más temido del distrito.

Había sido indudablemente el alma del hospital. Su entrega era sincera e incondicional.

La conversación con Isobel había desenterrado recuerdos que por conveniencia habían permanecido escondidos de su razón, como el comentario desdeñoso con el que el doctor Nightingale se desentendió del presunto sodomita: «Por una gripe rusa podría plantearme atenderlo, pero un simple ardor estomacal no basta para que sacrifique mis principios».

Miró a Edward a los ojos con la intención de arrojarle la misma pregunta que a Isobel. No llegó a pronunciarse. Vio en su expresión que la preocupación apenas le dejaba respirar, y ella sola comprendió por qué.

—También este asesinato se puede relacionar conmigo, ¿verdad?

—Así como el intento de homicidio del doctor Winthrop, que era la víctima prevista —le confirmó. Depositó el ejemplar de *La isla del tesoro* en la mesilla de lectura para enseguida cubrirle los hombros con delicadeza—. Lenore... Si sabes algo o sospechas de alguien, te ruego por el bien de todos que te sinceres conmigo. Te prometo que no revelaré el origen de tu testimonio si pudiera ponerte en un aprieto.

Lenore tragó saliva. En ningún mundo posible le hablaría a Edward de la existencia de una criatura que podría matarlo chasqueando los dedos. Empezaba a pensar que Dariy, en todo su esplendor retorcido y hambriento de venganza, estaba dejando un rastro de cadáveres vinculados con ella para castigarla por su curiosidad... Si bien había algo en toda la historia que no le cuadraba.

Debía ser su debilidad por el marqués lo que la instaba a creer en su inocencia. Ningún otro argumento racional se sostenía.

—¿En qué sentido crees que estoy involucrada?

Edward ladeó la cabeza a la derecha y a la izquierda, pensativo.

—Si te soy sincero, no lo sé. Puede que tu relación con el caso sea fruto de la coincidencia, pero entre tú y yo, no eres tan popular en la ciudad para haber coincidido con todos los occisos —añadió con una nota de humor—. Pensaría que se trata de un amante celoso que no soporta que frecuentes compañías masculinas si no fuera porque la primera víctima fue Jane Mansfield.

Edward hizo una pausa ansiosa para esperar a que ella lo desmintiera.

Sabía que tenía vocación de salvador, empezando por su elección de carrera profesional y terminando por el amor que parecía sentir por ella, en gran medida fundado sobre la fragilidad de la que creía que debía protegerla. Sin embargo, y sin desmerecer su interés humano en poner a resguardo a la población, el caso se había vuelto

personal en el preciso momento en que se había insinuado la existencia de un rival por sus afectos.

Ella esbozó una sonrisa débil.

—Si te escucharas, te echarías a reír. No soy la clase de mujer que levanta pasiones.

—Estoy en rotundo desacuerdo —replicó con vehemencia—. Lo que sí puedo concederte es que, si alguien hubiera dejado una estela de muertos como símbolo de su amor enfermo, tú no serías responsable. Bien sé que acostumbras a desalentar a todos tus pretendientes.

Lenore agachó la cabeza manteniendo la sonrisa temblorosa en los labios.

No los había desalentado a todos. A Dariy lo había buscado expresamente. Lo había perseguido, incluso, por rincones condenados a la miseria por el olvido parlamentario, a través de las sombras y hasta en sus sueños preñados de figuras turbias y sensaciones de frío y calor que solo podía asociar con él.

Cierto era que al principio no había tenido otro objetivo que desentrañar sus secretos, nada que pudiera relacionarse con el enamoramiento, pero poco a poco Lenore iba comprendiendo —para su gran horror— que detrás de la curiosidad siempre había fascinación, y que la fascinación era una de las vías del amor.

Pero Dariy no era su pretendiente.

Era su enemigo.

Quería vengarse de su padre, y aunque ya lo había hecho, su odio había emigrado a la siguiente generación. Había intentado matarla con el beso de Judas y solo por causas de azar no lo había logrado. Estaba claro que ahora pretendía poner los ojos de la policía sobre ella, privarla de su futuro vocacional —de sus oportunidades de ser feliz, dicho de otro modo—, cerciorándose de que la arrojaban a una celda durante el resto de sus días.

Solo él podía ser el asesino, ¿verdad? Ni siquiera lo había desmentido cuando lo acusó.

—De lo que estoy seguro —prosiguió Edward— es de que este asesino no es como el Destripador. No sacia su sed con almas descarriadas que solo un bucanero lascivo y un hijo bastardo

echarían de menos. Este sujeto se siente tan cómodo y seguro en su anonimato que no teme alertar a la clase burguesa, quien sí podría contratar detectives privados y convencer a toda Scotland Yard de volcarse en su causa...

—Edward.

Él la miró esperanzado.

—¿Sí?

Debía decírselo. Debía decirle que había una criatura ni viva ni muerta, incapaz de sentir amor y que se alimentaba de sangre humana viviendo entre ricos y pobres con total impunidad. Pero Lenore podía imaginarse cómo acabaría la historia si empezaba narrando «Érase una vez un vampiro. Sí, un vampiro. Como Varney, el protagonista de algunos *penny dreadfuls*».

Edward se espantaría y, aterrado por el regreso de su locura, advertiría a toda la familia.

No podía ser ella quien delatara a Dariy. No tenía ninguna credibilidad.

Pero era, por otro lado, la única que podía destruirlo.

Inspiró hondo y lo miró a los ojos con la energía renovada de haber ideado una nueva misión. Una a la que con toda probabilidad no sobreviviría.

¿Y qué importaba? ¿No había ansiado la muerte desde que la conociera a través de su madre? ¿Qué podía quedarle por hacer a una mujer que ya había descubierto el mayor de los milagros de la vida? Incluso si alguna vez se dignaban a contratarla en un hospital como médico y no como enfermera, incluso si alguna vez le permitían meter sus narices femeninas en un mundo de hombres sin tener que cubrirse el rostro o fingir una identidad masculina para no recibir desprecio tras desprecio, ¿podría asemejarse su labor profesional a los éxitos de Pasteur, entre otros referentes? Sobre todo, ¿sería responsable de algún hallazgo del calibre de la existencia de Dariy Vranitsky? Incluso una medalla a la excelencia entregada por la mismísima reina palidecería a su lado a partir de entonces, y si no podía darle valor a su existencia mediante saberes igualmente asombrosos, entonces ¿cómo sobreviviría al sinsentido? ¿Siendo la esposa de alguien? ¿Criando un niño con la ayuda

entrometida de una nodriza a la que la criatura crecería amando más que a su propia madre? ¿Acudiendo en verano a bailes de sociedad y languideciendo en invierno en la jaula de oro que era una mansión solariega? ¿Alimentando cada día más un odio visceral —pero no por ello irracional— hacia su marido por gozar de privilegios que a ella nunca le serían concedidos?

Lenore sintió que la embargaba una paz desconocida. La paz de la resignación.

Trataría de detener a Dariy concediéndole su presunto deseo: la cura de la inmortalidad. Se la aplicaría a favor o en contra de su voluntad para que Edward no volviera nunca más a casa alterado por un crimen injusto.

Después, simplemente moriría.

Todos sin excepción llegaban al mundo con un propósito, y el suyo era Dariy Vranitsky.

Pero antes de aceptar la aniquilación de todo futuro posible, necesitaba que alguien volviera a valorar lo único que había tenido sentido para ella: su infancia.

—¿Crees que mi padre era un buen hombre?

La confusión asomó a los ojos de Edward, que muy cerca estuvo de exasperarse con su sentido de la oportunidad. Le vio la intención de preguntarle en qué se relacionaban tres asesinatos sin resolver con las bondades del doctor Nightingale, pero tuvo que entender que era crucial que respondiera, porque terminó relajando los hombros.

—Por supuesto que sí.

—¿Por qué estás tan seguro?

—No estoy seguro —reconoció. Su sinceridad atrajo la atención de Lenore. En el fondo la alegró que la hubiera sorprendido, aunque hubiera sido a costa de no contestar lo que ella habría querido—. Solo Dios sabe lo que hay en el corazón de los hombres. De lo que sí tengo constancia es de lo que proyectó en el mundo, que es lo único que importa: una generosidad ilimitada. ¿No es acaso lo que le costó la vida? ¿Exponerse cada día a contraer decenas de enfermedades distintas con tal de salvar a sus pacientes?

—¿No crees que solo una ambición desmedida puede motivar a un

hombre a arriesgarse tanto?

—Era ambicioso también, claro, pero no es por sus sueños por lo que me has preguntado. En cualquier caso, anhelar reconocimiento social por la labor propia no anula el fondo honesto que la motiva. A mí también me gustaría que me ascendieran a inspector jefe, incluso a comisario o superintendente, y de igual modo me estremece la barbarie de la que estoy siendo testigo.

»¿Por qué te ha asaltado esa duda de pronto? —Ladeó la cabeza, suspicaz—. ¿Es por la discusión que has tenido con Isobel? Se marchó antes de que yo llegara y me dejó una nota advirtiéndome de que no estarías de humor, pero que en ningún caso sería mi culpa, sino suya.

—Para ella no fue un hombre excepcional mientras que para mí lo significó todo, y yo necesito saber la verdad. Necesito saber quién tiene razón.

—La verdad no existe. Están tu verdad y la suya. Deja que ella se haga cargo de la realidad que vivió y tú abraza la que te corresponde. No arruines un tiempo feliz ni la imagen cándida de su responsable sometiéndolos a cuestionamientos absurdos con la vara de medir de terceros. Incluso si no era bueno en general, fue bueno para ti. Eso es lo que importa.

—¿Así de egoísta hay que ser para proteger nuestra felicidad? ¿Me tiene que ser indiferente que mi padre o cualquier otro pudiera causar dolor solo porque fuera atento conmigo?

—Puedes tildarlo de egoísmo, si quieres. —Encogió un hombro—. Yo prefiero llamarlo supervivencia. Luego está la sabiduría popular que siempre ofrece una conclusión ingeniosa: cada palo que aguante su vela.

Lenore no las tuvo todas consigo. Pero si alguien había en el mundo a quien pudiera confiar sus dudas existenciales, ese era él: un hombre con los pies en la Tierra y la cabeza en las nubes. Un romántico soñador que evitaba dejarse embaucar en exceso por la fantasía, pues era a la vez lo bastante serio para enfrentarse a la vida sin miedo.

Le regaló una pequeña sonrisa de agradecimiento y se puso de puntillas para abrazarlo. Las manos de Edward fueron

inmediatamente, como imantadas, a rodear su cintura. Lenore enterró el rostro en el cuello ancho. Ahí se alojaba el olor familiar que había pasado la noche entera respirando para regresar de la pesadilla al mundo de los vivos.

Cerró los ojos e inspiró, procurando ser discreta, hasta llenarse los pulmones.

Se conmovió pensando en el modo en que Edward encajaría su muerte. No era la primera vez que se lo planteaba, pues tampoco era la primera vez que recreaba su funeral en secreto. Pero él no era quien más la había preocupado durante la adolescencia, cuando día y noche maquinaba formas irreversibles de desaparecer. Edward era como el acero alemán, duro y resistente a los golpes, y pensaba, aún presa de un rencor infantil que la avergonzaba, que si había podido estar sin ella los años que priorizó la universidad, podría soportar su pérdida.

Apoyó una mano sobre su corbata para separarse.

Los ojos de él buscaron con avidez su mirada, ahogados en un deseo inflamable.

—Lenore —dijo sin apenas voz—. Soy consciente de que no es el momento adecuado, pero no puedo posponerlo ni un segundo más. Necesito que lo sepas.

Ella asintió con la cabeza. Sabía de qué se trataba y ya no le tenía miedo porque había firmado su sentencia de muerte. Lo que sucediera entre esa noche y la confrontación con Dariy sería fruto del hedonismo y la falta de escrúpulos de un condenado a la pena capital.

Dejó que Edward la tomara de las manos y se armara del coraje necesario para finalmente dejar atrás una etapa; etapa que había abarcado los instantes más preciosos de su vida y que Lenore siempre había sabido que nada podría nunca mejorarlos.

—Me odiarás por lo que voy a decir —confesó con la cabeza inclinada, los ojos apuntando hacia ella como dos flechas—. Me odiarás porque demolerá los recuerdos que compartimos o al menos los corromperá, y es que en mi verdad no ha habido ni por un solo momento espacio para la inocencia de la amistad. Cuando era niño te amaba como un niño, sí, pero como un niño enamorado. Ahora

que soy un hombre, debería quererte como un hombre. Y lo hago, por Dios que sí, pero esta fervorosa pasión que me viene ahogando parece consecuencia de un amor prohibido por los dioses. He podido irme y volver a ti porque me serenaba la certeza de que es a ti a quien pertenezco, y ni la distancia ni la amenaza del olvido podrían borrar un hecho de semejante envergadura. Pero ahora que me enfrento a tu testarudez —se le escapó una risa nerviosa y agachó la vista a sus manos entrelazadas—, a esa prioridad que son tus fascinantes sueños, entiendo que no puedo seguir poniéndolo en manos del destino.

»Soy consciente de que recelas del matrimonio y de mí; a fin de cuentas, solo soy un hombre y está en mi naturaleza querer poseerte, fusionarte conmigo con el riesgo que existe de que esto derive en tu anulación. Por suerte, también soy tu amigo —sonrió sutilmente—, y tu amigo nunca permitiría que un cruel impulso de dominación se impusiera a la justicia de lo que mereces y, sobre todo, de lo que quieres. Te prometo aquí y ahora, Lenore, que si me aceptas serás tan o más libre de lo que lo eres ahora. La única condición que, más que dictar desde la tiranía, te ruego con humildad —tragó saliva—, es que me ames también a pesar de mis defectos.

Le habría gustado decir que era inmune a las sensiblerías de enamorados y que en su corazón solo había espacio para evidencias probadas. Pero incluso si así fuera, Lenore tendría que reconocer que no había hecho más incontestable que el amor de aquel hombre, así como categórica era la verdad de que a ella se le iba la vida correspondiéndolo en silencio.

—¿Está seguro de que no quiere dejar la comisaría en beneficio de la escritura, inspector Whishaw? —le preguntó ella en voz baja, temblando como una hoja. Le acarició la patilla con el pulgar; él se dobló ante la caricia soltando el aire en un suspiro entrecortado—. Mire que ha heredado el talento que tiene su padre para juntar palabras.

—Como si las palabras hubieran podido convencerte alguna vez.

—Cierto es que ha habido y hay muestras de cariño que me han persuadido mejor.

Lenore zanjó la conversación con un beso inesperado. Él interpretó la iniciativa como un «sí, quiero»; ¿qué otra cosa explicaría que respondiera al tímido contacto de sus labios con todo su cuerpo, todo su espíritu, con la ilusión de la victoria de un campeón olímpico?

Edward arremetió contra su boca deslizando la lengua sobre la suya, instándola así a separar los labios y convertir lo que inicialmente había sido un gesto de afecto en una declaración de guerra. O de amor, que era lo mismo.

Primero aturdida pero enseguida contagiada de su locura, Lenore se agarró a su nuca con una mano y con la otra le acarició el cuello. Mientras, devolvía sus besos con el frenetismo de los impacientes. Solo se separó un segundo para tomar aire, y después para buscar a su alrededor un lugar donde sentarse. Se dirigió hacia el escritorio con las rodillas flojas, el corazón latiendo en todos los rincones de su cuerpo, y tomó asiento.

Una indicación para acercarse fue todo lo que Edward necesitó para acudir a su encuentro. Le rodeó el rostro con aquellas manos en las que cabía el cielo entero y retomó el beso donde lo habían interrumpido, más entusiasta si cabía.

Lenore se deshacía entre sus firmes brazos como la mantequilla, y pronto se notó igual de pegajosa por el sudor. No sabía que el amor causaba fenómenos físicos como aquel, que podía afectar a los elementos. La atmósfera se había vuelto densa, ella había entrado en estado líquido y era consciente de rincones de su cuerpo que no sabía que podían quemar.

Como si supiera con exactitud dónde, cómo y cuándo tocar, la mano de Edward fue directa al bajo del batín. Ella jadeó al notar que la acariciaba entre las piernas, y no contento con eso desviaba sus besos como sellos de hierro candente al cuello y al escote.

Se agarró a sus hombros e instintivamente arrastró las caderas al borde de la mesa para acercarse más a él, el hombre más cálido del mundo. Edward entendió su súplica implícita y se pegó en la medida en que lo permitía la barrera de su mano, que se movía con pericia según los rigores de la masturbación.

—¿Cómo se te ocurrió venir a buscarme? A mi casa. A mi maldita

casa —gruñó Edward contra su pecho. Con la punta de la lengua delineó su clavícula—. Eras consciente de que no me podría resistir, ¿verdad?

—Eso no lo sabes. Ni siquiera lo has intentado. Resistirte, quiero decir —le reprochó sin ánimo de discutir, con la voz alterada por los jadeos—. Edward...

—¿Qué?

—¿Vas a hacerme el amor?

Él frenó en seco. Buscó su mirada con los ojos desorbitados.

—¿Eso piensas que haría ahora? ¿Antes de desposarte?

Lenore casi rompió a reír con su indignación, que no era más que una fachada.

—Eso desearía que hicieras ahora, antes de desposarme.

Si el asombro de Edward no llegó a su máxima expresión fue porque el deseo se interpuso, nublándole la razón. Lenore descubrió entonces que había un conjunto de palabras, una cesión de consentimiento, que podía transformar a un hombre honorable en un animal cegado por sus impulsos.

Selló con un beso largo y húmedo la promesa de complacerla. En un abrir y cerrar de ojos, la había cargado entre los brazos y sorteaba los obstáculos hasta el dormitorio sin necesidad de mirar por dónde iba. Se conocía la ruta casi tan bien como el modo de besar a Lenore para anular todas sus reservas, milagro que logró a lo largo del camino sin cometer un solo tropiezo.

Entre su asombroso sentido de la orientación y el erotismo de sus habilidades, parecía que fuera un héroe quien la tenía en brazos. Si hubiera creído en el destino, habría pensado que las circunstancias se habían alineado para que su primera y última noche fuera perfecta.

Poco sabía ella del amor, excepto que estaba reservado a los hombres que tenían dinero para pagarlo, desfachatez para robarlo o esposa para exigirlo. En cuanto al bello sexo, solo las descocadas daban rienda suelta a los placeres de la carne sin la expectativa de engendrar, lo que de acuerdo al catecismo era delito capital. Su madre había fallecido antes de sentarla a mantener la conversación incómoda pero necesaria que resolvería el misterio sobre la

mecánica del acto, que, en cualquier caso, Lenore había estudiado junto con los síntomas de la gripe o el funcionamiento del sistema nervioso.

Para ella no había misterio alguno en torno al hecho en sí mismo, al que no le reservaba ni recelo ni escrúpulo alguno. Era la pulsión humana que lo hacía posible, el origen y estallido del deseo, lo que le habría gustado estudiar, aquello a lo que le gustaría anticiparse para no perder los papeles como hizo al aterrizar sobre la cama. No tardaría en descubrir por qué era y permanecería siendo un enigma de por vida: el amor invalidaba el sentido común de sus víctimas arrojándolas a un placer delicioso. Así protegía la revelación de su origen.

Exquisitos fueron los besos con los que Edward se fue disculpando por desnudarla. Un beso en la clavícula cuando le bajó la bata, un beso en la cadera cuando tiró de la cinta que la anudaba, un beso en las rodillas cuando la instó a separarlas. Lenore quería ser Dios para estar en todas partes, sumergida en las sensaciones intensificadas por una sensibilidad cutánea que parecía obra de un hechizo y también de mente presente en el momento en que él se mostrara tal y como vino al mundo.

Había un elemento hipnótico en el modo en que un hombre miraba a una mujer cuando ya avistaba el clímax. Era muy distinto de la forma en que tocaba el medio a través del que lo conseguiría, con una sagrada devoción que llenaba los ojos de lágrimas. El hambre, la sed y todo lo que era primario habían dotado su expresión de una emoción desgarradora que podía resultar incómoda, desconcertante y hasta peligrosa, pero sus caricias contenidas en el nombre del amor hablaban de una ternura que la conmovió.

Lenore extendió los brazos como un crucificado y esperó, hiperventilando, a que Edward se desvistiera. Se comunicaron con la mirada como siempre lo habían hecho, solo que esta vez sin avergonzarse de la lascivia que revelaban. Él desabrochó los botones del chaleco, arrojó al suelo la corbata y se sacó la camisa húmeda tirándose de atrás.

Nada más terminar con las prendas superiores, sus manos volaron

hacia los muslos de Lenore para contrarrestar su insolente impaciencia con una caricia larga y sentida.

Más que ruborizarla, ser blanco directo de su mirada valorativa —en ningún caso crítica— la intimidó y sintió tentaciones de esconder el rostro en la almohada. El corazón le latía al borde del infarto, el calor empezaba a propagarse por todo su cuerpo. Cabía tener miedo de que la sensación la matara antes de tiempo, pero se negó a ser cobarde. No lo sería cuando estaba tan cerca de averiguar si había acertado en sus sospechas y, en efecto, el amor era la antesala del delirio.

Edward se fue tendiendo sobre ella sin apartar la vista de su rostro. Pese a los ardores que le tenían el rostro congestionado, se movía con precaución, decidido a no espantarla.

Lenore sintió primero el agradable peso de su cuerpo y lanzó un jadeo que sonó como una interrogación. No había esperado que el contacto piel con piel fuera placentero y pudiera entrar en el terreno de la intimidad. Después, cuando se deshizo de los pantalones, descubrió que las caderas masculinas eran más estrechas para encajarse entre las piernas femeninas como las piezas de un puzle. Por un momento dudó si la simple anatomía no tendría más razón que Dios, la sociedad o ella misma y el único destino de la mujer no sería fundirse con un hombre, porque entonces no importaron sus objetivos.

Lenore notó contra su sexo una dureza caliente que alivió y alteró el ardor a partes iguales. Buscó la mirada de Edward, que le transmitió calma a la par que un entusiasmo febril. Él le acarició la mejilla con los nudillos antes de apoyarse en el codo, aún encima de ella. Depositó un beso tembloroso en la comisura de sus labios, entreabiertos con la vana esperanza de encontrar la respiración.

No se resistió más y lo abrazó por los hombros. Nunca se le habría ocurrido pensar que un hombre parecería duplicar su tamaño tendido cuan largo era sobre una mujer anhelante. Estaba segura de que por mucho que alargara las manos hacia las paredes o hacia el cielo no podría tocar nada que no fuera él.

Dulcemente mareada, buscó su boca. Esta vez fue ella quien comandó el ritmo y la dirección del beso, preludio de lo que acto

seguido sucedió entre sus muslos. Edward empezó a moverse, al principio despacio, produciendo una estremecedora fricción. Lenore interrumpió el contacto de sus labios para decidir si era placentero o una tortura y concluyó que se trataba de algo extraordinariamente sensual. Edward había empezado a sudar, más por el esfuerzo de contenerse que por el ejercicio, que de igual modo lo estaba frustrando y deleitando tanto o más que a Lenore: de sus labios salían sonidos que le ponían el vello de punta y no hacían sino caldearle la sangre.

Llevó las manos a su cabello rubio y se aferró a él con todo el cuerpo en tensión para no ceder al engañoso deseo de cerrar las piernas. No necesitaba comunicarle lo que pensaba, así como Edward tampoco desaprovechaba la boca dándole usos tan banales pudiendo besarla. Se miraban y de este modo se confesaban cuánto les gustaba.

Lenore culebreó bajo su cuerpo para poder agarrarlo de las nalgas y rogarle sin pudor alguno que lo hiciera de una vez. Edward trató de negarse prolongando el roce entre sexos más allá de lo tolerable, pero acabó apretando la mandíbula, sobrepasado, y concediéndole su deseo.

Creyó que estando excitada no le dolería. Había subestimado la tensión erótica que aportaba rigidez a los músculos y el miedo a lo que estaba sintiendo. La penetración le produjo una fuerte punzada en el bajo vientre. Cerró los ojos con fuerza y negoció con su cuerpo para ir poco a poco distendiéndose.

—¿Te he hecho daño? —murmuró Edward contra su oído.

El choque de su aliento en un espacio tan íntimo la estremeció. Su única respuesta fue jadear y arquear la espalda para invitar al movimiento calculado, que él reprodujo escuchando con atención las necesidades de su anatomía.

Al principio la fricción la incomodó, pero solo porque se había comprometido a experimentar cada sensación en su esplendor supremo. En cuanto apartó la mente de la tirantez inevitable y se concentró en los gemidos de Edward, en su rechinar de dientes y en el calor que, como un cañón, iba disparando de su sexo al resto de sus terminaciones, pudo abandonarse a un placer inefable.

Lenore le hundió los dedos en los hombros y volvió a moverse, ahora inquieta, para exigir otra clase de trato. Siguiendo al pie de la letra su orden, Edward aumentó el ritmo y se fue separando cada vez más para que la penetración fuera el doble de intensa, para que durase el doble de tiempo. Lenore apretaba los dientes para no hacer ruido, asustada por lo que se le pudiera escapar en un momento tan vulnerable: un «te quiero» que todavía no había pronunciado y que en la medida de lo posible evitaría pronunciar. Él no permitió que se coartara deshaciéndola con besos en el cuello, a cuál más húmedo y provocativo. Viendo que no conseguía que se rindiera a los gritos, abordó su boca sin contemplaciones. La besó sin detener el vaivén de sus caderas hasta que ella emitió un gorjeo con la garganta.

—Eso es. —Edward se retiró lo justo para beberse su gemido desinhibido y la recompensó mordiéndole el labio inferior—. Vuélvete loca.

Verle la cara a Edward en un momento de máxima unión, toparse con su mirada brillante y su sonrisa entre incrédula y sobrepasada de amor le produjo una segunda punzada de dolor, solo que bajo las costillas; ahí donde el corazón seguía funcionando por tiempo limitado.

Un miedo espantoso la embargó pensando que la muerte acechaba, un miedo que no habría sentido si él no le estuviera enseñando la pérdida de incalculable valor a la que se enfrentaría en la otra vida. Había personas a las que amaba en ese otro extremo, personas que la esperaban..., pero Edward seguía en el mundo. Y eso era justo lo que no había querido, que con su pasión y su cariño le recordara que la pérdida —porque la pérdida estaba garantizada desde el principio— era una espada de Damocles sobre sus cabezas.

Pérdida que ella no podría soportar.

Pero el deseo se impuso a la razón una vez más, borrando cualquier pensamiento que no guardara relación con el osado empuje de sus caderas. La combinación de amor incondicional, miedo al futuro y respeto hacia sí misma, a su mente trastornada, la habría enloquecido si el orgasmo no hubiera acudido en su rescate: cuando las lágrimas asomaban a sus ojos, un estremecimiento brutal

y desconocido la sacudió de arriba abajo, paralizándola en una nube de éxtasis y luego dejándola derrotada sobre la cama.

El susto de la sensación inexplorada la impulsó a consolarse con Edward, al que se abrazó desesperadamente mientras él se vaciaba en su interior. Ocultó el rostro en su hombro antes de que la viera llorar y le preguntara por qué.

Al fin y al cabo, la razón no la sabía... y al mismo tiempo la venía advirtiendo desde que se le ocurrió enamorarse de él: tarde o temprano habría una despedida.

CAPÍTULO 25

Isobel se presentó en el número 4 de Great Ormond Street cuando el sol ya se estaba retirando a descansar. Se detuvo a las puertas de la casa de la infancia con gesto entre aprensivo y exasperado. Allí mismo sacudió el paraguas, imprimiendo, quizá, un exceso de energía.

De alguna manera necesitaba desahogar su frustración.

Estaba claro que su opinión ni sumaba ni restaba en las cuestiones relativas a su hermana. Por eso había decidido morderse la lengua, aun estando en rotundo desacuerdo, cuando el barón le había comentado que Lenore pasaría las tardes en la antigua vivienda familiar. A fin de cuentas, él no habría escuchado sus argumentos en contra..., si bien las opiniones de nieta y abuelo no diferían demasiado. Ninguno de los dos quería autorizarla, solo que por razones distintas: Humbert estaba en contra de que una huérfana merodeara sin carabina lejos de su supervisión, mientras que Isobel temía el impacto emocional que sumergirse de lleno en los recuerdos tuviera sobre sus sensibilidades.

El único motivo por el que el barón había cedido al capricho de Lenore tenía nombre y apellido, y era implacable en lo que a la señorita Nightingale respectaba: Theresa siempre había sentido debilidad por la muchacha, pero ahora que convivía con ella se había convertido en férrea defensora de sus intereses. Se desvivía en la lucha por complacerla.

No podía reprochárselo. Isobel sabía mejor que nadie el poder que Lenore ejercía sobre los demás, empezando por ella misma, su hermana mayor, y acabando por Edward Whishaw.

Frenó nada más cruzar el recibidor, furiosa porque el dichoso nombre no dejara de asediarla. Se recriminó la incapacidad para

gobernar el curso de sus pensamientos. Aprovechando que nadie la veía, arrojó el paraguas de cualquier manera a un rincón, se quitó los guantes tirándose airadamente de las puntas de los dedos y, a falta de emprenderla a golpes con alguien —algo que de todos modos no se le habría ocurrido—, por poco los estrelló contra la pared.

Sabía cuáles eran sus deberes familiares y no pretendía eludirlos, pero cuánto echaba de menos en circunstancias como aquella la existencia de un hermano mayor. O solo un pariente de edad e inquietudes parecidas a las de Lenore; alguien, en definitiva, que la relevara de sus obligaciones cuando no estaba en sus cabales. Ese habría sido un excelente momento para que entrara en acción. Isobel se sentía fuera de sí desde que Edward y Lenore pasaran la noche juntos, y comprometida como estaba con los valores de la prudencia, prefería ocultarse de los ojos del mundo mientras no pudiera controlar sus arrebatos.

Pero no iba a ser posible considerando las circunstancias. ¿Quién, sino ella, se aseguraría de que Lenore no había pedido permiso para refugiarse en Great Ormond Street porque quería regodearse en la miseria de la orfandad?

«Edward Whishaw, por ejemplo», contestó la venenosa voz interior.

—Basta, Isobel —se ordenó por lo bajo.

Todavía estaba barajando qué la había herido más, si el hecho de que Lenore acudiera al inspector Whishaw en un momento de debilidad antes que a ella, a su propia sangre, o que la relación entre los dos estuviera camino de su consolidación. Isobel había contado con que tarde o temprano Noor daría su brazo a torcer y se entregaría a Edward, aunque solo fuera por el esfuerzo que suponía aparentar una indiferencia que no sentía, pero ¡por Dios! ¿Tan pronto?

Los celos y el rencor la consumían desde la noche anterior. Unos celos y un rencor ilegítimos, pues al fin y al cabo ella jamás había confesado sus sentimientos. Tampoco era la clase de mujer transparente cuyo comportamiento clamaba al cielo. Cuando su desesperación alcanzaba un pico de locura peligroso, Isobel tenía

que sentarse a mediar consigo misma adhiriéndose a los más simples argumentos: «No puedes llevar toda la vida actuando como si no te importara en absoluto y luego ofenderte porque ninguno se haya dado cuenta, Bells».

Colgó el capote y el sombrerito en el perchero del recibidor e inspiró hondo hasta serenarse. Lanzó una mirada cansada a la desembocadura de la escalinata principal. Apostaba a que Lenore pululaba por las estancias del piso superior; si no por el despacho de su padre, por el laboratorio, sus rincones preferidos del planeta.

Se preparó mentalmente para la conversación que se había propuesto mantener y fue a su encuentro. No tenía la energía necesaria para confrontarla a propósito de sus escapadas, pero ¿acaso la habría tenido su madre años atrás, cuando, después de observar las inclinaciones científicas de su hija, trató de hacerle entender que seguía siendo una mujer y, como tal, seguía atada a responsabilidades muy alejadas del terreno del conocimiento? ¿La habría tenido su padre cuando Lenore empezó a mostrar claros síntomas de melancolía y en una primera instancia se dispuso a tratarla con sencillas conversaciones? No, seguro que no. Pero por ese motivo el deber se llamaba deber y no «placer» o «chocolate», porque no resultaba grato para nadie y, aun así, tenía que hacerse.

Halló a Lenore encorvada sobre la mesa del laboratorio vertiendo con un cuentagotas una sustancia misteriosa sobre la placa de cristal. Con cuidado de no sobresaltarla, tocó a la puerta con los nudillos y esperó con humildad a que ella le hiciera un hueco en su exuberante mundo de fantasía. Su hermana se enderezó, despacio, y la miró por encima del hombro. Las lentes estaban a punto de saltar de la punta de su naricita, hartas de mirar al mismo punto desde hacía horas.

Le costó enfocar la vista, como siempre que se abstraía.

Nada más mirarla a la cara, Isobel olvidó por qué estaba resentida. Lenore presentaba un aspecto deplorable a la par que majestuoso. Estaba ojerosa y pálida, señales de que no había dormido en toda la noche y se había saltado el almuerzo con tal de seguir trajinando en el laboratorio, pero la causa de su cansancio no era otra que la pasión. Esa pasión desmedida e incondicional para la

que no eran aptos todos los seres humanos y que dotaba de un halo cuasidivino a quien tenía el don de sentirla.

Los ojos de Lenore irradiaban un brillo febril.

Isobel apoyó el hombro contra el marco de la puerta y sonrió.

—Nunca te has parecido tanto a padre como ahora —dijo en voz baja, procurando modular la voz para que sonara como un halago—. Él también olvidaba comer y renunciaba al sueño con tal de observar un progreso cuanto antes... Espero que tú al menos aprendas en algún momento que alimentarte y estudiar no son tareas excluyentes.

—No tengo hambre —se justificó enseguida, y se giró para retomar la tarea—. ¿Qué haces aquí?

No hubo causticidad en su tono. La suya había sido una mera expresión informal.

Isobel cuadró los hombros. Había hablado con Lenore cientos de veces antes para reprenderla, aconsejarla, interrogarla y hasta atacarla, pero sentía que el asunto que había ido a abordar era el más importante de todos.

Había llegado la hora de la verdad.

—He venido por si necesitabas algo. La visita que le prestaste a Edward de madrugada y nuestra discusión posterior me dejaron preocupada. Fui a buscarte a Hampstead a la tarde y el abuelo me informó de que pretendes dormir aquí un par de días. No me simpatizaba la idea de que estuvieras sola cuando no hará ni unas horas necesitabas la compañía de un ser querido, por lo que... —Hizo una pausa para secarse en la falda el sudor de las palmas. Hablar con Lenore no se le hacía más fácil por mucho que practicara —. Si estás de acuerdo, me gustaría quedarme contigo. Al menos esta noche.

—Como quieras —respondió con un brío sospechoso, restándole toda importancia. Isobel estaba familiarizada con ese nervio suyo. Era el que la poseía cuando tenía un objetivo en mente capaz de eclipsar todo lo demás, desde las necesidades básicas de un ser humano hasta el tiempo, el espacio y sus figurantes—. Pero te advierto que no voy a ser una compañía grata. Ahora mismo estoy enfrascada en un estudio que me urge concluir.

Obtenida ya la venia real, Isobel cruzó la estancia mirando a un lado y a otro con recelo.

Nunca había podido comprender la fascinación de su padre por un lugar tan desangelado, no se dijera ya la de una jovencita de diecinueve años. No solo desdeñaba la ciencia en sí, que al fin y al cabo le había arrebatado el cuidado y el afecto de su familia; también le costaba perdonarle a su hermana sus ambiciones masculinas.

Debería haber renunciado a ellas años atrás, en cuanto entró en edad casadera.

—¿De qué se trata? —preguntó, aun así.

Ante todo estaba allí para apoyar sus emprendimientos y recordarle que era amada sin condiciones. Para sustituir a su padre, en definitiva. Dios sabía que ella como individuo no se valía por sí misma lo suficiente para conmover o inspirar a Lenore.

—Estoy buscando la cura de una enfermedad —contestó con ambigüedad. Colocó la placa bajo el microscopio y echó una concienzuda ojeada a través de la lente—. Llevo las últimas diez horas vertiendo distintos antisépticos en el cultivo de la bacteria y no hay uno solo que haya surtido efecto. El bacilo resiste a la tintura de yodo, al nitrato de plata, al ácido bórico y carbólico... Incluso a un sublimado corrosivo con el que de ningún modo podríamos tratar a un paciente contagiado de la bacteria sin matarlo. Estoy pensando en...

—¿Rendirte?

Para mirar a su hermana, Lenore tuvo que hacer otro esfuerzo consciente para enfocar la vista. Isobel se ruborizó, avergonzada por haber delatado su falta de confianza. A la pequeña no le habría pasado desapercibida, perspicaz como era, pero no inició una discusión.

¿Para qué? Le era indiferente la visión que una ignorante como ella tuviera de su labor.

—En probar ácidos igual de letales, como el clorhídrico y sulfúrico —la corrigió sin acritud—, aunque solo sea para observar el comportamiento de la bacteria.

Isobel se tuvo que tragar su malestar para seguir fingiéndose

interesada.

Lenore no podía saber lo doloroso que era para ella verse una vez más rogando por la atención de alguien que no tenía ojos para nada que no fueran sus experimentos. Creía haber puesto fin a esta humillante dinámica tras despedir a su padre, pero tal parecía que Dios le había destinado un eterno papel pasivo.

Desconocía cuál era el propósito divino, si la exponía a situaciones homólogas porque quería que reforzara su tolerancia al sufrimiento o solo pretendía recordarle que no era ni sería nunca la prioridad de sus seres queridos. No era ni sería nunca nada.

—¿De qué enfermedad se trata? —se resignó a preguntar.

—Aún no tiene nombre. Seguro que papá se habría inventado un término latino con gancho.

Isobel forzó una sonrisa cariñosa. No le duró mucho, y tampoco tuvo sentido sostenerla en vista de que Lenore no le prestaba atención.

—En lo tocante a padre... —empezó con tiento—. O, más bien, a la discusión relacionada, quería disculparme contigo. Fui severa, incluso cruel, en un momento en el que tú necesitabas consuelo.

—No me pidas perdón. —Sonó sorprendentemente tranquila—. Fui yo quien te exigió una confesión, y eso fue lo que recibí. Agradezco tu sinceridad y solo lamento que tu percepción no coincida con la mía..., pero es legítima. Es tu verdad.

Isobel se quedó descolocada. No tanto porque Lenore hubiese asimilado sin dificultades un testimonio sobrecogedor sobre la persona que más había amado, aunque el hecho fuese de por sí asombroso. Era la vibrante energía que la envolvía, la serenidad con la que se expresaba, la fluidez de sus movimientos, en las que no había reparado hasta ese momento. Nunca había sido una muchacha timorata, pero ahora parecía que hubiera descifrado los más íntimos secretos de su cuerpo, liberándolo de las constricciones de la disciplina.

No la veía inquieta, como había temido después de encontrársela crispada y vulnerable la noche anterior. Estaba tranquila, y, lo que era más, había una luz y un brillo en su rostro que había achacado por error a la ilusión del estudio.

Porque no, una mujer no se volvía magnética de la noche a la mañana por obra de la ambición. Las obsesiones devastaban y enloquecían porque eran perseguidas desde la desesperación.

La paz de Lenore no era fruto de la lucha, pues, sino de la rendición.

Isobel dio un paso atrás, horrorizada, al comprender a qué se debía. Abría la boca para verbalizarlo, fuera en forma de acusación o de exclamación ahogada, y la volvía a cerrar temblando por la impresión.

Jamás lo lograría. El amor entre Lenore y Edward era para ella una cuestión tan personal que tendrían que matarla y abrirle el corazón en canal para adivinar su sentir al respecto.

Cuando Lenore alzó la barbilla, guiada por la intuición de que algo no marchaba bien, unos golpes a la puerta principal rompieron el silencio.

Un visitante las había salvado a ambas de mencionar un asunto peliagudo.

—Me imagino que el servicio sigue despedido salvo para las limpiezas puntuales —murmuró Isobel—. Yo me encargo.

Bajó las escaleras deprisa, el corazón martilleándole en el pecho y las lágrimas bloqueándole la garganta.

Para ser una mujer insatisfecha con su falta de imaginación, había dibujado la escena con riguroso detalle: Edward llegando de una jornada en comisaría con la ropa calada de agua, dejándola en cualquier parte con la urgencia de reencontrarse con su amante y besándola antes de desearle siquiera las buenas noches. Lenore habría correspondido su arrebatado impulso sin pudor, pues siendo una aventajada estudiante de anatomía no tenía sentido temer ni las manifestaciones físicas del amor ni que fuera a incurrir en un delito contra el honor femenino.

A ninguno de los dos le habría importado que no luciera un anillo de compromiso en el dedo, ni que fuera un escándalo inconcebible que una muchacha en edad casadera durmiera en la casa de un soltero. Todo se habría desarrollado con una naturalidad contraria al decoro, porque así era Lenore y él siempre había estado dispuesto a amarla como ella le pidiera que lo hiciese.

Isobel se alisó las arrugas inexistentes de la falda y se pasó las manos por la cara, nerviosa por la estampa que su cabeza se negaba a descartar. En su mente habitaba un inquilino que la odiaba y dedicaba sus días a maquinar formas de destruirla, y tarde o temprano lo conseguiría.

Sobrepasada, acabó deteniéndose en el corazón del recibidor. Se presionó los ojos con los cantos de las palmas para controlar un acceso de llanto. Pero el escalofrío que le recorrió la espalda, paralizándola de golpe, no surgió del dolor del despecho.

Isobel se tensó, alertada por un extraño y repentino presentimiento. En lugar de buscar lo que lo había causado, se puso cómoda en la emoción que se le ofrecía como alternativa a los celos. Pensó que solo así se calmaría, y no se equivocaba. El invitado seguía llamando a la puerta, cada vez con mayor impaciencia, pero ella había decidido dejarse mecer por el turbador consuelo que la había invadido. Era como si un dios de las nieves o la muerte en persona la hubiera abrazado por la espalda y le hubiese susurrado al oído que aquello no era importante. Tan poderosa fue la sensación que por un momento estuvo convencida de que tenía a alguien detrás, a un hombre con el talento de manejar los hilos de su subconsciente y poner orden al caos de su cabeza.

Pero cuando se apartó las manos del rostro y se giró guiada por una incomprensible fuerza magnética, confirmó que no había nadie.

Donde sí había alguien era al otro lado de la puerta, y allí se dirigió después de cuadrar los hombros.

No supo quién se quedó más sorprendido con el encuentro, si Percy o ella misma. Vestía todavía el chaqué con el que recibía a sus clientes en el despacho. Haría unos minutos desde que había terminado la jornada; se le veía cansado y muy agitado.

Se adelantó un paso para mirar por encima del hombro de Isobel.

—¿Por qué has abierto tú? ¿Dónde están los criados?

—Fueron relegados de su puesto en cuanto Lenore se mudó a Hampstead Heath. Por lo que sé, se presentan una vez por semana para limpiar la casa de arriba abajo.

El gesto de Percy se ensombreció.

—¿Quieres decir que estás sola?

—No. —Trató de sonar paciente, pero tenía los ánimos crispados —. Como te dije en mi misiva, he venido a hacerle compañía a Lenore.

—¿Y por qué demonios está Lenore aquí, y no con los Loxley?

Isobel practicó para sus adentros una respuesta conciliadora antes de hablar.

—Como te decía en la nota —recalcó de nuevo—, mi hermana no se encuentra en su momento óptimo. Echa de menos a padre y no le basta con visitar su tumba para sentirse cerca de él. De vez en cuando necesita venir a su casa, rodearse de sus pertenencias...

Percy sacudía la cabeza, pasmado.

—¿Cómo es que el barón permite estas excentricidades?

Incluso si Isobel estaba de acuerdo con él, odió el modo en que se pronunció al respecto.

—No se le puede prohibir a una huérfana que mantenga el contacto con sus raíces, con su infancia reciente, y mi abuelo sabe mejor que nadie que el luto es caprichoso. Forzar a una joven a procesar una pérdida conforme a criterios ajenos a los suyos es una crueldad.

Percy seguía negando con la cabeza, cada vez más incrédulo y nervioso.

—No entiendo por qué insistes en acoplarte a los estados de ánimo de tu hermana, sobre todo cuando ya sabes que corres el riesgo de que te arrastren a la indecencia. Eres una mujer prudente; de seguro sabes que esta obcecación suya por vivir sola, aunque sea dos días, se convertirá en un escándalo. Escándalo que, dicho sea de paso —añadió entre dientes—, nos afectará a ambos por relación directa.

—No pretendo quedarme a vivir con ella, Percy —intentó mediar —. Soy consciente de las que son mis responsabilidades conyugales. Pasaré aquí un par de noches, solo hasta haberme cerciorado de que Lenore está pasando por una fase del luto y no sufriendo algo peor.

Percy clavó en ella una mirada sombría.

—¿Un par de noches? ¿Vas a desatender tu casa y a tu marido así, sin más?

Isobel cerró la mano sobre el picaporte para desahogar un gemido

de frustración.

—Ahora mismo mi hermana me necesita.

—¡Yo te necesito! —rugió Percy—. He tenido una jornada de trabajo extenuante enfrentando problemas logísticos y a un par de clientes que no están satisfechos con nada, y cuál no ha sido mi sorpresa al llegar a casa, harto y furioso, y toparme con que mi esposa, con la que aún no he cumplido ni tres meses de casado, ha vuelto a escaparse para cuidar de su hermana adulta.

—Lo siento —dijo Isobel de corazón—. Yo tampoco contaba con que los acontecimientos siguieran este curso, Percy. No puedo darte detalles sobre el estado de Lenore, pues ante todo he de proteger su integridad y su honra, pero has de creerme cuando te digo que la situación es complicada y mi hermana no tiene a nadie más.

—¡Eso te ha hecho pensar ella con sus teatrillos de víctima! ¡El barón debería hacerse cargo de la neurastenia de la maldita Lenore, no tú!

El desdén que rezumaba el comentario colmó la paciencia de Isobel, que se irguió con todo el cuerpo en tensión y por primera vez lo enfrentó con una mirada gélida.

—Si no recuerdo mal, Percy, antes de aceptar tu propuesta matrimonial te informé de las que eran y siguen siendo mis prioridades innegociables. Mi hermana es una de ellas. Incluso si tuviera a la guardia real, al ejército inglés y a los héroes Hércules y Aquiles a su eterna disposición, yo seguiría dejando lo que me estuviese ocupando en el momento para ir a atenderla. Lamento que me desposaras creyendo que mentía, exageraba o que dichas prioridades cambiarían algún día, y siento también que esto se haya convertido en un motivo recurrente de disputa entre los dos, pero no seré yo quien dé el brazo a torcer. Neurasténica o no, víctima o no, teatral o no, Lenore estaba antes que tú y sigue y seguirá ostentando el mismo lugar después.

Percy la miraba con perplejidad, furiosamente ruborizado por el bochorno.

—¿No te da vergüenza admitir en voz alta que tu marido no es lo más importante?

—¿No te da vergüenza a ti venir a reclamar atención constante,

como un niño caprichoso? —contraatacó con desdén—. Soy tu esposa, no tu madre.

Isobel se habría pensado dos veces la osadía de replicarle si hubiera sabido cómo reaccionaría. No supo qué le dolió más, si la bofetada que le giró la cara o el hecho de que no hubiera dudado un segundo en ponerla en su sitio.

En lugar de acusar el ataque con una mirada de reproche, Isobel permaneció con la cabeza ladeada, así como el golpe se la había dejado.

Nunca se le habría ocurrido pensar que la violencia atraería un torrente de pensamientos. Siempre había creído que los cónyuges atacaban a sus mujeres precisamente para callarlas, para vaciarles la cabeza de absurdeces, pero su mente se puso a trabajar al límite de su capacidad.

Una idea destacó entre las demás: por más discusiones acaloradas que hubiese atestiguado entre sus padres o su abuelo y Theresa, ninguna había desembocado jamás en una muestra de temperamento.

—Si no estás en casa mañana a las siete, cuando empiece a prepararme para trabajar —le advirtió Percy con la voz temblorosa de rabia—, habrás de atenerte a las consecuencias. No soy un hombre al que puedas humillar a placer, Isobel. De cara al futuro harías bien en tenerlo presente.

A una parte de ella le habría gustado tener la última palabra y cerrarle la puerta en las narices. Por desgracia, Percy se marchó antes, subrayando así una autoridad que de todos modos ya había quedado clara.

Fue al ver su figura perderse calle abajo, donde le esperaba el carruaje, que cayó en la cuenta de que la habría abofeteado a la vista de todos si hubieran sido horas de trasiego.

Aunque ya no pudiera verla, Isobel asintió con la cabeza con docilidad. Se planteó entrar en silencio a por su bolso y tomar un coche de punto o el ómnibus para regresar de inmediato, pero nunca había visto a su marido fuera de sí y temía no saber cómo lidiar con él.

Más por miedo que porque se irguiera firme en sus

determinaciones, cerró la puerta de la casa muy despacio, como si la asustara ofenderlo más haciéndolo de golpe.

Luchó contra las lágrimas de vergüenza y el nudo en la garganta. Tenía que recomponerse antes de regresar con su hermana, si bien estaba segura de que Lenore no notaría su alteración como nunca notaba absolutamente nada.

—Deberías divorciarte —anunció la reina de Roma.

Isobel se llevó una mano al pecho, sobresaltada. La encontró de pie y más o menos recostada contra el barandal de la escalinata, con una botella de vino en una mano y dos vasos en la otra. Ya de lejos se apreciaba el brillo vengativo en sus ojos castaños.

Asombrada por la naturalidad con la que había sentenciado tamaña locura, Isobel soltó una carcajada. Esto la ayudó a liberar parte de la tensión y a acercarse a Lenore con fingida despreocupación.

—No digas sandeces, Noor. Nadie se divorcia por una estúpida bofetada.

—Entonces no es estúpida la bofetada, sino la mujer que no la tiene en consideración —atajó sin inmutarse—. Papá jamás le levantó la mano a mamá, y estoy segura de que el abuelo se la cortaría si alguna vez la usara para algo distinto a acariciar a Theresa.

Le sorprendió que ambas, siendo tan distintas como eran, hubieran llegado a la misma conclusión.

—Cada matrimonio es un mundo.

—Ninguno debería ser el mundo de las pesadillas.

—Oh, por favor... Basta. Percy no es malo —se apresuró a justificarlo—. Estaba nervioso, fatigado después de un largo día de trabajo, y yo lo he provocado con mis insolencias. Eso es todo.

—¿Entonces crees que te la merecías?

—Creo que nadie está libre de caer en un error. Ni siquiera los hombres más virtuosos.

Lenore se limitó a levantar las cejas. Un gesto tan sencillo le bastaba para transmitir ideas complejas y poner a cualquiera en su sitio. Isobel pensó con admiración que si su marido tuviera una expresividad parecida no habría necesitado castigarla con un

bofetón; con una mueca desdeñosa ya la habría enviado al infierno de la humillación.

La vio servir cuatro dedos de vino en una de las copas y bajar un par de escalones para tendérsela. Con el ofrecimiento pretendió suavizar el golpe de confesar:

—No me gusta ni me ha gustado nunca ese hombre. No es inteligente.

Isobel puso los ojos en blanco. Aceptó el vaso solo porque venía de su hermana.

—Hay delitos peores que no ser una lumbrera intelectual, Lenore.

—Ahí te equivocas. —La señaló con el dedo índice que había separado de su propia copa, ya servida—. La estupidez en todas sus formas es la única responsable de los horrores del mundo. A veces se viste de negligencia, a veces de ignorancia; a veces, como ha sido el caso, revela una falta total y absoluta de voluntad y amplitud de miras para comprender al prójimo.

Isobel se excusó en dar un sorbo al vino para no mirarla a los ojos.

—Es entendible que se sienta desplazado. Soy su mujer. Se casó conmigo para que le hiciera compañía, entre otras cosas.

Lenore bajó un peldaño más para quedar a su altura. A Isobel no le quedó otro remedio que enfrentarse a su semblante sombrío, si bien no halló el juicio que había temido.

Y si lo había, desde luego no estaba dirigido a ella.

—Tú no eres simplemente la esposa de un hombre. Eres una totalidad y, como tal, tienes no ya el derecho, sino la obligación de atender todos los deseos y sueños que plantee tu carácter. No cometas el error de simplificarte para encajar en los estrechos cánones de un tipo mediocre. Tú sí eres inteligente, Bells.

Ella bajó el vaso a la altura de la cintura para mirarla con seriedad.

—Respeta a mi marido, Lenore, o si solo puedes respetar mi inteligencia, entiende que mi elección fue un resultado de la misma.

—Pues yo creo que tu elección fue resultado de las prisas.

—No todas las mujeres tienen la suerte de poder aspirar a un hombre excepcional, ¿sabes? —le espetó atropelladamente—.

Criticar desde fuera y sin experiencia matrimonial es la mar de fácil, pero también injusto y grosero.

—Él lo pone muy fácil, sí —insistió sin dejarse amilanar—, pero no insistiré si te incomoda. Solo quiero que sepas que, si te plantearas el divorcio, yo te apoyaría y hasta acudiría al Tribunal de Causas Matrimoniales como testigo de violencia. La crueldad es un motivo válido para tramitar la separación, ¿sabes?

Dicho eso, bajó los peldaños y dobló hacia la izquierda para dirigirse, con toda seguridad, al despacho de su padre.

Isobel se quedó en el sitio un rato más con una mueca amarga.

Sabía que su hermana no mencionaba el divorcio a la ligera. La creía muy capaz de poner en marcha un procedimiento legal si ella hubiera estado en su lugar, además de lo bastante fuerte para afrontar las repercusiones sociales, económicas e incluso familiares, porque el primero en darle la espalda sería el barón Fellowes. Pero a Lenore no solo no le importaría vivir estigmatizada, sino que celebraría que el *beau monde*, al que tomaba por una suerte de infierno en la Tierra, olvidara convidarla a sus veladas.

Por desgracia, Isobel no podría soportar la maledicencia de quienes antaño habían sido compañeras de debut y fieles admiradores. No podría soportar el desdén, la soledad forzada; abrir los ojos, en definitiva, al hecho de que su valía y sus relaciones sociales habían dependido y dependerían siempre del éxito que tuviera en el mercado matrimonial.

Sacudió la cabeza, espantada porque las locuras de su hermana hicieran mella en su sano juicio. Pero no podía evitar sopesar con la necesaria solemnidad todo lo que Lenore le proponía. Lejos de descartar sus opiniones por razones de edad, inexperiencia o secuelas de la neurastenia, la escuchaba con más atención que a su propio marido, a sus amigas, al barón o incluso a los hombres de Dios. Lenore solo tenía diecinueve años, pero haber padecido la clase de dolor que enloquecía a los espíritus débiles le había configurado una forma de pensar increíblemente evolucionada, pues se fundaba sobre una sencilla premisa: nada en el mundo era inevitable salvo la muerte, y cuando ya no se temía la única experiencia radical, uno estaba por encima del bien y del mal.

Aun así, Isobel debía descartar sus sugerencias por el bien de su paz mental.

Si quería vivir tranquila, y por Dios que era lo único que había querido nunca, tendría que acatar desde la primera hasta la última regla.

CAPÍTULO 26

Isobel se reencontró con Lenore en la salita de uso personal del doctor Nightingale. La cazó terminando de poner en marcha el mecanismo del gramófono, que solo ella había tocado hasta la fecha. Al tratarse de una novedad, no habían podido adquirir más de cuatro discos: *Sempre libera* de *La Traviata*; un instrumental de piano; *La donna è mobile* de Verdi y la popular balada irlandesa *Kathleen Mavourneen*. Lenore se había decantado por *The Lost Chord* de Arthur Sullivan, para amenizar el rato.

Vigiló a su hermana desde un discreto segundo plano sin tenerlas todas consigo. No sabía qué la tenía más aturdida, si la tempestuosa visita de Percy o el asombroso hecho de que su hermana hubiera dejado el laboratorio para disfrutar de su compañía.

Tal parecía que el amor ablandaba todos los corazones sin excepción, incluso los que pertenecían a la ciencia.

—¿Quieres que te enseñe cómo utilizarlo? —le preguntó Lenore. Señalaba la criatura que era el gramófono con el dedo índice.

Allí dirigió Isobel su mirada desconfiada.

—Ya sabes que no tengo una opinión muy elevada sobre los cachivaches..., pero me fío de tu habilidad para ponerlo en funcionamiento.

—Si no aprendes por ti misma, ¿cómo escucharás a Verdi en casa cuando yo no esté aquí?

Isobel sonrió con extrañeza. Se reservó el comentario más sincero, que a su vez podría leerse como un desprecio a su infancia: «Esta no es mi casa desde hace tiempo, querida, y no habría vuelto a poner un pie de no haber sido por ti».

—¿Por qué no ibas a estar aquí?

Lenore solo se encogió de hombros con ese aire huraño que la

poseía a veces.

Isobel desvió la vista al veneno del vaso, que ya empezaba a hacerle efecto, y vació lo que quedaba de un trago. No le dio más importancia al comentario de su hermana. Al final, no quería oír la única respuesta posible: «Porque me casaré con Edward y me mudaré a mi propio hogar».

—Sinceramente, Noor, no creo que ninguna tecnología, por avanzada que sea, pueda llegar a igualar jamás el espectáculo de escuchar un cuarteto de cuerda, una soprano o una orquesta desde una butaca de la ópera.

—A veces uno no está de ánimo para calzarse las botas y enfilar a Covent Garden. O, dicho de otro modo, no le apetece lidiar con los aspectos no tan agradables de acudir a la ópera: alternar con damas y caballeros que salen de casa para disfrutar del cotilleo y no de la música. Cuando este es el caso, conviene tener a mano un... «cachivache» de estos —la citó en tono divertido. Levantó las cejas mientras se servía otros cuatro dedos de vino. Llenó también la copa de su hermana—. Así uno no se priva del gusto.

—Si no se está de ánimo para calzarse las botas, con más razón debería ponérselas —replicó, ceñuda. Cruzó el brazo que sujetaba el elixir sobre el otro en una pose informal—. Es cediendo constantemente al deseo de aislamiento como nace un solitario.

Agarrando la botella del cuello con la informalidad de un marinero borracho, Lenore se paseó por la estancia. Eligió el sillón preferido de su padre para derrumbarse como un puñado de escombros.

—La vida es demasiado breve para consagrarla a tareas que no satisfacen una voluntad del alma.

—La vida, como todo, exige una mínima disciplina; no va a ser todo una caótica sucesión de caprichos —corrigió—, y nadie en su sano juicio debería desaprovechar la oportunidad de escuchar una ópera de Verdi en un palco. ¿Cómo vas a comparar la acústica de Covent Garden con el ruido que sea que esté profiriendo ese cacharro?

Lenore le lanzó una mirada socarrona con los ojos entornados. «¡Ay, Bells! ¡Si fueras tan intransigente con algunas cuestiones como

lo eres con otras de menor envergadura...!», parecía decir, y ante esta apreciación velada ella se quedó indefensa.

—¿Por qué sonríes así, eh? —no pudo resistirse a inquirir, esperando provocarla para que soltara lo que estuviera pensando. Isobel evitaba la confrontación con todo el mundo menos con su hermana. Con ella quería la guerra abierta. Cualquier cosa menos un silencio preñado de insinuaciones—. ¿Te divierten mis protestas, o es que la música tiene ahora poderes sobre tu estado de ánimo?

—En absoluto. Ya sabes que carezco de la sensibilidad artística de mamá, y lo demuestra que a mí el disco me suene de maravilla... —Se distrajo un momento acariciando la boquilla del vino—. Solo me he acordado del doctor Winthrop y de su gusto por llamarme señorita Traviata. Apuesto a que él coincidiría contigo en que despreciar un viernes de ópera es un delito contra la cultura.

—¿El doctor Winthrop? —vaciló antes de ceder a la curiosidad, más por venganza que por interés. Si Lenore se creía en el derecho de opinar sobre su vida matrimonial, ¿por qué no devolverle el atrevimiento?—. No sabía que teníais una relación tan estrecha para consentir apelativos cariñosos.

—Yo no diría que sea un apelativo cariñoso, sino un insulto inteligente. Digamos que padre me legó, además de la casa bajo la condición del casamiento, algunas de sus enemistades.

—Ya veo. —Isobel se armó de valor dando un trago largo—. Supongo que Edward está al corriente de que frecuentas su compañía.

—Nadie ha dicho que frecuente su compañía.

—En alguna parte tendréis que coincidir para que se den las condiciones de insultaros con inteligencia, querida.

Lenore sacudió la cabeza con la sonrisa aún tonteando con sus labios. Alzó el vaso lleno en señal de brindis y se lo llevó a los labios. Miró a Isobel como un padre a una niña traviesa, molesto por su falta de discreción, pero inclinado a perdonarla.

—Así que eres tú la que le insinuó a Edward que podría estar enamorada de un misterioso caballero... —No esperó a que Isobel se defendiera y suspiró—. No te culpo ni te juzgo porque esa fuera tu deducción después de mandar a la criada a espiarme. Y supongo

que, muy en el fondo, no te equivocabas al exponer tus teorías —añadió con misterio—. Pero descuida; al menos a Edward le ha quedado claro que no tiene de qué preocuparse.

—¿Aclarasteis el asunto la noche que fuiste a verlo? —Meneó la cabeza en desacuerdo con su propia pregunta. No era eso lo que quería averiguar, por Dios. Espoleada por el alcohol y aterrada por la respuesta, se corrigió atropelladamente—: ¿Se puede saber qué te ha hecho? ¿Qué pasó ayer, que te ha puesto de un humor magnífico...? No, no es una cuestión de ánimo, sino de espíritu —se desdijo en voz baja—. Pareces otra mujer.

Lenore apoyó la mano en la mesita auxiliar junto al sillón. Allí desvió y mantuvo la vista mientras deslizaba los dedos por el borde en busca de una mota de polvo.

—Tomé algunas decisiones —contestó con ambigüedad.

—¿Por casualidad alguna de esas decisiones implica el matrimonio? Me extrañaría que Edward no hubiera pedido tu mano para tratar de mitigar el impacto social de tu visita, que, de llegar a conocerse en según qué círculos, te condenaría al ostracismo. Quiero pensar que es un hombre honorable.

Pero lo pronunció como si pensara todo lo contrario.

Lenore hizo una mueca elocuente, cargada de sorna, y volvió a beber.

Isobel la imitó instigada por los nervios.

—Es cierto —acabó confesando la menor—. De los dos, la desaprensiva y falta de escrúpulos es una humilde servidora, no él..., pero supongo que puedo ser increíblemente persuasiva. —Se encogió de hombros con sencillez y depositó la copa vacía sobre la mesa para acto seguido beber de la botella—. Por fin estoy de acuerdo con la Iglesia en que las mujeres heredamos el pecado original. Todas podemos sembrar el caos si sabemos cómo emplear las malas artes de la Eva seductora.

Isobel la observó con el corazón en un puño.

Ahí tenía su confirmación, pues. Fue dolorosa, pero también liberadora.

Quién le habría dicho que un hombre quedaría definitivamente fuera de su alcance al meterse en la cama con otra mujer y no

antes. Si esa hubiera sido su creencia de origen, habría tenido que renunciar a la fantasía de Edward Whishaw con bastante antelación, puesto que de seguro habría disfrutado de experiencias amatorias con profesionales del gremio. Pero una profesional del gremio no era el objeto de su obsesión.

Era obvio que en el preciso momento en que Edward besara a Lenore todo habría terminado.

Para Isobel y también para él.

Vació de un trago lo que restaba en la copa y le arrebató la botella para servirse más vino. En lugar de dejarla donde estaba, en el regazo de Lenore, se la llevó consigo hacia la pareja del sillón que ocupaba su hermana con aire reflexivo. No haber comido la hacía susceptible de embriagarse deprisa, como revelaba que le brillaran los ojos.

O quizá fuera el efecto de un recuerdo erótico.

Ella no era más inmune al adormecimiento del alcohol, del que no había abusado antes. Aparte, estaba desacostumbrada al vino puro. Lo tomaba rebajado con agua, y cuando se entregaba sin mesura por gusto, la mano de Percy aparecía casi por arte de magia y le retiraba la copa discretamente.

Se sentó en el brazo del asiento como si quisiera hacerse invisible. Perdió la mirada en un punto de la pared mientras se convencía de que nunca había cabido otro desenlace entre los dos enamorados.

¿Podía alguien lamentarse de que se hubiera cumplido un futuro ya escrito? E incluso si no hubiera estado escrito, ¿quién era ella para dolerse, si había sido en todo momento un elemento al margen de la pareja, jamás una rival o una alternativa realista?

Además, estaba casada. Eso anulaba cualquier esperanza de entrada.

Se resignó con una profunda inspiración y con el capítulo trece de los Hebreos: «Sean vuestras costumbres sin avaricia, contentos con lo que tenéis ahora».

—¿Lo amas? —le preguntó con voz queda.

Lenore tragó un sorbo de vino antes de mirarla de esa manera penetrante y pensativa, hasta cierto punto triste, que solo tenía ella.

—¿Qué es el amor? —suspiró al cabo de un rato.

—Oh, por Dios, ¿ahora vamos a departir sobre cuestiones metafísicas? —Isobel puso los ojos en blanco, envalentonada por la bebida—. ¿No crees que pretender ser científica y además filósofa es un exceso de pedantería?

—Yo nunca he pretendido ser nada —admitió con humildad, la vista perdida en el suelo—. Solo he luchado por encontrar el modo de que no dejemos de ser lo que ya somos. De no perdernos en el olvido. De no morir, aunque solo sea en un plano intelectual.

No se sorprendió con el giro drástico. El desvarío era el sello de su hermana.

—¿Y has descubierto algo en tu búsqueda?

—He averiguado que una forma de lograrlo es plasmar tu nombre en un invento, una cura o un hecho histórico que tenga ecos en la eternidad: Isaac Newton, Pasteur, Napoleón. El mundo seguirá hablando de ellos e indagará en los misterios de sus vidas dentro de doscientos años. Otra forma —añadió en un gesto de generosidad hacia Isobel— es engendrar hijos que nos sobrevivan y se interesen en estudiar nuestra memoria.

Era la primera vez que Lenore reconocía ante ella el valor del matrimonio. Lo interpretó como una disculpa por su entrometimiento.

—¿Edward te ha hecho cambiar de idea a ese respecto?

La pequeña continuaba embriagándose. Ahora entendía que no había pretendido disfrutar de su compañía, o no solo eso, sino anestesiar los sentidos. Esta necesidad no casaba con esa reconciliación con la humanidad y lo terrenal que Isobel había intuido en su vigorosa actitud, en su disposición a la chanza y el intercambio de confidencias.

La había creído cuando había hablado de «tomar algunas decisiones». Apostaba por que esas decisiones pretendían ahuyentar a sus propios demonios, y conociendo la determinación con la que Lenore daba cada paso al frente, de seguro estaría en excelentes términos con sus conclusiones. Pero empezaba a sospechar, también, que se trataba de decisiones terminantes y por eso mismo peligrosas.

Todavía no se había inventado nada que Isobel temiera más que la

firmeza obstinada de Lenore. Para tratarse de una mujer que renegaba de las rigideces sociales, su carácter era de un dogmatismo desmedido.

—Edward es un buen hombre y encontrará la felicidad con una mujer que le respete. Yo no soy dicha mujer —anunció con sencillez —. Lo amo, pero ese es un sentimiento que no estoy dispuesta a llevar a la práctica. Él no puede darme lo que quiero.

Isobel se quedó perpleja.

—¿Qué podrías querer que no pueda darte alguien que te ama? Ni siquiera el mundo es un límite infranqueable, porque no dudes que Edward te lo entregaría en bandeja de plata.

—No puede darme paz.

—¿Disculpa? —jadeó, al borde de la risa histérica—. ¡Como seguro que no se está en paz es amando sin ser correspondido!

Lenore meneaba la cabeza con pleno convencimiento.

—He observado que mi amor por Edward me enfrenta en lugar de reconciliarme con los peligros del mundo. Me hace dolorosamente consciente de que somos finitos, intrascendentes, de que nos perderemos y moriremos, y eso me carga de impotencia. El miedo me impide respirar. Y, al mismo tiempo, anula mis reservas. Cuando sucumbo a él, se me nubla la razón y empiezan a distraerme esas trivialidades que en el fondo detesto. Me absorbe de tal manera que no puedo centrarme en otra cosa. Desaparezco, me diluyo en su fuerza, ¿comprendes? Yo necesito un amor que me ayude a perdonar la imperfección, que me sensibilice a los milagros de la vida, que me conecte con mi insignificancia desde una perspectiva optimista; que sí, me recuerde que algún día moriré, pero subraye que por esa razón soy afortunada.

—No sé de qué estás hablando —reconoció Isobel, angustiada—, pero suena como si supieras dónde encontrar ese amor conciliador.

Lenore dejó correr un silencio terrible. Alargó el brazo hacia la botella y se sirvió de la boquilla. Desparramada en el sillón, despeinada, ojerosa y con los ojos vidriosos, tenía un aspecto del todo vulnerable.

Incluso se diría que había perdido el juicio.

—No quiero volver a amar nada ni a nadie condenado a muerte.

No puedo, Bells.

El corazón se le conmovió al escucharla, a sabiendas de dónde nacía aquel susurro penoso.

—Todos estamos condenados a morir, cariño.

—No todos. No todo.

—¿Te refieres a la ciencia?

—Y a todo lo que ella hace posible. El sol y la luna. Al *homo immortalis*.

—¿Al qué?

—¿Por qué no ha venido en mi busca, Bells? —preguntó de pronto con voz apenas audible. Isobel tuvo que inclinarse sobre ella para escucharla—. ¿Por qué no me ha matado aún?

—¿Cómo? —atinó a formular. Se le atragantó la duda, sobrecogida por la tristeza que había apagado a su hermana—. ¿Quién?

—Soy una amenaza para él —oyó que decía sin apartar la vista de la alfombra—. Esa noche debería haberme perseguido hasta los confines de la Tierra de haber sido necesario, porque su secreto podría poner el mundo del revés. Y, sin embargo, pasan las horas... y ni una sola noticia. ¿Tan seguro está de que no le traicionaré? —Apretó primero los labios, impotente, y luego el cuello de la botella —. ¿Tan predecible me cree? ¿O acaso soy tan inofensiva que ni se toma la molestia conmigo?

El temor le borró de un plumazo la borrachera a Isobel.

Se enderezó despacio. Estaba tratando con una Lenore en exceso vulnerable, y no convenía alertarla con movimientos bruscos.

Por experiencia sabía que la ingesta irresponsable de alcohol propiciaba toda suerte de delirios verborrágicos..., pero también desinhibía a quienes guardaban para sí revelaciones que podrían cambiar el curso de una vida. Eso bien lo sabía ella, que en su propio descontrol había estado muy cerca de confesar sus sentimientos.

—¿De quién estás hablando, Noor?

Lenore sonrió con tanta amargura que Isobel creyó conectar con su dolor. Levantó la botella para fingir que leía la etiqueta cuando solo buscaba una burda distracción para seguir reprimiendo las lágrimas que ya brillaban en sus ojos.

Isobel la había visto desvalida en infinidad de ocasiones, pero por los delirios febriles de la enfermedad, las pesadillas y el característico aturdimiento del láudano. La pena que sentía ahora era más terrenal y por ello descarnada, y no le costaba identificarse en este caso. A fin de cuentas, sabía lo que era el despecho.

—Pensaba que él correspondía mis sentimientos —sollozó con un hilo de voz. El corazón le dio un vuelco a la mayor al obtener su confirmación. No estaban hablando de Edward—. Qué imperdonable ingenuidad, ¿verdad? Creer por un solo segundo que una vulgar burguesa con ambiciones que le vienen grandes podría conmover a una criatura tan magnífica. Una criatura a la que nunca se le ha resistido ningún placer y que ha visto todo lo que hay... A cuántas mujeres no habrá intentado embrujar antes, y cuántas de ellas no habrán sido más astutas que yo. Seguro que al estar menos pagadas de sí mismas pudieron ver sus intenciones con claridad...

—¿Hablas del hombre al que visitabas por las noches? ¿Por el que te escapabas de madrugada?

—No es un hombre —replicó Lenore con el aliento entrecortado. Hasta una mención velada al caballero la afectaba profundamente. Isobel no podía ni imaginarse qué clase de pasión podía causar tales efectos, ni tampoco cómo era posible que su hermana Lenore, entre todas las personas, hubiera caído en sus redes—. Es un monstruo.

Isobel se asustó y se apresuró a arrodillarse ante ella.

—¿Te ha herido de algún modo? Por favor, Lenore, basta de acertijos. ¿Qué ocurre?

—Una suerte de divinidad y, a la vez, prueba fehaciente de los cursos de la brujería —murmuraba ella, como si estuviera recitando un conjuro—. Humano e inmortal. *Non mori*.

La cita poética le sonó familiar.

Los últimos segundos de vida de su padre.

Isobel había desestimado la advertencia del doctor, convencida de que había llegado a la fase final de su delirio. Del mismo modo descartó el desvarío de Lenore, mas no por esto dejó de preocuparse. El alcohol había activado el lado fantasioso de su hermana, con los peligros que eso entrañaba para alguien con tendencia a la melancolía.

Algo dentro de ella murió al reconocer un signo de demencia en la expresión de Lenore. Ya la había visto antes, una noche largos años atrás, cuando padre y primogénita tuvieron que pedir a voz en grito algo, lo que fuera, para inmovilizarla en la cama.

Isobel odió a su padre una vez más, y no por razones egoístas como pudiera haberlo hecho en el pasado. Él y solo él, llevando una de sus locuras hasta el final, había reactivado el trastorno de Lenore.

Pero no podía decírselo sin más. Eso solo desencadenaría un episodio aún peor.

—Has conocido al ser inmortal.

Lenore pestañeó hasta enfocar la vista en ella, como si solo a partir de ese momento la hubiera reconocido como una digna confidente.

—Sí... ¡Sí! Y es tan maravilloso como había imaginado. Pero también espeluznante —añadió atropellada. Se enderezó para sujetarla por los hombros, lo que provocó que la botella que había estado empinando cayera al suelo con estrépito y se rompiera en mil pedazos. Lenore ni se inmutó, e Isobel tampoco pudo reaccionar, espantada e hipnotizada a partes iguales con la lucidez de su mirada —. Él mató a padre y yo seré la siguiente.

Isobel cerró los ojos para asimilar la confesión. Tuvo que hacer acopio de todo su coraje para no romper a llorar de dolor y frustración allí mismo.

Nunca había dejado de temer que Lenore recayera en la infame enfermedad que se la robaba para llevársela a mundos misteriosos a los que ella nunca tendría acceso, ya fuera por falta de imaginación o por poseer una fortaleza de carácter incompatible con la enajenación. Pero jamás se le habría ocurrido pensar que el delirio regresaría tan pronto, ni que habría de enfrentarse a él sin ayuda de nadie.

Por primera vez desde su muerte, echó en falta al doctor Nightingale.

Uno de los muchos especialistas que vieron a Lenore en pleno episodio describió con rigurosa precisión los síntomas que advertían del progreso degenerativo. Uno de ellos era la convicción persistente de ser objeto de vigilancia y conspiraciones.

Hasta entonces Lenore no había padecido esa suerte de locura.

—¿Por qué dices eso? —insistió en preguntar ella. La voz le temblaba. No se creía lo bastante fuerte para oír lo que tuviera que decir, ni siquiera para mirarla mientras desarrollaba su delirante fantasía—. ¿Por qué crees que... te quiere matar?

Al levantarse, Lenore pisó los cristales rotos de la botella con las botas. Se paseó por la habitación apartándose los mechones sueltos del moño con movimientos impacientes.

—Porque he descubierto su secreto y ahora lo estoy compartiendo contigo.

Con tal de no enfrentarse a la mirada alucinada de Lenore, Isobel procedió a recoger los pedazos de la botella y depositarlos en el regazo de la falda. Se le ocurrió que había obrado bien al enfrentarse a Percy. De lo contrario, solo Dios sabía dónde y cómo habría acabado Lenore esa noche.

No habría necesitado el vino para sucumbir a desvaríos.

—¿Y no me pone en peligro que me hagas cómplice de la... existencia y los crímenes de una criatura tan poderosa?

Lenore dejó de dar vueltas por la estancia y la miró con expresión neutra.

—Tienes razón. Su existencia es un peso con el que he de cargar sola. Así lo determinó él mediante el ritual de lealtad, sellado por el beso de la muerte... —balbuceaba con la mente en otra parte. En un recuerdo, quizá—. ¿Por qué no enfermé, si sus fluidos son letales? Mi corazón anhela creer que él mismo lo impidió haciendo uso de su magia, esa magia que no puedo entender aún... Pero debió ser casualidad que su veneno no me afectara.

Isobel escuchaba absolutamente espantada, sin atreverse a darse la vuelta. A fin de disimular su turbación, se entretuvo dejando los cristales sobre la mesa más cercana y desempeñando las tareas de un criado. Retiró la alfombra que había absorbido el vino para comprobar si también había humedecido la madera. Para ello tuvo que empujar primero el sillón hacia atrás.

Debajo no se topó con el noble entarimado que cubría todo el estudio, sino con una trampilla de metal forrado por la que se accedía a un sótano tirando de una anilla empotrada.

Isobel buscó las explicaciones de Lenore mirando por encima del hombro. A juzgar por su asombro —se había asomado para advertir simultáneamente el descubrimiento—, tampoco lo había visto antes.

—Una trampilla —murmuró, maravillada.

—¿No sabías de su existencia? —preguntó Isobel, ceñuda, y sin un ápice de acritud añadió—: Pensaba que padre te tenía al corriente de cada uno de sus pasos. Si no te informó al respecto, debe de ser porque lo habilitó como almacén, o...

Lenore posó una mano amable pero firme en el hombro de Isobel para instarla a apartarse. Con una seguridad inusual en una mujer que había consumido media botella de vino, tiró de la anilla con fuerza. El metal engrasado apenas chirrió en el proceso de adoptar una cómoda posición vertical.

Las escaleras estaban sin pulir, señal de que tampoco el servicio había oído hablar del sótano.

Isobel se estremeció, intimidada con la idea de que su padre escondiera secretos que convenía ocultar en las entrañas de una casa. Lenore no pensaba lo mismo, como comprobó al echarle una mirada vacilante: la ilusión de acercarse a su adorado referente a través de un nuevo descubrimiento le había iluminado el semblante.

Ni corta ni perezosa, y desatendiendo las protestas de la hermana mayor, Lenore se agarró las faldas con una mano y con la otra procuró mantener el equilibrio en tanto que bajaba los primeros peldaños.

—¡Noor! ¡Detente! ¡No estás en condiciones de hacer funambulismo!

—Si tanto temes que me resbale y me desnuque, acompáñame —la retó.

—Y así seremos dos desnucadas, ¿no?

La risa desinflada de Lenore le llegó como un eco lejano.

Había sido rápida descendiendo las escaleras.

Por alguna razón, le dio más miedo quedarse allí arriba, sola en una casa gobernada por el fantasma del doctor Nightingale, que adentrarse en el misterio.

Tragó saliva, murmuró una oración y se dispuso a seguirla.

Conforme iba bajando, más la sobrecogía la hondura de la

madriguera. No era tanto un sótano como un submarino, pero si se quedó sin respiración al aterrizar de un salto nervioso, no fue porque no corriera el aire en la habitación.

—Santo Dios —se le escapó—. ¿Qué es este lugar?

Lenore había reaccionado de manera similar. Ni siquiera ella tenía una dedicación tan ciega por la ciencia: nada más poner un pie entre las cuatro paredes caladas de humedad, había sabido diferenciar entre el ambicioso pero también respetable afán investigador y una obsesión.

El laboratorio del doctor Nightingale podía servir a los propósitos de la primera categoría. El sótano, en cambio, impresionaba por los límites que había cruzado.

En las baldas de madera, carcomidas por el moho, reposaban distintos frascos de sangre, la mayoría coagulada, y otras muestras conservadas aún frescas por Dios sabía qué razón. Colgados de la pared brillaban los aceros de los instrumentos de tortura más impresionantes que Isobel hubiera visto jamás. Reconoció un hacha pequeña, punzones y destornilladores de haber observado con curiosidad la dedicación de los carpinteros en su recién estrenada mansión, pero no así otros utensilios como ganchos de carne, poleas y una prensa de banco. Además de las herramientas del ebanista, había también utensilios de carnicería, simbología religiosa y, por supuesto, equipo quirúrgico.

Con gusto habría resuelto que el doctor Nightingale, además de médico, era un entusiasta del oficio de la madera y se entregaba a él a espaldas de la familia. Pero en el aire viciado flotaba un olor a óxido y a perversión que ponía el vello de punta.

Por más que se devanó los sesos paseándose a distancia prudencial por el circuito circular que la mesa central obligaba a recorrer, Isobel no entendió la relación entre un crucifijo de plata, un escalpelo, varios tornillos para huesos, estacas de madera y cubos de agua.

Debían de haberse empleado para los mismos fines.

—¿Lenore? —la llamó en tono interrogativo, confiándose por primera vez a sus habilidades deductivas.

Su hermana no contestó ni enseguida ni transcurridos cinco tensos

minutos.

Ella no había temido acercarse a palpar lo que captaba su atención. Fue quien descubrió que en el brasero aún quedaban cenizas de un antiguo fuego, con seguridad el último que prendió el doctor. No salió de su estupefacción hasta que rozó con los dedos el cuero de unas correas que había olvidado sobre la mesa de madera.

Lenore tragó saliva con dificultad y apartó la mano de inmediato, como si los cinturones le hubieran producido una descarga.

—Vámonos de aquí, por favor —pidió la hermana mayor—. Estoy segura de que padre lo usaba como taller para arreglar la cojera de una silla, o...

Su voz se fue apagando.

Nunca había sido una buena mentirosa y sí un alma perceptiva. No hacía falta conocer a Lenore tan bien como ella la conocía para saber que la visión de las correas, así como otros instrumentos de tortura reconocibles, la habían turbado profundamente. Aquellos eran los cinturones que su padre, inspirado por las prácticas de los sanatorios mentales, empleó más de una vez para evitar que Lenore se hiciera daño a sí misma.

—Noor... —insistió, y la tomó de la mano para que detuviera su inspección.

La benjamina alzó la vista hacia Isobel, pero antes captó su interés un cuaderno olvidado sobre la balda inferior de la mesa. A la mayor no le quedó más remedio que soltarla y dejarla volar, asustada pero decidida, hacia lo que solo podía ser un testimonio escrito de sus actividades.

Isobel se asomó por encima de su hombro para leer las páginas que Lenore empezó a pasar con dedos temblorosos. No era para menos. Solo algunos de los fragmentos que atinó a leer resultaban escalofriantes, y por si acaso uno carecía de imaginación para reconstruir las escenas de terror, el doctor Nightingale había acompañado sus anotaciones de dibujos explícitos.

Los conocimientos médicos de Isobel eran muy reducidos, por no decir nulos, pero las imágenes impresionarían más a una mujer sensible que a un doctor experto. Mostraban la cabeza abierta de un individuo atravesada por una serie de agujas y, encima, la detallada

descripción de la perforación del cráneo, trepanador mediante, de un hombre consciente.

Había dibujos muy conseguidos de amputaciones y del aspecto de un hueso fracturado.

Gulliver había documentado a diario sus avances bajo un título llamativo: «Estudio de un milagro».

«Día 1: prueba de calor. El metal al rojo vivo y el goteo de cera producen quemaduras de tercer grado en la piel, pero el sujeto no se inmuta.»

«Día 2: asfixia simulada. Descubro que el sujeto no respira. Puede soportar horas y horas con la cabeza sumergida en un cubo de agua.»

«Día 3: sensibilidad de los tejidos. Ni la presión en puntos sensibles, ni la perforación de tejido blando, ni siquiera atornillar huesos, le afecta físicamente, pero empiezo a observar cambios en su estado de ánimo. La criatura puede sentir dolor emocional. En este caso, experimenta humillación y rabia. No obstante, la tortura la debilita y no puede defenderse.»

«Día 4: autopsia. Todos sus órganos presentan el estado esperable de un finado. Corazón flácido y sin pulso, pero sin signos de necrosis o descomposición. Me ha sorprendido el color, del mismo rojo purpúreo que su sangre. Tiene los pulmones colapsados, los riñones secos y calcificados. Lo más interesante, los intestinos, de donde he extraído una muestra de sangre no digerida.»

«Día 5: hoy es un día de celebración. Misterio resuelto. La clave de la preservación del sujeto *non mori* es la sangre humana. Cuando se alimenta, vuelve a la vida. El color regresa a sus mejillas, su corazón vuelve a latir y respira. He reproducido todos los experimentos que hasta el momento no habían dado resultado y en esta ocasión ha sufrido. He tenido que amordazarlo para que no se oyeran sus alaridos. También he debido atarlo: adquiere una fuerza sobrehumana mientras la sangre permanece en su sistema. Este estado de vitalidad dura entre una y tres horas, es decir, lo que demora en digerir —desde que entra en el estómago hasta que llega a los intestinos— y metabolizar sus componentes. Mi teoría es la siguiente: el *homo immortalis* no es en realidad inmortal, pues es

susceptible a la muerte durante las tres horas que regresa a la vida.»

Decenas de preguntas asaltaron a Isobel. Intentó llamar la atención de Lenore en busca de una explicación. Fue en vano. Su hermana estaba fuera de sí. Le temblaban tanto las manos que no podría haber seguido pasando las páginas del cuaderno, y aunque hubiera logrado tal hazaña, los ojos cuajados de lágrimas le habrían impedido leer los textos.

Nunca había visto a nadie llorar en silencio, sin darse cuenta de su propia conmoción. Las suyas eran lágrimas de horror, de espanto, pero no percibió en ella la incredulidad que merecía un descubrimiento semejante.

Le habría gustado pensar que aquello era una broma macabra del doctor Nightingale, quien les había reservado una última aventura para que le recordaran cuando su ausencia se tornara insoportable. Pero Isobel, aun siendo de nacimiento una escéptica pertinaz, comprendió que nada de lo que estaba viendo formaba parte de un teatrillo.

Solo la verdad, la verdad sin florituras, podía resultar tan escalofriante.

Recordó la sonrisa de éxtasis de la difunta Jane Mansfield y su cuerpo vaciado de sangre. Recordó las palabras que su padre pronunció en el lecho de muerte. Recordó las divagaciones posteriores de Lenore.

El miedo la embargó como nunca, enfriándola y paralizándola hasta tal punto que supo que no volvería a conciliar el sueño con la tranquilidad de estar a salvo.

Pero Lenore siempre había sido demasiado temeraria para dejarse consumir por el temor. Cerró el cuaderno despacio, tratándolo con la reverencia que merecía un documento con semejante valor, y se lo colocó entre el brazo y el costado para desandar el camino hacia las escaleras.

—¿A dónde vas? —atinó a articular Isobel, aún petrificada en la habitación de los horrores. Alargó la mano para agarrarla del hombro del vestido, pero la pequeña fue más rápida. Ya estaba subiendo cuando, llevada por la desesperación, gritó—: ¡Lenore! ¡Contéstame!

Ella interrumpió la subida un instante para lanzarle una mirada asombrosamente sabia, como si en solo un momento hubiera adquirido todo el conocimiento que le faltaba para estar en paz.

—No tengas miedo, Bells —le dijo con serenidad. Isobel se quedó de una pieza ante el hecho de que hubiera leído en su alma lo que en realidad la estaba preocupando—. Nadie va a hacerme daño.

CAPÍTULO 27

Lenore se enfrentó a un curioso fenómeno neurológico: por lo visto era posible tener la mente en blanco, intervenida por una tiránica determinación a no sucumbir a dudas y temores, y al mismo tiempo colonizada por las imágenes crueles que le sugería el cuaderno de su padre.

En los cuarenta minutos que el carruaje demoró en llegar a Hampstead Heath, Lenore leyó deprisa y luego con detenimiento lo que ya se le había quedado grabado en la memoria con el primer repaso. Solo hacía pausas entre párrafos y dibujos para secarse de un manotazo las lágrimas de espanto.

Siempre había sabido que para el doctor Nightingale lo más importante en el mundo era la ciencia y que en su nombre estaba dispuesto a llevar a cabo toda clase de sacrificios personales. Jamás se le habría ocurrido pensar que también propiciaría sacrificios ajenos, llegando a vulnerar límites humanos con el riesgo que existía de poner en peligro su propia alma.

Lenore leía con la ingenua convicción de coincidir tarde o temprano con un fragmento en el que su padre juraba sufrir remordimientos por sus excesos, más característicos de los castigos de la santa Inquisición que de un investigador experimental. Pero Gulliver no solo no había revisado sus estudios para dotarlos de una necesaria perspectiva moral, sino que juzgando por el detalle con el que describía el aspecto de las vísceras, incisiones y reacciones físicas de Dariy, había disfrutado aplicando su implacable criterio.

Para cuando quedaban veinte minutos de camino, Lenore había sucumbido a un llanto amargo y desconsolado.

Sobre cualquier otra emoción, no obstante, prevalecía la incredulidad.

Sabía que el amor cegaba, pero ¿tanto como para ignorar que su referente, su padre, su héroe, poseía un lado perverso? Intentaba ser razonable y piadosa consigo al contestarse la pregunta, y no pecaba de indulgente al aducir que todo el mundo sin excepción era capaz de hacer el mal. Pero en este caso específico, que involucraba el modo de tratar a otra criatura, era tan fácil adherirse a la rectitud que no conseguía justificarlo.

Recordó su conversación con Isobel, su conversación con Edward; las apreciaciones sarcásticas pero no desacertadas de Reuben Winthrop acerca de las motivaciones de su padre.

Lenore apartó la vista del documento que la estaba torturando y miró por la ventanilla empañada por el calor de la berlina.

Era una joven perspicaz, por Dios santo. ¿Cómo podía habérsele escapado un secreto de semejante envergadura? Todo el mundo, incluida ella, coincidía en que el doctor perseguía el saber y el reconocimiento a toda costa. Pero solo ahora Lenore se estremecía comprendiendo las implicaciones de que su padre nunca la hubiera querido tanto como cuando estaba enferma. Había creído que eso se había debido a la compasión, ya que en toda manifestación de piedad había afecto sincero. Pero si bien apenas recordaba a ráfagas aquel período de melancolía, sabía muy bien que quienes la habían tomado de la mano habían sido Isobel, la criada Thea y Edward.

Gulliver enviaba cartas a los expertos —firmadas con otro nombre para que nunca asociaran su consulta a la respetable familia Nightingale— y hacía viajes innecesariamente largos para entrevistarse con otros médicos. Recababa información con el objeto de curarla, eso era cierto, pero su enfermedad le había proporcionado la excusa perfecta para conocer al fin a sus referentes y la había aprovechado. Había desaparecido durante semanas, en una ocasión hasta un mes entero, sin preocuparse del riesgo que existía de que cuando volviera Lenore ya no estuviese allí. En él nunca había visto la urgencia de Isobel por regresar lo antes posible de sus quehaceres, despachar a las visitas y pedir que le sirvieran la comida en el dormitorio de la doliente para retomar la guardia espartana que se prorrogaría hasta el amanecer.

Su hermana tenía prisa por adelantarse a sus pulsiones de

muerte. Eso y nada más la había salvado.

Cuando bajó del carruaje, Lenore estaba enmudecida. Pero había vuelto a Hampstead Heath con la esperanza de una confrontación. Se plantó ante la mansión gótica con el propósito de no salir de allí hasta haber despejado las dudas que estaba en manos de Dariy resolver.

En ningún momento pretendió entretener cordialidades. Aporreó la puerta principal una, dos, tres veces. Nadie le abrió. Bien podría no estar allí. Era la una de la madrugada y el hambre podría haberlo movilizado hasta el East End.

Ocultó el cuaderno entre los arbustos que bordeaban la mansión y se dirigió con paso ligero al lateral del edificio. Alzó la vista hacia uno de los pocos ventanales no tapiados, en concreto el que sospechaba que daría al dormitorio. Ni corta ni perezosa, colocó el pie en la primera piedra irregular que vio sobresalir. Las plantas trepadoras y la oscuridad le dificultaron el proceso de escalada, pero solo tuvo que vigilar dónde ponía las manos hasta tres veces. Habría lamentado no haberse atiborrado los bolsillos de piedras para romper el cristal si no hubiese encontrado la ventana abierta.

Momentos más tarde estaba confirmando su hipótesis. En efecto, había invadido el dormitorio de Dariy Vranitsky, quien, para su inmensa suerte, no parecía estar por la labor de emprender una aventura nocturna. Lo encontró tendido boca arriba en el centro de la cama de cuatro postes. Quizá con el fin de mirar por la ventana había recogido los doseles de terciopelo azul medianoche para que no se interpusieran en su visión de la luna.

Al menos no se interpusieron en la visión de Lenore, que lo contempló desde el otro lado.

Por un segundo perdió la noción del tiempo y el espacio, como siempre que se reencontraba con la criatura cuya existencia desmentía todos los preceptos de la ciencia.

—Me has mentido —lo acusó en cuanto plantó los pies en el suelo.

Él tardó en devolverle la mirada. No por el cansancio del hambre, sino porque ya estaba borracho de savia humana. Lenore lo supo en cuanto hizo contacto visual con los ojos alucinados de un resucitado. Como había sospechado nada más apreciar el calor concentrado en

la habitación, alimentarse le había devuelto a la vida. Esto no le había devuelto asimismo el impulso de aprovecharla, sin embargo. Seguía —y todo apuntaba a que seguiría— tendido entre las sábanas como un príncipe agonizante.

Desde su posición le era imposible mirarla con intencionalidad. El estado febril le entornaba los párpados, confiriéndole un aire demoledoramente atractivo.

—¿No eras tú la que defendía la condición de los depredadores? —inquirió en tono somnoliento. La ronquera de la voz estremeció a Lenore. No se resistió a la fuerza de atracción y avanzó unos pasos con cautela—. ¿Acaso no has aprendido después de tanta lectura que el mal llamado vampiro, antes incluso que animal, es un pecador... y, por ende, un mentiroso?

—¿Solo porque seas un pobre pecador por definición debería disculparte el engaño?

—¿Y por qué no? ¿No es mentir una violación de los mandamientos cristianos? ¿Y no soy yo el anticristo?

Soltó una sola carcajada, orgulloso de su broma macabra.

—Anticristo o no, lo que de seguro no has sido es el asesino de mi padre —contraatacó con entereza, impelida a defenderlo de sí mismo—. ¿O vas a negármelo solo para regocijarte en el estereotipo de tu maldad?

Él fingió pensarlo mientras se acariciaba el pecho que la bata dejaba al desnudo.

—Si la alternativa es proclamarme inocente para que la señorita Nightingale pueda seguir adorándome sin morir de remordimientos, sí, me acogeré a la negación.

—¡Basta de juegos absurdos! —le espetó Lenore con los puños crispados—. ¡No pudiste matar a mi padre como has matado a Jane, al señor Paulson o al doctor Barnes porque él no murió desangrado, sino que agonizó de enfermedad en una cama! Ponte en pie y enfréntame como Dios manda. ¿A dónde te conducen las medias verdades, Dariy?

Cuando se incorporó con nada puesto salvo el batín de seda abierto y un pantalón sin ceñir, su expresión era un misterio. No tuvo manera de saber si se había dado por escarmentado o si estaba

dispuesto a conversar con tal de despedirla lo antes posible. Al menos sus ojos despiertos delataban que no mentía al despreciarla por su entrometimiento: Dariy se plantó ante ella con los labios curvados en un rictus despectivo, orgulloso de la diferencia de altura que le permitía intimidarla... O al menos intentarlo.

—Al cálido refugio de la soledad, donde tu ingenua e insistente determinación a convertirme en un héroe no podrá forzarme a asumir roles que ni deseo ni me corresponden.

Lenore soltó una fría risotada y se cruzó de brazos, postura obligada en las que eran las circunstancias. La proximidad de Dariy y el calor humano que irradiaba su piel conectaban las fibras remotas de su ser con deseos prohibidos.

Era un asesino con quien estaba tratando. Debía ser cautelosa.

—Nadie describiría como cálida la condena de estar solo. Ni siquiera tú, o de lo contrario no te habrías dedicado a jugar conmigo durante todo este tiempo para luego intentar ponerme a salvo. ¿O vas a negar que la otra noche querías asustarme porque a tu manera torpe y siniestra te preocupa que mi propia fascinación pueda perjudicarme, porque sabes que yo no pondré fin a esta locura?

Dariy esbozó una sonrisa condescendiente.

—Veo que no me equivocaba. En el fondo no te atrae la muerte; te pierde el romanticismo. Eres como todas las mujeres que he conocido a lo largo de los siglos, *urechiușă*. Nada más que un monstruo sediento de afecto que hará cualquier cosa, engañarse y anularse incluso, para que no le arrebaten su ilusión de amor.

—No lo negaré —le sorprendió respondiendo ella con firmeza—, con la puntualización de que el amor que me pierde y me ciega es el filial. Si no hubiera amado a mi padre y no hubiera deseado fervientemente su aprobación, quizá nunca habría descubierto el fascinante mundo de la medicina. Tampoco estaría aquí ahora, como he estado siguiendo las huellas de tus pasos, sin el motor que es el afecto hacia él.

—¿Quieres decir que has venido para vengarte de su asesinato o vas a sostener hasta el final que su contagio fue obra del Supremo y yo no estuve implicado en modo alguno?

—He venido para hacer justicia. Sé que te sometió a torturas inimaginables. No, no son inimaginables —se corrigió, sacudiendo la cabeza—, puesto que las he leído y sentido en mis carnes. El único modo que tu cuerpo tenía de defenderse era contaminándolo con sus fluidos y por eso enfermó. Se expuso por voluntad propia a sustancias tóxicas. La falta de cautela lo mató.

—¿De qué torturas hablas? —Sonrió con desdén. La cogió de la muñeca y se puso su pequeño puño sobre el pecho—. Apuñálame ahora, en este instante, y observa por ti misma que ni siquiera parpadeo.

—Ahora no solo podría hacerte daño, sino que podría matarte, porque ahora estás vivo. —La sonrisa de Dariy se tambaleó—. Mi padre dejó por escrito todas y cada una de sus observaciones. Las he leído con detenimiento. Durante las tres horas que tu organismo demora en metabolizar el alimento, eres candidato a morir como todos los demás, igual que eres susceptible a una herida. —Tragó saliva antes de abrir la mano que él había soltado por efecto de la sorpresa. Vacilante, deslizó los dedos por la afilada pendiente de su mandíbula sin apartar la vista de él—. Quizá también a una caricia.

Dariy juntó los labios en un rictus serio.

—Has resuelto uno de los misterios que te atormentaban, Lenore Nightingale, pero ¿cómo vas a justificar que tratara de matarte? Y, lo que es más... —redujo al fin el espacio que los separaba y la tomó de la barbilla. Su contacto no fue suave u obra de un sueño delirante; fue violento y terrenal porque, de nuevo, *estaba vivo*—, ¿cómo vas a perdonarlo?

Lenore lo desestabilizó con una sonrisa franca.

—En el momento en que me comprometí a seguir la pista del *homo immortalis*, firmé un pacto de permanencia solo temporal con el mundo. Mi sentencia de muerte, si lo prefieres, pues ese acuerdo tocaría a su fin una vez zanjara el descubrimiento de una vida. De mi vida. Me bastó con mirar a los ojos a mi padre mientras hablaba de ti y del estudio que marcaría su carrera para saber que no podría hacer nada más importante ni más valioso después de conocerte.

Horrorizado por su insinuación, Dariy dio un paso atrás.

—¿De qué diablos estás hablando?

—Estoy en paz sabiendo que he gozado del amor de una madre, de un padre; que he crecido entre juegos infantiles, orgullosa de tener una hermana y un amigo. He nutrido mi mente y mi espíritu estudiando, conociendo mi entorno, y ahora estoy experimentando la gloriosa satisfacción de cerrar un caso. Incluso si hubiera enfermado con tu beso, habría tenido que agradecértelo. —Extendió los brazos con humildad—. Desde que conocí la muerte hace ya ocho años, no he querido otra cosa que volver a verla..., pero porque esta vez hubiera decidido visitarme a mí y solo a mí. Y sé que tú me entiendes mejor que nadie, Dariy. Tú sabes que una retirada a tiempo es una victoria, y que cuando se han vivido ciertas alegrías, lo sabio es irse a descansar, no dedicar una eternidad a recordarlas con nostalgia.

Él la había estado mirando con la respiración suspendida.

—¿Quién es la mentirosa ahora? —murmuró al cabo de un rato—. El otro día me reprendías por perseguir la cura de mi inmortalidad y hoy defiendes que morir joven no solo es tu derecho, sino tu gran aspiración. Cuánta hipocresía.

Lenore sacudió la cabeza con dulzura, como si hablara con un niño ingenuo.

—Tu muerte se me sigue antojando un crimen porque desafía el curso natural de tu existencia, que es infinita. Yo moriré algún día de todos modos; qué importa si es hoy por tu mano, mañana por la mía o dentro de quince años por una tuberculosis fulminante. Yo no soy nada, y tú... —La emoción le entrecortó la voz—. Tú lo representas todo. Eres la vida y la muerte. La belleza. La noche. Eres todo lo inescrutable, como la piedra de luna. No quiero, no puedo y no voy a verte morir..., así que no, no he venido a consumar ninguna venganza, y tú tampoco vas a hacerte daño porque, si hubieras querido morir, ya lo habrías hecho. Sabes cuándo y cómo es posible. En eso también me has mentido.

El silencio de Dariy estuvo cargado de rabia. Ella lo vio con sus propios ojos: quería destruir su deseo de perdonarlo y entregarse a la muerte, que entendía inhumano. Quería quitarle las ideas enfermizas de la cabeza, aunque el precio fuera que regresara el

deseo de matarlo, mucho más razonable y por ello alineado con la supervivencia.

Lo intentó subrayando su delito.

—Sigo siendo responsable de la muerte del doctor Nightingale.

—Mi padre murió por amor y fidelidad a su vocación. Eso yo puedo entenderlo mejor que nadie. Lo que me gustaría saber —inspiró hondo, intentando mantener a raya la emoción que se le desbordaba— es cómo se perdona el crimen de un hombre que ha muerto y que nunca se responsabilizará de su delito. Te hizo daño —musitó, y buscó su mirada, avergonzada, para transmitirle una disculpa—, y eso sí que no logro comprenderlo. Él desentrañó los secretos de tu condición, pero nunca te admiró por lo que representabas, o de lo contrario nunca te habría herido. Lo siento... —agachó la cabeza hacia las cicatrices de su pecho—, si es que de algo te sirve mi mortificación. Entiendo y acepto mi destino, que no es otro que pagar por sus afrentas con mi sacrificio.

Dariy se rio en voz baja con una mezcla de ira e incredulidad.

—Tu sacrificio —repitió—. Tratar de matarte fue el único engaño que llevé a cabo, y a quien pretendí engañar no fue a ti, sino a mí mismo.

Lenore lo miró a los ojos.

—Entonces encárgate de mí por mera compasión. Algún día la policía descubrirá que eres el responsable de los crímenes, Dariy, y yo no querré ver lo que hará contigo. Necesito amar algo que la muerte no puede tocar, a alguien que recordará a mi padre para siempre, y si desapareces antes que yo..., estaré condenada para siempre. No podría soportarlo.

Dariy la interrumpió sujetándola por las sienes.

—Escúchame bien, mujer tozuda —le rugió con vehemencia—. Tu vida será muy larga y satisfactoria, ¿me oyes? Te casarás, engendrarás hijos, ampliarás tus estudios y serás feliz junto a un hombre que te entenderá, te respetará y te amará tanto como tú lo entenderás, respetarás y amarás a él. Lo sé porque lo he visto. Ni yo ni nadie osará intervenir en este futuro que ya se está gestando, y si alguien lo intentara lo aplastaría con mis propias manos.

Lenore pestañeó deprisa, sorprendida y halagada por su arrebato

pasional.

—¿Y qué garantía tengo de que la vida conseguirá sorprenderme a pesar de toda esa mediocridad que has descrito?

—Un día no muy lejano dejarás de buscar aventuras solitarias y comprenderás que en el arraigo voluntario a lo amado reside la verdadera felicidad. Pero si no me crees e insistes en que lo único que puede inspirarte a vivir es la promesa de un milagro, heme aquí. Yo soy la garantía. Mi experiencia es la garantía. Llevo siglos vagando por el mundo, Lenore. Siglos enfermo de hastío e inapetencia, sin esperanza a la que aferrarme..., y, de pronto, tú: otro umbral entre la vida y la muerte que se debate entre sus dos pulsiones, la de seguir y la de ponerle fin. Siempre aparecerá algo con lo que nunca te atreviste a soñar porque no sabías que podía existir.

Sus palabras la sobrecogieron, pero nunca tanto como el calor de sus manos. Seguían sosteniéndole la cabeza como se la había sostenido ella cuando creía que estaba enfermo de locura y no sobreviviría. Dariy sujetaba el recipiente donde ella había vertido sus miedos y pasiones, a cuál más violento, con amor a lo que había dentro por perturbador, incomprensible y destructivo que esto fuera.

Los dos se midieron con la mirada sin osar mover un músculo.

Así se hablaron.

—¿Y ahora qué? —musitó ella.

Las velas del dormitorio habían empezado a temblar en una suerte de protesta, como si trataran de evitar lo que había estado condenado a ocurrir desde el principio: un delito.

Dariy se humedeció el labio superior.

—¿Ahora qué, Lenore Nightingale?

Arrojó su pregunta sin contemplaciones.

—¿Hace cuánto que no haces el amor?

El silencio de la habitación repitió sus palabras en un eco no supo si tétrico o sugerente. Quizá ambos. Parecía que quisiera hacerla consciente de la locura que estaba proponiendo, convencerla de desdecirse.

—No tanto como podrías imaginar —respondió con un brillo peligroso en los ojos. Aunque no se movió del sitio, Lenore sintió

que se abría para ella—. Ya sabes que no me cohíbo con las pacientes terminales si me encuentran con hambre.

—Te habrás aburrido mortalmente con amantes que no podían corresponder tus energías.

—Nunca he dicho que me acostara con criaturas postradas en cama. Mi preferencia es por quienes adolecen de enfermedades del alma. —Le sostuvo la mirada un segundo—. Las lunáticas son las mujeres más apasionadas.

Lenore apartó sus manos cogiéndolo de las muñecas.

—Estoy segura de que así es.

Se enganchó a su cuello en un abrazo inquebrantable y lo besó. Él no tuvo el corazón de rechazarla. Le cubrió la nuca con una mano para deshacer lo que quedaba del recogido, y hasta que no tuvo su cabello derramado en las manos como los rayos del sol, no la envolvió con todo su cuerpo. Entonces Lenore descubrió lo que era el ímpetu de un inmortal, nada para lo que una criatura finita pudiera haberse preparado.

Correspondió sus besos con el fuego de todos los atardeceres que habría visto; con la pericia de tantas noches de amor que Lenore juró conocer a cada una de las afortunadas a través de él. La saboreó con la lengua, empeñado en avergonzarla de haber deseado algo que estaba por encima de su supervivencia, y no se detuvo hasta que ella estuvo temblando como un potrillo.

Solo entonces se separó lo justo para mirarla con dos ojos que eran el cielo estrellado.

—Sabes los riesgos que corres si te entregas a mí —le advirtió con la voz ronca.

—Dices que viviré. Que lo has visto. ¿Qué riesgos corro, entonces? Y ahora estás vivo. ¿No cabe la posibilidad de que, igual que ahora tu corazón late, las toxinas de tu sangre hayan desaparecido?

—No es así como funciona. Que ahora viva solo significa que mi sangre ya no está estancada y puedo hacerte el amor, no que esté curado de los males que me acompañan.

«Puedo hacerte el amor», repitió para sus adentros un eco seductor.

Lenore captó al vuelo lo que quería decir. Su lado científico se

regocijó en las normas de sentido común que giraban en torno a su raza: mientras no se alimentara, esto es, mientras la sangre no circulara por su sistema, su excitación no podría manifestarse del modo en que lo hacía naturalmente en los hombres de carne y hueso.

—No me importa. Esta era mi misión en la vida, saber qué le pasó a mi padre y saber quién eres tú. ¿Cuánto tiempo tenemos?

Dariy lanzó un vistazo al reloj de pared.

—¿Hasta que metabolice la cena? —se burló—. Un par de horas.

—No es suficiente —murmuró Lenore rodeándole la cintura con los brazos. Se puso de puntillas para hablar contra sus labios—, pero por una vez intentaré no ser caprichosa.

Él se rio entre dientes y le colocó el pelo detrás de las orejas.

—Y por primera vez en tu vida fracasarás —le respondió en el mismo tono.

Volvió a besarla.

Si había creído que ya había descubierto lo que era un contacto inmortal, le enseñó que estaba equivocada. Aquello era de verdad un beso de Dariy Vranitsky; un concienzudo acto de seducción en el que entraban a jugar todas las partes de la boca, casi todas las partes del cuerpo y al que además se sumaba un elemento extra, nada menos que la erótica amenaza de su fatalidad.

Lenore celebraba su propia valentía. Era consciente de que no cualquiera se habría arriesgado sin reservas a una muerte fulminante por un beso. Al final era cierto lo que él decía, y cómo no iba a serlo, si leía todas las verdades del universo: la debilidad de Lenore era el romanticismo. El romanticismo antiguo que incitaba a morir por un amor.

Dariy interrumpió el beso con una brusquedad que la dejó desconsolada. Trató de apaciguar su decepción recorriéndole la línea de la mandíbula con la lengua hasta llegar a la oreja. Ya se había agarrado al escote del vestido de Lenore cuando susurró:

—¿Estás segura de que esto es lo que quieres?

—Sí. Sí, por favor.

Le pareció que él sonreía para su coleto. Acto seguido, valiéndose solo de su mano, le desgarró el vestido como quien rasgaba la

página de un libro. No necesitó más que otro tirón firme para que la tela desmadejada cayera por su propio peso a los pies de Lenore. Ella le echó los brazos al cuello, suplicando otro beso. Dariy tuvo que apañárselas para complacer su deseo mientras con los dedos deshacía los lazos del corsé.

—Habrá quien prefiera las modas menos recargadas —le oyó decir con la boca pegada a su mejilla—, pero a mí me entusiasma el erotismo de desvestir a una mujer y este siglo me permite recrearme.

—Dijo el hombre que rompió un vestido para no perder el tiempo.

—Era para ver si al menos con eso te asustabas —replicó con sorna, y de otro tirón le separó el corsé de las costillas.

Lenore lo miró con los ojos ardiendo y la respiración agitada.

—No me dan miedo mis deseos, señor Vranitsky. Y menos aún los suyos que corresponden los míos.

Esta vez fue el turno de Dariy de tragar saliva, por fin se enfrentaba de golpe a la delicada desnudez femenina. En algún momento había terminado de desnudarla y ahora se erguía vulnerable y mediocre ante él como solo se podía ser vulnerable y mediocre durante semejante exhibición de humanidad, para colmo ante la inmortalidad encarnada. Pero Dariy estaba viendo algo distinto de la carne. Al recorrerla con una mirada hambrienta, Lenore se sintió una suerte de divinidad.

Dariy presionó los labios un segundo antes de hablar.

—Dicen que los monstruos como yo somos criaturas seductoras... —Ladeó la cabeza para seguir con la mirada el recorrido de su caricia, que comenzó, juguetona, en la curvatura de uno de sus senos y culminó en el ombligo. El roce le puso la piel de gallina—. Parece que se equivocan. Este monstruo es una criatura seducida.

Lenore se creció con sus palabras. Orgullosa ahora de su desvalimiento, tomó las riendas cogiéndolo de la mano y lo guio a la cama. Lo obligó a sentarse en el borde para luego colocarse ella a horcajadas e instarlo a tenderse boca arriba.

Obediente y silencioso, como si lo hubiera hipnotizado, Dariy se dejó hacer, pues al final ella no iba a hacerle más que bien. Lenore le quitó la bata por los brazos y a continuación desabrochó el

pantalón. Solo la hilera de botones cubría la protuberancia de la erección.

Contuvo el aliento hasta que separó las dos partes de la prenda y su miembro emergió libremente. Lenore entreabrió los labios y lo valoró de forma consciente, primero con la mirada y después con una voluntariosa caricia.

Dariy vigilaba su iniciativa con los ojos convertidos en dos rendijas negras.

Lenore alzó la barbilla al oírle jadear.

—¿Es agradable? —preguntó con inocencia.

—¿Es agradable para ti? —Enarcó la ceja—. Siendo una entusiasta de la anatomía, debes de estar encantada.

Lenore solo pudo asentir con la cabeza.

La sensación de tener entre sus manos el gran centro de calor de su cuerpo era indescriptible. Dar placer a una criatura que se deseaba con tanto fervor era también una responsabilidad. Ansiaba estar a la altura, y aunque no sentía que pudiera lograrlo teniendo su mirada fija sobre ella y disfrutando del paisaje de un cuerpo que a todo había sobrevivido, no quiso perderse ni un detalle del espectáculo. Estuvo en cada una de sus respiraciones, en cada una de las contracciones de sus músculos, en cada una de las caricias que él le prodigó a su melena o a la curva de su pecho con aire distraído; seducir le era tan natural como respirar, no le requería ningún esfuerzo. Lo único que indicaba que se deshacía por ella era la noche en sus ojos, donde se había extendido un manto de estrellas.

Lenore se dejó guiar por el más atávico de los instintos, que le iba susurrando al oído cómo se regalaban caricias para enloquecer a un hombre. No había contado con que el deseo provocado sería contagioso y ella también tendría que pagar el precio: supo que Dariy estaba llegando a su límite cuando arqueó la espalda hacia el colchón. Lenore no era inmune a su deleite. Ella misma se notaba cubierta de sudores calientes y acuosa entre las piernas.

Con una mano apoyada sobre su pecho y la otra aún acariciando su erección, levantó las caderas buscando la unión definitiva. No habían dejado de mirarse a los ojos en toda la noche y eso no

cambiaría ahora. Dariy se aseguró de ello tomándole la cara entre las manos con la misma adoración que si sostuviera el elixir de la vida eterna.

Lenore estaba conmovida por el brillo en su mirada, excitada por encima de lo que era tolerable, y como no quería que aquello llegara a su fin, alargó el momento de la verdad dedicándole un beso a cada una de las cicatrices del torso. Quería preguntar si le había dolido, si se había sentido solo, impotente y desvalido en la mesa de latón del doctor. Quería saber qué había pensado mientras estuvo encerrado y a merced de un villano. Quería averiguar si alguna vez podría perdonarlo, aunque solo fuera para que ella pudiese vivir en paz. Se había reservado un detalle importante: Lenore le había pedido que la matara porque no podía soportar el derrumbamiento del mito de su padre.

Pero no preguntó nada de eso y dejó que fueran sus caricias las que hablaran. El aleteo de sus labios sobre la colección de cicatrices iba surtiendo efecto: él aguantaba la respiración y vigilaba su ruta con la barbilla pegada al pecho, sin apartar ni por un momento la mano de la melena. Ahí la había enredado en una especie de advertencia. Parecía listo para apartarla del mapa de sus debilidades de un tirón violento tan pronto como ella se propasara. Pero también parecía agradecido, y Lenore pensó que esa no era una expresión que le hubiera visto a menudo.

Estaba delineando la incisión del esternón con la lengua cuando se irguió para mirarlo.

—¿Te las infligió mientras estabas vivo? —atinó a preguntar, no sin temor.

Él cerró aún más el puño sobre su melena. Su mirada se había oscurecido igual que la noche de la cita en la iglesia, pero ni todo el odio del mundo podría haber desterrado la pasión que le tenía preso.

—Algunas.

Lenore se irguió sobre su regazo y volvió a agarrar su miembro. Sintió bajo los dedos la delicia de su tacto, el calor vital que emanaba, y una dicha indescriptible le llenó los ojos de lágrimas.

—Lo siento. Lo siento tanto.

Dariy le rodeó las caderas despacio y fue deslizando las manos

hacia sus nalgas con premeditada lentitud, mirándola a la cara en todo momento. Parecía que buscara la mentira ahí, el error; un motivo para avergonzarse.

—¿Por qué? Era necesario para llegar hasta aquí. «Los placeres más intensos se levantan sobre las ruinas del alma.»

—¿Otra frase de Voltaire?

Él pretendió chasquear la lengua, pero la contención le tenía los dientes apretados.

—En este caso es de lord Byron.

—¿Y a él sí lo conocías personalmente?

—No con tanta profundidad como te conozco a ti.

Lenore soltó una risita nerviosa. Colocó la punta del miembro a las puertas de su sexo y se dejó caer muy despacio, concentrada en apreciar todos los relieves venosos. Un estallido de calor abrasó sus adentros y la hizo gimotear su nombre. Echó la cabeza hacia atrás y posó las dos manos sobre su torso un segundo antes de empezar a moverse.

Dariy llegó al límite de su caballerosidad. Hundió los dedos en sus nalgas y presionó hacia sí para volcarle las caderas hacia delante. Fue él quien dictaminó cómo y a qué ritmo se balanceaba ella, y ella le permitía el atrevimiento porque le fascinaba su expresión de furia viva, la misma que podría haber lucido si alguna vez hubiera luchado en primera línea de batalla. La mandíbula tensa escondía un gemido de alivio o bien una maldición, y en cualquier caso le pintaba un rictus atormentado en los labios y Lenore quiso borrarlo con un beso.

Dariy le concedió su deseo entreabriendo la boca y correspondiendo las travesuras de su lengua inquieta con provocaciones de igual calibre, todas ellas húmedas, sucias y delirantes.

Lenore se agarró a las muñecas del vampiro y recuperó su autonomía cabalgándolo con impaciencia. Él se adhirió a su deseo de gobernar por un rato, de someterlo con su tiranía, y mientras ella se movió desesperadamente, no hizo más que adorarla diciendo su nombre... hasta que la conclusión del sexo les robó las fuerzas atravesándolos como un rayo. Primero a ella, que todavía sacudió las

caderas sobre él mientras el orgasmo la dejaba delirando, y luego a Dariy. Su simiente la impregnó de calor y humedad y la tuvo tiritando de pasión hasta que el cansancio la derrumbó sobre su pecho; un pecho donde latía un corazón idéntico al suyo.

CAPÍTULO 28

Salvando media hora de pesadillas, Isobel no había pegado ojo en toda la noche. ¿Cómo hacerlo, cuando sentía que el mundo tal y como lo conocía se derrumbaba sobre ella?

Prudente incluso para respetar los ritmos naturales del cuerpo, había querido esperar a que el canto de los pájaros anunciara el amanecer para tomar cartas en el asunto. Como solía decir su madre, mujer de inmensa sabiduría, bajo la luz vibrante del nuevo día las marañas de problemas se veían mejor. Pero la culpabilidad y la preocupación con las que se había metido bajo las sábanas de su infancia potenciaron una impaciencia que nunca pensó que se volvería contra ella.

Antes de que el reloj marcara las cinco de la madrugada, se incorporó con los ojos pesados por el sueño y procedió a vestirse.

Pese a estar acostumbrada a la ayuda de una criada, lo hizo con sorprendente velocidad.

Ni siquiera se cepilló el cabello. Recogió las trenzas con las que solía dormir en un sencillo rodete y se calzó las botas con tacón; esas botas con tacón que tendrían que haberla arrastrado detrás de Lenore antes de que se subiera al carruaje, y esto es, antes de que la dejara a ella sin medio de transporte para seguirla y con el corazón en un puño.

Como siempre.

Isobel descendió la escalinata principal tratando de convencerse de que tenía el tiempo a su favor y nadie la estaba esperando en ninguna parte. Y si la esperaban, desde luego no sería para cubrirla de besos.

Pernoctando en la casa de los Nightingale había desafiado abiertamente a Percy. Todavía aturdida y sobre todo decepcionada

por la violencia ejercida contra ella, se le había ocurrido que su marido solo aprendería a respetarla si le hacía sufrir con su ausencia.

Qué absurdo. Y, sobre todo, qué impropio de ella jugar a ser Dios mediante manipulación. ¿Qué ganaba?, ¿quién se creía que era ella yendo por ahí castigando con el látigo de la indiferencia? Isobel era de la escuela de que solo hablando se obtenían soluciones. Si aspiraba a una reconciliación, tendría que haber regresado con él *ipso facto* y haberse disculpado por su desobediencia. A fin de cuentas, era ella quien estaba saboteando el matrimonio anteponiendo una y otra vez a su hermana.

No podía decir que no hubiera sabido a lo que estaba renunciando cuando desposó al señor Bainbridge. Era bien sabido que casarse implicaba cortar —si no mermar— lazos con la familia de sangre en aras de construir un futuro con el cónyuge. Especialmente si los personajes de su pasado le estaban drenando la vida gota a gota, como Percy no había dejado de señalar con sabiduría desde su noviazgo.

No solo debía reconocerle que hubiera intentado abrirle los ojos con pacientes y sabias reflexiones antes de llegar al extremo intolerable; también tenía que admitir que a Percy no le faltaba razón cuando decía que Lenore era un colmo de egocentrismo. No obstante, dudaba que se aprovechara de forma consciente de las debilidades de su parentela para hacer y deshacer a su antojo. Lenore vivía para dentro, para sus pequeñas obsesiones, para sus fantasías, y esto le impedía advertir el alcance del amor que recibía.

Pero eso no la justificaba.

Ya no.

Isobel la había visto salir corriendo con sus secretos bajo el brazo en dirección desconocida, dejándola con la palabra en la boca. Quizá unos años antes —o solo unos días—, hubiera salido en pos de ella y se habría recorrido Londres de norte a sur, de este a oeste, para encontrarla antes de que lo hicieran sus deseos, que por lo general eran perjudiciales. Y si bien Isobel había sentido la tentación de encarnar una vez más el papel de ángel de la guarda, más por

costumbre viciada que por placer, esa noche antepuso su orgullo y su sentido común.

Una verdad tan triste como liberadora la había iluminado: Lenore nunca cambiaría. La guardia real podría someterla a constante vigilancia, su abuelo podría mandarla encerrar, Isobel podría llorar arrodillada ante ella, rogándole que no pusiera en peligro ni su reputación ni su integridad física; al final les pasaría por encima para hacer lo que estimara conveniente.

Era imprevisible e imparable como una catástrofe natural.

Isobel había deseado, durante un solo pero revelador segundo, que las consecuencias de sus actos cayeran por fin sobre su hermana como una plaga bíblica. Lenore no podía saberlo e Isobel no debería reprochárselo, pero su presuntamente insignificante *affaire* con Edward y el modo en que había despreciado una oportunidad de futuro con él habían sido la gota que colmó el vaso. Había herido sus sentimientos tal y como heriría los de Edward cuando llegara a sus oídos que Lenore no tenía la menor intención de hacerle el hombre más afortunado del mundo.

Y es que este era el mayor ejemplo de lo ensimismada que vivía la pequeña. Si se había atrevido a pronunciarse delante de Isobel con semejante indiferencia hacia Edward, debía ser porque ni a esas alturas había descubierto que su hermana adoraba al inspector Whishaw desde que era niña, y no necesariamente con fervor romántico, sino porque había compartido con él el regalo de la infancia y las preocupaciones de la madurez. En definitiva, les unía ese vínculo sagrado que llamaban amistad. El mismo que a Lenore, pues se diera ella cuenta o no, la primogénita había formado parte de muchos de los juegos y las travesuras infantiles.

Isobel podía permitir que Lenore desestimara sus intentos por protegerla y no correspondiera ni por asomo la lucha por su bienestar —apostaría su alma a que, de girarse las tornas, su hermana no dedicaría un solo pensamiento a su causa—, pero nunca le perdonaría que trasladara su infame egoísmo a Edward. Así lo había manifestado cruzándose de brazos en lugar de consolarla por la impactante revelación de la trampilla.

Reprimir el impulso natural de priorizar los sentimientos de Lenore

le había resultado sencillo en este caso. A Isobel también la habían horrorizado las implicaciones del cuaderno de notas y había pensado que no estaría mal, por una vez, hacerse cargo de sus propias sensibilidades.

Al final, si algo había entendido y aceptado gracias a lo ocurrido la noche anterior, era que debía sacar adelante su matrimonio. Era lo único suyo, lo único sobre lo que tenía un mínimo poder y espacio de maniobra. Lenore era libre, Edward jamás le pertenecería y su padre, al que de por sí no le había profesado más que un respeto cordial, había revelado una cara oculta que le convertía en un criminal. Porque, con independencia de si su sujeto de estudio había sido o no una criatura sobrenatural, la realidad era que lo había sometido a torturas inimaginables. Eso no tenía perdón.

Isobel se encaminó a la parada de coche de punto más próxima y pidió que la llevara al barrio de St. John's Wood. Estaba tan cansada y abstraída en sus sombríos pensamientos que no se molestó en justificarse ante el cochero. De seguro el tipo andaba recelando de los planes y particularidades de la pasada noche de una mujer despeinada y ojerosa que viajaba sin acompañante de un extremo a otro de Londres. Ella se fingió ciega a su mirada juiciosa y asomó la cabeza por la apertura del *hansom cab* para admirar el milagro del amanecer.

La ciudad todavía se agazapaba entre las sombras, pero la claridad de las seis de la madrugada no tardaría en mostrar las cosas tal y como eran. Un ramalazo de esperanza hacia el nuevo día le dibujó una sonrisa en los labios. Su madre no se equivocaba cuando decía que las segundas oportunidades existían; las había creado el sol.

—Qué joven tan madrugadora —comentó el cochero—. ¿O es que ha pasado usted una mala noche?

Isobel se planteó seriamente replicarle que no era de su incumbencia. Si no lo hizo fue porque prefería no arriesgarse a que la echara del vehículo, y porque con el comentario trajo a su pensamiento la pesadilla que había tenido durante la breve duermevela.

Estaba acostumbrada a que sus miedos se manifestaran a través

del inconsciente. Se vengaban de su determinación a sofocarlos durante el día atormentándola cuando estaba más indefensa. Había aprendido a temer las noches por las imágenes y sensaciones que la harían despertarse con la sensación de haber cometido un pecado. Y es que una dama que se preciara de serlo debía condenar con vehemencia todo cuanto le revelaban sus perturbadores sueños.

Pero esa noche en concreto había sido distinto, porque Isobel había abierto los ojos más lúcida y segura de sí misma que nunca. Había seguido preguntándose cuál sería el camino correcto, sí, pero solo por la vieja costumbre de cuestionar su criterio, que hasta entonces había creído débil e incluso manipulable. También, en gran medida, se había aferrado a Lenore, a Edward y a su padre para no pensar en los detalles de la pesadilla, que como siempre se habían grabado en su memoria.

Esa noche, Morfeo la había llevado a un palacio de piedra blanca bañado por la luz de las antorchas. Se había visto a sí misma bajando las escaleras con el aire regio de una reina bizantina, reforzado por las sedas bordadas y copiosas joyas que la vestían de arriba abajo. Le había costado reconocerse en la grandeza y seguridad con la que aquella mujer morena acudía al encuentro de quien solo podía ser su amante, un hombre sin rostro pero que intuía bello como un milagro y, sobre todo, perdidamente enamorado.

En el sueño, él le tendía una mano enguantada para besar la suya y acto seguido le ofrecía su brazo para pasear por un jardín de rosas negras. Al inclinarse para tomar una, los pétalos de la flor se deshacían y goteaban sangre escarlata como una herida abierta.

Si bien la característica fantasiosa de las plantas la había descolocado, había preferido centrarse en la dignidad que le había transmitido ese yo lejano. Hacía tiempo que en algunos espacios médicos se hablaba del significado de los sueños. Isobel en concreto se había visto obligada a darles una interpretación para no volverse loca, y había decidido leer aquel último como una invitación del inconsciente a tratarse con respeto.

Todo el respeto con el que no la trataba el hombre de sus fantasías, cabía decir. Solo en aquel fragmento onírico se había

mostrado romántico, porque la tenía habituada a otra clase de aventuras, todas ellas indecorosas e incluso violentas.

La noche anterior se había despertado cubierta de sudor e impresionada una vez más por la manera que tenía de hacerle el amor. La imaginación la había situado en unas sábanas empapadas de sangre donde él la tomaba con la clase de vehemencia que asustaría a una joven inexperta.

Pero la Isobel de los sueños no le tenía miedo. Solo la que volvía en sí misma en cuanto salía el sol.

Cada día que pasaba era peor. El delirio había empezado con fogonazos inquietantes pero inofensivos: el hombre proyectaba su aliento, tan gélido que ardía, en su cuello; el hombre la besaba en la muñeca, la lamía y recorría las venas con sus labios, como si hablara el lenguaje de sus latidos; el hombre se despojaba de la capa para dar a conocer un cuerpo esculpido que invitaba a pecar.

Con el paso del tiempo, los sueños no solo se habían alargado hasta ocupar la noche entera si no tenía el valor de huir despertando antes, sino que le habían arrebatado el protagonismo a él para entregárselo a ella. En sus últimas fantasías, era Isobel la que emprendía las acciones. Era la que aceptaba su mano, era la que se bajaba el hombro del vestido para recibir un beso candente en el hueco de la clavícula y era la que se sentaba sobre él y lo cabalgaba desinhibida, espoleada solo por la caricia de las manos firmes que trepaban por sus costados.

Esta última imagen la perseguía sin tregua. Estaba bordando, serena, y de pronto la asaltaba el dibujo de su espalda cubierta por los largos dedos de su amante; paseaba con sus conocidas por Hyde Park o tomaba un aperitivo en Gunter’s y de repente callaba, sonrojada, porque se veía a sí misma girando la cabeza hacia el espejo y sonriéndole con picardía a su reflejo. La unión de sus cuerpos era la viva representación del goce físico, un goce que no sabía cómo demonios podía soñar si nunca lo había experimentado en carne propia.

No creía que se pudiera echar de menos algo que jamás se había tenido.

Isobel ahuyentó las alucinaciones concentrándose en la mirada del

cochero, que esperaba su respuesta cada vez más receloso.

Cerró los puños sobre la tela de la falda y esbozó una sonrisa débil.

—He discutido con mi marido y he ido a pasar la noche a casa de mi hermana.

Como era de esperar, la mirada del chófer se suavizó y no insistió en su indiscreción.

—Comprendo.

Desesperada por sacarse de la cabeza sus ensoñaciones, Isobel pasó la media hora del viaje practicando la confrontación con Percy.

En primer lugar, se disculparía por no haber llegado antes, después por su injustificada osadía y, por último, por no haberle escuchado cuando claramente solo pretendía abrirle los ojos a su realidad familiar. Conociéndolo como lo conocía, estaba segura de que Percy se apiadaría de ella y, fiel a la buena educación, le pediría perdón por la bofetada.

Nada más apearse con la cuenta ya saldada, Isobel se llevó la mano a la mejilla. No había querido mirarse en el espejo después del golpe por si lo que veía la impresionaba hasta el punto de persuadirla de volver con su marido o, Dios no lo quisiera, todo lo contrario: de abandonarlo. Tomó aire y lo soltó despacio, compuso una expresión entre mortificada y conciliadora y subió la breve escalinata con determinación.

A fin de no cambiar de opinión, se aferró a la comodidad que había sentido siempre en su pequeño rinconcito del mundo. Con la dote de la entonces señorita Nightingale, un préstamo familiar y los ahorros de sus primeros años ejerciendo la abogacía, Percy había comprado en un barrio céntrico del distrito de Westminster una vivienda adosada de tres plantas con sótano y buhardilla. Replicaba el estilo de las construcciones de mediados de siglo: fachada de ladrillo amarillo, elaboradas molduras en yeso, cornisas decorativas y ventanas con guarniciones, sin olvidar el jardín delantero protegido por una verja de hierro forjado.

Su marido no estaba acostumbrado al lujo de un salón principal con piano y chimenea ornamentada ni de un comedor de estilo italiano y equipado con porcelana de Sèvres; provenía de una familia

de clase trabajadora que, si gozaba de medios y ahorros para vivir con holgura, era porque llevaban sus cuentas con prudencia y se oponían con rotundidad al gasto hedonista. No obstante, Percy había insistido en comprar una casa que se ajustara a las querencias de su esposa y casi se había arruinado en el proceso.

Su marido solía pensar que para arrancarla del seno de los Nightingale tendría que ofrecerle, si no lo mismo, algo aún mejor. Descubrió demasiado tarde que ella se habría casado con cualquiera que le hubiera prometido escucharla incluso si nunca tenía nada interesante que decir. Al fin y al cabo, si Percy se enfadaba y se entristecía con lo que decía, era porque la escuchaba con atención.

Había conseguido, pues, el marido y el destino que siempre había deseado.

No tenía ningún derecho a despreciarlos ahora.

Isobel fue a llamar a la puerta, pero ya estaba abierta. Entornada, en realidad, como si Percy hubiera sabido que llegaría a horas intempestivas y hubiese querido ahorrarle la molestia al servicio.

Ella también había tenido esto en cuenta antes de ponerse en marcha. Si el cielo no la engañaba, eran alrededor de las cinco y media de la madrugada. Los criados ya estarían terminando sus abluciones matinales.

Isobel entró en casa con el ceño fruncido. El instinto le dijo que sería sabio cerrar muy despacio. Nadie debía enterarse de su llegada porque para empezar no debía conocerse su ausencia. La misma extraña corazonada del principio la convenció de permanecer un segundo quieta en el recibidor. Como era de esperar, todo estaba sumido en la oscuridad, pero conocía tan bien la disposición del mobiliario que supo orientarse hacia las escaleras.

Apenas apoyó la mano en la baranda que subía al dormitorio, un pálpito intuitivo la instó a mirar hacia el pasillo principal. El silencio que reinaba en la casa era insólito y cuando menos sospechoso. Los criados ya deberían haber prendido algunas de las lamparillas, y Dora tendría que estar azuzando el fuego de las estancias principales para que estuvieran caldeadas cuando los señores decidieran levantarse.

Isobel dejó caer el brazo y bajó el peldaño que había adelantado

para dirigirse a la salita. La claridad del amanecer empezaba a despejar las sombras. Ahora le era posible distinguir la silueta de las cosas, como los historiados marcos de los cuadros, la vitrina del salón, los divanes y canapés que había tapizado según sus gustos... y algo que no estaba en su sitio. Algo que estaba fuera de lugar.

Nada más asomarse al salón, observó que el suelo emitía destellos. Al principio pensó que se habría inundado por culpa de unas goteras inesperadas, cosa que también justificaría el frío que la invadió al cruzar el umbral y agacharse, pero reconoció el tacto del cristal incluso con los guantes puestos. Tomó entre los dedos uno de los gruesos pedazos y midió con la mano su forma de lágrima.

No tardó en asociarlo a la lámpara de araña.

Una gota fría le cayó sobre la coronilla. Una segunda gota aterrizó en la nuca, expuesta por el moño informal. Se incorporó con el cristal aún en la mano y alzó la vista hacia el techo esperando toparse con el gancho de la lámpara. La tercera gota, más gruesa y de una densidad inesperada, le manchó la mejilla. Se la habría limpiado si no hubiera descubierto justo entonces de dónde provenía: no de las goteras, pues no era agua, sino de la herida en el cuello del cadáver que había colgado boca abajo.

El espanto le descompuso el estómago.

Podría haber aullado de puro horror. Podría haber pedido ayuda a voz en grito o podría simplemente haber retrocedido para alejarse del rostro pálido e inexpresivo de su marido, pero sobre todo esto prevaleció la parálisis.

Se quedó de pie pisando los cristales de la lámpara, con la mirada orientada hacia las pupilas dilatadas de quien había estado vivo horas antes, tan vivo como solo se podía estar cuando una furia pasional se apoderaba del espíritu. Isobel no pudo tragar saliva, respirar o hacer nada que demostrara que estaba consciente o entendía lo que había sucedido. ¿Y cómo entenderlo? Había llegado a casa y se había encontrado a Percy Bainbridge asesinado en su propio salón.

En situaciones límite como aquella, los testigos tendían a la separación del yo y la divagación. Isobel no fue la excepción. En lugar de ceder al miedo, empezó a preguntarse por qué alguien

haría tal cosa. Era un honrado abogado, un esposo dedicado, un hijo ejemplar, un orgulloso miembro de la comunidad. Pagaba con religiosidad los inocuos préstamos que a veces pedía para sufragar gastos domésticos. No se encaraba con nadie. No tenía vicios que pudieran vincularlo con la usura o el hampa, y tampoco una opinión política que le pudiera granjear enemigos.

Luego se acordó de la lividez de Jane Mansfield, la prostituta arrojada al Támesis, y un escalofrío la recorrió. No tardó en asociar su estado, los dos asesinatos posteriores y la existencia de la criatura que según su padre se alimentaba de sangre a lo que estaban contemplando sus ojos.

—Dios mío —gimoteó. Se llevó la mano a la boca, y entonces sí retrocedió, temblando de miedo—. Dios mío...

Isobel pretendía salir corriendo de allí antes de que el dolor de la cruda realidad la partiera en dos. Pero al dar otro paso atrás, sintió que chocaba con una superficie fría, dura y también maleable que a fuerza del impacto podría haberla devuelto a su posición inicial. Había algo escondido tras ella, una figura vigilante y peligrosa que esperaba pacientemente la hora de conocerla.

Le habría gustado engañarse con una sonrisa desdeñosa: «¡Qué tontería!», se habría dicho para desestimar la corazonada y no sucumbir al miedo. Pero ni sus sensaciones ni el crimen del que acababa de ser testigo invitaban a tomarse a la ligera algo tan sagrado y necesario para su supervivencia como un pálpito.

Concentró los sentidos en descifrar lo que fuera que la estuviera amenazando. Por la espalda le llegaba una brisa helada y envolvente que ponía el vello de punta. Al mismo tiempo, despertaba la clase de curiosidad que llevó a Alicia a la madriguera del conejo. Si cerraba los ojos, podía dibujar en su imaginación —y con sorprendente nitidez— una silueta inmensa a la que la noche le emborronaba los bordes, pues era tan escurridiza, y su composición tan diferente a la materia de la Tierra, que ni las sombras podían posarse sobre ella.

Isobel nadaba en la incredulidad. ¿Cómo podía estar concibiendo todo aquello con claridad? ¿De dónde salía la certeza de que había alguien detrás de ella, de que el asesino de su marido esperaba a que le reconociera su presencia para...?

«No quiere matarme.»

Esta convicción se erigió sobre las miles de preguntas desesperadas que llevaban torturándola desde que había entrado en casa.

No, no quería matarla, lo que significaba que no asesinaba por placer u oportunismo. Sus blancos eran cuidadosamente escogidos para servir a un plan mayor.

¿Y qué plan era ese?

Un acceso de miedo borró sus teorías de un plumazo. La criatura había estirado la mano hacia ella, y aunque no la había tocado aún, un escalofrío que advertía de terribles augurios la sacudió entera. Tragó saliva con dificultad, pensando en el modo de huir de allí cuanto antes, pero entonces sintió que el asesino dejaba caer el brazo en señal de rendición y la curiosidad la picó con más intensidad. Le había parecido percibir un anhelo secreto en el modo prudente de acercarse, no tan relacionado con los recelos de la timidez como con la certeza de que un rechazo lo mataría.

Se armó de valor con una gran inspiración y, aferrada a los puños apretados, se giró despacio para ver la cara del asesino de su marido. Era lo mínimo que podía hacer en su nombre: averiguar de quién se trataba y asegurarle, aunque fuera con una mirada acerada, que haría hasta lo imposible para vengarlo.

Pero cuando por fin el coraje se puso de su parte, ya era demasiado tarde. La criatura había desaparecido, dejando un rastro de olor a lluvia, a ámbar gris y a cuero curtido.

CAPÍTULO 29

Lenore había pasado las últimas horas luchando contra sus necesidades humanas para no decepcionar ni a Dariy ni a sí misma. El cúmulo de emociones vividas los últimos días se había cristalizado esa noche y ahora se sentía fuera de sus cabales. Y, aun así, el sueño y el hambre se habían materializado para recordarle que, incluso si estaba viviendo una experiencia única, incluso si ni el mundo ni ella misma volverían a ser los mismos, seguía padeciendo las flaquezas de la mortalidad.

No las había escuchado. En su lugar había prestado atención a otra clase de procesos internos: los que pudieran guardar relación con la enfermedad del *homo immortalis*. El instinto le decía que más pronto que tarde se le manifestarían los síntomas que se habían llevado a su padre, los que había sabido desde el principio que serían el precio que pagar por vincularse con una criatura de la noche. Lejos de temer al dolor, las fiebres, las manchas y el delirio, esperaba con paciencia y cierta ilusión las consecuencias de sus actos, como cualquier mujer que se relacionaba sin miedo con la muerte. De todas las veces que había tratado con la Parca —la noche que murió su padre, la tarde que su madre espiró el último aliento—, su experiencia más sobrecogedora, por distinta y por romántica, estaba siendo aquella: la de compartir con Dariy la mayor de las intimidades, que por supuesto iba más allá del sexo.

Lenore le había entregado, además de su cuerpo, su voluntad de vivir.

Estaba orgullosa de que su viaje acabara con este último recuerdo grabado en el pensamiento: el de Dariy desnudo frente a ella, alumbrado tan solo por la sombra dorada de las lamparillas. Fumaba despacio de la pipa narguile sin apartar la vista de su víctima. A la

luz artificial, la única que podía permitir que le coloreara las facciones sin correr el riesgo de quemarse, su rostro parecía otro. Perdía el aire peligroso del que lo dotaban sus cómplices, las sombras y la belleza nostálgica de la luna. Parecía menos misterioso, más accesible. Hasta cierto punto cálido.

O a lo mejor no era él quien había cambiado, sino la visión que ella tenía. El amor humanizaba también a los monstruos.

El reloj pendía sobre sus cabezas como una guillotina. Su tictac marcaba una cuenta atrás. Al cabo de veinte minutos, se cumplirían las tres horas desde que se había alimentado. Entonces, Lenore lo vería morir, y, regresando a ese estado antinatural que en su caso era la normalidad, se llevaría consigo la posibilidad de volver a tomarla entre sus brazos.

—¿Tienes miedo? —le preguntó ella en voz baja—. ¿Te dolerá?

Él apartó la boquilla de la pipa y expulsó el aire aromatizado muy despacio.

—Ninguna de ambas cosas. Morir es sorprendentemente placentero, *urechiușă*.

—¿Más placentero que hacer el amor?

Sus ojos centellearon con diversión. Esa noche, al amparo de las luces, no eran negros, sino color ámbar. Volver a la vida había intensificado los destellos rojizos que ardían en el corazón de sus pupilas.

Más que vivo, parecía que estuviera loco y pudiera ver más allá de lo material.

—No.

Lenore se reacomodó entre las piernas de Dariy, donde había encontrado un hueco perfecto para encajar las caderas. Lo había atrapado entre sus piernas permaneciendo sentada en su erección y cruzando las pantorrillas a su espalda. Él imitaba tanto la pose como su determinación a no dejarlo escapar.

Nunca habría imaginado que sería posible reproducir una postura así con un hombre, ni siquiera con el marido o el amante de una, sin morir de vergüenza o partida por el rayo de un dios defensor del decoro.

—¿Por qué no me muerdes, entonces? —siguió preguntando en

voz baja. Habían establecido de forma tácita un lenguaje de susurros para comunicarse a lo largo de la noche—. Aliméntate y vive un rato más. Sé que no me matará más de lo que ya lo hará que estés dentro de mí. El mordisco en sí no fue lo que acabó con Felicity, ¿verdad?

Dariy soltó la pipa con una sonrisa indulgente y la rodeó por la cintura. Presionó con los dedos lo justo para volcarle las caderas y producir la delirante fricción que le arrancaría un gemido a la joven.

—Si esto fuera a matarte, Lenore —le dijo al oído—, te habría echado de aquí antes de que te desnudaras.

—Proteges mi vida como si fuera lo más valioso.

—Puede que no sea lo más valioso —la corrigió, burlón—, pero es valioso.

—¿Has sentido alguna vez, en alguna de tus otras vidas, este deseo de conservación?

Oyó su risita divertida.

—¿Esa es la manera científica de preguntar si me he enamorado antes?

—O si has coincidido con un ser humano capaz de hacerte lamentar tu condición inmortal.

—Envidio la humanidad en sí por infinidad de razones. Muchas de ellas no podrías entenderlas, y las demás no puedo describirlas. Soy asombrosamente susceptible a la belleza mortal.

—Entonces te has enamorado —confirmó, muerta de curiosidad.

—Es como preguntarme si alguna vez me he aburrido, ¿no te parece? Solo imagina la cantidad de personas asombrosas que se pueden conocer en cientos de años.

—¿De cuántos cientos de años estamos hablando con exactitud? Dijiste trescientos, ¿no?

Dariy volvió a reírse por lo bajo. Esperó a haber dado una calada y a haber expulsado el humo para contestar. Cuando lo hizo, tenía los ojos entornados para protegerlos de la niebla gris que lo convirtió por un segundo en un bello espejismo.

—Algunas señoritas en tu situación civil temen acabar casadas con hombres que les doblan la edad —comentó en tono socarrón—. Digamos que yo excedo por mucho los límites de una soltera

exigente, y que superé tus tiernos diecinueve años antes de que se fundaran las ideas ilustradas que tanto te inspiran hoy.

—¿Es que no puedes responder a ninguna pregunta sin caer en la ambigüedad? —protestó, exasperada.

—Puedo. Alguna debe haber —respondió con aire risueño—. Pero tienes que encontrarla.

—¿Qué tal esta? ¿Cómo estás tan seguro de que no enfermaré? Cierto es que sobreviví a tu primer beso sin manifestar síntoma alguno. También al segundo. Pero esta vez me será imposible escapar del contagio. Me he expuesto... —se interrumpió para tragar saliva, nerviosa y excitada, cuando él se acercó para rozarle los labios— demasiado.

Dariy desplazó las manos de su cintura a sus muslos para placarla contra el colchón de un rápido movimiento. Con el cambio de postura, profundizó en la penetración.

Lenore exhaló un suspiro aliviado y se abrazó a sus hombros. Como coreografiados, ambos lanzaron un vistazo ansioso al reloj; diecisiete minutos. Diecisiete minutos hasta que su sangre dejara de circular, su corazón dejara de latir, sus mejillas perdieran el color y la unión entre sus cuerpos fuera imposible.

—¿Sabes? Creo que más que aprovechar el tiempo que nos queda, quieres distraerme. Me resulta cuanto menos curioso que no quieras ni oír hablar de mordiscos cuando ya me has llenado de marcas —jadeó Lenore, y no exageraba un ápice. Procurando no hundirle los colmillos más allá de la carne, Dariy había sellado sus hombros, brazos, vientre e ingles con la firma de su condición, y aunque ella no se había mirado aún, sentía el escozor de las heridas y se recreaba en cada una de estas—. ¿Qué es una más?

Dariy enarcó una ceja y se acomodó de rodillas a las puertas de su sexo, seguro de su poder y belleza. La sujetó firmemente de los muslos antes de volver a coger la pipa y retomar el rítmico vaivén de las penetraciones, que no había perdido fuerza.

—¿Por qué quieres que te muerda, Lenore? —le preguntó sin darle tregua.

El placer le nubló el juicio y una ardiente confesión brotó de sus labios.

—Porque quiero que me hagas todo lo que puedes hacerle a una mujer.

—Eso no me sorprende. Ya sé que hasta pretendes que acabe contigo.

—Pretendo, sobre todo, que vivas lo suficiente para amarme otra vez.

Dariy fumaba con reposo, embistiéndola lenta y seductoramente. Dejó la pipa sobre las sábanas para inclinarse sobre ella. Los mechones más largos de su pelo le hicieron cosquillas en las mejillas cuando habló a un palmo de su rostro.

—¿Qué te hace pensar que todo tipo de sangre me gusta o me sirve?

—Nada, porque no pienso tal cosa. Lo que sí sostengo es que yo en concreto te gusto.

—Estás muy pagada de ti misma.

—Culpa tuya —señaló Lenore con un resuello. Le hundió los dedos aún más en los hombros y recorrió las latitudes de su espalda hasta aterrizar en su cintura—. Podrías haber elegido a cualquier víctima... y soy yo la afortunada.

Dariy sonrió antes de besarla en los labios. Tal parecía que con la condición de estar vivo le hubieran regresado el espíritu soñador y la capacidad de reírse, reírse de corazón, como si la cura de la muerte supusiera también la salvación del cinismo. La aplastó con su cuerpo, cuyo calor iba mermando por momentos, y la mandó una vez más a la cumbre del placer.

Lenore se sumergió en las sensaciones con la única prohibición de no cerrar nunca los ojos para no olvidar que era él quien le estaba haciendo el amor.

Minutos más tarde, ambos contemplaban el artesonado de madera del techo con expresión entre satisfecha y turbada. Ella se había apoderado del extremo de la pipa para descubrir a qué sabía la huella de sus labios. No le convenció la experiencia de fumar, sin embargo. Era una de esas tantas cosas que solo la fascinaban cuando era Dariy quien las hacía.

—¿Puedo seguir probando a adivinar cuál es la pregunta que responderás con franqueza?

—Puedes.

Lenore ladeó la cabeza hacia él y contempló su majestuoso perfil durante un rato.

—¿Por qué quieres morir, Dariy?

—Porque he visto que el mundo se conduce inexorablemente a su destrucción.

La seguridad con la que se pronunció la hizo vacilar.

Ceñuda y en parte indignada porque ni siquiera su pasión hubiera servido para que cambiara de opinión sobre el futuro, abandonó su refugio. Alargó la mano hacia el amasijo de satén que habían desterrado de la cama y lo sacudió hasta que recobró la forma de batín. Se lo puso sobre los hombros y luego se enfundó las mangas como si lo hubiera hecho cientos de veces antes.

Él reparó en la naturalidad con la que se apropió de su prenda, pero no dijo nada. Solo la miró con una mezcla de anhelo y tristeza, como los amantes se miraban durante las despedidas.

—Lo siento, señor Vranitsky, pero no puedo estar más en desacuerdo —determinó ella—. Es posible que abandere la idea de que mi vida individual ha alcanzado su apogeo y ya es poco lo que pueda hacer de valor a partir de hoy, pero soy de naturaleza optimista, y lo que vengo observando a mi alrededor en lo relativo a los avances tecnológicos solo me inspira a reafirmarme en el hecho de que la humanidad se dirige a su perfeccionamiento. Gracias a genios como Joseph Lister, Robert Koch y Pasteur, quienes han promovido el uso de antisepsia en quirófanos, el estudio de microorganismos y el desarrollo de las vacunas respectivamente, la esperanza de vida del ciudadano promedio, así como su calidad de vida, aumentará con el tiempo —señaló con orgullo—. El telégrafo ha unido los continentes, lo que dará lugar a un compromiso de crecimiento entre países unidos. El ferrocarril, el tranvía; el saneamiento urbano, el alumbrado eléctrico y el motor de corriente alterna que este mismo año ha presentado el señor Nikola Tesla... Todo eso es motivo de celebración. Por no mencionar que las mujeres empiezan a acceder a la educación y proliferan los movimientos obreros que garantizarán sus derechos sociales. Ha habido amenazas de enfrentamiento fruto de conflictos no resueltos,

eso es cierto, pero un sistema de alianzas entre naciones comienza a fraguarse para evitar que desemboquen en una guerra.

Dariy la había estado escuchando con una sonrisa casi inapreciable. Escondía la sabiduría resignada del que conocía demasiado bien la naturaleza destructiva y egoísta de la humanidad, pero que jamás compartía su decepción con quien aún tenía esperanza.

—Aún no puedes ni imaginar por qué todo eso que has mencionado, si bien parece positivo en una primera instancia, podría conducir al fin de los tiempos. Es comprensible. No seré yo quien menosprecie estos avances y desmonte tus teorías de... ¿«perfeccionamiento humano», habías dicho?

—¿No te parecen avances significativos, acaso?

—Muchos son motivo de orgullo, no lo negaré. Pero ¿no puedes imaginarte las complicaciones que traerá un exceso de población en la Tierra?, ¿una población envejecida, para más inri? ¿Y qué significa que la burbuja de la industria no haga sino crecer motivada por la tecnología? Un empeoramiento del *smog* londinense y un aumento del desempleo por mecanización del trabajo en fábrica. Tú no vas a sufrir las consecuencias negativas del saneamiento de los barrios, puesto que eres una princesa moderna —sonrió con dulzura—, pero las mejoras urbanas siempre suceden en detrimento de las familias de bajos recursos, que por la subida de los precios dejan de poder acceder a las viviendas cómodas de los distritos seguros. Por no mencionar el impacto de la urbanización del territorio sobre el medio natural. Y se te ha olvidado mencionar el imperialismo, Lenore, la enfermedad más asquerosa de la que ha adolecido y adolecerá la Tierra. Una para la que no hay cura, pues con el tiempo no desaparecerá, sino que se transformará en una práctica de Estado aún más perjudicial.

—Por favor... —Puso los ojos en blanco—. Eres un pesimista empedernido, señor Vranitsky. Si nos esforzamos, podemos buscarle un defecto a toda gloria divina que se nos ocurra. ¡Seguro que, si te digo que Jesucristo murió en la cruz por la salvación de los pueblos, me dices que con su gesto no hizo sino reafirmar nuestra condición de pecadores y por su culpa ahora cargamos con el estigma!

Dariy soltó una carcajada. Se acercó la pipa a los labios para puntualizar con sorna:

—También creo que tenía mucha sed de protagonismo.

—¡Qué poca vergüenza! —le reprochó con exagerada indignación, pero enseguida le devolvió la sonrisa—. Supongo que la decadencia de la humanidad es un motivo válido para querer desaparecer, sí, pero ¿no has visto a dónde se conduce tu mundo particular? Quizá para ti en concreto sí haya esperanza.

Él sonrió de lado, divertido con su planteamiento.

—¿Eso es lo que te importa? ¿Que para mí sí haya esperanza? —No le dio pie a contestar, suspirando con cansancio—. Incluso yo pertenezco a la comunidad, Lenore. Si la Tierra y sus habitantes sufren, yo lo haré por extensión.

—Si tienes la certeza de que la Tierra sufrirá, así como de que yo me casaré, engendraré hijos y seré amada por un hombre bueno, es porque lo has visto, ¿me equivoco? —tanteó sin avergonzarse de lo que sugería con su exceso de fe. Dariy no había confesado poseer un don para acercarse al futuro, pero a esas alturas, y para horror de su mente racional y su adhesión a los preceptos de la física, Lenore estaría dispuesta a reconocerle cualquier tipo de talento sobrenatural—. ¿Has visto también que tú mismo serás infeliz?

Dariy le sostuvo la mirada, como si lo necesitara para asegurarse de que no revelaría su secreto.

—No puedo ver mi futuro —respondió al rato con pies de plomo—, pero sí el tuyo.

—¿Qué sentido tiene eso?

—Que tú eres mortal, lo que significa que tu vida ocupa un intervalo de años en el mapa del tiempo. Yo, al ser atemporal, no figuro en él. Esto me permite moverme por los siglos con relativa libertad.

El descubrimiento le había interrumpido el aliento.

Según el modelo de cosmología y física clásica dominante promovido por el genio de Isaac Newton, el tiempo era lineal, uniforme y absoluto. De nuevo Dariy desmentía una creencia sólidamente asentada en el imaginario popular.

El suyo incluido.

—Supongo que tiene sentido —murmuró, pensativa—. Si lo piensas, lo que determina el paso del tiempo es el envejecimiento y la extinción de las cosas. Quien esté exonerado de estas penas capitales existe al margen de la realidad temporal.

Dariy se enorgulleció de su perspicacia y alzó la pipa en señal de brindis.

—Eso es.

—Dices que puedes moverte por los siglos con libertad. ¿Solo por los que han ocurrido, o también por los que aún no han llegado?

—Por todos los que ya hemos superado y los que nos quedan por experimentar —confirmó, y como si le hubiera leído la mente, añadió —: El tiempo no es lineal como proponía Newton, Lenore, y el futuro no es un misterio por descubrir. Todo ha sido ya escrito. Ninguna voluntad, por férrea que sea, puede cambiar el curso de los acontecimientos.

—Y si, por ponerlo de un modo coloquial, ya está todo el pescado vendido, ¿por qué dices entonces que la vida nos guarda sorpresas?

Dariy curvó los labios como si hubiera esperado una réplica semejante.

—Que todo haya sido escrito no significa que lo haya leído. Digamos que la historia del mundo es un libro denso y con un lenguaje muy críptico que solo a veces me animo a hojear, pero que nunca entenderé en su conjunto y que nadie en su sano juicio se sentaría a descifrar. Tú ni siquiera tienes la oportunidad de echarle un vistazo, así que la ilusión de cada una de tus sorpresas te llegará intacta.

—Entonces es cierto que has visto mi vida.

—No toda. La condición de viajero del tiempo no es tan fácil de dominar. No es como si pudiera ver en tus ojos el modo en que se dará cada uno de tus días hasta que te llegue la hora. Si quiero averiguar dónde estarás dentro de diez años, tengo que movilizarme hasta el año 1901 y llevar a cabo una investigación propia de detective privado (buscarte por el mundo entero, en definitiva) hasta encontrarte. Por suerte para mí —continuó con buen humor—, dispongo de todo el tiempo de la eternidad para cumplir la tarea, así que no me supone un gran esfuerzo.

—¿Y lo sabes? —preguntó acongojada—. ¿Sabes dónde estaré en 1901?

—Lo sé —respondió con una pequeña sonrisa—, pero no te lo diré. Como te digo, estaría arruinando la sorpresa, ¿no te parece?

—¿Estaré contigo? —inquirió sin pensar.

La sonrisa de Dariy se suavizó hasta casi desaparecer.

—Ya sabes que yo no figuro en el mapa de la eternidad. Incluso si estuviera contigo, no podría saberlo con certeza puesto que estoy muerto. O, si quieres verlo de otro modo —se corrigió a sabiendas de que Lenore odiaba el recordatorio de su condición—, soy invisible, algo que no forma parte del progreso o el devenir de la sociedad. Pero si tuviera que apostar juzgando por lo que he visto, diría que no. —Le acarició la mejilla con los nudillos y añadió con ternura—: Diría incluso que me has olvidado.

Lenore se tensó.

—Eso es imposible.

—¿Lo es? —Enarcó una ceja y esperó a que Lenore hubiera dejado de boquear en busca de una defensa verosímil para proseguir. No la encontró, por supuesto. No existía modo humano de rebatir las certezas universales que un viajero había visto. Él atrapó un mechón de su pelo entre los dedos y lo acarició, pensativo—. Prueba de que no miento es que cuando viniste a verme ayer ya no olías a biblioteca.

Ella pestañeó extrañada por el cambio de tema.

—¿A qué olía?

—A hombre. —Hizo una pausa para mirarla con afecto—. Al que te amó antes que yo.

Lenore se mordió el labio.

—Oh. Bueno. Sobre eso... —balbuceó. Se ruborizó furiosamente—. Ninguna dama que se precie de serlo debería anunciar algo así, ni con orgullo ni sin él, pero cierto es que no eres mi primer amante. Tienes que comprender que estaba desencantada. Acababas de romper mi corazón, y...

—Estoy curado de todas las pasiones humanas, Lenore —intervino con gentileza—. No es necesario que te preocupes del estado de mi ego. Lo primero que uno aprende cuando se acostumbra a sobrevivir

a todos sus seres queridos es a apreciar lo que se le ofrece durante el tiempo que se le ofrece, sin tratar de hacerlo suyo nunca.

—Pero yo quiero que sepas que no pienso en él cuando estoy contigo.

—Y de seguro tampoco piensas en mí cuando estás con él —repuso con naturalidad. Lenore abrió la boca para defenderse, no sabía si más contrariada o abochornada, pero Dariy la aplacó acariciándole la cara con los dedos—. No te avergüences ni me pidas disculpas. Vivir con el corazón fragmentado es doloroso, especialmente si cada fragmento pertenece a un hombre. La situación empeora cuando se vive en estos tiempos estrictos en los que te ha tocado nacer. Pero amar a más de una persona a la vez reconociendo sus distintas virtudes y sin forzarlas a competir entre ellas es un don maravilloso.

—¿Tú lo tienes? —murmuró.

—No. Mi corazón pertenece a la noche, que es cuando vuelvo a la vida y mi soledad es menos miserable. Eso significa Edward Whishaw para ti. —No era una pregunta—. El lugar al que acudes cuando ya no aguantas ni un segundo más de silencio; el hombre que te salva del en teoría pacífico aislamiento que te has impuesto para no desbordarte.

«No temo al desbordamiento. Si lo hiciera, no te buscaría a ti tampoco», estuvo a punto de espetar, pero le resultó sospechosa su propia determinación a negar que Edward existía, como también el afán por transmitirle a Dariy que él y nadie más era el verdadero objeto de su devoción.

Una parte de ella quería ofrecerle consuelo y pensaba que reivindicando su superioridad respecto a Edward conseguiría alejarlo un paso más del precipicio por el que insistía en arrojarse. Por otro lado, le era antinatural sacar a colación a Edward en una conversación con Dariy, del mismo modo que le resultaría violento mencionar al *homo immortalis* en presencia del inspector. Eran dos realidades opuestas que existían en armonía precisamente porque no se mezclaban, porque a cada uno le correspondía una parcela distinta y un rol diferente en el mapa mental de Lenore.

Pero si se contuvo a la hora de replicar fue, sobre todo, porque él

se habría percatado de la mentira.

Con Edward se desbordaba. Con Dariy no. Esa era la verdad. Lenore se había entregado sin renuencia a la curiosidad y la fascinación que le inspiraba el ser inmortal. Su corazón había sabido desde el principio que nunca estaría en peligro amando a una criatura poderosa, libre, que no exigía y, sobre todo, a salvo de la muerte y la condena del olvido.

Edward era harina de otro costal.

Edward era solo un hombre.

—Amar en el mundo sensible plantea sacrificios que despojan a una mujer de su individualidad. Su carácter y sus sueños desaparecen en el impulso natural pero autodestructivo de dar para contentar al amado hasta quedarse con las manos vacías —contestó en tono neutro, aunque temblaba por dentro—. Y más allá de que la práctica del amor se sustente en la abnegación y la renuncia, es también una empresa que conduce inevitablemente al fracaso, al olvido o a la separación. Todas las relaciones humanas tienen los días contados, si no por la debilidad y las limitaciones del espíritu mortal, por la ineludible amenaza de la Guadaña.

—Desde luego es más cómodo enamorarse de un monstruo inmortal —comentó Dariy con diversión—. Será él quien te vea enfermar, envejecer y morir a ti, en ningún caso tú a él, y para colmo te asegurarás una historia de elevado romanticismo porque de seguro surcará los mares del tiempo para verte aunque sea una última vez.

Lenore se ruborizó al saberse descubierta. Dariy, lejos de ofenderse con sus fantasías egoístas, se compadeció de ella soltando una risa ligera.

Cubrió su mejilla con una caricia.

—¿Ves como no puedes morir, *urechiușă*? —musitó él, abstraído en su contemplación—. Si lo hicieras, serías una pálida e inexpresiva escultura grecorromana. Perderías tu sonrojo.

Lenore se apresuró a agarrarle de la mano.

—Pero ganaría una vida junto al único hombre capaz de provocármelo.

—No soy el único hombre. Ni siquiera un hombre, ¿recuerdas? E

insistes en olvidar que he visto esa vida. Puedo decirte con pleno conocimiento que serás la señora Whishaw y el próximo verano estarás paseando por las calles de Bath con un precioso niño en tus entrañas.

Lenore aguantó la respiración. Se aferró a la mirada de Dariy, a todos esos mundos que contenía, para no pensar ni por un solo segundo en la opinión que le merecía su pronóstico.

—¿Y si muriera? ¿Y si me transformaras?

—Lo que insinúas no es tal y como se da en los libros que has leído... aunque, ahora que lo pienso, en este punto de la historia la literatura vampírica no está ni la mitad de avanzada de como andará en los próximos siglos —se rio él—. El caso es, Lenore, que la vida eterna no es para todo el mundo.

—Pero debe existir un ritual de conversión, ¿no es cierto? —insistió, envalentonada—. Tú fuiste humano antes que inmortal, y fuiste un recién convertido sobreexcitado, alocado y temerario antes de convertirte en una criatura soberana de sí misma. Has debido investigarlo e intentarlo, si no por curiosidad, al menos para no enfrentarte solo a la eternidad. Porque odias la soledad. Puedo verlo. No te habrías arriesgado a todo lo que ha ocurrido después apareciendo en el funeral de mi padre si en el fondo no hubieras ansiado compañía.

Dariy suspiró sin otro remedio. Carecía de sentido negar una verdad semejante.

—Esa es mi condena. Abrigar deseos imposibles. Las veces que he cometido la imprudencia de luchar contra mi sino, las consecuencias han sido nefastas.

—¿Y bien? —lo instó a continuar, viendo que guardaba silencio—. Háblame de esos fracasos. De todas tus vidas.

—Esa sería una conversación muy larga, y tú no estarás aquí para siempre.

—Pero sabes hasta cuándo estaré contigo, ¿no es cierto?

—No. Puesto que soy un elemento anormal y ajeno a la experiencia humana, las horas y días que interactúas conmigo no constan en la crónica de la historia. He de reconocer que cuando te he buscado en el futuro y no te he encontrado enseguida, no he

seguido esforzándome por seguir las pistas —añadió con una sonrisa pueril—. Me he concedido la indulgencia de creer que estabas a mi lado y por eso habías desaparecido.

—¿Quieres decir que has surcado los mares del tiempo para verme una última vez? —probó a bromear, aunque le ardía el pecho de emoción. Aguardó a que él asintiera con solemnidad—. ¿Te guiaba la piedra de luna, navegante?

—No —respondió dulcemente—, pero porque yo te la regalaba antes.

Dariy levantó la mano que había estado descansando sobre su regazo y le mostró la palma. Por obra de un hechizo, o quizá de un espejismo, la piedra de luna que había llamado su atención la primera vez que lo visitó había aparecido en el cuenco de su palma. Bajo la luz artificial de las lamparillas transmitía otra clase de energía, en ningún caso menos mágica.

Lenore aceptó el obsequio con una sonrisa temblorosa, pero no se dejó maravillar con los destellos azulados del mineral. Ahora que sabía, con independencia de lo que sostuviera Dariy, que tenía los días contados, la había embargado la urgencia desesperada de exprimir cada segundo.

Depositó el regalo sobre la mesilla de noche con cuidado y encaró a Dariy seriamente.

—Entonces solo puedes ofrecerme la certeza del ahora —dedujo en voz baja.

—Así es.

—En ese caso, no perdamos el tiempo. —Lenore se abrazó a sus hombros y proyectó todo su peso encima para tenderlo sobre la cama—. Intentemos hacer una eternidad de lo que nos queda de noche.

CAPÍTULO 30

El caso del asesino hematófago acabaría suponiendo un escándalo de proporciones bíblicas. Esa era la verdad. Edward lo sabía porque contaba con una referencia muy reciente del gravísimo problema en el que podía degenerar no poner solución al misterio cuanto antes: otra dramática ristra de homicidios sin resolver al más puro estilo Jack el Destripador saldría por el alto precio de la credibilidad de Scotland Yard.

Edward bien podía ser el humilde inspector adjunto de una comisaría apartada de la mayoría de los crímenes del último asesino en serie, es decir, alguien con limitaciones de cara a la investigación, pero aun así se tomaba la inutilidad del cuerpo como un fracaso personal. Encontrar al causante se había convertido en su primera y única responsabilidad. Sobre todo porque el nexo común entre las víctimas era Lenore.

Una prostituta con la que había alternado la noche anterior. Un pretendiente con el que había bailado la noche anterior. Un médico con el que había coincidido, si no la mañana anterior, un par de días antes. Y, por último, su cuñado, al que, según el testimonio de Isobel, había visto durante una visita inesperada horas antes de su trágica muerte.

El cementerio de Kensal Green no era el lugar indicado para repasar las pistas del caso, pero ni siendo consciente de sus obligaciones para con la viuda, que no eran otras que ofrecerle su consuelo y apoyo, podía detener el engranaje de hipótesis. Al funeral de Percival Bainbridge habían acudido, además de su extensa familia —tenía todo un ejército de primos repartidos por la capital y alrededores—, gran parte de los clientes de su despacho y amigos de su padre.

Edward se había estremecido después de estrecharle la mano al señor Bainbridge. Se había mantenido asombrosamente estable durante el acto ceremonial más traumático que afrontaría en su vida, pero bastaba mirarle a los ojos inyectados en sangre, ausentes, para saber que nunca asumiría el hecho antinatural de haber sobrevivido a su único hijo.

Solo había atinado a pronunciar cinco palabras después de oír el rosario de pésames que Edward había proferido.

—Encuentre al responsable, inspector Whishaw.

Y el inspector Whishaw se lo había prometido con toda la intención de cumplirlo.

La agitación no era exclusiva del padre del difunto. Una mirada en derredor había informado a Edward de los ánimos populares. Empezaba a correrse la voz de que un asesino despiadado le había tomado el testigo al Destripador, con la diferencia de que este no hacía distinciones de clase. Para la Policía Metropolitana, el detalle pasaba desapercibido entre rigurosas descripciones del estado en el que se encontraban los cadáveres, la que era la mayor preocupación. Pero el vulgo estaba interpretando su falta de escrúpulos hacia la burguesía como una señal apocalíptica.

¿Qué clase de individuo perseguía y mataba a un digno abogado, a un cirujano de renombre o al propietario de una fábrica de muebles?

En comisaría habían barajado toda suerte de teorías para explicar sus motivaciones: desde el resentimiento hacia el privilegio de clase, como había proclamado el inspector jefe Mandeville, hasta que se trataba de un pretendiente de Lenore que no había podido soportar el rechazo. Esta última hipótesis la sostenía él, inspirado por el misterio que giraba en torno al presunto amante que le había mencionado Isobel y del que aún no tenía la menor noticia.

Huelga decir que no la había compartido con su superior, preocupado por el modo en que pudieran tratar a Lenore.

Al menos no veía periodistas en las proximidades, se consoló. Edward había vigilado con detenimiento el trasiego de los asistentes, cómo y con quién interactuaban, y no había observado en nadie la ambición carente de conciencia de quienes ejercían la profesión

comunicadora. Edward despreciaba con todo su ser a los redactores de artículos, todos ellos oportunistas entregados al sensacionalismo o, peor, simples y llanos embusteros que venderían a su propia sangre con tal de encontrar una exclusiva. Pocos había con una verdadera vocación por informar y advertir a los lectores. La mayoría iba por el mundo convencida de que husmear sin invitación en vidas ajenas y meter el dedo en la herida estaba justificado si se hacía en el nombre de la libertad de prensa.

El hombre honrado que era defendía que la ciudadanía estaba en su derecho de conocer la gravedad del caso. De hallarse en los zapatos de alguno de los asistentes al funeral, Edward jamás perdonaría a los dirigentes de la institución policial, como tampoco a los altos cargos del gobierno, por no haber sido puesto sobre aviso de la amenaza que pendía sobre sus cabezas. Pero el agente que había en él debía adherirse a la máxima de Scotland Yard —la discreción— y proteger el secreto del Hematófago a toda costa para que no cundiera el pánico en las calles.

Podía consolarse con que al menos él tenía la dudosa suerte de conocer los detalles. Esto le había permitido tomar cartas en el asunto imponiendo un riguroso toque de queda a su madre y a sus hermanas.

También había listado lo que no podrían hacer bajo ningún concepto.

Abrir la puerta a extraños, entre otras cosas.

—¿Y qué esperas que haga aquí encerrada todo el santo día? —había refunfuñado Seraphina, dejándose caer con dramatismo en el sillón. Con los brazos cruzados recalcó su frustración—: ¡Los vecinos van a pensar que nos hemos vuelto unos ermitaños!

—Que lo piensen —había zanjado él—. No debería extrañarle a nadie que se os hubiera contagiado el carácter gruñón y solitario de un padre escritor.

Seraphina sería difícil de meter en cintura una vez cumpliera la mayoría de edad, pero mientras tuviera quince años, habría de someterse a sus órdenes. Ophelia era más razonable; había salido a su madre. Ambas se limitaron a asentir y no hacer más preguntas.

A quien no podía proteger era a Lenore, porque Lenore sí era

libre. Y si además era indirectamente responsable de los casos, sería objeto de un escrutinio policial del que tampoco podría ponerla a resguardo.

Edward lanzó una mirada turbada en su dirección. Se ablandó al verla estrechar manos y regalar sonrisas de circunstancia a quienes se acercaban a consolar a la viuda. Isobel no estaba en condiciones de atender a toda la parentela Bainbridge, y Lenore, encantada de ser de ayuda por una vez, había adoptado solemnemente el papel de anfitriona.

El concepto de «ser anfitriona de un funeral» entristeció a Edward, por Isobel y por Lenore. Ninguna de las dos había tenido una vida fácil. Justo cuando parecía que el destino le empezaba a sonreír a la primogénita, sufría una pérdida irreversible.

Había querido ser prudente y no atosigarla, pero la compasión acabó convenciéndole de abandonar el puesto de vigía.

En el camino de acercarse a Isobel trató de medir los ánimos. No había tenido que desempolvar las prendas de luto para la ocasión. Ya lo estaba vistiendo con el obligado rigor tras el fallecimiento de su padre. Incluso de negro de la cabeza a los pies, con un sencillo moño en la nuca y ni un toque de maquillaje en las mejillas, Isobel irradiaba la clase de belleza de otro tiempo que hipnotizaba a los frívolos e intimidaba a los sabios.

—Bells —la llamó en voz baja.

Ella giró la cabeza en su dirección.

Tenía los ojos tan secos que se le había enrojecido el cerco de los párpados. Su mirada estaba completamente despejada, como si haber sido testigo del crimen le hubiera revelado una dimensión del mundo que permanecía oculta para los demás. Edward sabía que el dolor era una experiencia transformadora, pero a Isobel no la había cambiado; la había despertado.

Aunque parecía impaciente por marcharse de allí y estaba exhibiendo una actitud huraña del todo impropia de sus exquisitos modales, todavía sabía guardar las apariencias.

—A ti te estaba buscando —dijo ella con aplomo—. Gracias a la colaboración de Noor puedo abstraerme un rato de esta locura y sentarme a hablar contigo.

—¿Sobre Percy?

—Sobre el asesinato, sí.

Le impactó que pudiera señalar la tragedia como si le hubiera ocurrido a otro.

Debía de estar fuera de sí, se lamentó Edward. Si algo había observado en la educación de las jóvenes, era que les enseñaban a mencionar los asuntos peliagudos siempre de soslayo o con eufemismos. Las instaban a desaprender las palabras que podrían impregnar sus discursos de un exceso de pasión o, no lo quisiera Dios, de una opinión política. Una señorita no podía nombrar las cosas por su nombre si esas cosas corrían el riesgo de afearla o restarle elegancia.

—La información que proporcionaste al cuerpo sobre el estado en el que lo hallaste fue más que suficiente, Bells —la aplacó él—. Gracias a ti podremos avanzar en la investigación a pasos agigantados. No es necesario que te fuerces a revivir semejante fatalidad... y, además, no creo que este sea el momento de ahondar en la criminalística de la tragedia.

Isobel le sostuvo la mirada sin cambiar de expresión.

—Pensaba que a las viudas, aunque fuera por piedad, se les concedía algún que otro capricho, pero ya veo que están tan obligadas a callar y otorgar como las mujeres casadas.

—¡Por supuesto que no! —Tragó saliva, escarmentado. Él no se dio cuenta, pero escudriñó el rostro de su amiga de la infancia con recelo, como si de pronto la temiese. Y qué sabio temer a una joven herida—. Si es lo que deseas, hablaremos. Claro que sí.

Sin mayor dilación, Isobel pasó por su lado con seguridad en busca de un espacio algo más retirado. Los asistentes al funeral, empezando por el padre del difunto y terminando por el barón Fellowes —a cuál más conservador—, no le perdonarían a la doliente la osadía de descuidar su puesto.

Pero, según parecía, a la viuda habían dejado de importarle las convenciones sociales de la noche a la mañana.

¿Cómo culparla? No había nada más radical que vivir una experiencia extrema para invitar a un sujeto a reordenar sus prioridades.

La noche ya había volcado su cortejo de sombras sobre el cementerio. Isobel se refugió bajo las ramas de un cedro viejo y allí, protegida de la mirada general, lo encaró con los brazos cruzados.

—Entiendo que se ha podido enterrar a mi marido dos días después de su muerte porque se le realizó el pertinente estudio forense y las pruebas extraídas fueron concluyentes —señaló en tono interrogante.

Edward no habría osado decirle que aquello era información confidencial.

—Así es. —Cambió el peso de pierna, incómodo—. El doctor Winthrop es el profesional médico-forense al cargo de los crímenes relacionados con este asesino, al que a falta de un nombre hemos empezado a llamar el Hematófago. Winthrop, como te decía, ha sido quien ha dirigido las autopsias y determinado también las causas de la muerte de las tres víctimas anteriores.

Isobel asintió en silencio.

Por supuesto, ya estaba en posesión de estos y muchos más datos sensibles. Después de cometer la imprudencia de invitarla a levantar el cadáver de Jane Mansfield, Edward no había podido ocultarle los avances del criminal.

Bajo la condición de guardarse los detalles para sí, conversaron sobre algunas particularidades del caso la tarde que la requirió en su vivienda para cuidar de Lenore.

—¿Qué vio? —quiso saber ella.

Él esbozó una sonrisa entre perpleja y preocupada.

—¿Disculpa?

—¿Qué vio en la autopsia? ¿Cómo murió Percy? ¿Cómo murió mi marido?

La voz le tembló al repetir la pregunta.

Edward tuvo que apiadarse de sus sentimientos.

—Verás, Bells... —empezó para ganar tiempo. No podía utilizar con ella el lenguaje técnico que empleaban en comisaría, de una frialdad escalofriante. No se trataba de un simple cadáver, sino del hombre con el que había compartido su cama, su vida, sus sueños —. Según el doctor Winthrop, Percy...

Como si le hubiera leído la mente, Isobel alzó la mano y lo

interrumpió.

—Te ruego que no te andes con rodeos. A estas alturas no tiene sentido proteger mi sensibilidad. Nada de lo que puedas decir va a superar la impresión que sufrí al verlo.

—Tienes razón. Lo siento. —Se aclaró la garganta—. El caso de Percival presenta una diferencia respecto de las víctimas que le preceden, si bien el cuerpo de policía avala que el sospechoso es el mismo. Las tres primeras fueron asesinadas antes de drenarles la sangre: Mansfield mediante asfixia, Paulson con veneno, Barnes por embolia aérea. La causa de la muerte de tu marido, en cambio, fue el desangramiento. Se le practicó una incisión que el doctor Winthrop describió como «propia de un profesional de la medicina» a la altura de la vena aorta. Colocándolo en la postura que observaste, es decir... tumbado boca abajo —continuó, no sin dificultad. Se había comprometido a mirarla a los ojos durante toda la exposición—, facilitó el goteo constante de sangre. Si es esto lo que quieres saber, me temo, Bells, que la suya fue una muerte dolorosa.

Isobel hizo un esfuerzo por tragar saliva y no agachar la cabeza, como siempre digna hasta el final. Edward sintió un ramalazo de cariño hacia ella, pero por el bien de su reputación procuró resistir el impulso de abrazarla.

—¿Crees que tuvo miedo, Edward?

—No sé si soy la persona indicada para...

—Debió pasarlo —se respondió ella misma con un hilo de voz—. ¿Cuánto tiempo puede tardar un hombre en desangrarse si la incisión es casi inapreciable? ¿Cinco horas? ¿Siete? Suficiente para llenarse la copa más de cien veces...

Edward palideció.

—¿Cómo te has enterado de lo de la copa?

—Los criados me contaron que habían visto una copa de brandy con restos de fluido humano después de limpiar el salón.

Esta vez no pudo soportar el deseo de consolarla y la tomó de la mano. Si a él le había estremecido leer aquello en el parte, no quería ni imaginarse cómo lo habría recibido Isobel.

—¿Qué motivos crees que podría tener un asesino para servirse la

sangre de la víctima en una copa, más allá de porque sea un auténtico degenerado? La alfombra estaba empapada, lo que significa que de los siete litros que tiene el cuerpo humano solo dos o tres sirvieron a su propósito, pero... —Calló invadido por la vergüenza—. Perdóname, Bells. No debería ser tan explícito ni compartir contigo los detalles escabrosos.

—No te disculpes. Necesito todos los datos antes de hacer la acusación.

—Por supuesto, por supuesto. No te mentiré: por más descabellado que suene, hemos barajado la posibilidad de que sea un trastornado mental con la fijación de beber sangre. No sería el primer caso documentado. En torno a los sesenta, en el barrio de Clapham se popularizó la leyenda de un agresor que atacaba a mujeres y trataba de lamer su sangre; en los años veinte, Nicholas Redferm, natural de Nottingham, fue procesado por atacar a un campesino y probar a beber de su herida... —Se interrumpió tan pronto como asimiló el comentario de Isobel—. Un momento. ¿Has dicho «hacer la acusación»? ¿Contra quién?

Ella desvió la mirada a sus manos, entrelazadas sobre el regazo. Llevaba la alianza de su matrimonio encima de los guantes de satén negros. Edward pensó que se había venido abajo la fachada de viuda compuesta y se preparó para consolarla en el caso de sufrir un acceso de lágrimas.

Se equivocaba. Isobel solo estaba buscando el coraje para sincerarse.

—Apuesto a que no me creerás —murmuró—, a que incluso pensarás que he perdido el juicio. Aun así, contarte la verdad es mi deber para con la sociedad de Londres, un acto de justicia por el asesinato de mi marido y, ante todo, una medida necesaria para la protección Lenore.

—¿Lenore? —repitió con un nudo en la garganta. Apretó la mano que no le había soltado. Incluso cubierta pudorosamente con el guante, la notaba fría como un témpano—. ¿Qué ocurre con Lenore? ¿Crees que está implicada de alguna manera?

Ella sacudió la cabeza.

—No está implicada en los asesinatos en sí, pero sospecho que

ha... compartido intimidad con el responsable. Tratándose de un sujeto tan impredecible y traicionero, no me extrañaría que mi hermana fuera su próxima víctima. Y por lo que entendí de todo lo que me dijo esa noche, ella tampoco descarta la posibilidad. Edward —lo llamó para cerciorarse de que permanecía en el momento presente y le prestaba la debida atención. Él había desviado la vista hacia la pálida y sudorosa Lenore, a la que se notaba visiblemente arrepentida (o al menos cansada) de haber adoptado el rol de anfitriona—. Edward, escúchame.

Pestañeó varias veces y le apretó la mano de nuevo en señal de ánimo.

—Sí, sí... —balbuceó—. Te escucho.

Isobel cubrió la mano masculina con la otra y esperó a tenerlo amarrado por la curiosidad.

—Voy a decirte primero dónde puedes encontrar las pruebas y más adelante resumiré la que es mi hipótesis. En la casa familiar, en Great Ormond Street —comenzó muy despacio—, mi padre tenía un sótano o laboratorio secreto, como desees llamarlo. A él se accede bajando por una trampilla oculta bajo la alfombra de su sala de uso personal. Lenore y yo lo descubrimos la otra noche y, movidas por la perplejidad, echamos un vistazo al material que allí alojaba. También a su cuaderno de notas. —Hizo una pausa para coger aire—. Por lo visto, paralelamente a su honrado trabajo en el hospital, había estado llevando a cabo una investigación sobre una... criatura que presentaba ciertas anormalidades en su constitución. Todos los experimentos que realizó a su costa están recogidos con rigor científico en el documento que te digo y que ahora mismo está en poder de Lenore.

—De acuerdo —asintió muy despacio—. No sé muy bien a dónde quieres ir a parar.

—¿No? ¿No puedes imaginarte de qué anormalidades hablo? Recuerda las últimas palabras que profirió mi padre en su lecho de muerte; te las transmití, ¿o las has olvidado? —Edward sacudió la cabeza con energía. Por supuesto que no lo había olvidado—. Recuerda el repentino interés de Lenore por los *penny dreadfuls* de Varney. Recuerda que se escapaba sola por las noches para citarse

con alguien a quien debía mantener en secreto. Recuerda cuánto te extrañó que se relacionara con el doctor Winthrop. Según me comentó Noor, ambos han estado estudiando juntos una enfermedad anómala e incurable cuya singularidad reside en que las bacterias son inmortales. Como quien las porta.

Edward tardó en reaccionar y, cuando lo hizo, apenas consiguió esbozar una sonrisa incrédula.

—¿Qué me estás queriendo decir? ¿Que el asesino es un vampiro?

Isobel no se reía.

—¿Por qué iba a drenar la sangre de sus víctimas, si no? Yo estuve en ese sótano, Edward, igual que estuve en el salón cuando el cuerpo de Percy aún no se había enfriado. Tanto el laboratorio secreto como mi casa habían sido conquistados por una insólita negrura. La sala de estar ya no era la sala de estar, sino un cementerio, un terreno estéril. Había un ambiente sombrío y un silencio que chirriaba en los oídos, como si por allí hubiera pasado la muerte... Creo que Lenore encontró al asesino antes de que empezara a matar —sentenció— y ahora lo protege porque está enamorada de él.

—Eso es imposible —espetó Edward. No se percató de que había respondido lo mismo, y con idéntica impotencia, que cuando Isobel lo afirmó la primera vez—. Lenore y yo estamos... No con exactitud, no de palabra, pero está implícito que nos hemos prometido. Vino a mi casa, vino a... —La mente se le quedó en blanco recordando el estado catatónico en el que la recogió de la calle—. ¿Crees que se presentó en mi puerta huyendo de él? Cierto es que estaba ida, estaba... —Apretó los labios—. No le hizo daño físico o de lo contrario yo lo habría notado, pero...

Edward buscó con la mirada desenfocada a Lenore.

El impacto de la noticia lo había mareado.

Rehusaba aprobar la rocambolesca teoría de que un vampiro se paseaba a sus anchas por Londres, pero, de alguna manera, y por más apegado a la ciencia que estuviera su raciocinio, cuando la señorita Nightingale entraba en la conversación sentía que todo era posible.

Fue a responder que, en todo caso, el hombre del que estaba

enamorada era Reuben Winthrop, con quien le había observado una complicidad sospechosa. Pero como si Dios hubiera querido ayudarlo a quitarse la venda de los ojos, en ese momento se propició una escena que no dejó lugar para las dudas.

Junto con la caída definitiva del telón crepuscular, que había expulsado todo atisbo de claridad diurna, había llegado un último caballero a presentar sus respetos. Largo gabán de cuero negro, impecable sombrero de copa y una sola flor de acónito atrapada entre los dedos.

Lo primero que pensó fue que las flores de acónito habían envenenado a Samuel Paulson.

Lo segundo que pensó fue que había visto a aquel tipo antes.

«En el funeral del doctor Nightingale», se respondió. Durante la ceremonia, Edward estuvo más pendiente de Lenore y de las necesidades que pudiera manifestar que del sermón del hombre de Dios. Fue así como captó que ella se erguía con curiosidad al ver aparecer al misterioso sujeto, también armado con una flor de acónito.

No había olvidado, tampoco, que tras el funeral salió corriendo detrás de él como si se hubiera llevado su vida en el bolsillo.

Edward observó con el aliento suspendido que el invitado tardío arrojaba la flor al foso. No se aproximó a Lenore. Cada uno estaba en un extremo de la tierra revuelta donde se había depositado el féretro, y, si no el desconocimiento de no haberse tratado antes, al menos la oscuridad debería haberles impedido reconocerse.

Pero se reconocieron igual que si sus cuerpos estuvieran imantados.

Ella levantó la cabeza hacia él para mirarlo a la cara sin miedo y sin decoro, como miraban las mujeres libres a sus amantes, y él solo acarició el borde del ala del sombrero en un gesto que, más que educado, pareció un mensaje romántico en una lengua que solo entendían ellos.

Edward sintió que la tierra se abría bajo sus pies.

¿Cómo había estado tan equivocado? Tal vez en el futuro podría perdonarse la ignorancia con un sencillo pretexto: no le constaba que Lenore, el caballero y él hubieran coincidido una sola vez más

en espacio y tiempo, o de lo contrario habría captado al vuelo la complicidad entre ambos.

Si Isobel estaba en lo cierto —y empezaba a pensar que así era—, aquella aparición estelar sumada a la mirada de los enamorados significaba que había encontrado al asesino y que Lenore era cómplice. Y aunque lo primero debería haberle instado a cantar victoria, lo único que Edward sintió fue que se le rompía el corazón.

Lo habían engañado miserablemente. En todos los sentidos.

Por un delirante momento, las víctimas dejaron de existir para él. Solo veía la impresionante figura masculina pintada de negro, el hecho de que el cuerpo de Lenore se orientaba hacia él con independencia de adónde se moviera, igual que una brújula apuntaba al norte.

Agarrado a los puños para reprimir un acceso de ira ciega, Edward echó a andar hacia ella sin saber muy bien qué haría, qué le diría. La estrangularía por embustera y seductora... O le preguntaría por qué. O no abriría la boca y dejaría que fuera su mirada la que la pusiera en el conocimiento de que lo sabía todo.

No tuvo ocasión.

No había dado ni cinco pasos en su dirección cuando Lenore se desplomó.

El corazón le brincó en el pecho. Oyó la exclamación histérica de Isobel a su espalda y la agitación que sembró en el grupo el desmayo repentino.

Con la mente ahora en blanco por el dominio de la preocupación, Edward echó a correr hacia ella. Por suerte, la habían tomado en brazos antes de que su cuerpo tocara el suelo, evitando una catástrofe aún mayor.

—¿Qué ha ocurrido? —exigió saber sin aliento.

Se estremeció al comprobar su estado.

No había tenido la oportunidad de saludarla a su llegada, y aunque ya de lejos parecía pálida y cansada, ahora que se inclinaba sobre ella podía apreciar que la distancia no le había hecho justicia a su malestar. Tenía un aspecto cadavérico: se le transparentaban las venas de la mandíbula y los párpados. El sudor le había empapado el cuello del vestido.

Edward retiró la mano de su frente tan rápido como la había posado.

—Tiene fiebre —confirmó el hombre que le había evitado la caída. No era otro que el médico al que había declarado en secreto su mayor enemigo durante tiempo limitado: Reuben Winthrop.

Edward lo miró a la cara con el corazón en un puño.

—¿Y qué significa eso?

—Por lo general... que la paciente tiene una infección.

CAPÍTULO 31

Dos días habían transcurrido desde el desmayo de Lenore. Dos días en los que ni Edward, ni Isobel ni la familia Loxley se habían movido de su lado, desoyendo las órdenes explícitas del doctor Winthrop. Aún estaba por verse si su enfermedad podía contagiarse por vía aérea, pero, por lo pronto, parentela, amigos y servicio de la casa de Hampstead Heath tenían terminantemente prohibido entrar en contacto con los fluidos de Lenore.

Su estado físico había degenerado con alarmante precocidad. El médico había hecho visitas regulares a horas intempestivas, las que le quedaban libres después de atender su puesto en el hospital, para barajar diagnósticos y extraer muestras para comparar con «una compleja bacteria que andaba estudiando por su cuenta». Basándose en el hecho de que Lenore no hubiera vuelto a recuperar la conciencia y compartiese el cuadro clínico, había aventurado que podría haber contraído la enfermedad que se llevó al doctor Nightingale.

A lo largo de este par de jornadas críticas, Edward había recibido avisos por parte de sus compañeros de la comisaría. Luego, una amenaza con todas las de ley: si no regresaba cuanto antes y se ponía a trabajar, se las vería con Mandeville en persona, y entonces descubriría cómo y por qué había llegado a lo más alto pese a presentarse como un tipo dicharachero. Edward había replicado a estas advertencias, a cuál más impaciente, con una breve carta que de seguro le habría arqueado la ceja a su superior. En ella se había comprometido a volver en cuanto Lenore exhibiera un solo signo de recuperación. Esta vez no había recalcado que se tratara de su prometida, puesto que no estaba seguro ni de que su propuesta

siguiera en pie ni de que a la joven le interesara en lo más remoto, pero sí se había mostrado tajante.

Mandeville había contestado a su provocación con dos líneas de gran elocuencia.

> Le permito el atrevimiento porque el asesino no ha vuelto a actuar, Whishaw.
>
> Pero demórese un día más en volver y descubrirá que su escritorio ha sido ocupado por un joven imberbe al que aún no se le ha apagado la luz de los ojos.

Por desgracia, ese tercer y último amanecer de gracia había llegado y Lenore seguía postrada en la cama. Isobel y Theresa trabajaban de sol a sol a la manera de las feligresas —murmurando rosarios— para acelerar su recuperación. La primera llevaba cuarenta y ocho horas sin pegar ojo, y la segunda estaba además contactando a todos los referentes médicos de Londres y sus alrededores en busca de una opinión clínica algo menos pesimista que la de Winthrop.

No se podía decir que el especialista no se hubiera volcado con ella al principio, pero la paciente empeoraba a un ritmo vertiginoso que agotaría la esperanza del más optimista. Al cabo de un primer día de dedicación absoluta, Reuben había establecido que se hallaba en la antesala de la muerte y había pretendido marcharse al hospital sin mayor dilación.

No había logrado desembarazarse de su obligación tan fácilmente. El barón Fellowes le había instado a permanecer a un lado de su cama, examinándola de todas las formas en que pudiera y debiera ser examinada, por si acaso se le hubiera olvidado anotar un ligero síntoma de mejora.

Cuando llegó la tarde del día tres, el doctor Winthrop salía del dormitorio de Lenore tras una última y concienzuda revisión. Bajó al salón principal para encontrarse con los familiares, ante los que se presentó limpiándose las manos con un paño húmedo. Una vez terminó de asearse, y en lugar de preguntarle a un criado dónde depositarla, arrojó la tela con desdén en el lugar que le pareció

oportuno: sobre un jarrón importado de China que no cayó a la alfombra de milagro.

—¿Y bien? —lo apremió Humbert al ver que, en vez de pronunciarse, se detenía a admirar uno de los cuadros del pasillo.

La colección de arte del aristócrata no debía de impresionarlo, porque torció la boca con desagrado. Tardó en mirar al barón, y cuando lo hizo se ocupó de traslucir su irritación.

—Tal y como advertí tras el primer reconocimiento —recalcó—, ha contraído la misma enfermedad que su difunto padre. Es decir, su difunto yerno —se corrigió con un aspaviento impaciente—. Las manchas cerúleas no han tardado en manifestarse. Era cuestión de tiempo que la bacteria desplegara el resto de sus trucos.

—¿Cuál es el tratamiento? —quiso saber Edward.

Era el único que se había atrevido a preguntarlo porque era el único que no había visto languidecer sin remedio posible al doctor Nightingale. Isobel y el barón, que sí habían observado su padecimiento de principio a fin, habían palidecido con el diagnóstico.

Winthrop le transmitió con una mirada incrédula lo que pensaba sobre su ingenuidad.

—Desde el fallecimiento del doctor apenas se han cumplido cinco o seis semanas, inspector. De seguro sabe que es tiempo insuficiente para elaborar un antídoto.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Quiero decir que la paciente se halla en estado crítico. Y voy a decir otra cosa —añadió en voz alta. Miró a Humbert, a Isobel y a Edward respectivamente para asegurarse de que quedaba claro—. No soy un médico particular, dama y caballeros. Soy el profesional de un hospital público y coopero de manera puntual con expertos forenses porque estoy al servicio de la comunidad. De cara a las revisiones de la paciente y sugerencias sobre su tratamiento, les animo a buscar otro especialista.

Sin pena ni gloria, Winthrop pasó por el lado de Humbert y del inspector con toda la intención de abandonar a Lenore a su suerte.

Edward no pudo permitirlo y lo agarró del brazo.

—Seguro que se puede hacer algo. Cuando el doctor Nightingale enfermó, aún se desconocía la dolencia exacta. Ahora que se tienen

más referencias, quizá puede probar con... —El desconocimiento le obligó a interrumpirse—. Debe de haber alguna forma de proceder.

Winthrop posó primero la mirada en la mano que le agarraba el antebrazo y después dirigió su ceja enarcada al inspector adjunto.

El médico tenía una mirada directa, casi grosera, pero por eso mismo terriblemente franca. Tan franca que el miedo estuvo a punto de impedirle devolvérsela.

No soportaba ver escrito en aquel rostro impávido el futuro truncado de Lenore.

—Dieta reconstituyente de leche fresca y carnes rojas, reposo absoluto en un entorno fresco y seco, inhalaciones de alquitrán o trementina, bálsamo de yodo y, quizá, algún baño frío para salvar un pico de fiebre —citó en tono monótono—. El pronóstico, no obstante, sigue siendo desafortunado. —Se deshizo del agarre desesperado de Edward y le dirigió una venia desganada—. Mis condolencias.

El médico no llegó a reemprender el camino al recibidor. Guiado por otro impulso superior a sus fuerzas, Edward volvió a detenerlo, esta vez sujetándolo del hombro con firmeza.

—No puede marcharse así, sin más —masculló entre dientes—. ¿Qué clase de médico es usted, que se rinde con tanta facilidad?

Winthrop lanzó una mirada de hastío al techo.

—Oiga... Lo siento en el alma por su queridísima señorita Nightingale, pero hay un hospital atestado de niños tuberculosos e impedidos esperando mi regreso. Igual que esta es su prioridad, la mía está en otra parte.

—Dudo que esos niños salieran adelante incluso si gozaran de su inestimable dedicación. Por lo que tengo entendido, la tuberculosis tiene tan poco remedio como la enfermedad de Gulliver. —Añadió una amenaza velada—: Se le requiere al pie de la cama de Lenore, doctor.

El médico puso los ojos en blanco, un gesto que reavivó su vieja antipatía.

«Este miserable no tiene corazón», pensó, rabioso.

—Lenore, amigo mío —contestó con retintín—, tiene los días contados. No voy a quedarme aplicando paños fríos a una damita

que se ha ganado a pulso su situación actual por meter las narices donde no la llaman sin las pertinentes precauciones. Resulta que hay quienes enferman por mala suerte o capricho de otros; inhalan vapores en fábricas de jabón o sufren mutilaciones por cortesía de máquinas textiles que no están en edad (ni tienen la habilidad) de dirigir. Resulta, también, que al menos estas criaturas inspiran mi compasión. Pero ¿qué digo? —se rio entre dientes—. ¡Si esto a usted le importa un rábano! Déjenme explicarlo en términos monetarios, que de seguro entenderán mejor. La economía del reino depende de que salve la vida de estas infancias, porque ¿qué niño menor de diez años le desatascará la chimenea o trabajará dieciocho horas en la fábrica a la que encarga usted sus lujosos capotes de lana sino alguno de mis jóvenes pacientes? —apostilló, y acto seguido extendió los brazos—. ¡Si lo hago por ustedes, mis queridos amigos del *beau monde*!

Aunque su tono era burlón, la dureza de su crítica no le pasó desapercibida.

Por desgracia, Winthrop no se equivocaba. Todo lo que no fuera salvar a Lenore le importaba un rábano.

Edward lo agarró por la pechera de la camisa y lo sacudió con virulencia.

—Escúcheme, matasanos del tres al cuarto. No va a poner usted un pie en la calle mientras Lenore corra peligro de muerte, ¿me oye? Si lo que teme es que no podamos igualar el salario que le pagan en Great Ormond Street, le aseguro aquí y ahora que se lo duplicaremos y hasta triplicaremos si obra un milagro.

El doctor Winthrop ni se había inmutado con su expresión de violencia. Esbozó una sonrisa desdeñosa que dejaba muy clara su posición: si no le devolvía el ataque a Edward, era no ya en deferencia a la dama presente o a la buena educación, sino porque prefería atender a un solo moribundo en vez de a dos.

—No espero que un burguesito de su calibre lo entienda, pero hay a quienes no nos mueve el dinero, sino el sentido de la justicia. La vida de una señoritinga, para colmo futura esposa de un sucio yardero, no vale más que la de un deshollinador.

Aquella fue la gota que colmó el vaso. El cúmulo de nervios,

impotencia y desesperación que había estado alimentando a lo largo de los días se impuso a la razón y le soltó al médico un puñetazo que lo habría dejado tiritando si no le hubiera igualado en estatura y fortaleza de carácter.

Para su sorpresa, Winthrop soltó una carcajada demente. Frotándose la mejilla afectada, le lanzó una mirada divertida al inspector. Edward no tuvo tiempo de defenderse del puñetazo que le borró el sentido común de un plumazo.

Había estudiado las bases del boxeo reglado de Queensberry, y cuando se había movido en círculos de esgrima, también había probado el *savate* francés. Pero, por lo visto, Winthrop se había curtido en espacios mucho menos preocupados por la técnica y más centrados en matar al contrincante con el menor número de golpes posible.

Edward retrocedió varios pasos, aturdido. Todavía no se había recuperado e iba a abalanzarse sobre el doctor, esta vez haciendo acopio del odio que había sentido creyendo que era el enamorado de Lenore para dejarlo inválido.

Isobel se interpuso entre los dos con expresión sombría.

—¡Basta! ¡Parece mentira que sean ustedes dos caballeros, y, para colmo, con nobles dedicaciones! ¿No ha consagrado usted la vida a curar enfermos? ¿Cómo justifica ser quien los mande de cabeza a una camilla? Y tú, Edward, se supone que proteges al pueblo. ¡No estaría de más que lo demostraras! ¡Sobre todo en esta coyuntura tan difícil!

—Mis disculpas, señora Bainbridge. —Winthrop hizo una reverencia burlona—. Es solo que me ha dado la impresión de que se me estaba impidiendo salir de aquí y me he puesto un poco nervioso.

—No le voy a forzar a continuar el tratamiento si no es su deseo, doctor, pero sí le rogaría que mandara a un sustituto para velar por mi hermana. Y no estaría de más que me explicara a qué ha querido referirse con su desafortunado comentario —añadió en tensión. Se estaba controlando para no prodigarle el mismo trato que Edward—. Eso de que «Lenore se lo ha ganado a pulso».

—Verá, señora. La jovencita estaba jugando con unas muestras de

fluidos altamente tóxicos cuando la sorprendí en el laboratorio del doctor Nightingale. Me ofreció formar parte de su investigación, así que comprobé de primera mano que la bacteria que la ha contagiado no es moco de pavo. ¿Qué símil puedo hacer para que me entienda una dama de tan elevada cultura como usted? Ah, sí... —Chasqueó los dedos—. La señorita Nightingale voló demasiado cerca del sol y se quemó.

—¿Y por qué no se ha quemado usted? —le ladró Edward.

—Porque yo suelo tomar las precauciones necesarias, inspector. Llámelo deseo de conservación, si le place. —Su expresión adquirió un aire tenebroso—. Sabe Dios que, de eso, la señorita Nightingale no goza en abundancia.

—¡Lárguese! —rugió Humbert. Todos los presentes se quedaron de una sola pieza, más aún al girarse a mirarlo y descubrir que había enrojecido hasta las orejas. Le había señalado la puerta al doctor con una mano que, de haber dirigido contra él, le habría causado lesiones irreversibles—. ¡Bajo mi techo no va a andar difamando a mi nieta!

El doctor le sostuvo la mirada al propietario de la casa con un rastro de socarronería del todo inadmisible dadas las circunstancias. En apariencia encantado con el modo en que se habían desarrollado los acontecimientos, le dedicó un asentimiento que pretendía ser una reverencia burlona. Luego echó un vistazo al resto de los presentes y sonrió para su coleto.

—No se lo tome tan a pecho, barón, pues esta cualidad de la señorita Nightingale es intrínseca a las clases altas. Ninguno de ustedes sobreviviría ni cinco minutos en el mundo real. Ella por lo menos era consciente de las limitaciones de sus privilegios. —Se dio la vuelta y echó a andar con elegancia hacia la salida. Todos se habían quedado helados con el uso del pretérito. Lenore *era*—. Muy buenas tardes.

Edward y Humbert le vieron partir con impotencia, el primero apretando los puños y el segundo haciendo acopio de sus buenos modales para no salir detrás de él como un vulgar matón. Hasta que el mayordomo no cerró la puerta y se disculpó en nombre del visitante con una reverencia aprensiva, nadie osó mover un músculo.

—Con su permiso, relevaré a la baronesa durante la próxima hora —anunció Edward al cabo de un largo silencio.

Humbert se había quedado mirando hacia la puerta con un desvalimiento impropio de su carácter. El diagnóstico de Winthrop le había envejecido las facciones, de por sí endurecidas por la preocupación. Apenas atinó a darle su beneplácito con un cabeceo distante. Parecía estar vivo solo a medias.

Edward intercambió una mirada rápida con la no menos afectada Isobel. Esperó a que la nieta se acercara a consolar al pariente para subir las escaleras al dormitorio.

Nada más empujar la puerta de la habitación enrarecida por la enfermedad, se topó con una escena sobrecogedora que solo podía describirse como la antesala de la muerte. Theresa estaba sentada lejos de la cama de Lenore, una de las primeras medidas cautelares impuestas por el médico, pero orientaba hacia ella el cuerpo y las manos unidas en un rezo. En el escalofriante silencio del dormitorio, el eco de las oraciones de la baronesa adquiría un deje siniestro.

No se consideraba un hombre particularmente espiritual, pero sabía que tenían que agotar hasta el último recurso para invocar la mejoría. Odió interrumpir, pues, tocando con los nudillos.

Theresa esperó a haber terminado la última vuelta al rosario y se enderezó para sonreírle con moderación.

—Edward, querido.

—Milady —la saludó afectuosamente.

—He oído gritos. ¿Qué ha ocurrido?

—Nada que sea más importante que esto. Gracias por cuidarla.

—Oh, no digas idioteces. Es mi familia, al fin y al cabo —un suspiro le relajó la tensión de los hombros. Se recostó contra el respaldo revelando el cansancio de los últimos días. Miraba a Lenore con afecto resignado—, y lo cierto es que tengo experiencia cuidando de los enfermos. —Alzó la vista hacia él con expresión triste—. Pasé gran parte de mi infancia arrodillada a los pies de la cama de mi madre. En aquel entonces no sabía qué enfermedad padecía, ¿sabes? Mi padre ganaba lo justo para mantenernos, pero durante mucho tiempo no pudimos permitirnos una consulta médica que arrojara luz a la cuestión. El caso es que madre adolecía de una

especie de manía que, cuando no le inducía delirios y alucinaciones, la atacaba con una tristeza insondable que la postraba en el dormitorio. Los paños fríos y los baños servían de poco en su caso. Creo que la habrían cuidado de maravilla en un hospital, pero el precio era inasequible para nuestros bolsillos... En fin. —Se enderezó y probó a naturalizar la situación con una sonrisa—. Gracias a Dios que las condiciones de Lenore son óptimas y tiene acceso a cuidados médicos constantes. El cariño de su familia tampoco está de más.

—Desde luego —murmuró Edward con la mirada fija en la enferma. Si no se concentraba con intención en el vaivén de su pecho y afinaba el oído, no parecía que estuviera respirando—. No deberíamos darlo por sentado.

—No, no deberíamos.

—¿Le importaría dejarme a solas con ella? Le tomaré el relevo durante una hora, no más. Me requieren en comisaría desde hace días. No puedo seguir ignorando mis deberes.

Theresa suspiró.

—¿Cómo te voy a decir que no, muchacho?

Le costó levantarse del sillón y no ceder al placer de crujirse la espalda, lo que habría sido de pésima educación. Debía llevar entre cuatro y seis horas en la misma postura. La devoción de Theresa por Lenore apaciguó la ira que el desdén del doctor Winthrop le había dejado.

«Al menos queda gente buena. Ese tipejo es un pervertido moral.»

Pensando en pervertidos morales afloró la duda que lo había estado persiguiendo.

—Una pregunta, milady. Por casualidad no conocería usted al caballero del gabán de cuero que se presentó en el funeral de Percival con una flor de acónito...

Theresa ni siquiera tuvo que hacer memoria. Se le iluminó la expresión.

—¡Claro que sí! Es nuestro vecino, el marqués de Volteran. Su nombre es Dariy Vranitsky. Trabaja aquí, en la capital, como ministro plenipotenciario de su majestad el rey Carol I de Rumanía.

Un desagradable pitido le atravesó el oído.

«Marqués y, para colmo, alto cargo diplomático», pensó con rabia y espanto. Scotland Yard jamás conseguiría detener ni mucho menos procesar a un hombre de su alcurnia.

Otra voz más pesimista aún se superpuso al primer pensamiento.

«Scotland Yard jamás conseguiría detenerlo porque es un monstruo inmortal.»

Theresa le estrechó el brazo al pasar por su lado y tuvo la imprudencia de cerrar la puerta. O quizá solo habría sido una imprudencia si Lenore hubiera estado en condiciones de comportarse de un modo indecoroso.

No era el caso.

Por reciente que hubiera sido, en semejantes circunstancias Edward no podía pensar en la tórrida noche que compartieron. La amenaza de la muerte alejaba los momentos de alegría y complicidad hasta tal punto que parecían pertenecer a otra vida... Claro que las crudas revelaciones de los últimos días habían desdibujado el júbilo de la intimidad.

Ahora sabía que Lenore no lo amaba o que, en el caso de hacerlo, no era el único hombre en su corazón. Y sabía algo aún más terrible, algo que le acongojaba pensar: que, en el fondo, la pequeña nunca había terminado de superar sus pulsiones de muerte. Que incluso la habían estado seduciendo a espaldas del resto desde el fallecimiento de su padre.

Por insensible y poco fiable que fuera, si el doctor Winthrop aseguraba que Lenore se había arrojado a una investigación arriesgada sin tomar precauciones, Edward lo creía. Y lo que era más: estaba convencido de que ella sabía a la perfección qué medidas debía tener presentes —pues al fin y al cabo era una profesional de la medicina— y las había ignorado en favor de un desenlace irreversible.

Edward arrastró la silla más cerca de Lenore y tomó asiento con el cuerpo dolorido. Soportar tamaño grado de tensión durante tanto tiempo era inhumano. Se notaba las articulaciones desengrasadas, el cuello a punto de estallar de la presión. La cabeza le pesaba el doble. Le ardían los ojos.

Pero lo peor era la desesperanza que se había adueñado de su

espíritu.

Tomó la mano de Lenore, pesada e inerte como la de un muerto. Un acceso de lágrimas que no permitiría fluir volvió a nublarle la vista. La joven ya no ardía por causa de la fiebre como los días anteriores. Estaba helada y había palidecido ostensiblemente. No conseguía diferenciar su aspecto del que presentaban los finados del depósito.

Pero no importaba que no pudiera abrir los ojos y que solo recuperara la conciencia para delirar. Edward se negaba a aceptar que la enfermedad se la estaba llevando.

Carraspeó para aflojar el nudo en la garganta. Luchó contra la debilidad entrelazando los dedos con los suyos e inclinó el rostro hacia Lenore.

—¿Recuerdas cuando descubrimos que el jardín del señor Sedwick tenía fresas silvestres y te empecinaste en que fuéramos a probarlas? Por supuesto, tú eras más legal que yo y me propusiste que llamáramos a su puerta con sonrisas angelicales y lo convenciéramos de que nos merecíamos un festín. Yo acabé persuadiéndote de darle un giro dramático y más travieso a la aventura y, morral al hombro, trepamos por el muro nada más caer la tarde. Resulta que no tenía fresas, pero sí encontramos orugas, babosas y mariquitas. Nunca he vuelto a ver orugas tan grandes, ¿sabes? No desde entonces. A lo mejor se debe a que todo se me antojaba extraordinario porque les llegábamos a los adultos a la altura de las caderas; porque éramos impresionables e inocentes, o, en mi caso, porque estaba tan bien acompañado que me sentía Jack con las habichuelas mágicas. Contigo, hasta la casa del señor Sedwick parecía un castillo de gigantes. Habría jurado que sus gallinas ponían huevos de oro. —Le temblaron los labios al sonreír—. Te acuerdas del cuento, ¿verdad?

»Ya de niña estabas decidida a convertirte en el paladín de la salud, pero no solo de la raza humana. Yo estaba allí cuando tomaste a tu primer paciente. Apuesto a que en los últimos años has pensado alguna que otra vez en Puck, el gato tuerto con la cola torcida que deambulaba por el barrio. A mí no se me olvida cuando te presentaste a las puertas de mi casa con una solemnidad casi

cómica y me encomendaste una tarea particularmente complicada, como siempre fiándote a ciegas de mi fuerza y mi habilidad: tenía que ayudarte a atrapar vivo a Puck, que acababa de romperse una pata y, según tú, andaba en urgente necesidad de tratamiento. Estuvimos una tarde entera persiguiéndolo calle arriba, calle abajo, y eso que en el momento solo nos sacaba una patita de ventaja. Pero como nunca te rindes y ninguna fuerza del universo osaría jamás decepcionarte, ni mucho menos yo, terminaste saliéndote con la tuya. Esa misma noche estabas envolviéndole el codo inútil con una venda que te valió una discusión con el doctor Nightingale. "A veces hay que dejar que la selección natural se haga cargo de los animales callejeros, Lenore." El comentario te horrorizó... Me lo citaste palabra por palabra con lágrimas de impotencia en los ojos, y me acuerdo con detalle porque esa fue una de las veces que te abracé.

»Por suerte, esta no fue la última vez que Puck me puso en bandeja una excusa perfecta para acercarme a ti. Cuando murió de una paliza a manos del señor York y lo encontramos tirado en la acera, rompiste a llorar como nunca. Era tu primer contacto con la muerte, a fin de cuentas, y tú le habías dado nombre a la criatura. Lo querías... Qué compasiva fuiste. Seguramente te identificabas con su destino: ambos erais escarmentados a menudo por merodear por donde no debíais.

»A propósito de eso, ¿te acuerdas de cuando viniste a verme y mi madre te dijo que yo no estaba, pero tú no la creíste y trepaste para colarte por la ventana de mi dormitorio? Me encontraste aguantándome las lágrimas, con el rostro colorado por los golpes y las manos llenas de magulladuras. No hiciste ninguna pregunta, porque ya entonces me conocías mejor que yo a mí mismo. Sabías que mi orgullo infantil no soportaría que me obligaras a decir en voz alta que me quemaba el desprecio de mi padre. En completo silencio, buscaste por toda la habitación una tela absorbente, la impregnaste del agua de la palangana y te dedicaste a secarme las heridas con una paciencia y dedicación que solo me acongojó más. Ahí ya eras —tuvo que hacer una pausa para que no le temblara la voz— la persona que yo más quería en este mundo.

»Pensarás que vivo de los recuerdos, que estoy anclado a un

pasado que no volverá. Soy consciente de que ya no somos los mismos, Noor. Hemos crecido y la vida nos ha exprimido la inocencia y la piedad a base de golpes. Para desgracia de mi espíritu aventurero, de ese afán por hacer justicia del que tanto me vanagloriaba, el odio de mi padre terminó pudriéndome. En tu caso, las pérdidas han sido tan devastadoras que ahora temes entregarte con la valentía de antaño, porque sabes que el amor no siempre nos es devuelto; de hecho, termina criando malvas bajo tierra. Pero tú y yo ya habíamos cambiado y teníamos miedo cuando nos despedimos en la estación de tren que me llevaría a Oxford, ¿o vas a decirme que no? Arrancaste a enumerar tus exigencias, que no fueron pocas: querías que mis cartas versaran sobre determinadas materias, puesto que había ciertos conocimientos que no podrías obtener si no era asomándote discretamente al temario de un universitario. Querías que entablara nuevas amistades, cuanto más brillantes, mejor, para luego presentártelas, pero tenía prohibido quererlas más que a ti. Me ordenaste que probara cuantos deportes ofertase la universidad, de preferencia el remo y la equitación: habías empezado a leer acerca de los beneficios del ejercicio para la prevención de enfermedades y me querías enérgico y lozano. Todo esto lo dijiste con la vista clavada en las puntas de mis zapatos. Tartamudeaste tres veces en total. Tres. Las conté porque tú nunca, jamás, tartamudeas. Es más, a veces pareciera que Dios sentenciara a través de ti. Luego me entregaste tu ejemplar de *David Copperfield*. Sería "mi rehén" hasta que volviera, porque nos querías a ambos de vuelta, a la novela de Dickens y a tu amigo Edward.

»Supongo que te decepcioné regresando convertido en otra persona... o esa fue la impresión que te di, porque te aseguro que tanto el que se fue como el que llamó a tu puerta un tiempo después te querían de la misma manera: incondicionalmente y para siempre.

»Me he estado preguntando este último año si te diste cuenta del detalle del libro. En cuanto finalizaron mis estudios, corrí con las maletas aún sin deshacer hasta tu casa. Llevaba apretado contra el costado a *David Copperfield*. Te había desgastado las esquinas y emborronado el texto del lomo de tanto uso al que lo había

sometido: me lo llevaba a todas partes como si fueras tú. A lo mejor por eso nunca volviste a abrirlo y lo abandonaste a su suerte en la balda más alta de la estantería, porque no podías soportar en qué estado te lo devolví. Pero si lo hubieras abierto, habrías encontrado una flor seca en las últimas páginas de la historia, ahí donde el protagonista declaraba su amor a Agnes Wickfield. No sabía de qué otra manera decírtelo sin exponerme a un rechazo insoportable, así que fui sutil. Romántico, habrían dicho mis hermanas. Cobarde, según mi padre...

—«Me fui lejos, querida Agnes, amándote» —citó Lenore. Edward levantó la cabeza con los ojos muy abiertos. Ella aún los tenía cerrados, así como los labios agrietados por la deshidratación, pero se le curvaban en una sonrisa nostálgica—. «Estuve lejos amándote. Regresé a casa amándote.»

—Eso es —balbuceó él. Se inclinó más sobre ella y le apretó la mano—. Sospechaba que habías entendido mis sentimientos con el gesto y por ese motivo empezaste a rehuirme. Pero, al final, resulta que no soy tan falto de valentía como mi padre me cree. Me gusta pensar que simplemente sé cuándo dejar de insistir..., lo que no significa que me rinda.

—Deberías.

Edward acercó el oído a su rostro.

—¿Cómo?

—Deberías rendirte —repitió con la voz enronquecida—. No soy buena para ti, Edward. Nunca lo seré. No lo suficiente.

Él exhaló una especie de risa incrédula.

—¿De qué estás hablando? Por supuesto que lo eres. ¿Por qué, si no, me habría enamorado de ti?

Ella tuvo que esperar a haber tragado saliva para responder.

—Hay una diferencia entre amar a alguien por lo que es y amarlo por lo que te ofrece. Los dos nos queremos porque nos conocemos..., pero jamás podremos entregarnos lo que necesitamos para ser felices juntos.

—Lo único que yo necesito es que te entregues tú.

—Y he ahí el problema.

—No lo entiendo. ¿Es porque no me quieres? De ser así, Lenore,

dímelo. Lo aceptaré y seguiré adelante.

Los suaves párpados de la joven temblaron por el esfuerzo de abrir los ojos. Luchó contra la condición terminal de la enfermedad y venció, porque siempre vencía. Ella estaba por encima del bien y el mal. Lo demostró una vez más clavando en él una mirada vidriosa pero asombrosamente lúcida.

—¿Cómo no voy a quererte? —se le quebró la voz. Alargó una mano débil hacia su rostro y le acarició la mandíbula antes de ceder al cansancio dejándola caer—. Puede que seas la única razón de carne y hueso que me ata a este mundo. Por desgracia, eso no me convierte en la mujer indicada. Mi libertad, mi miedo a fracasar y mi falta de compromiso con lo que no sea el conocimiento te harían sufrir.

—¿Y no piensas que pudiera soportarlo? ¿Tan débil me crees?

—Te creo maravillosamente humano. Posesivo con tus posesiones. Vulnerable a tus vulnerabilidades. Eres tan solo un hombre, Edward —murmuró, y en esa sencilla palabra recogió por qué lo amaba y por qué, a la vez, no era suficiente.

Él estuvo a punto de gruñir.

¿Y qué era ella sino maravillosamente humana también? ¿Qué era ella sino una mujer? ¿Quién la había convencido de que era otra cosa, algo intangible, superior y, por ello, condenado a la eterna soledad? Calló, sin embargo, porque no podía fingirse ignorante de la dicotomía que planteaba. No podía pretender no entenderla cuando había convivido con ella toda su infancia y los primeros años de la edad adulta.

Incluso cuando era niña y la muerte aún no la perseguía en las pesadillas, antes de que la melancolía se adueñara de su corazón, los vecinos ya andaban susurrando por lo bajini que algo había de oscuro en Lenore Nightingale. No las tinieblas de la maldad, sino de lo insondable. El propio Edward solía quedarse mirándola mientras jugaba en silencio, a solas consigo, o cuando leía en voz alta un libro que habían comprado a medias con los peniques que encontraban por la calle. La observaba entre fascinado e intimidado, como solo se miraban los códigos que pertenecían a otro tiempo. Él era demasiado mundano para descifrarla. Dios era testigo de que lo

había intentado y todavía entonces no podía entender el trasfondo de sus aspiraciones, su tendencia a la obsesión insana. No podía entender por qué se ensimismaba mirando por la ventana, por qué lloraba sin darse cuenta, por qué no podía ser más optimista, por qué creía que el amor había llegado a su vida para maldecirla.

Pero quería hacerlo. Quería llegar hasta la fibra más recóndita de su ser, la que le explicaría su origen, su verdadera naturaleza.

—No hablemos de eso ahora. Lo primero y más importante es curarte. Más adelante nos sentaremos frente a frente, tú y yo, y no saldremos a ver la luz del sol hasta que hayamos resuelto nuestras diferencias... para bien o para mal. No puedes decirme que me quieres y esperar que no insista, Lenore. Mientras me ames, no vas a abandonarme.

Ella hizo un esfuerzo monumental por girar la cabeza hacia él.

Una gota de sudor frío le corrió por la sien.

—Me partiría el corazón dejar este mundo sabiendo que me odias, sobre todo conociendo las tendencias rencorosas de tu espíritu, tan anclado al pasado, al honor y a la convención, pero... tampoco me perdonaría que pasaras el resto de tus días creyendo que perdiste a la única mujer que podría haberte hecho feliz. Hay otro hombre, Edward —confesó, casi sin voz por el sobreesfuerzo. Se le habían vuelto a cerrar los ojos—. Él y yo hemos compartido intimidades.

Edward no pudo recuperarse enseguida de la confesión, si bien la había sospechado y hasta previsto considerando el compromiso con la sinceridad que guiaba a Lenore a los más altos precipicios. Ella nunca se habría reservado la clase de información que le convendría callar por respeto hacia sí misma si opinaba que la mentira heriría a terceros.

—¿Hasta dónde has llegado con él? —se oyó preguntar.

—Hasta el final.

Edward agachó la cabeza, incapaz de sostener el peso de su cuerpo. Se protegió del rostro de Lenore pegando la barbilla al pecho para no apiadarse de su estado y así dejar fluir las violentas emociones que le sacudieron.

Con la mano libre se aferró rabiosamente a las sábanas,

desahogando un grito de celos, pero la que sostenía el pulso de Lenore siguió donde estaba.

—¿Por qué has decidido contármelo? ¿Así es como pretendes desencantarme? ¿Espantarme? ¿O es porque crees que morirás, como si yo fuera a permitir tal cosa, que vas a ofrecerme una disculpa?

—¿Disculparme...? No... No. Para mí no fue un delito ni una equivocación; tampoco un acto indecoroso inducido por sus malas artes o por el deseo de destruirme, de lo que te esforzarás por tacharlo para restarme responsabilidad. Te lo confieso, Edward, en deferencia al hombre que eres.

—¿Y qué hombre se supone que soy, Lenore?

—Uno que valora la honestidad sobre todas las cosas. Te hablo con franqueza para que así puedas seguir adelante con el cuadro preciso de quién fui, no con los fragmentos que tan solo me engrandecen. Porque sé que no me querrás ahora que lo sabes —añadió. Sudaba copiosamente y la respiración se le había agitado, no por la emoción, sino por el esfuerzo—, y deseo librarte de la carga de llorar mi ausencia.

Edward apretó los dientes.

Para ella no había sido un delito ni una equivocación.

Le aterraba preguntar qué había significado, entonces. Seguramente un acto de amor. La conclusión inevitable de una pasión por largo tiempo sostenida. Una unión que había estimado necesaria, pues deseaba fundirse con ese otro hombre y Lenore no se había negado nunca un deseo... salvo los que podían relacionarse con él, con Edward.

Sabía que se había encontrado con el otro hombre después de yacer juntos la noche de la muerte de Barnes. No supo si le resultaba más doloroso que hubiera ido tras el desconocido sabiendo ya cómo era y se sentía su amor o si habría encontrado más insoportable que le hubiera entregado a él su inocencia.

Le alivió que no pudiera verlo llorar de rabia. Desoyendo las indicaciones del doctor Winthrop, pues poco o nada le importaba ya más allá de represaliar sus sentimientos heridos, pegó los labios al oído de Lenore.

—Sabiendo, como sé, cuánto te duele no estar en posesión de todas las verdades, me vas a tener que permitir que me regocije diciéndote que te equivocas. Y te equivocas porque no, no he dejado de quererte. Y ni mucho menos cesaré en mi empeño de hacerte mía por más demencial, incongruente y peligroso que sea tu comportamiento. No es del dolor que puedan causarme tus deseos aquello de lo que debes preocuparte, sino de las distancias que yo sería capaz de salvar por los míos, que resulta que llevan tu nombre. Mi amor es más poderoso que tus impulsos de destrucción. Harías bien en recordarlo.

Ella no se movió. Siguió respirando con los pulmones encharcados de Dios sabía qué sustancia. Él, comprendiendo que no diría nada más, se levantó del asiento y la miró con gravedad desde su altura.

Era muy consciente de que si salía por la puerta podría no volver a verla nunca. Pero si no salía y empezaba a planear la manera de emboscar al hombre misterioso, al asesino de Lenore, tampoco existiría la posibilidad de salvarla.

Y es que, si existía una criatura inmortal, debía estar en sus manos y no en otras el poder de curarla.

Antes de marcharse, se inclinó una última vez sobre ella y la besó en los labios entreabiertos. Aun débil, Lenore movió la boca contra la de él para corresponder su despedida, o quizá para advertirle de que un simple beso podría contagiarle su agonía. Fuera cual fuese su intención, en ese impulso natural por devolverle su cariño, Edward vio renacer su esperanza.

Con ello reafirmó también sus propias palabras.

No, nada había más poderoso que su amor por ella.

CAPÍTULO 32

—¿Cómo se encuentra?

Tan embotada que no se sentía humana, Isobel siguió el sonido de la voz con la mirada. Aterrizó en la expresión fúnebre de su abuelo. Se había detenido bajo el umbral del dormitorio y desde allí observaba con tristeza aprensiva el estado de Lenore.

Se habían cumplido cinco horas desde la última valoración del doctor Winthrop, como asimismo sus tenebrosos pronósticos. La pequeña Nightingale aún respiraba, pero ¿a qué precio? Isobel, que había sido quien la había estado velando tras la precipitada salida de Edward, podía dar fe de que estaba sufriendo una tortura inimaginable. Se ahogaba en su propia flema, los moratones de origen desconocido no habían hecho sino proliferar y se revolvía sin fuerzas mientras murmuraba palabras sin sentido.

En lugar de contestar verbalmente, sacudió la cabeza. Humbert agachó la barbilla para ocultar un síntoma de debilidad, pero no engañaba a su nieta. Tanto ella como su esposa sabían que bajo la fachada de aristócrata se escondía un hombre sensible que había dedicado toda su vida adulta a cuidar de su familia.

A veces acertaba. Otras, se ganaba a pulso la exasperación y hasta el distanciamiento de sus parientes, como le sucediera con su única hija unos meses antes de desposarse con el doctor. Pero nunca se le había podido negar que le movieran las mejores intenciones; de ahí que la difunta Mary Elizabeth terminara perdonando el clasismo de su padre y el mismo día de su boda lo acogiera de nuevo en su corazón.

De ella debía acordarse cuando orientaba el rostro hacia la postrada Lenore. Humbert estaba devastado; a una sola pérdida más de perder el último resquicio de fe al que se había estado aferrando

en los últimos tiempos. Isobel no olvidaba que su abuelo también había perdido a Gulliver, ese yerno «muy por debajo de su Mary Elizabeth» que había aprendido a adorar con esfuerzo y empeño. Y tan solo unos años antes había enterrado a su única hija, a la que, a diferencia de lo que sucedía con Isobel, siempre amó demasiado como para guardarle rencor por casarse por debajo de sus posibilidades.

Nunca pudo negarle nada. La felicidad, lo que menos.

—No te separes de ella —le pidió con voz estrangulada—. Si sucediera lo que tanto tememos a lo largo de la noche, por favor, no dudes en venir a buscarme. Estaré despierto.

Acto seguido se despidió por lo que restaba de día.

Momentos más tarde desaparecía en dirección a sus aposentos, donde de seguro pasaría la noche sentado en el borde de la cama con la mirada perdida en un punto de la pared.

Se demostraba de nuevo de quién había heredado Lenore su insoportable fobia a la muerte. Ella también se había escondido, bajo la cama y en el despacho del doctor respectivamente, para no enfrentarse a las pérdidas de Gulliver y Mary Elizabeth. Si sabía que podía desaparecer del lecho del dolor porque alguien la relevaba, porque alguien se ofrecía a velar al enfermo en su nombre, o no lo daba a conocer o no le importaba que otra persona, siempre su hermana mayor, cargara la cruz.

Isobel se quedó mirando el vacío de la puerta con el corazón en un puño. Humbert la había dejado entrecerrada, apenas una rendija abierta, con la intención de otorgarle intimidad por si quisiera despedirse de su hermana inconsciente, pero una parte de ella lo sintió como una forma de contenerla; de encerrarla entre las cuatro paredes para vigilar a la doliente tanto si quería como si no. Tanto si estaba preparada para la última consecuencia como si no.

Sabía cuáles eran sus responsabilidades como mujer. Se las habían enseñado siendo muy joven y había tenido la oportunidad de llevarlas a la práctica durante su breve matrimonio. No le reprocharía jamás a su abuelo, pues, que no hubiera tomado el relevo a los pies de su cama en ninguna instancia, pero lo cierto era que empezaba a

costarle perdonarlo por tratarla como a una criada. Como a una enfermera.

En los últimos días, la familia Loxley y amistades se habían volcado de tal forma en el cuidado de Lenore que Isobel comenzaba a dudar de su propia tragedia. No era posible que hubiera enviudado por obra de un crimen inefablemente siniestro y todo el mundo lo hubiera olvidado de un día para otro. Le costaba recordar si había recibido o no el pésame de sus parientes antes del oportuno desmayo de Lenore: a partir de entonces había sido como si la señora Bainbridge no existiera. Ni siquiera la cálida y atenta Theresa se había molestado en ponerle una mano en el hombro y consolarla porque las calamidades se le presentaran en parejas. Nadie se había acercado a preguntarle si necesitaba desvanecerse para llorar sus desdichas en otra habitación. A nadie se le había ocurrido pensar que sus modales y su capacidad para estar a la altura en toda circunstancia eran una fachada, y que por experta que fuera en el arte del enmascaramiento, el personaje de señora bien todavía no la había devorado.

Porque quería pensar que la insensibilidad ajena se debía al elevado concepto en el que la tenían, y no a que se sintieran en el derecho de abusar de su nobleza. Isobel siempre se había mostrado solícita y compuesta, tanto durante el padecimiento de su madre como de su padre, sin olvidar el largo y oscuro período que se prolongó la melancolía de Lenore. Todas las mañanas sin faltar una se levantó, se vistió, comió aun bregando con las náuseas y se dispuso a afrontar la pesadilla de una vida truncada por la muerte y la soledad sin rechistar.

Ahora se estaba dando cuenta del flaco favor que se había hecho a sí misma, pues si algo había que la sociedad no disculpaba, era un dramático cambio de carácter.

A Isobel ya nunca se le concedería un momento de debilidad.

«Basta —se ordenó—. No te permitas pensamientos que luego no podrás perdonarte.»

Su hermana estaba agonizando, por el amor de Dios, y Percy ya había recibido el último sacramento. Claro que su parentela había preferido volcarse en el problema que aún tenía solución en lugar de

regodearse en las penas inútiles de una viuda. Pero los cuidados de Lenore la habían estado obligando a quedarse a solas con sus pensamientos, y cuanto más se esforzaba por justificar la indiferencia de los Loxley, más razones encontraba para guardarles rencor.

¿Acaso no era compatible preocuparse por una y otra hermana? Todos, desde Humbert hasta Edward, habían exhibido compasión a lo largo de los años; al menos con Lenore. Debían saber de sobra que era una crueldad condenar a una mujer que acababa de enviudar a asistir en primera línea a la agonía de su hermana.

Cuando caía en este bucle de reproches —que jamás verbalizaría, pero que poco a poco mellaban su corazón—, se forzaba a detenerlo con una sencilla pregunta: ¿qué demonios había esperado, si esa había sido la tónica familiar desde que tenía uso de razón? No importaba que Lenore fuera quien desobedecía de manera flagrante las órdenes de su abuelo, se escapara de casa sin aportar explicaciones o desapareciera de una fiesta organizada en su honor. Al final, la pequeña era el ojito derecho de su abuelo y la hija que Theresa nunca había tenido. A Isobel no le habrían perdonado ni en mil años que sometiera al aristócrata a semejantes humillaciones. Ni siquiera le habían disculpado aún que se desposara con Percy, por el que no habían derramado una sola lágrima.

Pero al que menos le disculparía el egoísmo de pensar solo en Lenore era Edward. Había tenido el infortunio de oír algunos fragmentos de la conversación entre los dos, sucedida unas horas atrás, e Isobel no había dado crédito. El inspector era uno de los investigadores encargados de encontrar al asesino del marido de su supuesta amiga de la infancia, el que en infinidad de ocasiones le había abierto las puertas de su casa. Además, contaba con una pista relevante gracias a ella. Y, sin embargo, no solo estaba dejando pasar los días con el riesgo que existía de que otra mujer pasara por el indecible sufrimiento que había arruinado la vida de Isobel, sino que priorizaba montarle una escena de celos a la pobre enferma.

Isobel se obligó a volver en sí con una profunda inspiración.

Agachó la vista hacia su hermana y la rabia mermó hasta casi desaparecer.

Ojalá pudiera ser el antídoto de su dolencia como ella era antídoto de los celos y rencores de Isobel. Porque ni el resentimiento acumulado ni el orgullo herido podrían aspirar jamás a desbancar o corromper el amor que sentía por Lenore.

Porque no era culpa suya.

La pequeña jamás se había esforzado para que la amaran con ciega devoción. Lenore estaba en el mundo, y eso era todo. Eso bastaba para inspirar recelos y amores a partes iguales. Nunca le había rogado a nadie que le perdonara sus defectos, nunca había obedecido una sola orden con la que no hubiera estado de acuerdo, nunca se había reservado una opinión en beneficio de la convivencia. Había quien la rechazaba por rendir culto al criterio propio, incluso si de este modo caía en la desfachatez, y por no sacrificar su libertad bajo ningún concepto.

Pero incluso los que la odiaban se sentían atraídos por su naturalidad.

Lenore tenía sueños y se movilizaba con determinación hacia ellos. Temía el dolor tanto como cualquiera, mas no permitía que se interpusiera en su camino.

Isobel se limpió las lágrimas de la cara con un manotazo nervioso, horrorizada de pensar que pudieran verla en pleno arrebato sentimental. Porque a ella sí le importaba todo lo que le era ajeno. Era lo contrario a la pequeña. A veces pensaba que su nacimiento había sido fruto de un ensayo fallido —o, al menos, inconcluso— del ideal de hija y mujer con el que sus padres soñaron. Su mediocridad habría pasado desapercibida de no haber sido por la llegada de Lenore, quien cumplió y perfeccionó las exigencias de dicho ideal en su grado más óptimo.

O tal vez la clave estuviera en que había rebasado sus expectativas. Al final, Lenore no era una mujer, a saber, un individuo creado para un propósito doméstico; un ser enfermo de limitaciones desde su origen y por definición. Lenore era una persona en toda la extensión de la palabra. Algo vivo y desbordado de oportunidades.

¿Tenía derecho, pues, a poner el grito en el cielo? La indignación nacía de la sensación de haber recibido un trato injusto. Si la propia Isobel reconocía la superioridad de su hermana en todos los

ámbitos, ¿cuál era el agravio? ¿No estaban ambas siendo estimadas en función de su valor correspondiente?

Había cumplido veintidós años el pasado verano. Ya no era joven como para consentirse el ingenuo pensamiento de que en la vida no existían las jerarquías, porque las había. En la calle y también en los afectos.

—No puedes morir, Noor —murmuró ella. Aunque se despreció por su egoísmo, no pudo evitar expresarlo—. Eres lo único bueno que hay en mí.

«Eso no es cierto», le pareció que decía la voz de su marido.

Cuántas veces no la habría consolado a este respecto.

La única persona que había preferido a Isobel sobre la hermana pequeña, que incluso había osado negar el poder de atracción de Lenore y puso sobre sus hombros —no sobre los de la melancolía, no sobre los de la orfandad— la responsabilidad de sus actos, había sido Percy. Que el único ser viviente que podría haber curado su profundo desprecio hacia sí misma hubiera muerto significaba que ya no tenía salvación.

Y no era eso lo que le importaba, aun así, sino que fuera Lenore quien no la tuviera.

Tenía las rodillas amoratadas de haber reproducido la misma posición Dios sabía cuántas veces durante casi cuatro días. Pero una vez más, Isobel se arrodilló a un lado de la cama y juntó las manos para formular sus oraciones.

Le latía el corazón muy deprisa. Sentía que lo que pronunciaran sus labios y con cuánto fervor lo hicieran podría marcar la diferencia entre la vida y la muerte. Así de cerca creía estar del Todopoderoso cuando se entregaba al credo. La fe se manifestaba en su cuerpo a través del pulso acelerado, la presión en el pecho y la ligereza de los miembros. El aire a su alrededor se volvía más denso, como si el Señor mismo se inclinara sobre ella y la protegiera con su sombra, y un frío que calaba los huesos se aposentaba en la estancia, recordándole cuán viva estaba.

Dios era sobre todo amor, pero tenía sentido que advirtiera de su llegada, de su atenta escucha, bajando la temperatura.

Nada había más puro e incorruptible que el aire gélido del

invierno.

—Dios mío —musitó con los ojos cerrados. Apoyó la frente contra las manos entrelazadas—, te imploro que le otorgues una segunda oportunidad a mi hermana. Juro aquí y ahora hacer lo que tú comandes, ser predicadora de tu palabra y esclava de tus ordenanzas por toda la eternidad. Haré lo que sea a cambio de tu milagro, Señor. Lo que sea.

—Se lo estás pidiendo al dios equivocado —respondió una voz abisal.

A pesar del tono socarrón, que definitivamente lo convertía en un simple mortal, Isobel se estremeció igual que si la hubiera amenazado de muerte.

No tuvo que buscar para hallar al responsable de su sobresalto. Aunque el comentario provenía de una figura masculina y la condición intrínseca del ser humano era no poder estar en todos lados a la vez, él en concreto ocupaba la totalidad del dormitorio. Su presencia era líquida en lugar de sólida, y el mundo parecía el recipiente en el que se derramaba para cubrir a los incautos hasta el cuello. Había contagiado la atmósfera de un aire viciado y siniestro, creando la clase de ambiente irrespirable que solo podía encontrarse en los fumaderos de opio de Limehouse.

El solo hecho de que hubiera un desconocido en la habitación de Lenore debería haber bastado para alterarla, pero cierto era que no intuyó en él la intención de atacar. Estaba sentado en el único sillón orejero con las piernas cruzadas y los codos sobre los reposabrazos. La mano alzada, enguantada en terciopelo escarlata, frotaba con aire pensativo el índice contra el pulgar, como si meditara una oferta en silencio.

No la había amenazado, no, pero la primera reacción de Isobel fue colocarse ante la cama con los brazos extendidos para proteger, aun de manera ingenua, la integridad de Lenore.

—¿Quién es usted?

Qué pregunta tan estúpida, se dijo. La consoló saber que cualquier cosa que pudiera haber dicho habría sido igual de inapropiada.

Para su sorpresa, él contestó haciendo alarde de una elegancia y

distinción que en otras circunstancias habría encontrado fascinante.

—¿Quién soy? Puedo decirte que no soy tu Señor cristiano. —Se palmeó el regazo para alisar las arrugas del exquisito pantalón y luego se irguió cuan alto era para sonreírle ladino—, pero si te aseguro que está en mis capacidades complacer tu deseo, ¿me ofrecerías a cambio de un milagro lo mismo que le has propuesto a Él?

Isobel arrugó el ceño, a caballo entre el espanto y la curiosidad.

Se puso a pensar a toda velocidad.

Podría salir corriendo y ponerse a resguardo, pero entonces dejaría a Lenore a su merced. Solo ella podría defenderlas a ambas con decencia y tesón si lograba armarse con el candelabro de oro macizo del aparador.

No podía cundir el pánico, aun así. Nadie en la casa debía enterarse de que había allí un hombre peligroso y con la habilidad de infiltrarse en viviendas ajenas sin ser visto.

Porque *era peligroso*. De eso no le cupo la menor duda, como tampoco de que ni su apariencia ni la energía que le cubría la piel plateada como el musgo forraba las piedras casaban con las esperadas en un ladrón del tres al cuarto. ¿Qué clase de maleante llevaría los dedos adornados de anillos con piedras preciosas y un chaleco brocado sobre una camisa de seda escarlata? El conjunto de sus prendas, sobre todo la manga abullonada, respetaba el recuerdo de otra era.

Procuró bloquear el avance del desconocido moviéndose lateralmente hacia él.

Frenó en seco al ver que ponía los ojos en blanco.

—Haz el favor de apartarte de la cama, Isobel. No tengo el menor interés en perjudicar a tu hermana... a no ser que continúes con esa actitud obtusa del todo indigna de ti. Créeme. —Abrió las manos a ambos lados de las caderas y agachó la barbilla para mirarla con sorna, una expresión que la desorientó por su familiaridad. ¿Acaso lo había visto antes? ¿Corría peligro o no? ¿Iba a hacerle daño o no? ¿Qué estaba pasando?—. Aquí donde se me ve, propenso a las visitas sorpresa a horas intempestivas, soy un tipo increíblemente razonable. Incluso un caballero.

Un mal presentimiento la embargó. Se cubrió el vientre con la palma, un gesto inconsciente de pura vulnerabilidad que a él no le pasó desapercibido. No le gustó sentir el peso de su mirada ahí, en una zona sensible para una mujer, y la apartó enseguida.

—¿Cómo sabe usted mi nombre?

La pregunta le ensanchó la sonrisa, como si hubiera servido al deleite personal de una broma privada.

—No te equivocas cuando dices que sé tu nombre; tu verdadero nombre..., pero esa debería ser la menor de tus preocupaciones. No es lo más íntimo que tengo aprendido de ti.

El comentario a todas luces insinuante la descolocó por un momento.

¿La había estado vigilando? Porque era cierto que a veces se sentía observada. Cuando esta sensación persecutoria se intensificaba hasta lo insostenible, lo asociaba a un delirio común. Otras veces se convencía de que era ella misma quien, de tanto vigilar sus propias sonrisas e intervenciones para luego compararlas con su rígido ideal de compostura, se había construido una sombra que le pisaba los talones. Pero en todo caso, esa sombra era una réplica de sí misma, una suerte de reflejo distorsionado, que no un hombre de carne y hueso. Uno que sabía su nombre y quién sabía qué más.

Resuelto el misterio de sus intenciones, el desconocido avanzó un paso hacia la luz para revelarle lo demás; lo que era visible.

La primera y única reacción posible de Isobel fue retroceder con espanto.

Dos mechones de cabello negro enmarcaban un rostro ceniciento que, alumbrado por lamparillas de aceite, no parecía revestido de piel, sino tallado en alabastro. En las facciones esculpidas sobre piedra de luna destacaban un par de ojos almendrados azules como cielo de verano. Su brillo febril, extraordinariamente vivo, constituía un foco de calor y un alivio frente a la dolorosa inhumanidad de su belleza.

Isobel nunca se habría imaginado temiendo a un hombre por su atractivo, pero quizá se debiera a que había estado ciega al verdadero encanto y no lo había conocido en su más siniestro

esplendor hasta esa noche. Y es que ante sí tenía la cara por la que un hombre acudiría a formar filas y una mujer se arruinaría la vida en el nombre de la impudicia. A la vez que temor por las desgracias que podría causar valiéndose de su magnetismo, Isobel sintió una profunda compasión por él. Una belleza semejante, única en su clase, debía ser la condena de la soledad. Aunque fuera para posicionarlo muy por encima de los meros mortales, Dios —o el mismísimo demonio— lo había separado del resto. Y ella sabía lo que era estar solo.

Pero entre el cúmulo de emociones que le despertó al revelarse como era, una prevaleció sobre las demás: el terror de ver cumplido un relato apocalíptico. Nunca le había visto el rostro al hombre de sus fantasías, pero no le cupo la menor duda de que era él. Había salvado la barrera del sueño para emigrar a un mundo donde la unión entre ambos fuera posible, y tras una larga búsqueda la había encontrado.

Comprendió que estaba ante uno de esos momentos cruciales e inescapables en la vida de una mujer. Sabía que no podía huir de él como sabía que aun así tenía que intentarlo.

Y eso no era todo. Presentía la misma atmósfera tenebrosa que días atrás la había convencido de que no estaba a solas con el cadáver de Percy. El asesino todavía deambulaba por el escenario del crimen cuando ella se limpiaba la sangre de su marido con los guantes.

Isobel había percibido su presencia igual que la percibía ahora.

Abrumada, se protegió abrazándose los hombros y tartamudeó sin aliento:

—Váyase de aquí. —El miedo la hizo repetirlo más alto—. ¡Váyase de aquí!

Él ladeó la cabeza como un cachorro cuando no entendía una orden.

—Pensaba que querías salvar a tu hermana.

—Así es —confirmó con voz temblorosa—. Y también estoy bastante convencida de que mis objetivos distan mucho de los suyos. Márchese antes de que...

—¿De que...? —la instó a continuar. Entrelazó las manos a la

espalda y se acercó aún más, aunque no para vulnerar el espacio que ella protegía con desesperación. Empezó a rondarla como un experto en peritaje contemplaba una obra de arte—. ¿De qué? Vamos, compláceme, Isobel. Siento curiosidad por conocer el alcance de tu venganza.

—No vuelva a pronunciar mi nombre. —Lo atravesó con una mirada cargada de odio—. Usted no es más que un sucio asesino.

No sabía qué había esperado obtener por su parte con la acusación, que algunos habrían entendido como un chiste sin gracia y otros como su sentencia de muerte. Al final, no le había visto en su casa de St. John's Wood como lo estaba viendo ahora y, aun si se lo hubiera cruzado, no había presenciado el crimen en sí mismo.

Pero él ni siquiera trató de defenderse. En un gesto de sinceridad con el que pretendía honrar tanto su propia inteligencia como respetar la de Isobel, asintió de manera informal.

—Acepto lo de asesino. Ante todo, me enorgullezco de conducirme por el mundo con honradez y autoconciencia. ¿Esa palabra se estila en estos tiempos? ¿«Autoconciencia»? El caso es que lo de «sucio» tiene para mí algunos visos de desmesura. Incluso si no te convence el resultado, querida, creo que es bastante obvio que me tomo mi tiempo para acicalarme.

La ironía con la que hablaba le puso el vello de punta.

—Si con tanta honradez se conduce usted, tendría la vergüenza de entregarse a las autoridades —escupió con desdén.

Él ni se inmutó.

—He venido a hacerte un favor, Isobel. Te pido que no intentes intercambiar nuestros papeles adoptando el rol de faro en la oscuridad. Hoy se trata de ti y de tus deseos —añadió con dulzura.

—De mí y mis deseos... De mí y mis... —Isobel empezó a temblar, presa del ataque de nervios—. ¡Usted mató a mi marido! ¿Qué deseos estaba respetando entonces?

Él se fingió sorprendido, o eso eligió ella pensar: le sería más fácil de digerir que falseara el asombro a que de verdad le extrañara su apasionada defensa del difunto.

—Los más íntimos que posees, querida, pero ya los descubrirás por ti misma cuando llegue el momento. Tómate el tiempo que

necesites para conocerte —le concedió con magnanimidad—. Claro que, la verdad sea dicha, más allá de que la muerte de tu marido debiera servir a una causa mayor, también hubo involucrada una pizca de interés personal.

—Una pizca de interés personal —jadeó.

—No estaba en mis planes —admitió a regañadientes—, pero tuve que acelerar la programación.

—Acelerar la... programación —seguía repitiendo, la boca impregnada de incredulidad. Una parte de sí estaba convencida de que soñaba—. Está usted hablando de una vida humana.

—¿Vida humana? A mí eso me parecen palabras mayores para describir a según qué sujetos. Siempre he opinado que los hombres que les levantan la mano a sus esposas pertenecen más bien a la subespecie animal.

Isobel cerró las manos en dos puños. Estaba tan aturdida y saturada de indignación que se le pasó por alto la mención del incidente. Pero su cuerpo sabía algo que a su raciocinio se le escapaba, y se estremeció de gusto porque cuadrara una segunda pieza: la presencia que le pareció advertir en la antesala de la vivienda familiar justo antes de abrirle la puerta a Percy.

—¿Y qué opinión tiene de los que matan por interés personal? ¿Los asesinos no pertenecen a la subespecie animal?

—En absoluto. Opino que lo único de animal que tiene una criatura con el valor de arrebatar la vida a otra es su afinado instinto y su afán de supervivencia. Verás... —le lanzó una mirada casi coqueta—, soy un fiel seguidor de la ley del más fuerte. Quizá su mismísimo promotor. Pero reconozco que defiendo estos principios por conveniencia. Claro que a lo mejor pensaría distinto si me hubiera cruzado ya con mi depredador natural. —Le hizo una caída de ojos—. No se ha dado aún la contingencia.

Isobel se llenó de tanta rabia que la desbordó.

—Si quiere matarme, máteme ya, pero no me haga soportar sus infames confesiones por mucho más tiempo. Preferiría morir con la inocencia intacta.

La impresión la hizo callar. Él la había tomado de la mandíbula para mantener el rostro alzado en su dirección, como si supiera que

mirarlo a los ojos obraría en ella el mismo adormecimiento que un hechizo de hipnosis. La leve caricia templó sus ánimos, pero no por mucho tiempo. El corazón amenazó con salírsele del pecho cuando él acercó sus labios curvados en una levísima sonrisa. Pretendía transmitir la mofa y el desenfado que la habían ofendido durante la presentación, pero ahora una emoción ancestral enturbiaba su expresión, torciéndola hacia el anhelo.

Incluso sus ojos se habían oscurecido. Ahora eran azul medianoche.

—Una mujer que tiene sueños como los tuyos ni guarda la inocencia intacta ni podrá recuperarla jamás, Elisabeta —le dijo con otra voz—, y matarte no puede quedar más lejos de mis deseos. La sola idea de hacerte daño —continuó al tiempo que le cruzaba el pulgar por la mejilla. Terminó la caricia en la comisura de sus labios entreabiertos— me enajena de rabia.

Isobel no había oído ninguna historia popular sobre hombres de devastadora hermosura que se colaban en vivienda ajena para forzar a la primera señorita que encontraban, pero ¿qué otra cosa habría cabido pensar que se proponía? Solo lo que se le ocurrió a Isobel en un arrebato de locura: que aquella criatura, a la vez que se regodeaba en su maldad, la conocía de otro tiempo, y a ella le había encomendado la imposible tarea de preservar los vestigios de corazón que le quedaban.

Percy le había enseñado a reconocer el amor en los ojos de un hombre. Y aunque lo que el desconocido le transmitía con su mirada no era el afecto del que Isobel había sido receptora en su vida conyugal —ni nada de la misma familia, ni nada del mismo mundo—, sintió que la abrumaba la incapacidad de corresponderlo como la había abrumado en su matrimonio.

El desconocido se moría de la ansiedad por memorizarla. El respeto que sentía hacia su imagen y su sola presencia era tan sagrado que había podido vencer el impulso de matarla, presente entre los dos como el aire o la respiración.

—¿Quién diablos eres tú? —dijo ella con un hilo de voz.

Ahora estaba verdaderamente asustada.

Él sonrió muy despacio.

—Esta vez has invocado a la divinidad adecuada. Qué rápido aprendes... Eres tan brillante —murmuró, y agregó una serie de palabras en un idioma que no reconoció, pero le sonó familiar.

Le habría gustado ofenderse por su sarcasmo, pero nada distinto del orgullo y la fascinación ribeteaba sus palabras.

Así de fácil parecía conmoverlo.

El sonido de una tos violenta la distrajo. Enseguida se quiso abofetear por haber olvidado, aunque fuera por un segundo, que su hermana seguía allí, cada vez más lejos del alcance de los vivos. Isobel se deshizo del contacto del desconocido y se arriesgó a darle la espalda para postrarse de nuevo junto a Lenore. Se había manchado el camisón de sangre al toser, y aunque no era una experta en medicina, asumió que era la peor señal de todas.

Sin mirarlo de forma directa, supo que él seguía allí. Se armó de valor con una inspiración y lo miró a los ojos a través de las sombras.

—Ha dicho que puede curarla, ¿no es así?

—Bajo tres condiciones.

—¿Qué condiciones?

—Las que has impuesto tú. Si no recuerdo mal, consistían en hacer lo que yo comande, ser predicadora de mi palabra y esclava de mis ordenanzas por toda la eternidad... Solo que en lugar de predicar mi palabra, habrías de comprometerte a no desvelar ni mi existencia ni mis crímenes ante terceros. En especial, ante terceros que pudieran tener un interés especial en acabar conmigo.

«Yo podría tener un interés especial en acabar contigo», pensó con rabia.

El corazón se le encogió al ver una sonrisa divertida pintada en su rostro, como si le hubiera parecido hilarante su vehemente declaración. ¿Sería posible que hubiera leído sus pensamientos? ¿Tanto poder ostentaba? ¿Significaba eso que era indestructible?

Indestructible o no, cruel o no, asesino o no, sentía que era su única baza.

—Lo prometo —le dijo con voz solemne—. Seré una tumba.

Aquella sonrisa falta de escrúpulos que tanto le había repugnado adquirió un tinte más humano. Su gesto vulnerable la descolocó. Le

pareció que en él había la ternura contenida de los que amaban sin esperanza, y que por lo menos tenía corazón para conmoverse con el altruismo de otros.

—Estaba seguro de que entrarías en razón. —Se tomó una libertad que ella, aturdida, no pudo negarle: cubrirle la mejilla con la palma —. Siempre has sabido hacer lo correcto.

El impulso de cerrar los ojos y rendirse a su caricia casi fue superior a ella. Demostró una vez más que él estaba en lo cierto sobreponiéndose a su debilidad e irguiéndose con dignidad. Lo despreció girándole la cara y murmuró, temblando:

—Le rogaría, señor, que no me volviera a tocar.

La criatura se rio con dulzura, como si su rechazo no fuera más que una formalidad propia de mujeres decorosas, ni por asomo un rechazo irrefutable. Renunció al placer de seguir avergonzándola limitándose a suspirar —«Las jóvenes y su mojigatería», parecía decir— y la esquivó para prestarle por fin atención a la enferma.

Nada más verlo a tan solo una inclinación de tocar a Lenore, Isobel experimentó un acceso de miedo que podría haberla matado. Estuvo a punto de arrojarse sobre él para separarlos, y no porque estuviese convencida de que le haría daño, sino porque la sola imagen la destrozaba: la hermosa criatura y su hermana...

Reconoció el nudo de la garganta como un síntoma de celos destructivos y, confundida por su propia reacción, se quedó donde estaba con expresión desvalida. Él tuvo que presentir sus sensaciones, porque le lanzó una mirada ardiente que le robó el aliento, como si quisiera apaciguarla con la promesa de que solo estaba allí por ella. De que solo existía por ella.

Con la respiración todavía suspendida, Isobel siguió cada uno de sus movimientos. El desconocido se llevó la mano al bolsillo cosido al chaleco ajustado y extrajo un frasco del tamaño y el grosor de un meñique. La forma le sonaba familiar; tenía que ser una pipeta o alguno de los numerosos objetos de laboratorio que usaba su padre.

—¡Espere! —balbuceó Isobel. No supo qué pensar de que él, inalcanzable y dispensado de toda obediencia como parecía (y de seguro era), se detuviera sin rechistar—. ¿Cómo sé que no la matará eso que pretende administrarle?

—No lo sabes —respondió con sencillez—, así que habrás de confiar en mí.

—En el miserable que me lo arrebató todo —masculló con la voz atascada.

—Nunca te arrebataría a tu hermana. Ella es un enemigo que tienes que vencer tú —la sorprendió diciendo con las cejas enarcadas; la estaba retando—. La cuestión es, Isobel, que incluso en el remoto caso de que la matara, le estaría haciendo un favor. Los tratamientos médicos contemporáneos no han servido ni servirán para devolverla a la vida. Solo puede curarla un tipo de tecnología al que únicamente yo tengo acceso. Si lo uso, es en contra de mis propios principios, y solo con la esperanza de que perdones mis crímenes.

—¿De que le perdone? —repitió, esta vez sin recelo, solo pura perplejidad—. ¿Por qué querría usted que yo le perdonara?

—¿Quieres que la salve o quieres que la enfermedad siga su curso natural?

Isobel tragó saliva.

—Por favor —acabó murmurando.

Él hizo una brevísima reverencia. Destapó el frasco y lo inclinó sobre la boca cuarteada y entreabierta de Lenore. Dentro contenía un líquido escarlata que, de no haber sido por la falta total de densidad, habría parecido sangre. Se derramó a las puertas de su aliento como agua fresca.

—Si me ha mentido... —musitó Isobel.

Había empezado a sudar de los nervios, y solo Dios sabía cómo no se había abandonado aún al llanto desconsolado. No recordaba haber vivido antes una tensión semejante.

La criatura guardó la pipeta en el bolsillo y la enfrentó con una expresión casi afectuosa.

—No desesperes, querida. No pasará mucho tiempo hasta que aprendas a completar tus amenazas. Entonces serás indestructible, pues todo el poder de este mundo y de los que están por llegar será tuyo. —Rehízo su camino hacia donde ella se había quedado inmóvil, temblando por la fuerte impresión de la visita—. Por cierto... Me ha gustado la expresión que has usado antes. Serás una tumba —citó

con placer. Le halagó la elección de palabras con un elegante asentimiento. Antes de desvanecerse llevándose su mirada cargada de significados ocultos consigo, añadió—: Con un poco de suerte, serás aquella a la que yo vaya a descansar.

CAPÍTULO 33

—De ninguna manera, Whishaw.

Así había zanjado el inspector jefe Donovan Mandeville la petición desesperada de Edward. Considerando que era de por sí un hueso duro de roer, no había sido difícil imaginar cómo reaccionaría al planteamiento de una detención que tendría repercusiones políticas. Pero aun sabiendo que estaba provocándolo con su insolencia, había seguido intentando persuadirlo. Procurando, no obstante, reservarse el detalle de que Dariy Vranitsky no era humano.

Su jefe lo había mirado como si hubiera perdido el juicio por plantarse a las puertas de su casa cuando nadie a excepción de un insensato estaría despierto.

Si se le ocurría arrancar a hablar sobre criaturas del folclore rumano, Mandeville sería muy capaz de mandar llamar a un exorcista.

—Señor, insisto en que cuento con pruebas concluyentes que lo vinculan a las víctimas. Tenemos el testimonio de la señora Bainbridge, así como la confesión indirecta de la señorita Nightingale, y...

—Un tanto sospechoso que todo quede en familia, ¿no le parece? —refutó el inspector jefe, ceñudo. Mientras, en un movimiento más impaciente que pudoroso, se cerraba el escote cruzado de la bata de fumar sobre el pecho. El frío apretaba las horas previas al amanecer, pero incluso aterido, con los cabellos canosos despeinados y de mal humor porque lo hubieran arrancado de la cama, Mandeville poseía una presencia incontestable—. Con el debido respeto, pues sé de su aprecio hacia ambas señoritas, no creo que sus testimonios sean fiables. La señora Bainbridge acaba de perder a su marido de un modo absurdamente trágico, y para colmo atestiguó el crimen con

sus propios ojos. Eso trastornaría la mente de cualquier criatura sensible... ¡Qué demonios! —prorrumpió con vehemencia—. ¡Trastornaría la mía también! Y en cuanto a la señorita Nightingale... Según se dice en algunos círculos, ha heredado las excentricidades de su padre.

—El doctor Gulliver Nightingale era un genio, señor.

—Y, como todos los genios, compensaba su agudeza con un grave defecto de carácter. ¿O es que acaso la gente miente cuando dice que la señorita Nightingale —hizo un aspaviento rápido para acabar cuanto antes— nunca ha sido muy estable que digamos? Porque yo la vi pasearse por un depósito de cadáveres y contemplar las tripas abiertas de Paulson como si fuera una tarde de lunes. Que siente fascinación por lo sórdido no es ningún secreto.

Edward tuvo que hacer un esfuerzo hercúleo por no abalanzarse sobre él y estrangularlo hasta la muerte. Si se hubiera dejado arrastrar por sus pasiones, solo le habría demostrado que Lenore no era la única enajenada.

—Señor —lo intentó una vez más, procurando parecer fiable—, me consta que el marqués de Volteran ha tenido un *affaire* con la señorita Nightingale, quien resulta que puede relacionarse en tiempo, espacio y, en algunos casos, por vínculo estrecho con todas las víctimas. Estoy convencido de que Volteran ha cometido los cuatro asesinatos como demostración de poder para tenerla en la palma de su mano... y, en parte, también guiado por los celos.

Mandeville suspiró y miró a Edward con gesto compasivo. Supo que iba a hablarle con toda franqueza por el modo informal en que se recostó contra el marco de la puerta, cuyo picaporte no había querido soltar hasta ese momento para darle a entender que no tenía todo el día.

—¿Y no será que quiere verlo entre rejas por ese crimen contra su honor, y no por los delitos de sangre que, por razones absolutamente peregrinas —recalcó con una ceja enarcada—, insiste en achacarle? No es ningún secreto que siente debilidad por la señorita Nightingale. —Salió descalzo al porche para ponerle una mano amable en el hombro—. Puedo entenderle y perdonarle estas envidias y orgullos de los que todos somos víctima al menos una vez

en la vida, Whishaw, pues al fin y al cabo solo somos hombres..., pero no me pida que actúe en el nombre de sus tiernos sentimientos valiéndome de mi posición en el cuerpo.

—¡Maldita sea, Mandeville! ¡Escúcheme! —exclamó él, ya fuera de sí—. ¡Le estoy dando un sospechoso con móvil y oportunidad para resolver los crímenes que han sacudido la sociedad! Buscábamos un asesino con un perfil distinto de los pobres diablos que acostumbran a desfilar por la comisaría, ¿no es así? A un hombre de clase media-alta con rasgos de locura moral o monomanía homicida, acceso a la cultura y formación suficiente para desempeñarse como un cirujano. ¿En serio piensa que las bases de mi acusación son «absolutamente peregrinas»? Según se dice, Volteran vive aislado en su mansión y solo sale de noche, cuando da la casualidad de que ocurrieron todos y cada uno de los asesinatos. Su posición social le habría permitido entrar en casas respetables, como la del señor Paulson o el señor Bainbridge, sin necesidad de forzar cerraduras o servirse de amenazas. Proviene de Rumanía —continuó, envalentonado—, donde nació la leyenda del vampiro...

—¿Qué diablos dice ahora de vampiros, hombre de Dios?

—... no me extrañaría que, como coleccionista de antigüedades y apasionado del folclore que parece ser, hubiera querido referenciar su adorado misticismo regional a través de sus crímenes. Y por si eso fuera poco, en su jardín tiene plantas de flores de acónito, de las que se extrae la raíz que envenenó a Paulson. Lo he confirmado después de darme un paseo por Hampstead Heath.

Mandeville no reaccionó como le habría gustado.

—¿Un paseo? ¿Ha estado rondando la mansión del marqués? —Puso los ojos como platos—. ¿Acaso ha perdido el juicio? ¡Incluso si fuera el responsable, estaría poniéndose en peligro! ¡O, peor, en evidencia! Pero ¡como no lo es, se va a llevar una sanción por andar husmeando! —Se obligó a serenarse con una profunda inspiración y regresó al cálido refugio del recibidor con gesto decepcionado. Iba a despacharlo, comprendió Edward. Había perdido su oportunidad—. La descripción del asesino podría encajar con el marqués, pero igual que podría encajar con usted, Whishaw. También habría podido entrar al salón de Paulson, Bainbridge y Barnes llamando a su puerta

con una sonrisa y una botella de vino sin abrir, acostumbra a patrullar la zona de Whitechapel donde se encontró el cuerpo de Jane Mansfield y, gracias a su padre, conoce los mitos literarios que merece la pena divulgar, incluidos los que describen festines de sangre. Además: se ha escaqueado de unas cuantas guardias últimamente. Sin ir muy lejos, estaba en paradero desconocido cuando se encontró el cadáver del señor Barnes, y tengo entendido que discutió con la señorita Nightingale después de verla bailar con Paulson. Oportunidades no le han faltado, y en cuanto al móvil, podría ser el mismo del que acusa al marqués.

—¿Qué quiere decirme con eso? ¿Que me entregue a Scotland Yard?

Mandeville entrecerró los ojos y se adhirió al estricto trato formal para zanjar la cuestión.

—Que se deje de idioteces, Whishaw, porque ese zapato le vale a todo el mundo. Sus hipótesis suenan tan descabelladas como lo es su señalamiento contra Volteran.

—Pareciera que el aristócrata le pagase las facturas, Mandeville —masculló con desdén.

—Es un miembro de la nobleza rumana, con la que resulta que la corona inglesa mantiene relaciones diplomáticas —recalcó el inspector, mirándolo ahora con severidad—, y, para más inri, forma parte del selecto círculo de ministros en los que confía su majestad. Si quiere encerrar a un tipo de su relevancia política, Whishaw, va a tener que encontrar pruebas irrefutables, y con prueba irrefutable me refiero a cazarlo en flagrante delito. No ya con el cuchillo en la mano, sino con el cuchillo insertado en carne blanda. No pienso enemistar a Inglaterra con el rey de Rumanía porque a Dariy Vranitsky le gusten la jardinería y la señorita Nightingale. ¡A mí también me gustan, maldita sea!

Dicho aquello, le deseó las buenas noches con el ceño todavía fruncido y le cerró la puerta en las narices.

Edward se quedó varado a las puertas de la casa unos minutos más, procurando que la ira de la humillación no le nublara el juicio mientras estudiaba su siguiente paso.

La discusión había sido tan acalorada que la señora Mandeville se

había despertado y había bajado al recibidor para confrontar a su marido al respecto. Pudo oír a través de la puerta que el inspector la tranquilizaba con palabras de afecto e improvisaba una mentira. Tanto le preocupaba que se popularizase la teoría que señalaba a Vranitsky como sospechoso que no se lo planteó ni a su propia esposa, quien por ley conyugal y por amor a su marido debía guardar cada uno de sus secretos.

Edward había previsto aquel desenlace. No era la primera vez que se descartaba un sospechoso de orígenes nobles o simple y llanamente próspero con el pretexto de que Scotland Yard estaría metiéndose en camisa de once varas. Ese era el problema fundamental de trabajar para una institución al servicio de la corona. Los principios clasistas que constituían los cimientos de la sociedad, así como la tendencia al encubrimiento en beneficio de la reputación nobiliaria, debían ser replicados por la policía, que no era sino la marioneta de los parlamentarios.

La actitud conservadora de Mandeville era un reflejo de la situación política. Había que ceñirse a la pirámide social. La prioridad no era evitar que se cometieran delitos de sangre contra prostitutas del East End y miembros menores de la burguesía, sino que esto salpicara a la aristocracia.

A veces pensaba que el verdadero propósito de la policía era defender el orden jerárquico a toda costa, no aplicar leyes iguales para todos. Edward había estudiado y desempeñado su trabajo bajo las mismas condiciones que Mandeville, pero era algo menos obediente y, sobre todo, impartir justicia se había convertido en su prioridad. Así pues, regresó a su carruaje y pidió que pusieran rumbo a la calle Rosslyn Hill, donde estaba la comisaría de referencia de Hampstead Heath.

Si tenía que mentir y sobornar al prójimo para esposar esa misma madrugada al marqués de Volteran, lo haría. Y si aquella era su última misión con la placa de la Policía Metropolitana en el bolsillo, si luego lo inhabilitaban y procesaban por haber obrado por cuenta propia, al menos podría decir que había hecho lo correcto: actuar en los intereses de la sociedad y vengar a Lenore Nightingale.

En la comisaría de Rosslyn Hill encontró exactamente lo que había

ido buscando: un par de agentes jóvenes que todavía se dejaban impresionar por los rangos superiores, en especial si el inspector adjunto en cuestión venía de la comisaría que había estudiado los crímenes de Jack el Destripador. El agente Collins y el agente Aldridge habían sido víctima de los abusos de autoridad que tan normalizados estaban en las comisarías. Por ser recién llegados a la Policía Metropolitana, sus compañeros veteranos les habían endilgado la guardia nocturna.

Edward apareció allí con una sonrisa carismática, se presentó dando sendos apretones de manos y a continuación explicó que el estudio de un caso con repercusión en toda la capital le había llevado a Hampstead Heath. Como el responsable vivía alejado del distrito H. y se trataba, además, de un individuo demasiado importante para movilizar a la división de Whitechapel hasta la otra punta de la ciudad —con el riesgo de que se corriera la voz—, habían mandado a Edward a solicitar la ayuda de los profesionales de Rosslyn Hill.

Los agentes se lo creyeron sin dudar, orgullosos en parte de que se requiriera su actuación. Con una disposición ciega, de seguro motivada por el aburrimiento de servir en un barrio donde nunca ocurría nada, se apresuraron a armarse con sus garrotes. Lo siguieron a pie hasta la mansión gótica donde Theresa le había indicado que vivía el sospechoso.

Por supuesto, los jóvenes agentes habían oído hablar de Vranitsky y, al igual que Edward, opinaban que era un tipo excéntrico con rutinas sospechosas.

Si era cierto que solo salía de noche, lo encontraría allí dentro, a salvo de las primeras luces del alba. La claridad que precedía a la mañana había empezado a revelar la forma de las cosas cuando Edward llamó a la puerta con los puños. Lo hizo una, dos y hasta tres veces, con más y más impaciencia, hasta que comprendió que el acusado no se lo pondría fácil.

Aquella no era la clase de puerta que pudiera tirarse abajo a base de empellones; por suerte, Edward había acudido preparado y un tiro certero hizo que la cerradura cediera.

Entrar a la mansión lo transportó a otro tiempo. El propietario

había mantenido la casa tal y como la habían abandonado sus primeros habitantes. Tenía aspecto de castillo medieval y, a la vez, de catedral gótica. Si no hubiera sido por los candelabros situados en puntos estratégicos del pasillo, casi se diría que prendidos para indicar a los intrusos el camino hasta el matadero, las sombras lo habrían devorado todo.

Edward estaba acostumbrado a moverse por los callejones a los que no había llegado el alumbrado público o que funcionaba en función de sus caprichos. Sabía, también, que había varios tipos de oscuridad, y que aquella en la que se refugiaban los criminales era particularmente tenebrosa. Pero las tinieblas por las que tuvo que conducir a los intimidados Collins y Aldridge eran de otra índole; de otro mundo, incluso. No resultaban aterradoras por su relación con la criminalidad, sino por su carácter sobrenatural. Caminando por aquella negrura abisal se sintió flotando en un agujero del espacio donde no había ni estrellas ni oxígeno, solo la amenaza de la nada.

Sus pasos lo guiaron hasta el comedor. Obedeciendo el diseño gótico, se trataba de un espacio amplio y con techos altos. Una larga mesa rectangular estrechaba el centro. Dos sillas tapizadas en terciopelo verde oscuro la encabezaban, una de ellas vacía, otra ocupada por una presencia monumental pese a su aspecto demacrado.

Sin la gabardina y los guantes parecía otro, pensó Edward con el aliento contenido. Con el disfraz de caballero podía disimular su letalidad, domarla para parecer solo intimidante —como todo noble de altura moral— en lugar de peligroso. En mangas de camisa, casi derrumbado sobre la mesa y con el cabello liso cubriéndole el rostro no resultaba menos inquietante. Vio en él un desvalimiento del que convenía resguardarse: el de una bestia herida y enjaulada que atacaría en un momento imprevisto.

Inmóvil bajo el umbral, Edward inspiró hondo.

El desprecio le había torcido la boca en una mueca.

No había esperado que el solo hecho de hallarse en su presencia lo llenara de odio. Ni siquiera había tenido tiempo de imaginarlo entre sábanas con Lenore: lo había visto y una recóndita parte de sí, sin necesidad de argumentaciones, lo había declarado su enemigo.

—¿Por qué no toma asiento, inspector Whishaw? —oyó que le decía.

Edward se estiró como si le hubiera dirigido una acusación injusta. Se había pronunciado en un murmullo débil y, aun así, podría habérsele oído hasta debajo de la tierra. Todo en él poseía una proyección que trascendía las leyes de la física, como si fuera Dios mismo.

Pero no se dejó amilanar por ello. Ignorando que dejaba a su espalda la conmoción de los agentes, que no osaron avanzar un paso más, se acomodó en la silla del otro extremo de la mesa y clavó en él su mirada juiciosa.

Esperó a que Dariy volviera a hablar. Parecía saber de sobra por qué estaba Edward allí, qué era lo que quería. Por curioso que sonara, el inspector no había esperado otra reacción. Ni siquiera le había visto el rostro de cerca aún y, sin embargo, sentía que lo conocía. Lo miraba y veía una criatura consumida por la condena de la soledad, hastiada de un sufrimiento colectivo al que de seguro juraba ser inmune pero que por desgracia hacía mella en él. De seguro poseería la clase de sensibilidad que convenía anestesiar en el nombre de la supervivencia. Todos estos rasgos había que tener para impresionar a Lenore durante el tiempo suficiente para ganarse sus afectos.

Aunque Edward había sido advertido de su condición sobrenatural, en ningún momento había concebido a Dariy Vranitsky como el ángel predicador de una religión satánica. Desde que supo que Lenore lo amaba, no había dejado de pensar en él como el juguete roto de un dios caprichoso que un buen día se cansó de experimentar con su alma y lo abandonó a su suerte. Solo una criatura que había hecho las paces con el dolor y con la muerte habría conseguido captar la atención de la pequeña Noor, que todo cuanto había querido desde la niñez había sido hallar respuestas.

Aquel monstruo era su enciclopedia y su esperanza.

A Edward no le sorprendía albergar tantas certezas sobre un desconocido. Estaba conectado con él a través de ella. Sabía quién era Lenore y, por ende, podía descifrar fácilmente el cómo y el porqué de sus amores.

—¿No piensa decir nada? —ladró Edward cuando el silencio se le hizo insoportable. Cerró los puños sobre la superficie de la mesa—. O hacer, si a esas vamos. ¿No cree que debería estar ahora mismo en otra parte? ¿Que debería haber estado allí desde el principio; desde el desmayo que tuvo que presenciar?

—No puedo —respondió sin levantar la vista de la mesa.

—¿No puede? —Soltó una carcajada fría—. Cualquiera pensaría que, si se tiene la valentía de dormir con una mujer respetable, se tiene asimismo para velarla en su enfermedad. Su amante, señor Vranitsky, se halla a las puertas de la muerte..., y me consta que es usted el único responsable. Si su afecto no era lo bastante sincero para acompañarla en un momento difícil por simple generosidad, al menos debería haberlo hecho en deferencia a los que son los sentimientos de la joven.

Dariy levantó la vista por fin. La mesa los mantenía ridículamente alejados, como alejados estaban los dos cónyuges de un matrimonio concertado o dos enemigos con pistolas al amanecer, pero aun así Edward pudo distinguir sus rasgos.

Los celos le dejaron sin respiración. Incluso sin entender cuáles eran los encantos físicos del hombre, pues a fin de cuentas dependía de la opinión femenina sobre los mismos para formarse la suya propia, tuvo que reconocer que su rival era de una majestuosidad incontestable. Su rostro parecía copiado de uno de esos retratos de monarcas extranjeros que aun siendo de la raza nativa poseían un aire exótico.

—¿Es ese el crimen por el que ha venido a detenerme, inspector? ¿No hacerle compañía a la señorita Nightingale?

Edward se tensó. Había vuelto a pronunciar su ocupación. ¿Le conocía porque Lenore lo había mencionado? ¿En qué términos, cuándo y a propósito de qué?

Esta vez sí los imaginó tendidos el uno junto al otro en una cama lujosa, contándose confidencias entre risas. A lo mejor le había hablado a Dariy de su amigo de la infancia después de aceptar un beso suyo. Quizá mientras él todavía estaba dentro de su cuerpo.

De solo pensarlo le invadió una rabia ciega.

—Desde luego que merecería pasar el resto de sus días entre

rejas por abusar de la confianza de una mujer inocente; por aprovecharse de la fragilidad de su estado mental para inducirla a echar por la borda su honra y sus oportunidades de futuro, ya que me ha parecido entender que no pretende hacerse cargo de ella..., pero por ser un canalla aún no se va a la cárcel, Vranitsky. Asesinar a cuatro víctimas, en cambio, se paga con la horca.

Dariy sonrió como si encontrara divertida la idea de morir con la soga al cuello. Edward creyó entender por qué. Su condición inmortal serviría de escudo contra toda sentencia de muerte.

Había preferido centrarse en los hechos objetivos del asunto, los que no por acogerse al sentido común o ser más mundanos eran menos escalofriantes —Vranitsky había matado, Vranitsky le había robado el amor de Lenore—, pero tarde o temprano habría de enfrentarse a la realidad que desafiaba verdades universales.

Dariy no estaba vivo.

—Debería pagarse con la horca, también, que se describiera el estado mental de Lenore como frágil cuando es la única entre todos nosotros a la que no enajenan los celos, el ego y el codicioso deseo de poseer lo que debería quererse libre —continuó con la mirada fija en su oponente—; la única que sabe amar las cosas por lo que son, no por su potencial o por la idea imprecisa, absurdamente equívoca y por eso mismo amoral que uno proyecta sobre ellas.

Edward interpretó que juzgaba su manera de ver y querer a Lenore y lo odió más si cabía.

—Para apreciarla tanto como parece, no le he visto recorrer Londres en busca de un médico que pueda curarla. Asumo que si no la ha visitado para presentar sus respetos es porque le pesaba más la posibilidad de tropezar con un agente de la ley que el no volver a verla consciente. —Edward echó todo el peso sobre las manos para inclinarse hacia delante, como si así pudiera intimidarlo—. Si tan solo hubiera sido usted un caballero, Vranitsky, si hubiese sido digno de ella cortejándola como Dios manda, estando ahí donde se le hubiera requerido, yo no habría podido oponerme.

—¿Ahora también se miente a sí mismo? Debe de ser terrible tener que vivir aparentando una altura moral a la que ni los mismos santos pueden aspirar, inspector Whishaw. Los dos sabemos que, si

pudiera, me mataría, pero como no puede, va a detenerme para al menos apartarme de su vista.

«¿De la mía o de la de Lenore?», podría haber preguntado si no hubiera sabido la respuesta.

—No ha negado su implicación en los asesinatos.

—No, no la he negado —contestó sin inmutarse.

—Tampoco ha negado mi primera acusación: no pretende ni ha pretendido nunca hacerse cargo de Lenore poniendo un anillo en su dedo.

—Jamás he pretendido permanecer a su lado, no. Es usted un pozo de sabiduría inagotable.

Si bien aquello debería haberle aliviado, pues lo desmarcaba como rival, Edward se ofendió en el nombre de la joven.

—Ni ha pretendido conocerla, por lo que he observado en su valoración de las circunstancias. Lenore es temeraria y firme en sus determinaciones, sí, pero no ajena a los celos ni al ego y, como el resto de nosotros, cae en la trampa de amar las cosas y a los demás con la esperanza de que o bien le revelen una verdad universal o bien la experiencia le resulte transformadora. ¿De veras cree que ella le ama de corazón? Se ha aferrado al concepto que usted abarca porque representa el destino al que la condujeron las últimas palabras de su padre, y probablemente le ha entregado su cuerpo porque... —la voz se le entrecortó, atravesada por el dolor de la revelación— porque su deseo nunca ha dejado de ser reunirse con sus padres y veía en su carne la vía ideal de extinción. Cuando uno ama de verdad, busca la mutua supervivencia porque la vida se le enciende, señor Vranitsky, no sucumbe a ideas de autodestrucción.

Dariy le sostenía la mirada en la distancia.

—Siempre he encontrado fascinante la habilidad para contradecirse de los mortales. Si tan convencido está de que no soy bueno para ella, inspector Whishaw, ¿por qué ha irrumpido reprochándome que no le hiciera una visita, que no pidiera su mano?

—Porque estoy seguro de que a ella le habría gustado verle durante su convalecencia y no hay anhelo de Lenore que yo no me esfuerce por satisfacer. Por desgracia, usted, en todo su esplendor egoísta, ha abusado de la curiosidad de una mujer vulnerable para

nada. La ha enviado de vuelta a la melancolía por capricho. Y tenía que saberlo —recalcó—. Usted tenía que saber que estaba relacionándose con una joven abrumada por la pérdida. Una que habría hecho cualquier cosa para darle una respuesta o explicación a su dolor.

—¿Y usted no se ha servido lo que ha querido, acaso?

Edward se irguió con una larga inspiración.

—Yo nunca he pretendido ser una etapa breve en su vida. Y si me he equivocado a lo largo del camino, estaré ahí, en el futuro, para recibir sus recriminaciones y redimirla como me exija.

Quería decirle mucho más. Hundirlo en reproches cargados de despecho femenino, los que Lenore no le dirigiría ni siquiera si llegara a saber que Dariy nunca había pretendido estar con ella. Habría pasado el resto de sus días allí sentado, alternando protestas con preguntas cuya respuesta le partiría el corazón: cómo había llegado él a la señorita Nightingale, por qué no se había buscado otra víctima, en qué momento se había desarrollado su romance, e incluso si creía que alguna vez ella lo olvidaría o Edward tendría que vivir bajo su prolongada sombra durante el resto de sus días.

Pero no volvió a abrir la boca porque los agentes seguían allí, contemplando la escena, y porque no había ido a detenerlo por razones personales.

Dariy tampoco habló. Dejó correr un silencio cómodo. El que solía instalarse, cómplice, entre dos viejos amigos. No lo rompió hasta que él y no Edward hubo tomado una decisión.

—Es un alivio saber que la dejo en buenas manos. —Se puso en pie muy despacio, más para evitar que chirriasen las patas de la silla que porque quisiera seguir prorrogando el momento. Le ofreció las muñecas en un gesto humilde—. Haga lo que tenga que hacer.

Edward no se movió del sitio.

Había lidiado con unos cuantos ladrones y asesinos, la mayoría de poca monta, a lo largo de su carrera policial, pero ninguno se había condenado a sí mismo con apatía. Parecía que hubiera asimilado el alcance de su propia maldad hasta tal punto que ya ni recordaba sus crímenes, y de ahí que pudiera hablar de su futuro encierro con impunidad e indiferencia.

Fueron Collins y Aldridge quienes, en un despliegue de valentía que en otro momento el inspector les habría aplaudido, cruzaron el comedor para esposar al ser inmortal.

Ser inmortal, recordó Edward.

Si Isobel no se equivocaba y nadie había perdido el juicio después de tanta muerte y tragedia, Dariy Vranitsky era miembro único de una raza sobrenatural y altamente peligrosa. Porque si en algo se parecía a las criaturas hambrientas de sangre sobre las que había leído, su carácter sería traicionero y convendría no fiarse de su en teoría apacible rendición.

Sin embargo, por más que vigilaba con escrúpulo su expresión solemne, no intuía en él ni el regocijo del plan secreto que pronto pondría en marcha ni la sed de venganza. Aunque le hubiera llevado la contraria durante la conversación, estaba de acuerdo con que lo prendieran.

Edward se levantó en cuanto los agentes pasaron por su lado con el marqués apresado.

En el caso de apetecerle, Dariy podría deshacerse de los inexpertos jovencitos que lo sujetaban como un niño su juguete preferido; si su condición sobrenatural no le había otorgado una fuerza extrema, la poseería de todos modos gracias a su complexión física. Aunque eran más o menos igual de altos y Edward le superaba en anchura y desarrollo muscular, era fácil sentirse pequeño e insignificante a su lado, no tanto por su presencia, sino por su serenidad. Edward estaría siempre en desventaja respecto a él porque no podía controlar sus emociones. Dariy, en cambio, gobernaba sobre ellas sin recurrir a tiránicos sometimientos. Era monarca pacífico en el reino de sus pensamientos.

—En comisaría habrá de responder a unas cuantas preguntas —le informó en tanto que salían de la mansión—, pero quiero la exclusiva, Vranitsky. Quiero que me diga por qué mató a cada una de las víctimas.

Dariy no apartó la vista del frente. Tuvo la sensación de que se orientaba con facilidad pasillo a través porque tenía memorizado el mapa del mundo.

—A Jane Mansfield porque descubrió mi secreto. Había estado

pegando la oreja a la puerta equivocada cuando se me ocurrió hablar de mí mismo —empezó a enumerar con voz neutra—. Al señor Paulson porque pidió la mano de Lenore esa misma noche y el barón Fellowes se la entregó sin consultar, y esto habría desembocado en una situación injusta e irreversible para ella. Al doctor Barnes porque su buen amigo Winthrop estaba metiendo las narices en una investigación que no le concernía. Se me ocurrió que sería más contundente, así como compasivo con él, hacerle una pequeña advertencia a través de su compañero de gremio en vez de matarlo directamente. Y al señor Bainbridge porque alejar a Isobel de su hermana pequeña se había convertido en su única misión en la vida.

—Entonces ni una sola motivación coincidía con la anterior —murmuró Edward.

Dariy le lanzó una mirada burlona.

—Seguro que ha oído hablar del carácter caprichoso de los... seres como yo. Y cuando el hambre aprieta, inspector Whishaw, es difícil contenerse.

Con el estómago revuelto por la confesión, Edward bajó las escaleras hacia la acera y alzó la vista al cielo despejado. El sol permanecía más o menos eclipsado por un cúmulo de nubes blancas, pero de todos modos derramaba su luz apagada sobre el moderno empedrado.

Viendo que los agentes demoraban en seguirlo, Edward les lanzó una mirada seria y los apremió. Ellos tuvieron que tirar con todas sus fuerzas para convencer a Dariy de abandonar el refugio de la oscuridad: le vio agachar la cabeza y encogerse sobre sí mismo para bajar la escalinata a toda prisa.

No comprendió el porqué de sus reticencias hasta que le oyó gimotear débilmente a medio camino.

Edward se giró con toda la intención de aplicarle un castigo físico si se resistía, y cuál no fue su sorpresa al fijarse en que temblaba con violencia. Un humo grisáceo con olor a chamuscado manaba de su cuerpo, como si acabara de emerger de la sauna. O, más bien, de una fuente de lava.

Dariy elevó la barbilla para que Edward descubriera con horror las

quemaduras que le habían desfigurado la cara en cuestión de segundos.

—¡Santo Dios! —gritó Aldridge.

Soltó de inmediato al marqués y retrocedió, espantado. Collins hizo lo mismo y huyó hacia el lateral cubriéndose la boca. Era tan aprensivo que sufrió graves arcadas.

Edward se quedó rígido en el sitio.

Así que el enemigo de Dariy era la claridad del día. Por lo que veía, no era un peligro menor para él. De seguro no lo mataría, pero lo debilitaba tanto que no podía ni ponerse a resguardo. Estaba en una situación de vulnerabilidad total.

Aunque horrorizaba presenciar semejante tortura y él mismo sufrió en sus carnes el dolor de las quemaduras, no hizo nada por prestarle su ayuda. Pensaba en los días que Lenore había pasado postrada en una cama, en la posibilidad de que muriera a los tiernos diecinueve años por el capricho de Vranitsky de exponerla a su letalidad. Pensaba en las víctimas que había tratado personalmente con regularidad, el bondadoso doctor Barnes y el no menos agradable Percival, y la impotencia no hacía sino agudizar su deseo de verlo sufrir.

Nunca había encontrado paz o placer en la venganza, pero Edward era paladín de los rencores que jamás se apagaban. Contemplar aquel espectáculo de carne quemada le produjo una satisfacción incomparable. Así fue como descubrió que todo dolor que pudiera infligirle al responsable del dolor de Lenore le sabría a poco.

Dariy no pudo soportar más el influjo del sol y, temblando, cayó sobre las rodillas. Fue a apoyar las manos sobre la acera, pero tenía las palmas surcadas de pompas purulentas y al final solo se derrumbó hacia delante. La luz había menguado su tamaño y se asemejaba ahora a un niño famélico con los muslos igual de anchos que las pantorrillas. Aun de perfil y con el pelo cubriéndole lo que quedaba de sus hermosas facciones, se intuía el aspecto cadavérico de un rostro que momentos antes había carecido de rival.

No era un hombre ya, parecía una calavera.

Edward no podía apartar la mirada de él del mismo modo que no podría haber dejado de admirar los destrozos de un accidente, salvo

que en este caso no lo motivaba el morbo, sino el deseo de averiguar hasta dónde llegaba la tortura.

Al final, si el sol lo mataba, no podrían atribuirle a él la responsabilidad.

CAPÍTULO 34

Lenore volvió en sí con la sensación de haber emergido de aguas tranquilas.

Le habría gustado acordarse de su propio nacimiento. Estaba segura de que su regreso a la vida, porque sin duda había estado en los páramos de la muerte, había sido una experiencia muy similar a la del alumbramiento. No tenía la boca pastosa, ni la cabeza embotada, ni dolor en las articulaciones que no había estirado en días. Aquello no era el torpe despertar de una siesta tardía, y entonces comprendió que no había sobrevivido por capricho del azar o gracias a la medicina.

Había magia involucrada.

O quizá el hijo de la muerte, su único mediador, había intercedido por ella para salvarla.

—Dariy —fue lo primero que dijo al despertar.

Coleccionaba imágenes borrosas del período de infección. Recordaba que el pecho se le había bloqueado y la fiebre la había dejado tiritando.

Cabía esperar que tras un contagio de estas características manifestara secuelas aun durante la recuperación, pero se sentía viva y con una energía inusitada.

Trató de hacer memoria por si acaso le habían transmitido alguna información importante a lo largo de la convalecencia. Solo recordaba ráfagas de su conversación con el doctor Winthrop. Se le había olvidado el motivo de que el médico dejara el instrumental a un lado y se inclinara a escucharla, pero sí podía evocar con meridiana claridad la expresión solemne con la que había atendido sus... ¿reproches? ¿Peticiones?

¿De qué podría haber hablado con el médico que le hubiera

inspirado a mirarla de esa manera?

¿Y dónde estaba Edward? ¿Por qué no lo encontró a su lado?

—¡Dios mío, Noor!

Lenore se sobresaltó. Su hermana se había despertado al poco de que lo hiciera ella, como si estuvieran conectadas a un nivel extrasensorial. A juzgar por su postura, habría pasado días arrodillada junto a la cama, durmiendo con los brazos cruzados sobre la colcha y la cabeza justo encima. Despeinada, pálida y con los ojos vidriosos, lejos de parecer una enferma, estaba incluso más bella si cabía. Era en la adversidad cuando Isobel florecía y exhibía su exuberante fortaleza de carácter.

Fue Lenore la que extendió los brazos para invitarla a acurrucarse. Un gimoteo entre histérico y aliviado brotó de los labios de Isobel. Temblorosa y entumecida por el dolor muscular, tardó más de lo que le habría gustado en cobijarse en su abrazo.

Lenore sonrió como una madre afectuosa y le acarició los mechones negros que se le habían soltado del recogido. La primogénita temblaba por el sobreesfuerzo de mantener el llanto a raya, pero la debilidad terminó venciéndola y rompió a llorar aferrada a ella con desesperación.

—Por un instante pensé que no vivirías —sollozaba con un hilo de voz—. Que me habías dejado sola.

Lenore se conmovió hasta las lágrimas.

Hacía años que no veía ese lado vulnerable de Isobel, empecinada como estaba en erguirse por encima —o al menos a la altura— de toda coyuntura. Solo había llorado así en una ocasión previa, y a escondidas de la familia: cuando falleció su madre. Para cuando la enfermedad arrastró al doctor Nightingale y, a posteriori, la fatalidad la dejó viuda, Isobel ya había sido vaciada de emoción.

O eso había creído Lenore.

Una parte de sí observaba con incredulidad su acceso emocional, del que la había creído incapaz hasta ese momento. Se tuvo que tragar el nudo de la garganta y seguir frotándole la espalda.

¿Ella, abandonar a su hermana? Qué tontería, pensó. Incluso si eran distintas como el día y la noche y la mayor parte del tiempo no se entendían, y aunque los roles de perseguidora y perseguida, de

policía y ladrona, hubieran intentado desvirtuar la pureza de su vínculo, Isobel había sido y continuaría siendo de por vida la razón de que Lenore saliera adelante.

Muchos creían que su vocación la había salvado, pero no era cierto. El amor incondicional de Isobel fue lo que la convenció de superar la melancolía, y podría haberla vuelto a persuadir de sobrevivir días atrás si en pleno estado febril no hubiese perdido la conciencia.

—No te mentiré diciendo que yo también lo creía, porque algo me decía que superaría la enfermedad —admitió con serenidad. Alejó a Isobel por los hombros muy despacio, sin llegar a separarla del todo —, pero no sabía cómo. Sigo sin saberlo. Si tú no te has apartado de mi lado en estos días, has debido de presenciar el milagro... o a quien lo hiciera posible. —Hizo una pausa para recomponerse tras el momento de debilidad—. Fue Dariy, ¿verdad?

Isobel fue quien terminó de retirarse del todo para mirarla con gesto sombrío. Así fue como Lenore comprendió que, sin haberle mencionado el nombre del *homo immortalis*, su hermana había terminado averiguándolo.

¿O lo habría leído en el cuaderno de notas de su padre?

—Acabas de esquivar la muerte por los pelos, ¿y ya estás pensando en él? No, Lenore —anunció con voz queda. Se estaba esforzando para que no se le escapara el genio—, no solo no has sobrevivido por su gracia e intervención, sino que no tuvo la gentileza de hacerte una visita ninguno de los tres críticos días. Y es cada vez más evidente que es el responsable de tu situación.

Lenore sacudió la cabeza con dulzura.

—Dariy nunca ha pretendido hacerme daño. —La tomó de las manos y se las estrechó—. Te ruego que no arremetas contra él, especialmente en el nombre de mi bienestar. Sabes bien quién y cómo soy, y que tiendo a meterme de muy buena gana en situaciones que me sobrepasan.

—No lo protejas —le advirtió Isobel con una mirada de acero—. También sé muy bien quién es él. O, mejor dicho, *qué* es.

Por supuesto. Su hermana estaba allí cuando Lenore merodeaba por el sótano del doctor.

El corazón se le aceleró.

—No habrás contado su secreto, ¿verdad?

Isobel seguía apretando los labios con impotencia. No pudo sostener la angustia de la pequeña, tampoco la propia culpabilidad, y agachó la cabeza.

—Creía que era el asesino de Percy —se justificó con un murmullo. Le temblaba la voz—. Y aunque no lo hubiera sido, Lenore, a punto ha estado de cavar tu tumba. Pensaba que lo tenía merecido.

Sintió el injusto impulso de zarandearla por los hombros, pero el sentido común la contuvo a tiempo.

Su marido había sido una de las víctimas, por el amor de Dios. Por supuesto que tenía derecho a revelar la condición sobrehumana de Dariy, a contactar a la Policía Metropolitana e incluso a tomar represalias por su cuenta. Isobel solo era mujer del mismo modo que Edward solo era un hombre. No podía exigirles la incondicionalidad y la fascinación que sentía ella por lo inescrutable, y sí compadecerse de sus razonables temores.

Inspiró hondo para serenarse y, sin soltar la mano de su hermana, preguntó con suavidad:

—¿Qué has hecho?

Ella la miró con los ojos cuajados de lágrimas.

—Informé a Edward de todo cuanto sabía, los hechos fehacientes, mis sospechas y teorías, y... —Se mordió el labio—. Debo admitir que lo hice aun estando al tanto de tus sentimientos hacia él. Era consciente de que te decepcionaría, de que podrías llegar a odiarme por lo que entenderías como una traición, pero eran tu estado mental y tu futuro lo que estaba en juego. Sé que lo que hizo padre con esa criatura no es de Dios —continuó. Había estallado en llanto, y Lenore casi lo hizo también—. Me estremezco si pienso en las aberraciones que describió con total impunidad sobre quien entonces era todavía inocente..., que no humano, porque nadie que se precie de llamarse como tal se vengaría de la maldad de un solo hombre arrastrando a otros tantos libres de culpa consigo. Eso pensaba... —su voz se fue apagando—, pero me equivocaba.

—¿Qué quieres decir?

Isobel la miró a los ojos.

—Sé que el señor Vranitsky no es responsable de mi viudedad, y aunque creo que toda criatura anormal que pueda suponer una amenaza para nuestra raza debe ser... —vaciló— apartada de la sociedad, temo por lo que haya sido de él a causa de mi testimonio.

Lenore la agarró de los hombros.

—¿Qué ha pasado, Bells?

—La Policía Metropolitana lo arrestó esta madrugada. Lo retienen en el calabozo de la comisaría de Rosslyn Hill a la espera de que anochezca para trasladarlo a un lugar más seguro para la ciudadanía. Edward vino a verte fuera de sí una vez consumada la detención y me trasladó la noticia. Por lo que sé, también el doctor Winthrop se ha involucrado... ¿A dónde vas?

Lenore se había levantado de un brinco de la cama. Se dirigió con paso militar al guardarropa y sacó unas prendas al azar que fue arrojando sobre la cama.

—Tú lo has dicho. A Rosslyn Hill. Ayúdame —le pidió mientras se sacaba el camisón de un movimiento—. Supongo que los criados se han deshecho de todos mis vestidos negros por miedo a que hubiera fluidos contagiosos. Suerte que la comisaría queda a un paseo a pie y serán pocos los que juzguen que me haya pasado tan rápido al medio luto.

—¿Has perdido el juicio? Lenore, ¿es que no entiendes que ese hombre... esa criatura... va a suponer tu sentencia de muerte? ¡La policía te pondrá en su punto de mira si te resistes a colaborar y, para colmo, delatas dónde están tus lealtades con...!

La pequeña la calló arrojándole una mirada determinada.

—Estás muy equivocada, Isobel. No soy la víctima de la situación. Nunca lo he sido. De hecho, soy la única razón por la que Dariy se ha visto privado de su libertad. Puedes ayudarme para que vaya lo antes posible e intente hacer justicia o puedes guardar silencio, pero no conseguirás detenerme por más que te empeñes.

Dudaba que Isobel hubiera enmudecido porque encontrara lógico o siquiera respetable su planteamiento. Por desgracia, no tenía tiempo para sentarse a convencerla. Y, además, sabía que era de entrada una causa perdida.

Debía dar gracias al cielo, aun así —o a la naturaleza generosa de

su hermana—, porque cejara en su empeño y la dejara ser reclinándose en el rincón del dormitorio. Mientras se vestía, observó con el rabillo del ojo que la mayor tomaba asiento en el sillón, pálida como la tiza, y se cubría la cara con manos temblorosas. Estuvo a punto de parar lo que estaba haciendo y pretendía hacer para arrodillarse ante ella y preguntarle si había ocurrido algo más. Una parte de sí sospechaba que ni siquiera haber visto a su hermana pequeña a las puertas de la muerte podría haber derrumbado así a la segura de sí misma Isobel.

O quizá no, y simplemente había llegado al límite de su tolerancia. No hacía ni una semana de la muerte de su marido; pocos meses del fallecimiento del doctor Nightingale, que, buen padre o no, buen hombre o no, seguía siendo su familia. Isobel estaba librando batallas personales. Lenore no sabía cómo hacerle ver que no tenía que apropiarse también las preocupaciones ajenas, ni mucho menos las suyas, que se adentraban en un terreno peligroso y desconocido que escapaba a su control.

Un vestido de muselina celeste más tarde, se arrodilló ante Isobel y la tomó de las manos.

Esperó a que ella le devolviera la mirada con los ojos llorosos para sonreírle.

—Gracias por velar por mí, Bells —le dijo. La emoción le entrecortó el aliento—. Sé que no siempre soy razonable...

—No lo eres nunca, de hecho —suspiró con resignación.

La sonrisa de Lenore adquirió un matiz nostálgico.

—Pero quiero que sepas que, por distraída que sea, tu afecto no me pasa desapercibido y nunca lo doy por sentado. Sé, también, que tu preocupación nace de la mejor de las intenciones y que tiene una razón de ser muy comprensible; al final, una vez, no hace mucho tiempo, te necesité terriblemente. Pero he cumplido diecinueve años. No soy una niña. Y aunque no comulgues con mis motivaciones y prioridades, has de dejarme ser por la simple razón de que no soy tu responsabilidad. Quiero que seas libre de mí, Bells. —Le estrechó la mano con cariño—. Solo creceremos juntas y en armonía si aprendemos a respetar nuestros mutuos criterios por diferentes que sean; si nos zafamos de la idea equívoca de que debemos vigilarnos

como si fuéramos malhechoras. Ser diametralmente opuestas no significa que una esté en lo cierto y otra viva en el error. Tenemos que comprendernos y amarnos sin pretender corregir nuestros mutuos defectos.

Había asumido su culpa porque no era ciega a sus equivocaciones. Había sido dura e injusta con Isobel en el pasado. Había pretendido que se interesara en sus mismas aficiones, que sacrificara un futuro matrimonial y una ajetreada vida en los salones con tal de permanecer junto a ella practicando disoluciones en el laboratorio, y como no había logrado persuadirla, la había desechado sin miramientos. Se arrepentía de haber sido la causante de la brecha entre las dos y sabía que no podía solucionarla con una conversación precipitada, pero haber mirado a los ojos a la muerte la había despertado.

Se emplearía a fondo en su relación cuando hubiera resuelto los problemas vigentes. Por el momento, con dejar a Isobel a salvo en casa, serena y reflexionando, se daría por satisfecha.

Sin esperar una respuesta de su hermana, se incorporó y la despidió con una sonrisa esperanzada que sospechaba inapropiada para la coyuntura. Salió de la casa con prisas, pero procurando no emitir sonido. Imaginaba que Humbert y Theresa estarían en el dormitorio, hablando a puerta cerrada, o a lo mejor por fin habrían podido poner sus cuerpos a descansar.

Se sintió miserable por celebrar que no se diera un encuentro en las escaleras. Sabía que sus parientes ansiaban verla sana y consciente, pero también que le habrían impedido avanzar un paso más con el razonable pretexto de que no debía hacer sobreesfuerzos.

Como si el hecho de que hubiera sobrevivido no indicara de por sí que el reposo no había cambiado las tornas en su favor, sino un verdadero milagro.

Pensó con una sonrisa inquieta en lo ajena que siempre había sido la ciudad a la magia de las criaturas. Los barones en concreto tenían a Dariy Vranitsky a un número de distancia y no se habían percatado de que era un portal entre la vida y la muerte.

La sonrisa se le borró de la cara nada más salir a la intemperie y

confirmar que el sol, enmarcado en el horizonte oeste, se deshacía en una bola de fuego.

Isobel había mencionado que lo habían arrancado de su casa durante la madrugada, pero ¿qué madrugada? ¿La que aún gobernaban las tinieblas o en la que dominaba la claridad? Se estremeció de pensar que pudieran haberlo arrastrado calle abajo a pleno sol. Apretó el paso para llegar cuanto antes; para llegar, a poder ser, con un día de antelación. Y es que, si de ella hubiera dependido, se habría movido como el rayo para estar a su lado cuando aún era el pasado.

La lámpara azul de la Policía Metropolitana advertía de la función del edificio, cuyo sobrio ladrillo rojo destacaba frente a las viviendas adyacentes. Lenore empujó las pesadas puertas de madera sin dilación.

Nada más entrar, notó que la comisaría estaba peculiarmente vacía. Tan solo la recibieron las miradas alarmadas de un par de jóvenes agentes. Sus rostros eran la viva imagen de la culpabilidad. Entendió, pues, que estaban reteniendo a Dariy allí en contra del deseo de su superior, quien de seguro no habría sido avisado de la detención.

—Señorita —balbuceó el más alto, un muchacho con el flequillo castaño y los ojos saltones—, no puede estar aquí.

—Por supuesto que puedo estar aquí. Las comisarías están al servicio de todo aquel que desee interponer una denuncia, y eso es lo que voy a hacer yo una vez se me conceda acceso a los calabozos. Tengo entendido que retienen al marqués de Volteran.

Los agentes intercambiaron una mirada incómoda. El más robusto, un rubio con gesto receloso, se adelantó un paso con el pulgar colgando de la cinturilla del pantalón.

—Me temo que no va a ser posible. No se permiten visitas.

Lenore soltó una carcajada que los descolocó a ambos.

—¿Saben quién sí me permitirá una visita? El inspector jefe George Ulster. Resulta que vive a un par de manzanas, en el propio Hampstead Heath. Por tarde que sea, apuesto a que me abre la puerta si le advierto de que sus dos aprendices de policía han dado un pequeño *coup d'état* en su preciada comisaría.

Como coreografiados, ambos palidecieron.

—Whishaw no está aquí —oyó que le decía el alto a su compañero en voz baja—. No tendremos que dar explicaciones si la entrevista de la señorita es breve.

—Pues en el caso de tener que darlas, serás tú el responsable —gruñó el otro—, porque yo no pienso prostituir mi beneplácito.

El agente castaño se estremeció, pero agachó la cabeza en señal de asentimiento.

Momentos más tarde, le hacía un gesto desganado a Lenore para que le acompañara pasillo a través.

Con el corazón en un puño por lo que pudiera encontrarse, lo siguió fijándose en el pésimo estado de las puertas de los calabozos, a cuál más agrietada por la humedad. Al menos la luz exterior no incidía de forma directa gracias a las paredes de ladrillo enlucido y la ausencia de ventanas, lo que significaba que Dariy estaba a salvo.

El agente se detuvo ante la última celda y gesticuló con la cabeza.

—Solo diez minutos, señorita, o ambos nos las veremos en un severo aprieto.

O bien no se había acostumbrado todavía a los procedimientos policiales o bien Dariy le aterrorizaba, porque en vez de quedarse vigilando muy de cerca, como habría correspondido, rehízo sus pasos hasta desaparecer por el pasillo.

No subió las escaleras, o de lo contrario Lenore lo habría oído.

En el fondo agradeció que le diera intimidad.

Lenore se agarró a los barrotes del ventanuco de la puerta y se asomó. Si no hubiera sido por el titilar de un par de lamparillas, no habría localizado a la figura derrumbada sobre el único mobiliario, un banco de hierro fijo a la pared.

—Dariy —lo llamó con voz queda.

Él reaccionó con un respingo sutil y alzó la cabeza con vacilación.

Debía estar muy débil. No la había intuido a través de los sentidos antes de su llegada.

—Lenore... —musitó con una voz que no era suya.

Debía, también, tener las cuerdas vocales abrasadas.

Si el sol lo había dejado aún peor que como ella lo había encontrado, no quería ni imaginarse el diagnóstico que habría

arrojado el doctor Winthrop. De seguro habría perdido el habla, el equilibrio y la conciencia durante las primeras horas.

Por suerte, ahora podía levantarse. Lo hizo con prudencia, a sabiendas de su propia debilidad, y se arrastró hacia la puerta agarrándose un brazo hasta que de pronto cambió de opinión.

—Preferiría que no me vieras así —confesó con la cabeza aún gacha, no por la vergüenza, sino como medida preventiva.

Lenore esbozó una sonrisa que pretendía ser jocosa, pero estaba alterada. Se le habían puesto blancos los nudillos de tanto aferrarse a los barrotes.

—¿Ahora le preocupa su imagen, señor Vranitsky? —ironizó con un esfuerzo de humor—. A pesar de sus batas de seda importada y sus impecables guantes de cuero, nunca le había tomado por un caballero presumido...

—Podría asustarte.

—¿Vuelves a subestimarme? ¿Acaso no he demostrado ya que no soy impresionable?

Debió convencerlo, porque tras un segundo de resistencia en el que Lenore olvidó respirar, retomó el camino. Rodeó los barrotes con esos mismos guantes, cubriendo los dedos calientes de Lenore, y alzó la vista hacia ella.

Dudaba que se hubiera visto en un espejo, pero tenía que saber muy bien qué efectos producía el contacto directo con el sol, pues no había exagerado.

Lenore tuvo que hacer de tripas corazón para no romper a llorar. De su bella cara solo quedaba el recuerdo, si acaso la insinuación de los rasgos. Las quemaduras de la zona mandibular eran tan agresivas que habían aflorado los músculos maxilofaciales. Como una calavera, había perdido la punta de la nariz y el párpado de un ojo. Lo que antes era piel se había convertido ahora en una pavesa de papel con los bordes aún ribeteados de fuego.

Casi todo el pelo se le había caído. Del cráneo salpicado de rosetones escarlata apenas brotaban un par de mechones deslucidos.

Lenore alargó una mano temblorosa hacia él. Temiendo hacerle

daño, reprodujo el simulacro de una caricia en las zonas menos afectadas.

—¿Cómo se te ha ocurrido? —gimoteó ella—. Podrías haber evitado que te llevaran preso, por Dios. Se supone que duplicas las fuerzas del ser humano más fuerte, o al menos tienes el don de la persuasión. ¿Por qué no te defendiste cuando fueron a detenerte? ¿Por qué no los atacaste?

—No me habrías perdonado que perjudicara al inspector Whishaw.

Lenore odió no poder llevarle la contraria.

—¡Podrías haberte escondido, maldita sea!

—La cobardía no es mi estilo.

—¿Y la huida tampoco? Algo tan sencillo como desaparecer unos meses en otra ciudad... De seguro has recurrido a esa alternativa en otras ocasiones.

—Lo cierto es que nunca me he visto en una situación parecida. Y antes de marcharme necesitaba asegurarme de que el futuro no me había engañado y sobrevivías al contagio.

La ternura la instó a callar un momento y lamentar que los barrotes los separaran.

—No viniste a verme un solo día —le dijo sin acritud.

Cuanto más lo miraba a los ojos, menos le costaba ver al Dariy Vranitsky que la había fascinado cuando aún era un misterio asociado a la noche, antes incluso de revelar su rostro. Seguía ahí, desafiando los devenires de una lesión mortal regenerándose por segundos.

—Habría sido tu sentencia de muerte. Lo último que necesitabas era seguir exponiéndote a la bacteria. Juraría que te desmayaste en el cementerio porque se me ocurrió acercarme. Eso tuvo que ser lo que selló definitivamente el diagnóstico de muerte.

—Te dije que no me importaba morir.

—Y ahora te has dado cuenta de cuánto te equivocabas, ¿verdad? —preguntó con una ligera esperanza.

Lenore se mordió el labio.

Quería decirle que sí; lo que fuera que necesitase oír para sentirse aliviado, para dejar de sufrir por el ardor de las quemaduras y la

humillación, pero la cruda verdad era que no estaba segura de haber aprendido la lección.

—¿No eres tú a quien he de agradecer mi supervivencia? —inquirió en su lugar.

—No. —Al intentar sonreír, sus labios formaron una mueca que quizá otro habría encontrado abominable, pero que a ella la colmó de cariño—. Es evidente que alguien más vela por ti, Lenore. Por suerte para los dos, es la clase de criatura que puede permitirse contradecir al destino.

—¿Y es esa criatura, asimismo, la que puede asesinar a cuatro personas inocentes y convencerte de atribuirte la responsabilidad? —Hizo una pausa necesaria—. Mi hermana me ha asegurado que no fuiste tú quien mató a su marido, y no es el tipo de mujer que hace afirmaciones a la ligera. Si lo dice, debe ser porque está convencida. Porque tiene pruebas. —Volvió a dejar correr un silencio—. Hay más, ¿no es cierto? Hay más aparte de ti.

Dariy no contestó, pero tampoco se apartó de la puerta. Dejó de cubrir los dedos de Lenore y le acarició la barbilla con el guante.

Divinos guantes que le habían salvado las manos.

—Es la primera vez que te veo vestida de un color que no es el negro.

Su cambio de tema no había sido el más sutil, pero Lenore le dio el gusto de no insistir. Aunque le temblaba el cuerpo entero y sus ánimos no eran los óptimos, hizo el esfuerzo de alejarse de las rejas para exhibir el vestido con una torpe reverencia.

—¿Te gusta?

—Ahora pareces tan joven como eres.

—¿Y eso es positivo?

Dariy suspiró.

—Confieso que tu edad me ha pasado desapercibida desde el principio. Me distraían tu seguridad al hablar y al moverte, tu ambición; la facilidad hasta cierto punto temeraria que tienes para mostrarte vulnerable sin caer en el sentimentalismo. Esas son virtudes que uno solo cultiva en los reinos de la adversidad, cuando lleva miles de años exponiéndose a los reveses de la vida con los brazos abiertos... Pero los olvidos que, como el mío, nacen de la

ceguera de la fascinación, no tienen perdón alguno. La prueba de tus diecinueve años siempre ha estado ahí, ante mis ojos. Exhibes la curiosidad y la valentía propias de la juventud que tienen algo de imprudencia y algo de ingenuidad. Aún eres una niña, Lenore.

—¿Qué tonterías dices? —se extrañó—. ¡Si ya debería llevar un año casada!

—En estos tiempos que te ha tocado nacer se supone que eres toda una mujer, sí..., pero se equivocan. Aún eres una niña —repitió, más despacio—, y ese ha sido, además del origen de todos tus problemas, el motivo por el que no puedes solventarlos. Tienes la edad de las preguntas, no de las respuestas, y vas a sufrir lo indecible en el proceso de encontrarlas.

Lenore se quedó callada antes de permitirse, por primera vez en años, un momento de autocompasión.

—¿Más de lo que ya he sufrido? —musitó.

Dariy le sostuvo la mirada con una sombra de arrepentimiento.

—Nunca debí permitir que el deseo de vengarme de tu padre te pusiera en el punto de mira. Sobre todo porque hacerte daño dejó de ser mi propósito en cuanto hablaste conmigo la primera vez. Tu franqueza me conmovió, esa es la verdad. Lo que ha venido sucediendo después ha sido antinatural, y todos pagaremos por mi absurdo desafío. Es mi naturaleza atormentar a las almas débiles, sí, pero la tuya es, además de frágil, inmensamente valiente. Mi caprichosa venganza podría haberte costado la vida.

Lenore sacudió la cabeza y cubrió la mano de Dariy para contener su caricia.

—Tu capricho me salvó la vida —le corrigió—. Me diste un propósito cuando mi padre murió, ¿comprendes? Tu sola existencia prueba la realidad de los milagros, y eso era lo que yo necesitaba. Un milagro.

Cuando Dariy volvió a sonreír, sus labios ya habían empezado a recuperar la forma. Recorrió la suave curvatura de la mandíbula de Lenore con los dedos, mirándola con los ojos de siempre. Había cosas sencillamente inalterables y su mirada era una de ellas.

—¿Cómo puede algo tan vivo amar algo que está muerto? —

murmuró, abstraído—. Me perdonaste los crímenes antes de saber que no eran míos.

Lenore cerró los ojos para entregarse a la caricia.

—Porque lo que siempre he sabido es que algo tan bello no puede ser nocivo.

—Al revés, Noor. Más que ningún otro don, la belleza plantea exigencias dolorosas.

Era la primera vez que la llamaba así. Quizá la última.

Algo dentro de ella le decía que a eso tendría que aferrarse el resto de sus días para recordarlo; a ese momento, a esas primeras y últimas palabras sinceras. No le guardaría nunca rencor por haberse refugiado detrás de una pirámide de mentiras que le impediría acercarse a él. Sabía que había realidades más grandes que ella y que esas realidades debían ser protegidas a cualquier precio.

Dariy y sus secretos lo eran. Más grandes que ella, más fuertes, más trascendentes.

Y no volvería a verlo, estaba segura.

Tarde o temprano, y sobre todo ahora que ya tenía pruebas de que Lenore se había repuesto, obraría su magia y desaparecería de Londres. Quizá desaparecería también del siglo XIX para disfrutar de las comodidades de algún futuro próximo, o para asistir horrorizado a ese apocalipsis previsto.

Pero a su lado ya no tenía lugar. Nunca lo había tenido.

Cuando Lenore abrió los ojos, descubrió que Dariy le estaba ofreciendo la piedra de luna.

—La olvidaste la otra noche y quiero que la guardes.

—¿Para que me guíe hacia ti?

Él sacudió la cabeza con gesto serio.

—Para que me recuerdes. Ahora que sé que existes, Lenore, siento que soy en parte mortal: moriré a través de tu olvido. Y dolerá —le prometió en voz baja—. Ya puedo anticiparlo.

Lenore aceptó la piedra y se la guardó en el bolsillo del vestido sin apartar la vista de él. Una parte de sí estaba inmersa en el dolor de la despedida, pero otra era muy consciente del fascinante milagro de su curación. Estaba recuperando los rasgos que tanto quería.

—Tu inmortalidad estará siempre a salvo conmigo.

—Soy un hombre afortunado, entonces.

Lenore le sonrió.

—¿No decías que no eras un hombre, sino un monstruo?

—Sí, pero tú decías que sentir amor y ser querido es lo que diferencia a los humanos de las bestias. Quizá, y a pesar de todo, soy un hombre. —Se encogió de hombros con una humildad conmovedora—. Un hombre cuyo cuerpo no puede morir, pero hombre a fin de cuentas.

—Pero que el hombre no pueda morir no significa que deba sufrir —señaló ella con un guiño cómplice—. Lo siento, señor Vranitsky, pero mi alma de médico ya no puede seguir soportando la visión de esas quemaduras sin tratar. Sé que va usted a curarse solo, pero de todos modos necesito ayudarle. Iré en busca de una solución salina y gasas.

Aunque saltaba a la vista que no quería que le dejara solo, Dariy no se opuso a que desapareciera brevemente. Tenía que haber advertido que a Lenore la estaban superando las emociones de la despedida, del hecho de que su unión hubiera estado condenada al fracaso y a la extinción antes incluso de consumarse, y le había concedido de buena gana unos momentos para reponerse.

Los necesitaba, esa era la verdad. Necesitó esos momentos para pegar la espalda a la pared irregular y húmeda del pasillo y abrazarse los hombros. Necesitó cerrar los ojos con fuerza y soportar la oleada de angustia y pena como quien resistía una furiosa ventisca. Si no le cedieron las rodillas fue porque se había propuesto permanecer compuesta hasta que todo hubiera acabado.

Solo cuando Dariy hubiera dejado de ser un hombre, una experiencia de carne y hueso, para convertirse en un recuerdo lejano, cedería con gusto a la autocompasión.

Se irguió inspirando hondo y caminó con seguridad hacia la sala principal de la comisaría para exigir los cuidados médicos que se le habían escamoteado al indefenso convicto. Apostaba a que el doctor Winthrop, aun sin comprender del todo la razón de la supervivencia de Dariy, habría tenido la gentileza de dejar el bien surtido botiquín al alcance de su próxima visita. Por traicionero que fuese, su

juramento hipocrático abarcaba todas las edades, clases sociales y, en este caso, también razas.

No llegó a avanzar o expresar sus exigencias, sin embargo. Ya no eran dos agentes los que defendían el baluarte, sino tres, y fue la mirada grave del tercero la que la localizó antes.

Sus ojos verdes como flechas venenosas aterrizaron por casualidad sobre Lenore. Cuando ella ya se había estremecido por el odio que destilaban, la mirada de él reconoció de quién se trataba, quién era la esperanzada señorita de azul, y el desprecio se disolvió sustituido por la alegría.

—Lenore —jadeó Edward, sin voz—. Has vuelto.

CAPÍTULO 35

En contra de sus principios, el corazón le brincó de ilusión al verlo.

Sabía lo que había hecho. Lo había visto con sus propios ojos y lo había encontrado intolerable. Y, aun así, no pudo empujarlo por el pecho ni abofetearlo en el nombre de Dariy cuando acudió a su encuentro. Sí consiguió, gracias al cielo, resistir el impulso natural de devolverle el abrazo con el que la sorprendió; de conmoverse con el dolor acumulado en su gesto de afecto, con el que esperaba transmitirle cuánto la había echado de menos pero, sobre todo, apaciguarse a sí mismo.

Tuvo la certeza de que él no se habría separado jamás si no hubiera sido porque ella se esforzó por no inmutarse con su calurosa bienvenida. Mantuvo los brazos pegados al cuerpo y los hombros rígidos hasta que se separó para buscar su mirada, ceñudo.

—¿Qué ocurre?

Lo miró directamente a los ojos.

—Has estado a punto de matarlo. Le viste arder bajo el sol y, aun así, seguiste caminando, ¿me equivoco?

El odio que Edward sentía por Dariy debía igualar, si no superar, la alegría de volver a verla consciente, porque su expresión se endureció.

—Y lo volvería a hacer si le produjese dolor y no la muerte, pues ambos sabemos que esto segundo está fuera de sus capacidades. Créeme, tengo tan poco interés en matarlo como tú misma, claro que por razones muy distintas —añadió con frialdad—. Mientras yo esté al mando, va a vivir para ver lo que la justicia inglesa le tiene reservado.

Lenore procuró no exteriorizar cuánto la había perturbado su ferocidad. Estaba al corriente de sus principios punitivos, pero nunca

le había oído hablar con semejante mordacidad sobre uno de sus detenidos.

—¿De qué pruebas dispones que puedan señalar su culpabilidad? La propia Isobel me ha confesado esta mañana que se equivocó acusándolo con el dedo. Asegura que no fue él quien atacó a Percy.

—También se desdijo conmigo cuando fui a informarla de las novedades, pero incluso si le perdonáramos al marqués ese crimen por la sola gracia de tu hermana, que todos aquí sabemos que tiene vocación de santa, ¿crees que los familiares de Mansfield, Paulson y Barnes se mostrarán tan magnánimos cuando todo esto salga a la luz? Parece mentira, Lenore. —Sacudió la cabeza, decepcionado—. El doctor Barnes te vio crecer. Fue el primer médico, sin contar a tu padre, que apoyó tu interés en la medicina cuando el mundo entero se alzaba en contra. ¿Qué crees que pensaría si te viera defender a su asesino?

Le habría gustado decir que la acusación le fue indiferente, pero aquello era algo que había pensado en los momentos de máxima tensión y desesperanza. Había apreciado sinceramente al doctor Barnes, y mientras sospechó que Dariy había sido su verdugo, le había costado mirarse a los ojos en el espejo por haberle perdonado el crimen.

Pero ¿cómo no iba a perdonarlo, si para ella la muerte no era una bestialidad inhumana que debiera disculparse?, si para Lenore significaba la libertad?

—¿Cómo sabes que fue su asesino?

—El doctor Winthrop fue atacado horas antes por el asesino de Barnes con la misma arma, una jeringuilla vacía. La descripción que dio del atacante coincide con la del marqués: un hombre esbelto dotado de una fuerza sobrehumana y capaz tanto de impregnar la atmósfera de una gelidez escalofriante como de sobrevivir a una puñalada en el cuello. ¿Conoces a algún otro monstruo que responda a ese último detalle?

Lenore contrajo las manos en dos puños.

—Sabes que desprecio cuando te pones cínico.

—A mí no me gusta un pelo que tú te dediques a negar hechos probados.

—¿No te has planteado que pueda saber mejor que nadie quién es él y los delitos que ha cometido? ¿Qué sabrás tú sobre si sobreviviría o no a una puñalada?

—Sé que arde cuando el sol brilla sobre su cabeza, y sé que, por graves que sean sus quemaduras, no resultan letales. El doctor Winthrop vino a petición mía a examinar sus lesiones y determinó que debería haber muerto horas antes, y no solo estaba despierto en el momento del reconocimiento médico, sino que su piel se iba regenerando conforme avanzaba el examen. Por cierto —añadió con un brillo oscuro en los ojos—, ahora me consta qué empresa te traías entre manos con el especialista. Permití que se llevara una muestra de fluido del monstruo para que la comparase con la que observasteis en el laboratorio y, para su sorpresa, coinciden.

Lenore acogió la noticia como una puñalada en la espalda.

Winthrop nunca había sido nada parecido a un confidente, pero la traición la había cazado con la guardia baja. La impotencia hacia la situación no hacía sino acumularse en sus adentros, donde anidaba un grito desesperado que aún no iba a permitirse liberar.

Antes tenía que poner a salvo a Dariy.

Sorteó el obstáculo que Edward representaba ahora en dirección a la puerta.

Él la detuvo sin dificultad agarrándola del brazo.

—¿A dónde vas?

Lenore se zafó de él con un violento tirón que le dejó perplejo. Acompañó el desprecio de una mirada cargada de odio.

—A hablar con tu superior. Estoy convencida de que lo retuviste aquí en lugar de pasearlo gustosamente hasta Whitechapel porque has operado a espaldas del inspector Mandeville. Me pregunto qué opinará cuando sepa que has detenido contra su voluntad a un marqués de su majestad el rey de Rumanía, y qué medidas tomará cuando vea con sus propios ojos que le has procurado heridas de gravedad.

Edward soltó una risita incrédula.

—¿Me estás amenazando? ¿Has perdido el juicio, Lenore? ¡Esa bestia es peligrosa! ¡Su solo contacto puede contagiar una enfermedad para la que no existe cura! La enfermedad que, según

sé, se llevó a tu propio padre y casi te arrastra a ti. ¿Cómo tienes el descaro de mirarme como si fuera un tirano, cuando todo lo que hago es por la seguridad del reino en general y por la tuya en particular?

—Todo cuanto te ha movido han sido los celos y el deseo de reconocimiento —lo calló en tono beligerante.

Edward palideció, estremecido por la injusticia.

—¿Eso crees? ¿Que eres la vía a través de la que pretendo vanagloriarme? ¿Que no eres ni nunca has sido importante para mí?

Lenore se avergonzó de sus palabras, pero no permitió que su mirada traicionada la amilanase.

—Sé que me quieres. Sé, también, que no odias a Dariy por sus presuntos crímenes, sino por mis sentimientos hacia él. Lo desprecias por mi culpa y vas a hacerle pagar un precio desmedido a costa de destruirme a mí. No dudo que una parte de ti quiere hacerlo. Quiere herirme solo la mitad de lo que yo te he herido a ti con mi aventura.

Edward arrugó el ceño, cada vez más pasmado.

—El marqués confesó sus crímenes en cuanto lo esposé, Lenore. No te mentiría sobre un asunto tan sensible. Y veo que ahora, aunque sabes lo que ha hecho, sigues velando por él —murmuraba. Era difícil discernir si estaba más perplejo, decepcionado o simple y llanamente destrozado—. ¿Cómo es posible?

—Tú sabes que yo velo por él, por alguien que encuentras abominable y, aun así, velas por mí —contraatacó—. Quizá querrías explicarme tú a mí cómo eso es posible.

Edward apretó los labios.

—A lo mejor ambos hemos perdido la cabeza.

—A lo mejor.

Lenore y Edward dejaron correr un silencio cargado de tensión, reproches y también anhelo. No podía olvidar que el hombre que tenía delante, por obstinado y celoso que fuera, tenía muy buenas razones para querer acabar con Dariy. Razones de índole personal y razones relacionadas con la justicia. E incluso si no las tuviera, incluso si fuera, además de obstinado y celoso, un auténtico tirano y un animal con el corazón podrido, Lenore lo amaría de todos modos

y lo defendería con la misma fiereza con la que lo estaba horrorizando. Entendía y a la vez no podía comprender que le costara tanto ponerse en sus zapatos, si a fin de cuentas él era el primero que se enzarzaría en una batalla a muerte con el sentido común, con todos los principios morales y hasta con Dios mismo con tal de protegerla a ella.

—Déjalo libre —le pidió al cabo de unos segundos que parecieron eternos. Edward no bufó ni se rio: la miraba a los ojos a sabiendas de que hablaba en serio, y nada respetaba él más que sus deseos. Sobre todo cuando eran de temer... y siempre lo eran—, con la condición de que se marche a Rumanía y no regrese jamás. Yo no le mencionaré tu desobediencia al inspector Mandeville y tus agentes de apoyo harán voto de silencio, estoy segura. Así salvarás tu empleo, no habrá más asesinatos y yo no tendré que verle sufrir.

—¿Y quién demonios pagará por los crímenes que ha cometido? Cuatro víctimas, Lenore. Cuatro. Una de ellas era tu cuñado. Otro era tu mentor. Otro podría haber sido tu marido. ¿Es que no te importan?

—Me importan hasta tal punto que yo pagaré por esos crímenes, puesto que son mi responsabilidad —sentenció. Un interrogante asomó a los ojos de Edward, pero ella negó con la cabeza—. Algún día te contaré por qué. Por hoy solo has de saber que mi curiosidad y mi obsesión por el conocimiento nos trajeron a todos hasta aquí. Son el titiritero que ha guiado esos asesinatos. Asumiré mi culpa como corresponda, empezando por aprender a olvidar.

—No —la cortó con firmeza—. No puede quedar impune.

A Lenore se le escapó una sonrisa incrédula.

—¿De veras crees que encerrando a Dariy estarías vengando a las víctimas? ¿Hasta qué punto puedes actuar conforme al derecho cuando el presunto asesino es una criatura sobrenatural? Has visto con tus propios ojos de lo que es capaz y puedes imaginarte qué otros tantos e inexplicables milagros sabe obrar. Lo condenas a toda una vida en la cárcel, y después ¿qué? Tiene otra para desquitarse por lo que ha perdido. Y otra, y otra: tiene vidas infinitas. ¿Y qué hay de la absurda alternativa de condenarlo a muerte? No puedes matarlo, Edward.

—Si tan poderoso es, ¿por qué no ha escapado? —replicó, aunque Lenore notó que había mellado su argumento.

La expresión de la joven se suavizó.

—Porque necesitaba volver a verme y asegurarse de que estaba bien. Ahora que lo ha confirmado, ya nada lo ata a Londres. Déjalo en libertad —insistió, más despacio—, y la recompensa será la liberación de la ciudad, la tuya y la mía.

—Mi liberación —se rio con amargura. Miró a Lenore con la derrota grabada en la postura y extendió los brazos—. El daño ya está hecho. Me ha arrebatado lo único que quería. Yo nunca, jamás, me daré por satisfecho. Ni siquiera si pudiera estrangularlo con mis dos manos desnudas.

Ella no respondió de inmediato. Se pasó la lengua entre los labios, pensando, pensando y pensando para ganar tiempo, para vencer en ese pulso con la vida, pues era consciente de que pretendía que la muerte misma se saliera con la suya.

—Si lo liberas, me casaré contigo —determinó con confianza—. Aquí y ahora, mañana o pasado; dentro de cinco meses. Mi promesa se mantendrá por cuanto tiempo quieras esperar para tomarme la palabra. —Viendo que lo había dejado petrificado, avanzó hacia él sin apartar la vista—. Haré siempre lo que me ordenes, ya sea dejarlo todo, mudarme a la costa o engendrar tus hijos. Su libertad por la mía, Edward. Lo juro.

Estaba tan decidida a salvar a Dariy a cualquier precio que ni se dio cuenta de que acababa de tenderle una trampa. Era brutalmente sincera al ofrecerle una solución que lo satisficiera. Cumpliría su palabra si él caía en la tentación. Pero una parte de Lenore, tan recóndita que no fue consciente de ella, rezaba para que Edward demostrara estar por encima de su egoísmo y la rechazara de pleno.

Él sabía que no estaba hecha para la vida matrimonial, que un embarazo pondría en jaque el futuro de descubrimientos con el que soñaba y que no había dejado de temer ni un solo día aquello en lo que su amor por Edward podría transformarla: en alguien que no era y no pretendía ser. Además, estaba tan claro que Lenore había cambiado de idea respecto a la boda con tal de proteger a Dariy que cualquier hombre con una pizca de amor propio se negaría en

rotundo a aceptarla. Edward no era idiota y entendía todas y cada una de las implicaciones de la propuesta. Así lo confirmaba el hecho de que todas las emociones del mundo desfilaran por su mirada, desde la perplejidad hasta la indignación, pasando por la ingenuidad de ilusionarse.

Por su lado, Lenore lo amaba y sabía hasta dónde estaba dispuesta a llegar por él. Lo que no había sabido era cuánto la amaba él y hasta dónde estaba dispuesto a llegar con tal de tenerla. Nunca lo habría averiguado de no haberlo expuesto a aquella encerrona... y le habría gustado no haberlo descubierto nunca.

Sin mediar palabra, Edward se llevó la mano a la cintura, de donde pendía el manojo de llaves de los calabozos. Le sostuvo la mirada a la inmóvil Lenore en tanto que sacaba la llave maestra, la que representaba la libertad de todos excepto la de la joven, y se la tendió en silencio al agente de pelo rubio. Este abrió la boca con la intención de protestar o quizá de manifestar el terrible egoísmo del que estaba haciendo alarde, pero calló a regañadientes y desapareció pasillo abajo para cumplir la orden.

Lenore no apartó la vista de Edward, si bien un acceso de miedo había empezado a debilitarle las rodillas. Entendió por qué siempre había rehusado aceptar sus sentimientos: porque eran acaparadores e impositivos como tirano había sido él al ceder a su soborno. Temía la seguridad que le hacía erguirse con orgullo, temía que en el fondo no hubiera vacilado tanto como había pretendido dar a entender y, sobre todo, temía sus propias emociones, porque aun dentro del pasmo y la decepción, Lenore se sentía extrañamente aliviada, como si muy en el fondo hubiera estado disfrazando de protección y altruismo el secreto deseo de ser suya.

El sonido de los pasos de Dariy los distrajo a ambos. De las tinieblas del pasillo había emergido el hombre que no podía morir, que ahora era un hombre libre.

No parecía orgulloso de su nueva condición. Su mirada fija cayó sobre Edward igual que una maldición, pero este, revestido ahora de la tranquilidad de tener el futuro cogido por los cuernos, ni se estremeció ni le pagó con la misma moneda.

Acababa de decidir que Dariy ya no era su enemigo. No tenía nada

que hacer frente a él.

Lenore no habría sabido decir si esa convicción era de un optimismo sonrojante o el augurio de que todo saldría bien ahora que las cosas estaban en su sitio.

¿Lo estaban?

Pudo respirar tranquila viendo que las lesiones de Dariy habían mermado de forma considerable. Se le había regenerado el párpado y casi toda la cabellera oscura, que cubría pertinentemente las abrasiones de las mejillas.

Fue Edward quien rompió el silencio.

—Si regresa usted a Londres, Volteran, iniciaré una caza de brujas como no se ha visto otra desde las persecuciones de Jacobo VI. Pagará por triplicado todos los pecados que ha cometido en estas tierras.

Dariy asintió como si las amenazas de un humilde mortal pudieran mellar las escamas del miedo mismo. Luego miró a Lenore para compartir con ella la verdad de la situación, siempre sin necesidad de palabras.

Los dos sabían que Dariy podría haber escapado sin su ayuda, pero tenía que fingirse vulnerable, quizá, para que se cumpliera el futuro previsto para la joven. Los dos sabían que nada ni nadie podía derrotar al *homo immortalis*, pero les convenía a él y al resto de su especie que no se supiera hasta qué punto eran poderosos. Los dos sabían que su maravillosa coincidencia no podría haber acabado de otro modo, porque estaban condenados desde el principio: si no hubieran enfrentado el problema actual, se habrían visto en otras dificultades no menores.

Dariy era nocivo para ella, y ella no era inmortal.

Lo único que Lenore podía hacer por él era guardarle el secreto y sacrificarse para que nadie lo persiguiera como ella lo había perseguido, solo que no por amor, como había sido su caso, sino por odio.

Dariy se encaminó a la salida sin perder el temple. Al pasar por el lado de Lenore, no la rozó ni la miró, a lo mejor en señal de respeto al hombre que había puesto en ella su marca.

La sensación de un recuerdo lejano, el recuerdo primigenio, se

mezcló con la que la embargó al sentir en la comisaría el frío en la piel, el aliento de ese perpetuo invierno al que estaba condenado y que lo envolvía como una cámara frigorífica. Era ese campo de fuerza lo que lo aislaba del mundo y lo mantendría aislado de por vida.

Lenore tragó saliva y en el último momento, víctima de la debilidad, se giró para verlo partir. Él ya había desaparecido siguiendo la estela de su sino, uno que Lenore había tratado de desoír para al final resignarse sin remedio: la eterna soledad.

Acto seguido encaró a Edward solemnemente, creyéndose preparada para enfrentar su propio destino.

EPÍLOGO

Se podían oler las humedades antes incluso de cruzar el puente levadizo. El dueño del castillo había mandado construir un foso artificial durante los años que Dariy había pasado en el extranjero, motivado, quizá, por el deseo de hacer aún más inaccesible su reino de tinieblas. Por lo demás, el edificio altomedieval seguía tal y como lo había abandonado cien años antes, la última vez que fue invitado al pantagruélico banquete que homenajeaba el nuevo siglo.

Había dado la casualidad de que la no tan inesperada cita del anfitrión hubiese coincidido con la feliz celebración. Cuando uno alcanzaba la friolera de miles de años —y, sobre todo, no tenía el miedo de que sus amigos cercanos no estuvieran allí para celebrar su próximo aniversario—, se hastiaba de celebraciones anuales.

Era el caso del señor del castillo, el único que podría haber puesto en boga los *cumplesiglos*.

Ya a las puertas del castillo, convenientemente iluminadas por antorchas que luchaban con ferocidad contra la violenta brisa transilvana, Dariy reconoció la esplendorosa figura de la condesa Karnstein. Aportaba un toque de color a la noche vistiendo un trapo minúsculo de lentejuelas del mismo color que el carmín de sus labios, ese carmín que parecía haberle dado uno de sus muchos nombres literarios: Carmilla.

Sonrió con cuidado de que su mueca no llamara la atención de la astuta vampiresa. De seguro encontraría la mar de interesante el rastro de melancolía en su expresión, apasionada como era de las historias trágicas.

Dariy sabía de una mujer mortal —pero no por ello inofensiva— que se entusiasmaría en presencia de una leyenda de la grandeza de la condesa, tal había sido su interés en conocer cuantos relatos

tenían su raza como eje principal. La sonrisa se le fue apagando conforme se acercaba a los tres rubíes que centelleaban, peligrosos, en la noche: los ojos de Carmilla, de verdadero nombre Mircalla, y el fuego del cigarrillo de los años veinte del que fumaba reposadamente.

Nunca había tenido oportunidad de contarle a la impertinente *urechiușă* hasta qué punto la literatura era un reflejo de la verdad. Tampoco en qué circunstancias conoció a su padre. Si existía el modo de contagiar el mal —el bien, en su opinión— de la inmortalidad sin fracasar en el intento.

Y ya nunca la tendría.

—Tenía la sospecha de que fueras tú —comentó la vampiresa con su voz lánguida, perfeccionada a lo largo de los siglos para seducir a las incautas—. El fugitivo.

—¿Fugitivo? Que yo sepa, no está prohibido viajar en el espacio-tiempo. De lo contrario, estarías disfrutando de otra clase de cigarrillo —apuntó a la larguísima boquilla con un gesto cansado.

Se detuvo ante ella y le hizo una reverencia en señal de respeto.

Mircalla puso los ojos en blanco e hizo un aspaviento desdeñoso hacia su venia, que solo entendía innecesaria porque ya se la había dirigido. Circulaba el rumor de que a la condesa Karnstein era imposible satisfacerla: no perdonaba la falta de educación y tampoco que se la tratara como a una reina.

La vampiresa le pasó un brazo por el hombro y se lo estrechó con cuidado de no rozarle con sus uñas afiladas. Tenían la forma de una garra animal.

—Bienvenido a casa, querido. La Corte de las Tinieblas te ha echado de menos.

Dariy se reservó su opinión sobre la burla implícita y agradeció el comentario. Todos los allí presentes sabían a la perfección que en las entrañas del castillo le esperaba un castigo a la altura de su desobediencia. Apostaba porque muchos de los invitados habían acudido al *cumplesiglo* con el único interés de atestiguar el enfrentamiento entre anfitrión y traidor.

Salvadas ya las cortesías, se adentró en el recibidor. Subió la

gloriosa escalinata que le conduciría al salón principal, que en otro tiempo albergó el trono de sus predecesores.

El dueño de todo lo que alcanzaba a la vista había renunciado al título de rey, pero no a los privilegios asociados. Para saberlo bastaba con observar el lujo bizantino de siglos de acumulación que exhibían los amplios corredores y los secretos que escondían las puertas selladas a cal y canto. El castillo era espectáculo de cultura como solo podía serlo un lugar que había sido y seguía siendo sede de toda la sabiduría del mundo. Que las antorchas iluminaran los pasillos en lugar de la luz eléctrica era un anacronismo al que el dueño se había plegado por una cuestión de romanticismo.

Dariy inspiró hondo antes de empujar las pesadas puertas del salón. Lo recibieron ingentes cantidades de oro y piedras preciosas, disimuladas en las filigranas de los muebles y de los objetos de coleccionista o bien visibles en la cubertería y en las lágrimas cosidas a las cortinas de terciopelo.

Los invitados no llamaban menos la atención, vestidos cada uno en función de la que fuera su época predilecta. En su decidido avance hacia el anfitrión, al que no costaba reconocer entre la gente, pudo saludar con un discreto asentimiento a los atractivos lord Ruthven y sir Francis Varney, ambos ataviados con prendas victorianas algo menos modernas que las suyas. La triste Brigitta, la no mucho más afortunada lady Oneiza y la vitalista Brunhilda charlaban en voz baja, exuberantes en sus vestidos de finales del siglo anterior. Lilit paseaba su flamante desnudez con un mono transparente que se ceñía a su cuerpo como una segunda piel, invitando a Gorcha y a Péter Plogojowitz a deleitarse con sus encantos. Exhibiendo sus afilados colmillos, los crueles Sekhmet y Nosferatu se reían a mandíbula batiente sobre asuntos sangrientos de los que Dios lamentaría haber sido testigo.

Al fondo del cuadro se erguía, como antaño se habría erigido el trono, la criatura que se había inventado a sí misma. Estaba de espaldas a él y sujetaba con aire abstraído una copa de oro macizo. Quién sabía qué brillaba más, si las joyas del borde del cáliz o las que tenían sus dedos largos, cubiertos, como era pertinente, por los guantes.

Nadie querría verle las manos a un vampiro, única prueba de su edad.

El anfitrión tenía el rostro alzado hacia su obra de arte más preciada. Ni la promesa de diversión de una fiesta, ni la humillación de todos sus poderosos invitados; ni siquiera el fúnebre castigo que le aplicaría a Dariy Vranitsky por su ofensa hacia la raza. Nada, absolutamente nada, tenía valor en comparación ni podía ofrecerle el consuelo que le inspiraba la sola contemplación del retrato de su esposa.

Dariy respetó la norma de no invadir su espacio frenando a un paso de él. Imitó su pose alzando la vista, no sin aprensión, hacia el rostro de la difunta condesa. Ese rostro con el que había coincidido en sus últimas semanas en Londres y que le había ayudado a prever con legítima desazón el desenlace de su paseo por Inglaterra.

—Sopesé concederle la vida eterna, con todas sus terribles consecuencias, al artista que la pintó —comentó el conde en tono pensativo. Meneaba el contenido de la copa con un elegante movimiento de muñeca. Se había servido una sangre muy líquida, ligera y excepcionalmente roja, su preferida. «La edad me impide digerir brebajes de alta densidad», acostumbraba a bromear—. Me parecía que no era suficiente con preservar su legado; que su talento debía sobrevivir también. Luego me invadieron unos celos enfermizos, de esos que pueden llevar a un hombre a quemar una ciudad hasta los cimientos. No soportaba que hubiera sabido hacerle justicia a la belleza de mi mujer. Pensaba que debía de haberla conocido en la intimidad, que habría tenido que desnudar su alma además de pedirle que posara para captar con semejante precisión detalles que trascienden a lo carnal, como el brillo de los ojos. —Su voz se fue extinguiendo. Todos los invitados se habían callado para oírle hablar, como era costumbre—. El brillo de los ojos es idéntico, ¿verdad? Aún hoy opino que el pintor sabía secretos de ella que yo nunca descubrí. Siento, incluso, que la conoció antes y después, que él también estaba aislado de la rueda del tiempo... El caso es que, como bien sabes —echó la cabeza hacia atrás, ladeándola ligeramente, para mirarlo con los ojos entornados—, lo tuve que matar.

—La única decisión posible —convino Dariy sin ápice de ironía.

Había entrelazado las manos sobre el regazo, la mínima postura de respeto.

El conde exhaló un profundo suspiro.

—¿Sabes, Dariy? Ella era la única persona en este mundo que no me complacía con reverencias. La única que tenía la osadía de llevarme la contraria. No te imaginas cómo me hizo sufrir con sus desplantes una vez descubrió que había empalado a su querido pintor. Nunca me lo perdonó —volvió a suspirar. La melancolía era su estado natural, y eso Dariy lo comprendía mejor que nadie—. Parece que ese es mi sino. Condenarla a abandonarme por mis crímenes. Esta vez no he podido hacerlo distinto, con la diferencia, claro está, de que no ha sido mi culpa. Has sido tú quien no me ha dejado otra opción que decepcionarla.

El conde Kristjan Draković se giró hacia él con un movimiento ágil. En el conde, la elegancia de la bayadera de Marius Petipa resultaba asombrosamente masculina.

Clavó en Dariy la mirada de los siete pecados, de las mil maneras de matar y, aun así, no se le antojó tan escalofriante como otras veces porque su destino, la nueva reencarnación de Elisabeta Draković, había regresado para salvarlo de su sino de crueldad. Solo una nueva ilusión —o la misma ilusión de siempre, pero renovada— podía despojar a la criatura más peligrosa de todos los mundos de su infalibilidad. Sus ojos centelleaban como el acero de la fragua.

—Tienes suerte de que el viaje a Londres me haya sido productivo, Dariy, porque ya sabes que me agota ir detrás de mis pares para pagar sus platos rotos. —Le tendió la copa al criado que le perseguía como una cola. Sin mirarlo a los ojos, este cogió el cáliz y se retiró con discreción—. Sobre todo me hastía una cosa, y seguro que tú y el resto de los invitados podéis entenderme en este aspecto: repetir una y otra vez lo que ya he dicho en un sinfín de ocasiones. Así que, por favor, ¿podrías ser tú quien citara en esta ocasión la norma primordial de la Corte de las Tinieblas?

—Proteger el secreto de la raza a cualquier precio.

Kristjan esbozó una sonrisa distante y aplaudió lentamente hasta tres veces.

—Maravilloso. Has dado en el clavo. Me considero un tipo bastante comprensivo, ¿sabes, Dariy? Entiendo que la soledad empieza a pesar a partir de cierta edad; entiendo que todos los vampiros cometemos el error de creernos enamorados de nuestra presa, en especial si la susodicha siente una turbia fascinación por la muerte y tiene unos ojos en los que arden la vida y la aventura..., pero ¿de veras merecía la pena arriesgar la paz de los nuestros?

—Estamos a salvo —le aseguró él.

Kristjan exageró una mueca de asombro.

—¿A salvo? Tres agentes de policía y un médico saben de tu existencia, Dariy, e incluso si callan los próximos cincuenta años, todos aquí sabemos, pues ya lo hemos visto, que en su lecho de muerte no resistirán la tentación de largar el milagro que observaron. Y aunque estuviéramos a salvo, como dices, y quisiera apiadarme de tus debilidades, has desobedecido mis deseos, que de seguro te quedaron meridianamente claros. —Inspiró hondo—. Tenías que declararte culpable de los asesinatos y dejar que te prendieran para acabar de raíz con el problema. Un sacrificio, Dariy. Eso era lo que quería. Eso era lo que te exigían las normas.

Así fue como obtuvo su confirmación.

Desde que supo del asesinato de Jane Mansfield, empezó a sospechar que su relación con Lenore Nightingale había llegado a Transilvania y, como era de esperar, la noticia no se había recibido con entusiasmo. No se le había ocurrido pensar que el conde en persona se presentaría en Londres. Creía que habría mandado a algún esbirro para sabotearlo desde la sombra.

Craso error.

Ahora lo veía con claridad: ese tipo de maquinaciones retorcidas tenía el sello de Kristjan. Habría disfrutado de lo lindo siguiendo sus pasos desde las sombras, eligiendo con esmero a la víctima, así como la forma de asesinarla, para que la relacionaran con él: a Jane, la prostituta de Whitechapel, mediante asfixia erótica. ¿Por qué? Porque Dariy frecuentaba el barrio, también su burdel, y circulaban rumores de que le apasionaban las prácticas extremas. A Samuel Paulson, pretendiente de la señorita Nightingale, con veneno de acónito, las flores que brotaban en su jardín. Por último, lo había

intentado con el doctor Winthrop, quien había estado practicando con sus muestras de fluidos, aunque, misteriosamente, había sustituido a la víctima por otra: a Barnes lo había asesinado con una técnica que solo conocería un apasionado de la ciencia, ¿y cómo lo vería si no la policía cuando al entrar en su mansión encontrara un laboratorio propio?

El asesinato de Percival Bainbridge había sido un capricho ajeno a él. Uno muy comprensible si se conocía la larga búsqueda del conde por poseer a la misma mujer en cada una de sus reencarnaciones.

Todas las pruebas habían apuntado a Dariy de una manera u otra, y para aquel que supiera cómo se las gastaba el rey entre los reyes, la finalidad era obvia: que él mismo se aplicara el castigo de la insurrección muriendo como algunos de sus predecesores, a manos de mortales que no pudieron perdonarles su supremacía y los quemaron al sol con el sabor de la sangre aún en la lengua.

Por suerte, la documentación que describía cómo matar a un vampiro era escasa, cuando no inexistente. Había sido meticulosamente escondida, si no destruida, por los miembros de la Corte de las Tinieblas.

—Ninguno de los nuestros corre peligro. Los agentes creen que soy el único de mi especie —se defendió Dariy.

—Creen, también, que estás vivito y coleando. Me vas a obligar a desplazarme otra vez, a sabiendas de lo hogareño que soy, para encargarme de los cerebros iluminados que has dejado atrás. Tres caballeros y una jovencita, por lo que tengo entendido.

Sin pensarlo, Dariy se arrodilló ante el conde y pegó la cabeza al pecho.

—No le haga daño a Lenore, se lo ruego.

Kristjan esbozó una sonrisa cruel y le apoyó la mano en el hombro.

—Dariy, Dariy... Si hubiera querido matar a la señorita Nightingale, lo habría hecho nada más aterrizar en el bello Londres. Estuve a punto, ¿sabes? Comprendí que no tendría credibilidad alguna si te enviaba al matadero para mantener el secreto, pero dejaba a la peligrosa criatura caminando por el mundo, así que la visité en la casa de su padre. Por suerte o por desgracia, quiso la casualidad

que justo en ese momento estuviera muy bien acompañada de su hermana. —Agachó la barbilla para mirarlo como si fuera estúpido—. Lo entiendes ahora, ¿no? He dejado vivir a tu chiquilla porque solo a través de ella Elisabeta vendrá a buscarme. Lenore Nightingale o, mejor dicho, la locura de Lenore Nightingale es la garantía de mi felicidad.

—Le estoy profundamente agradecido.

—Yo también te agradezco que hayas amenazado mi reino y a mi familia, Dariy. Sin tu insolencia, me habría podrido aquí un siglo más, castigado sin volver a ver a Elisabeta. Has conmovido mi corazón, y eso te va a salvar de la última consecuencia de mi ira.

Dariy alzó la cabeza con sorpresa.

—¿No va a sacrificarme?

—No —Kristjan se mordió el labio, meditabundo—, pero de todos modos tendrás que pagar por el desacato. Seguro que, comparado con la extinción, medio siglo bajo tierra se te antoja una temporada sabática. No volverás a ver a Lenore, eso es cierto —cabeceó con indiferencia—. Si no me fallan los cálculos, morirá mucho antes de los setenta años. Pero no albergabas esa estúpida esperanza, ¿verdad? Desobedecer una norma de nuestra Corte ya es delito; desobedecer también la que prohíbe la vinculación romántica con los mortales habría sido de una codicia sonrojante.

Dariy respondió con un asentimiento sumiso, consciente del riesgo que corría de mentirle al jefe supremo. Ser el vampiro primigenio otorgaba unos dones a los que el resto no podía aspirar. Uno de los más inconvenientes y estremecedores era su habilidad para leer los sentimientos de sus allegados. Tenía que saber que, incluso si era ingenuo y arriesgado, Dariy había soñado con que Lenore se las arreglaba para encontrarlo... como ya se las había arreglado la primera vez.

—¿Aceptas entonces la penitencia por tus pecados? —Alzó la vista hacia su público y extendió los brazos en ademán festivo—. ¡No se diga que en la Corte no somos democráticos!

Hubo un estallido de risas y aplausos que sin embargo Dariy ni siquiera percibió, sumido como estaba en la triste certeza de que la muerte habría sido un destino más piadoso. Kristjan lo sabía, como

lo sabía absolutamente todo, y se había decantado por el correctivo que le haría morir de rabia. De seguro le abriría la cripta el mismo día que Lenore hubiera sido enterrada en Kensal Green, junto a su padre, su madre y quizá también su marido.

—Acepto, mi señor —dijo a su pesar.

—Magnífico. —El conde Drakul sonrió, lobuno, y gesticuló hacia los guardias inmortales del salón—. Dejad que el invitado disfrute de una copa. Y en cuanto haya apurado la última gota, por favor, escoltadle a sus futuros aposentos.

Si te has quedado con ganas de más, compra aquí la versión en audiolibro

Todo proceso de crecimiento, toda evolución, pasa por distintos estadios y es el fruto de la intervención de múltiples factores.

Por el camino que transforma una historia que vive en la imaginación de su autor en el libro que sostienes en tus manos también transitan muchas personas y todas aportan su experiencia y buen hacer para que dicha transformación sea lo más perfecta posible.

Immortalis fue leída y contratada con sumo respeto por el equipo de Editorial Gribaudo en marzo de 2026. Irene Martínez redactó el informe de lectura. La Letra se encargó de la realización editorial: la primera corrección de la obra la hizo Lola Delgado y la revisión de pruebas, Ana Carrión, a la vez que la maquetación corría a cargo de Montse Gómez, combinando la tipografía Garamond para el texto principal, la Rammstein para títulos y capitulares, y la Freight para la página de créditos y para este colofón. En el exterior del libro, el logotipo de Gribaudo es una creación de Compañía (lookatcia.com), y la pastilla informativa de la contracubierta, de Víctor Riba Campi, mientras que la cubierta la ha diseñado Yolanda Artola Sanmartín, así como todos los elementos que enriquecen este precioso objeto

(las guardas, el forro de la tapa, los cantos). Finalmente, la edición se imprimió en Liberdúplex durante el verano de 2026 y nuestra red de distribuidores permitió que llegara a todas las librerías de España y América.

Tú, lector, eres el punto de llegada final de este camino, la culminación de este proceso. Si también quieres formar parte de él, recomienda *Immortalis*, habla de ella, regala algún ejemplar.

Gracias por seguir leyendo.

Primera edición: octubre de 2026

Diseño de cubierta: Yolanda Artola Sanmartín
Imágenes de cubierta: Shutterstock y Magnific
Imágenes de forro: Etsy
Imágenes de las guardas: Mapa de Hampstead hacia 1890, Alamy / Mapa de Londres hacia 1850, istock y Magnific
Realización editorial: La Letra, S.L.

© E.H. Vane , 2026
Autora representada por Editabundo, S.L., Agencia Literaria
© Editorial Gribaudo, 2026
Feltrinelli Anagrama Editores, S.A.U.
Pau Claris, 172
08037 - Barcelona
www.editorialgribaudo.com
@editorial_gribaudo
@editorial_gribaudo

ISBN: 9788433951861

Composición digital: www.acatia.es

anagrama@anagrama-ed.es